Guido Starosta
Gastón Caligaris

Trabajo, valor y capital

De la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo

Universidad Nacional de Quilmes Editorial

Bernal, 2017

Colección Administración y economía
Dirigida por Fernando Porta

Starosta, Guido
Trabajo, valor y capital: de la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo / Guido Starosta; Gastón Caligaris. - 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2017.
384 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-558-445-7

1. Economía Política. 2. Marxismo. 3. Capitalismo.
I. Caligaris, Gastón II. Título
CDD 330.01

© Guido Starosta y Gastón Caligaris, 2017
© Universidad Nacional de Quilmes, 2017

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-445-7
Queda hecho el depósito que marca la ley Nº 11.723
Impreso en la Argentina

Índice

Introducción 11

Capítulo 1. De la reproducción ideal de un proceso ideal a la reproducción ideal de un proceso real. La crítica marxiana de la dialéctica hegeliana 25

Dos posiciones opuestas en torno a cuál es el "núcleo racional" y cuál es la "envoltura mística" de la Ciencia de la lógica de Hegel . . . 29

El "núcleo racional" y la "envoltura mística" de la *Ciencia de la lógica* de Hegel 36

Conclusiones. 52

Capítulo 2. Explicación sistemática y análisis histórico en la crítica de la economía política. Un aporte metodológico a la controversia sobre la naturaleza mercantil del dinero 55

El debate entre Lapavitsas e Ingham respecto de la naturaleza del dinero 58

Los límites metodológicos de las explicaciones en debate 62

La realidad actual del dinero 69

La génesis histórica del dinero 77

Conclusiones 83

Capítulo 3. Trabajo complejo y producción potenciada de valor 89

Marx y el trabajo complejo 90

La historia del debate marxista 96

Un balance crítico del debate 103

La determinación del trabajo complejo en la producción de valor 111

Conclusiones 118

Capítulo 4. La determinación del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo 121
Génesis y difusión del consenso marxista sobre el significado del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo. . . 123
Los problemas del consenso marxista sobre el significado del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo. . . 127
Los determinantes del valor de la fuerza de trabajo en la crítica marxiana de la economía política 129
El significado del "elemento histórico y moral" 135
Valor de la fuerza de trabajo y lucha de clases 140
Conclusiones 143

Capítulo 5. Lucha de clases y Estado en la crítica de la economía política 145
La exposición de Marx 146
Lucha de clases, Estado y capital 162
Conclusiones 169

Capítulo 6. Los límites del capitalismo en los *Grundrisse* y en *El capital* 171
La gran industria y la subjetividad productiva de los trabajadores en *El capital* 177
Los *Grundrisse* y el sistema de maquinaria: en busca del eslabón perdido en las determinaciones de la subjetividad revolucionaria 194
Conclusiones 208

Capítulo 7. Producción de plusvalor relativo y nueva división internacional del trabajo 211
El debate sobre la nueva división internacional del trabajo 212
Una reevaluación marxiana de la tesis de la nueva división internacional del trabajo. 218
Conclusiones 234

Capítulo 8. Competencia capitalista y cadenas globales de valor 237
El enfoque de las cadenas globales de valor 242
Los límites del enfoque de las cadenas globales de valor 247

Las cadenas globales de valor como un momento interno al proceso de circulación del capital 250
La competencia capitalista y la diferenciación de los capitales individuales 253
Repensando la naturaleza del poder en las cadenas globales de valor 261
Génesis, estructura y dinámica de las cadenas globales de valor, a la luz de la crítica marxiana de la economía política. 264
Conclusiones 271

Capítulo 9. Mercancías cognitivas y forma de valor 279
La "ontología" material específica de las mercancías cognitivas y las determinaciones más simples de la forma de valor 282
Contenido económico y forma jurídica de las mercancías cognitivas. 291
Medios de producción cognitivos y la formación del valor 298
La unidad del proceso de trabajo y el proceso de valorización en la producción de mercancías cognitivas. 308
Conclusiones 316

Capítulo 10. Dos debates en torno a la renta de la tierra y sus implicancias para el análisis de la acumulación de capital en la Argentina. 321
Controversias en torno al origen del plusvalor que constituye la renta de la tierra. 322
Controversias en torno a la renta diferencial de tipo II. 329
Conclusiones 341

Bibliografía 343

Introducción

> [El] entendimiento reflexivo […] que abstrae y por lo tanto separa y que insiste en sus separaciones […] se comporta como el intelecto humano común, y hace prevalecer su manera de ver, según la cual la verdad tendría por base la realidad sensible, las ideas no serían más que ideas, en el sentido de que solo la percepción sensible les daría su contenido y su realidad, y que la razón, al permanecer en sí y por sí, crea solo quimeras. En este renunciamiento de la razón a sí misma el concepto de la verdad se pierde, y ella se ve restringida a reconocer solo la verdad subjetiva, la apariencia, esto es, solo algo a lo que no corresponde la naturaleza del objeto (Hegel, 1993a, pp. 60-61).

> Toda ciencia sería superflua si la forma de manifestación y la esencia de las cosas coincidiesen directamente (Marx, 1997e, p. 1041).

Basta una mirada ocasional a las publicaciones académicas, los proyectos de investigación, los criterios establecidos por las universidades y demás organismos de evaluación de la producción científica, para que salga a la luz el claro sesgo hacia las cuestiones llamadas "empíricas" que tiende a prevalecer en el ámbito de las ciencias sociales –incluida, por supuesto, la ciencia económica–. A nuestro juicio, este "espíritu de época" refleja cierto desinterés, cuando no un desprecio, respecto de lo que en general se concibe como una forma de conocimiento –la llamada "teoría"– que, así considerada, es vista en un vínculo de absoluta ajenidad con la naturaleza de los fenómenos concretos. Y esta situación no es reciente, sino que ha venido imponiéndose desde hace al menos un cuarto de siglo. Como ya observara Neil Smith hacia finales de la década de 1980 acerca de la geografía humana, la consecuencia de esta postura no

puede ser sino la recaída en un nuevo empirismo incapaz de arrojar luz sobre el movimiento general que constituye el cambiante paisaje desigual del capitalismo (Smith, 1989, pp. 154-156).

Por supuesto, pocos investigadores reivindicarán en público la renuncia a toda explicación de las determinaciones más generales que subyacen a la particularidad de los estudios de caso, o a toda discusión sobre las categorías que permiten comprender los hechos. Pero, en el mejor de los casos, se dirá que ello hace al marco teórico que cada uno moviliza, desde una subjetividad que en última instancia es vista como abstractamente libre, para dar cuenta de una realidad cuya objetividad queda de este modo agotada en las apariencias inmediatas de los fenómenos existentes. En este sentido, si bien bajo esta concepción se elude el crudo empirismo que de manera implícita se ejerce en la práctica de la "academia realmente existente", poco se hace para evitar el dualismo que, desde Kant en adelante, ha marcado las concepciones dominantes "modernas" acerca de la naturaleza del conocimiento científico. En el otro extremo, aquellos que portan una sensibilidad más "posmoderna" por cierto evitan caer presas de dicho dualismo, pero lo hacen a costa de echar por tierra toda objetividad en las determinaciones de la realidad sobre la que hay que actuar, concibiendo esta realidad como una construcción –¿lingüística?– resultante de la pura acción de la subjetividad; sea ella misma también vista como abstractamente libre, de acuerdo a las versiones más liberales de esta perspectiva, sea que se la considere a su vez el producto de un poder abstracto e impersonal autoconstituido, es decir, tan natural y carente de determinaciones sociales como el movimiento de los planetas, tal como se sigue de las versiones que se consideran críticas.

En contraposición a estos posicionamientos frente a la objetividad, este libro se inscribe en una perspectiva que es tributaria de los aportes al pensamiento científico de Hegel y Marx. Dejando de lado las notables diferencias entre ambos autores, uno de los puntos centrales que une a ambos pensadores es haber reconocido y enfatizado la necesidad de dar cuenta de la unidad inmanente entre el contenido y la forma de las determinaciones que constituyen los fenómenos concretos, cualquiera sea el objeto de investigación del que se trate. Como se trasluce en los epígrafes que hemos elegido para la apertura de esta introducción, hay dos

dimensiones centrales que hilvanan los enfoques metodológicos de Hegel y Marx a este respecto. En primer lugar, ambos autores reconocen la objetividad de las formas más abstractas, generales o simples de la realidad. En otros términos, lo que las concepciones metodológicas dominantes representan como categorías teóricas construidas en forma subjetiva, son aprehendidas en su carácter de determinaciones reales del objeto de conocimiento, por más que su descubrimiento solo pueda realizarse por medio del pensamiento y no mediante la observación empírica. En segundo lugar, dichas determinaciones más abstractas o simples de la realidad no se fuerzan de modo extrínseco sobre las formas más inmediatas o concretas del objeto de investigación, sino que se reproduce en el pensamiento la manera en que la realización de las primeras está mediada de modo inmanente por las segundas. De este modo, esta perspectiva logra superar la antinomia entre un empirismo ingenuo que "se comporta como el intelecto humano común" y un dogmatismo especulativo que, mediante "abstracciones violentas", pretende imponer sus "categorías" de manera no mediada sobre formas concretas de la realidad que se dan de patadas con ellas.

Para bajar un poco a tierra esta discusión, quizás valga la pena apelar a una extensa cita de Marx tomada de *El capital* donde, en el contexto de la discusión sobre el vínculo entre la determinación interna u orgánica de la medida de la valorización del capital por la tasa de plusvalor y su forma más concreta de realizarse mediante la formación de la tasa general de ganancia, reflexiona sobre los dos polos de la antinomia recién mencionada, encarnada en su época por la superficialidad de la economía vulgar y el dogmatismo de la escuela clásica, y sobre su superación por la crítica de la economía política.

> Esta ley [que establece que dados el valor de la fuerza de trabajo y el grado de explotación, la masa plusvalor será directamente proporcional a la magnitud del capital variable] contradice abiertamente toda la experiencia fundada en las apariencias […] Para resolver esta contradicción aparente se requieren aún muchos eslabones intermedios, tal como en el plano del álgebra elemental se necesitan muchos términos medios para comprender que 0/0 puede representar una magnitud real. Aunque nunca la haya formulado, la economía clásica se aferra instintivamente a esa ley,

> pues se trata de una consecuencia necesaria de la ley del valor en general. Procura salvarla abstrayéndose violentamente de las contradicciones del fenómeno. Más adelante veremos cómo la escuela ricardiana ha tropezado en esa piedra del escándalo. La economía vulgar, que "realmente tampoco ha aprendido nada", aquí como en todas partes se atiene a la apariencia, alzándose contra la ley que rige al fenómeno. Cree, por oposición a Spinoza, que "la ignorancia es razón suficiente" (Marx, 1999b, p. 372).

Es a la luz de estas reflexiones que debe entenderse lo que constituye uno de los propósitos principales de este libro: mostrar la relevancia que tiene el conocimiento de la unidad del contenido y la forma de todas las determinaciones de los fenómenos sociales concretos. En este sentido, en contraposición al empirismo reinante en las ciencias sociales contemporáneas que comentábamos antes, buscaremos mostrar la relevancia de lo que en este ámbito se presenta como la teoría que organiza los datos. Puesto en términos más concretos, procuraremos evidenciar que cualquier fenómeno social particular solo puede ser comprendido y explicado sobre la base de un conocimiento riguroso de la unidad de la relación social general que lo rige. Como también buscaremos poner de manifiesto a lo largo de este libro, nuestra reivindicación de la discusión sobre las determinaciones generales del proceso de vida social y su vínculo con los fenómenos más concretos no surge de un abstracto interés científico o académico. Lo que está en juego aquí es la transformación consciente de la realidad social, la acción en nuestra condición como sujetos sociales en el capitalismo; en suma, la acción política. Esto significa, asimismo, que desde nuestro punto de vista la llamada "teoría" no es el abstracto opuesto de la "práctica", esto es, algo que ocurre antes e informa, se ve influenciada por, o tiene una relación de sobredeterminación con la acción. El conocimiento es un proceso vital del ser humano y, como tal, es tan perteneciente a la acción humana como cualquier otro proceso vital. Dicho en términos más concretos, el conocimiento es el modo en que los seres humanos organizamos nuestra propia práctica y, por lo tanto, es un momento material constitutivo de esta. Pensar que se puede hacer teoría sin llegar a tener una práctica, como se jacta de hacer y como se le critica por hacerlo al llamado academicismo, es tan un sinsentido como su extremo opuesto, que

piensa que no hay necesidad de problematizar la teoría para lanzarse a la práctica.

El conocimiento de las determinaciones del ser social es una acción política particular. Pero en un modo de producción que se funda en la inconciencia respecto del modo en que nuestro ser social existe y se reproduce, el desarrollo de este conocimiento constituye, por su contenido mismo, una acción de carácter revolucionario. En este sentido, lo que está en juego aquí no es una acción política cualquiera sino una acción política revolucionaria. No se trata, por consiguiente, de producir un pensamiento crítico sobre el modo en que se reproduce la sociedad capitalista con vistas a denunciar y tal vez aminorar los males que conlleva este desarrollo. Con ello no se acaba sino naturalizando las formas sociales específicas que toma el ser social en este modo histórico de producción, sea en lo que hace a sus formas económicas objetivadas –la mercancía, el dinero, el capital, etc.–, tal como lo hace la llamada "economía política crítica o heterodoxa", sea en lo que hace a sus formas subjetivas, cuando se las concibe fundadas en una libertad personal desprovista de toda historicidad, tal como lo hace la denominada "teoría social y política crítica". Al contrario, de lo que se trata es de hacer la crítica de las formas concretas necesarias que adopta el proceso de vida social actual, incluyendo tanto a dicho pensamiento crítico como a nuestra propia subjetividad. Para decirlo en línea con el proyecto político de Marx, no se trata de hacer una economía política crítica sino una crítica de la economía política.

En efecto, este modo de encarar el conocimiento de la realidad social es el que se desprende de la crítica original desarrollada por Marx. Pero, a nuestro juicio, quien lo ha sistematizado y le ha dado una exposición clara y explícita ha sido Juan Iñigo Carrera. Como veremos a lo largo de este libro, la forma de llevar adelante la crítica de la economía política desplegada por este autor resulta de gran originalidad y utilidad para dar solución a varios de los principales problemas que se han debatido al interior del marxismo y que son cruciales para la acción política de la clase obrera. Fundamentalmente, a este autor debemos el enfoque metodológico general y la lectura de *El capital* que subyacen a los escritos de este libro. Con Iñigo Carrera hemos trabajado, por separado, juntos y bajo distintas modalidades, desde hace casi una veintena de

años. Sería imposible precisar todos los puntos de este libro en los que ha sido decisivo contar con sus conocimientos. Con todo, el lector encontrará referencias a sus trabajos allí donde se destaca la originalidad de su enfoque. También queremos dejar aquí nuestro reconocimiento a nuestros compañeros del Centro para la Investigación como Crítica Práctica que dirige el propio Iñigo Carrera, con quienes hemos discutido en mayor o menor grado todos los capítulos de esta obra.

En buena medida, la historia de este libro está estrechamente vinculada a nuestra participación en este colectivo, pues es a partir de este espacio de acción política que surgen nuestros intereses de investigación en común y, a su turno, nuestro trabajo colaborativo. En este sentido y ante todo, este libro materializa dicha experiencia compartida. Pero, además de los trabajos que realizamos en colaboración, esta obra también reúne algunos trabajos realizados en primera instancia de manera individual. La inclusión de estos trabajos ha contribuido a dotar al libro de una unidad general. Asimismo, ha servido para dar difusión en castellano a algunos trabajos publicados en inglés por Guido Starosta. Así, los primeros cuatro capítulos son producciones realizadas de manera conjunta, mientras que los seis capítulos restantes son revisiones y reelaboraciones de trabajos cuyas primeras versiones habían sido escritas por cada uno de nosotros: de Gastón Caligaris en el caso de los capítulos quinto y décimo, y de Guido Starosta en el caso de los capítulos sexto, séptimo, octavo y noveno. Con todo, cada uno de ellos ha sido discutido, revisado y reelaborado en conjunto. En este sentido, todos los capítulos son, de algún modo, el producto de la colaboración mutua.

Aunque los orígenes de cada uno de los capítulos son diversos, existe entre ellos un vínculo de carácter sistemático que le da unidad orgánica al todo. En esencia, este libro tiene como punto de partida la discusión sobre la forma de encarar el conocimiento científico de las formas concretas en que se desarrolla nuestra acción, para luego avanzar sobre esa base en la discusión de las determinaciones más generales de la sociedad capitalista que, a su turno, conducen al despliegue de sus formas más concretas de existencia. De este modo, el libro se divide en tres partes. La primera, se compone de dos capítulos que tratan sobre la especificidad del método dialéctico. La segunda contiene cuatro capítulos donde se

discuten varias cuestiones que hacen a las determinaciones generales del proceso de vida social actual, tal como han sido presentadas por Marx en *El capital*, y que más debate han generado dentro del marxismo. Por último, la tercera parte reúne otros cuatro capítulos que buscan poner en evidencia la relevancia que tiene el método dialéctico y el reconocimiento de las determinaciones más generales de modo de producción capitalista para echar luz sobre los fenómenos más concretos de la realidad social contemporánea. A continuación, presentamos un resumen del contenido de cada uno de los capítulos.

En el capítulo 1 se examina la conexión entre el método dialéctico utilizado por Hegel en la *Ciencia de la lógica* y el utilizado por Marx en *El capital*, a la luz de los debates recientes desarrollados al interior del enfoque de la "nueva dialéctica". Así, se someten a discusión crítica las dos grandes líneas interpretativas que constituyen dicha perspectiva y se propone una lectura alternativa. Por un lado, se argumenta que el llamado "núcleo racional" del método de Hegel no se reduce, tal como lo sugieren los autores de la "tesis de la homología", a la exposición de la forma lógica de la peculiar ontología invertida del capital. Por otro lado, se argumenta que ni el contenido ni la forma de la *Ciencia de la lógica* pueden ser apropiados como tales para una "dialéctica sistemática" materialista de las formas sociales capitalistas, tal como lo sugiere la otra vertiente dentro de la nueva dialéctica. En tanto el punto de partida de la *Ciencia de la lógica* de Hegel es una forma del puro pensar descubierta mediante un acto de abstracción absoluta, el retorno sintético subsiguiente recae de modo inevitable en una exposición idealista, cuyo contenido y forma son exteriores al movimiento de lo concreto real. En contraposición, se argumenta que el análisis materialista presente en el método marxiano conduce a la reproducción de lo concreto por el pensamiento.

Dada esta discusión sobre la especificidad del método dialéctico, en el capítulo 2 se discute la explicación de la naturaleza del dinero ofrecida por Marx, poniendo el eje en el método que subyace a la misma. En particular, se examina la cuestión haciendo foco en el vínculo que tienen el desarrollo sistemático y el análisis histórico en la exposición dialéctica. Para ello, se toma como punto de partida el debate sobre la naturaleza esencial del dinero que enfrentó a Geoffrey Ingham y Costas Lapavitsas en la revista

Economy and Society. Luego de revisitar el debate, se concluye que el dinero debe ser considerado una mercancía y que su génesis se encuentra en el desarrollo de las contradicciones inmanentes al proceso de intercambio mercantil. Sin embargo, se sugiere que esta respuesta requiere, ante todo, distinguir de modo claro y preciso entre la explicación sistemática y el análisis histórico de las "categorías económicas" en la crítica de la economía política. En contraposición a análisis marxistas contemporáneos sobre esta cuestión, se postula aquí que la explicación histórica tiene un rol que desempeñar en la exposición dialéctica en *El capital* y que, asimismo, la explicación del origen del dinero en el proceso de cambio mercantil es uno de esos puntos en el cual debe esta entrar en escena. Dicha perspectiva alternativa se desarrolla mediante una reconstrucción, con fundamentos metodológicos sólidos, de la explicación marxiana de la naturaleza mercantil del dinero en la primera sección de *El capital*.

En los siguientes cuatro capítulos se someten a crítica una serie de determinaciones generales del movimiento del capital cuya exposición por parte de Marx ha sido controvertida, y que juegan un papel central en la acción política de la clase obrera. Así, en el capítulo 3 se desarrolla un examen crítico de la solución que ofrece Marx a la cuestión del "trabajo complejo" en la determinación del valor de las mercancías y se discuten las distintas soluciones propuestas por los marxistas. En la primera parte del capítulo se realiza una reconstrucción crítica del legado de Marx sobre esta problemática y se presentan de manera cronológica las críticas a dicho abordaje y las respuestas presentadas por los marxistas. En esta cronología se identifica una primera solución, imperante hasta mediados de la década de 1970, según la cual la reducción del trabajo complejo a simple pasa por contabilizar tanto el trabajo que gasta el propio obrero en producir sus propios atributos productivos específicos como el trabajo gastado por otros individuos durante este mismo proceso de formación. Luego, se identifican tres soluciones dominantes en la actualidad dentro de la literatura especializada. La primera de ellas asocia la reducción del trabajo complejo a simple a la comparación entre las distintas productividades del trabajo; la segunda, a la movilidad y homogeneización de la fuerza de trabajo; y la tercera, al proceso de igualación de las mercancías en la circulación. En la segunda parte del capítu-

lo, sobre la base de una lectura detallada y contextualizada de los pasajes en los que Marx considera la cuestión, se sugiere una explicación alternativa superadora de las falencias de los abordajes marxistas tradicionales y modernos.

En el capítulo 4 se discute la interpretación marxista hegemónica respecto del significado de lo que Marx llamó el "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo, y se ofrece una lectura alternativa que es consistente con los fundamentos de la crítica marxiana de la economía política. En esencia, dicha interpretación sostiene que el elemento histórico y moral del valor de la fuerza de trabajo remite a un consumo que trasciende la reproducción de los atributos productivos de los trabajadores y está determinado por la lucha de clases. De la reconstrucción crítica de su génesis histórica y filiación con la base textual y fundamentos de la crítica marxiana de la economía política, realizada en la primera parte del capítulo, se desprende que esta lectura no solo no brota del legado de Marx sino que, al separar el valor de la fuerza de trabajo de su determinación material, acaba por romper la conexión necesaria e inmanente entre materialidad y forma social que es propia de la sociedad capitalista. Sobre esta base, en la segunda parte del capítulo, se presenta una reconstrucción de la crítica marxiana que fundamenta la posición de que, al igual que ocurre con el llamado "elemento físico" del valor de la fuerza de trabajo, el componente histórico y moral remite a un consumo de valores de uso que permite la reproducción de determinados atributos productivos del obrero requeridos por las formas materiales del proceso de producción capitalista. De este modo, se concluye que la lucha de clases no determina el valor de la fuerza de trabajo, sino que solo hace a la forma de su realización.

En esta misma línea de argumentación, en el capítulo 5 se presenta una lectura crítica y detallada del capítulo VIII de *El capital*, la cual polemiza con las lecturas tradicionales y modernas sobre el papel sistemático de la determinación de la lucha de clases y el Estado en el despliegue de la crítica de la economía política. Ante todo, la lectura propuesta se opone tanto a las interpretaciones que ven en este capítulo una ilustración histórica de las determinaciones del capital ya descubiertas en la exposición que lo antecede, como a las interpretaciones que consideran que de la crítica de la economía política desarrollada por Marx no se desprende

una explicación de las clases sociales, su relación antagónica y el Estado. Asimismo, una vez presentada la explicación general de dichas formas sociales desde la crítica de la economía política, se somete a discusión la concepción del Estado prevaleciente en los debates marxistas actuales. En particular, se discute la posición del llamado "marxismo abierto" poniendo foco en la relación entre la lucha de clases y el Estado. Se argumenta que la lucha de clases es la forma política necesaria en que se realiza la relación económica en que se funda la acumulación de capital y que, en razón a este vínculo, el Estado se erige como el representante político del capital social global. En este sentido, se concluye también que, en esta determinación simple, es decir, como expresión de la "subsunción formal" del trabajo en el capital, la lucha de clases no porta la potencialidad de ser la forma de abolir el modo de producción capitalista, sino que solo encierra la necesidad de su reproducción.

A la luz de estas conclusiones, en el capítulo 6 se muestra que es la exposición marxiana de las formas de la "subsunción real" del trabajo en el capital –en particular, del sistema de maquinarias de la gran industria– lo que constituye la presentación dialéctica de las determinaciones de la subjetividad revolucionaria. Más en concreto, se argumenta que esta última es expresión de las transformaciones de la materialidad de la subjetividad productiva humana engendradas por el despliegue de las formas cosificadas de mediación social, características del modo de producción capitalista. Sin embargo, en el capítulo también se plantea que la exposición dialéctica de dichas determinaciones queda trunca en *El capital*, en tanto no desarrolla la plenitud de las transformaciones materiales en juego. De esta forma, la constitución de la subjetividad política emancipatoria queda reducida a una abstracta posibilidad sin fundamento concreto. Se abre una brecha entonces entre la "dialéctica del trabajo humano" presentada en los capítulos sobre la producción de plusvalía relativa y las conclusiones revolucionarias con las que culmina el primer tomo en la discusión de Marx sobre la tendencia histórica de la acumulación capitalista. Frente a estas ambigüedades y tensiones en el argumento marxiano, a continuación se sugiere que es posible encontrar los elementos para completar la exposición sistemática de las determinaciones de la subjetividad política emancipatoria mediante una cuidadosa

lectura de los pasajes relevantes del llamado "Fragmento sobre las máquinas" de los *Grundrisse*.

Con base en las discusiones sobre el método de conocimiento y sobre las determinaciones más generales del proceso de vida social actual que se llevaron a cabo en los capítulos precedentes, los últimos cuatro capítulos del libro abordan formas concretas del capitalismo contemporáneo. Así, en el capítulo 7 se realiza una reconstrucción crítica de la tesis de la "nueva división internacional del trabajo". Aunque se reconocen ciertos aportes de este enfoque –en particular en sus autores originales–, se argumenta que las bases de la nueva división internacional del trabajo no residen en la intensificación de la división manufacturera del trabajo, tal como se planteó en las primeras forumlaciones sobre este fenómeno. Se sostiene, en cambio, que su desarrollo resulta una expresión del impacto de la automatización de la gran industria sobre la subjetividad productiva del obrero colectivo. En particular, se afirma que el capital busca la combinación más rentable de costo relativo y cualidades/disciplinas de la fuerza de trabajo resultantes de la variedad de historias de los diferentes fragmentos nacionales de la clase obrera. De modo que cada país tiende a concentrar un cierto tipo de fuerza de trabajo de atributos productivos materiales y morales de una determinada complejidad. Así, como resultado de sus tendencias inmanentes, con el correr del tiempo la forma original más simple de la nueva división internacional del trabajo ha evolucionado en una constelación más compleja que la que se sigue de la mencionada tesis. En este sentido, otro punto importante en la crítica que se realiza en este capítulo, es el señalamiento de la coexistencia de las características estructurales de la división internacional clásica del trabajo con las correspondientes a la nueva división internacional del trabajo en ciertos espacios de acumulación, en particular en América Latina.

En tanto forma concreta de la nueva división internacional del trabajo, en el capítulo 8 se realiza un análisis de las llamadas "cadenas globales de valor". En esencia, se argumenta que las interpretaciones dominantes sobre este fenómeno, incluso las ofrecidas desde los enfoques más críticos, son incapaces de brindar una explicación coherente y acabada del objeto que se propone investigar. En particular, se plantea que desde estos paradigmas no se puede avanzar más allá de una mera tipología descriptiva de las

manifestaciones inmediatas de las determinaciones en juego. Por este motivo, estos enfoques acaban siempre por explicar de modo unilateral las relaciones entre los capitales individuales dentro de las cadenas mercantiles como el simple resultado de relaciones de poder –o de cooperación– contingentes, esto es, por relaciones sociales directas entre los capitales. En contraposición, en el capítulo se argumenta que, desde el punto de vista de la crítica de la economía política, este tipo de relaciones no son sino las mediaciones concretas a través de las cuales se realizan las leyes inmanentes que regulan las relaciones sociales indirectas entre los capitales individuales, es decir, son formas concretas del proceso de competencia a través del cual se realiza la formación de la tasa normal de ganancia. Sobre esta base, se desarrolla una explicación alternativa de las determinaciones sociales que subyacen la génesis, estructura y evolución de las cadenas globales de valor como expresión del despliegue de la ley del valor.

En el capítulo 9 realiza un examen crítico del enfoque "postoperaísta" del capitalismo cognitivo. En particular, se discute la afirmación de que la especificidad ontológica de las mercancías cognitivas –su bajo costo de reproductibilidad, su invisibilidad, su no rivalidad, etc.– constituye uno de los factores que conducen a la obsolescencia de la ley marxiana del valor en el capitalismo contemporáneo. Se demuestra que, lejos de ser realidades e implicancias autoevidentes y aproblemáticas de la naturaleza de las mercancías cognitivas, las aseveraciones de los teóricos del capitalismo cognitivo acerca de la crisis de la "medida del valor en tiempo de trabajo social" montadas en estas apariencias se basan en realidad en una concepción básica y vulgar de las determinaciones antitéticas de la forma-mercancía como unidad de valor de uso y valor. Aunque se reconoce la validez de la descripción de algunas de las características propias de los productos del trabajo "intensivos en conocimiento", este capítulo muestra que se puede dar cuenta de las peculiaridades de estas mercancías desde un enfoque más riguroso de la crítica de la economía política. En particular, se argumenta que las mercancías cognitivas pueden ser explicadas a partir del despliegue de las determinaciones cualitativas y cuantitativas de la forma de valor presentadas por Marx en *El capital*.

En el capítulo 10 se reconstruyen dos importantes debates en torno a la explicación marxiana de la renta de la tierra, que son

centrales en los análisis de la acumulación de capital en la Argentina. El primer debate refiere al origen del plusvalor que constituye la renta de la tierra, y se vincula con la problemática del flujo de plusvalor entre países. En este punto, se manifiesta que la posición según la cual la renta de la tierra es plusvalor producido por el trabajador agrario es incompatible con la explicación marxiana de estas determinaciones, mientras que la posición contraria es incompatible con las tesis principales de la teoría de la dependencia en cualquiera de sus variantes. El segundo debate refiere a la naturaleza de la renta diferencial de la tierra de tipo II y se relaciona con la problemática de la inversión de capital en la producción agraria. Al respecto, se sostiene que la posición que considera a la renta diferencial de tipo II como expresión de la existencia de distintos tipos de capitales individuales no es consistente con la explicación marxiana de este tipo de renta. A su vez, se argumenta que la posición que explica este tipo de renta como expresión de la existencia de diferentes inversiones de un mismo capital individual no solo es consistente con la crítica marxiana, sino que es crucial para comprender la evolución tecnológica en la producción agraria argentina. En este sentido, este capítulo final sintetiza de manera nítida la necesidad del conocimiento y la discusión de las determinaciones generales para dar cuenta de los fenómenos concretos.

Capítulo 1
De la reproducción ideal de un proceso ideal a la reproducción ideal de un proceso real. La crítica marxiana de la dialéctica hegeliana[1]

> La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel, en modo alguno obsta para que haya sido él quien, por vez primera, expuso de manera amplia y consciente las formas generales del movimiento de aquella. En él, la dialéctica está puesta al revés. Es necesario darla vuelta, para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la envoltura mística (Marx, 1999b, p. 20).

La cuestión del vínculo entre Marx y Hegel ha estado presente desde el inicio del marxismo como uno de sus grandes temas en debate. Para la primera generación de marxistas, la recuperación de la obra hegeliana pasaba en esencia por su aporte para comprender las grandes leyes de la existencia de la realidad material (Engels, 1977 y 1979). Luego, en la medida en que estas leyes podían ser aplicadas a los distintos campos de estudio, la tarea del investigador se limitaba a reflejar en el pensamiento el movimiento de los fenómenos concretos regidos por dichas leyes (Plejanov, 1964a; Lenin, 1983b). Por su parte, el llamado marxismo occidental criticó de modo contundente esta interpretación por su objetivismo, su ingenuidad y, sobre todo, por su corolario economicista (Korsch, 1971; Lukács, 2002; Gramsci, 2004). Frente a ello, propuso una recuperación de la obra de Hegel donde el acento estaba puesto en el

[1] Este capítulo es una versión ampliada y modificada de Caligaris y Starosta (2014 y 2015).

rol de la subjetividad en los procesos históricos. Así, esta tradición buscó recuperar en particular las categorías hegelianas de conciencia y enajenación para la comprensión del devenir histórico del capitalismo (Marcuse, 1997; Lukács, 2002).

Con todo, esta lectura renovadora del vínculo entre las obras de Marx y Hegel mantuvo la discusión en un alto nivel de generalidad. En particular, si bien era crítica de la aplicación mecánica de las leyes generales de la dialéctica al campo de la economía, esta lectura no ofrecía una verdadera alternativa para la comprensión de la dialéctica de las formas económicas presentadas por Marx en su crítica de la economía política. Esta insuficiencia comenzó a ser superada en la década de 1960 gracias al esfuerzo intelectual de un grupo de marxistas alemanes que se preocuparon por investigar el método subyacente en la exposición de *El capital*, en especial en sus primeros capítulos (Euchner y Schmidt, 1968; Reichelt, 1970; Schmidt, 1973; Backhaus, 1978 y 1997). Tiempo después reconocida como la "nueva lectura de Marx" (Backhaus, 1997; Elbe, 2008), esta línea interpretativa, sin embargo, quedó encapsulada en Alemania sin alcanzar nunca una difusión significativa.[2]

El proyecto de relacionar la dialéctica hegeliana con la crítica marxiana de la economía política recién cobró nuevo ímpetu, mayor concreción y un verdadero alcance internacional, con los trabajos de lo que ahora se conoce como la "nueva dialéctica" (Murray, 1988; Reuten y Williams, 1989; Smith, 1990; Moseley, 1993; Moseley y Campbell, 1997; Burns y Fraser, 2000; Arthur, 2002; Albritton y Smoulidis, 2003; Robles Báez, 2005a; Moseley y Smith, 2014; entre otros).[3] En contraposición a las interpretaciones tra-

[2] Con excepción del célebre artículo de Backhaus (1978), recién en los últimos años los trabajos de la "nueva lectura de Marx" han empezado a darse a conocer fuera de los círculos germano-parlantes gracias a la traducción de algunos trabajos (Reichelt, 1995, 2005, 2007 y 2013); Backhaus, (2005, 2007 y 2009, por ejemplo). A este respecto, cabe señalar asimismo que el libro clásico de Reichelt (1970) ya había sido publicado en italiano a comienzos de la década de 1970 (Reichelt, 1973). Como se señala en la siguiente nota, la "conexión italiana" es una de las vías a través de las cuales se han difundido, de modo indirecto, las ideas de esta línea interpretativa.

[3] Si bien esta línea interpretativa se ha desarrollado en general con relativa independencia de su antecesora, en algunos casos el vínculo ha sido muy estrecho, especialmente en el caso de la "conexión italiana" (Fineschi, 2009a y 2014; Bellofiore, 2014; Bellofiore y Redolfi Riva, 2015). En parte gracias a ella, en tiempos recientes ambas tradiciones han convergido en un diálogo explícito (Bellofiore y Fineschi,

dicionales, y en línea con sus antecesores de la "nueva lectura de Marx", esta nueva tendencia dentro de la literatura especializada se ha centrado en la relevancia metodológica que tiene el pensamiento hegeliano para la crítica marxiana de la economía política. Más en concreto, mientras que los estudios tradicionales sobre este vínculo se centraban en la relación entre la *Fenomenología del espíritu* de Hegel y los *Manuscritos de economía y filosofía* de Marx, estos nuevos estudios se caracterizan por centrarse en la conexión entre la *Ciencia de la lógica* de Hegel y *El capital* de Marx.[4] Aunque existen varias controversias puntuales sobre la naturaleza precisa del vínculo entre estas dos obras, de manera general se puede decir que esta nueva interpretación encuentra que la estructura argumental de *El capital* está organizada de un modo que, cuando menos, encuentra inspiración formal en el modo general que toma el despliegue de categorías presentado en la *Ciencia de la lógica*. Así, la exposición de *El capital* es vista como el desarrollo del capital desde sus formas más simples hasta las más complejas, en un movimiento que se caracteriza, parafraseando a Marx, como la reproducción de la vida interna de dicho objeto mediante el pensamiento. A su vez, en la medida en que el pasaje o la transición de una forma del capital a otra se la concibe como brotando del desarrollo de las contradicciones inmanentes de cada forma en cuestión, las conexiones entre ellas son concebidas como inmanentes y necesarios, en abierta contraposición a la exterioridad propia del uso de la lógica formal.

No obstante este consenso general, en el interior de la "nueva dialéctica" pueden identificarse dos tendencias generales (Bellofio-

2009). Para una evaluación crítica del artículo célebre de Backhaus sobre la forma del valor desde la perspectiva de la nueva dialéctica, véase Murray (2013).

[4] En gran medida, el desarrollo de esta nueva corriente ha sido vehiculizada por las actividades de un reconocido grupo de economistas y filósofos de diversa nacionalidad alrededor del *International Symposium on Marxian Theory*. Además del mayor alcance y difusión global de sus trabajos, la producción de dicho grupo se destaca, frente a las contribuciones pioneras alemanas ya mencionadas, por desarrollar la reconstrucción dialéctico-sistemática de la crítica de la economía política más allá de las determinaciones más simples de la mercancía, el dinero y el capital. Se han abordado temáticas correspondientes a aspectos más concretos del primer tomo de *El capital*, así como atinentes a tópicos de los tomos subsiguientes y de los manuscritos anteriores a la versión definitiva de la crítica marxiana (Arthur y Reuten, 1998; Campbell y Reuten, 2002; Bellofiore y Taylor, 2004; Moseley, 2005; Bellofiore *et al.*, 2013).

re, 2014, pp. 167 y ss.). En primer lugar, hay un grupo de autores que investigan la relación entre la *Ciencia de la lógica* y *El capital* a través de lo que llaman la "tesis de la homología". De todas las interpretaciones que forman esta perspectiva, tal vez la más representativa sea la de Christopher Arthur, según la cual existe una estrecha "homología entre la estructura de la *Ciencia de la lógica* de Hegel y *El capital* de Marx" (Arthur, 2002, p. 7). Conforme este enfoque, es posible –y sobre todo revelador– realizar un mapeo estricto de la mayoría de las categorías de la *Ciencia de la lógica* en la presentación sistemática de *El capital*, "ya que el capital es un objeto peculiar que se funda en un proceso de abstracción real en el intercambio en un sentido muy similar al que Hegel concibe la disolución y reconstrucción de la realidad por medio del poder de abstracción del pensamiento" (Arthur, 2002, p. 8). La segunda tendencia dentro de la "dialéctica sistemática" consiste en lo que se podría llamar una "lectura materialista" de la obra del Hegel en general, y de su *Ciencia de la lógica* en particular. Dentro de este grupo, quizás Tony Smith (1990) sea el autor más emblemático de esta perspectiva. En pocas palabras, el argumento esencial de este autor es que la dialéctica hegeliana, a pesar de las repetidas afirmaciones de Marx en sentido contrario, coincide en todo con la dialéctica marxiana. Así, la *Ciencia de la lógica* es leída como una exposición dialéctica sistemática de las estructuras ontológicas fundamentales del ser material real; es decir, es leída como una "ontología materialista" (Smith, 1990, p. 8). La relevancia de la *Ciencia de la lógica*, por tanto, reside en que provee las categorías básicas necesarias para captar la "inteligibilidad" del mundo material (Smith, 1990, p. 5).

En síntesis, mientras que de acuerdo al enfoque de Arthur el contenido de la *Ciencia de la lógica* es "puro idealismo", para el enfoque de Smith es "puro materialismo". A su vez, mientras que para Arthur la *Ciencia de la lógica* puede servir solo para potenciar el conocimiento de las formas sociales capitalistas, para Smith su campo de "aplicación" o relevancia es más amplio y puede, en principio, incluir tanto formas sociales no capitalistas como formas naturales. Por último, ya en cuanto a la crítica marxiana de la economía política, mientras que para Arthur la cuestión pasa por revelar las formas lógicas homólogas que están implícitas en la conexión interna entre las diferentes formas del capital, para Smith la cuestión pasa por tomar conciencia de las estructuras

ontológicas generales que organizan el ordenamiento sistemático de las categorías económicas.

Así considerado, el debate actual en torno a la herencia hegeliana de la crítica marxiana dentro de la "nueva dialéctica" puede sintetizarse en un solo punto fundamental: cuál es el significado y la relevancia de la *Ciencia de la lógica* para el desarrollo de la crítica de la economía política. Visto desde la reiterada síntesis de Marx respecto de su crítica a Hegel, se podría decir que el debate gira en torno a esclarecer con precisión cuál es el "núcleo racional" dentro de la –presunta– "envoltura mística" presente en la *Ciencia de la lógica* de Hegel (Marx, 1987b; 1999b, p. 20). En este contexto, nos proponemos contribuir al debate en cuestión ofreciendo una alternativa a las dos perspectivas antes desarrolladas sobre la conexión entre la *Ciencia de la lógica* de Hegel y *El capital* de Marx dentro de la "nueva dialéctica". Basados en el trabajo de Juan Iñigo Carrera respecto de la relación entre el método dialéctico y la crítica de la economía política (Iñigo Carrera, 1992, 2007a, 2013a, 2013b y 2014), demostraremos, en primer lugar, que el significado científico y metodológico que tiene la *Ciencia de la lógica* para la crítica de la economía política, esto es, lo que Marx llamaba su "núcleo racional", no resulta de su condición de peculiar ontología social invertida surgida del proceso de abstracción que caracteriza la forma-valor, tal como sostiene Arthur (2002, p. 82), sino de presentar el despliegue de la determinación más simple de lo real. En segundo lugar, argumentaremos que este despliegue hegeliano no puede ser tomado de manera inmediata, tal como sugiere Smith, ya que comporta necesariamente una "envoltura mística" que lo afecta.

Dos posiciones opuestas en torno a cuál es el "núcleo racional" y cuál es la "envoltura mística" de la Ciencia de la lógica de Hegel

En los textos fundantes del "materialismo dialéctico", la *Ciencia de la lógica* de Hegel es leída como conteniendo "las grandes leyes de la dialéctica", que luego pueden ser aplicadas por el investigador marxista a diversos objetos concretos como la historia, el capitalismo, etc. Se sostiene, sin embargo, que Hegel habría descubierto esas leyes "en su versión idealista, como simples leyes del pensa-

miento" (Engels, 1979, p. 49). Pero en la medida en que estos textos no presentan una crítica del contenido específico desarrollado en la *Ciencia de la lógica*, se comprende que el "núcleo racional" de dicha obra consiste, para esta interpretación, en el despliegue dialéctico de las categorías tal y como es presentado por el propio Hegel. Por su parte, la "envoltura mística" es vista en el hecho de que para Hegel el sujeto de aquellas diferentes formas lógicas no es el ser humano real que "refleja" en su cerebro la estructura y el movimiento de la naturaleza, sino la "idea absoluta". De forma sintética, esta posición puede verse en el famoso aforismo de Lenin, según el cual la cuestión pasa por "leer a Hegel de modo materialista […] es decir, desech[ar] las más de las veces a Dios, el absoluto, la idea pura, etc." (Lenin, 1986, p. 91). Así considerado, pues, pareciera que para esta interpretación la cuestión pasa solo por sustituir la terminología idealista de Hegel por una de tipo materialista; por caso, cambiar la palabra "idea" por la palabra "materia".

Esta interpretación ortodoxa ha sido desafiada por dos posiciones opuestas dentro de la llamada "nueva dialéctica". La primera interpretación, en línea con la lectura representada por Arthur (2002), sostiene que la apropiación forma acrítica del método dialéctico desplegado en la *Ciencia de la lógica* implica aceptar el idealismo absoluto hegeliano. En este sentido, para esta lectura no hay ningún "núcleo racional" por descubrir. En contraste, la segunda interpretación, en línea con la lectura representada por Smith (1990), argumenta que esta obra no trata de un súper sujeto metafísico, sino que despliega de manera sistemática todas las categorías necesarias para hacer inteligible las estructuras ontológicas más abstractas del mundo material. Como consecuencia, esta lectura tiende a concluir que en realidad no hay ninguna "envoltura mística" por develar.

Tal como lo ha puesto en evidencia Bellofiore (2014), la posición representada por Arthur al interior de la "nueva dialéctica" puede encontrarse insinuada muchos años antes en la obra de Colletti (1977).[5] A los fines de nuestra discusión, lo interesante de

[5] Arthur (2000, p. 130, n. 45) le reconoce a Colletti ser pionero en haber sacado a la luz la relevancia de la dialéctica hegeliana para comprender la peculiar ontología invertida del capital, pero sostiene que este autor no pudo ser consecuente con las implicancias de ese descubrimiento y no pasó de señalar dicho isomorfismo; esto

este último autor es que, mientras que Arthur y quienes comparten hoy su posición tienden a asumir como "dato" el idealismo absoluto hegeliano, para luego desarrollar a partir de ese fundamento general la idea de un isomorfismo u homología entre el capital y la idea, los trabajos de Colletti tienen la riqueza de dar de modo explícito la discusión acerca del carácter idealista de la filosofía hegeliana mediante un análisis pormenorizado de la *Ciencia de la lógica*.[6] Y es sobre la base de esos argumentos que Colletti concluye que hay un vínculo íntimo entre el carácter idealista de la filosofía de Hegel y el método dialéctico. En este sentido, consideramos que para discutir la interpretación dentro de la "nueva dialéctica" según la cual no hay ningún núcleo racional dentro de la *Ciencia de la lógica* de Hegel, o más bien, que ese núcleo racional está de hecho constituido por su envoltura mística dado el propio misticismo de la forma-capital, es más fructífero recuperar y examinar la posición de Colletti al respecto.

Según este autor, el logro principal de la *Ciencia de la lógica* es ofrecer, por primera vez en la historia de la filosofía, una exposición y justificación firme del "principio del idealismo"; lo cual, según argumenta, se hace recurriendo al método dialéctico (Colletti, 1977, pp. 8-9). Para presentar su posición, Colletti analiza la dialéctica de lo finito e infinito presentada por Hegel al comienzo de la *Ciencia de la lógica*. Allí encuentra que, en vez de tomar a

---

es, no desarrolló la tesis de la homología mediante una dialéctica sistemática del capital. En este sentido, se podría decir que Colletti plantea y examina en profundidad el fundamento general de la tesis de la homología pero se paraliza y no avanza en su corolario necesario. Por su parte, Arthur asume como dado el fundamento, pero lo desarrolla mediante una reconstrucción pormenorizada de la arquitectura expositiva de *El capital*, basada en el "mapeo" de las diferentes categorías de la *Ciencia de la lógica*. Por lo demás, nótese que el reconocimiento temprano del "isomorfismo ontológico" entre el capital y el espíritu absoluto o el concepto hegelianos puede también encontrarse, para esa misma época, en la contribución alemana de Reichelt (1970).

[6] Estrictamente, Arthur sostiene que en los textos de Hegel se pueden encontrar evidencias para las dos posibles interpretaciones, la del idealista absoluto y la materialista o no-metafísica de Tony Smith (Arthur, 2000, pp. 105-108). Es decir, argumenta que Hegel es ambiguo al respecto y se pueden encontrar citas para apoyar una u otra lectura. Pero concluye que en todo caso él toma la del idealista absoluto porque, al mismo tiempo que es plausible como lectura de Hegel, es la que es relevante o significativa para entender las determinaciones del capital mediante la tesis de la homología.

lo finito y a lo infinito en la separación en que estos se presentan, Hegel critica esta escisión como el producto de un necio "entendimiento". A su vez, busca superarla mediante la dialectización de lo finito (lo sensible-material), donde este se niega por su propia dinámica intrínseca y, por esta vía, se autosupera para devenir un momento interno de lo infinito (el pensamiento), esto es, para realizarse como algo que no es real en sentido estricto sino ideal, quedando así la realidad plena como un atributo del infinito. De este modo, en contraposición al viejo idealismo que se limitaba a fundamentarse en la mera negación abstracta de lo finito, Hegel incorpora a lo finito dentro de lo infinito, logrando así presentar su idealismo –el reino de lo infinito– de una forma racional y coherente. En otras palabras, Hegel se convierte en un idealista, y en particular en un idealista absoluto, justamente al tornar lo finito en un finito dialéctico, vale decir, al utilizar el método dialéctico. En palabras de Colletti:

> En la práctica, esa innovación [de Hegel] significa lo siguiente: ya no se dice solo que lo finito no tiene verdadera realidad, que no tiene un ser propio, sino que se añade que lo finito tiene como esencia y fundamento suyo lo "otro" de sí mismo, es decir, lo infinito, lo inmaterial, el pensamiento. […] Lo finito "no es" cuando es verdaderamente finito […] Lo finito es dialéctico. […] Lo finito "verdadero" no es, por tanto, lo finito que está fuera de lo infinito, sino lo finito interior a esto, lo finito como tal es en la Idea. "Reales" no son las cosas externas al pensamiento, sino las cosas "pensadas", es decir, las cosas no son ya cosas sino simples objetos "lógicos" o momentos ideales (Colletti, 1977, pp. 15-17).

Ahora bien, si examinamos con detenimiento la dialéctica de lo finito que se expone en la *Ciencia de la lógica*, es claro que, *pace* Colletti, en estas páginas no se desarrolla una demostración del carácter ideal del mundo material sensible y, por tanto, tampoco se ofrece allí un argumento que justifique la naturaleza idealista del sistema hegeliano. Lo único que Hegel está mostrando allí es que el hecho de que las cosas sean "finitas" tan solo significa que ellas llevan dentro suyo la necesidad de su propia negación. Y que, en consecuencia, ellas no pueden ser captadas de modo correcto si se las representa como entidades autosubsistentes o afirmacio-

nes inmediatas. Al contrario, las cosas o los objetos necesitan ser captados como poseyendo automovimiento, esto es, como sujetos de su propia transformación cualitativa en otra forma "finita". Y es que, para Hegel, la propia determinación cualitativa de un objeto se realiza cuando este deviene otro objeto, un "movimiento" que es "el retorno a sí por medio de su propia negación" (Hegel, 1993a, p. 188). En otras palabras, todo el punto de Hegel en esas páginas es que el "verdadero infinito" no es sino el automovimiento inmanente de lo finito en su afirmación mediante la propia negación. De hecho, el "verdadero infinito" es ya el "ser para sí" donde, como se indicará luego, por fin "está cumplido el ser cualitativo" (Hegel, 1993a, p. 201).[7] En suma, todo lo que Hegel está tratando de exponer es que las formas reales del "ser" se afirman mediante su propia negación, esto es, que la realidad se desarrolla, por su propia naturaleza inmanente, de manera contradictoria.

En consecuencia, el hallazgo hegeliano del automovimiento de las formas reales, que constituye su gran descubrimiento científico y, por tanto, el núcleo racional que se puede encontrar en su *Ciencia de la lógica*, no está atado a su idealismo absoluto. En este sentido, pensamos que al asociar inmediatamente idealismo a dialéctica Colletti acaba, por decirlo así, tirando al bebé junto con el agua sucia de la bañera. De hecho, siguiendo a Iñigo Carrera (2013a, pp. 241-271), se podría argumentar que es el rechazo de este descubrimiento hegeliano el que de modo inevitable conduce a una representación idealista de la realidad. En efecto, cuando las formas reales son representadas como estando desprovistas de toda necesidad inmanente que las impulse a su propio movimiento, las formas del "ser" son reducidas a abstracciones inertes que solo pueden ser puestas en una relación externa unas con otras por medio de la reflexión subjetiva. Como consecuencia, las relaciones entre objetos así construidas resultan ajenas a la naturaleza

[7] El hecho de que en varios pasajes Hegel presente la contradicción que comporta lo finito como un "movimiento" puede generar la apariencia de que se trata de un proceso mediado por la determinación espacial o, como sugiere Theunissen, por la determinación temporal (Theunissen, 1978, p. 269). En nuestra lectura, en línea con otras interpretaciones (Houlgate, 2005, pp. 373 y ss.; Taylor, 2010, pp. 203 y ss.), tanto el "espacio", el "tiempo" e incluso el "movimiento" mismo son formas concretas más desarrolladas de la determinación más simple del afirmarse mediante la propia negación; al respecto, véase Iñigo Carrera (2013a, pp. 301-303).

inmanente de las cosas mismas. En este sentido, aunque esto no conduzca a considerar que las ideas "produzcan" la realidad, lo que sí se sigue es que las ideas insuflan movimiento a las formas reales y, de allí, determinan la naturaleza de sus relaciones. En cambio, solo cuando las cosas son tomadas como portadoras de la potencialidad objetiva intrínseca de su propio movimiento tiene sentido hablar de la "reproducción ideal" de la "vida interna" del objeto de que se trate.

Un caso ilustrativo de la segunda posición respecto a la *Ciencia de la lógica* de Hegel se puede encontrar en la obra de Tony Smith (1990). Según este autor, la *Ciencia de la lógica* trata de las categorías fundamentales del pensamiento que son necesarias para captar inteligibilidad interna de la realidad. En este tratamiento, sostiene Smith, Hegel "deriva tres tipos generales de estructuras categoriales", una de "unidad simple", otra de "diferencia" y otra de "unidad en la diferencia" (Smith, 1990, pp. 5-6). Luego, en la medida en que dichas estructuras categoriales se encuentran conectadas de forma inmanente y contradictoria, es posible "construir una teoría sistemática de categorías empleando el método dialéctico" (Smith, 1990, p. 6). En palabras de Smith:

> El sistema de Hegel es una reconstrucción del proceso real (el objeto) en el pensamiento para capturar su inteligibilidad interna. Hegel hace esto por medio de tomar a las determinaciones fundamentales del objeto y luego notar que esas categorías definen estructuras que son de unidad simple, o de diferencia, o de unidad en la diferencia. Estas estructuras pueden luego ordenarse sistemáticamente de modo tal que se construya una progresión lineal de las categorías que se mueven paso a paso de las determinaciones más simples y abstractas a categorías más complejas y concretas. La afirmación y la superación de las contradicciones dialécticas es el motor de este movimiento (Smith, 1990, p. 13).

Así leída, según este autor, la *Ciencia de la lógica* resultaría "compatible con la ontología materialista de Marx" (Smith, 1990, p. 36), de modo tal que no hay fundamento para rechazarla por idealista. Y tampoco puede encontrarse tal fundamento allí donde, finalizada la construcción categorial, Hegel concibe al reino de la naturaleza y del espíritu humano como creaciones de la idea absoluta,

pues, de acuerdo con Smith, en estos pasajes Hegel "está ofreciendo indulgentemente imágenes del pensamiento, representaciones imaginativas que en sus propios términos pertenecen a un nivel prefilosófico" (Smith, 1990, p. 11), una presentación que no obstante Hegel encontraba necesario utilizar para hacer accesible su filosofía a una audiencia que era en su mayoría cristiana.

Más allá de la siempre espinosa cuestión de la evidencia textual, la interpretación que ofrece Smith de la filosofía hegeliana es plausible y, de ser correcta, eximiría en efecto a Hegel de su condición de idealista absoluto. Sin embargo, no ser un idealista absoluto no significa necesariamente ser un materialista en el sentido en que lo era Marx. Para sostener que la filosofía hegeliana y la *Ciencia de la lógica* en particular son compatibles con la perspectiva materialista de Marx se necesita bastante más. Se necesita, ante todo, conseguir probar que la estructura del ser material real coincide con la estructura de las categorías ideales presentadas en dicha obra. La afirmación de Smith de que las categorías presentadas en la *Ciencia de la lógica* "son en un principio conseguidas en confrontación con lo dado empíricamente" (Smith, 1990, p. 4), no alcanza para probar dicha coincidencia en la medida en que este procedimiento está lejos de garantizar que el ordenamiento sistemático de aquellas categorías reproduzca la "vida interna del ser material real". En otras palabras, la cuestión respecto del supuesto carácter materialista de la *Ciencia de la lógica* no puede ser establecida con la evidencia de que allí Hegel reconoce una realidad objetiva por fuera del pensamiento. Al contrario, desde nuestro punto de vista, el punto crucial es si la dialéctica sistemática hegeliana de las formas lógicas reproduce de modo correcto las determinaciones más abstractas de la realidad material "por medio del pensamiento".

Como intentaremos mostrar en la sección siguiente, el desarrollo sistemático en la *Ciencia de la lógica* es en sí mismo deficiente en cuanto reproducción ideal de la conexión interna entre las formas más abstractas de la realidad material. En pocas palabras, argumentaremos que, en tanto su dialéctica sistemática comienza con la forma más simple del pensamiento, la subsecuente derivación de categorías está forzada a seguir la necesidad inmanente del "pensamiento puro" como tal y, por tanto, no puede expresar el movimiento interno de las determinaciones más simples del "ser material real". En este sentido, pensamos que la forma peculiar

dada por Hegel a su dialéctica sistemática está atada de modo inmanente a un punto de vista idealista, aunque –como veremos– por razones muy diferentes a las que esgrime Colletti. Esto no significa que no hay nada para recuperar del desarrollo inmanente de las formas del pensamiento que ofrece Hegel. Solo significa que sus elementos racionales tienen que ser descubiertos con mucho cuidado dentro de una presentación que está, en virtud de su naturaleza idealista, estructurada en forma tal que no tiene lugar en una dialéctica sistemática materialista. A la luz de esto, el principal problema con la perspectiva de Smith no es que su lectura materialista no es convincente. Más bien, su problema central es que toma de Hegel una dialéctica sistemática que es, tanto en su contenido como en su forma, deficiente. Como consecuencia, se puede decir que, junto a su "núcleo racional", Smith no puede sino terminar llevándose también la "envoltura mística".

El "núcleo racional" y la "envoltura mística" de la *Ciencia de la lógica* de Hegel

Abstracción versus análisis

El punto de partida de la *Ciencia de la lógica* es el "puro ser" como un "pensar vacío" (Hegel, 1993a, p. 107), es decir, es el ser del pensamiento. El significado profundo que tiene para la filosofía hegeliana tal punto de partida, y en particular su vínculo con el ser real, ha sido objeto de numerosas controversias entre los comentaristas (Theunissen, 1978; Henrich, 1990). Sin embargo, pocos autores han criticado a Hegel por empezar su dialéctica sistemática con una forma del pensamiento. Más adelante consideraremos las implicancias de este punto de partida para la cuestión principal de este capítulo. Por el momento, empecemos por un examen crítico del procedimiento metodológico que está presupuesto en el descubrimiento hegeliano del "puro ser" como la categoría más simple que pone en movimiento el despliegue dialéctico subsecuente de las formas lógicas.

Para Hegel, la elección de este punto de partida categorial y del procedimiento mediante el cual se llega se sigue de su idea de que la verdadera filosofía especulativa debe involucrar un "pensamiento sin presuposiciones" (Houlgate, 2005, pp. 29 y ss.). El "comienzo",

dice Hegel, "tiene que ser absoluto, o lo que aquí significa lo mismo, un comienzo abstracto; no debe presuponer nada" (Hegel, 1993a, pp. 90-91). "Esta exigencia se lleva a cabo", precisa en su Enciclopedia, "propiamente en la decisión de querer pensar con toda pureza, decisión que lleva a cabo la libertad, la cual abstrae de todo y comprende su propia y pura abstracción, es decir, la simplicidad del pensar" (Hegel, 2000, p. 182). En síntesis, el procedimiento por medio del cual se puede arribar a esta abstracción pura consiste en excluir cualquier pensamiento que conlleve una cierta complejidad o concretitud, es decir, cualquier pensamiento cuyo contenido presuponga la existencia de cualquier otro pensamiento. En este punto, podría objetarse que tal "abstraer de todo" resulta un procedimiento meramente formal, que no es una abstracción con verdadero fundamento científico. De hecho, la discusión retrospectiva que plantea el propio Hegel respecto del comienzo de la ciencia en el capítulo "La idea absoluta" apunta en este sentido: la categoría más simple que constituye el punto de partida de la *Ciencia de la lógica* es reconocida allí como un "universal abstracto", del cual se afirma que se lo alcanza por medio de abstraer toda determinación (Hegel, 1993a, pp. 89-92; 1993b, pp. 563-566). En otras palabras, el puro ser, en cuanto categoría que pone en marcha el movimiento (sintético) de la *Ciencia de la lógica*, es una categoría semejante a aquellas del "entendimiento" o el "pensamiento representacional", esto es, una que solo puede asir los objetos de modo unilateral en términos de su abstracta autoidentidad (Hegel, 1993b, pp. 522 y ss., 564). En efecto, como sugiere Carlson, se puede decir que en realidad es el "entendimiento" quien lleva a cabo el acto de abstracción y no el "pensamiento especulativo" como tal (Carlson, 2007, pp. 27-28). En este sentido, Hegel considera a la especificidad de su "método absoluto" como residiendo, en esencia, en el momento sintético, es decir, en la reconstitución de la unidad de los diferentes momentos de la totalidad a través de un movimiento desde su pensamiento más abstracto –el puro ser– hasta su más concreto –la idea absoluta– (Hegel, 1993b, pp. 566-567 y 576). En consecuencia, Hegel no parece reconocer nada que sea en sí mismo especulativo en el procedimiento a través del cual se llega a la categoría más simple.

Sin embargo, para Hegel, la discusión respecto del carácter científico de tal proceder es irrelevante a esta altura del desarrollo, dado que en realidad aún no ha comenzado el proceso de cono-

cimiento científico. "En el ser en cuanto es aquel simple e inmediato", dirá unas páginas más adelante en su *Ciencia de la lógica*, "el recuerdo de que es un resultado de la abstracción perfecta […] ha quedado detrás de la ciencia" (Hegel, 1993a, p. 128). Por eso, como lo pone de manera ingeniosa un comentarista, incluso podría decirse que en el proceso de abstracción requerido para alcanzar el puro ser "debemos incluso abstraer y dejar a un lado –en realidad olvidar de modo deliberado– el hecho mismo de que el puro ser es el producto de la abstracción" (Houlgate, 2005, p. 87). En efecto, una vez que se adopta el punto de vista del "saber absoluto" y, en consecuencia, se toma al pensamiento puro mismo como el objeto inmediato válido de investigación, el carácter deficiente del procedimiento a través del cual la categoría más simple ha sido alcanzada no compromete la validez del despliegue dialéctico ulterior que el "puro ser" pone en marcha. El punto esencial es que, sea cual sea el procedimiento utilizado, en este proceso el filósofo especulativo nunca ha abandonado el terreno de su objeto, vale decir, el pensamiento puro. En este sentido, una vez que se adopta (alguna versión de) la identidad entre el ser y el pensamiento que se alcanza en la *Fenomenología del espíritu*, el argumento de Hegel es coherente en este punto, aunque, como argumentaremos después, intrínsecamente idealista.

Si se adopta un punto de vista materialista, en cambio, el procedimiento de la abstracción formal es bastante más problemático. En efecto, en la medida en que se toma por objeto inmediato de conocimiento no a un pensamiento sino a una forma de existencia del "ser material", la abstracción formal consistente en separar de modo arbitrario todas las determinaciones específicas que constituyen un objeto implica, quiérase o no, salirse del terreno del objeto que se pretende conocer, esto es, la propia realidad material. Siguiendo el ejemplo que pone Marx en la *Miseria de la filosofía* (Marx, 1987c, p. 65), si abstraemos de los materiales de los que se compone una casa, el resultado será la representación puramente ideal de una casa sin materiales, algo que no tiene ningún correlato real, ya que no existe en la realidad una casa sin materiales. Por consiguiente, si luego se continúa abstrayendo de otros componentes de este objeto inicial ahora convertido en una representación, ya no se estará lidiando con objetos reales existentes, sino con abstracciones tan solo ideales o mentales, esto es, con "puros pen-

samientos". Sobre esta base, la reconstitución ulterior de la unidad del objeto no podrá tener por resultado sino una construcción ideal en sí misma ajena al objeto de conocimiento que constituía el punto de partida. En consecuencia, para un materialista, el corolario de utilizar la abstracción formal es, sino convertirse en un idealista hegeliano, recaer en el dualismo kantiano, donde la construcción teórica, por más consistencia interna que tenga, está irremediablemente separada del objeto real de conocimiento.

Desde un punto de vista materialista, por tanto, la crítica de la filosofía hegeliana debe partir de la crítica de la abstracción formal con que esta comienza. Tal es la clave de la crítica fundacional de Feuerbach. La filosofía hegeliana, dice este autor, "no presupone nada, lo cual no significa más que: ella hace abstracción de todos los objetos (*Objekt*) inmediatamente, es decir, sensiblemente dados, distinguidos del pensar; en síntesis, hace abstracción de todo lo que puede abstraerse sin cesar de pensar, convirtiendo este acto de abstracción de toda objetividad en el comienzo de sí misma" (Feuerbach, 1999a, p. 64; traducción modificada). Luego, como señala en otro texto, "el camino de la filosofía especulativa de lo abstracto a lo concreto […] nunca llega a la realidad verdadera, objetiva, sino siempre y únicamente a la realización de sus propias abstracciones" (Feuerbach, 1999b, pp. 29-30). En el mismo sentido, también influenciada por Feuerbach, se sitúa la crítica al idealismo hegeliano que Marx presenta apenas unos años más tarde en su *Miseria de la filosofía*:

> ¿Hay que extrañarse de que cualquier cosa, en último grado de abstracción –puesto que hay abstracción y no análisis–, se presente en estado de categoría lógica? […] A fuerza de abstraer así de todo sujeto los pretendidos accidentes […], en último grado de abstracción, se llega a obtener como sustancia las categorías lógicas. Así, los metafísicos, que al hacer estas abstracciones se imaginan hacer análisis y que, a medida que se separan más y más de los objetos, imaginan aproximarse a ellos hasta el punto de penetrarlos, esos metafísicos tienen razón a su vez al decir que las cosas de nuestro mundo son bordados cuya trama son las categorías lógicas (Marx, 1987c, p. 65).

Lo significativo de esta crítica, y lo que es en particular relevante para la cuestión que nos concierne, es que en ella ya se deja entre-

ver cuál es la alternativa que propone Marx a la abstracción hegeliana: hacer análisis. Desafortunadamente, a pesar de esta marcada contraposición y de las reiteradas veces en que Marx resalta al análisis como un momento particular del proceder científico (Marx, 1997a, p. 21; 1989a, p. 443), en ningún lugar de su obra se puede encontrar una presentación detallada de la forma específica que debe tener este proceso analítico dentro de su enfoque "dialéctico sistemático" materialista.[8] Asimismo, la literatura especializada en el fundamento metodológico de la crítica marxiana de la economía política, a pesar de los importantes aportes que ha realizado, se ha focalizado sobre todo en el aspecto sintético de la presentación dialéctica a expensas de una tematización del rol peculiar que tiene el momento del análisis en la investigación dialéctica en general y en *El capital* en particular (por ejemplo, en Backhaus, 1978; Arthur, 2004; Robles Báez, 2005b). Nuestro argumento, en contraposición,

[8] Nótese que en la célebre *Introducción de 1857* (Marx, 1997a, pp. 1-33), que en general se presenta como el texto canónico sobre el método dialéctico (véase, Schmidt, 1973, pp. 59-62), en ningún pasaje Marx siquiera alcanza a señalar la cuestión de la forma específica que tiene el análisis dialéctico –y, por cierto, tampoco la que corresponde a la síntesis–. Antes bien, Marx se limita allí a diferenciar análisis y síntesis como dos momentos de todo proceder científico. Como se deduce de su tratamiento en la *Ciencia de la lógica* de Hegel, esta diferenciación no es privativa del método dialéctico. En efecto, el conocer analítico y sintético son figuras de la idea de lo verdadero que todavía no expresan de manera acabada el contenido del conocimiento conceptual y que, en tal limitación, no alcanzan todavía la plenitud de realización del concepto que solo se actualizará bajo la forma de la idea absoluta (Hegel, 1993b, pp. 512-551). Y es solo en esta última sección donde Hegel discute la especificidad de su "método absoluto" y donde, como se argumenta en este capítulo, confunde análisis con abstracción. En este punto, es interesante resaltar que en el apartado en cuestión Marx no está exponiendo su propio método sino el de la "economía política", tal como indica el título del mismo. O, en todo caso, lo que de manera explícita está comentando en alguno de esos pasajes es algo que el método dialéctico tiene en común con el método científico convencional, sin dar ninguna pista respecto de qué es lo que los diferencia. Por supuesto, ciertas expresiones o terminología –por ejemplo, lo concreto como la "unidad de múltiples determinaciones"– de modo implícito hablan de la influencia de Hegel en el propio método de Marx. Pero esta influencia solo puede ser encontrada en el desarrollo concreto contenido en *El capital*. En la *Introducción de 1857* no hay nada que por sí mismo –esto es, sin una lectura crítica de la *Ciencia de la lógica* de Hegel y un estudio pormenorizado de la arquitectura expositiva de *El capital*– pueda ser tomado como una especie de presentación estilizada de la forma general de movimiento de la dialéctica materialista marxiana. De allí que ese mismo texto se preste a las interpretaciones más dispares respecto del método de Marx, y todas ellas con evidencia textual de la pluma del "maestro".

es que resulta esencial captar la diferencia entre el análisis materialista y la abstracción idealista de Hegel. Es cierto que muchos autores han identificado y resaltado la distinción entre las abstracciones propias de la crítica marxiana de la economía política y aquellas de las ciencias sociales convencionales (Murray, 1988, pp. 121 y ss.; Clarke, 1991a, pp. 81 y ss.; Gunn, 2005). Sin embargo, en ningún caso han sometido a crítica al proceso de abstracción hegeliano. Más importante aún, como señala Iñigo Carrera, la mayoría de estos autores han pasado por alto que la diferencia entre los distintos tipos de abstracción identificados resulta de la forma misma del proceso de conocimiento a través del cual dichas abstracciones se alcanzan (Iñigo Carrera, 2013b). Esto es, han pasado por alto que la diferencia en la forma del conocimiento científico no solo atañe al momento sintético o genético como suele asumirse, sino también, y en especial, al momento analítico.

Aunque Marx no dejó ninguna formalización escrita de la especificidad del análisis materialista, es posible reconocer su funcionamiento concreto en el "análisis de la mercancía" con el que comienza *El capital*. Tal como lo presenta en retrospectiva en su discusión con Wagner, este análisis no parte ni de los conceptos de la economía política ni de concepto alguno (Marx, 1982b, p. 48). En cambio, comienza con la observación inmediata de la "forma social más simple en que toma cuerpo el producto del trabajo en la sociedad actual" (Marx, 1982b, p. 48). Dado este punto de partida, Marx prosigue tomando la mercancía individual "en la mano" y analizando "las determinaciones formales que contiene en cuanto mercancía, que le imprimen el sello de mercancía" (Marx, 2000b, p. 108). El descubrimiento de estas "determinaciones formales" comienza enfrentando al valor de uso de la mercancía individual como el soporte material de un atributo histórico específico de los productos del trabajo: su capacidad para intercambiarse. Como pasa con toda forma real, lo primero que se encuentra al considerar esta capacidad no es más que su manifestación inmediata, esto es, la "relación cuantitativa […] en que se intercambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra clase" (Marx, 1999b, p. 45). El siguiente paso en el análisis, por consiguiente, es develar la *forma abstracta*, es decir, el contenido, detrás de este atributo formal específico que tiene la mercancía. Así, el análisis subsiguiente revela que el "valor de cambio" es en realidad el "modo de ex-

presión, o 'forma de manifestarse', de un contenido diferenciable" –esto es, el valor–, cuya sustancia es el trabajo abstracto materializado en la mercancía (Marx, 1999b, pp. 45-47).

Como es reconocido por la literatura, en esta fase particular de la exposición marxiana la secuencia del argumento consiste en ir de la forma al contenido. Sin embargo, lo relevante no pasa solo por advertir este curso –que de cualquier modo es señalado de modo explícito por Marx en esas mismas páginas– sino en reconocer el modo preciso en que el análisis dialéctico descubre el contenido detrás de la forma y, por consiguiente, su conexión interna. Como ha señalado Iñigo Carrera, en el método científico convencional el análisis consiste en separar los atributos que se repiten en una forma concreta de los que no lo hacen, para de este modo arribar a un atributo común que, a su turno, haga posible la construcción mental que defina a la forma concreta analizada (Iñigo Carrera, 2013b, pp. 50 y ss.). Por su parte, la abstracción hegeliana radica en dejar a un lado toda característica particular de una forma concreta en búsqueda del "universal abstracto" que constituya su elemento más simple. Más allá de sus diferencias, estos dos procedimientos tienen en común el hecho de que ambos resultan en abstracciones mentales o categorías que, por su propia naturaleza de "pensamientos puros", no pueden sino ser del todo ajenas a las formas concretas de la realidad material de la cual partieron. En contraposición, el método dialéctico utilizado por Marx analiza una forma concreta al enfrentarla, ante todo, como portadora de la potencialidad cualitativa de su propia transformación. Luego, y en consecuencia, reconoce a su vez a dicha forma concreta como la realización de la potencialidad cualitativa de su forma abstracta, cuyo descubrimiento surge así como el paso necesario con el que debe continuar el análisis en curso. Por tanto, la apropiación dialéctica del universo de las distintas formas concretas reales no consiste en la identificación de lo que distingue a cada forma concreta sobre la base del grado de repetición de ciertos atributos suyos. Y tampoco en la operación de abstraer de toda determinación particular. Consiste, en cambio, en separar analíticamente las diferentes formas por medio de descubrir en cada forma concreta particular la potencialidad realizada de otra forma real, la cual es abstracta respecto de la primera, pero concreta respecto de otra forma de la cual ella misma es potencialidad realizada.

Así, mientras el conocimiento científico convencional concibe a las formas reales como afirmaciones inmediatas, y por tanto como entidades autosubsistentes, lo que distingue al proceso de análisis dialéctico es que, en el mismo movimiento analítico, capta tanto a la forma concreta que examina como a la más abstracta de la cual es ella misma su forma desarrollada de existencia. En otras palabras, el conocimiento dialéctico materialista reconoce a cada forma como la afirmación mediante la propia negación de otra forma más abstracta suya y, por tanto, las reconoce siempre como sujetos de su propio movimiento. A su vez, y debido a ello, el análisis dialéctico que realiza Marx, en contraposición a la abstracción hegeliana o al conocimiento científico convencional, en ningún momento abandona el terreno de lo real. Tanto la forma concreta inmediata que enfrenta como la más abstracta que descubre mediante el análisis son realidades totalmente objetivas, determinaciones reales del objeto que se examina. Por tanto, el análisis tiene que renovarse en el descubrimiento de cada forma abstracta considerándola a su vez como un concreto real cuyo contenido interno es otra forma abstracta que necesita ser develada. Y solo una vez que todas las determinaciones internas del objeto estudiado han sido descubiertas mediante este camino analítico es que la investigación debe pasar a la reconstitución del movimiento real, volviendo desde las formas más abstractas hasta las más concretas del objeto en cuestión. Puesto en la terminología de la célebre *Introducción de 1857*, solo una vez que se avanzó "analíticamente" desde "lo real y lo concreto" hacia formas "cada vez más simples" del objeto, es que se puede "reemprender el viaje de retorno" donde las "determinaciones abstractas", esta vez moviéndose por sí mismas, "conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento" (Marx, 1997a, p. 21).[9]

[9] En este sentido, la investigación dialéctica comprende tanto análisis como síntesis. En contraste, la exposición como tal debería ser, en principio, exclusivamente sintética, en tanto es en este segundo momento donde se encuentra la reproducción ideal del automovimiento de las formas de lo real. Sin embargo, por razones pedagógicas o didácticas, el investigador puede decidir incluir en la exposición momentos "estilizados" de análisis, dejando en claro así tanto la unidad de las dos instancias del proceder del conocimiento dialéctico como sus respectivas formas específicas. Como se ha señalado en otro texto, esta estructura expositiva aparece de manera recurrente a lo largo del primer tomo de *El capital* (Starosta, 2008). En contrapo-

La reproducción ideal de un proceso ideal versus la reproducción ideal de un proceso real

Volvamos ahora al ser del pensamiento con que comienza la *Ciencia de la lógica*. Como vimos, se trata de un ser que es producto de la simple abstracción y, en consecuencia, desde un punto de vista materialista, no es un ser real; es un ser que solo existe como ser del pensamiento. Sin embargo, a esta altura podría parecer que aún es posible sostener, como lo pretende hacer Smith, que dicho ser del pensamiento refleja el ser material real. En efecto, tomando la simple caracterización de este puro ser que presenta Hegel, se podría argumentar que, en la medida en que lo menos que se puede decir de un ser real es que simplemente es, el puro ser del pensamiento y el ser real deben coincidir en este punto; esto es, que la estructura del ser ideal coincidiría en todo con la estructura del ser material real (Houlgate, 2005, pp. 140-142). No obstante, nada dice que lo más simple que podemos enunciar respecto algo coincida de modo necesario con la forma más simple en que ese algo existe en la realidad. De acuerdo con nuestro argumento desarrollado en la sección anterior, para poder asegurar que este puro ser coincide con la forma más simple de lo real, deberíamos haber partido de un concreto real y, mediante un análisis materialista –es

---

sición, muchos autores equiparan de manera unilateral análisis con investigación, reduciendo de ese modo el proceder sintético o genético a un abstracto método de exposición. Tal es el caso de Schmidt (1973), que pierde de vista la forma específica del análisis en la crítica de la economía política al reducirlo a la apropiación de las categorías provistas por la economía política, las cuales serían simplemente resignificadas y reordenadas mediante la exposición sintética (véase infra nota 10). Dentro de la nueva dialéctica, las discusiones se han centrado en el momento sintético del método dialéctico y solo hace muy poco tiempo se ha examinado en detalle su unidad con el análisis. El tratamiento más reciente y exhaustivo de la cuestión puede encontrarse en Reuten (2014), quien, erróneamente pero de modo notable a los fines de nuestro argumento, caracteriza el análisis marxiano a través del cual se descubre a la mercancía como el concreto más simple del modo de producción capitalista, como una abstracción que identifica un universal abstracto, haciendo una analogía explícita con el proceder de Hegel a través del cual identifica al puro ser como el comienzo de la *Ciencia de la lógica*. En el debate alemán, esta cuestión ha sido discutida con mucho más desarrollo. Sin embargo, no ha estado presente entre los autores de la llamada *Neue Marx-Lektüre* –como los casos de Backhaus y Reichelt–, sino entre los autores de Alemania del Este. Para una reseña al respecto, véase Fineschi (2009b, pp. 57-61).

decir, sin salirnos nunca de nuestro objeto–, arribar al "puro ser" como su forma más simple de existencia. Pero, como vimos, esto no es lo que ha hecho Hegel, y tampoco es lo que hacen los intérpretes que lo pretenden materialista.[10]

Con todo, si aún insistimos en dar por cierta la correspondencia entre uno y otro ser, la diferencia entre la construcción ideal hegeliana y la realidad material vuelve a emerger en el segundo paso del despliegue dialéctico: la transformación del "puro ser" en la "pura nada" (Hegel, 1993a, p. 107). En efecto, si en el caso del puro ser del pensamiento aún existe la posibilidad formal de que se esté reflejando a un puro ser material real, en el caso de la pura nada del pensamiento tal posibilidad formal queda fuera de escena, pues va de suyo que no existe una pura nada material real. Tal como lo advertía Feuerbach, "la oposición misma del ser y de la nada […] no existe sino en la representación", ya que "existe el ser en la realidad, o más bien lo real mismo; pero la nada, el no-ser, existen solo en la representación y la reflexión" (Feuerbach, 1939, p. 62).

Descartada la existencia del ser y la nada por fuera del pensamiento, aún podría buscarse la pretendida correspondencia entre la construcción ideal hegeliana y la materialidad real en su tercer paso: el "devenir" (Hegel, 1993a, p. 108). De hecho, esta categoría pareciera lograr reflejar la forma en que el análisis materialista le reconoce de entrada a su objeto, esto es, la forma de objeto que deviene. Así considerado, el ser y la nada serían solo momentos analíticos necesarios para dar con la verdadera categoría más simple, el devenir, que en última instancia reflejaría la forma más

[10] Smith es un caso interesante de este tipo de intérpretes porque, a pesar de distinguir correctamente entre lo que es una "abstracción formal" y una "abstracción real" (Smith, 1990, p. 60), considera que el análisis hegeliano es materialista porque tiene por punto de partida la "apropiación de los resultados de los estudios empíricos" realizados por las "ciencias empíricas" (Smith, 1990, p. 4). El autor no advierte, sin embargo, que por ser resultados adquiridos de acuerdo al método científico convencional se trata de abstracciones necesariamente formales y, en consecuencia, en sí mismas puramente ideales. Recuperando los mismos pasajes de Hegel que cita este autor (Hegel, 2005, p. 219), Schmidt recae también en el mismo error de considerar el resultado de las ciencias empíricas como el punto de partida del conocimiento dialéctico (Schmidt, 1973, pp. 62-65). Por lo demás, nótese que, además de no pertenecer a un texto sistemático de la obra hegeliana, los referidos pasajes de Hegel arrancan con la afirmación de que "la ciencia como tal no puede arrancar nunca de lo empírico" (Hegel, 2005, p. 219).

simple de lo real: ser un sujeto que pone su propio movimiento.[11] Así, a pesar de concebirlo como un movimiento del puro pensamiento, pareciera que Hegel habría logrado captar la forma más simple del ser material real. Sin embargo, para Hegel el "devenir" es una categoría que está aún muy lejos de expresar con plenitud la contradicción que constituye el movimiento simple de un sujeto que se autodetermina. Ocurre que, como se trata de un desarrollo del pensamiento que parte de la forma más simple del pensar, aún deben desarrollarse todo un conjunto de pensamientos más complejos para poder expresar dicho movimiento simple. Por eso, la exposición hegeliana debe todavía continuar con el despliegue de una larga serie de categorías.

De hecho, si continuamos con este despliegue dialéctico de categorías, nos encontramos con que el momento en que se alcanza a expresar con plenitud el movimiento simple de autoposición de un sujeto llega recién con la categoría del "ser-para-sí", unas cuantas páginas más adelante, donde se concluye que por fin "está cumplido el ser cualitativo" y, en consecuencia, se está frente al "absoluto ser determinado" (Hegel, 1993a, p. 201). Sin embargo, desde un punto de vista materialista, este desarrollo no hace más que abrir la pregunta de por qué el conocimiento de lo real necesita pasar por tales formas imperfectas de expresar idealmente el movimiento más simple de la determinación cualitativa. En realidad, las formas imperfectas de reproducir la "afirmación mediante la propia negación" no son, en un sentido material, constitutivas de lo que este movimiento es en su realidad objetiva. Por tanto, desde una perspectiva materialista, no puede sino concluirse que el despliegue de tales categorías es lisa y llanamente superfluo.

Con todo, una última justificación del despliegue de categorías hegeliano podría afirmar que la exposición que antecede al "ser-para-sí" corresponde al proceso analítico de descubrir la categoría

[11] Tal es la línea interpretativa de Theunissen quien, interpretando el método de exposición hegeliano como uno que al mismo tiempo es de crítica de las categorías, considera al "ser" y a la "nada" como determinaciones "irreales" y por tanto "aparentes" (Theunissen, 1978, p. 100). En nuestra lectura, en cambio, tales categorías son para Hegel tan constitutivas de lo real como la categoría de "devenir" o cualquier otra categoría subsiguiente. Al respecto, véase la aguda crítica de Houlgate a la referida interpretación de Theunissen, así como a otras semejantes (Houlgate, 2005, pp. 280 y ss.).

que es capaz de expresar el movimiento real del afirmarse mediante la propia negación. Sin embargo, esta interpretación choca de plano con la concepción hegeliana según la cual dichas categorías tienen el mismo estatus de objetividad que el "ser-para-sí", puesto que son concebidas como momentos también verdaderos en el desarrollo de la sustancia espiritual; son, de hecho, concebidas como sus formas más simples. En este sentido, el movimiento desde las formas más pobres de expresar al ser cualitativo hasta su consumación en el "ser-para-sí", es, para Hegel, un movimiento solo sintético. En consecuencia, aceptar todo el desarrollo hegeliano implica llevarse consigo un conjunto de categorías ajenas al movimiento real. En otras palabras, implica llevarse junto al "núcleo racional" –esto es, la categoría que expresa la determinación en juego en su forma adecuada– la "envoltura mística" bajo la cual se encuentra –esto es, toda la serie de categorías imperfectas que el puro pensamiento necesita postular antes de alcanzar la plenitud de su contenido.

Una lectura de la *Ciencia de la lógica* desde un punto de vista materialista no puede, por tanto, consistir solo en dejar a un lado la terminología idealista hegeliana y, mucho menos, en extraer la estructura lógica general que presenta el desarrollo de las categorías, porque tanto las categorías como su despliegue son, desde el comienzo, de carácter idealista. Al contrario, una lectura materialista debe basarse en reconocer cuáles son las determinaciones reales que, en determinados momentos del despliegue idealista de las categorías, pueden llegar a estar reflejadas en la exposición de Hegel. Como es evidente, el reconocimiento de estas determinaciones solo puede realizarse *vis à vis* el conocimiento de las determinaciones reales más simples de lo real. En rigor, por tanto, lo que está en juego no es solo leer la *Ciencia de la lógica* desde un punto de vista materialista, sino más bien apropiarse de su "valor de uso" para "reescribirla de un modo materialista", es decir, para desplegar las determinaciones más simples de lo real en su conexión interna. Por supuesto, esto supera por mucho el alcance de este capítulo. En esta breve presentación crítica apenas si nos hemos referido al punto de partida de este desarrollo, al que hemos identificado con el "ser-para-sí" hegeliano.[12] En este sentido, nuestro propósito

[12] Para esto nos basamos en el trabajo de Iñigo Carrera que, haciendo un análisis

aquí es bastante más modesto: se trata de evidenciar el carácter de naturaleza idealista del desarrollo sistemático realizado por Hegel y mostrar su diferencia específica con el enfoque materialista desarrollado por Marx.

Para finalizar nuestra breve presentación de la "envoltura mística" presente en la *Ciencia de la lógica*, consideremos la cuestión de la forma general que adopta el despliegue de las categorías, vale decir, lo que aparece como el método hegeliano de desarrollo. Hacia el final de su obra Hegel considera con detenimiento esta cuestión. "Lo que aquí tiene que considerarse como método" dice, entonces, "es solo el movimiento del concepto mismo […] la actividad universal absoluta" (Hegel, 1993b, p. 562). No obstante, como se trata de un puro movimiento del pensamiento que debe expresarse a sí mismo, en vez de concebir a dicho movimiento como el simple autoponerse del sujeto, se lo concibe como la unidad de los tres momentos por los que pasa el pensamiento para captar tal movimiento y, así, "toda la forma del método" es concebida como "una triplicidad" (Hegel, 1993b, p. 574). De este modo, el movimiento de afirmarse mediante la propia negación que constituye la forma más simple de existir un sujeto, y que como tal resulta la forma general que adopta el despliegue dialéctico, se presenta en Hegel bajo la abstracta secuencia de una afirmación, una negación y, por último, una negación de la negación. Dicho de otro modo, en vez de presentar en forma inmediata el tercer momento, que es el único que constituye la realidad efectiva del objeto, Hegel necesita presentar los primeros dos momentos, que son solo pasos formales por los que debe pasar el pensamiento para captar el objeto, como si fueran partes constitutivas de la realidad del objeto. Esta "triplicidad del método absoluto", que se deriva del carácter idealista de la filosofía hegeliana, es otro de los ejes de la crítica de Marx en su *Miseria de la filosofía*:

> ¿Qué es, pues, este método absoluto? La abstracción del movimiento. ¿Qué es la abstracción del movimiento? El movimiento

materialista en el sentido en que lo hemos presentado en la sección anterior, llega a dicho punto de partida –esto es, al afirmarse mediante la propia negación– como la forma más abstracta de la forma concreta de la cual se partió en un comienzo (Iñigo Carrera, 1992, pp. 3-5; 2013a, pp. 254-258).

> en estado abstracto. ¿Qué es el movimiento en estado abstracto? La fórmula puramente lógica del movimiento o el movimiento de la razón pura. ¿En qué consiste el movimiento de la razón pura? En situarse, oponerse, combinarse, formularse como tesis, antítesis y síntesis, o bien en afirmarse, en negarse y en negar su negación (Marx, 1987c, p. 66).

En síntesis, lo que es racional en la filosofía hegeliana, su método de despliegue de la necesidad inmanente del objeto, aparece bajo la forma mística de la estructura tripartita del movimiento del pensamiento. Y, otra vez, esta envoltura mística deriva de tratarse de una reproducción ideal, no de un objeto concreto real, sino de un objeto ideal: el pensamiento puro. El carácter místico de la construcción hegeliana surge, pues, del hecho de ser una reproducción ideal de lo ideal. En contraposición, para la crítica marxiana, que ha partido de un objeto concreto haciendo análisis y no abstracción, y en consecuencia no se ha salido nunca fuera de este, el momento del despliegue dialéctico solo puede ser la reproducción ideal de lo concreto.

De todos los lugares en que Marx presenta este tipo de reproducción, también es en el primer capítulo de *El capital* donde quizás pueda encontrárselo en su forma más estilizada y contrapuesta con la reproducción hegeliana. Esta reproducción comienza recién en el acápite tres de este capítulo, en tanto los dos precedentes contienen, en rigor, un análisis materialista en el sentido examinado con anterioridad.[13] Como hemos visto, el análisis materialista pasa por descubrir el contenido oculto en la forma de manifestación del concreto que se enfrenta. En este sentido, por mucho que se reconozca a dicha forma como la realización misma de su propio contenido, el momento analítico no refleja en el pensamiento el automovimiento inmanente del objeto que se examina. Por cierto, es evidente que si el análisis dialéctico revela que la forma de valor es la forma concreta en la que la objetivación del carácter abstracto y socialmente necesario del trabajo privado se afirma como una forma abstracta, la separación entre ambos ya dice algo respecto de la relación real involucrada. Pero este algo no es más

[13] Para un examen detallado de la estructura de la exposición de Marx del capítulo uno de *El capital*, véase Starosta (2008).

que, por decirlo así, un "señalamiento", una observación exterior. La verdadera exposición de la conexión interna entre el contenido y la forma y, por tanto, su explicación, tiene lugar solo en el momento sintético de la reproducción. Este momento consiste, pues, en seguir en el pensamiento la realización de la potencialidad inmanente en la mercancía descubierta por el análisis, es decir, el valor. De ahí en más, la mercancía deja de ser aprehendida en su exterioridad como objeto externo "inerte" para pasar a ser reconocida como el sujeto de su propio movimiento.

La reproducción ideal consiste, de este modo, en el despliegue del movimiento ahora expuesto en el "lenguaje de las mercancías" (Marx, 1999b, p. 64). Por ser el valor una objetividad "de naturaleza puramente social", no tiene forma de expresarse en el cuerpo material de la mercancía. Por tanto, la propia mercancía solo puede expresar su valor en su "relación social" con otra; en concreto, en el cuerpo material de esa otra mercancía. De esta manera, el "valor" toma la forma concreta de "valor de cambio" como su forma de manifestación necesaria. En su forma más desarrollada, el valor adquiere una existencia independiente como "dinero" y la expresión de valor correspondiente a esta existencia adquiere la figura de "precio". Así, la "antítesis interna" presente en la mercancía se desarrolla como la "antítesis externa" de la mercancía y el dinero. Al mismo tiempo, la intercambiabilidad de la mercancía se niega a sí misma para devenir afirmada como un poder social monopolizado por la forma dinero.

Visto desde el punto de vista del contenido cualitativo, en el curso del desarrollo de esta reproducción se responden las preguntas que el momento analítico era impotente para responder. Esto significa que es el desarrollo de la expresión de valor el que despliega la explicación de por qué la objetivación del carácter abstracto del trabajo realizado de manera privada toma la forma social de valor o, puesto de modo más sencillo, por qué el trabajo privado es productor de valor. En síntesis, el punto esencial es que solo la expresión de valor revela, mediante su despliegue gradual, el problema que la forma de mercancía adoptada por el producto del trabajo viene a resolver: la mediación del establecimiento de la unidad del trabajo social cuando este es realizado de manera privada e independiente. Y en cuanto esta unidad se condensa en la forma de dinero, es el despliegue de sus determinaciones, sintetizadas en

las "peculiaridades" de la forma de equivalente y derivadas de su determinación general como la forma de la intercambiabilidad directa, la que provee la respuesta a la pregunta de por qué el trabajo socialmente necesario realizado de manera privada e independiente debe producir valor.

Nótese, sin embargo, que el despliegue dialéctico del movimiento de esta determinación cualitativa ya está alcanzado, en esencia, en el examen de la forma simple de valor presente en la relación entre dos mercancías. Los pasajes ulteriores a las otras formas más desarrolladas del valor constituyen un movimiento puramente formal que se limita a generalizar y hacer explícito el contenido ya expresado en la forma simple, esto es, la necesidad inmanente del valor de adquirir un modo de existencia exterior y diferenciado. Puesto de manera polémica, la secuencia de las formas de valor más desarrolladas no está estructurada siguiendo una necesidad inmanente a cada una de dichas formas, tal como lo presentan algunos autores (Arthur, 2004; Robles Báez, 2005b), sino solo la necesidad presente en la forma simple. Como lo señala Iñigo Carrera, "este despliegue" de las formas del valor "no implica que una forma más simple engendra a una más concreta, sino que el despliegue de la necesidad de aquella nos pone frente a la evidencia de la existencia necesaria de esta" (Iñigo Carrera, 2013b, pp. 58-59). Tal es, a nuestro entender, el verdadero significado de la observación con la que Marx antecede su examen de las formas del valor: "El secreto de toda forma de valor yace oculto necesariamente bajo esta forma simple del valor" (Marx, 1999b, p. 59).

A la luz de esta apretada síntesis de la reproducción de la necesidad más simple inherente a la mercancía, consideremos más de cerca la diferencia crucial que existe entre la reproducción ideal marxiana y hegeliana. La reproducción ideal que presenta Marx de la forma de mercancía adoptada por el producto del trabajo sigue la realización de su necesidad inmanente de afirmarse mediante el desarrollo de una forma más concreta de existencia suya: el dinero. Esto es, sigue de modo ideal la afirmación de la mercancía mediante su propia negación en el dinero. En contraposición a la reproducción ideal hegeliana, Marx no necesita aquí mediar su exposición con la presentación de formas inadecuadas en que el pensamiento concibe a las determinaciones inmanentes de la mercancía. Para Marx, tales conceptualizaciones inadecuadas no son

determinaciones constitutivas de la realidad objetiva de la mercancía y por tanto no tienen lugar alguno en el despliegue sistemático de su vida interna.

Conclusiones

El objetivo de este capítulo ha sido contribuir al debate marxista más reciente respecto del vínculo entre la *Ciencia de la lógica* de Hegel y *El capital* de Marx realizado al interior de la llamada "nueva dialéctica". Puesto brevemente, nuestro argumento es que en la primera de estas obras se alcanza a descubrir el movimiento más simple de lo real, esto es, el movimiento de autodeterminación del sujeto bajo la forma del afirmarse mediante la propia negación. Como consecuencia, alcanza a presentar en forma correcta el método científico como el despliegue sistemático de la vida interna del sujeto que se pretende conocer. En contraposición a las lecturas marxistas que rechazan el método dialéctico, hemos argumentado que este es el "núcleo racional" de la *Ciencia de la lógica* de Hegel y, como tal, no está vinculado al "idealismo absoluto". Sin embargo, hemos visto asimismo que, en vez de tomar la forma más simple del ser material real como punto de partida, la exposición hegeliana comienza por la forma más simple del pensamiento como tal, "el puro ser" pensado. En consecuencia, la dialéctica sistemática que se monta sobre esta base despliega toda una serie de categorías redundantes o superfluas que solo corresponden a la necesidad inmanente del pensamiento y no expresan ninguna determinación objetiva del ser material real. Así, el referido "núcleo racional" de la *Ciencia de la lógica* de Hegel queda cubierto, tanto en su contenido como en su forma de desarrollo, por una "envoltura mística".

Por su parte, hemos argumentado que la razón inmediata por la cual Hegel toma este punto de partida espurio reside en su procedimiento metodológico de anteceder todo conocimiento con un proceso de abstracción formal extremo, que consiste en separar mediante el pensamiento toda determinación particular del objeto que se busca conocer hasta alcanzar un universal completamente vacío: el pensamiento del puro ser o el puro ser pensado. En contraste, hemos visto que Marx encuentra una alternativa materialista a esta abstracción formal en el análisis dialéctico. Este

procedimiento comienza por descubrir el contenido real existente dentro del concreto que se enfrenta con la percepción inmediata. Luego, la repetición de este análisis en cada forma abstracta descubierta conduce al descubrimiento del contenido inmanente más simple del concreto inicial. Así, por no haberse salido nunca del objeto real, en vez de llegar a un puro ser pensado se llega directamente al proceso de autodeterminación del sujeto, esto es, al contenido más simple de afirmación mediante la propia negación inmanente al objeto inicial de la investigación dialéctica.

De nuestra argumentación se desprenden tres conclusiones respecto al debate actual sobre el método de la crítica de la economía política. En primer lugar, en tanto la reproducción ideal de lo concreto necesita reflejar en el pensamiento las determinaciones inmanentes específicas del objeto que busca conocer, el método dialéctico no puede consistir en aplicar las "grandes leyes de la dialéctica" o las "estructuras lógicas" a los dominios más concretos del pensamiento. En este sentido, el proceso de la afirmación mediante la propia negación no puede convertirse en un principio general absoluto a ser aplicado a las categorías económicas. Al contrario, debe ser descubierto y reproducido de modo ideal en la especificidad cualitativa de sus formas concretas de existencia. En segundo lugar, el problema del enfoque de Hegel no reside solo en su idealismo absoluto sino, sobre todo, en el procedimiento metodológico por medio del cual se llega al punto de partida del desarrollo y en la forma que toma la subsecuente reconstitución de la unidad de las determinaciones inmanentes del objeto. Esto es, aun si se aceptase la proposición de Smith según la cual Hegel no era un idealista porque consideraba lo real como una existencia independiente del pensamiento, desde un punto de vista materialista su dialéctica sistemática es de todos modos defectuosa.

Por último, aunque no lo hemos tratado de forma pormenorizada en este capítulo, de nuestro argumento se sigue asimismo que la estructura de la *Ciencia de la lógica* y la de *El capital* no pueden ser tratadas como homólogas, del modo que sugiere Arthur. Como se mostró en la última sección, la forma general que toma el momento sintético del método dialéctico en ambas obras difiere de forma sustancial, toda vez que la reproducción hegeliana demanda una serie de pasos formales superfluos que, como tales, no tienen lugar en la reproducción ideal materialista.

Capítulo 2
Explicación sistemática y análisis histórico en la crítica de la economía política. Un aporte metodológico a la controversia sobre la naturaleza mercantil del dinero[1]

> Por otra parte, y esto es mucho más importante para nosotros, nuestro método pone de manifiesto los puntos en los que tiene que introducirse el análisis histórico, o en los cuales la economía burguesa como mera forma histórica del proceso de producción apunta más allá de sí misma a los precedentes modos de producción históricos (Marx, 1997a, p. 424).

En este capítulo se discute la explicación de la naturaleza del dinero ofrecida por Marx desde un punto de vista metodológico. En particular, se examina la cuestión haciendo foco en el vínculo que tienen el desarrollo sistemático y el análisis histórico en la exposición dialéctica. Para ello, se toma como punto de partida de la discusión un extenso e interesante debate sobre la conceptualización del dinero, llevado a cabo durante la década pasada en la revista *Economy and Society,* entre autores provenientes de distintas disciplinas y enfoques (Fine y Lapavitsas, 2000; Zelizer, 2000; Ingham, 2001 y 2006; Dodd, 2005; Lapavitsas, 2005). Entre las diversas controversias suscitadas en este debate, nos interesa detenernos aquí en la que enfrentó a Costas Lapavitsas y Geoffrey Ingham respecto de la naturaleza esencial del dine-

[1] Este capítulo es una versión ampliada y modificada de Caligaris y Starosta (2017).

ro. Estos autores confrontaron, respectivamente, la perspectiva según la cual el dinero es en esencia una mercancía y aquella según la cual es en su naturaleza primordial un crédito; en el primer caso, fundando la existencia del dinero en el intercambio mercantil y, en el segundo caso, en la autoridad pública. Por supuesto, la contraposición entre estas dos perspectivas opuestas sobre la naturaleza del dinero tiene una larga tradición en el pensamiento económico. En efecto, tal como lo plantea Schumpeter de manera elocuente, se puede sostener que, en última instancia, toda teoría del dinero que merezca tal nombre puede reducirse a alguna de estas dos perspectivas (Schumpeter, citado en Ellis, 1934, p. 3).[2]

Lo interesante de la controversia entre Lapavitsas e Ingham no radica solo en el hecho de que, al haber tenido lugar en los últimos años, incorpore los aportes y argumentos más recientes y novedosos a favor y en contra de sendas concepciones sobre el dinero. Asimismo, este debate encierra la riqueza de poner en cuestión la explicación original de Marx. Más importante aún, estos autores buscaron justificar sus abordajes vinculando argumentos analíticos e históricos, lo cual acabó por darle a la discusión una fuerte impronta metodológica. Tal como lo expresa el propio Ingham en referencia a la "encarnación" anterior de este debate en el llamado *Methodenstrei*, ocurrido en la Alemania de fin de siglo XIX y comienzos del XX, esta controversia en el fondo encierra "una disputa sobre los orígenes 'lógicos' e 'históricos' del dinero" (Ingham, 2001, p. 306). Es este último punto, en especial, el que le da una relevancia particular a este debate para los propósitos del presente capítulo.

A fin de estructurar nuestro propio argumento, el capítulo está organizado de la siguiente forma. Luego de revisitar los principales argumentos teóricos y empíricos esgrimidos por los participantes en el debate, se concluye, en resumidas cuentas y en acuerdo con la postura general de Lapavitsas, que, en efecto,

[2] Para una concisa pero rigurosa reseña de las diferentes variantes de una y otra perspectiva en la literatura económica, incluidos los aportes recientes al respecto dentro del marxismo –donde también han aparecido tanto defensores como detractores de la explicación marxiana de la naturaleza mercantil del dinero–, véase Friedenthal (2012, pp. 8-18).

el dinero debe ser considerado una mercancía y que su génesis se encuentra, tal como descubre Marx en su crítica de la economía política, en el desarrollo de las contradicciones inmanentes al proceso de intercambio mercantil. Sin embargo, el examen crítico de los argumentos presentados por Lapavitsas revela que su defensa de la perspectiva marxiana deja una serie de flancos débiles y que tiene fundamentos endebles. De manera crucial, en esta crítica se rastrea el origen de dichas debilidades argumentativas en el método lógico-histórico adoptado de modo implícito por Lapavitsas en su interpretación de la perspectiva marxiana.

Frente a estas insuficiencias, se sugiere que su resolución requiere, ante todo, distinguir con claridad y precisión entre la explicación sistemática y el análisis histórico de las "categorías económicas" en la crítica de la economía política. Asimismo, en acuerdo con los aportes recientes al método de la crítica de la economía política realizados por la llamada "nueva dialéctica",[3] se argumenta que el fundamento último de la génesis del dinero en el intercambio debe proveerse en términos sistemáticos. Sin embargo, también se muestra que esta literatura reciente falla en dar cuenta del papel que en la propia exposición marxiana tiene la explicación histórica. Es decir, no provee argumentos sólidos para comprender el sentido de aquella conocida reflexión metodológica de Marx en los *Grundrisse*, según la cual "nuestro método pone de manifiesto los puntos en los que tiene que introducirse el análisis histórico" (Marx, 1997a, p. 422). En contraste, se postula aquí que, en efecto, la explicación histórica tiene un papel que desempeñar en la exposición dialéctica en *El capital* y que, asimismo, la explicación del origen del dinero en el proceso de cambio mercantil es uno de esos puntos en el cual debe esta entrar en escena. Dicha perspectiva alternativa se desarrolla mediante una reconstrucción de cariz metodológica de la explicación marxiana del dinero presentada en la primera sección de *El capital*.

[3] En particular por Smith (1990), Arthur (1996 y 1997), Robles Báez (1999) y Reuten (2000). Para una descripción sucinta de esta corriente dentro de la teoría marxista, véase Kincaid (2009).

El debate entre Lapavitsas e Ingham respecto de la naturaleza del dinero

El artículo que origina la controversia entre estos dos autores es ya bastante expresivo de la impronta metodológica que terminó adquiriendo el debate. Así, Lapavitsas –en coautoría con Fine– comienza su argumentación sosteniendo que una teoría general del dinero se tiene que fundamentar en "la derivación lógica de su origen histórico". Más en concreto, tiene que "demostrar lógicamente cómo y por qué la cambiabilidad deviene monopolizada", en el curso del desarrollo del proceso de intercambio, "por la mercancía dineraria" (Fine y Lapavitsas, 2000, p. 365). De acuerdo con Fine y Lapavitsas, esta fundamentación puede encontrarse en el desarrollo de la forma del valor realizado por Marx en el acápite 3 del primer capítulo de *El capital*. Sin embargo, en la medida en que se trata del desarrollo de la génesis histórica del dinero y no solo de su realidad en la sociedad capitalista, estos autores consideran que el referido desarrollo de Marx debe ser reinterpretado haciendo abstracción de la sustancia del valor (Fine y Lapavitsas, 2000, p. 367). De este modo, se propone una explicación del origen del dinero donde, comenzando por el intercambio simple de productos, la necesidad de expresar con plenitud el valor de una mercancía conduce a una expresión expandida en múltiples mercancías y, desde allí, a una expresión general en tanto y en cuanto una mercancía va siendo elegida de modo sistemático por el resto como expresión de valor, esto es, para oficiar como equivalente general o dinero (Fine y Lapavitsas, 2000, p. 366). En suma, y este es el punto que va a constituir el centro de las críticas a esta posición, en esencia el dinero es una mercancía que el propio proceso de intercambio mercantil separa para funcionar como expresión general del valor o equivalente general del conjunto de las mercancías.

La crítica inicial de Ingham contrapone una concepción opuesta de la naturaleza y génesis histórica del dinero. Según este autor, el dinero ni es en esencia una mercancía ni emerge del proceso de intercambio. Su naturaleza, en cambio, está dada por constituir una pura "promesa de pago", "un mero símbolo que exige bienes" (Ingham, 2001, p. 306); esto es, el dinero es ante todo y en esencia un crédito. Su función principal, y la que explica su génesis histórica, no hay que buscarla por tanto en su condición de medio de

circulación sino en la de "medio de contabilidad del valor", donde el dinero funciona exclusivamente como "dinero de cuenta" establecido de manera directa y convencional por la autoridad pública (Ingham, 2001, p. 307). Concebido de este modo, es decir, como el producto inmediato de relaciones sociales directas entre los individuos, el dinero resulta en consecuencia "lógicamente anterior e históricamente previo", no ya a su respaldo en metales preciosos sino al intercambio mercantil mismo, esto es, "previo al mercado" (Ingham, 2001, p. 309). Para sostener que el dinero es "lógicamente" anterior al intercambio, Ingham argumenta que la posición contraria, esgrimida sobre todo por la economía neoclásica, es insostenible porque pretende fundar un fenómeno social sobre bases individuales. El verdadero problema para este tipo de explicación, dice Ingham, "no es tanto de si es o no es ventajoso usar dinero, sino más bien el hecho de que los agentes no pueden usar dinero a menos que otros lo usen", o bien, "para decir lo sociológicamente obvio: la ventaja del uso del dinero presupone instituciones monetarias" (Ingham, 2001, p. 308). Por su parte, para sostener que el dinero es asimismo anterior "en un sentido histórico" al intercambio, Ingham remite a algunos estudios puntuales que encuentran que el dinero funcionó en contextos no mercantiles como un puro "dinero de cuenta". Entre ellos, destaca el estudio de Grierson (1978), según el cual en ciertas tribus germánicas se estableció la institución del *wergeld*, que consiste en un sistema de pagos en compensación por injurias y daños, cuyos montos eran fijados en una misma denominación monetaria en asambleas públicas, pero cuyo pago era efectuado en mercancías diversas; esto es, una institución donde el dinero funcionaba como "dinero de cuenta" sin llegar a funcionar como "medio de circulación" (Ingham, 2001, pp. 310-311). Así, según argumenta Grierson, "las condiciones bajo las cuales estas leyes fueron reunidas parecerían satisfacer mejor los prerrequisitos para el establecimiento de un sistema monetario que el mecanismo de mercado" (Grierson, citado por Ingham, 2001, p. 311).

Sobre esta base, Ingham critica a Fine y Lapavitsas por ofrecer una explicación que no se diferencia en lo esencial de la esgrimida por la economía neoclásica, esto es, una explicación lógica e histórica espuria donde el dinero "emerge espontáneamente de las relaciones anárquicas entre las mercancías en el proceso de inter-

cambio" (Ingham, 2001, pp. 315-316). Más todavía, según Ingham, la explicación específica que presentan estos autores no solo comporta todos los problemas propios de la concepción clásica y marxista tradicional, sino que incluso cae por debajo de esta, ya que al prescindir del trabajo en tanto sustancia común del valor, Fine y Lapavitsas acaban por presentar "una formulación esencialmente hegeliana de los orígenes del dinero" (Ingham, 2001, p. 315). El corolario de esta forma de concebir el dinero, sostiene Ingham, es que no pueden reconocer al "dinero crediticio" como un "elemento constitutivo del capitalismo" (Ingham, 2001, p. 314) y, a la postre, no pueden reconocer que el fundamento del capitalismo es la "lucha", no entre el capital y el trabajo, sino entre los poseedores de dinero, de mercancías y el Estado por el significado y el valor del dinero (Ingham, 2001, p. 318).

En respuesta a estas críticas, Lapavitsas insiste en que la explicación de la naturaleza del dinero hay que buscarla en el desarrollo de la forma del valor presentado por Marx, y en que hay que hacerlo prescindiendo del trabajo como sustancia común del valor. De acuerdo con Lapavitsas, esta explicación es "al mismo tiempo materialista y marxista porque muestra al dinero como el resultado de las relaciones sociales entre los productores mercantiles", a los que ahora precisa como "individuos 'extranjeros'", denotando con ello "la ausencia de lazos preexistentes de parentesco, jerarquía, tradición y moralidad" entre estos (Lapavitsas, 2005, p. 392). Sin embargo, en la repetición de su argumentación Lapavitsas reconoce que la explicación de la naturaleza del dinero no puede descansar en el desarrollo tan solo lógico de la forma del valor. Ocurre que, según este autor, la transición de la "forma expandida" a la "forma general" de expresarse el valor, esto es, la génesis misma del dinero, comporta una contradicción insalvable desde el punto de vista del intercambio mercantil puro entre "individuos 'extranjeros'": el dinero, dice Lapavitsas, "representa una asimetría extrema entre las mercancías […] pero las mercancías son intrínsecamente simétricas en tanto objetos de intercambio" (Lapavitsas, 2005, p. 393). La explicación de dicha transición, por tanto, tiene que basarse, según su punto de vista, en la introducción de "fuerzas extraeconómicas, incluyéndose la costumbre social" (Lapavitsas, 2005, p. 393); en suma, el origen del dinero tiene que explicarse "en parte por procesos económicos y en parte por relaciones no económicas" (Lapavitsas, 2005, p. 394).

A continuación, Lapavitsas centra su crítica a Ingham en tres puntos básicos. En primer lugar, critica a este autor por presentar un vínculo "extremadamente débil", "arbitrario" y "confuso" entre la función del dinero como unidad de cuenta y la pretendida condición esencial del dinero como crédito (Lapavitsas, 2005, p. 396). En segundo lugar, sostiene que la evidencia histórica presentada por Ingham no carece de ambigüedades y que limitarse a "mostrar que la unidad de cuenta aparece siendo denominada de manera diferente de los medios de cambio" está lejos de constituir una evidencia probatoria de su tesis; en todo caso, sostiene Lapavitsas, lo que debería demostrarse es "la existencia de dinero de cuenta que originalmente no haya funcionado como medio de cambio, esto es, dinero de cuenta con unidades puramente ideales, productos de la sola conciencia humana" (Lapavitsas, 2005, p. 396). Por último, este autor critica a Ingham por confundir, o mejor dicho por fundir, las funciones de "medida de valor" con la de "patrón de precios". El dinero, dice este Lapavitsas, "actúa en sus inicios como medida ideal del valor, pero si el cambio ha de tener contenido económico, el dinero debe también actuar como patrón de precios en la práctica y, por tanto, traducir precios reales" (Lapavitsas, 2005, p. 397). Y en este sentido no es casual que, cuando se lo mira en el curso histórico, continúa este autor, "el aspecto convencional del patrón de precios está asociado con el aspecto físico del dinero material" (Lapavitsas, 2005, p. 398). Por estos defectos fundamentales, concluye Lapavitsas, "el enfoque preferido por Ingham enfrenta dificultades insuperables para desarrollar una explicación lógica de cómo tal unidad ideal habría sido concebida en la práctica" (Lapavitsas, 2005, p. 399).

En el artículo que cierra en sentido formal el debate, Ingham vuelve a insistir en que el intercambio mercantil simple no puede engendrar una mercancía como dinero y que la posición de Lapavitsas en este punto "es indistinguible, en su estructura analítica, del mito de la creación de los orígenes de dinero en el intercambio mediante el trueque, postulado por la economía neoclásica ortodoxa" (Ingham, 2006, p. 262). Sin embargo, ahora reconoce los límites de una argumentación centrada en la evidencia histórica pues, dadas las limitaciones inherentes a este tipo de evidencia, "el origen histórico preciso del dinero nunca podrá saberse". Aun así, sostiene, "cualquier construcción analítica de las condiciones

de existencia lógicas del dinero debe ser consistente con el conocimiento histórico –por más inadecuado que este pueda ser" (Ingham, 2006, p. 262). En este sentido, Ingham critica a Lapavitsas porque, pese a reconocer en última instancia la necesidad de "recurrir a la historia" para poder construir una "teoría general del dinero", no ofrece más evidencia histórica que una abstracta "referencia a la costumbre social" y la "reiteración del lugar común de afirmar que el intercambio mercantil surge allí donde las comunidades entran en contacto" (Ingham, 2006, p. 265).

Los límites metodológicos de las explicaciones en debate

Llegado a este punto, el debate parece toparse con un callejón sin salida. Es que, en definitiva, ambos autores parecen aceptar que la base de la argumentación que en un principio sostenía sus respectivas concepciones sobre la naturaleza del dinero no se sostiene por sí misma. En efecto, Lapavitsas ha acabado admitiendo que su explicación del dinero no puede ser, como lo reclamaba al comienzo del debate, de carácter "lógico" puro. Y, por su parte, Ingham ha concluido que la suya no puede fundamentarse en la evidencia "histórica" disponible, tal como lo pretendía en su primera intervención.

En el caso de Lapavitsas, esta inviabilidad de su proyecto inicial se manifiesta con crudeza en el reconocimiento de que, para explicar el origen del dinero, hay que recurrir sí o sí a relaciones directas de dependencia personal que, como tales, se contraponen de manera esencial a las relaciones mercantiles puras, que son las únicas implicadas en la "derivación lógica" de la forma de expresarse el valor. Es decir, su proyecto inicial de derivar lógicamente al dinero del intercambio mercantil no es viable porque hay que introducir elementos por completo ajenos a dicha fundamentación lógica. En este punto, se podría decir que Lapavitsas enfrenta una disyuntiva insuperable en su respuesta a las críticas de Ingham: si se afirma en la posición de que el dinero brota de las relaciones entre simples productores mercantiles recae en la naturalización de la relación mercantil y, por tanto, le da la razón a Ingham cuando le critica que su posición no difiere en lo esencial de la esgrimida por la economía neoclásica; si, en cambio, y como en definitiva

termina haciendo, reconoce que para explicar el dinero hay que recurrir a relaciones extraeconómicas, entonces también le da la razón a Ingham, esta vez en su crítica de que no es posible derivar lógicamente al dinero del intercambio mercantil, y en que las relaciones indirectas a través del cambio de mercancías se fundan en última instancia en relaciones directas.

La posición de Ingham, sin embargo, no corre mejor suerte. En un principio, el peso de su argumento se basaba en que algunas experiencias sociohistóricas no vinculadas al intercambio mercantil parecían satisfacer mejor los requisitos para la aparición del dinero que las postuladas por las posiciones de la economía neoclásica y de Lapavitsas. Sin embargo, cuando se las miraba de modo crítico, estas experiencias no resultaban tan concluyentes como en un principio se pretendía. Ante todo, el virtual dinero de cuenta utilizado en este tipo de sociedades no necesariamente debe devenir un dinero que funcione como una pura promesa de pago; o bien, ese mismo pasaje es el que en definitiva hay que explicar. Más importante aún, en todos los ejemplos históricos presentados, dicho dinero de cuenta remite siempre a un producto del trabajo, y no casualmente a aquellos que las explicaciones como la de Lapavitsas señalan como los que emergen como dinero del proceso de intercambio, por ejemplo, la plata –por sus características físicas– o el trigo –por su condición de mercancía más intercambiada–. Por último, tampoco es claro que en las sociedades referidas no haya existido intercambio mercantil. En este punto, es llamativo que Ingham no mencione la existencia de lo que el propio Grierson llama "dinero sustituto", esto es, mercancías que sustituyen en la circulación al dinero de cuenta (Grierson, 1978, p. 10), hecho que por sí mismo muestra el grado de avance del intercambio mercantil allí donde se habría generado un puro dinero de cuenta y que, a su vez, pone en cuestión la pretendida imposibilidad de que el dinero surja del proceso de intercambio. En este sentido, pareciera que según Ingham solo se puede hablar de dinero cuando hay un patrón legal de precios, lo cual conduce a la tautología de sostener que el dinero nace como dinero de cuenta legal porque el dinero es, por definición, dinero de cuenta legal. Con todo, si como en efecto acaba reconociendo Ingham, el origen histórico del dinero "nunca podrá saberse", su argumento pierde toda su sustancia.

En suma, si consideramos las conclusiones del debate, sea que nos detengamos en la posición de Lapavitsas o en la de Ingham, pareciera que no es posible alcanzar una explicación consistente de la naturaleza del dinero. Más precisamente, pareciera que no se puede alcanzar ni una explicación lógica ni una explicación histórica del fenómeno. No obstante, según procuraremos demostrar en lo que sigue, este resultado del debate no surge ni de incapacidad de los autores para estructurar una explicación lógica ni de la imposibilidad de encontrar evidencia histórica contundente de cualquiera de sus tesis, sino más bien de la forma en que ambos autores pretenden conocer la realidad del dinero. En efecto, por muy disímiles que sean sus puntos de vista y las conclusiones a las que llegan, ambos autores comparten una misma concepción respecto de cuál debe ser el tipo de explicación que dé cuenta de la realidad del dinero: se trata de una explicación que debe combinar de manera lineal el desarrollo lógico con el histórico o, mejor dicho, una donde la sucesión de los momentos sistemáticos que constituyen al fenómeno en su realidad actual coincida con la sucesión de las fases históricas de su desarrollo. Este vínculo, sin embargo, es ante todo erróneo desde el punto de vista del método de la crítica de la economía política.

En las últimas décadas, esta última cuestión ha sido discutida, dentro de la teoría marxista, en especial por la corriente llamada "nueva dialéctica". Este grupo de autores puso en el centro de sus críticas la concepción metodológica que está implícita en los argumentos de Lapavitsas e Ingham. Según estos autores, esta concepción forma parte del sentido común marxista que imperó en las discusiones sobre el método dialéctico durante casi todo el siglo XX. Su autor original, tal como lo han señalado varios de estos críticos, no es otro que Engels. En efecto, en una de sus célebres "reseñas" de la *Contribución a la crítica de la economía política*, quien acabara siendo el albacea literario de Marx, sostenía:

> [D]espués de descubierto el método, y de acuerdo con él, la crítica de la economía política podía acometerse de dos modos: el histórico o el lógico. Como en la historia, al igual que en su reflejo literario, las cosas se desarrollan también, a grandes rasgos, desde lo más simple hasta lo más complejo, […] pues, en términos generales, las categorías económicas aparecerían aquí por el mismo orden que en su desarrollo lógico. […] este [el método lógico] no es, en realidad,

> más que el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica y de las contingencias perturbadoras. Allí donde comienza esta historia debe comenzar también el proceso discursivo, y el desarrollo ulterior de este no será más que la imagen refleja, en forma abstracta y teóricamente consecuente, de la trayectoria histórica […] Con este método, partimos siempre de la relación primera y más simple que existe históricamente, de hecho; por tanto, aquí, de la primera relación económica con que nos encontramos (Engels, 1997b, pp. 340-341).

Ante todo, los referidos críticos sostuvieron que esta concepción del método dialéctico conducía a una interpretación inconsistente de la crítica marxiana de la economía política. En particular, se hizo hincapié en que esta concepción metodológica condujo a entender la sección primera de *El capital* –tal como de hecho lo sugería el mismo Engels en otros escritos (1998, pp. 16-17; 1997a, p. 1137)– como el desarrollo analítico de una sociedad precapitalista de productores mercantiles existente en la historia. Con ello, no solo se falseaba la prehistoria real del capitalismo sino que se obtenía una interpretación en extremo pobre de la teoría del valor en la sociedad capitalista, tal como fue el caso de autores tan influyentes como Luxemburgo, Sweezy, Meek y Mandel, entre otros. Así, por ejemplo, Arthur sostiene: "no tiene sentido hablar del valor y del intercambio gobernado por la ley del valor trabajo en una sociedad precapitalista […] porque en tal sociedad imaginaria no hay mecanismo que pueda hacer cumplir dicha ley" (Arthur, 1996, p. 191). Y argumentando en el mismo sentido, Smith acaba concluyendo por su parte que "[l]a forma mercantil simple no modela el desarrollo de algún estadio precapitalista de producción mercantil simple" (Smith, 1990, p. 94).

Pero además, y sobre todo, estos autores criticaron esta posición por contradecir de plano, como dice Robles Báez, "uno de los principales preceptos metodológicos de Marx", esto es, "que la secuencia de las categorías económicas se determina por su conexión interna en la sociedad capitalista y no por cualquier secuencia del desarrollo histórico" (Robles Báez, 1999, p. 101). Y es que, de hecho, en uno de sus "textos metodológicos" más relevantes y conocidos, Marx sostiene, en marcada oposición a la concepción engelsiana, que

> […] sería impracticable y erróneo alinear las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes. Su orden de sucesión está, en cambio, determinado por las relaciones que existen entre ellas en la moderna sociedad burguesa, y que es exactamente el inverso del que parece ser su orden natural o del que correspondería a su orden de sucesión en el curso del desarrollo histórico. No se trata de la posición que las relaciones económicas asumen históricamente en la sucesión de las distintas formas de sociedades. Mucho menos de su orden de sucesión "en la idea" (Proudhon) (una representación nebulosa del movimiento histórico). Se trata de su articulación en el interior de la moderna sociedad burguesa (Marx, 1997a, pp. 28-29).

Sobre la base de esta crítica, los citados autores de la "nueva dialéctica" buscaron salirse de la referida interpretación canónica del método dialéctico diferenciando entre una "dialéctica sistemática" y una "dialéctica histórica" (Arthur, 1996 y 1997; Robles Báez, 1999) o "materialismo dialéctico" (Reuten, 2000); en otros términos, propusieron desdoblar el "método lógico-histórico" engelsiano en dos métodos de conocimiento contrapuestos. Así, por un lado, se concibió la "dialéctica sistemática" como "un método de exhibir la articulación interna de un todo dado", mientras que, por otro, se concibió la "dialéctica histórica" como "un método de exhibir la conexión interna entre estadios de desarrollo de un proceso temporal" (Arthur, 1996, pp. 182-183). Según esta perspectiva, Marx solo utilizó en *El capital* el método de la "dialéctica sistemática", mientras que el método de la "dialéctica histórica" habría sido utilizado en otros escritos y de manera parcial. Por su parte, en la medida en que se piensa que todas las "consideraciones históricas" que se encuentran en el desarrollo de una explicación de tipo "sistemática" tienen "únicamente una función ilustrativa" (Smith, 1990, p. 134), se estima que "el material histórico" presente en *El capital* cumple solo el papel de "indicar cómo ciertas tendencias inherentes al concepto fueron representadas en la realidad" (Arthur, 2002, p. 76).

Dejando a un lado el sesgo idealista que le imprime al método dialéctico continuar considerándolo como uno de tipo "lógico",[4] el

[4] Como hemos procurado argumentar en el capítulo anterior, es el fundamento "lógico" que se le da al conocimiento de lo real lo que constituye la "envoltura

principal problema que tiene esta interpretación es que convierte al "método dialéctico" en dos métodos contrapuestos y, en esencia, inconexos. Esto es, en vez de mostrar cuál es la verdadera unidad existente entre la investigación de las determinaciones actuales y el análisis histórico, se limita a extirpar al último de la primera. De este modo, el análisis histórico pierde todo papel en el conocimiento de la realidad actual del objeto que se somete a investigación o, en el mejor de los casos, no tiene más papel que el de "ilustrar" lo que ya se ha descubierto y demostrado "sistemáticamente". Desde el punto de vista de la lectura del legado de Marx, esta interpretación tiene dos debilidades fundamentales. En primer lugar, no hay evidencia textual alguna de que Marx considerase que existen dos métodos de investigación, sea de la naturaleza que sean. En cambio, lo que sí puede leerse es que hay un "*único* método materialista, y por consiguiente científico" (Marx, 1999c, p. 453, n. 89; énfasis agregado). En segundo lugar, quedan sin explicación desarrollos de la historia previa al capitalismo incorporados en la exposición "sistemática" de *El capital* que, por definición, no pueden constituir meras "ilustraciones" de las determinaciones del sistema capitalista.

En este sentido, Reuten se destaca por parecer advertir, aunque de manera marginal y sin desarrollarlo, que el análisis histórico presente en *El capital* tiene más para ofrecer que "ilustraciones" del desarrollo "sistemático". El "materialismo histórico", dice este autor, se distingue de "la dialéctica sistemática en cuanto […] puede presentar […] las transiciones de un sistema a otro" (Reuten, 2000, p. 151). Así, la llamada "acumulación originaria" puede ser leída como una explicación bajo el método de la "dialéctica histórica" de la transición de un modo de producción precapitalista al capitalismo y, con ello, como una explicación que completa a la explicación "sistemática" pura, aunque Reuten considera el caso más bien como una deficiencia del método dialéctico sistemáti-

---

mística" de la dialéctica hegeliana que Marx abandona en su propio desarrollo del método dialéctico. Sobre este punto véase especialmente Iñigo Carrera (2013a). Por ello, de aquí en más, y en lo que hace a nuestro propio abordaje, dejaremos de referirnos a la oposición entre determinación "lógica" e "histórica" y, en cambio, nos referiremos a la distinción entre el momento "sistemático" e "histórico" de la determinación.

co.[5] En efecto, y tal como lo reconoce este autor, esta lectura es consistente con la siguiente reflexión de Marx respecto del método dialéctico:

> Por otra parte, y esto es mucho más importante para nosotros, *nuestro método pone de manifiesto los puntos en los que tiene que introducirse el análisis histórico*, o en los cuales la economía burguesa como mera forma histórica del proceso de producción apunta más allá de sí misma a los precedentes modos de producción históricos. Para analizar las leyes de la economía burguesa no es necesario, pues, escribir la historia real de las relaciones de producción. Pero la correcta concepción y deducción de las mismas, en cuanto relaciones originadas históricamente, conduce siempre a primeras ecuaciones –como los números empíricos por ejemplo en las ciencias naturales– que apuntan a un pasado que yace por detrás de este sistema (Marx, 1997a, p. 422; énfasis agregado).

Sin embargo, además de que Marx no distingue de ningún modo aquí entre dos métodos diferentes sino entre lo que podríamos denominar "momentos" dentro de un mismo método, la llamada "acumulación originaria" no es el único momento de *El capital* donde se necesita introducir un "análisis histórico". Por consiguiente, tampoco es correcto afirmar que este tipo de análisis sirve solo para explicar "las transiciones de un sistema a otro". Como veremos, el otro momento donde el "método" pone de manifiesto el punto en que debe introducirse el "análisis histórico" es de hecho en la explicación de la realidad actual del dinero. Por consiguiente, la reinterpretación del vínculo entre el despliegue sistemático e histórico que proponen los autores de la "nueva dialéctica" no solo se muestra débil en relación con la lectura del legado de Marx, sino que, por sobre todo, resulta inconducente para aprehender la realidad del dinero.

[5] En su respuesta a las polémicas planteadas en el citado artículo, Patrick Murray –otro de los autores de la "nueva dialéctica"– manifiesta su total acuerdo con Reuten en este punto (Murray, 2002, p. 161). Por lo demás, nótese que, desde esta perspectiva, la dialéctica sistemática nada tiene para decir respecto de la necesidad de la acción política superadora del modo de producción capitalista, por lo que queda explícitamente limitada a la comprensión de la reproducción del sistema. Para una crítica de este aspecto de la "nueva dialéctica", véase Starosta (2015).

La realidad actual del dinero

El dinero es la forma común del valor de las mercancías. Lapavitsas y Fine, por tanto, tienen razón cuando sostienen que la explicación del dinero que presenta Marx hay que buscarla en su examen de la "forma de valor o el valor de cambio" de la mercancía. En efecto, Marx es explícito en cuanto a que es a través de este examen que "el enigma del dinero se desvanece" y, además, en que se trata de un aporte original suyo en la medida en que es "una tarea que la economía burguesa ni siquiera intentó" (Marx, 1999b, p. 59). Sin embargo, la lectura que ofrecen Fine y Lapavitsas de estas páginas de la crítica de la economía política presenta serias limitaciones.

Ante todo, cuando estos autores sostienen que lo que allí se intenta hacer es "demostrar lógicamente cómo y por qué la cambiabilidad deviene monopolizada por la mercancía dineraria" (Fine y Lapavitsas, 2000, p. 365), recaen en una lectura que, como la engelsiana, confunde el desarrollo de las determinaciones actuales del dinero con su desarrollo histórico. Esto es, por mucho que estos autores convengan en que no es correcto considerar a la primera sección de *El capital* como la modelización de un abstracto modo de producción precapitalista, al considerar el despliegue de las formas del valor realizado por Marx como un desarrollo que sigue el curso histórico de la génesis del dinero, caen en el mismo error metodológico. Esta lectura histórico-lógica del despliegue de las formas del valor ha sido criticada con insistencia por varios autores, en especial por los nucleados en la corriente de la "nueva dialéctica" (véanse Smith, 1990, p. 94; Robles Báez, 2005b, p. 177). En tiempos recientes, Heinrich ha resaltado el punto mediante un exhaustivo análisis exegético del texto de Marx. En primer lugar, dice este autor, cuando Marx sostiene al inicio de este apartado que va a presentar la "génesis del dinero", no dice "en ningún lugar que quiera describir algún tipo de formación histórica"; en segundo lugar, "la historia del dinero comienza en épocas precapitalistas, pero Marx ha subrayado reiteradamente que su objeto es la mercancía en el capitalismo"; en tercer lugar, si se tratase de "una historia resumida del dinero, entonces esta afirmación" de que se trata de "una tarea que la economía burguesa ni siquiera intentó", "sería sencillamente falsa", ya que había varias historias

del dinero "desde hacía mucho tiempo, y Marx conocía muy bien esta literatura" (Heinrich, 2011, pp. 111-112).[6]

Si se considera que el despliegue de la necesidad de la forma dineraria del valor realizado por Marx ni corre paralelo al desarrollo histórico del dinero ni se fundamenta en este, entonces la propuesta de Fine y Lapavitsas de reinterpretar la exposición de Marx haciendo abstracción del trabajo como sustancia del valor también carece de sentido. En términos generales, y esto es aplicable asimismo a otros autores que, desde otra perspectiva, también sugieren hacer abstracción del trabajo en esta instancia del desarrollo sistemático (Arthur, 2004; Reichelt, 2007; Campbell, 2013), este procedimiento torna al examen de la forma de valor en una pura formalidad que oscurece el argumento central de Marx en este apartado. Lo cual, dicho sea de paso, es captado correctamente por Ingham, si bien sobre la base de una lectura tradicional o "ricardiana" de *El capital*. Pero, además, como veremos a continuación, la consideración del trabajo como sustancia del valor no solo es crucial para comprender la forma de valor, sino que es en particular relevante para reconocer la naturaleza mercantil del dinero. Pasemos entonces a este punto.

Marx comienza su exposición en *El capital* con la mercancía "tal como se presenta" para, mediante su análisis dialéctico,[7] descubrir que detrás de la manifestación inmediata de su atributo social como valor de cambio –o proporción cuantitativa en que se cambia un valor de uso por cualquier otro valor de uso distinto–, se encuentra su carácter histórico específico de poseer valor, esto es,

[6] Desde el punto de vista de la evidencia textual, es cierto que en el apartado de la "forma de valor" Marx señala que la primera y la segunda forma de valor "se da[n]" u "ocurre[n] de manera efectiva" "en la práctica" (Marx, 1999b, pp. 80-81). Sin embargo, esta especie de paralelismo entre el desarrollo actual de la determinación y el curso histórico, en primer lugar, dado su carácter marginal, como señala Iñigo Carrera, no puede ser sino "una observación introducida de manera exterior al propio curso del conocimiento dialéctico que se viene desplegando" (Iñigo Carrera, 2007a, p. 252). Pero, además, como señala de manera oportuna Heinrich, hay que notar que "Marx hace esta observación solo después de haber analizado las formas", de modo que "el análisis de la forma de valor no se fundamenta aquí con un desarrollo histórico" (Heinrich, 2011, p. 150).

[7] Para una discusión más extensa de la forma específica del análisis dialéctico que lo distingue del análisis científico convencional, así como su "unidad y diferencia" respecto del curso sintético de la investigación, véanse Starosta (2008) e Iñigo Carrera (2013b).

de ser portadora de la propiedad de la cambiabilidad general. Acto seguido, Marx procede entonces al examen específico del valor con una profundización analítica del contenido o sustancia del valor. En pocas palabras, se puede decir que este análisis pasa por el descubrimiento del trabajo abstracto socialmente necesario realizado de manera privada e independiente como la sustancia del valor, esto es, como el contenido que, una vez materializado u objetivado, se representa como el valor de la mercancía. Sin embargo, como señala Iñigo Carrera (2007a, pp. 239-241), si bien este análisis permite echar luz sobre el contenido oculto de trabajo social detrás del valor, es impotente para dar cuenta de aquella pregunta que surge a continuación y que la economía política "nunca llegó siquiera a plantear", a saber, "por qué ese contenido adopta dicha forma; […] por qué, pues, el trabajo se representa en el valor" (Marx, 1999b, p. 98). Llegado ese punto, entonces, el curso de la exposición abandona la forma analítica de avance consistente en descubrir y separar el contenido inmanente en la forma, para pasar a desarrollar el despliegue sintético del contenido en sus formas concretas de realizarse. Más en concreto, este momento sintético o de reproducción propiamente dicha de la exposición consiste, pues, en seguir mediante el pensamiento la realización de la potencialidad inmanente en la mercancía descubierta por el análisis, esto es, el valor. De ahí en más, la mercancía deja de ser aprehendida en su exterioridad como objeto externo "inerte" para pasar a ser reconocida como el sujeto de su propio movimiento. De manera crucial para nuestro argumento, dicha reproducción de la autoposición del valor como valor de cambio tiene lugar en unidad indisoluble con el contenido de su determinación.

Así, es solo desplegada desde el punto de vista del contenido cualitativo de la determinación que esta reproducción puede responder la pregunta que el momento analítico era impotente para responder. Es la expresión de valor la que despliega la explicación de por qué la objetivación del carácter abstracto del trabajo realizado de manera privada toma la forma social de valor o, en otros términos, por qué el trabajo privado es productor de valor. Por ello, la misma pregunta puede también ser planteada por la negativa, como también lo hace Marx en otras ocasiones (Marx, 1999b, p. 115, n. 50; 1997c, p. 54), esto es, por qué el valor tiene que adoptar una forma distinta de su propio contenido o, de modo aún más sen-

cillo, por qué nos encontramos con que "20 varas de lienzo" valen "2 libras esterlinas" y no "20 horas de trabajo". Miradas con más detenimiento, tanto la pregunta por las razones de la representación "puramente social" de la materialidad del trabajo abstracto objetivado en la mercancía en la forma de la "objetividad de valor", como aquella por la forma concreta en que se pone de manifiesto dicho atributo de la cambiabilidad general, se sintetizan en la cuestión de la necesidad social de la existencia del dinero como forma común de valor de las mercancías.

La reproducción ideal de la forma de valor o valor de cambio consiste, de este modo, en el despliegue del contenido descubierto pero ahora expuesto en el "lenguaje de las mercancías" (1999b, p. 64). Sin embargo, el punto de partida de Marx no es la forma dineraria en que la universalidad de las mercancías expresan efectiva y realmente su valor, sino la abstracción formal de "la más simple relación de valor […] que existe entre una mercancía y otra mercancía determinada de especie diferente, sea cual fuere" (Marx, 1999b, p. 59), esto es, la forma simple del valor. En este sentido, por mucho que pueda encontrarse una expresión concreta suya en el "intercambio directo de productos", esta forma más simple de expresarse el valor, al menos tal como Marx la considera en este punto, es en todo sentido ajena a cualquier realidad histórica precapitalista. Es, más bien, lo que está encerrado en la expresión "20 varas de lienzo = 2 libras esterlinas". Asimismo, por encerrar de hecho el contenido más simple de la expresión del valor de la mercancía, veremos que en esta forma está contenida la determinación cualitativa esencial de lo que es el dinero. Como dice Marx parafraseando a Hegel, "dicha forma" no es otra cosa que "el en sí del dinero" (Marx, 2000c, p. 986, n. 16).

En el examen de esta forma Marx señala ante todo, primero, que el valor "adquiere una expresión autónoma" respecto de la mercancía que busca expresar su propio valor –"la mercancía relativa"– al ponerse de manifiesto o reflejarse en el cuerpo material o valor de uso de la otra mercancía –"la mercancía equivalente"–; y, segundo, que entre las mercancías vinculadas hay una "sustancia común" en cuanto una se pone en una "relación de igualdad" con la otra. Al ya haber descubierto en el análisis precedente a este apartado al contenido del valor, dicha "sustancia común" se reconoce de modo inmediato como el trabajo abstracto, socialmente

necesario, realizado de manera privada (Marx, 1999b, pp. 61-64). Por lo tanto, el contenido de esta "forma simple" del valor ya deja en evidencia que lo que está en juego en la expresión del valor es la organización de los trabajos privados que constituyen el trabajo social global. Marx remarca el punto en su consideración de las "peculiaridades" que adopta la forma de equivalente en esta forma simple. Estas peculiaridades indican cómo las "antítesis internas" de la mercancía –que el análisis precedente ya había descubierto– se expresan ahora en la relación de cambio como "antítesis externas", en particular que la mercancía que hace de equivalente expresa –bajo la forma de su propio contrario– el trabajo abstracto socialmente necesario ejecutado en forma privada como la sustancia del valor.

En efecto, en tanto el trabajo concreto que produce el equivalente deviene el modo de existencia del trabajo abstracto, y por ende asume la forma de la igualdad con todo otro trabajo humano, la expresión de valor revela que cada trabajo concreto no es más que una especificación cualitativa de la fuerza humana de trabajo en general. Por lo tanto, queda en evidencia que lo que está en juego es la regulación de la diferenciación del gasto productivo del cuerpo humano y que, además, es la mercancía misma la que se afirma como el mediador cosificado que establece la relación entre los distintos trabajos concretos en tanto especificaciones orgánicas del trabajo humano, dando unidad de este modo a la división del trabajo. Por su parte, el hecho de que el trabajo privado que produce el equivalente devenga el modo de existencia del trabajo directamente social, revela que la necesidad de esta forma reificada de mediación de la división del trabajo se desprende de la forma indirecta en que se pone de manifiesto el carácter social inmanente a los trabajos privados. Dicho en otros términos, el contenido de la forma simple del valor ya pone de manifiesto que lo que está en juego mediante la producción de valor es el establecimiento de la unidad del trabajo social. En suma, la forma simple de valor ya muestra la esencia de lo que la "objetividad de valor" adoptada por el producto del trabajo viene a resolver: la organización del trabajo social global, cuando este se ha realizado en unidades privadas, autónomas y recíprocamente independientes.

Ahora bien, por ser esta la razón de ser de la "forma de valor" de la mercancía, esta "forma simple del valor" es "defectuosa" para

mostrar de modo adecuado la necesidad de la mercancía de afirmar el trabajo privado que la produjo como parte del trabajo social global. En efecto, en tanto el análisis de la "dualidad del trabajo representado en las mercancías" en el segundo apartado ya dejó en evidencia que la mercancía cuyas determinaciones sigue la exposición dialéctica solo existe en el marco de una sociedad en la que impera una "división social del trabajo", compuesta por un "conjunto de trabajos útiles disímiles" (Marx, 1999b, p. 52), es claro que la relación de cambio en cuestión no es más que un elemento singular de una totalidad social articulada de manera general por intercambios mercantiles. En este sentido, para poder organizarse el trabajo social global mediante el intercambio, los trabajos privados que lo componen tienen que estar vinculados todos entre sí y no tan solo dos trabajos privados, que es lo único que hace explícito en su inmediatez la forma simple del valor. Por consiguiente, para expresar su valor como lo que en realidad es, o sea, como manifestación del trabajo abstracto socialmente necesario realizado de manera privada, en tanto relación social general, una mercancía tiene que vincularse con el cúmulo de mercancías que componen la riqueza social. Por eso Marx avanza hacia la "forma desplegada", la "forma general" y la "forma dinero" del valor como formas en las que el valor encuentra una forma de expresión más acorde a su determinación esencial.

Sin embargo, si se considera con atención este despliegue de las "formas del valor", puede verse que no hay un avance cualitativo en la argumentación. Más bien, dicho despliegue se limita a hacer visible de manera explícita lo que ya estaba puesto de manera plena en la forma simple. Dicho en forma polémica, la secuencia de las formas de valor más desarrolladas no está estructurada siguiendo el automovimiento inmanente a cada una de dichas formas, tal como lo presentan algunos autores (Arthur, 2004; Robles Báez, 2005b), sino únicamente la necesidad ya presente en la forma simple. Como lo señala Iñigo Carrera, "este despliegue" de las formas del valor "no implica que una forma más simple engendra a una más concreta, sino que el despliegue de la necesidad de aquella nos pone frente a la evidencia de la existencia necesaria de esta" (Iñigo Carrera, 2013b, pp. 58-59). En otras palabras, la realización de la determinación cualitativa en juego se agota en la forma simple, y lo que sigue constituye una expansión cuantitativa de dicha deter-

minación, es decir, su generalización. Tal es, a nuestro entender, el verdadero significado de la observación con la que Marx antecede su examen de las formas del valor: "El secreto de toda forma de valor yace oculto necesariamente bajo esta forma simple del valor" (Marx, 1999b, p. 59). En este sentido, la secuencia de formas "defectuosas" del valor solo adquiere significado en tanto sucesión de abstracciones formales de un proceso social donde el dinero ya existe en su plenitud como forma autónoma del valor del mundo de las mercancías.

En este punto, es interesante notar que el desarrollo de la "forma de valor" que presenta Marx, en cualquiera de sus versiones, no solo no sigue un "orden histórico" sino que tampoco sigue un "orden lógico" en el sentido en que Fine y Lapavitsas lo presentan. A nuestro entender, el argumento de Marx pasa por otro lado. El punto crucial es que la expresión de valor revela de modo progresivo el problema que la forma de mercancía adoptada por el producto del trabajo viene a resolver: la organización de la unidad del trabajo social cuando este es realizado de manera privada e independiente. Y en tanto en esta mediación social indirecta de los trabajos individuales, la mercancía que cumple el papel de equivalente general monopoliza la forma de la cambiabilidad directa, el dinero queda determinado en esencia como la forma objetivada del trabajo directamente social en una sociedad basada en la producción privada e independiente. Ahora bien, tal como plantea Marx, dicha expresión de valor está contenida en la relación de valor entre las mercancías (Marx, 1999b, p. 56). Puesto en otros términos, la asunción de la forma de equivalente general por cierto valor de uso solo puede tener lugar porque este último puede entrar a dicha relación de intercambio en primera instancia. Lo cual solo puede hacerlo en cuanto producto del trabajo privado, vale decir, en tanto portador de valor. Es esta la razón por la cual el dinero solo puede actuar como tal en el intercambio sobre la base de ser él mismo una mercancía.

En síntesis, tal es la determinación actual del dinero como forma común de valor de las mercancías. Su descubrimiento surge de tomar en la mano a la mercancía capitalista, analizarla, revelar su contenido y desplegar la necesidad inmanente a ella que dicho contenido determina. En consecuencia, ante todo, no se trata de un procedimiento que necesite de un análisis histórico, como re-

clama Ingham, ni para fundamentarse ni para probarse. Por otra parte, por tratarse de la realidad actual de la mercancía y del dinero, no es posible hacer abstracción del trabajo, pero no porque se necesite del trabajo para resolver un abstracto problema técnico de unidad de medida, como cree con ingenuidad Ingham en su lectura "ricardiana" de Marx (Ingham, 2006, p. 268), sino porque en esta sociedad, a través de la adopción de la "forma del valor", y en consecuencia de la "forma de dinero", se está resolviendo la organización general de los trabajos privados que componen el trabajo social global. Por lo tanto, lo que esta reconstrucción del argumento de Marx muestra es que el intercambio de mercancías es la "relación social general", esto es, la relación social más simple y, por tanto fundamental, en que los individuos organizan, de manera indirecta, su propio proceso de vida social en el capitalismo. De modo que toda relación social no mercantil, como la relación social directa que constituye el Estado, solo puede surgir como una relación derivada de la anterior. En este sentido, la explicación de Marx también corta de cuajo la pretensión de Ingham de fundar el dinero capitalista, y a través suyo el intercambio mercantil correspondiente, en relaciones directas de poder y dominación.

Lapavitsas falla en su respuesta a Ingham porque, asumiendo una concepción lógico-histórica de la génesis del dinero, no solo se propone en última instancia fundamentar en forma histórica lo que constituye la realidad actual del dinero, sino que, por querer encontrar una expresión histórica concreta de cada momento sistemático presentado por Marx, acaba por pretender explicar el dinero a través de la acción de los individuos que intercambian mercancías y, por ejemplo, interpreta la forma simple del valor como un análisis "lógico" del trueque. En contraposición, el desarrollo de Marx de la forma del valor no solo prescinde en todo sentido de la historia sino, también, de la acción de los cambiantes. Como veremos enseguida, la consideración de esta última llega, en la exposición marxiana, recién en el capítulo II de *El capital* que, como su título lo indica, trata del "intercambio". Esta tajante distinción realizada por Marx entre el examen de la "mercancía" y del "intercambio" no es casual. De hecho, surge de haber descubierto la mercancía y sus determinaciones objetivas como el contenido mismo de la acción de los individuos, siendo estos solo "personificaciones" de las potencias sociales enajenadas en el producto de su

trabajo (Starosta, 2015). Si, en cambio, se presentan a un mismo nivel el desarrollo de la necesidad inmanente de la mercancía y la acción de los cambiantes, lo que se pierde de vista es de hecho el curso mismo de la determinación entre sendos momentos del movimiento de la relación social general actual en su unidad. Este colapso de distintos niveles de abstracción en que cae la lectura de Lapavitsas –por cierto, muy recurrente en la literatura especializada– ha sido criticado de manera muy precisa por algunos autores (Campbell, 1997, p. 99; 2004, pp. 67-68; Arthur, 2004, pp. 37-38; Heinrich, 2008, pp. 86 y ss.; 2011, pp. 153 y 235). Así, por ejemplo, Arthur sostiene: "Marx pospone muy conscientemente [la discusión de las motivaciones de los cambiantes] hasta que ya haya analizado la naturaleza de lo que ellos cambian. Un punto muy importante acerca de la naturaleza del dinero está también aquí involucrado. Para ponerlo por la negativa: no hay rastro alguno de cualquier discusión sobre el trueque en el capítulo 1" (Arthur, 2004, p. 37). La distinción precisa entre estos distintos niveles de abstracción que componen la exposición marxiana sobre la mercancía y el dinero no solo es clave para poder dar una explicación consistente de la naturaleza mercantil de este último, sino que, como veremos, también lo es para comprender el papel específico que juega el "análisis histórico" en el argumento de Marx. Por consiguiente, nos detendremos ahora en la consideración de la estructura argumental de la exposición marxiana que sigue a la "forma del valor", en particular de la parte dedicada al examen del proceso de intercambio.

La génesis histórica del dinero

Descubierta la mercancía como la relación social general en el examen de la "forma del valor", y a sus productores como sus personificaciones en el "fetichismo de la mercancía", la exposición marxiana fluye entonces necesariamente a la consideración de la puesta en movimiento de dicha relación social general. El capítulo II abre así con la observación de que las "mercancías no pueden ir por sí solas al mercado". Ahora, los productores de mercancías tienen que personificar las relaciones de valor en el proceso de cambio, esto es, tienen que actuar como poseedores de

mercancías (Marx, 1999b, p. 103). Sin embargo, cuando se mira el desarrollo de la relación social justamente desde el punto de vista de su mediación a través de la acción de los poseedores de mercancías, se abre una contradicción insalvable: como personificaciones de sus respectivas mercancías los cambiantes no pueden equiparar sus productos como valores, porque de su propia acción no puede emerger un equivalente general (Marx, 1999b, p. 105). Marx resuelve este aparente problema remitiendo a la observación inmediata de la acción efectiva de los poseedores de mercancías. "En su perplejidad", figura Marx, "nuestros poseedores de mercancías piensan como Fausto. En el principio era la acción. De ahí que hayan actuado antes de haber pensado. Las leyes de la naturaleza inherente a las mercancías se confirman en el instinto natural de sus poseedores" (Marx, 1999b, p. 105). Y es que en la personificación de su propia relación social enajenada, los poseedores solo "pueden relacionar entre sí sus mercancías en cuanto valores" si ya existe, en los hechos, un "equivalente general" (Marx, 1999b, p. 106).

Como lo ha notado Heinrich, este breve desarrollo con que Marx abre el capítulo II polemiza ante todo con las explicaciones "contractualistas" que fundan el dinero en "la comprensión común de los individuos que intercambian" (Heinrich, 2011, p. 229). En contraposición, lo que muestra Marx aquí es que el dinero no puede surgir de la acción voluntaria de los cambiantes. Así, en estos pasajes Marx no está "postulando al dinero como una resolución para los problemas del intercambio directo", como sostienen Fine y Lapavitsas (2000, p. 380, n. 7), y de modo implícito Ingham en su identificación del argumento de Marx con el neoclásico. Es en realidad a la inversa: ¡en estas páginas lo que se presenta es la imposibilidad de tal explicación!

Con todo, el argumento de que el dinero no puede surgir de una convención sino de "leyes de la naturaleza inherente a las mercancías" no puede agotarse, como cree Heinrich, en el hecho de que "el dinero es […] el resultado de un proceso social presente, que se realiza de nuevo una y otra vez (en el que participamos todos con nuestras compras y ventas)" (Heinrich, 2011, p. 231). Por cierto, la acción práctica de los poseedores de mercancías reproduce de modo "instintivo" y día a día la existencia del dinero. Sin embargo, esta reproducción solo puede llevarse a cabo porque el dinero ya

ha sido producido. De otro modo, se recaería en la referida contradicción a la que conduce el análisis de la acción de los poseedores de mercancías: esta no puede engendrar un equivalente general. El verdadero corolario de este desarrollo de Marx es, por consiguiente, que lo que ahora necesita explicación es el "acto social" originario que convierte a "una mercancía determinada" en dinero. En otras palabras, a esta altura del desarrollo sistemático de la relación social general ya se sabe que las mercancías solo pueden intercambiarse al relacionarse "antitéticamente con otra mercancía cualquiera que haga las veces de equivalente general" y que, en su "acción", los poseedores de mercancías solo pueden "confirmar" "las leyes de la naturaleza inherente a las mercancías" (Marx, 1999b, pp. 105-106). En consecuencia, lo que queda pendiente de resolución es cómo "una mercancía determinada" se ha convertido en la mercancía en la cual "todas […] representan sus valores"; en concreto, cómo se ha producido en su instancia originaria el dinero (Marx, 1999b, p. 106). Pero esto no puede ser explicado por medio de la acción actual de los poseedores de mercancías. En efecto, dicho proceso choca con la forma general misma que tiene la conciencia de estos sujetos: en tanto se trata de individuos libres e iguales, ninguno va a ceder a otro –ni puede arrogarse por sí mismo– la potestad de monopolizar el valor de uso que encarna la forma de la cambiabilidad directa –es decir, la posibilidad de afirmarse de manera inmediata como órgano del trabajo social.[8]

Por este motivo, la exposición de Marx continúa con el examen de la "expansión y profundización *históricas* del intercambio" que explican "la transformación de la *mercancía en dinero*" (Marx, 1999b, p. 106; énfasis agregado). Esto es, en la exposición sistemática de la relación social general, Marx abandona el examen del

[8] En contraposición a Heinrich, Campbell (2004, pp. 67-77) nota con perspicacia la imposibilidad de explicar la "cristalización originaria" del dinero sobre la base de la acción actual de los poseedores de mercancías. Asimismo, justifica la necesidad de introducir el desarrollo histórico de la génesis del dinero justamente por dicha impotencia del movimiento de la relación social actual para separar a una mercancía determinada como dinero. Sin embargo, no plantea las implicancias metodológicas generales que tiene dicha instancia puntual de la exposición marxiana para la problematización del vínculo entre desarrollo sistemático y análisis histórico en el método dialéctico. Por otra parte, tampoco nota la relevancia de dicha introducción del curso histórico de la exposición para mostrar la inversión del orden de determinación que implica respecto de su secuencia "sistemática".

movimiento presente en que dicha relación se desenvuelve, para pasar a examinar las determinaciones que esta encierra dentro de sí en tanto resultado del devenir histórico. En suma, se llega al momento en que, para decirlo en palabras de Marx, "nuestro método pone de manifiesto los puntos en los que tiene que introducirse el análisis histórico" (Marx, 1997a, p. 422). Este cambio de frente que adopta la exposición sistemática apenas comenzado el capítulo II ha sido muy poco discutido por la literatura especializada en los aspectos metodológicos de la exposición marxiana. Como vimos, estos autores suelen reducir toda alusión a procesos históricos en *El capital* a una mera "ilustración" del desarrollo sistemático puro de las relaciones sociales capitalistas o, en el mejor de los casos, dejan al análisis histórico únicamente el lugar de explicar la "acumulación originaria", que permitiría dar cuenta la "transición de un sistema a otro". En este sentido, el citado trabajo de Heinrich se destaca por reconocer que en el capítulo II Marx realiza un análisis de "la formación histórica del dinero en condiciones precapitalistas" (Heinrich, 2011, p. 233) y, en particular, por discutir la introducción de este análisis desde un punto de vista metodológico. Sin embargo, al considerar que basta con el reconocimiento de la reproducción del dinero mediante la acción práctica de los poseedores de mercancías para explicar con completitud la existencia del intercambio mercantil y, por tanto, del dinero mismo, la razón metodológica de introducir en esta instancia del desarrollo un análisis histórico se reduce en Heinrich al hecho de que "la clave de la comprensión del surgimiento histórico" del dinero solo puede ser "suministrada" por el desarrollo exhaustivo de las determinaciones sistemáticas de la mercancía y el dinero realizadas con anterioridad (Heinrich, 2011, p. 233). En consecuencia, la introducción de un análisis histórico en este momento de la exposición marxiana se le aparece como un agregado exterior al desarrollo sistemático. En contraposición, tal como lo hemos mostrado en nuestra sucinta presentación de la estructura argumental de este capítulo, el examen del desarrollo histórico del dinero juega un papel tan central en la explicación marxiana de la realidad actual del dinero como el despliegue de la "forma de valor". Dicho de manera polémica, así como Marx no hace un desarrollo sistemático de las determinaciones abstractas del dinero, que replica el desarrollo histórico de este, tal como sostienen Engels y sus herederos, tampoco hace

"dialéctica sistemática" por una parte y "dialéctica histórica" por otra, como sostienen los autores de la "nueva dialéctica". Lo que hace es desarrollar de manera sistemática la necesidad inmanente de la forma concreta actual (la producción e intercambio mercantil generalizado), la cual examina hasta que ese mismo desarrollo lo pone enfrente de la necesidad de dar cuenta de la realidad histórica que dicha forma concreta tiene condensada.

Siendo así, veamos entonces cuál es, según Marx, el curso general adoptado por dicha génesis histórica. Dado que el desarrollo de las determinaciones del capital aún no ha mostrado cuál es el papel histórico del capitalismo en el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social y, en consecuencia, aún no se ha presentado siquiera la necesidad de explicar el curso histórico adoptado por dichas fuerzas productivas, el análisis de la génesis histórica del dinero se expone en este capítulo haciendo abstracción de las mediaciones concretas a través de las cuales esta génesis se lleva a cabo. Aun así, este análisis alcanza para mostrar que el dinero surge como el producto de un "acto social" histórico anterior a la acción de los poseedores de mercancías capitalistas. Como tal, este acto social originario que produce al dinero en primera instancia tiene que seguir un curso por completo inverso al que sigue aquel que reproduce el dinero en el capitalismo. En efecto, si el dinero no puede surgir de la acción de individuos libres cuyo único vínculo social indirecto es la mercancía, tiene que hacerlo de la acción de individuos sujetos a relaciones de dependencia personal. Aquí, se aplica aquello de que "el orden de sucesión" de las determinaciones actuales "es exactamente el inverso" del que corresponde "a su orden de sucesión en el curso del desarrollo histórico" (Marx, 1997a, pp. 28-29). Pero no es este el único caso. Al ser el dinero la forma de valor de la mercancía, Marx rastrea su génesis hasta las primeras formas de expresarse el valor de las mercancías en el "intercambio directo de productos". Allí, la mercancía es el producto directo del intercambio, en vez de ser este el producto directo de aquella. Al mismo tiempo, un objeto se convierte en intercambiable por el puro "acto de voluntad" de su poseedor, en vez de ser este acto la personificación de la mercancía en cuanto objeto intercambiable. Por último, estos poseedores de mercancía solo resultan productores independientes en cuanto se enfrentan "implícitamente como propietarios pri-

vados", en vez de serlos por la forma de mercancía que tienen sus productos (Marx, 1999b, p. 107). Por su parte, las primeras formas dinerarias que surgen al convertirse el intercambio en "un proceso social regular" y, en consecuencia, la necesidad de que la mercancía adopte una "forma de valor independiente de su propio valor de uso", también se presentan bajo una determinación que es "exactamente la inversa" a la que presenta el dinero en el intercambio mercantil capitalista. Allí, el dinero aparece en efecto como una forma de resolver las limitaciones que impone el trueque directo a la expansión del proceso de intercambio, en vez de emerger como forma necesaria de expresión del trabajo abstracto objetivado en las mercancías; se presenta ante todo en su función de "medio de circulación", en vez de hacerlo como "medida de valores" (Marx, 1999b, p. 108). En suma, en el análisis histórico que presenta Marx, la esencia de las transformaciones históricas que convierten al dinero en el equivalente general de las mercancías involucra la inversión de las determinaciones que lo constituyen en la actualidad.

A la luz de esta historia del origen del dinero, salta a la vista el error que constituye pretender equiparar el orden de los hechos históricos con el orden de las determinaciones abstractas de un objeto concreto actual. Considerar el desarrollo de la "forma de valor" realizado por Marx como un desarrollo histórico, tal como lo hace Lapavitsas, carece de sentido ante todo porque la mercancía que surge en el intercambio directo de productos entre las comunidades no se constituye "con anterioridad al intercambio" y, en consecuencia, carece de una "objetividad puramente social" que necesite expresarse bajo la forma de un equivalente general. Por su parte, los cambiantes de estas mercancías no son individuos libres cuyo único vínculo social es el producto de su propio trabajo privado. Por tanto, el problema formal que presenta la personificación de las relaciones de valor en el proceso de intercambio cuando la mercancía se ha constituido como relación social general, no solo no corresponde al nivel del examen de la forma del valor, sino que no se presenta en absoluto cuando se analiza el origen histórico del dinero. Del mismo modo, carece de sentido pretender explicar la realidad actual del dinero por lo que fue su génesis histórica, como lo procura hacer Ingham. Como acabamos de ver, en el curso histórico las determinaciones actuales del dinero aparecen inverti-

das. Y esto no solo vale para el vínculo de determinación entre las relaciones directas e indirectas y para el orden de aparición de las distintas funciones del dinero sino, como lo ha hecho notar Arthur, vale incluso para la forma misma en que las funciones del dinero se realizan. "De hecho, como el propio Marx sabía", dice este autor, "históricamente las funciones del dinero fueron con frecuencia representadas por diferentes objetos, habiendo sido institucionalizadas de manera separada". Y, a la inversa, en el capitalismo la realización del valor "impone como un requerimiento que esas funciones separadas sean integradas […] en una sola mercancía dineraria" (Arthur, 1996, p. 196).

Conclusiones

En este capítulo hemos investigado la naturaleza esencial del dinero y sus determinaciones más generales o simples en clave metodológica. Para ello, en primera instancia, hemos abordado la cuestión mediante el examen crítico del debate reciente entre Ingham y Lapavitsas. El primero intenta proveer fundamentos "sociológicos" generales a la teoría poskeynesiana del dinero como, en esencia, una unidad de cuenta convencional establecida por la autoridad pública, en la cual se miden las obligaciones crediticias contraídas que constituyen toda operación mediada por el dinero. Por su parte, la intervención del segundo apunta a defender la perspectiva marxiana que postula el carácter mercantil del dinero y, en consecuencia, su origen en el proceso de cambio.

Más allá de cualquier otra consideración sustantiva respecto de cada una de estas posiciones sobre la naturaleza y génesis del dinero, la primera conclusión emergente de nuestra lectura crítica de la controversia es de un cariz en lo primordial metodológico. A nuestro juicio, la disputa entre estos autores, y en particular el intento fallido de defensa de la perspectiva marxiana llevado a cabo por Lapavitsas, deja al desnudo de forma muy patente las limitaciones del llamado método "lógico-histórico" como forma de desarrollo de la crítica de la economía política. Tal como hemos demostrado en este capítulo, la fundamentación del carácter y origen mercantil del dinero actual y sus determinaciones debe proveerse sobre todo en términos dialéctico-sistemáticos.

Sin embargo, hemos mostrado también que ese modo de investigación se torna insuficiente para desplegar las determinaciones más generales del dinero en su plenitud y unidad. Es en este punto donde, más allá de otras similitudes y acuerdos en un sentido más amplio, nuestro enfoque metodológico tomó distancia de muchos de los aportes más recientes al método de la crítica de la economía política asociados a la llamada "nueva dialéctica". En efecto, hemos visto que es de hecho en el despliegue de las determinaciones generales del dinero desde la perspectiva del proceso de cambio –tal como lo expone Marx en el capítulo II del tomo I de *El capital*–, donde emerge una primera instancia –de las pocas que se encuentran en dicha obra– en la que el método dialéctico nos pone delante de la necesidad de dejar momentáneamente de lado el curso sistemático puro de la exposición, para pasar al desarrollo de un curso histórico. Asimismo, hemos notado también que esos pasajes encierran la riqueza de exhibir de manera expresiva aquel otro aspecto del método dialéctico enfatizado por el propio Marx en sus ocasionales, pero muy citadas, reflexiones metodológicas dispersas en sus escritos, a saber: que la secuencia sistemática de las "categorías económicas" y sus determinaciones invierte el orden en el que se fueron desarrollando en el curso histórico. Huelga decir que esto no involucra un mero interés exegético sino que, tal como se desprende de nuestra discusión, resulta crucial para la comprensión de esta forma social.

Estos aspectos metodológicos de la exposición marxiana de las determinaciones más generales del dinero han sido en general pasados por alto por los autores de la "nueva dialéctica". Como es evidente, esto no se deriva solo de un descuido por parte de estos comentaristas, sino que, tal como se ha señalado antes, refleja una debilidad intrínseca a su concepción del vínculo entre el despliegue sistemático y el análisis histórico. Más en concreto, este último es considerado como encerrando solo un papel de ilustración de las determinaciones generales descubiertas de modo sistemático o, en el mejor de los casos, como pertinente para la explicación de la transición entre modos de producción, pero en cualquier caso irrelevante para la comprensión de las determinaciones actuales de las formas sociales capitalistas. Sea como fuere, en ambas perspectivas el vínculo existente entre ambos "momentos" de la investigación dialéctica resulta completamente exterior. En contraste,

nuestro abordaje ha mostrado que la redirección momentánea al desarrollo histórico de la exposición es una necesidad inmanente al despliegue sistemático mismo. En efecto, en el caso analizado, es la imposibilidad de que el propio movimiento actual de la acción social de los poseedores de mercancías determine una mercancía en particular como dinero, lo que genera la necesidad de la introducción del análisis histórico. Ocurre que la existencia del dinero debe estar presupuesta en la práctica. Y esto, a su vez, solo puede haber sido puesto por el curso de la evolución histórica de la mercancía y el dinero con anterioridad a la emergencia del modo de producción capitalista. La exposición dialéctica encierra la necesidad de poner al descubierto las determinaciones inmanentes del dinero como producto histórico porque, de otro modo, no está completo el descubrimiento de sus determinaciones como producto del movimiento de la relación social actual. En suma, el despliegue sistemático y análisis históricos no pueden identificarse de manera inmediata, tal como en la lectura ortodoxa derivada de Engels, pero tampoco deben contraponerse de manera abstracta y exterior como si se tratase de dos métodos distintos, tal como aparece en el caso de la "nueva dialéctica". Más bien, son dos momentos internos cuya unidad constituye el método dialéctico.

La segunda conclusión que emerge de nuestra discusión es de carácter sustantivo, si bien también veremos que encierra una arista metodológica. En particular, hemos argumentado que, en primer lugar, el dinero debe ser necesariamente una mercancía y que, en segundo lugar, se engendra en la relación de cambio entre las mercancías que media la expresión del valor como valor de cambio –y, en esta forma reificada, media el establecimiento indirecto de la unidad del trabajo social organizado de manera privada–. En rigor, ambos puntos están relacionados; es de hecho por ser una mercancía –esto es, por poseer el atributo de la cambiabilidad como representación "puramente social" de la materialización del trabajo abstracto socialmente necesario, ejecutado de manera privada– que el dinero puede entrar en dicha relación en una primera instancia y, en consecuencia, actuar como forma general del valor de las demás. De allí también que la determinación esencial más simple y general del dinero actual no puede reducirse a ser una unidad de cuenta del "valor abstracto", tal como plantea Ingham, ni tampoco a un simple y formal monopolio del poder de compra

carente de contenido, tal como postula Lapavitsas. En contraste, hemos argumentado que la función esencial del dinero capitalista consiste en ser la encarnación material u objetivada del carácter social del trabajo privado, determinación que, como recién señalamos, solo puede desarrollar por ser él mismo un producto de dicha forma histórica de organizar el trabajo social.

En este sentido, y tal como señala de modo convincente Germer (1997, p. 53), el corolario de esto es que la proposición marxiana de que el dinero es una mercancía no está fundada en la observación inmediata de un hecho empírico, como la prevalencia del llamado "patrón oro" en su época. De este modo, el reemplazo fáctico de la mercancía dineraria en las funciones de medio de circulación y medio de pago por diversas formas de dinero-crédito, así como la existencia de patrones de precios que desde 1971 han dejado de expresar de manera legal-institucional su vínculo con cantidades de la mercancía dineraria (Germer, 1997, pp. 50-52),[9] no constituyen pruebas suficientes para rechazar el carácter mercantil del dinero. Y esto no solo en tanto, como admiten quienes proponen una teoría marxista del dinero como puro dinero-crediticio (Foley, 2005, p. 47), la "evidencia empírica" dista de ser conclusiva al respecto. La cuestión fundamental es, valga la insistencia, metodológica. Más en concreto, de nuestra discusión se desprende que el fundamento del carácter mercantil del dinero no es histórico sino sistemático y, por ello mismo, dicha determinación debe estar portada de modo inmanente por el dinero actual, cualesquiera sean sus formas más concretas de existencia. Es decir, esta determinación esencial más simple del dinero sigue constituyendo su contenido general por más que en sus formas concretas de realizarse pueda aparecer como negado (Escorcia Romo, 2013). Por ello, tanto la "crítica" como la "defensa" de la posición marxiana respecto de la naturaleza mercantil del dinero solo pueden abordarse de manera coherente mediante la reconsideración de las determinaciones más abstractas y generales del dinero actual presentadas por Marx en los primeros capítulos de *El capital*, que es lo que intentamos hacer aquí a través de la lectura crítica de la controversia entre Lapavitsas e Ingham, cuya riqueza radica en

[9] Sobre la emergencia de un "patrón dólar" con la caída del sistema de Bretton Woods, véase De Brunhoff (2005).

buena medida en reconducir la cuestión a los fundamentos más generales del dinero.[10]

Por supuesto, esto deja abierta la cuestión de la conexión interna entre dicha determinación inmanente del dinero y las formas concretas contemporáneas del "sistema monetario". Huelga decir que esto excede el marco del presente capítulo. Sin embargo, se pueden sugerir un par de consideraciones finales al respecto. En primer lugar, que dicha unidad entre el contenido general del dinero y sus formas concretas solo puede ser puesta al descubierto mediante el despliegue sistemático de toda la secuencia de mediaciones a través de las cuales se realiza el movimiento del dinero, hasta dar cuenta de sus figuras contemporáneas. En segundo lugar, que la aparente "autonomización absoluta" de las diversas funciones del dinero respecto de la mercancía dineraria tiene sus bases en la crisis de sobreproducción, en la que está sumergida la econo-

[10] Esta consecuencia metodológica de considerar la cuestión de la naturaleza mercantil del dinero exclusivamente en términos dialéctico-sistemáticos es llamativamente pasada por alto en varias contribuciones marxistas, justamente preocupadas por el fundamento metodológico de la crítica marxiana. El caso de Campbell (1997) es quizás de los más ilustrativos en este sentido. Esta autora acuerda con la explicación ofrecida por Marx en el capítulo I de *El capital* respecto a la necesidad de que el dinero sea una mercancía, e incluso la defiende con agudeza frente a sus críticos (Campbell, 1997, pp. 103 y ss.). Sin embargo, considera esta necesidad como "un supuesto" o "expediente temporario" en el desarrollo sistemático (Campbell, 1997, pp. 91 y 114) que, como tal, debe ser dejado de lado una vez que se consideran las formas concretas del dinero, tal como su "actual disociación respecto del oro" (Campbell, 1997, p. 89). De allí que Campbell termine concluyendo que el dinero propiamente capitalista es en esencia dinero-crédito. Desde nuestro punto de vista, esta perspectiva no logra captar al menos dos características fundamentales del método dialéctico. En primer lugar, el hecho de que las determinaciones más simples de un objeto son tan constitutivas de este como sus determinaciones más concretas; y, en segundo lugar, que el desarrollo desde las determinaciones más simples a las más complejas se desenvuelve por medio de negaciones que, entendidas en su naturaleza dialéctica, no suprimen las determinaciones más simples sino que las conservan. Al ignorar dichas dimensiones del despliegue sistemático-dialéctico, se termina otorgándole a la determinación inicial del dinero el estatus muy problemático de "supuesto" arbitrario. Si bien la perspectiva de Campbell tiene la virtud de rechazar el método histórico-lógico, su interpretación idiosincrática del estatus del dinero-mercancía en la exposición marxiana la lleva a acercarse de modo peligroso al proceder del método tradicional de las "aproximaciones sucesivas". En efecto, mientras que el primero tiene al menos la ventaja de reconocer la objetividad o realidad de las determinaciones más simples, en la lectura de Campbell estas terminan quedando degradadas a ser meros productos de la reflexión subjetiva.

mía mundial desde la década de 1970, y cuya resolución plena se viene posponiendo mediante sucesivas olas de expansión del crédito (Iñigo Carrera, 2013a, pp. 208 y ss.). De allí también los límites de tal apariencia de abolición del carácter mercantil del dinero, los cuales, tal como señalaba Marx en el tomo III de *El capital* (Marx, 1997d, pp. 781-782), es de esperar que emerjan con la erupción manifiesta de la crisis, que es de hecho el momento en el que se restablece de modo violento la unidad del proceso de reproducción organizado de manera privada e independiente.

Capítulo 3
Trabajo complejo y producción potenciada de valor[1]

> Los valores de las mercancías no pueden medirse por el tiempo de trabajo, si el tiempo de trabajo en un *trade* no es igual al tiempo de trabajo en otro, de tal modo que la misma mercancía en que se materializan, por ejemplo, 12 horas de trabajo de un ingeniero tiene el doble de valor que aquella en que toman cuerpo 12 horas [de trabajo] de un *field labourer*. Lo que equivale a decir [que] una jomada de trabajo simple, por ejemplo, no es medida del valor si hay otras jornadas de trabajo que se comportan como *composite days to the days of simple labour.* Ricardo ha puesto de manifiesto que este hecho no impide medir las mercancías por el tiempo de trabajo si se parte como [de algo] dado de la relación entre *simple* y *composite labour.* Cierto es que no se detiene a exponer cómo se desarrolla y se determina esta relación (Marx, 1989a, p. 148).

Uno de los primeros problemas que enfrenta cualquier explicación de los precios por las cantidades de trabajo materializado en las mercancías es el de las diferencias en la complejidad de los distintos trabajos. En efecto, tal como lo presenta Smith ya en los orígenes de la economía política, es evidente que no es lo mismo una hora de trabajo de "profesión cuyo aprendizaje requiere el trabajo de diez años" que una hora de "una labor ordinaria y de fácil ejecución" (Smith, 1999, p. 32). En la explicación marxiana del valor, la solución a esta cuestión es muy escueta y, en apariencia, senci-

[1] Este capítulo es una versión ampliada y modificada de Caligaris y Starosta (2016).

lla. Marx sugiere considerar al trabajo que requiere un "desarrollo especial" como un "trabajo simple potenciado o más bien multiplicado, de suerte que una pequeña cantidad de trabajo complejo equivale a una cantidad mayor de trabajo simple" (Marx, 1999b, pp. 54-55). De este modo, los distintos trabajos son "reducidos al trabajo simple como a su unidad de medida", y se mantiene idéntica la "sustancia" que permite que las mercancías se igualen en el cambio. "La experiencia", señala Marx, "muestra que constantemente se opera esa reducción" (Marx, 1999b, p. 55).

La aparente simplicidad de esta explicación se desvanece, sin embargo, a poco de considerarse la variedad de respuestas a esta cuestión que han ofrecido, y que en la actualidad ofrecen, los marxistas. En efecto, como veremos, pasado un siglo y medio de esta presentación de la solución marxiana, entre los marxistas no se ha conseguido un consenso, ya no respecto de la solución al problema, sino siquiera respecto a qué quiso decir Marx en esos pasajes. No menos llamativo es que, dado este estado del debate, la cuestión del trabajo complejo siga siendo relegada dentro de las discusiones marxistas contemporáneas sobre la teoría del valor. En este contexto, el propósito de este capítulo es, por un lado, realizar una reconstrucción crítica de la historia de las controversias en torno a la "solución marxiana" al problema de la "reducción del trabajo complejo" y, por otro, presentar una solución alternativa que sea consistente con los fundamentos de la crítica marxiana de la economía política. Para ello, en la primera sección presentamos una reconstrucción del legado textual de Marx respecto a esta problemática. En las dos secciones siguientes realizamos una reconstrucción crítica de la historia del debate y luego, en la cuarta sección, presentamos una solución alternativa basándonos en los fundamentos desarrollados por Marx en el capítulo I del primer tomo de *El capital*. Por último, en la última sección, presentamos los resultados principales de nuestra discusión.

Marx y el trabajo complejo

Las referencias a la cuestión del trabajo complejo a lo largo de la obra de Marx son escasas, concisas y, en la mayoría de los textos en las que aparecen, interpuestas de manera exterior al eje

que estructura el desarrollo expositivo. Por lo tanto, como ha sido reconocido por sus exégetas, la reconstrucción del pensamiento marxiano sobre este punto no ofrece pocas dificultades (Cayatte, 1984; Krätke, 1997). Aun así, de acuerdo a nuestra lectura, es posible encontrar una misma concepción subyacente en todas estas referencias, que, aunque como veremos más adelante no exenta de problemas ni ambigüedades, permanece sin mayores modificaciones desde los primeros escritos de Marx. Veamos el contenido y la secuencia de las referencias más importantes.

La primera reflexión de Marx sobre la determinación del trabajo complejo en la producción de valor se encuentra en su *Miseria de la filosofía*, donde presenta su crítica a la tosca "teoría del valor" proudhoniana según la cual "toda jornada de trabajo vale tanto como otra jornada de trabajo" (Marx, 1987c, p. 18). Incluso sin poder deshacerse de su impronta ricardiana ni tener la precisión propia de sus trabajos maduros, Marx ya alcanza aquí a identificar las divergencias en la complejidad de los trabajos como una "diferencia cualitativa", sobre la que debe mediar la "reducción" a una misma unidad para que se "puedan medir los valores" de las mercancías sobre la base de los tiempos de trabajo (Marx, 1987c, p. 20). Más precisamente, esto significa según Marx que la determinación del trabajo como la sustancia del valor implica la existencia de una equivalencia entre trabajos de distintas calificaciones, de modo que, por ejemplo, "la jornada de trabajo de un joyero equival[ga] a tres jornadas de un tejedor". Todo trabajo, sostiene Marx en este texto, se reduce así a "trabajo simple", esto es, a "trabajo independientemente de la calidad", siendo esta reducción "una cuestión que se resuelve por medio de la competencia" (Marx, 1987c, p. 20). En este punto, argumenta Marx, el hecho de que el "trabajo simple" sea la unidad de medida "implica a su vez que el trabajo simple es el eje de la industria", donde los "diferentes trabajos han sido nivelados por la subordinación del hombre a la máquina" (Marx, 1987c, p. 20).

Dejando a un lado la breve referencia realizada en sus cuadernos de lectura de 1851 al tratamiento que realiza Ricardo de la cuestión del trabajo complejo, donde lo critica por "no desarrollar más este punto" (Marx, 1998a, p. 29), Marx vuelve recién sobre esta cuestión diez años más tarde cuando, en sus célebres *Grundrisse*, decide encarar su proyecto de elaborar una exposi-

ción sistemática de la crítica de la economía política. Aquí, vuelve a aparecer el reconocimiento de la existencia de "diferencias cualitativas" entre los obreros que son el "resultado histórico" de la "división del trabajo" (Marx, 1997b, p. 121) y cuya "reducción se lleva a cabo de hecho, cuando se ponen como valores los productos de todos los tipos de trabajo" (Marx, 1997b, p. 415). Sin embargo, a diferencia de su reflexión en el contexto de la crítica a Proudhon, aquí indica la necesidad de "investigar […] la manera en que se compensan esas diferencias y se reduce todo el trabajo a simple *unskilled labour*" (Marx, 1997b, p. 415). Por su parte, en la *Contribución a la crítica de la economía política*, escrita y publicada apenas un año después, Marx aborda por primera vez la cuestión de la determinación del trabajo complejo en la producción de valor, al emerger del fluir de la exposición sistemática de las determinaciones más simples del propio trabajo productor de mercancías. Allí también insiste en que el trabajo complejo se "reduce" a trabajo simple y que la forma de valor de los productos deja en "claro que la reducción tiene lugar", aunque "no corresponde tratar aún aquí las leyes que rigen esta reducción". En este texto, la innovación pasa en lo fundamental por la precisión de la definición del "trabajo simple", al que se lo presenta ante todo como aquel en el que "existe" la "abstracción del trabajo humano general". Este "trabajo", dice Marx, es aquel "para el cual puede adiestrarse a cualquier individuo medio". Y agrega: "el carácter de este trabajo medio difiere a su vez en diferentes países y diversas épocas de la civilización, pero aparece como dado en una sociedad dada" (Marx, 1997c, p. 13).

En la década de 1860 Marx vuelve a escribir una serie de borradores con la intención de publicar las partes subsiguientes de su crítica de la economía política. En estos borradores, conocidos más tarde como los "Manuscritos económicos de 1861-1863", aparecen nuevas anotaciones relevantes a la cuestión del trabajo complejo. Ante todo, encontramos que vuelve a recuperar la solución ricardiana de considerar como dada "la relación entre simple y *composite labour*" para poder reducir trabajos de distinta calidad y, al mismo tiempo, vuelve a criticarla "[por]que no se detiene a exponer cómo se desarrolla y se determina esta relación" (Marx, 1989a, p. 148). Lo interesante de esta nueva referencia es que Marx agrega aquí que este desarrollo "corresponde al estudio del salario y, en

última instancia, se reduce al diferente valor de la fuerza de trabajo misma, es decir, a su diferente costo de producción" (Marx, 1989a, p. 148). Más importante aún, en estos borradores Marx alcanza por primera vez a presentar el problema del trabajo complejo al nivel sistemático de la formación de valor bajo la subsunción del trabajo en el capital. Allí, Marx afirma que "si el trabajo de un orfebre es más caro que el de un *labourer*, el plustiempo [de trabajo] del orfebre será, en la misma proporción, más caro que el del segundo" (Marx, 1987d, p. 352). En concreto, esto significa, tal como lo presentará apenas un año después en sus "Manuscritos económicos de 1864-1865", que las diferencias en la complejidad del trabajo "no afectan en modo alguno el grado de explotación del trabajo" (Marx, 2015, p. 250). En pocas palabras, que la tasa de plusvalor es la misma para el obrero que realiza trabajo complejo que para el que realiza trabajo simple.

Las últimas referencias de Marx a la cuestión de la determinación del trabajo complejo en la producción de valor se encuentran en la primera edición de *El capital*, luego modificadas ligeramente para la versión francesa de 1872-1875. Estas referencias pueden ser leídas como una síntesis y reafirmación de sus ideas previas recién reseñadas y también como sus reflexiones definitivas respecto de la cuestión. Ante todo, Marx desarrolla la determinación más simple del trabajo complejo como formador de valor en el contexto del análisis del trabajo humano abstracto como sustancia del valor de las mercancías. "Es preciso", reafirma allí, "que la fuerza de trabajo humana, para que se la gaste de esta o aquella forma, haya alcanzado un mayor o menor desarrollo". Pero "como el valor de la mercancía representa trabajo humano puro y simple" debe considerarse "que el trabajo más complejo es igual solo a trabajo simple potenciado o más bien multiplicado". Este trabajo simple, también insiste Marx aquí, es el "gasto de la fuerza de trabajo simple […] sin necesidad de un desarrollo especial", y aunque el "carácter" de este trabajo varíe "según los diversos países y épocas culturales", debe siempre considerárselo "dado para una sociedad determinada". En este punto, Marx vuelve sobre el hecho de que "la experiencia muestra que constantemente se opera esa reducción" y en que lo hace "a través de un proceso social que se desenvuelve a espaldas de los productores". Es interesante notar que, en esta última versión, Marx aclara al lector en una nota al pie que "no

se trata del salario o valor que percibe el obrero por una jornada laboral, sino del valor de la mercancía en que su jornada laboral se objetiva" (Marx, 1999b, pp. 54-55). Por otra parte, Marx también desarrolla en *El capital* la determinación del trabajo complejo en la formación de valor al nivel de la subsunción formal del trabajo en el capital. Aquí, al igual que en sus últimos borradores, encontramos que la fuerza de trabajo compleja, "en la que entran costos de formación más altos, cuya producción insume más tiempo de trabajo y que tiene por tanto un valor más elevado que el de la fuerza de trabajo simple", se manifiesta en "un trabajo también superior" y se objetiva "durante los mismos lapsos, en valores proporcionalmente mayores" (Marx, 1999b, p. 239).

Resumamos los puntos más sobresalientes y que, al menos desde el punto de vista de la evidencia textual al respecto, pueden considerarse como definitivos de la concepción marxiana de la determinación del trabajo complejo en la producción de valor.

1. Es claro que, para Marx, la afirmación de que el trabajo humano constituye la sustancia del valor implica haber reducido a una unidad común trabajos cualitativamente distintos en cuanto al "desarrollo" de la fuerza de trabajo que los realiza. Por tanto, se trata ante todo de un problema de la explicación del valor en su determinación más simple y que subsiste mientras existan trabajos que requieren diferentes calificaciones (Marx, 1872-1875, p. 17; 1987c, pp. 20-21; 1987f, p. 486; 1997b, pp. 54, 121 y 415; 1997c, p. 13; 1989a, p. 120; 1999b, pp. 54-55).

2. Para Marx esta unidad común está dada por el "trabajo simple" que puede realizar cualquier individuo sin necesidad de un "desarrollo especial" de su fuerza de trabajo (Marx, 1872-1875, p. 17; 1987c, p. 20; 1987f, p. 486; 1997a, p. 265; 1997b, pp. 121 y 415; 1997c, p. 13; 1999b, pp. 54 y 209). Como tal, este trabajo simple varía según las "épocas de la civilización" y los "países", pero está "dado" para una sociedad determinada, esto es, para una unidad de producción y circulación de mercancías (Marx, 1872-1875, p. 17; 1997c, p. 13; 1999b, p. 54).

3. Marx sostiene que la igualdad de valor de las mercancías muestra que la "reducción" del trabajo complejo a simple "se lleva cabo" y que lo hace, al igual que toda otra reducción, a "espaldas" de los individuos (Marx, 1872-1875, p. 17; 1987c, pp. 20-21; 1997b, pp. 121 y 415; 1997c, p. 13; 1999b, p. 55).

4. Marx afirma que la fuerza de trabajo compleja tiene más valor porque cuesta más trabajo producirla, pero que sin embargo produce proporcionalmente la misma cantidad de plusvalor que la fuerza de trabajo simple (Marx, 1872-1875, p. 84; 1987d, p. 352; 1988, pp. 48, 81-82, 90 y 231; 1989a, pp. 206-207 y 342; 1997a, p. 265; 1999b, pp. 239-240; 2000b, pp. 69-70; 2015, p. 250).

5. Marx considera que el trabajo simple constituye la gran mayoría del trabajo de que dispone la sociedad, y que existe una tendencia propia de la transformación del proceso de trabajo bajo el comando del capital a eliminar el trabajo complejo (Marx, 1982a, pp. 90, 165 y ss., 181-182; 1987c, p. 21; 1987e, pp. 27-29; 1988, pp. 231, 321, 331, 341; 1989b, p. 499; 1994b, pp. 148 y 217; 1997b, p. 121; 1997c, p. 13; 1999c, pp. 426-427; 2000b, pp. 69-70; 2015, p. 306).

6. Por último, es relevante notar que para Marx la solución de Ricardo a la cuestión del trabajo complejo no está equivocada, sino que es insuficiente, en cuanto no presenta "cómo se desarrolla y se determina" la relación entre el trabajo complejo y el simple (Marx, 1987c, pp. 17 y ss.; 1989a, p. 148; 1998a, p. 29; 1997b, p. 54).

Como señala Krätke, también es posible encontrar en la obra de Marx referencias al trabajo complejo como "analogías" para echar luz sobre otros procesos de producción o representación del valor (Krätke, 1997, pp. 102-103). Así, por ejemplo, Marx advierte que cuando en una esfera de la producción el trabajo es, de manera circunstancial, más intensivo, cuenta socialmente como si fuese trabajo más complejo (Marx, 1989a, p. 273). De igual modo, cuando un capital produce con una productividad del trabajo mayor a la de sus competidores inmediatos, esta mayor productividad se refleja en el valor de las mercancías que produce como si se tratase de un trabajo más complejo (Marx, 1982a, pp. 78 y 89; 1999c, pp. 386 y 495). Por último, en esta misma línea de razonamiento Marx también echa mano de la determinación de la magnitud de valor por trabajo complejo para ilustrar las relaciones de valor en el comercio entre países donde el grado de movilidad de los capitales impide que se realice con plenitud la ley del valor (Marx, 1982a, p. 98; 1989a, p. 91).

De esta reconstrucción de la concepción marxiana respecto a la determinación del trabajo complejo en la producción de valor

se pueden extraer dos conclusiones generales. En primer lugar, se puede afirmar que para Marx la cuestión del trabajo complejo se presenta como un problema menor dentro de la explicación del valor de la mercancía y que, al menos en lo que hace a la presentación más simple de esta explicación, lo considera resuelto por la economía política clásica, en particular por Ricardo. En pocas palabras, al nivel de abstracción del análisis de la mercancía, para Marx basta con reconocer que los trabajos de distinta complejidad se equiparan en cuanto múltiplos de trabajo simple. En segundo lugar, pese a su reiterada crítica a Ricardo por no desarrollar más la cuestión, Marx no alcanza en ningún texto a presentar cómo se rige esta equiparación, esto es, cómo establece el grado en que el trabajo complejo se representa en más valor que el trabajo simple. En otros términos, no alcanza en ningún momento a definir cómo se compone el trabajo socialmente necesario que se representa como valor en el producto del trabajo complejo. Más aún, si se toma en cuenta que la explicación marxiana del valor de la mercancía "no tiene absolutamente nada que ver con la manera tautológica de determinar los valores de las mercancías por el valor del trabajo o por el salario" (Marx, 1987f, p. 487), las referencias que vinculan de modo explícito o implícito los niveles de los salarios con la magnitud de valor de las mercancías producidas por el trabajo complejo tornan más bien oscura esta cuestión. En este punto, por tanto, se puede concluir que la explicación marxiana de la determinación del trabajo complejo en la producción de valor tiene, cuando menos, un desarrollo insuficiente. Antes de avanzar sobre esta cuestión crucial, consideremos las críticas que suscitó la explicación de Marx y cuáles fueron las principales soluciones que propusieron sus defensores.

La historia del debate marxista[2]

Auge y caída de la solución marxista clásica elaborada por Hilferding y Bauer

Las primeras críticas a la solución de Marx al problema del trabajo complejo pueden rastrearse hasta los trabajos de Dühring (1875, pp. 499-500), Block (1884, p. 133), Adler (1887, pp. 81-85)

[2] Una versión más desarrollada de este apartado puede verse en Caligaris (2016a).

y Böhm-Bawerk (1890, pp. 384-385), más tarde seguidas por las críticas de Flint (1906, pp. 147-149) y Pareto (1998, pp. 299 y ss.). En esencia, todas estas críticas apuntan en el mismo sentido: la explicación de Marx no resulta convincente porque no explica cómo es posible que una jornada de trabajo complejo condense más trabajo que una jornada de trabajo simple. Así, por ejemplo, Böhm-Bawerk sostiene que "si un bien que es el producto de una jornada de trabajo vale más que otro que es el producto de cinco jornadas de trabajo […] hay aquí una excepción a la regla postulada según la cual el valor de cambio de los bienes está regulado por la cantidad de trabajo humano incorporado en ellos" (Böhm-Bawerk, 1890, p. 385).

Dejando a un lado las breves respuestas de Engels a Dühring (1977, pp. 203-208) y de Lafargue a Block (1884, pp. 283-284), que se limitan a desestimar las críticas repitiendo de modo acrítico lo que Marx había escrito en sus textos, las primeras respuestas no provinieron de marxistas sino de ricardianos (Dietzel, 1895, pp. 248-261) o socialistas no-marxistas (Grabski, 1895, p. 155). Además del reconocimiento implícito de un insuficiente desarrollo de la solución marxiana, lo interesante de estas respuestas es que, como veremos, adelantan la respuesta marxista que dominará el debate hasta la década de 1980. Así, según Dietzel, para resolver la cuestión de los diferentes tipos de trabajo hay que considerar el trabajo no solo en cuanto a su "duración" sino en cuanto a los "valores" que permiten reproducirlo (Dietzel, 1895, p. 259). Por su parte, Grabski sostiene que "para guardar coherencia [con la teoría del valor de Marx] tenemos que tomar en cuenta", además del trabajo vivo gastado en la producción, "también el trabajo usado en la adquisición de la calificación". De este modo, le contesta este autor a Böhm-Bawerk, la reducción "no es una ficción sino un hecho" (Grabski, 1895, p. 155). En otras palabras, estos autores proponen reducir el trabajo complejo a simple por medio de sumarle a la jornada de trabajo complejo los trabajos que se tuvieron que gastar para producir los atributos productivos que distinguen al trabajador calificado. Tal como lo dedujeron años más tarde algunos comentaristas, al no especificar cuáles son estos trabajos pasados, se da a entender que se trata de todos los trabajos que directa o indirectamente se tuvieron que gastar para producir la fuerza de trabajo calificada (véanse, por ejemplo, las lecturas de

Bortkiewicz, 1952, p. 90, n. 140; Roncaglia, 1974, p. 8, n. 10; Jorland, 1995, pp. 149-150).

El debate cobra nuevo aliento con la aparición de una nueva crítica de Böhm-Bawerk realizada a propósito de la publicación del tercer tomo de *El capital* (Böhm-Bawerk, 1975, pp. 90-102), seguida luego por las críticas de Sorel (1897, p. 230) y Masaryk (1899, pp. 270 y ss.). Según esta renovada crítica de Böhm-Bawerk, la explicación de Marx de la igualación de trabajos de distinta complejidad no solo es inconsistente con la realidad sino que, según se precisa ahora, la propia argumentación se desarrolla en un "perfecto círculo", ya que se parte buscando explicar la relación de intercambio y, en cuanto se sostiene que "la pauta de reducción [del trabajo complejo a simple] está determinada exclusivamente por la relaciones de intercambio vigentes", esto es, por un "proceso social" dado por la "experiencia", se acaba en última instancia explicando dicha relación de intercambio por la relación de intercambio misma (Böhm-Bawerk, 1975, p. 94). Además, Böhm-Bawerk acusa a Marx de pretender explicar la reducción en cuestión apelando al procedimiento científico espurio de sustituir el "ser de las cosas" por el modo en que estas "cuentan", cuando la "teoría" debe tratar solo del "ser de las cosas" (Böhm-Bawerk, 1975, p. 93).

Esta vez, sin embargo, los marxistas recogen el guante. No obstante, en manos de Bernstein, la primera respuesta aparece más conciliadora que beligerante: "Böhm-Bawerk", dice este autor, "reveló ambigüedades realmente existentes en la teoría marxista del valor" (Bernstein, 1899, p. 357). Luego, fundándose en la obra de Buch (1896), que pretendía encontrar el basamento "fisiológico" de la teoría del valor en la intensidad del trabajo y tomar como expresión de esta a los salarios, Bernstein sugiere resolver la proporción en que se cambian los productos de diferentes tipos de trabajos sobre la base de los diferentes salarios de quienes los producen. Así, según esta posición, cuanto más alto sea el valor de la fuerza de trabajo mayor será el valor que se objetivará en el ejercicio de esa fuerza (Bernstein, 1899, pp. 359-360). En ese mismo año, la solución de Bernstein encuentra una primera objeción por su carácter "ecléctico" en la obra crítica de Kautsky, donde sin embargo se reconoce de todos modos que "en este punto está incompleta la teoría de Marx" (Kautsky, 1966, p. 59), aunque no se propone una solución alternativa. El enfoque de Buch también

influye en la solución propuesta por Liebknecht (1902, p. 102). Según este autor, la reducción del trabajo complejo a simple debe pasar por la consideración de ambos tipos de trabajo como simples gastos de "energía".[3] Sin embargo, por esta vía se le hace que el trabajo complejo se diferencia del simple en que es "más intensivo" (Liebknecht, 1902, p. 102). Quizás consciente de este colapso entre el aspecto complejo e intensivo del trabajo, Liebknecht acaba no obstante admitiendo que "todo lo dicho […] tiene un carácter hipotético" (Liebknecht, 1902, p. 103).

Las intervenciones marxistas que se desarrollan a continuación tienen, en cambio, un carácter conclusivo. La primera de ellas es la de Hilferding, incluida en su célebre respuesta al citado artículo de Böhm-Bawerk de 1896 (1975). Allí, este autor comienza criticando a Bernstein por "deducir el mayor valor que crea el trabajo calificado del mayor salario de la fuerza de trabajo calificada, pues esto sería deducir el valor del producto del 'valor de trabajo'" (Hilferding, 1975, p. 158), un procedimiento que "se encuentra gruesamente reñido con la teoría marxista" (Hilferding, 1975, p. 160). En cambio, Hilferding propone solucionar la reducción del trabajo complejo a simple mediante la contabilidad de los trabajos simples "formativos" incorporados en la fuerza de trabajo compleja. Así, según esta posición, estos trabajos formativos "se encuentran almacenados en la persona del trabajador calificado, y solo cuando él comienza a trabajar se ponen en movimiento". De este modo, "el trabajo del educador técnico transmite, no solo valor […] sino, además, su propia capacidad de creación de valor" (Hilferding, 1975, p. 160).

Esta solución es recuperada y ampliada por las contribuciones marxistas contemporáneas de Deutsch (1904) y Bauer (1906), dedicadas de modo exclusivo a dilucidar la cuestión del trabajo complejo. De acuerdo con Deutsch, sin embargo, no es correcto sostener que el trabajo del educador técnico entra directamente potenciando el trabajo simple del obrero calificado. Lo hace solo

[3] Es interesante notar que, aunque por entonces inédito, en su *Dialéctica de la naturaleza*, Engels ya había criticado con dureza el intento de "retransferir a la economía" las categorías de las ciencias naturales: "¡Que alguien intente reducir cualquier clase de *skilled labour* a kilográmetros y determinar el salario sobre esta base!" (Engels, 1979, p. 329).

en la medida en que constituye un "medio de trabajo" de la fuerza de trabajo compleja. En consecuencia, para este autor, en la potenciación del trabajo que realiza el trabajador calificado, no solo debe considerarse el "trabajo del educador" bajo esta forma sino también el trabajo de "autoeducación" que gastó este trabajador en la producción de su fuerza de trabajo compleja (Deutsch, 1904, pp. 23 y ss.). Por su parte, Bauer recupera la innovación de Deutsch en cuanto a la introducción del trabajo de "autoeducación" del obrero. Sin embargo, le critica el postulado de que este trabajo forme parte, según sostenía Deutsch, del valor de la fuerza de trabajo compleja. En este sentido, la solución de Bauer es más precisa. Pero también lo es respecto del proceso mismo de potenciación del trabajo simple realizado por el trabajador calificado. De acuerdo con este autor, el trabajo que costó producir la fuerza de trabajo compleja "se transfiere al producto […] del mismo modo que lo hace" el trabajo objetivado en un "telar", que en "cada hora de trabajo transfiere una parte de su valor al tejido" (Bauer, 1906, p. 650).

Por último, para esta época se puede encontrar una solución alternativa en la obra de Boudin (1920). Según este autor, la cuestión del trabajo complejo debe tratarse como un trabajo "más productivo", ya que "el trabajador complejo produce, en un espacio de tiempo dado, más que el trabajador simple" (Boudin, 1920, p. 116). Luego, como todo trabajo más productivo, la mayor capacidad de producir valor del trabajo complejo se elimina en la formación del tiempo de trabajo "socialmente necesario" para producir la mercancía (Boudin, 1920, p. 117).

Durante las siguientes décadas no surgieron nuevas soluciones. En esencia, ocurrió que los marxistas adoptaron de manera masiva la posición Hilferding-Bauer, según la cual la reducción del trabajo complejo a simple pasa por la sumatoria de los trabajos gastados tanto por el "maestro educador" como por el "estudiante" en la producción de la fuerza de trabajo compleja (véanse, por ejemplo, Lapidus y Ostrovitianov, 1929, pp. 32-35; Meek, 1956, pp. 167-173; Sweezy, 1973, pp. 53-56; Rowthron, 1974; Rubin, 1977, pp. 213-224; Rosdolsky, 1989, pp. 555-570; por solo nombrar a los autores quizás más influyentes).[4] De manera similar, los críticos

[4] Es notable que la tradición neorricardiana también aceptó en forma acrítica esta solución marxista (Okisio, 1963; Bródy, 1970, pp. 86-88; Roncaglia, 1974). Entre

de Marx durante este período continuaron repitiendo casi en forma mecánica la crítica inicial de Böhm-Bawerk (véanse, por ejemplo, Oppenheimer, 1916, pp. 62-65; Bortkiewicz, 1952, pp. 90-92; Schumpeter, 1968, pp. 50-51; Samuelson, 1971, pp. 404-405; Mises, 1990, pp. 20-21; entre otros).

Hacia la década de 1970 aparecieron dos críticas a la solución Hilferding-Bauer que acabaron por quebrar su hegemonía dentro del marxismo. La primera de ellas fue que la pauta de reducción propuesta contradecía la teoría marxista de la explotación y del plusvalor en la medida en que implicaba distintas tasas de plusvalor para la fuerza de trabajo simple y compleja (Morishima, 1973; Morris y Lewis, 1973-1974). Así, según Morishima, la solución clásica conduce a la existencia de "varios grupos de trabajadores explotados en diferentes proporciones, lo cual es contradictorio con la concepción de Marx de una economía capitalista de dos clases", una conclusión que, según se sostiene, lleva forzosamente "a abandonar la teoría" marxiana del valor (Morishima, 1973, p. 193). La segunda crítica que desafió la hegemonía de la solución Hilferding-Bauer fue todavía más profunda en cuanto puso en cuestión ya no las incompatibilidades de esta solución con las determinaciones cuantitativas del movimiento del capital, sino con sus determinaciones cualitativas. En concreto, está crítica sostuvo que, al presentar la habilidad del trabajador como la portadora de un trabajo acumulado que luego representaría en el valor del producto, la solución Hilferding-Bauer convierte dicha habilidad en una especie de capital constante.[5] Así, en palabras de su autor original, "una

---

las contribuciones neorricardianas más originales se desataca, por su difusión y las críticas recibidas por los marxistas, la de Bowles y Gintis (1977). Según estos autores, la reducción del trabajo complejo a simple se torna redundante en la medida en que es posible construir un sistema de ecuaciones que, considerando las distintas calificaciones de la fuerza de trabajo expresadas en la diversidad de salarios, determine la tasa de ganancia y los precios de cada una de las mercancías. En suma, tal como lo ha señalado uno de sus críticos, estos autores resolvían el problema tornando redundante el concepto mismo de trabajo (Itoh, 1987, p. 46). Este enfoque generó un interesante debate entre autores afines a esta escuela de pensamiento (Bowles y Gintis, 1978; Morishima, 1978; Bowles y Gintis, 1981; Catephores, 1981; Krause, 1981; McKenna, 1981).

[5] Una crítica similar ya había sido presentada con bastante anterioridad por Schlesinger (1950). Según este autor, la solución marxista clásica implicaba un "doble efecto creador de valor del mismo trabajo", el del técnico educador, que "evidentemente contradice el concepto marxista" (1950, p. 129). Esta crítica, aunque no

consecuencia de este enfoque [de Hilferding] es que la habilidad parece ser como cualquier mercancía, por ejemplo como una máquina; en cuyo caso, ¿no deviene de hecho una forma de capital constante?" (Tortajada, 1977, p. 109).

Las soluciones marxistas contemporáneas

Luego de estas críticas, la solución Hilferding-Bauer cayó en un creciente y fuerte descrédito entre los marxistas. Sobre esta base, los autores que se preocuparon por encontrar una solución superadora optaron, como veremos, por cambiar de modo radical el foco del problema.

La solución quizás más difundida en la actualidad es aquella que considera que la reducción del trabajo complejo a simple refiere al proceso de simplificación u homogeneización de los atributos productivos de los obreros que se opera a través de la movilidad de estos últimos entre distintos tipos de trabajo o por medio del desarrollo tecnológico (Uno, 1977, p. 26, n. 2; Kay, 1976; Itoh, 1987; Harvey, 1990, pp. 67-71; Carchedi, 1991, pp. 130-134; Sekine, 1997, p. 39). Así, por ejemplo, según Harvey, "la reducción del trabajo calificado a trabajo simple" remite "a la destrucción de las habilidades artesanales y su sustitución por el 'trabajo simple'", y "el 'proceso social' al cual se refiere Marx es nada menos que la aparición de un modo de producción característicamente capitalista bajo el control hegemónico del capitalista" (Harvey, 1990, p. 70). En pocas palabras, para esta línea interpretativa la cuestión de la reducción del trabajo complejo a simple no remite a un problema del intercambio de mercancías, esto es, a la determinación más simple en que se resuelve el proceso de organización de la vida social en el capitalismo, sino a una tendencia del proceso de producción bajo el comando del capital: la homogeneización de los atributos productivos de los trabajadores.

Otra solución difundida dentro de la literatura marxista contemporánea pasa por considerar el trabajo complejo como análogo al trabajo más intensivo y, en ese sentido, como un trabajo que produce más valores de uso en un mismo lapso; en suma, pasa por

---

desconocida por los marxistas (véase, por ejemplo, Rosdolsky, 1989, p. 558, n. 4), sin embargo, no llamó la atención por entonces.

considerar el trabajo complejo como un trabajo más productivo (Harvey, 1985; Saad-Filho, 1997 y 2002; Bidet, 2007). Según este enfoque, el trabajo complejo genera más valor que el trabajo simple porque, gracias a la habilidad especial del trabajador que lo realiza, produce más valores de uso en el mismo tiempo de trabajo. De este modo, la reducción del trabajo complejo a simple pasa por el proceso de formación del tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una mercancía, sea en la parte en que corresponde a la subsunción del obrero individual como órgano del obrero colectivo, sea en la que corresponde a la competencia entre los distintos capitales de una misma rama de la producción.

Por último, dentro de la literatura marxista contemporánea aún pueden encontrarse otras soluciones alternativas, aunque sin difusión ni peso sustantivo. Por ejemplo, en algún caso se sugiere que la reducción del trabajo complejo a simple está de hecho resuelta en la consideración de todo trabajo como trabajo abstracto (Ekeland, 2007). En otro, que se resuelve en cuanto los coeficientes de reducción se definen "después" del intercambio cuando se ponen en relación el conjunto de los valores y los precios (Devine, 1989). Dentro de estas soluciones menos populares, se destaca la de Himmelweit (1984), por su originalidad y por las críticas que ha recibido (Morris, 1985; Itoh, 1987, pp. 51 y ss.; Lee, 1990, pp. 117 y ss.; Fine, 1998, pp. 191 y ss.). Según esta autora, bajo el supuesto de composiciones orgánicas iguales, la formación de la tasa normal de ganancia involucra una igualación de las tasas de plusvalor de los distintos capitales, de modo que "si un grupo de trabajadores es empleado a una mayor tasa de pago que otro, también producirá más valor" (Himmelweit, 1984, p. 335).

Un balance crítico del debate

Examinemos con más detenimiento las principales posiciones en debate. Como hemos visto, las primeras críticas a la solución de Marx se reducían a la postulación de una supuesta irreductibilidad cualitativa del trabajo complejo a uno simple. En este punto, es interesante notar que la crítica de Böhm-Bawerk, que luego provoca la respuesta de los marxistas, se basa en realidad en una reconsideración de esta crítica inicial a la luz de respuestas como la de

Dietzel y Grabski que, según reconoce el propio autor, en efecto ofrecen una "pauta de reducción" que es, al menos en términos generales, consistente en términos teóricos. En efecto, la crítica de Böhm-Bawerk a este tipo de respuestas es en lo fundamental empírica: "nada tengo que decir en contra de la opinión de que, al trabajo que se está desarrollando efectivamente, haya que agregarse la alícuota debida a la adquisición de la capacidad para trabajar […] Pero nadie sostendrá que exista semejante proporción, ni otra que se le aproxime" a la hora de contabilizar el valor de las mercancías (Böhm-Bawerk, 1975, pp. 95-96). Por supuesto, Böhm-Bawerk no ofrece una sola evidencia empírica para su propia teoría.

Como vimos, en este texto Böhm-Bawerk presenta dos nuevas críticas a la solución de Marx. Por un lado, sostiene que su argumento es circular, porque al mismo tiempo que explica la reducción por el "proceso social" del intercambio presupone esta reducción para explicar el proceso de intercambio mismo. Mientras que, por otro lado, sostiene que en su argumentación Marx confunde el "ser" con el "contar como" de las cosas. Una respuesta exhaustiva a estas dos críticas requeriría una discusión más amplia de la crítica general que realiza Böhm-Bawerk a la teoría del valor de Marx, una tarea que excede el alcance de este trabajo y que, por otra parte, ya ha sido acometida en otro lugar (Starosta, 2008 y 2015, pp. 119 y ss.). Aquí, por tanto, nos limitaremos a señalar algunos puntos fundamentales que subyacen en la debilidad de la crítica de este autor.

Ante todo, el principal problema de Böhm-Bawerk es que no alcanza a comprender lo que Marx presenta como el "carácter fetichista" de la "objetividad de valor", que constituye la "determinación de forma" esencial que hace de los productos del trabajo objetos intercambiables. En otras palabras, Böhm-Bawerk pasa por alto que, como aptitud histórica específica de la intercambiabilidad general, el valor es un atributo objetivo que es inmanente a la mercancía y, como tal, distinguible tanto del valor de cambio –es decir, de su forma necesaria de manifestación–, como del trabajo abstracto socialmente necesario realizado de manera privada –es decir, de su sustancia– (Starosta, 2017). En efecto, como señala Elson, en su (mal)interpretación de la argumentación marxiana Böhm-Bawerk pasa sin mediación alguna de la relación de cambio al trabajo (Elson, 1979, p. 157). Asimismo, este crítico pierde de

vista que Marx no está analizando la mercancía "en general" sino la mercancía "capitalista", esto es, la que existe en una sociedad en que la mercancía misma ha devenido la relación social general y cuyo intercambio por consiguiente necesariamente involucra y presupone una equivalencia, es decir, una identidad cualitativa y una igualdad cuantitativa (Arthur, 1979, p. 71). Por tanto, Böhm-Bawerk no puede nunca comprender que lo que hace que valores de uso diferentes "cuenten como" cosas cualitativamente idénticas y que, en consecuencia, se nieguen "en la práctica" todas las diferencias cualitativas intrínsecas a la materialidad de los distintos tipos de trabajos que los producen, es dicha objetividad reificada de valor, que si bien es puramente social, es real en la práctica (Starosta, 2015, pp. 141 y ss.). Dicho de otro modo, la verdadera "prueba" de que la reducción del trabajo complejo a simple tiene lugar se encuentra en la exposición de las determinaciones subyacentes a la constitución social del "carácter fetichista" de la "objetividad de valor". Y esta es una cuestión diferente al análisis de la proporción cuantitativa, en la que el trabajo complejo "cuenta como" trabajo simple multiplicado. En su lectura "ricardiana" de los argumentos marxianos, Böhm-Bawerk mezcla estas dos cuestiones en esencia diferentes.[6]

Por otra parte, el "proceso social" al que se refiere Marx en los pasajes en cuestión no es, como cree y pretende hacer creer al lector Böhm-Bawerk, el proceso de "intercambio". Es, en realidad, el modo indirecto a través del cual se organiza el proceso de vida social cuando los trabajos se realizan de manera privada y recíprocamente independiente. Cuando Marx sostiene que se trata de un proceso que "se desenvuelve a espaldas de los productores" está de hecho afirmando que el carácter social del trabajo individual no está organizado conscientemente por ellos. De ahí que este carácter solo pueda ser reconocido *post festum* y únicamente sobre la base de la identidad material de los trabajos individuales como gastos cualitativamente homogéneos de puro

[6] Una crítica similar al enfoque de Böhm-Bawerk fue sugerida en la contribución de Rubin al debate (Rubin, 1977, pp. 222 y ss.). Sin embargo, la fuerza del argumento quedaba opacada por su concepción "circulacionista" del valor, que no contestaba y, peor aún, tornaba plausible, la crítica de circularidad presentada por Böhm-Bawerk. Para un análisis crítico de la concepción de Rubin del valor, véanse Kicillof y Starosta (2007a) e Iñigo Carrera (2007a, pp. 146-163).

cuerpo humano. Y de ahí, asimismo, que una vez materializado en su producto el trabajo en cuestión solo se pueda representar socialmente como un atributo objetivo del producto, esto es, como su forma de intercambiabilidad general o de valor (Kicillof y Starosta, 2011). Como lo reconoce el propio Marx, la exposición científica de este "proceso social", donde toda diferencia material cualitativa entre los trabajos concretos queda eliminada, puede sonar "insensata", y en efecto así parece ocurrirle a Böhm-Bawerk. Pero es justamente "bajo es[t]a forma insensata" que se les presenta a los productores "la relación entre sus trabajos privados y el trabajo social en su conjunto" (Marx, 1999b, p. 93). Por tanto, no es la "gran habilidad dialéctica" de Marx que a través de un malabar semántico sustituye la palabra "ser" por "contar como" (Böhm-Bawerk, 1975, p. 97), sino la propia forma social fetichista de la producción capitalista. A su vez, esto significa que la crítica de circularidad presentada por Böhm-Bawerk no es válida, porque la constitución de la objetividad de valor del producto del trabajo tiene lugar dentro del proceso inmediato de producción y, en consecuencia, es un fenómeno que necesariamente se presupone al establecimiento de la relación de intercambio que, como tal, solo puede manifestar las determinaciones sociales inmanentes del trabajo individual.

Ahora bien, como hemos visto, la primera solución marxista pasó por vincular el mayor valor que objetiva el trabajo complejo al mayor valor de la fuerza de trabajo compleja (ante todo Bernstein, 1899 y, a su modo, también Himmelweit, 1984). Como lo han advertido al poco tiempo los marxistas en los primeros años del debate, no hace falta analizar con demasiado detenimiento esta solución para descubrir en ella una teoría de los "costos de producción" en vez de una explicación del valor por el trabajo objetivado en la mercancía. Lo interesante del caso es que, como se ha puesto en evidencia con posterioridad (Tortajada, 1977; Harvey, 1990; Bidet, 2007), al incorporar el trabajo del "educador técnico" en la formación del valor del producto del trabajo complejo, la solución marxista clásica elaborada por Hilferding (1975) y Bauer (1906) cae en este mismo error básico que pretende superar. En efecto, el trabajo del "educador técnico", lo mismo que el trabajo objetivado en un libro de estudios, no se distingue de aquellos trabajos objetivados en las más prosaicas mercancías que componen el resto de la

canasta de consumo del obrero: todos forman parte del trabajo privado socialmente necesario que se requirió para producir la fuerza de trabajo y, como tales, son todos independientes del trabajo que realizará el obrero cuando ponga en acción su propia fuerza de trabajo. De hecho, la base misma de la explicación marxiana del plusvalor pasa por esta distinción entre el valor de la fuerza de trabajo, esto es, la suma de los valores mercantiles que tuvo que consumir el obrero para producir su propia fuerza de trabajo, del valor de uso de esa fuerza, esto es, la capacidad para producir valor y, a su turno, plusvalor (Marx, 1999b, pp. 234-235). Dicho en términos más simples, desde el punto de vista de la explicación marxiana del valor, nada de lo que ocurra con el valor de la fuerza de trabajo puede afectar el valor del producto realizado con esa misma fuerza de trabajo; luego, contabilizar en este último un trabajo correspondiente al primero implica contradecir esta determinación simple y general.

Entre los marxistas contemporáneos es común aceptar la crítica de Morishima según la cual la solución clásica contradice la existencia de una tasa de plusvalor uniforme (véanse, por ejemplo, Himmelweit, 1984 y Harvey, 1990, p. 68). En efecto, según en qué proporción entren en el cómputo los distintos trabajos pretéritos que de acuerdo a la solución clásica determinan el valor de la fuerza de trabajo y el valor del producto, puede ocurrir que se establezcan distintas tasas de plusvalor (Lee, 1990, pp. 118 y ss.). En este punto, sin embargo, es relevante observar que este hecho no contradice la determinación cualitativa del valor ni del plusvalor: cualquiera sea el tipo y la formación del trabajador, bajo el comando del capital realiza tanto trabajo como el que le permiten sus propios atributos productivos, y recibe por ello un equivalente al trabajo estrictamente necesario para reproducirse en las condiciones en que el capital lo necesita. Luego, la circunstancia de que en un caso rinda más o menos plusvalor que en otro, solo puede afectar el grado con que el capital va a poder apropiarse de su trabajo, pero no el hecho de que lo haga. Por lo demás, nótese que para el capital individual dicha circunstancia es en todo sentido irrelevante en la medida en que, de existir diferentes tasas de plusvalor, entrarían en la formación de la tasa general de ganancia a igual título que las diferencias en las composiciones orgánicas o en los tiempos de rotación del capital.

Dentro de las soluciones contemporáneas se destaca aquella que considera la reducción del trabajo simple a trabajo complejo como el proceso de homogeneización de los atributos productivos de los trabajadores producido por el proceso de acumulación de capital (Itoh, 1987; Harvey, 1990; Carchedi, 1991; entre otros). Esta solución tiene al menos tres problemas sustantivos. En primer lugar, como ya lo hemos señalado, de acuerdo con Marx el tratamiento de la determinación del trabajo complejo en la producción de valor corresponde al nivel de abstracción del análisis de la mercancía. Y esto es así porque, como lo reconocen los críticos de Marx, no se puede explicar la determinación del valor por el trabajo si no se resuelven las diferencias cualitativas existentes entre los distintos tipos de trabajo. Como es evidente, sin un fundamento sólido de la forma de valor, todo el desarrollo sistemático subsiguiente no puede sostenerse. Por supuesto, por razones expositivas, la presentación exhaustiva de una determinación simple puede posponerse hasta un momento más avanzado del despliegue sistemático. Sin embargo, siempre debe ser al menos posible desarrollarla a su nivel de abstracción correspondiente, algo que de ningún modo ocurre en el caso de esta solución. En segundo lugar, la degradación de los atributos productivos de los trabajadores no es la única tendencia inmanente a las transformaciones en el proceso de trabajo propias del desarrollo de la gran industria. Como veremos más en detalle en el capítulo 6, estas transformaciones conllevan asimismo la tendencia a la expansión de la subjetividad productiva de la parte del obrero colectivo dedicado al desarrollo del control consciente de las fuerzas naturales y a su aplicación técnica en el proceso inmediato de producción. Aunque Marx no se detiene a desarrollar esta tendencia en *El capital*, aunque sí la reconoce en otros textos, al menos al pasar (Marx, 1997b, pp. 227-230 y 236-237; 2000b, pp. 78-79), es claro que la propia continuidad de la producción de plusvalor relativo requiere de trabajadores que realicen un trabajo cada vez más complejo. Por último, incluso si dejamos a un lado esta otra cara de la producción de plusvalor relativo, la simplificación del trabajo solo existe como una tendencia y, por tanto, solo se realiza de modo gradual. En consecuencia, el problema de la determinación del valor de los productos del trabajo que sigue siendo más complejo, se mantiene mientras no se haya realizado de manera plena dicha tendencia.

La otra solución contemporánea relevante dentro de la literatura marxista es aquella que iguala la complejidad del trabajo a la intensidad y, por esta vía, a la productividad del trabajo (Harvey, 1985; Saad-Filho, 1997 y 2002; Bidet, 2007). Ante todo, esta solución tiene el problema de mezclar aspectos del trabajo que están diferenciados con claridad en la explicación marxiana del valor. En relación con la intensidad, es evidente que en una hora de trabajo un escultor puede gastar productivamente la misma cantidad de cuerpo humano que un picapedrero y, sin embargo, es también evidente que su trabajo es sin lugar a dudas más complejo que el de este: para ser escultor se necesita más tiempo de aprendizaje que para ser picapedrero. Igualar el trabajo complejo al más productivo es más problemático aún. En primer lugar, porque por definición la mayor productividad del trabajo implica, al contrario que la mayor complejidad, menos trabajo –y en consecuencia menos valor– por valor de uso producido (Marx, 1988, p. 334; 1997c, pp. 20-21; 1999b, pp. 49-50). En segundo lugar, la asociación entre complejidad y productividad también comporta el problema de que esta última refiere a la producción de un mismo tipo de valor de uso, y lo que está en juego en la cuestión de la complejidad del trabajo es la comparación entre trabajos que producen distintos valores de uso, como es el caso de las estatuas y las piedras picadas. En este sentido, como lo observó hace ya mucho tiempo Rubin en polémica con versiones primitivas de esta solución, aquí se confunde la problemática del trabajo complejo con la del trabajo socialmente necesario para producir una mercancía (Rubin, 1989, p. 215).[7]

[7] El vínculo entre productividad y valor ha sido discutido en la literatura especializada en el contexto de los debates sobre la "transformación de los valores en precios" y sobre el "intercambio de valor entre países" (véanse Mandel, 1989, pp. 90 y ss.; Marini, 1979; Carchedi, 1991, pp. 55 y ss.; Martínez Marzoa, 1983, pp. 66 y ss.; Carcanholo, 2000; Borges Neto, 2001 y Astarita, 2006, pp. 277-280, entre otros). En esencia, esta discusión ha girado en torno al origen del trabajo que se representa en el plusvalor extraordinario que apropia el capital que introduce una innovación, esto es, si el plusvalor en cuestión es la representación del trabajo que opera con la nueva técnica o se trata de una transferencia de valor desde el exterior del capital innovador. Así, según una de las posiciones, el trabajo más productivo generaba más valor, mientras que para la otra ocurría lo contrario. Nótese, sin embargo, que incluso en los casos en que en esta discusión se ha apelado en forma explícita al trabajo complejo, se lo ha hecho siempre refiriéndolo como una "analogía" para ilustrar la capacidad del trabajo más productivo para generar

Esta última confusión está también presente en el primer paso del argumento de Bidet, donde se sostiene que carece de sentido "individualizar la incidencia del trabajo especializado en el incremento del valor" en la medida en que la producción de valor es un atributo del "obrero colectivo" (Bidet, 2007, p. 29). Por cierto, a nivel sistemático de la subsunción real del trabajo en el capital, la mercancía es el resultado de la actividad productiva combinada del obrero colectivo. En consecuencia, el "trabajo objetivado en el valor es trabajo de cualidad social media", donde las "divergencias individuales […] se compensan y esfuman" (Marx, 1999c, p. 392). Sin embargo, las diferencias cualitativas entre los trabajos individuales a las que remite Marx en estos pasajes no son las correspondientes a las habilidades productivas adquiridas, sino a las naturales. En efecto, no hay razón alguna por la cual las distintas formaciones de los obreros individuales se "compensen" en la composición del obrero colectivo. En cualquier caso, lo que ocurre es que en la determinación del valor ahora cuenta la complejidad media del obrero colectivo. Por tanto, siempre que sigan existiendo complejidades medias diferentes para cada ramo de la industria, el problema de la reducción del trabajo complejo a una misma unidad de medida sigue presente. El segundo paso en el argumento de Bidet es, como ya lo había hecho Boudin (1920) en su momento, vincular esta complejidad media con una mayor productividad del trabajo y, a su turno, con una mayor capacidad para crear valor en el mismo tiempo de trabajo (Bidet, 2007, pp. 20-21). Sin embargo, tal como lo indica Marx en los mismos pasajes de los que se nutre esta interpretación, la conexión entre mayor productividad y mayor valor remite al momento circunstancial de la innovación y a la relación entre los capitales de una misma rama (Marx, 1999c, pp. 384-387), donde de hecho no se pone en juego la cuestión del trabajo complejo en la determinación del valor. Pero, además, si consideramos al valor como un fenómeno de producción y no de la circulación, se debe concluir que la masa de valor total que se produce antes y después de la innovación es exactamente la misma (Iñigo Carrera, 2017, pp. 85 y ss.).

---

más valor, y no con la intención de explicar la cuestión del trabajo complejo a partir de dicho vínculo entre la productividad y el valor (véanse, por ejemplo, Borges Neto, 2001 y Astarita, 2006).

La determinación del trabajo complejo en la producción de valor

En nuestro balance crítico del debate marxista sobre el trabajo complejo hemos visto que ninguna de las contribuciones ha logrado elaborar una solución que sea consistente con los fundamentos de la crítica de la economía política. Por consiguiente, la necesidad de completar o reelaborar la explicación marxiana del trabajo complejo como formador de valor continúa vigente. En particular, hemos visto que Marx dejó pendiente de explicación la determinación de la proporción en que el trabajo complejo se representa en más valor que el trabajo simple; en otras palabras, no alcanzó nunca a precisar cómo se compone el trabajo socialmente necesario que se representa como valor en el producto del trabajo complejo.

Como hemos visto, uno de los aspectos cruciales del análisis de la mercancía que contiene el primer capítulo de *El capital* es el descubrimiento de que es la forma de valor del producto, en tanto relación social cosificada, la que hace que mercancías cuya materialidad corpórea difiere cuenten, desde el punto de vista de la organización del trabajo social, como cualitativamente idénticas. En consecuencia, es dicha forma fetichizada de la relación social de producción la que niega "en la práctica" todas las diferencias cualitativas intrínsecas a la materialidad de los diversos trabajos que producen dichas mercancías. De ahí que el hilo conductor del análisis del trabajo productor de mercancías consista en el descubrimiento de la identidad material cualitativa subyacente a los diferentes tipos de trabajo que componen la producción social.

En concreto, son tres los tipos de diferencias cualitativas entre los distintos trabajos que parecen negar su determinación como sustancia del valor. La primera de ellas es la que surge del carácter determinado de cada trabajo. Es evidente que, precisa Marx aquí, "el trabajo del sastre y el del tejedor difieren cualitativamente" (Marx, 1999b, p. 54). Como observa Iñigo Carrera, en el análisis de la mercancía como tal, esta diferencia había estado resuelta en primera instancia en la consideración del "trabajo objetivado" en el producto como un trabajo "indiferenciado", esto es, considerando a los distintos trabajos como portadores de una sustancia común (Iñigo Carrera, 2007a, p. 231). Pero en el análisis del trabajo que produce mercancías, Marx avanza en el descubrimiento de la cua-

lidad positiva de esa sustancia como puro gasto de cuerpo humano: "[a]unque actividades productivas cualitativamente diferentes, el trabajo del sastre y el del tejedor son ambos gasto productivo del cerebro, músculo, nervio, mano, etc., humanos" (Marx, 1999b, p. 54). En consecuencia, ahora se muestra que esta diferencia cualitativa entre los trabajos se resuelve en la determinación del trabajo generador de valor como un puro gasto productivo de cuerpo humano, siendo los distintos trabajos en cuestión sus formas concretas de realizarse.

La segunda diferencia remite a la diversidad en el gasto de trabajo realizado para producir un mismo valor de uso. "Podría parecer", dice Marx en este punto, que "cuanto más perezoso o torpe fuera un hombre tanto más valiosa sería su mercancía" (Marx, 1999b, p. 48). Se trata, en definitiva, de las diferencias que surgen de la disposición o la habilidad natural de los productores y, también, de la técnica que utilicen en cada caso. Al respecto, Marx encuentra que bajo la forma de valor estas diferencias desaparecen en tanto, en la determinación de la magnitud del valor, solo cuenta el trabajo que opera en "las condiciones normales de producción vigentes"; esto es, solo cuenta el "tiempo de trabajo socialmente necesario" (Marx, 1999b, p. 48).

La tercera diferencia cualitativa que parece negar de plano la determinación del trabajo como la sustancia del valor es precisamente la correspondiente al trabajo complejo. Veámosla con más detenimiento. Marx encuentra aquí que "para que se la gaste de esta o aquella forma" es necesario que la fuerza humana de trabajo "haya alcanzado un mayor o menor desarrollo" (Marx, 1999b, p. 54). Y, por consiguiente, los trabajos representados como iguales en el valor de la mercancía aparecen ahora diferenciándose en cuanto a la calidad de la fuerza de trabajo que los pone en movimiento. Marx comienza contraponiendo a ello la indistinción con que se presentó el "trabajo objetivado" cuando se analizó el valor. Allí, en efecto, el trabajo no se presentó como el resultado de una fuerza de trabajo con mayor o menor desarrollo, sino como trabajo humano "indiferenciado". Por tanto, de la misma manera que en los casos anteriores, la resolución de esta contradicción pasa ante todo por encontrar en qué sentido particular el "trabajo objetivado" es expresión de la anulación de las diferencias en cuestión. En este caso, Marx indica que se trata del carácter "simple" de este trabajo:

> Pero el valor de la mercancía representa trabajo humano puro y simple, gasto de trabajo humano en general. […] Este es gasto de la fuerza de trabajo simple que, término medio, todo hombre común, sin necesidad de un desarrollo especial, posee en su organismo corporal. […] Se considera que el trabajo más complejo es igual solo a trabajo simple potenciado o más bien multiplicado, de suerte que una pequeña cantidad de trabajo complejo equivale a una cantidad mayor de trabajo simple. La experiencia muestra que constantemente se opera esa reducción (Marx, 1999b, p. 54).

En otras palabras, para Marx todos los trabajos se representan bajo la forma de valor como trabajos cuyas fuerzas de trabajo no requieren ningún tipo de desarrollo previo. En consecuencia, aquellos trabajos que requieren de fuerzas de trabajo más desarrolladas se representan como cúmulos de este trabajo simple. En concreto, esto significa que la producción de una fuerza de trabajo específica se reduce, desde el punto de vista de la forma de valor de su producto, a un gasto de trabajo simple. De este modo, el análisis muestra que el trabajo "abstracto" y "socialmente necesario" que se representa en el valor de la mercancía se extiende, ahora como trabajo "simple", hasta la producción de la fuerza de trabajo que requiere de un desarrollo especial.

Como vimos, esta es, en términos gruesos, la explicación que está en la base de la solución clásica elaborada por Hilferding y Bauer. Y, hasta aquí, se podría decir que no contradice la evidencia textual disponible en *El capital*, ni por cierto tampoco la existente en otros textos marxianos. Sin embargo, y este ha sido como vimos el eje del debate marxista sobre el trabajo complejo, esta explicación no alcanza a precisar cuáles son los trabajos simples que entran en la producción de la fuerza de trabajo compleja y que, a su vez, potencian el trabajo realizado por esta. Dicho de manera exterior al análisis, no se alcanza a dar cuenta de cómo se determina en última instancia el mayor valor que tienen los productos del trabajo complejo, de en qué medida el valor del producto de una jornada laboral de un joyero es mayor, por ejemplo, al de un picapedrero.

Lo que está en juego aquí es, en esencia, distinguir entre el trabajo simple que se representa en el valor del producto de aquel que no lo hace. Recuperemos, por consiguiente, el resultado del

análisis marxiano respecto de la especificidad del trabajo productor de mercancías. Como se ha procurado demostrar en otro lugar, el núcleo de dicho análisis en busca de la especificidad histórica de la mercancía es que solo el trabajo social realizado de manera privada genera valor (Kicillof y Starosta, 2007a y 2007b; Starosta, 2008 y 2015). Por lo tanto, ante todo podemos decir que en el registro de los trabajos simples que se representan en el producto del trabajo complejo, solo hay que considerar aquellos que se han gastado realizándose de manera privada respecto de quienes serán los consumidores de dicho producto.

En este punto, la pregunta crucial es en qué momento comenzó la producción privada del producto del trabajo complejo. Bajo un modo de organización de la producción social donde el trabajo se ejerce de manera privada, la producción se activa mediante el reconocimiento, por parte del productor independiente, de una necesidad social potencialmente solvente por un valor de uso determinado. Luego, si de este reconocimiento surge que la producción de dicho valor de uso demanda el ejercicio de una fuerza de trabajo compleja, entonces el verdadero punto de partida de la producción necesariamente pasa a ser la producción de esta fuerza de trabajo. Esto es, si quiere satisfacer la demanda social descubierta, el productor de mercancías tiene que empezar por gastar su fuerza de trabajo simple en el desarrollo de una fuerza de trabajo capaz de producir el valor de uso en cuestión; en pocas palabras, tiene que aprender a fabricar la mercancía potencialmente demandada. Este gasto de fuerza de trabajo simple se realiza solo para producir dicha mercancía y, en este sentido, no se distingue en absoluto del gasto de fuerza de trabajo simple efectuado para producir cualquier otra mercancía. Es parte del gasto consciente de cuerpo humano que se realiza de manera privada para producir un valor de uso determinado y, como tal, también es parte constitutiva del tiempo de trabajo socialmente necesario que se representa como el valor de dicho valor de uso. De este modo, como señala Iñigo Carrera, "el trabajo complejo […] es un gasto simple de fuerza humana de trabajo que ha comenzado no teniendo por objeto inmediato la producción de un valor de uso exterior al sujeto que lo realiza, sino la producción de este sujeto mismo con una aptitud para producir valores de uso que solo así puede alcanzarse" (2007a, p. 235).

Hasta aquí podría parecer que, otra vez, llegamos a un resultado que no hace más que precisar la solución clásica elaborada por Hilferding y Bauer. Pero consideremos con más detenimiento la parte del proceso de producción de la mercancía que corresponde a la producción de la fuerza de trabajo compleja. El productor que asumió la producción de la mercancía en cuestión ya dispone naturalmente de una fuerza de trabajo simple, del mismo modo que cualquier otro productor mercantil. No hay, por ende, trabajo alguno que se necesite gastar para producir su fuerza de trabajo. Sin embargo, durante el tiempo en que aprende a realizar un trabajo complejo, el productor mercantil debe reponer el gasto de su fuerza de trabajo simple y, para ello, debe consumir valores de uso que son producto del trabajo. Más aún, es posible que en este proceso no alcance solo con consumir valores de uso que reproduzcan la fuerza de trabajo simple, sino valores de uso específicos, necesarios para poder producir una fuerza de trabajo compleja determinada; por ejemplo, los servicios de un "educador técnico", como se señala en la solución clásica. Podría parecer entonces que en la determinación del valor del producto del trabajo complejo es necesario contar, además del trabajo simple gastado por el productor de mercancías para complejizar su propia fuerza de trabajo, con los trabajos –simples y complejos– gastados en la producción de dichos valores de uso. En efecto, estos trabajos parecen no tener más fin que la producción de la fuerza de trabajo compleja y, con ella, de la mercancía producida con el ejercicio de esa fuerza de trabajo. Tal es la conclusión a la que llega la solución clásica. Sin embargo, como ya hemos señalado, Marx señala con insistencia que el trabajo objetivado en las mercancías que consume el poseedor de la fuerza de trabajo no cuenta en el valor del producto realizado por él mismo. Contarlo implicaría, en efecto, recaer en una teoría del valor "tautológica", donde el valor de unas mercancías se explica por el valor de otras mercancías, en vez de hacerlo por el tiempo de trabajo social que se tuvo que gastar para producirlas (Marx, 1987f, p. 487). Se trata, en efecto, de dos procesos de trabajo independientes desde el punto de vista de su papel en el proceso de reproducción social: uno tiene por fin producir valores de uso que entran en el consumo individual del productor mercantil en cuestión; mientras que el otro, la producción de otros valores de uso que entran en el

consumo de otros productores mercantiles. Ahora bien, al nivel de abstracción de la circulación simple de mercancías, el proceso de consumo del productor mercantil cierra siempre un ciclo de reproducción social. Por consiguiente, el valor de las mercancías que consumió, sea cual sea su materialidad y la finalidad con que lo haya hecho, no necesita revalidarse como parte alícuota del trabajo social destinada a la reproducción de la sociedad. Esta reproducción ya tuvo lugar y ahora lo que está en juego es la producción de nuevos valores de uso, cuyo consumo individual por parte de otros productores mercantiles cerrará un nuevo ciclo de reproducción social.

En suma, de nuestra reconstrucción del análisis de la mercancía se desprende, en primer lugar, que las diferencias en la complejidad de los trabajos están eliminadas en la forma de valor a través de la determinación del trabajo objetivado como trabajo simple y, en segundo lugar, que el cúmulo de este trabajo simple se limita al que realiza el productor mercantil para complejizar su fuerza de trabajo y luego para producir directamente la mercancía. Como es evidente, desde un punto de vista metodológico este resultado no puede cambiar cuando se considera a la producción de valor como un momento del proceso de reproducción del capital. Consideremos este último caso de modo breve.

Bajo el comando del capital, la producción de mercancías está mediada por la determinación de la fuerza de trabajo misma como una mercancía (Marx, 1999b, p. 203). Por lo tanto, lo que hasta aquí habíamos considerado como un solo proceso privado de producción aparece ahora como dos procesos separados: la producción de la mercancía fuerza de trabajo compleja y la producción de una mercancía bajo un proceso de trabajo complejo. Por otra parte, la constitución del capital en el sujeto enajenado de la organización de la vida social hace que la finalidad de la producción social no sea más "la satisfacción de determinadas necesidades" de los productores de mercancías, sino la de "valorizar el valor" (Marx, 1999b, p. 185). En consecuencia, el ciclo de reproducción social no alcanza su cierre con el proceso de consumo individual sino con el consumo productivo de la fuerza de trabajo en el proceso de valorización del capital (Starosta y Caligaris, 2016). Reconsideremos entonces los pasos del proceso de constitución del valor del producto del trabajo complejo.

Como hemos visto, el proceso de producción de una mercancía que requiere el despliegue de un trabajo complejo comienza con la producción de la fuerza de trabajo compleja. Pero ahora el motivo inmediato del desarrollo de esta fuerza de trabajo no es la demanda potencialmente solvente de la mercancía en cuestión, sino de la fuerza de trabajo misma por parte del capital. Como antes, la producción de la fuerza de trabajo compleja requiere el consumo de mercancías por parte de su productor. Pero como ahora esta fuerza de trabajo es una mercancía y el ciclo de reproducción social no acaba en el consumo individual, el valor de estas mercancías debe reaparecer como el valor de propia fuerza de trabajo (Starosta y Caligaris, 2016). El capital compra entonces la fuerza de trabajo compleja junto a los medios de producción correspondientes para dar curso a su propio proceso de valorización. Como sabemos, en este proceso, y por su carácter concreto, el trabajo vivo del obrero "transfiere" el valor de los medios de producción al producto. Pero no ocurre lo mismo con el valor de su propia fuerza de trabajo: "[l]a sustitución de un valor por otro es mediada aquí por una nueva creación de valor" (Marx, 1999b, pp. 252-253), de modo que el valor de la fuerza de trabajo es destruido de manera absoluta en el proceso de producción. En consecuencia, dejando a un lado la conservación del valor de los medios de producción, el proceso de constitución del valor depende solo del trabajo gastado por el obrero para producir la mercancía. Ahora bien, si la mercancía que es el producto del trabajo complejo comienza a producirse en el momento en que se produce la fuerza de trabajo compleja, entonces la contabilidad del trabajo gastado por el obrero debe retrotraerse a este punto de partida. Así, del mismo modo que en el caso de la producción simple de mercancías, el valor del producto del trabajo complejo está constituido, además de por el valor de los medios de producción correspondientes, por el trabajo simple gastado por el obrero en la complejización de su fuerza de trabajo y por el gastado luego de manera directa en la producción de dicho producto.

A primera vista, esta contabilidad del valor del producto del trabajo complejo parece contradecir la reiterada reflexión de Marx de que la fuerza de trabajo compleja realiza un trabajo que se representa en "valores proporcionalmente mayores" a su propio valor, de modo que las diferencias en la complejidad del trabajo

"no afectan en modo alguno el grado de explotación del trabajo" (Marx, 1999b, p. 239; véanse *supra* referencias a otros pasajes similares). En efecto, estas aseveraciones, al menos tomadas en sentido literal, parecen dejar a la determinación del valor de la mercancía sujeta al valor de la fuerza de trabajo compleja, una relación que aquí hemos criticado por inconsistente con la teoría marxiana del valor. No obstante, pensamos que, considerada en su simpleza, nuestra solución no es incompatible con esta reflexión de Marx. Si consideramos que los valores de uso que consume cada día el obrero que realiza trabajo complejo son los mismos que consume aquel que realiza trabajo simple, entonces cada jornada laboral que dedique el primero a formarse implicará una multiplicación idéntica de su futura capacidad para producir y del futuro valor de su fuerza de trabajo respecto del segundo. En consecuencia, a ambos le corresponderá la misma tasa de plusvalor. Si tomamos en cuenta que Marx registraba en su época un alto grado, e incluso una tendencia creciente, de indiferenciación de la fuerza de trabajo, no llama la atención que haya considerado al valor de la fuerza de trabajo compleja como un indicador simple de la mayor capacidad para producir valor que tiene el obrero calificado respecto del no calificado. De ahí, pensamos, que en sus borradores haya considerado que "en última instancia" la relación cuantitativa entre el trabajo simple y complejo "se reduce al diferente valor de la fuerza de trabajo" y que por tanto debía tratarse en el "estudio del salario" (Marx, 1989a, p. 148). Por supuesto, cualquier diferencia en el tipo y la cantidad de valores de uso consumidos por uno y otro obrero redundará en la existencia de distintas tasas de plusvalor.

Conclusiones

En este capítulo nos hemos propuesto realizar una revisión crítica del debate en torno a la determinación del trabajo complejo en la producción de valor y, a su turno, ofrecer una solución alternativa que sea consistente con los fundamentos de la crítica marxiana de la economía política. Nuestro punto de partida ha sido el reconocimiento en la obra de Marx de un tratamiento cuanto menos insuficiente del fenómeno del trabajo complejo. En este

punto, hemos concluido que, si bien las críticas que se realizaron a la solución marxiana son infundadas, es cierto que en la obra de Marx no se alcanza a presentar la determinación de la proporción en que el trabajo complejo se representa en más valor que el trabajo simple.

En nuestra revisión del debate hemos identificado varias soluciones propuestas por los marxistas, ninguna de las cuales logra ser consistente con los fundamentos de la crítica marxiana de la economía política. Dentro de estas, hay tres soluciones que se destacan por su difusión entre los marxistas. En primer lugar, la solución "clásica" elaborada por Hilferding y Bauer, que pasa por sumar al trabajo que realiza el trabajador calificado todos los trabajos que directa o indirectamente se tuvieron que gastar para producir su fuerza de trabajo calificada. Siguiendo la crítica inaugurada a fines de la década de 1970, hemos visto que esta solución transforma al trabajador calificado en el portador de un valor que debe "transferirse" al valor de la mercancía, reduciéndolo así a una especie de capital constante y, a su vez, recayendo en una teoría del valor fundada en los costos de producción. En segundo lugar, está la solución que asocia al trabajo complejo con el más productivo, la cual como hemos visto comporta el problema de fundir dos aspectos del trabajo que están diferenciados con claridad en la crítica marxiana de la economía política. Por último, está la solución quizás más difundida en la actualidad, según la cual la reducción del trabajo complejo a simple remite a la tendencia del capital a homogeneizar los atributos productivos de los trabajadores. Hemos visto que esta solución tiene el problema de no poder dar una respuesta al problema del trabajo complejo en el momento de la explicación del valor de la mercancía, sin contar con que, en cualquier caso, se trata de una tendencia histórica que, como tal, no tiene una forma inmediata de realizarse.

En contraposición a estas soluciones, hemos presentado una propuesta alternativa que se desprende de una revisión detallada y reflexiva del "análisis de la mercancía" presentado en las primeras páginas de *El capital*. En síntesis, consideramos, en primer lugar, que las diferencias en la complejidad del trabajo están borradas en la forma de valor por medio de la determinación del trabajo objetivado en la mercancía como un trabajo simple, esto es, como un trabajo cuya realización no requiere de un desarrollo especial de la

fuerza de trabajo. Y, en segundo lugar, que la determinación de la proporción en que el trabajo complejo se representa en más valor está dada solo por el gasto de fuerza de trabajo simple que tiene que realizar el trabajador calificado para producir su propia fuerza de trabajo.

Capítulo 4
La determinación del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo

> Por lo demás, hasta el volumen de las llamadas necesidades imprescindibles, así como la índole de su satisfacción, es un producto histórico y depende por tanto en gran parte del nivel cultural de un país, y esencialmente, entre otras cosas, también de las condiciones bajo las cuales se ha formado la clase de los trabajadores libres, y por tanto de sus hábitos y aspiraciones vitales. Por oposición a las demás mercancías, pues, la determinación del valor de la fuerza laboral encierra un elemento histórico y moral (Marx, 1999b, p. 208).

La explicación marxiana del salario ha sido muy discutida entre críticos y seguidores de Marx desde la última etapa del siglo XIX. Entre otros aspectos, desde fines de la década de 1970 se ha discutido: la tendencia histórica de la magnitud de los salarios (Baumol, 1983; Hollander, 1984), su grado de diferenciación (Bowles y Gintis, 1977; Himmelweit, 1984), el papel del trabajo doméstico en la determinación del salario (Himmelveit y Mohun, 1977; Smith, 1978) e, incluso, la naturaleza mercantil de la fuerza de trabajo que subyace a la relación salarial (Mohun, 1994; Arthur, 2006). En este capítulo nos interesa volver sobre un punto que ha sido relegado y que sin embargo es crucial en la explicación marxiana del valor de la fuerza de trabajo: lo que Marx ha denominado el "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo (Marx, 1999b, p. 208). Como veremos, la ausencia de la discusión de este punto en los debates marxistas contemporáneos se debe a la existencia

de un consenso implícito generalizado respecto al papel que juega dicho elemento en la explicación marxiana del valor de la fuerza de trabajo y al factor que lo determina. En pocas palabras, para la gran mayoría de los marxistas el "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo remite a un consumo que trasciende la reproducción de los atributos productivos de los trabajadores y está determinado por la lucha de clases. Así, según está interpretación, el valor de la fuerza de trabajo está en última instancia determinado tanto por la reposición del desgaste material de la fuerza de trabajo como por la lucha de clases, siendo ambos factores recíprocamente independientes.

El objetivo de este capítulo es poner en cuestión este consenso general y ofrecer una alternativa consistente con los fundamentos de la crítica de la economía política. En particular, nos proponemos cuestionar la concepción que presenta a la reproducción material de los obreros y la lucha de clases como dos factores independientes que determinan la cantidad y el tipo de valores de uso que consume la clase obrera. Ante todo, veremos que, a pesar de su amplia aceptación entre los marxistas, esta interpretación no encuentra evidencia textual sólida en la obra de Marx y que, al contrario, hay varios pasajes que habilitan una lectura contrapuesta. Pero además, y más importante aún, veremos que al separar –al menos en parte– al valor de la fuerza de trabajo de su determinación material, este enfoque acaba por romper la conexión necesaria e inmanente entre materialidad y forma social que es propia de la sociedad capitalista. En contraposición, sostendremos que, al igual que ocurre con el llamado "elemento físico" del valor de la fuerza de trabajo, el "elemento histórico y moral" remite a un consumo de valores de uso que permite la reproducción de determinados atributos productivos del obrero requeridos por las formas materiales del proceso de producción capitalista. Como veremos, esta perspectiva alternativa involucra, sin embargo, problematizar y resignificar el sentido mismo de la noción de "elemento histórico y moral" más allá de los concisos pasajes que Marx dejó expresamente escritos al respecto. Sobre estos fundamentos alternativos, argumentaremos también que el "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo no está determinado por la lucha de clases sino por las necesidades de la acumulación de capital. Dicho de modo polémico, sostendremos que la lucha de clases no deter-

mina en nada el valor de la fuerza de trabajo, sino que solo hace a la forma de su realización. Según procuraremos demostrar, esta concepción resulta del todo compatible tanto con el método como con el sentido sustantivo del conjunto de la crítica marxiana de la economía política.

Génesis y difusión del consenso marxista sobre el significado del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo

La génesis histórica del consenso marxista actual sobre el significado del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo puede situarse, cuando menos, en las controversias sobre la explicación marxiana del salario a la que dio lugar el debate sobre la "teoría del empobrecimiento" de la clase obrera, desarrollado dentro de la socialdemocracia alemana a principios del siglo XX. El punto de partida de este debate fue el cuestionamiento de lo que Eduard Bernstein, el principal portavoz de la posición revisionista, llamó la "teoría del derrumbe" imperante entre los marxistas, según la cual la superación del capitalismo dependía, entre otros determinantes, de la existencia de un "empobrecimiento" creciente de la clase obrera que motivase la acción revolucionaria de las masas (Bernstein, 1982a). Al respecto, Bernstein señalaba que la realidad de la evolución histórica del capitalismo en los años posteriores a la muerte de Marx mostraba más bien una tendencia contraria en el nivel de vida de la clase obrera. Los salarios aumentaban, sugería este autor, porque crecía la productividad del trabajo y los obreros lograban conquistar una mayor participación en el producto social (Bernstein, 1982b, p. 154). Frente a esta crítica, los marxistas ortodoxos procuraron ratificar la tendencia histórica al empobrecimiento de la clase obrera afirmando que, o bien se trataba de un fenómeno "relativo" al nivel de riqueza social disponible (Plejanov, 1964b, pp. 138 y ss.; Kautsky, 1966, pp. 150 y ss.), o bien se realizaría en el "futuro" cuando el capitalismo se desarrollara a escala mundial (Luxemburgo, 2010, p. 122). Este tipo de respuestas, sin embargo, dejaba pendiente la explicación del aumento efectivo de los salarios reales, reconocido por los mismos marxistas. En este punto, insistía Bernstein, el principal problema

de los marxistas era que reducían la determinación de los salarios a "términos puramente económicos", cuando la realidad empírica de su evolución mostraba que estaban determinados por la "lucha de clases", un fenómeno que Marx ya había advertido, aunque no desarrollado, precisamente al referirse al "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo (Bernstein, 1901, p. 71).

De acuerdo con Tugan-Baranovsky –el otro célebre crítico de Marx de aquella época–, frente a la evidencia persistente de la suba de los salarios reales, en los años subsiguientes los marxistas se vieron forzados a abandonar la explicación del salario por el valor de los "medios de subsistencia físicamente indispensables" que subyacía a la "teoría del empobrecimiento", para pasar a explicarlo por "las condiciones de vida" de la clase obrera que dependen del "nivel cultural de un país", esto es, por lo que Marx consideraba el "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo (Tugan-Baranowsky, 1913, p. 19). Al igual que Bernstein, este autor consideraba que ambas explicaciones estaban presentes en la crítica marxiana de la economía política, pero que eran excluyentes (Tugan-Baranowsky, 1913, pp. 18-19). Más aún, consideraba que la explicación por las "condiciones de vida" de la clase obrera no solo era incompatible con la "teoría del empobrecimiento", cualquiera sea su versión, sino en sí misma "tautológica" (Tugan-Baranowsky, 1913, p. 20). Esta vez, sin embargo, del lado de los marxistas ortodoxos se alcanzó a forjar una respuesta que procuró captar la unidad de la explicación marxiana del valor de la fuerza de trabajo y tornarla compatible con la evidencia histórica de la suba de los salarios reales. El primero en plantearla fue Bujarin, en respuesta a este crítico de Marx:

> El señor Tugan-Baranowsky presenta el siguiente dilema: o la "teoría del valor" o el "elemento social". Pero […] la teoría del valor trabajo no entra en ningún conflicto con los "elementos sociales" en el sentido de la lucha de clases […] Todo incremento sostenido en las necesidades de la clase trabajadora y su consecuente aumento del valor de la fuerza de trabajo se lleva a cabo a través de la lucha de clases del proletariado. […] Cuando el salario incrementado (resultado de una lucha de clases exitosa) se sostiene en el tiempo, entonces la fuerza de trabajo dada se transforma en una fuerza de trabajo cualitativamente diferente; paralelamente hay un segundo

> proceso: el salario dado, como precio de la fuerza de trabajo, deviene el valor de la fuerza de trabajo (Bujarin, 1914, p. 112).

En otras palabras, para Bujarin el aumento de los salarios del último medio siglo se explicaba porque la clase obrera había tenido la fuerza política para imponer mejores condiciones de vida y estas habían pasado a formar parte del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo. En consecuencia, la suba de los salarios no contradecía su determinación económica por la tendencia del valor de la fuerza de trabajo. Así, la "teoría del empobrecimiento" –relativo o futuro– de la clase obrera, necesaria en última instancia para explicar desde este enfoque la superación del capitalismo, quedaba a salvaguarda. Para esta misma época, Rosa Luxemburgo presentó una interpretación similar en su célebre curso de Economía Política, impartido en la Escuela Central de la Socialdemocracia alemana. Según esta autora:

> La principal función de los sindicatos consiste, […] en remplazar el mínimo fisiológico por el mínimo social, es decir por un nivel de vida y de cultura determinados de los trabajadores […] La gran importancia económica de la socialdemocracia reside en que, sacudiendo espiritual y políticamente a las amplias masas de los trabajadores, eleva su nivel cultural y, con ello, sus necesidades económicas (Luxemburgo, 1972, p. 228).

En suma, al igual que en el caso de los críticos de Marx, según esta interpretación el "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo no está vinculado con la reproducción de determinados atributos productivos de los trabajadores, sino con el "nivel de vida" conseguido mediante la lucha de clases. Sin embargo, en contraposición a aquellos, esta interpretación considera que, en la medida en que toda transformación en el "elemento histórico y moral" redunda en una alteración del "valor" de la fuerza de trabajo, el reconocimiento de este determinante no compromete la "teoría del valor" ni la determinación "económica" del salario.

En este punto, cabe mencionar lo que en este mismo contexto constituyó quizás la única excepción a este "consenso marxista" emergente. Nos referimos a la contribución de Henryk Grossman, quien en las consideraciones finales de su célebre *La Ley de la*

acumulación y del derrumbe del sistema capitalista, resalta en forma correcta la relación entre la intensificación del trabajo y el incremento en el valor de la fuerza de trabajo, mostrando así, en oposición a los marxistas, la existencia de una determinación material subyacente al éxito de las luchas obreras en torno a los salarios reales, lo cual constituía una explicación alternativa al innegable fenómeno empírico de la mejora en las condiciones de vida de la clase obrera (Grossmann, 1979, pp. 374-384). Sin embargo, la concepción de Grossmann era reduccionista y unilateral porque explicaba la suba del salario real solo por la mayor intensidad de trabajo. Además, poco o nada tenía para aportar respecto del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza trabajo, cuya presencia en la obra de Marx no podía ignorarse. Como sea, el hecho es que la crítica de Grossmann a las posiciones de los marxistas intervinientes en el debate no tuvo mayor impacto.

Así, la aceptación y naturalización de la interpretación de Bujarin y Luxemburgo respecto del significado del "elemento histórico y moral" y, por lo tanto, de la determinación misma del valor de la fuerza de trabajo, fueron desarrollándose con el pasar de los años hasta convertirse en una suerte de "saber convencional" entre los marxistas, sin que se reconozca a sus autores originales ni la controversia de la cual resulta. Por ejemplo, ya en 1927 Maurice Dobb presentaba como un hecho incontrovertible que, según Marx, el valor de la fuerza de trabajo estaba regulado "en un sentido único por el "elemento histórico social" y que, por consiguiente, "cuando los sindicatos tratan […] de hacer subir el nivel de salarios […] su acción misma es parte del 'elemento social' y las ventajas que se logran ayudan a moldear el 'patrón de vida' tradicional para el futuro" (Dobb, 1986, p. 86). Del mismo modo, en las décadas siguientes esta interpretación reaparece sin cuestionamiento alguno en autores tan influyentes y disímiles como Meek (1956, p. 184), Rosdolsky (1989, p. 320) Mandel (1998, p. 66) y Althusser (2011, p. 105), entre otros. En tiempos más recientes, Lapides (1998, pp. 176-178), Mavroudeas (2001, pp. 57-59) y Lebowitz (2005, pp. 122 y 149 y ss.) pueden citarse como exponentes paradigmáticos de la reproducción de este "saber convencional" en la medida en que discuten la cuestión de forma explícita y detallada. Pero también se la encuentra en varios autores presentada al pasar (véase, por ejemplo, Bellofiore, 2004, pp. 194-197 y Heinrich, 2008, pp. 104-105).

Los problemas del consenso marxista sobre el significado del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo

Un primer punto a resaltar es que la idea de que el "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo está determinado por la lucha de clases no tiene soporte textual alguno en la obra de Marx. No existe un solo pasaje en *El capital*, ni en cualquiera de sus borradores, donde se pueda leer esta conexión causal. Más aún, no hay ningún pasaje donde se afirme que la cantidad y el tipo de los medios de subsistencia que consume la clase obrera resultan del balance de fuerza entre las clases. En cambio, lo único que sostiene Marx de modo explícito respecto del "elemento histórico y moral" es que expresa las "condiciones bajo las cuales se ha formado" en la historia "la clase de los trabajadores libres" de un país, esto es, las condiciones de reproducción específicas de cada fragmento nacional de la clase obrera global que han sido heredadas de relaciones sociales precapitalistas correspondientes a su génesis histórica (Marx, 1999b, p. 208).

Para imputar a Marx la idea de que es la "lucha de clases" la que determina el "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo, los marxistas suelen referir a la conocida conferencia "Salario, precio y ganancia", donde Marx discute el vínculo entre los salarios y la lucha de clases –la citada contribución de Lapides (1998) quizás sea la más elaborada en este sentido–. Sin embargo, una lectura detenida de este texto tampoco arroja una evidencia textual sólida a favor de esta interpretación. En estas páginas, Marx solo sostiene que la "fijación" del "grado efectivo" de la "tasa de ganancia" se establece por la "pugna incesante entre capital y trabajo", y su máximo está dado por el "mínimo físico del salario y por el máximo físico de la jornada de trabajo" (Marx, 1987f, p. 507); esto es, por el "elemento puramente físico" del valor de la fuerza de trabajo. Por tanto, lo único que puede afirmarse respecto a la lucha de clases es que Marx busca discutir hasta qué punto esta lucha lleva el nivel efectivo del salario hasta el valor pleno de la fuerza de trabajo que, como lo había indicado en párrafos precedentes, incluye el "nivel de vida tradicional" por encima del mínimo físico, es decir, el "elemento histórico y moral". En ningún caso, sin embargo, se lee que la lucha de clases determine por sí misma dicho "nivel de vida".

En relación con la evidencia textual disponible, hay otro punto problemático en la interpretación dominante, que es en esencia de naturaleza metodológica. De acuerdo con esta lectura, el "elemento histórico y moral" completa la determinación del valor de la fuerza de trabajo. Sin embargo, Marx introduce esta consideración a la altura de la exposición de la transformación del dinero en capital, donde todavía está considerando la "subsunción formal" del trabajo en el capital. Esto significa que, en esa etapa de la exposición, la determinación del valor de la fuerza de trabajo es aún una "presuposición externa" al movimiento del capital. En efecto, ocurre que en dicha etapa expositiva el proceso de trabajo en sí mismo, y por lo tanto también la materialidad de los atributos productivos de los trabajadores, no son todavía "puestos" por el propio movimiento del capital. En este sentido, se puede argumentar que, según el método de Marx, la determinación del valor de la fuerza de trabajo no se puede completar a este nivel de abstracción, sino que implica una concretización ulterior que avance desde la subsunción formal del trabajo al capital a la real, y de esta a la reproducción del capital social global. Dicho de otro modo, en la medida en que el movimiento de la acumulación de capital no aparezca poniendo por sí mismo las condiciones de reproducción de la clase obrera, el valor de la fuerza de trabajo no puede todavía determinarse de modo pleno.

Pero el principal problema del consenso marxista respecto del significado del "elemento histórico y moral" no es de naturaleza exegética, sino de consistencia con los fundamentos de la crítica de la economía política. En primer lugar, si se desvincula el "elemento histórico y moral" de la reproducción de los atributos productivos de los trabajadores y, por tanto, de las condiciones en que se gasta la fuerza de trabajo en el proceso de producción, se rompe la conexión necesaria entre la reproducción del capital como relación social enajenada y la materialidad del proceso de producción y consumo sociales, conexión en torno a la cual gira toda la crítica marxiana de la economía política. En segundo lugar, al dejar el "elemento histórico y moral" sujeto a los vaivenes de la lucha de clases, se pierde toda base objetiva para su determinación. En este sentido, esta interpretación no resulta distinta de los enfoques que consideran que el salario está determinado solo por la lucha de clases, tal como es el caso de los referidos críticos de Marx que

inician el debate sobre la teoría marxiana del salario y, en tiempos más recientes, el de la teoría marxista de la determinación política del salario de raigambre *operaista* (Cleaver, 1985; Negri, 2001). Por último, es evidente que esta interpretación, al menos en lo que respecta a la relación entre el salario y la lucha de clases, invierte el curso de la determinación del vínculo entre las relaciones económicas y políticas que surge de la crítica de la economía política (Iñigo Carrera, 2012).

Los determinantes del valor de la fuerza de trabajo en la crítica marxiana de la economía política

Comencemos por la formulación más simple que ofrece Marx de la determinación del valor de la mercancía fuerza de trabajo: "el valor de la fuerza de trabajo se resuelve en el valor de determinada suma de medios de subsistencia" (Marx, 1999b, p. 209). En este punto, el eje de su argumento es que la cantidad y cualidad de la canasta de mercancías que constituye el valor de la mercancía fuerza de trabajo se determina por lo que es "necesario para mantener al obrero, esto es, para mantener su vida como trabajador, de modo que, habiendo trabajado hoy, sea capaz de repetir el mismo proceso bajo las mismas condiciones al día siguiente" (Marx, 1988, p. 42). O bien, tal como lo expresa en *El capital*, "la suma de los medios de subsistencia, pues, tiene que alcanzar para mantener al individuo laborioso *en cuanto tal*, en su *condición normal* de vida" (Marx, 1999b, p. 208; énfasis agregado). De esta definción simple se derivan varias cuestiones relevantes para nuestra discusión.

Ante todo, esto implica que lo que está en juego en el consumo obrero es la (re)producción de "los músculos, nervios, huesos, cerebro, etc. de [los] obreros" que portan "el conjunto de las facultades físicas y mentales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano y que [se] pone[n] en movimiento cuando [se] produce[n] valores de uso de cualquier índole" (Marx, 1999b, p. 203 y 1999c, p. 705). En otras palabras, mediante la apropiación de esos valores de uso, el obrero (re)produce la materialidad de su subjetividad productiva que, como Marx descubrió ya en 1844, no es otra cosa que su "ser genérico" como "individuo humano" (Marx, 1999a, p. 110). En este sentido, este consumo reproduce

ante todo la materialidad de los atributos específicos humanos del individuo: su conciencia y voluntad productivas, es decir, lo que "distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja" (Marx, 1999b, p. 216). En suma, esto significa que el "monto y la cualidad de los medios de subsistencia, y en consecuencia también el grado las necesidades" de los obreros, no pueden tener más determinación material que la reproducción de la forma específica que adquiera la "habilidad, aptitud y fuerza encerrada en el cuerpo vivo del obrero […] a cierto nivel de civilización" (Marx, 1988, pp. 45 y 50-51).

Por otra parte, esta definición simple del valor de la fuerza de trabajo abre la pregunta respecto a qué entendía Marx por "condición normal de vida" del trabajador. Una primera respuesta evidente, y por cierto explícita en las referencias textuales, es que esta "condición normal" pasa por el hecho de que el trabajador asalariado sea capaz de actuar en el proceso laboral en el que habitualmente participa y, más en concreto, de repetir esta participación en las mismas condiciones que el día anterior. En este punto, en varios pasajes Marx parece apuntar solo a la reconstitución *física* del trabajador asalariado. Por ejemplo, en *El capital* se refiere a estas condiciones como el "vigor" y la "salud" del obrero, y en los "Manuscritos económicos de 1861-1863" agrega su "vitalidad en general" (Marx, 1988, p. 51 y 1999b, p. 208). Estas formulaciones pueden llevar a asociar de forma unilateral el estado normal de la fuerza de trabajo con el llamado elemento "físico" del valor de la fuerza de trabajo. Sin embargo, dos argumentos se oponen a esta lectura.

En primer lugar, en los citados manuscritos preparatorios Marx aclara que "no es necesario mencionar aquí que la cabeza pertenece al cuerpo tanto como las manos" (Marx, 1988, p. 51). Esto significa que la condición normal de vida del trabajador no solo incluye plenas capacidades físicas sino también capacidades "mentales" que, en conjunto, constituyen la unidad de la fuerza de trabajo. Esto es evidente en la medida en que el trabajo concreto realizado por ciertos obreros involucra sobre todo una actividad intelectual; por ejemplo, el trabajo académico. Aun así, como argumentaremos luego, la reproducción de las capacidades "mentales" involucra mucho más que lo que insinúa Marx aquí. Pero, en segundo lugar, Marx es categórico en *El capital* cuando afirma que, si "el precio

de la fuerza de trabajo cae" hasta el "límite mínimo" dado por "el valor de los medios de subsistencia físicamente indispensables", esto significa que la fuerza de trabajo "cae por debajo de su valor, pues en tal caso solo puede mantenerse y desarrollarse bajo una forma atrofiada" (Marx, 1999b, p. 210). En consecuencia, de esto se deriva que para Marx la "condición normal de vida" del obrero en cuanto "individuo laborioso" trasciende el llamado elemento físico del valor de la fuerza de trabajo (Marx, 1999b, p. 210).

En efecto, los atributos productivos de los obreros, y por lo tanto su subjetividad productiva, no se pueden delimitar a los estrictamente necesarios para realizar el proceso de trabajo en un restringido sentido "técnico"; esto es, solo a los conocimientos específicos requeridos para la realización de tareas productivas determinadas. En cambio, estos atributos deben comprender también lo que, respetando la terminología de Marx sobre el "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo, podemos llamar atributos productivos "morales". Nos referimos al "conjunto" de formas de conciencia, actitudes y disposiciones que también deben ponerse "en movimiento" cuando el obrero "produce valores de uso de cualquier índole". Por supuesto, estos "atributos morales" no son naturales sino "productos históricos" y, por consiguiente, varían con el "nivel cultural" alcanzado por la sociedad. Más aún, incluso se puede decir que ellos difieren para cada órgano parcial del obrero colectivo, de acuerdo con las diferentes funciones productivas que cada uno realiza bajo el mando del capital. Pero, sobre todo, estos "atributos morales" incluyen de manera fundamental y en términos generales aquello que, como se ha procurado argumentar en otro lugar, constituye la forma más general de subjetividad asumida por la conciencia enajenada del individuo humano en el modo de producción capitalista, a saber: la libertad personal del productor de mercancías (Iñigo Carrera, 2007a; Starosta, 2015). Esta libertad respecto de las relaciones directas de autoridad y sujeción –que, en palabras de Marx en los *Grundrisse*, no es otra cosa que la forma concreta de la "subordinación" de los individuos a un "poder social" objetivado (Marx, 1997a, pp. 84-85)– no puede reducirse a una forma abstractamente ideológica, jurídica o cultural. Es, en primer lugar, una determinación material de la subjetividad productiva del individuo humano, una capacidad o fuerza productiva.

Precisemos este punto al considerar la comparación que hace Marx entre el obrero asalariado y el esclavo. Cuando analiza el proceso de trabajo bajo el comando del capital, Marx comienza mostrando que la libre subjetividad del obrero asalariado sufre, en relación con la del productor simple de mercancías, una mutilación de su capacidad productiva para organizar el proceso directo de producción. En efecto, la primera manifestación de la determinación específica del proceso de trabajo bajo el mando del capital es que "el obrero trabaja bajo el control del capitalista, a quien pertenece el trabajo de aquel" (Marx, 1999b, p. 224). En otras palabras, el capitalista ahora "personifica", en nombre de su capital, a la conciencia productiva de la unidad del proceso de trabajo del obrero. En este sentido, comparado con el productor simple de mercancías con el que empieza la exposición dialéctica, el trabajador asalariado experimenta una pérdida relativa del control sobre el carácter individual del trabajo que constituye la determinación material específica de su libertad. Sin embargo, Marx señala en una nota al pie que, a diferencia del caso de la reducción del esclavo a un *instrumentum vocale* en la Antigüedad, la mutilación material de este aspecto de la subjetividad productiva del trabajador asalariado no es total (Marx, 1999b, p. 238, n. 17). Aunque a través de su control directo "el capitalista vela por que el trabajo se efectúe de la debida manera y los medios de producción se empleen con arreglo al fin asignado", esto es, que solo se emplee trabajo socialmente necesario, en última instancia la responsabilidad individual de que ello suceda recae en el asalariado (Marx, 1999b, p. 224). Esto permite la introducción de medios de producción más complejos y sofisticados, *vis-à-vis* los modos de producción basados en la esclavitud, donde solo se pueden "emplear únicamente los instrumentos de trabajo más toscos y pesados", ya que el esclavo "hace sentir al animal y la herramienta que no es su igual […] maltratándolos y destrozándolos *con amore*" (Marx, 1999b, p. 238, n. 17). En otros términos, el sentido de responsabilidad individual que caracteriza al sujeto libre moderno es en sí mismo una fuerza productiva, en tanto que expande el alcance y la cualidad de los medios de producción que pueden ponerse en movimiento en el proceso directo de producción.

Esta determinación productiva o material de la libertad formal del obrero asalariado, *vis-à-vis* la mutilación dada por las diferen-

tes relaciones de dominación y sujeción personal, es desarrollada por Marx con más detalle en sus borradores conocidos como "Resultados del proceso inmediato de producción". En esas páginas, Marx observa desde un principio que, aunque "el proceso laboral, desde el punto de vista tecnológico, se efectúa exactamente como antes, solo que ahora como proceso laboral subordinado al capital", la subsunción formal del trabajo en el capital ya conlleva un desarrollo material de las fuerzas productivas (Marx, 2000b, p. 61). Así, la nueva forma social de "coerción que apunta a la producción de plustrabajo […] acrecienta la continuidad e intensidad del trabajo" y "es más propicia al desarrollo de las variaciones en la capacidad de trabajo y con ello a la diferenciación de los modos de trabajo y de adquisición" (Marx, 2000b, p. 62). El siguiente pasaje de este mismo texto capta de modo elocuente y conciso la determinación de la "conciencia de libertad" del trabajador asalariado como un atributo productivo específico en comparación a la situación del esclavo:

> En comparación con el artesano independiente que trabaja para clientes desconocidos (*strange customers*), es natural que aumente la continuidad del trabajador que labora para el capitalista, cuyo trabajo no reconoce límites en la necesidad eventual de tales o cuales *customers*, sino únicamente en la necesidad de explotación que tiene el capital que le da empleo. Confrontado con el [del] esclavo, este trabajo se vuelve más productivo, por ser más intenso; el esclavo, en efecto, solo trabaja bajo el acicate del temor exterior, y no para su existencia –que no le pertenece, aunque sin embargo le está garantizada–, mientras que el trabajador libre trabaja para sus necesidades (*wants*). La conciencia (o más bien la ilusión) de una determinación personal libre, de la libertad, así como el sentimiento (*feeling*) (conciencia) de responsabilidad (*responsibility*) anejo a aquella, hacen de este un trabajador mucho mejor que aquel. El trabajador libre, efectivamente, como cualquier otro vendedor de mercancía es responsable por la mercancía que suministra, y que debe suministrar a cierto nivel de calidad si no quiere ceder el campo a otros vendedores de mercancías del mismo género (*species*). La continuidad de la relación entre el esclavo y el esclavista es tal que en ella el primero se mantiene sujeto por coerción directa. El trabajador libre, por el contrario, está obligado a mantener él mis-

> mo la relación, ya que su existencia y la de los suyos depende de que renueve continuamente la venta de su capacidad de trabajo al capitalista (Marx, 2000b, p. 68).

Marx profundiza luego este desarrollo tanto por el contenido como por la forma de salario del valor de la fuerza de trabajo, que permite "libertad de movimientos dentro de estrechos límites (*within narrow limits*) para la individualidad del obrero" (Marx, 2000b, p. 69) en la determinación de la singularidad de sus condiciones de reproducción. Así, el valor de la fuerza de trabajo promedio de la clase obrera en su conjunto se compone de valores diversos de la fuerza de trabajo correspondiente a los órganos del obrero colectivo de diferente complejidad; el salario oscila en forma cíclica en torno al valor de la fuerza de trabajo; y, por último, aun "dentro de la misma rama laboral", los salarios individuales varían "según la diligencia, habilidad, vigor, etc., del obrero, y sin duda esas diferencias están determinadas hasta cierto punto por la medida de su rendimiento personal". "De esta suerte", concluye Marx, "la cuantía del salario varía por obra de su propio trabajo y de la calidad individual de este último" (Marx, 2000b, p. 69). Esto contrasta con las condiciones de reproducción material del esclavo, para quien "el salario mínimo aparece como una magnitud constante", dentro de "límites predestinados, independientes de su propio trabajo, determinados por sus necesidades puramente físicas" (Marx, 2000b, pp. 68-69). Las cualidades productivas individuales, como la fuerza física o el talento particular, "pueden elevar el valor venal de su persona, pero esto a él no le va ni le viene", dado que no afecta sus condiciones de reproducción (Marx, 2000b, p. 69). En suma, Marx concluye que "todas estas relaciones modificadas hacen que la actividad del trabajador libre sea más intensa, continua, móvil y competente que la del esclavo, aparte que lo capacitan para una acción histórica muy diferente" (Marx, 2000b, p. 70).

¿Qué implicancias tiene todo este desarrollo respecto de la determinación más simple del valor de la fuerza de trabajo que consideramos antes? Si la libertad del obrero es un atributo productivo suyo tanto como lo es cualquier otra habilidad técnica específica que tenga, entonces aquella debe ser (re)producida en su materialidad del mismo modo que ocurre con tal tipo de habilidad; esto es, tiene que ser (re)producida mediante el consumo de deter-

minados valores de uso. En consecuencia, para que el proceso de producción capitalista se efectúe de manera normal, el "monto y la cualidad de los medios de subsistencia, y en consecuencia también el grado las necesidades" de los obreros, deben incluir también las mercancías que, tanto en sus atributos como en su forma de apropiación práctica, reproduzcan la forma de libertad personal bajo la cual se realiza la subsunción impersonal del obrero al capital. En este texto que analizamos, Marx indica esto resaltando que, en la medida en que el asalariado "actúa como agente libre" cuando adquiere mercancías, "es responsable por la manera en que gasta su salario [y] aprende a autodominarse, a diferencia del esclavo, que necesita de un amo". Asimismo, en este contexto señala que "a modo de ejemplo, los periódicos se cuentan entre los medios de subsistencia necesarios para el trabajador urbano inglés"; esto es, un valor de uso ideológico que, en términos generales, es a todas luces superfluo para la reproducción de las habilidades técnicas específicas de los obreros, pero crucial para la reproducción material de su conciencia libre (Marx, 2000b, p. 70). En suma, el proceso de consumo individual del obrero no solo involucra su autoproducción como portador de ciertas habilidades y conocimientos técnicos, sino también como un sujeto productivo personalmente libre. Los "medios de subsistencia necesarios" de los obreros deben incluir, por tanto, todos los valores de uso requeridos para la reproducción de sus atributos productivos materiales en su unidad, esto es, tanto los "técnicos" como los "morales".

El significado del "elemento histórico y moral"

Dado este análisis de los determinantes del valor de la fuerza de trabajo, quisiéramos sugerir una resignificación de lo que Marx buscó decir con la distinción entre el elemento "físico" y el "histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo. Dicho de modo breve, el primer elemento corresponde en líneas generales a la (re) producción de la dimensión en sentido restringido "técnica" de la fuerza de trabajo, tal como lo indicamos antes; esto es, a la (re) producción de las habilidades específicas que demanda el proceso de trabajo en el que actúa el obrero. En este punto, nos limitamos a seguir la letra del texto de Marx y, de hecho, existen pocos des-

acuerdos entre los comentaristas al respecto. En cambio, en relación con el elemento "histórico y moral", nuestro argumento es que este otro componente del nivel de vida de los obreros condensa el conjunto materialmente determinado de valores de uso que son en un sentido cualitativo y cuantitativo necesarios para (re) producir los atributos productivos de estos en tanto trabajadores libres, que a través de esta libertad afirman su sujeción objetiva al movimiento autonomizado del producto de su propio trabajo social, es decir, al movimiento del capital.[1]

Aunque huelga decir que no constituye en sí misma una evidencia textual definitiva, a la luz de esta resignificación del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo, nos parece sugestivo que en su exposición Marx sostenga que este elemento refleja "las condiciones bajo las cuales se ha formado la clase de los trabajadores *libres*, y por tanto de sus hábitos y aspiraciones vitales" (Marx, 1999b, p. 208; énfasis agregado). En otras palabras, se puede leer aquí que dicho elemento refleja la génesis del asalariado, no solo como individuo trabajador, sino en su determinación histórica de trabajador libre. Así, si la valorización del capital se basa específicamente en la explotación de las potencias productivas del obrero libre, la libertad personal del obrero no es un mero velo ideológico o jurídico que oscurece la realidad de la explotación en el proceso directo de producción, sino asimismo una determinación histórica de la subjetividad productiva. Por consiguiente, tanto los atributos "técnicos" de la fuerza de trabajo

[1] Aunque no sin ambigüedades, el vínculo entre el consumo de los obreros y su reproducción como portadores de la relación social que constituye el capital puede encontrarse en el célebre trabajo de Aglietta (1991), que funda la Escuela de la Regulación. De acuerdo con Aglietta, "el consumo" de los trabajadores es un proceso sujeto "a una lógica general de reconstitución de las fuerzas gastadas en las prácticas sociales y de conservación de las capacidades y actitudes implicadas por las relaciones sociales de las que los sujetos son el apoyo" (Aglietta, 1991, p. 134). Dentro de estas "capacidades y actitudes" Aglietta incluye procesos que "sustentan relaciones sociales de naturaleza ideológica", aclarando que estas relaciones son "de existencia tan 'material' como las relaciones económicas" (Aglietta, 1991, pp. 134-135). No obstante, su concepción estructuralista lo lleva a sostener que estos procesos "no están directamente influenciadas por las relaciones de producción" (Aglietta, 1991, p. 134), perdiendo de vista de este modo el vínculo existente entre el proceso de producción y consumo sociales. Como lo ha hecho notar Mavroudeas (2003), esta desvinculación se torna extrema en sus análisis concretos sobre la evolución de la acumulación de capital en los Estados Unidos.

como el atributo "histórico y moral" que surge de la condición de individuo libre de su portador, son requisitos productivos de la reproducción del capital. En este sentido, ambos están del todo determinados por las condiciones materiales de la valorización del capital en el proceso de producción.

Como es evidente, esta lectura del significado del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo se contrapone al referido "saber convencional" marxista, según la cual este elemento está determinado por la lucha de clases. Pero hay un aspecto más en que nuestra lectura difiere de la concepción marxista dominante. Según señalamos antes, para esta concepción el "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo –y, por tanto, este valor mismo– se determina al nivel de la subsunción formal del trabajo en el capital. Y, en efecto, por nuestra parte hasta aquí hemos seguido a Marx en la discusión de las determinaciones del valor de la fuerza de trabajo correspondiente a este nivel de abstracción. Esto es, nos hemos limitado a considerar el elemento "físico" y, en particular, el "histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo, como expresión de la reproducción de atributos productivos demandados por un proceso de trabajo que aún no fue modificado en su materialidad por el capital. De ahí que, siguiendo a Marx, hemos considerado el "monto medio de los medios de subsistencia necesarios", "en un país determinado y en un período determinado", como una magnitud "dada" (Marx, 1999b, p. 208). Sin embargo, Marx aclara también en este punto que, por más que este monto pueda tomarse de un modo provisorio como un "dato sabido", los "medios de subsistencia que necesita el trabajador para vivir como trabajador difieren de un país a otro y de un nivel de civilización a otro" (Marx, 1988, p. 44). La investigación dialéctica sistemática del valor de la fuerza de trabajo y, en particular, de su "elemento histórico y moral", debe por tanto incluir una explicación del principio dinámico de transformación material que rige dichas diferencias. Esta dinámica transformativa no puede tener otra fuente que el automovimiento del capital, que a esta altura de la exposición ya fue revelado como el sujeto enajenado del proceso de vida humano, en vistas de la producción de plusvalor. De este modo, una investigación completa del valor de la fuerza de trabajo debe incluir la internalización y transformación de sus determinaciones como un momento inmanente al proceso de va-

lorización y reproducción ampliada del capital. En otras palabras, debe explorar las implicancias de la subsunción real del trabajo al capital para la determinación del valor de la fuerza de trabajo.

En *El capital,* Marx se concentró en el examen del impacto de la subsunción real en el valor de la fuerza de trabajo sobre todo a través del análisis de los cambios relacionados con la productividad del trabajo; esto es, en el efecto sobre dicho valor que tiene el abaratamiento de los valores de uso que entran en el consumo obrero. Sin embargo, lo mismo no puede decirse respecto del efecto sobre "los llamados requerimientos básicos para la vida y el modo de su satisfacción", que "dependen en gran medida del nivel de civilización de la sociedad" y son por tanto "productos de la historia" (Marx, 1988, p. 44). En efecto, aunque pueden encontrarse desperdigados algunos elementos para esta investigación, Marx no abordó de un modo sistemático las determinaciones cualitativas y cuantitativas de los patrones variantes de consumo de la clase obrera. No obstante, recuperando dichos elementos, puede formularse un programa de investigación coherente que busque el contenido de tales determinaciones en las formas históricas cambiantes de la subjetividad productiva de los obreros asalariados, a su vez resultantes de las diferentes bases materiales de la producción de plusvalor relativo.[2]

Este programa de investigación es, ante todo, consistente con las determinaciones del valor de la fuerza de trabajo que Marx sí desarrolló de modo sistemático. Como vimos, para Marx el proceso de consumo individual no tiene otro contenido que la producción

[2] Ben Fine es uno de los pocos marxistas que analiza de modo amplio "el mundo del consumo" en el capitalismo (2002, pp. 60-67). Sin embargo, no plantea que haya un vínculo directo entre las formas materiales del proceso de trabajo capitalista y los "patrones de consumo". Lo que él ve como el aspecto "material" del consumo es reducido a la diferenciación entre el consumo de los obreros y los capitalistas, que surge de la diferencia cuantitativa en el poder de compra de cada clase. En particular, en *The World of Consumption: The Material and Cultural Revisited*, Fine no provee ningún elemento para conceptualizar la relación entre el consumo y el valor de la fuerza de trabajo. En *Labour Market Theory: A Constructive Reassessment*, donde discute con detenimiento la composición de la canasta de consumo de la clase obrera, este autor se limita a señalar que su análisis no puede reducirse a "factores económicos únicamente", sin especificar con claridad de qué se trata la "naturaleza compleja y no predeterminada" de la interacción entre estos factores y los demás (Fine, 1998, p. 183).

y reproducción de la materialidad de la subjetividad productiva de los asalariados. Por tanto, al subsumir y modificar el proceso de trabajo con el objeto de producir plusvalor relativo, el capital también transforma los requerimientos de atributos físicos e intelectuales que deben ser puestos en acción para producir una masa de valores de uso preñados de plusvalor. Además, el capital modifica también la combinación normal promedio de las magnitudes intensivas y extensivas del gasto de fuerza de trabajo en el proceso directo de producción. En pocas palabras, con cada ciclo de renovación de las bases técnicas generales del proceso de valorización, el capital revoluciona la subjetividad productiva de los diferentes órganos del obrero colectivo. Ahora bien, esta transformación solo puede resultar de, y ser reproducida por, la mutación de la "norma de consumo" de la clase obrera.[3]

Como es evidente, esta transformación no solo involucra el elemento técnico del valor de la fuerza de trabajo. Las nuevas condiciones de producción conllevan también, y sobre todo, un cambio del conjunto de los "requerimientos básicos para la vida" y los "modos de su satisfacción" que corresponden a lo que aquí hemos llamado atributos "morales" de los trabajadores. Esto es, las cambiantes bases materiales históricas del proceso de valorización demandan también una transformación en las diferentes formas concretas a través de las cuales los asalariados afirman su libertad personal en el proceso de producción. Y estas diferentes capacidades también necesitan ser producidas y reproducidas mediante un patrón de consumo modificado. Así, a medida

[3] El reconocimiento del fundamento material de la "norma de consumo" de la clase trabajadora que alcanza a presentar Aglietta (1991, pp. 134-35) y, en particular, su pretensión de estudiar el proceso general de la acumulación de capital en el devenir de sus períodos históricos con fundamento en los desarrollos de las fuerzas productivas de la sociedad (Aglietta, 1991, p. 19), parecen apuntar a un programa de investigación en el sentido propuesto. Sin embargo, el análisis concreto desarrollado en su libro no sigue en realidad estas premisas. Así, por ejemplo, la "norma de consumo" del "fordismo" no es vista como expresión de la reproducción de los obreros con nuevos atributos productivos –físicos y morales– que demandan las nuevas formas materiales del proceso de trabajo. En cambio, la modificación de la norma de consumo es atribuida –al modo subconsumista– a la necesidad de resolver el desequilibrio entre el sector I (productor de medios de producción) y el II (productor de medios de consumo), en el contexto de un régimen de acumulación "intensivo".

que la subjetividad productiva de los obreros deviene en forma progresiva un resultado cada vez más puro de la reproducción autonomizada del capital social global, las condiciones históricas correspondientes a la génesis de los obreros como trabajadores libres devienen cada vez más residuales para la determinación del valor de la fuerza de trabajo. En pocas palabras, a medida que el capital avanza en la subsunción real del proceso de trabajo, internaliza la determinación del elemento "histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo.

Valor de la fuerza de trabajo y lucha de clases

En contraste con nuestra lectura de la explicación marxiana del valor de la fuerza de trabajo, los marxistas tienden a reducir la conexión entre las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo y el proceso de producción capitalista al componente físico/técnico del consumo de los obreros. Así, todos los medios de subsistencia que no aparecen vinculados en modo directo con la reconstitución física y técnica de la fuerza de trabajo, se los considera por completo desvinculados de la materialidad del proceso de trabajo capitalista. Luego, como hemos visto, el llamado por Marx "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo es presentado como un fenómeno que no encierra determinación material y que solo está sujeto al resultado contingente de la lucha de clases. A su vez, bajo este enfoque los obreros y los capitalistas no son vistos como personificaciones de necesidades antagónicas de la reproducción del capital social global, sino como sujetos políticos abstractamente libres que persiguen la satisfacción de sus intereses y necesidades de clase.

El enfoque que procuramos desarrollar aquí implica una lectura opuesta de la conexión entre la determinación del valor de la fuerza de trabajo y la lucha de clases. En concreto, nuestro argumento es que las condiciones materiales del proceso de reproducción del capital constituyen el contenido de la determinación del valor de la fuerza de trabajo. Lo hacen –como hemos visto– en tanto determinan las diferentes formas de la subjetividad productiva que componen el obrero colectivo y, en consecuencia, la cantidad y el tipo de medios de subsistencia que los obreros necesitan

consumir para producir y reproducir sus atributos productivos. Sobre esta base, la lucha de clases deviene la forma necesaria que mediatiza el establecimiento de dicha unidad material entre los requisitos productivos y de consumo obrero de la reproducción del capital social global. Nótese que este rol necesario de mediación de la lucha de clases en la fijación concreta –en oposición a su determinación– del nivel normal de vida de los trabajadores no atañe únicamente al "elemento histórico y moral". Corresponde, en cambio, a la canasta de consumo obrero en su totalidad, es decir, incluyendo asimismo el elemento físico y técnico. En otras palabras, no hay ningún valor de uso que entre en la determinación del valor de la fuerza de trabajo cuyo consumo no se asegure a través de la lucha de los obreros en cuanto clase. Y, a la inversa, no hay ningún valor de uso consumido por los obreros que no se determine por los requerimientos materiales del proceso de valorización del capital social global.

Desde un punto de vista textual, esta perspectiva es consistente con la única evidencia que Marx dejó sobre esta cuestión en sus obras. Por un lado, hemos mencionado ya sus comentarios en "Salario, precio y ganancia", el único texto en el que discute de forma explícita la conexión entre la lucha de clases y la determinación del valor de la fuerza de trabajo. Por otro lado, como procuraremos demostrar más en detalle en el próximo capítulo, una reconstrucción cuidadosa del capítulo VIII de *El capital* tiende a respaldar y confirmar esta lectura. De acuerdo a la explicación de Marx en esas páginas, la lucha entre la clase obrera y la clase capitalista en torno a la duración de la jornada laboral no es un proceso autodeterminado, y cuyo resultado es contingente, sino más bien una relación social mediadora que fuerza al Estado capitalista a fijar límites legales para que se establezca una jornada laboral normal. A su vez, el contenido de esta normalidad no está indeterminado. A medida que la exposición dialéctica avanza, surge que la duración normal de la jornada laboral está determinada por la materialidad de las condiciones en las cuales la fuerza de trabajo es consumida por el capital en el proceso de producción: una "jornada laboral normal", sostiene Marx, es aquella que no lleva al "agotamiento y muerte prematuros de la fuerza de trabajo misma" (Marx, 1999b, p. 320). En consecuencia, la lucha de clases en torno a la duración de la jornada laboral, en primera y en

última instancia, no tiene más papel que el de realizar la necesidad del propio capital de que haya una jornada laboral normal y de que, en consecuencia, el pago de la fuerza de trabajo se realice por su valor completo.

En términos más sustantivos, se puede decir que el reconocimiento de que la lucha de clases no es más que la forma en que se realiza el contenido que constituye el valor de la fuerza de trabajo es, en definitiva, un corolario necesario de reconocer al capital social global como el sujeto enajenado del proceso de reproducción de la vida social (Marx, 1999c, pp. 695 y ss.). En efecto, el capital es tal sujeto enajenado no solo por subsumir como un momento suyo al proceso de producción de valores de uso para la vida humana, sino también por subsumir al proceso de consumo de esos mismos valores de uso, lo cual repone los atributos productivos de los trabajadores que son necesarios para poner en marcha un nuevo ciclo de producción. El "consumo individual del obrero", sostiene en forma categórica Marx, es "un elemento de la producción y reproducción del capital, ya se efectúe [...] dentro o fuera del proceso laboral" (Marx, 1999c, pp. 703-704). Por lo tanto, el contenido cualitativo del consumo social no se puede derivar de la lucha de clases. Afirmar que el consumo social no depende en su contenido esencial y de forma plena de los requerimientos de la reproducción del capital implica romper la conexión existente entre el proceso de metabolismo humano y su forma social e histórica determinada de realizarse. En otras palabras, implica fundar las necesidades de los trabajadores, y por tanto su lucha como clase, en una abstracta determinación antropológica de la especie humana. En contraste, de acuerdo a nuestra lectura, cuando los trabajadores luchan como clase no actúan en su determinación abstracta como seres humanos, sino como personificaciones de la única mercancía que poseen y, en tal condición, en calidad de ejecutores inconscientes del establecimiento de la unidad material del capital social global. Por supuesto, el desafío que pone delante esta lectura del vínculo entre determinación económica y la lucha de clases es descubrir la necesidad de la acción revolucionaria superadora del modo de producción capitalista. Pero lo que es seguro es que esta necesidad, tal como indica Marx en reiteradas ocasiones, no brota de la determinación del valor de la fuerza de trabajo.

Conclusiones

En este capítulo hemos buscado cuestionar el consenso marxista actual sobre el significado del "elemento histórico y moral" del valor de la fuerza de trabajo y ofrecer una lectura alternativa consistente con los fundamentos de la crítica marxiana de la economía política. Hemos visto que, según este consenso, dicho elemento remite a un consumo obrero que no responde a la reproducción de los atributos productivos de la fuerza de trabajo, sino a un "nivel de vida" determinado por la lucha de clases. Ante todo, encontramos que este consenso no es "natural" sino que surge, a principios del siglo xx, de la respuesta ofrecida por los marxistas ortodoxos a las objeciones realizadas por los críticos de Marx a la "teoría marxista de salario". Y tan poco "natural" es este consenso que, como también hemos mostrado, no encuentra una base textual sólida en la obra de Marx. Más relevante aún, hemos visto que el principal problema de esta lectura de la crítica marxiana es que, al desvincular el valor de la fuerza de trabajo de la reproducción material de los atributos productivos de los trabajadores, rompe la conexión entre el proceso de metabolismo humano y su forma social e histórica determinada de organizarse.

En contraste, hemos argumentado que, al igual que el llamado "elemento físico" del valor de la fuerza de trabajo, el "elemento histórico y moral" está determinado por la necesidad de producir y reproducir los atributos productivos que requiere de los obreros el proceso de acumulación de capital. Nuestro argumento principal es que la especificidad de este elemento corresponde al carácter del obrero asalariado como un individuo libre de toda relación de dependencia personal. En pocas palabras, que la condición de individuo libre constituye en sí misma una fuerza productiva propia del trabajador asalariado. En consecuencia, este trabajador necesita reproducir su "conciencia libre" como lo hace con cualquier otro atributo productivo suyo, esto es, consumiendo valores de uso específicos que permitan su reproducción. A la luz de estos desarrollos, y en contraste con el referido consenso marxista, sostuvimos que la lucha de clases debe ser vista, no como determinante del valor de la fuerza de trabajo, sino como la forma social específica a través de la cual se realiza dicho valor.

Capítulo 5
Lucha de clases y Estado en la crítica de la economía política[1]

> Para "protegerse" contra la serpiente de sus tormentos, los obreros tienen que confederar sus cabezas e imponer como clase una ley estatal, una barrera social infranqueable que les impida a ellos mismos venderse junto a su descendencia, por medio de un contrato libre con el capital, para la muerte y la esclavitud (Marx, 1999b, p. 364).

El esclarecimiento de la naturaleza y del papel social específico de la lucha de clases y el Estado capitalista ha sido una de las cuestiones más debatidas dentro de la teoría sociológica y política de orientación marxista. Sucede que, además de resultar una cuestión crucial para toda acción política que pretenda actuar con conocimiento de causa, ante todo, no existe en el legado de Karl Marx un desarrollo sistemático de las determinaciones del Estado capitalista, al menos no como existe respecto de las relaciones económicas. Sin embargo, pasado más de un siglo de controversias y líneas de interpretación abiertas, quienes se presentaron como los continuadores de Marx no han conseguido resultados concluyentes. El problema de la naturaleza de la lucha de clases y el Estado capitalista, por tanto, continúa abierto y su esclarecimiento se presenta como una de las tareas ineludibles en el desarrollo del legado marxiano.

En este capítulo presentamos una lectura detallada y crítica del capítulo VIII de *El capital* de Marx. El objetivo principal de esta ex-

[1] Este capítulo es una versión ampliada y modificada de Caligaris (2012).

posición es presentar la explicación general de las clases sociales, la lucha de clases y el Estado que surge del despliegue de la crítica de la economía política realizado por Marx. Esta lectura se opone tanto a las interpretaciones que ven en este capítulo una "ilustración histórica" de las determinaciones del capital ya descubiertas en la exposición que lo antecede (por ejemplo, Arthur, 2002, p. 75), como a las que consideran que de la crítica de la economía política desarrollada por Marx no se desprende una explicación de las clases sociales, la lucha de clases y el Estado (por ejemplo, Heinrich, 2008, pp. 195 y 203). Pero además, como veremos en la última sección, nuestra lectura se opone a las interpretaciones dominantes en la teoría marxista sobre estas formas sociales.

La exposición de Marx

La determinación de la extensión de la jornada laboral por la lucha de clases

Como es característico de la exposición de Marx, el capítulo comienza con un análisis que no parece guardar una conexión inmediata con la exposición anterior.[2] En este caso, se trata de los límites de la jornada laboral. Allí encontramos que la jornada laboral se presenta como una magnitud variable, "en sí y para sí indeterminada", cuyos límites están dados en su extremo mínimo por la necesidad de producir plusvalor y en su extremo máximo por las barreras "físicas" y "morales" de la fuerza de trabajo. La pregunta inmediata que abre este análisis formal es evidente: ¿cómo es que se establece la duración de la jornada laboral? El análisis subsiguiente, enfocado a responder esta cuestión, muestra cuál es el verdadero objeto de investigación del capítulo y, en consecuencia, la conexión con los capítulos anteriores. En esencia, lo que encuentra Marx es que en la determinación de la extensión de la jornada lo que se pone en juego es la compraventa de la fuerza de trabajo, el intercambio mercantil específico que se establece entre el obrero y el capitalista. Aquí Marx presenta a estos dos sujetos, enfrentados en el mercado, clamando por el cumplimiento de la "ley del intercambio mercantil". El capitalista pide que se entregue el mayor valor de uso posible de

[2] Véase Iñigo Carrera (1992, pp. 46-48 y 2003, pp. 313 y ss.).

la mercancía que ha comprado; el obrero, por su parte, exige que se le pague el valor íntegro de su mercancía.

> El capitalista, cuando procura prolongar lo más posible la jornada laboral y convertir, si puede, una jornada laboral en dos, reafirma su derecho en cuanto comprador. Por otra parte, la naturaleza específica de la mercancía vendida trae aparejado un límite al consumo que de la misma hace el comprador, y el obrero reafirma su derecho como vendedor cuando procura reducir la jornada laboral a determinada magnitud normal (Marx, 1999b, pp. 281-282).

Al analizar la determinación de la duración de la jornada laboral, lo que encontramos es, pues, que aún no está resuelto el intercambio de mercancías que constituye la compraventa de la fuerza de trabajo. Y no está resuelto porque, como se descubrió al inicio mismo de la investigación sobre la producción de plusvalor, el obrero no entrega el valor de uso de su fuerza de trabajo sino mediante el ejercicio del trabajo mismo. Con lo cual, el intercambio mercantil que constituye la compraventa de la fuerza de trabajo no se resuelve sino hasta el momento en que se determina la cantidad de trabajo que el obrero va a realizar, es decir, cuando se fija la jornada laboral.[3] De ahí que, una vez descubierta la forma en que se produce el plusvalor, sea necesario volver sobre la relación de intercambio entre el obrero y el capitalista. En efecto, sin la resolución de esta relación, la investigación sobre el plusvalor absoluto quedaría incompleta. Queda así definido el objeto de investigación inmediato de este capítulo y la necesidad de su tratamiento en este punto de la exposición general.

Lo primero que señala Marx en el análisis del intercambio mercantil entre el capitalista y el obrero es que la relación antagónica que tienen en tanto comprador y vendedor de la fuerza de trabajo adopta una forma particular: la lucha de clases.

[3] "Para [el capitalista], la fuerza de trabajo que compra no tiene más valor de uso que el ponerla en acción a lo largo de la jornada de trabajo para extraerle hasta la última gota posible de plustrabajo, materializado bajo la forma social específica de plusvalía. De modo que, aunque la compraventa de la fuerza de trabajo se efectúa en un instante, la apropiación de su valor de uso por el capitalista se extiende necesariamente en el tiempo. Y solo en este transcurso se va a concretar efectivamente la realización del valor de la fuerza de trabajo" (Iñigo Carrera, 2013a, p. 94).

> Tiene lugar aquí, pues, una antinomia: derecho contra derecho, signados ambos de manera uniforme por la ley del intercambio mercantil. Entre derechos iguales decide la fuerza. Y de esta suerte, en la historia de la producción capitalista la reglamentación de la jornada laboral se presenta como lucha en torno a los límites de dicha jornada, una lucha entre el capitalista colectivo, esto es, la clase de los capitalistas, y el obrero colectivo, o sea la clase obrera (Marx, 1999b, p. 282).

El antagonismo que muestra la relación entre el capitalista y el obrero no es una característica privativa de esta relación; toda relación mercantil es, por definición, una relación antagónica. La igualdad de derechos con la que se enfrentan capitalista y obrero tampoco es algo propio de esta relación; toda relación mercantil implica los mismos derechos para cada una de las partes. Por último, el carácter decisivo de la fuerza en la resolución del intercambio tampoco es algo exclusivo de la relación de intercambio entre el capitalista y el obrero; siempre que en una relación antagónica hay derechos iguales, decide la fuerza. Por lo tanto, de estas características que tiene la relación entre el capitalista y el obrero no se desprende el hecho de que la fijación de la extensión de la jornada laboral, cuya resolución implica la compraventa de la fuerza de trabajo, se presente como la lucha de clases en torno a ella. La pregunta a contestar es, por consiguiente, ¿por qué esta relación entre comprador y vendedor de fuerza de trabajo tiene que desarrollarse bajo la forma de una relación antagónica entre clases sociales? Dicho de otro modo, ¿cuál es la especificidad de este intercambio para que su resolución se lleve a cabo a través de la formación de las clases sociales y de su lucha?

El análisis histórico de la determinación de la extensión de la jornada laboral

En vez de presentar una explicación sintética de por qué el intercambio mercantil entre el obrero y el capitalista se resuelve a través de la lucha de clases, Marx presenta un análisis histórico de la fijación de la extensión de la jornada y de la lucha de clases en torno a ella.[4] La respuesta que buscamos debe surgir, por consi-

[4] Véase sobre este punto la contribución de Müller y Neusüss (1975) al llamado debate alemán sobre la derivación del Estado. Estos autores resaltan la riqueza que

guiente, de los resultados que va arrojando este análisis histórico. En este sentido, si la exposición que sigue constituyese nada más que una "ilustración histórica" de determinaciones ya encontradas, nos quedaríamos sin respondernos la pregunta básica de por qué el intercambio entre el obrero y el capitalista se resuelve a través de la lucha de clases; esto es, nos quedaríamos con una explicación incompleta de la producción del plusvalor absoluto.[5] Y, como veremos de inmediato, también nos quedaríamos sin respuestas respecto de la forma concreta en que en última instancia se resuelve la fijación del límite a la jornada laboral y, por ende, la lucha de clases misma.

Lo primero que encontramos en este análisis histórico, en el acápite 2 del capítulo, es una comparación histórica entre distintas formas históricas de la sociedad al respecto de la fijación de la jornada laboral. Allí vemos que la formación actual capitalista se distingue porque en ella "surge del carácter mismo de la producción una necesidad ilimitada de plustrabajo" (Marx, 1999b, p. 282). De ahí se concluye que si en las formas sociales precapitalistas las leyes relacionadas con el límite de la jornada laboral son "una ex-

---

tiene una presentación de las formas concretas que adoptan las determinaciones generales del proceso de acumulación de capital, contraponiéndola tanto a la aplicación no mediada de estas determinaciones propias de una historiografía dogmática, como al también abstracto empirismo característico de la sociología y la ciencia política dominante. Al respecto, es interesante notar que en los llamados "Manuscritos económicos de 1861-1863", que constituyen lo que podría considerarse el último gran borrador del tomo I, Marx realiza una presentación sistemática pura de las determinaciones en juego, es decir, sin considerar la forma concreta en que se desarrollaron en la historia de Inglaterra (Marx, 1988, pp. 180-185). Más aún, según se desprende de su correspondencia con Engels, el análisis histórico que encontramos en *El capital* no formaba parte del plan original de la obra. Marx comenta que cuando estaba escribiendo esta parte, debido a su enfermedad crónica del hígado, había interrumpido su trabajo y no le "era posible hacer progresar la parte propiamente teórica", motivo por el cual había decidido darle "más amplitud, en el plano histórico, a la sección dedicada a la 'jornada de trabajo', lo cual no estaba previsto en [el] plan primitivo" (Marx, 1983e, p. 153).

[5] Aunque sin desarrollar sus consecuencias y en un análisis limitado de estos pasajes, Bartra advirtió hace ya tiempo este punto: "Marx no podía dejar de mencionar la lucha por la jornada laboral y, en general, la lucha económica del proletariado pues sin esta mediación no podía explicar la determinación efectiva del precio de esta mercancía peculiar que es la fuerza de trabajo. Los apartados dedicados a esta lucha de clases no son, pues, la ilustración de un concepto que ya se ha construido lógicamente, sino la inclusión del combate económico del proletariado en tanto mediación lógica sin la cual la reproducción de las relaciones económicas del capital no resultan inteligibles" (Bartra, 2006, p. 208).

presión positiva de la hambruna de plustrabajo, legalizada por cada uno de sus artículos", las leyes fabriles modernas "son expresiones negativas de esa misma hambruna".

> Dichas leyes refrenan el acuciante deseo que el capital experimenta de desangrar sin tasa ni medida la fuerza de trabajo, y lo hacen mediante la limitación coactiva de la jornada laboral por parte del Estado, y por parte de un Estado al que dominan el capitalista y el terrateniente. Prescindiendo de un movimiento obrero que día a día se vuelve más amenazante y poderoso, la limitación de la jornada laboral fue dictada por la misma necesidad que obliga a arrojar guano en los campos ingleses. La misma rapacidad ciega que en un caso agota la tierra, en el otro había hecho presa en las raíces de la fuerza vital de la nación (Marx, 1999b, p. 287).

Este análisis histórico muestra una determinación más que el simple análisis de la compra-venta de la fuerza de trabajo no había mostrado: la fijación de la extensión de la jornada laboral no surge de la lucha de clases sin más, sino que se impone como ley estatal. Por otra parte, encontramos que el límite a la extensión de la jornada laboral se presenta aquí al surgir no de la fuerza de la clase obrera por sí misma, sino de una necesidad social que trasciende a la acción política de esta misma clase, aquella necesidad que es la misma que "obliga a arrojar guano en los campos ingleses", esto es, la necesidad de contar con una fuerza de trabajo que mantenga la cualidad que la especifica: producir valor y, más en concreto, plusvalor. Con lo cual, el Estado, en cuanto es el que sanciona en la forma jurídica de una ley el límite a la jornada laboral, aparece realizando esta necesidad social general y no las necesidades particulares de la clase capitalista o de la clase obrera. El Estado aparece, por tanto, por encima de la lucha de clases. Al mismo tiempo, sin embargo, encontramos que este Estado está dominado por el capitalista y el terrateniente.[6] Esta

[6] Siguiendo la reciente interpretación de Harvey (2014, p. 140), se puede decir que la figura del terrateniente, desconocida a esta altura de la obra, solo se menciona en estas páginas en la medida en que se está analizando una situación histórica concreta. Es decir, se trata de una determinación que es ajena a la argumentación (sistemática) que se busca desarrollar.

presentación nos deja, pues, con más preguntas que respuestas. ¿Por qué la lucha de clases en torno al límite de la jornada laboral se resuelve a través de la fijación de dicho límite por parte del Estado? ¿Cómo puede el Estado representar un interés social que está por encima de los intereses particulares de las clases sociales y al mismo tiempo ser "dominado por el capitalista"? Más aún: ¿quién es el sujeto cuyo interés aparece representado por el Estado y que existe más allá de las clases sociales? Otra vez, en lugar de ofrecer una explicación sintética del vínculo entre la jornada laboral, la reproducción normal de la fuerza de trabajo, la lucha de clases y el Estado, Marx continúa con el análisis de los hechos históricos donde se expresan estas determinaciones generales, esta vez no ya a través de la comparación entre distintas formaciones sociales, sino mirando al interior del modo de producción capitalista.

Así, la exposición continúa, en el acápite 3, analizando qué ocurre en los ramos industriales donde no rige límite legal alguno a la extensión de la jornada laboral. Marx se encuentra allí con jornadas laborales de 18, 16 y 15 horas, con trabajo infantil que llega a incorporar niños de hasta 7 años. El resultado de estas condiciones de trabajo es el acortamiento de la vida natural de los obreros, la degeneración de características físicas como la estatura y el peso, la recurrencia de accidentes de trabajo y otra serie de mutilaciones de la fuerza de trabajo. Esta destrucción de los atributos productivos de los obreros llega incluso a la aniquilación absoluta de la fuerza de trabajo misma, como es el caso de Mary Anne Walkey, una obrera que muere tras haber trabajado más de 26 horas y media sin interrupción. Marx enfrenta esta misma situación en el análisis que hace, en el acápite 4, del sistema de relevos. Allí se ve otra vez cómo "la sed vampiresca de sangre viva de trabajo", en especial motivada en este sistema por el aceleramiento del consumo del capital constante, atenta contra la reproducción normal de la fuerza de trabajo.

La conclusión inmediata del análisis de estos hechos históricos es unívoca: cuando no se limita mediante una ley la explotación de los trabajadores, la jornada laboral trasciende siempre sus límites normales, vale decir, la fuerza de trabajo se vende siempre por debajo de su valor. Marx sintetiza estos resultados al inicio del acápite 5. Allí dice:

> La producción capitalista, que en esencia es producción de plusvalor, absorción de plustrabajo, produce por tanto, con la prolongación de la jornada laboral, no solo la atrofia de la fuerza de trabajo humana, a la que despoja en lo moral y en lo físico de sus condiciones normales de desarrollo y actividad. Produce el agotamiento y muerte prematuros de la fuerza de trabajo misma. Prolonga, durante un lapso dado, el tiempo de producción del obrero, reduciéndole la duración de su vida (Marx, 1999b, p. 320).

A primera vista, pareciera que la prolongación desembozada de la jornada laboral no afecta más que a la fuerza de trabajo del obrero. Sin embargo, en la medida en que el plusvalor es el producto de la puesta en movimiento de dicha fuerza de trabajo, el agotamiento y la muerte prematuros de esta atenta contra la producción de aquel. Marx saca esta conclusión a renglón seguido:

> Pero el valor de la fuerza de trabajo incluye el valor de las mercancías necesarias para la reproducción del obrero o para la perpetuación de la clase obrera. Por tanto, si esta prolongación antinatural de la jornada laboral por la que pugna necesariamente el capital, en su desmesurado impulso de autovalorización, acorta la vida de los obreros individuales y con ello la duración de su fuerza de trabajo, será necesario un remplazo más rápido de las fuerzas desgastadas, y por ende será mayor la suma exigida para cubrir los costos de desgaste en la reproducción de la fuerza de trabajo, del mismo modo que es tanto mayor la parte a reproducir del valor de una máquina cuanto más rápidamente esta se desgaste. Parece, por consiguiente, que el propio interés del capital apuntara en la dirección de una jornada laboral normal (Marx, 1999b, p. 320).

Pero acto seguido contrasta este interés del capital con el movimiento práctico del capital, y, en consecuencia, con el accionar del capitalista individual.

> Lo que la experiencia muestra en general al capitalista es una sobrepoblación constante, esto es, sobrepoblación con respecto a la momentánea necesidad de valorización del capital […] En su movimiento práctico, el capital, que tiene tan "buenas razones" para negar los sufrimientos de la legión de obreros que lo rodea, se deja

> influir tan poco o tanto por la perspectiva de una futura degradación de la humanidad y en último término por una despoblación incontenible, como por la posible caída de la Tierra sobre el Sol. No hay quien no sepa, en toda especulación con acciones, que algún día habrá de desencadenarse la tormenta, pero cada uno espera que se descargará sobre la cabeza del prójimo, después que él mismo haya recogido y puesto a buen recaudo la lluvia de oro. *Après moi le déluge*! [¡Después de mí el diluvio!], es la divisa de todo capitalista y de toda nación de capitalistas (Marx, 1999b, pp. 324-325).

El análisis de las formas concretas en que se establece la duración de la jornada laboral parece llevarnos a una contradicción entre "el interés propio del capital", que apunta hacia una jornada laboral normal y, en consecuencia, a la venta de la fuerza de trabajo por su valor, y "el movimiento práctico del capital", que conduce, con la prolongación de la jornada laboral, a la atrofia, desgaste prematuro y hasta aniquilación total de la fuerza de trabajo. Estos mismos hechos históricos muestran, sin embargo, que esta contradicción termina por resolverse en favor de la reproducción normal de la fuerza de trabajo. "En su movimiento práctico, el capital", sostiene Marx a continuación, "no tiene en cuenta la salud y la duración de la vida del obrero, salvo cuando la sociedad lo obliga a tomarlas en consideración" (Marx, 1999b, p. 325). ¿Bajo qué forma "la sociedad" se impone sobre el capital para garantizar la reproducción normal de la fuerza de trabajo? Antes habíamos visto que el Estado era el que se imponía sancionando un límite de la jornada laboral y que, de hecho, actuaba en representación de un interés general que transcendía los intereses inmediatos de las clases sociales. Ahora podemos precisar que el sujeto cuyo interés satisface el Estado con la fijación de la extensión de la jornada laboral es la sociedad. Pero además, vemos que este interés coincide, al mismo tiempo, con el interés del capital.

Detengámonos en estos dos últimos puntos que se nos han agregado. En el análisis que presenta Marx, la "sociedad" aparece imponiéndose, a través del Estado, por sobre el interés de la clase capitalista y la clase obrera. Pero, ¿quiénes componen la sociedad si no son las clases sociales mismas? En efecto, hasta este punto de la obra, la sociedad entera se compone únicamente de obreros y capitalistas. ¿Cómo se explica entonces que la sociedad, com-

puesta por los obreros y los capitalistas, se imponga, a través del Estado, por sobre la lucha entre los obreros y los capitalistas? Si lo miramos bien, en realidad, la sociedad no es la abstracta suma de los obreros y los capitalistas. De hecho, aunque está compuesta por los individuos, la sociedad como tal nunca es la simple sumatoria de individuos. Lo que distingue a una sociedad de otra es el conjunto de relaciones que los individuos establecen entre sí para organizar su proceso de vida social. Por eso hablamos de "sociedad capitalista" en contraposición a la "sociedad feudal", "sociedad de individuos libres", etc. La sociedad *in abstracto* no existe, porque no existen las relaciones sociales *in abstracto*. La pregunta por lo que es la sociedad es, pues, la pregunta por lo que es la "relación social general" en cada momento y lugar. Y en la sociedad actual, la sociedad que trata el texto, la relación social general, como ya fue puesto en evidencia a esta altura de la obra, no es sino el automovimiento del capital, es la sociedad capitalista. Pero si la "sociedad" a la que alude Marx es en realidad el capital como relación social general, entonces aún tenemos que resolver la cuestión de cómo puede ser que "el capital" se imponga sobre "el capital". A esto se agrega que, en el texto de Marx, el interés de la "sociedad" coincide con el interés de "el capital". De modo que si sostenemos que la sociedad refiere, en rigor, al capital, tenemos que el capital estaría enfrentado al capital y al mismo tiempo no estaría enfrentado.

Si miramos con detenimiento el análisis que presenta Marx, vemos que el enfrentamiento que se señala es, en rigor, entre la sociedad y el capital considerado individualmente, el capital "en su movimiento práctico", esto es, el capital que es personificado por el capitalista individual. La verdadera y única contraposición es, por consiguiente, entre el capital "como relación social general" y el capital "individual". Hasta este punto de la obra, el capital como relación social general no había aparecido nunca separado del capital individual. De hecho, el capital se fue mostrando como tal relación social dominante mediante el análisis del movimiento de un capital individual. Aquí, en cambio, aparece una diferencia que nos obliga a separarlos. La reproducción del capital individual depende de la reproducción inmediata de la fuerza de trabajo que explota y, en consecuencia, su hambruna de plustrabajo no puede reparar en las necesidades más generales de la reproducción de la clase obrera. En cambio, la reproducción del capital en tanto rela-

ción social general depende de manera directa de la reproducción extendida y ampliada de la clase obrera y, por consiguiente, su hambruna de plustrabajo debe detenerse en el punto en que esta reproducción se ve afectada. La separación del capital individual del capital como relación social general parece dejar a este último sin una forma de expresión propia. Y, en efecto, la única expresión del capital como relación social general es la abstracción, que constituye la fórmula general del capital: D – M – D, que aparece en el análisis de la circulación. Siguiendo la terminología que Marx utilizará más adelante, podemos nombrar este capital como "capital social global".

De este modo, podemos reconstruir el análisis de los hechos históricos que presenta Marx, al sostener que el Estado representa el interés del capital social global en la lucha de clases, esto es, posicionándose por encima de los intereses particulares de cada clase.[7] Así, cuando vemos que "el interés del capital apunta en la dirección de una jornada laboral normal", estamos frente al interés del capital social global. En cambio, cuando vemos que "en su movimiento práctico el capital tiene buenas razones para negar esta jornada normal", estamos frente al movimiento del capital individual. Por cierto, Marx no habla en ninguna parte del texto del capital social global, y bien podría sostenerse que, al menos en el momento de redactar este capítulo, él no asociaba en forma inmediata el Estado al capital social global, ni lo reconocía como su representante político en la lucha de clases. Sin embargo, pensamos que la asociación de la "sociedad" con el "capital social global" y, por consiguiente, la asociación de este con el Estado como su representante político en la lucha de clases, es la única forma de darle coherencia tanto a la exposición de Marx como a los hechos históricos que se someten a análisis en ella.

[7] Este es el "núcleo racional" de las mejores contribuciones del llamado debate alemán de la derivación del Estado. Véanse Altvater (1972), Müller y Neusüss (1975), Blanke, Jürgens y Kastendiek (1978); y de sus recepciones iniciales en Francia e Inglaterra: Vincent (1975), Holloway y Picciotto (1978) y Clarke (1988 y 1991b). Aquí, no obstante, nos basamos en el desarrollo particular presentado por Iñigo Carrera (2013a, pp. 91-120) que, desde nuestro punto de vista, presenta la relación social que es el Estado bajo una forma que es consistente con la determinación del capital social global como el sujeto enajenado de la organización del proceso de vida social. Volveremos luego sobre este punto crucial.

Una vez mostrada la necesidad de la existencia de una jornada laboral que permita la reproducción de la fuerza de trabajo y de la imposición de dicha jornada a manos del Estado, aún queda por precisar cuál es el papel que juega la lucha de clases en este proceso. Por eso, la exposición continúa, en lo que queda del acápite 5 y el acápite 6, con el examen del desarrollo histórico de la lucha de clases en torno a la extensión de la jornada. Lo que se encuentra allí, es que las leyes que regulan la explotación de la clase obrera son el resultado mismo de la lucha de clases. No obstante, la historia de esta lucha y, en consecuencia, de las leyes que fijan la duración de la jornada presenta dos tendencias:

> La fijación de una jornada laboral normal es el resultado de una lucha multisecular entre el capitalista y el obrero. La historia de esta lucha, empero, muestra dos tendencias contrapuestas. Compárese, por ejemplo, la legislación fabril inglesa de nuestros días con las leyes laborales inglesas promulgadas desde el siglo XIV hasta más allá de mediados del siglo XVIII. Mientras que la moderna legislación fabril abrevia coactivamente la jornada laboral, aquellas leyes procuraban prolongarla coactivamente (Marx, 1999b, p. 326).

Esta transformación de las leyes laborales sirve para ilustrar la determinación específica capitalista del Estado. En los comienzos de la producción capitalista, cuando aún el capital no se ha desarrollado como la relación social general, la relación estatal no tiene su necesidad de existir en el desarrollo del capital, sino que es de hecho a la inversa, el desarrollo del capital depende de la relación estatal. Por eso dice Marx que, en los inicios de la producción capitalista, el "derecho a absorber determinada cantidad de plustrabajo [por parte del capital] no se afianza solo mediante la fuerza de las condiciones económicas, sino también por medio de la colaboración del Estado" (Marx, 1999b, p. 326). Es que la relación estatal es, durante ese período histórico, una forma desarrollada de la relación de dependencia personal que, a la sazón, constituye aun la relación social general. El cambio en la función del Estado en la determinación del límite a la jornada laboral es, en realidad, la expresión del cambio en el vínculo entre la relación estatal y la relación capitalista.

La especificidad del Estado capitalista surge, pues, una vez puesta la relación estatal como forma concreta desarrollada de la relación capitalista, es decir, una vez que el capital se erige como la relación social general. El límite a la jornada laboral se impone entonces a la manera típicamente capitalista: la lucha de clases que se resuelve a través de la imposición de una ley del Estado en tanto representante del capital social global. Dice Marx:

> Después que el capital se tomara siglos para extender la jornada laboral hasta sus límites normales máximos y luego más allá de estos […] tuvo lugar, a partir del nacimiento de la gran industria en el último tercio del siglo XVIII, una arremetida violenta y desmesurada, como la de un alud. […] No bien la clase obrera, aturdida por el estruendo de la producción, recobró el conocimiento, comenzó su resistencia (Marx, 1999b, pp. 335-336).
>
> Hemos visto cómo estas minuciosas disposiciones [de la ley fabril de 1844], que regulan a campanadas, con una uniformidad tan militar, los períodos, límites y pausas del trabajo, en modo alguno eran los productos de lucubraciones parlamentarias. Se desarrollaron paulatinamente, como leyes naturales del modo de producción moderno, a partir de las condiciones dadas. Su formulación, reconocimiento oficial y proclamación estatal fueron el resultado de una prolongada lucha de clases (Marx, 1999b, p. 341).

La ley fabril que impone una jornada laboral normal progresó y se generalizó al conjunto de la industria casi una década más tarde, luego de varias idas y vueltas que el texto relata con minuciosidad. El resultado de la ley muestra que se benefician con ella tanto obreros como capitalistas, como si apareciese satisfecho un interés general y que es, en efecto, el interés del capital social global.

> A partir de entonces, con pocas excepciones, la ley fabril de 1850 reguló la jornada laboral de todos los obreros en los ramos industriales sometidos a ella. Desde la promulgación de la primera ley fabril había transcurrido medio siglo. […] El principio había triunfado, no obstante, con su victoria en los grandes ramos industriales que eran la criatura más genuina del modo de producción moderno. […] Su maravilloso desarrollo de 1853-1860, efectuado a la par del renacimiento físico y moral de los obreros fabriles, saltaba a

la vista del más miope. Los mismos fabricantes a los que medio siglo de guerra civil, paso a paso, había arrancado las limitaciones y normas legales de la jornada laboral, señalaban ufanos el contraste con los dominios en que la explotación era aún "libre". Los fariseos de la "economía política" proclamaban ahora que el reconocimiento de la necesidad de una jornada laboral legalmente reglamentada era una nueva conquista característica de su "ciencia" (Marx, 1999b, pp. 355-357).

Síntesis y conclusiones del análisis histórico

Llegado este punto de la exposición, en el acápite 7, Marx saca conclusiones de todo su análisis histórico:

> […] sin anticipar la exposición posterior, de la mera interconexión de los hechos históricos se desprende lo que sigue:
>
> *Primero*: El ansia del capital por una prolongación desmesurada y despiadada de la jornada laboral se sacia ante todo en las industrias primeramente revolucionadas [técnicamente], […] en esas primeras creaciones del modo de producción moderno […] El modo de producción material transmutado y las relaciones sociales de los productores, modificadas correlativamente, generan primero las extralimitaciones más desmesuradas y provocan luego, como antítesis, el control social que reduce, regula y uniforma legalmente la jornada laboral con sus intervalos […].
>
> *Segundo*: La historia de la regulación de la jornada laboral en algunos ramos de la producción, y en otros la lucha que aún dura en pro de esa reglamentación, demuestran de manera tangible que el trabajador aislado, el trabajador como vendedor "libre" de su fuerza de trabajo, sucumbe necesariamente y sin posibilidad de resistencia una vez que la producción capitalista ha alcanzado cierto grado de madurez. La fijación de una jornada laboral normal es, por consiguiente, el producto de una guerra civil prolongada y más o menos encubierta entre la clase capitalista y la clase obrera […].
>
> Es preciso reconocer que nuestro obrero sale del proceso de producción distinto de como entró. En el mercado se enfrentaba a otros poseedores de mercancías como poseedor de la mercancía "fuerza de trabajo": poseedor de mercancías contra poseedor de

> mercancías. El contrato por cual vendía al capitalista su fuerza de trabajo demostraba, negro sobre blanco, por así decirlo, que había dispuesto libremente de su persona. Cerrado el trato se descubre que el obrero no es "ningún agente libre", y que el tiempo de que disponía libremente para vender su fuerza de trabajo es el tiempo por el cual está obligado a venderla; que en realidad su vampiro no se desprende de él "mientras quede por explotar un músculo, un tendón, una gota de sangre". Para "protegerse" contra la serpiente de sus tormentos, los obreros tienen que confederar sus cabezas e imponer como clase una ley estatal, una barrera social infranqueable que les impida a ellos mismos venderse junto a su descendencia, por medio de un contrato libre con el capital, para la muerte y la esclavitud. En lugar del pomposo catálogo de los "derechos humanos inalienables" hace ahora su aparición la modesta Magna Charta de una jornada laboral restringida por la ley, una carta magna que "pone en claro finalmente cuándo termina el tiempo que el obrero vende, y cuándo comienza el tiempo que le pertenece a sí mismo". *Quantum mutatus ab illo!* [¡Qué gran transformación!] (Marx, 1999b, pp. 359-360. 361, 364-365).

Recapitulemos, sobre la base de esta síntesis, las determinaciones que hacen a la fijación del límite de la jornada laboral.

En primer lugar, tenemos que lo que está en juego en la fijación del límite de la jornada laboral es la entrega del valor de uso de la mercancía fuerza de trabajo y, por lo tanto, la venta de la fuerza de trabajo misma en condiciones que garanticen su reproducción continua, esto es, el intercambio de la fuerza de trabajo por su valor. Como cualquier otra relación de intercambio de mercancías, el obrero y el capitalista se enfrentan, como personificaciones de sus respectivas mercancías, en una relación antagónica, donde cada uno reclama por lo que le corresponde según la ley del intercambio mercantil, donde ambos entran por consiguiente con igualdad de derechos y donde, por último, lo que decide es la fuerza que tiene cada uno de ellos.

En segundo lugar, tenemos que este intercambio mercantil específico se resuelve a través de la lucha entre el obrero colectivo y el capitalista colectivo, esto es, a través de la lucha de clases. La necesidad de esta forma particular de desarrollarse el intercambio de la fuerza de trabajo reside, tal como lo "demuestra" la propia

"historia de la lucha de clases", en el hecho de que "el trabajador aislado sucumbe necesariamente y sin posibilidad de resistencia" frente al capitalista, no pudiendo vender la fuerza de trabajo por su valor. Ocurre que, a diferencia de cualquier otra mercancía, la fuerza de trabajo se sigue produciendo en exceso de la demanda social solvente por mucho que sobre en el mercado. Como lo señala Marx, existe siempre "una sobrepoblación constante, esto es, sobrepoblación con respecto a la momentánea necesidad de valorización del capital" (Marx, 1999b, p. 324).[8] La necesidad social de la reproducción normal de la fuerza de trabajo se abre paso entonces mediante la acción de los obreros de "confederar sus cabezas" actuando "como clase"; en contrapartida, lo mismo ocurre con los capitalistas. El resultado es la transformación de la relación antagónica entre el obrero individual y el capitalista individual en una relación antagónica de carácter general: la lucha de clases.

Las relaciones sociales que constituyen la clase social –la relación de solidaridad entre los obreros y entre los capitalistas– y la lucha de clases –la relación antagónica entre la clase obrera y la clase capitalista– se distinguen en esencia de la relación social que constituye el intercambio mercantil. Pero el punto sobresaliente no es tanto su diferencia como su vínculo. Cuando Marx señala que el trabajador aislado no puede resolver la venta de su fuerza de trabajo por su valor, lo que está señalando, al mismo tiempo, es que la relación económica que es el intercambio mercantil no se puede realizar de manera simple, tal como la veníamos viendo realizarse hasta ahora.[9] En otras palabras, la relación económica

[8] Por cierto, el desarrollo sistemático que está exponiendo Marx aún no nos puso delante de la necesidad de existir de esta sobrepoblación obrera. Tal como había ocurrido en el caso de la presuposición de la existencia de obreros doblemente libres para explicar el movimiento del capital (Marx, 1999b, pp. 205-206), se trata más bien de un presupuesto de la exposición de cuya existencia no se puede dar cuenta más allá de indicar su realidad como manifestación inmediata del movimiento de la relación social general. En este sentido, la explicación de esta determinación quedará pendiente hasta que la exposición avance hasta el punto en que su necesidad surja del propio movimiento del capital. A su turno, y en consecuencia, quedará en evidencia la razón de por qué no podía introducirse a esta altura de la exposición.

[9] En rigor, tal como lo presenta Marx al comienzo del capítulo II, la relación económica no se resuelve sino a través de la relación jurídica entre los poseedores de mercancías. Lo que encontramos en este capítulo es que, en el caso del intercambio mercantil entre el obrero y el capitalista, esta relación jurídica deja

no se puede realizar por sí misma sin anularse a sí misma. Este es el motivo por el cual se tiene que desarrollar una nueva relación social, la relación de clase, y la relación de la lucha de clases. Estas relaciones sociales, que siguiendo a Marx podríamos ya sintetizarlas como "relaciones políticas", se desarrollan para dar curso a la relación económica. Y a esta altura podemos decir que lo que en el fondo se está vehiculizando con estas nuevas relaciones sociales es la reproducción del capital social global.

En tercer lugar, tenemos que esta lucha de clases se resuelve mediante la sanción de una ley estatal. Aquí aparece el Estado imponiéndose por sobre los intereses particulares de las clases sociales, sancionando un resultado para la lucha de clases. Y aparece como un tercero en la lucha de clases, precisamente porque representa de manera directa un interés que no es ni el de la clase capitalista ni el de la clase obrera; es el interés de la "sociedad", dice Marx, y aquí precisamos, del "capital social global". El Estado es, por consiguiente, el representante político del capital social global. Según el tipo de argumentación que presenta Marx respecto de la necesidad de las clases sociales y su lucha, podemos decir aquí que la relación social que constituye el Estado se desarrolla porque la prosecución de la lucha de clases, o sea, la simple realización de la lucha de clases, con permanentes huelgas, sabotajes, *lock-outs*, etc., atenta contra la reproducción fluida del capital social global y, por consiguiente, contra las clases sociales mismas y su correspondiente enfrentamiento. La relación social que constituye el Estado se hace necesaria, por lo tanto, como vehículo de la realización de la lucha de clases.[10]

---

su lugar a otra relación directa pero ahora de alcance general: la lucha de clases (Iñigo Carrera, 2012).

[10] Este es el argumento que presenta Engels para explicar el desarrollo del Estado en las primeras formaciones sociales, donde existen relaciones antagónicas entre grupos o clases de individuos (Engels, 1992, p. 290). Müller y Neusüss sugieren que Marx refiere en estas páginas de manera explícita a la necesidad de existir del Estado como mitigador de la lucha de clases, por ejemplo cuando Marx sostiene que "los inspectores fabriles advirtieron urgentemente al gobierno que el antagonismo de clases había alcanzado una tensión increíble", luego de lo cual se impuso "la ley fabril […] del 5 de agosto de 1850" (Marx, 1999b, p. 352). Véase Müller y Neusüss (1975, p. 71). Un desarrollo más preciso del vínculo entre la lucha de clases y el Estado puede verse en Iñigo Carrera (2013a, pp. 96 y ss.).

Lucha de clases, Estado y capital

Consideremos las implicancias que tiene esta lectura de la exposición de la crítica marxiana. Ante todo, la presentación que hace Marx de la fijación de los límites de la jornada laboral deja en claro, en contraposición a los enfoques predominantes dentro de la teoría marxista, que la determinación social más simple de la lucha de clases no es el antagonismo entre dos principios irreconciliables de la organización de la vida social: la valorización del capital por un lado y la producción de las necesidades humanas por otro; o bien, como también se lo presenta, la "lógica del trabajo abstracto" contra la "lógica del trabajo concreto".[11] Dicho de otro modo, de la exposición de Marx surge que la resistencia de los obreros a la extracción de plusvalor no expresa la oposición absoluta a la relación social general a través de la cual reproducen sus propias vidas, esto es, a la valorización del capital. Al contrario, lo que pone al descubierto esta exposición es que la lucha de clases es una forma concreta de la organización de la vida social enajenada en el capi-

[11] Como lo presenta Arthur, por ejemplo, "la obstinación del valor de uso" frente a la dialéctica pura de la forma del valor, "un mundo de pura forma, vacío de contenido" (Arthur, 2001a y 2001b, p. 33). La esencia de este tipo de enfoque se puede encontrar, bajo distintas formas, en varias de las tradiciones del marxismo no ortodoxo. Véanse, entre otros, Kay y Mott (1982), Cleaver (1985 y 1992), Radical Chains Collective (1993), Dinerstein (2002), Albritton (2003) y Dunayevskaya (2012). La diferencia entre estas distintas versiones reside en la determinación específica en la que sitúan a esa "otredad" radical al capital que pone en movimiento la superación del capitalismo. A su vez, lo que las identifica es la concepción de que la negación revolucionaria del capital no puede ser una necesidad de la propia acumulación de capital, engendrada por su propia razón histórica de existir. Como veremos con más en detalle en el próximo capítulo, es el propio capital el que se niega a sí mismo en su desarrollo. Y lo hace, no en el sentido banal de que la acción revolucionaria es "producida" por el capital porque el proletariado "reacciona" a las condiciones miserables e inhumanas a las que este las somete, sino en el sentido más profundo de la negación dialéctica como una "conexión intrínseca"; véase al respecto Starosta (2015) y Caligaris (2015). En este punto, la pregunta es cuál es la potencialidad histórica concreta de la valorización del capital –la única relación social general actual– que porta en sí misma, como su propia forma de realizarse, la necesidad de la aniquilación del capital bajo la acción política revolucionaria de la clase obrera. En el otro extremo de estas "ontologizaciones" de la lucha de clases se encuentra el "biologicismo", para el cual la lucha de clases no es más que una instancia de la lucha por la supervivencia característica de las relaciones entre las especies; véase Kautsky (1978, pp. 199 y ss.).

tal, tal como lo es cualquier otra actividad humana en la sociedad capitalista. Más en concreto, este capítulo muestra que, aunque sin duda se trata de una realidad "endémica" del modo de producción capitalista, la lucha de clases no es constitutiva del capitalismo con base en determinaciones ontológicas sino sociales. Es decir, el capitalista y el obrero no encarnan principios ontológicos diferentes de la reproducción social. En tanto propietarios de mercancías, no son sino personificaciones de determinaciones sociales portadas por el proceso de valorización del capital, cuya realización es, sin embargo, necesariamente antagónica.[12]

Al mismo tiempo, de esto se desprende que las determinaciones implicadas en la mera existencia de la fuerza de trabajo como mercancía, o en la subsunción solo formal del trabajo al capital, no le dan a la lucha de la clase obrera la capacidad para superar el modo de producción capitalista. En su determinación más simple, la acción política de la clase obrera está determinada solo como una forma concreta de la reproducción de las relaciones sociales capitalistas.[13] Esto es, aunque por primera vez en la exposición

[12] En este punto, podría argumentarse, como lo hacen Shortall (1994) y Lebowitz (2005), que nuestra lectura de la presentación de Marx de la lucha de clases es correcta, pero solo porque la exposición marxiana está incompleta. Aunque estos autores también dan un fundamento ontológico a la lucha de clases, a diferencia de los enfoques referidos en la nota anterior, sostienen que se trata de una concepción que, sin embargo, está ausente en la crítica marxiana. De allí la necesidad de ir más allá de lo planteado por Marx en *El capital*.

[13] En contraste con nuestra lectura, Psychopedis (2005, pp. 80-81) ve en la implementación de las normas legales que regulan la jornada laboral una expresión inmediata de la "lógica de la revolución" en funcionamiento. Desde una perspectiva que se podría encuadrar dentro del llamado "marxismo abierto", este autor fundamenta la subjetividad revolucionaria en la afirmación de una materialidad humana genérica que existe bajo el modo de ser negada, esto es, en una forma social enajenada. En sus palabras, "la presentación dialéctica no es solo una cuestión de contrastar la 'forma mala' con el 'contenido bueno'", sino "la demostración de que en el capitalismo las fuerzas sociales de producción devienen fuerzas de destrucción", de modo que "esta forma pone en riesgo real la continuidad de la existencia de esa materialidad" (Psychopedis, 2005, p. 80). El fundamento de la revolución es de este modo visto como residiendo "en el intento de preservar las condiciones de vida" ante las tendencias destructivas del capitalismo y, en última instancia, en el carácter inestable de la regulación directa del Estado capitalista sobre las condiciones materiales de la reproducción social, ya que "en el largo plazo el capital no puede tolerar regulaciones que reduzcan su margen de ganancia" (Psychopedis, 2005, p. 81). Comparado con otras perspectivas similares, Psychopedis tiene el mérito de reconocer que el fundamento de la revolución no está contenido en la

de las determinaciones de nuestra vida social nos enfrentamos a la necesidad del capital social global de tomar forma en la acción política de la clase obrera, aún no enfrentamos ninguna necesidad de abolir al capital ni, por lo tanto, de la acción política de la clase obrera como a la forma de realizar esta necesidad.[14] En consecuencia, para encontrar las determinaciones de la subjetividad revolucionaria debemos avanzar sobre determinaciones más concretas de este mismo proceso. En el próximo capítulo avanzaremos sobre esta cuestión. Por lo pronto, señalemos algunas implicancias

---

contradicción más simple entre el contenido humano y su forma reificada, sino en una expresión determinada más concreta de dicha contradicción. Por tanto, a diferencia de autores como Bonefeld (2010 y 2012), por ejemplo, para este autor la exposición dialéctica de las formas sociales que sigue al fetichismo de la mercancía se torna mucho más significativa para el descubrimiento del fundamento social de la emergencia del sujeto revolucionario. Sin embargo, Psychopedis aún recae en fundar la subjetividad revolucionaria en un elemento que es externo al automovimiento contradictorio del capital: la abstracta afirmación de una lucha autodeterminada por la supervivencia de la sociedad, en respuesta al barbarismo destructivo del capital. Por tanto, la necesidad de la revolución no está portada de manera inmanente en la forma de capital que toma la relación social general, sino en las condiciones reproductivas de una "sociedad" concebida de manera abstracta –esto es, considerada sin su determinación de forma–, cuya existencia se ve "frustrada" por su subsunción al movimiento del capital. En última instancia, se puede decir que la posición de Psychopedis no es sino una versión más sofisticada del planteo de "socialismo o barbarie" popularizado por Luxemburgo (1968).

[14] Esto no significa restringir la determinación de la lucha de clases como acción política a la conquista del poder del Estado o a una acción que involucre demandas dirigidas a la autoridad pública general. La determinación política de la lucha de clases surge del alcance general que tiene esta relación social directa entre capitalistas y obreros (Iñigo Carrera, 2012; 2013a, pp. 95-96 y 266). Como lo pone Marx en su célebre carta a Bolte, "un movimiento político" es "un movimiento de clase, que tiene por objeto imponer sus intereses en forma general, en una forma que posee una fuerza de compulsión para toda la sociedad" (Marx, 1987a, pp. 262-263). Si esta determinación general se manifiesta en la forma de "movimientos económicos" fragmentados o en un "movimiento político" que es de forma inmediata general, es algo que no se puede develar a este nivel de abstracción. Lo que queda claro es que la determinación de la lucha de clases como la forma en que se vende la fuerza de trabajo por su valor no involucra solo la forma "gremial" o "sindical" de esta lucha. A su turno, tampoco significa que esta misma lucha deba realizarse por medio del desarrollo de una "conciencia tradeunionista". Dicho de otro modo, esta determinación de la lucha de clases también puede asumir la forma de una aparente lucha radical. En pocas palabras, aquí se trata del contenido más simple de la lucha de clases y no de sus formas concretas de realizarse. La confusión entre ambos niveles de abstracción es lo que subyace a la separación entre la lucha económica y la política que plantea el marxismo tradicional.

más que surgen del descubrimiento de la lucha de clases como forma concreta del proceso de valorización del capital.

La forma de lucha de clases que toma el movimiento de la sociedad capitalista implica, como es evidente, la recurrente obstrucción de movimiento incesante de valorización que constituye la determinación más general del capital como el sujeto enajenado del proceso de vida social. En este punto, podría parecer entonces que esta determinación de la lucha de clases conlleva la negación absoluta del capital como el sujeto del proceso de valorización, reduciéndolo así a una forma concreta de ella misma (Bonefeld, 2007). O bien, como comentábamos antes, podría conducir a la conclusión de que, en la medida en que la lucha de los obreros presiona en una dirección opuesta a la necesidad inmediata del capital personificada por los capitalistas, esta lucha debe expresar un principio diferente de reproducción social al de la valorización del capital. En consecuencia, aun dando por válida la determinación del capital como el sujeto del proceso de valorización, se podría argumentar que con ello no se agota la "lógica del capitalismo como un todo", que como tal comprende la unidad antagónica entre la economía política del capital y la economía política del trabajo asalariado (Lebowitz, 2005). Bajo esta perspectiva, cada polo en esta unidad resultaría el sujeto concreto de su propio proceso de producción, donde al mismo tiempo que la realización de sus respectivos objetivos se contraponen, cada uno de los polos necesita de la mediación del otro para garantizar su propia reproducción; de ahí que resulte una "unidad antagónica" (Lebowitz, 2005, pp. 123-124).

Sin duda, la interrupción del proceso de valorización constituye la negación inmediata de la necesidad más general del capital como sujeto de su propio movimiento. Sin embargo, como surge de nuestra reconstrucción del argumento de Marx en el capítulo VIII, la forma de lucha de clases adoptada por el movimiento de la sociedad capitalista es de hecho una determinación más de la afirmación, en este caso mediante su propia negación, del capital como un sujeto. En otras palabras, nuestro punto es que la forma social de la lucha de clases no es la abstracta negación de la condición del capital como sujeto enajenado del proceso de vida social, sino la expresión del carácter necesariamente contradictorio que tiene el movimiento del capital como un proceso de afir-

marse mediante su propia negación. En este sentido, lo único que niega de manera absoluta la lucha de clases es la condición de sujeto del proceso de valorización que hasta este punto de la exposición sistemática parecía estar portada en el movimiento del capital individual. En efecto, el hecho de que las acciones de los capitales individuales socaven la reproducción misma de la fuente de su propia autoexpansión, deja en claro que la producción de plusvalor es un atributo que excede la capacidad de los capitales individuales como fragmentos privados del trabajo social. Sin embargo, esto no revela a la lucha de clases como una fuerza autodeterminada detrás del movimiento de la producción capitalista, ni tampoco muestra la emergencia de un principio antagónico de organización de la vida social distinto a la valorización del capital que estaría encarnado por la clase obrera (De Angelis, 1995 y 1996). Al contrario, solo muestra que la producción de plusvalor es una potencialidad de la existencia enajenada del trabajo social en su unidad. Dicho de otro modo, la exposición que hace Marx de la forma social de la lucha de clases en el capítulo VIII evidencia, por primera vez en *El capital*, que el sujeto concreto del proceso de valorización –y por tanto del movimiento enajenado de la producción social– es el capital social global.

La lucha de clases, por lo tanto, es la forma concreta del desarrollo de las necesidades sociales antitéticas generadas por el sujeto social enajenado en su proceso de valorización. El hecho de que la necesidad más inmediata del capital sea la expansión formalmente ilimitada del plusvalor no implica que la propia limitación a dicha expansión no sea una necesidad de su propia reproducción. Sin embargo, como hemos visto, se trata de una necesidad mediada, motivo por el cual no puede ser realizada a través de las acciones de las personificaciones inmediatas o positivas del capital –esto es, por los capitalistas–, sino solo por quienes lo personifican en una forma mediata o negativa–esto es, por los obreros–. En consecuencia, cuando los obreros luchan, no dejan de estar subsumidos en el movimiento de reproducción de la vida social enajenada en la valorización del capital. Su subjetividad no actúa de acuerdo a una lógica abstractamente diferente de la producción capitalista de mercancías. Como vimos, la relación consciente de solidaridad establecida por los obreros en su oposición a las personificaciones positivas del capital está en plena

concordancia con la forma específica de su ser social, es decir, con su determinación como individuos privados e independientes o, más en concreto, como vendedores de mercancías (véase, Postone, 2006). La cooperación consciente de los obreros en la forma de una acción política no es la expresión inmediata de la relación de solidaridad entre los seres humanos como tales. Al contrario, es la expresión de una relación entre seres humanos enajenados en el capital y, por lo tanto, expresión de una relación entre personificaciones. Cuando los obreros actúan de este modo sin ser conscientes de su determinación como atributos del capital social global –esto es, viéndose a sí mismos como libres por naturaleza pero sometidos a una compulsión externa que les impide la afirmación de tal condición–, personifican de modo inconsciente, es decir, a espaldas de su conciencia y su voluntad, una necesidad de la reproducción de su propia relación social general enajenada, la cual es, sin embargo, una necesidad antagónica respecto de la que personifican los capitalistas.[15]

Hemos visto que de la exposición de Marx se desprende que el carácter antagónico que necesariamente adopta la lucha de clases interrumpe la fluidez del proceso de valorización del capital; en consecuencia, el establecimiento de la unidad general del trabajo social debe tomar una forma objetivada más desarrollada de mediación social: el Estado. Como tal, el Estado se enfrenta a los poseedores de mercancías –quienes personifican al dinero como capital y a la mercancía fuerza de trabajo– como un poder en apariencia externo que tiene la autoridad y la capacidad para establecer una regulación directa general de sus relaciones sociales antagónicas. El Estado, por tanto, resulta una forma política más concreta que encarna la organización directa de la unidad de las condiciones de la reproducción social bajo su forma enajenada en el capital. Esto es, resulta una forma concreta de las relaciones en esencia indirec-

[15] De esto se sigue que la distinción entre la conciencia que expresa la reproducción del capital y aquella que expresa su superación no pasa por la distinción entre una conciencia "tradeunionista" o "económica", y en oposición a una "política" o "socialista", como aparece en el marxismo tradicional (Lenin, 1976). Pasa, en cambio, por si el obrero es consciente de la unidad de las determinaciones de su propia enajenación o si cae preso de la apariencia de la libertad natural humana que adopta su propia subordinación al capital social global (Starosta, 2015, pp. 289 y ss.).

tas que constituyen el movimiento más simple del capital. Por su contenido, el Estado deviene así la representación política general del capital social global.

Desde este punto de vista, resulta una falsa dicotomía oponer un Estado "intervencionista" a uno de carácter "liberal", como si el Estado existiese por fuera del movimiento de la acumulación de capital y pudiese tener un nivel o tipo de intervención. Las políticas públicas son el modo de realización necesario del contenido contradictorio de la forma económica de existencia de las relaciones sociales capitalistas. Dicho en otros términos, la acumulación de capital no puede existir como tal sin el Estado y, a la inversa, este no tiene más razón de existir como no sea la de dar curso a la realización de la acumulación de capital (Iñigo Carrera, 2012, p. 61). Por lo mismo, de nuestra lectura se desprende que el Estado no puede ser el "instrumento de dominación" de la clase capitalista, ni especificarse por poseer una "autonomía relativa" respecto de esta clase o del movimiento de la acumulación de capital (Poulantzas, 1978 y 1984; Miliband, 1978 y 1981). También bajo estas concepciones el Estado aparece como algo externo al capital y no como una forma concreta de su existencia. Por cierto, como lo han hecho notar algunos críticos, también en el enfoque que busca "derivar" al Estado de las relaciones económicas puede reconocerse una exterioridad similar al presentarse al Estado como un *Deux ex machina*, que resuelve *ex post* las contradicciones de la acumulación de capital (Salama, 1979; Solís González, 2016). Sin embargo, la alternativa de explicar al Estado como una forma de la contradicción entre el capital y el trabajo, entendiendo a ambos polos como entidades en última instancia independientes, tal como se presenta en algunas vertientes que pretenden superar este tipo de limitaciones (Hirsch, 1979; Holloway y Picciotto, 1978; Clarke, 1991), reconduce dicha exterioridad a este vínculo que se pretende más primario. Para decirlo una vez más, la lucha de clases y las políticas estatales no deben concebirse como factores independientes y autosubsistentes que modifican o influencian de modo exterior el funcionamiento de la "ley del valor". Al contrario, deben ser comprendidos como modos en que se desenvuelve esta misma ley más allá de las formas estrictamente económicas que brotan de manera inmediata de la naturaleza indirecta de las relaciones sociales capitalistas.

Conclusiones

En este capítulo nos hemos propuesto presentar una lectura crítica del capítulo VIII de *El capital*, con el objetivo de situar y problematizar la explicación marxiana de las clases, la lucha de clases y el Estado en el desarrollo sistemático de su crítica de la economía política. Como hemos visto, lejos de ser una ilustración histórica de determinaciones generales ya conocidas, el análisis histórico que realiza Marx en este capítulo sirve para presentar una serie nueva de determinaciones: la relación de clase, la lucha de clases y el Estado. Estas determinaciones necesitan ser desarrolladas porque de otro modo no se explica cómo se resuelve el intercambio mercantil entre el obrero y el capitalista, que, pese a celebrarse formalmente en la circulación, solo se efectiviza durante el proceso de producción. Como el resto de las determinaciones desarrolladas en la crítica de la economía política presentada por Marx, estas no pueden ser traídas de modo exterior, sino que deben surgir del despliegue mismo "de la vida del objeto" examinado.

La explicación de Marx que hemos procurado reconstruir en este capítulo puede ser expuesta de manera sintética como el desarrollo necesario de nuevas relaciones sociales por sobre la relación social básica entre el obrero y el capitalista. Así, la necesidad del capital social global de la realización de la compra-venta de la fuerza de trabajo, imposibilitada de llevarse a cabo como cualquier otro intercambio mercantil –esto es, a través de la relación individual entre vendedor y comprador– se abre paso mediante la constitución de una relación directa de solidaridad, tanto entre el conjunto de los vendedores como entre el conjunto de compradores y, en consecuencia, mediante la transformación de la relación antagónica individual en una relación antagónica entre dos clases poseedoras de mercancías; en suma, se abre paso a través del desarrollo de la relación social que constituye la clase y la relación social que constituye la lucha de clases. A su vez, la contradicción existente entre la realización de la lucha de clases y la necesidad del movimiento fluido de la acumulación del capital social global se resuelve a través del desarrollo de la relación social que constituye el Estado, donde este se erige en representación del capital social global, y en consecuencia por sobre los intereses de las clases sociales, sancionando un resultado para la lucha, esto es, dando forma a la lucha de clases.

Capítulo 6
Los límites del capitalismo en los *Grundrisse* y en *El capital*[1]

> [L]as condiciones materiales y espirituales para la negación del trabajo asalariado y del capital, las cuales son ya la negación de formas precedentes de producción social, son a su vez resultados del proceso de producción característico del capital (Marx, 1997b, p. 282).

> La libertad en este terreno solo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominados por él como por un poder ciego; que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana (Marx, 1997e, p. 1044).

El presente capítulo propone una lectura de la exposición marxiana de las formas de la subsunción real del trabajo al capital –en particular, del sistema de maquinaria propio de la gran industria– como una presentación dialéctica de las determinaciones de la subjetividad revolucionaria. La afirmación de que la subsunción real constituye el fundamento de la subjetividad revolucionaria no debería resultar sorprendente. En realidad, no es más que el corolario del reconocimiento de las determinaciones más generales

[1] Este capítulo es una versión ampliada y modificada de Starosta (2011, 2012b y 2013).

del proceso de "historia natural" que constituye el desarrollo de la humanidad, tal como lo presentó Marx en los *Manuscritos de economía y filosofía* de 1844. En efecto, de acuerdo con este texto, el contenido de la historia de la especie humana consiste en el desarrollo de las potencias materiales específicas del ser humano en tanto sujeto trabajador, esto es, de la *subjetividad productiva humana*. De manera acorde, Marx concluye allí que es en la transformación histórica de las formas materiales y sociales de esta subjetividad donde debe residir la clave de la abolición del capital y, por ende, la emergencia de la subjetividad revolucionaria. Sin embargo, aquel primer intento de desplegar la crítica de la economía política no llegó a ofrecer una comprensión científica rigurosa de las determinaciones sociales que subyacen a la transformación revolucionaria de la sociedad. En efecto, Marx logró descubrir por medio del análisis al trabajo enajenado como el fundamento social oculto tras la objetividad cosificada de las formas económicas capitalistas. A su vez, en aquellos primeros escritos también descubrió la especificidad del ser genérico humano –esto es, la subjetividad productiva humana– como el contenido material que se desarrolla históricamente en aquella forma enajenada. No obstante, aunque estos descubrimientos le permitieron asir la determinación humana más simple detrás del contenido y la forma de la abolición del trabajo enajenado, puede sostenerse que no logró desplegar de manera sistemática las mediaciones ulteriores que la constitución material y social del sujeto revolucionario supone (Starosta, 2015).

La necesidad crítico-práctica de un desarrollo dialéctico ulterior de la crítica de la economía política, que llevaría luego a Marx a escribir *El capital*, expresa que el fundamento inmanente de la subjetividad revolucionaria no es simple e inmediato, como lo sería, por ejemplo, una pura materialidad general de la práctica productiva humana como contenido negado detrás de la objetividad enajenada de las formas sociales capitalistas.[2] Por el contrario, es una "unidad de múltiples determinaciones", lo cual implica que su comprensión científica solo puede ser el resultado de una compleja investigación dialéctica que involucre tanto el movimiento analítico desde lo concreto a lo abstracto como el regreso sintético, me-

[2] Como sostiene el llamado "marxismo abierto". Véase Bonefeld *et al.* (1992).

diado, hacia el punto de partida concreto (Iñigo Carrera, 2013a). El proceso de investigación dialéctica debe, en consecuencia, aprehender todas las formas sociales relevantes y reproducir sintéticamente las "conexiones internas" que conducen a la constitución de la acción política de los trabajadores como forma concreta de la transformación revolucionaria del capitalismo.

Ahora bien, como denota el título de la obra más importante de Marx, el sujeto cuyas determinaciones el investigador dialéctico procede a descubrir y presentar es el *capital*, esto es, el sujeto enajenado de la vida social que se convierte en "la potencia económica, que lo domina todo, de la sociedad burguesa" y debe, por lo tanto, "constituir el punto de partida y el punto de llegada" de la reproducción ideal de lo concreto (Marx, 1997a, p. 28). Esto no deja a la subjetividad revolucionaria por fuera del alcance del despliegue dialéctico de las formas sociales capitalistas. Más bien, significa que la subjetividad revolucionaria debe ser comprendida ella misma como la realización de una determinación inmanente del capital como sujeto enajenado.[3] En consecuencia, su presentación dialéctica debe consistir en el despliegue sintético del movimiento contradictorio entre el contenido material y la forma social capitalista hasta su límite absoluto, mostrando que dicho desarrollo resulta en la acción de autoabolición del proletariado como la forma necesaria en que dicho contenido se afirma.[4]

[3] Este punto fue sugerido en la década de 1970 por Giacomo Marramao (1982, pp. 134-143) en su apreciación crítica de la polémica entre las posiciones más subjetivistas (Korsch, 1978a y 1978b; Pannekoek, 1978) y el objetivismo de los defensores de la teoría del derrumbe capitalista (Grossmann, 1979; Mattick, 1934, 1978a y 1978b); para una reseña crítica de este debate véase también Caligaris (2015). Al menos de manera formal, Marramao puso de relieve la necesidad de fundar la génesis de la conciencia de clase "en términos del proceso de producción y reproducción", es decir, dentro de la "objetividad de las relaciones sociales" y su automovimiento. En otras palabras, Marramao veía la necesidad de establecer una conexión firme entre la crítica de la economía política y la "teoría de la revolución". En el debate más contemporáneo, la necesidad de encontrar el fundamento inmanente de la subjetividad emancipatoria en el despliegue contradictorio de las formas cosificadas que asume la mediación social en la sociedad capitalista, ha sido señalada por Postone (2006), si bien su enfoque no está exento de puntos débiles; al respecto, véase Starosta (2004; 2015, pp. 164, n. 1 y 177, n. 21).

[4] Para una elaboración de las bases metodológicas de este punto, véase Iñigo Carrera (2013a).

Fue en *El capital* –y como veremos también en los *Grundrisse*–, en especial a través de la exposición de las determinaciones de las diversas formas de producción de plusvalor relativo y, por tanto, de la subsunción real del trabajo al capital, que Marx logró concretizar la dialéctica sistemática del trabajo enajenado. Logró hacerlo al mostrar lo que la forma-capital le hace a la materialidad de la subjetividad productiva humana en cuanto toma posesión del proceso de trabajo y lo transforma. Vista de modo exterior, la cuestión concreta a ser investigada era: ¿el capital transforma a la subjetividad productiva humana de manera tal de investirla con las potencias materiales necesarias para trascender su propia forma enajenada de desarrollo? Desde un punto de vista materialista, solo en tal caso tendría sentido plantear la pregunta por la acción revolucionaria consciente como potencialidad objetiva concreta inmanente en la sociedad capitalista (Marx, 1997a, p. 87). En otras palabras, Marx señala la necesidad de descubrir las determinaciones materiales de la sociedad comunista bajo su forma de existencia presente como una potencia enajenada, engendrada por el movimiento autonomizado de la forma-capital, a ser realizada –esto es, a ser convertida de forma *potencial* en forma actual– mediante la acción revolucionaria consciente del proletariado.

Estas determinaciones aparecen dispersas y son solo mencionadas al pasar en varios de los textos de Marx. Todas ellas caracterizan la cualidad específica más simple del comunismo como la organización plenamente consciente –y por tanto libre– del trabajo social como una potencia colectiva de los productores. Pero es en los *Grundrisse*, en el contexto de la crítica a la concepción de Adam Smith del trabajo como sacrificio, donde Marx ofrece quizás la caracterización más clara y concisa de los atributos generales de lo que llama "trabajo realmente libre".

> El trabajo de la producción material solo puede adquirir este carácter [como "trabajo realmente libre"] 1) si está puesto su carácter social, 2) si es de índole científica, a la vez que trabajo general, no esfuerzo del hombre en cuanto fuerza natural adiestrada de determinada manera, sino como sujeto que se presenta en el proceso de producción, no bajo una forma meramente natural, espontánea, sino como actividad que regula todas las fuerzas de la naturaleza (Marx, 1997b, p. 120).

El aspecto interesante e "intrigante" de este pasaje es que Marx no solo alega que para ser realmente libre, el trabajo debe convertirse en una actividad organizada de modo consciente y directamente social, sino también que la conciencia que regule tal actividad productiva emancipada debe ser de un carácter general y científico. Como veremos más adelante, este último atributo, mencionado por Marx en pocas ocasiones,[5] será de suma importancia para nuestra comprensión de las determinaciones concretas de la subjetividad revolucionaria; una tarea que Marx mismo realizó, aunque no sin tensiones y ambigüedades. A esta altura, nos gustaría reformular la pregunta acerca de la relación entre el capital y la subjetividad productiva planteada antes: ¿El desarrollo del capital transforma

[5] Véase, sin embargo, las observaciones de Marx en los *Manuscritos de economía y filosofía* acerca de la necesidad de la constitución de una "ciencia natural del hombre" o "ciencia natural humana", como base de la práctica humana emancipada (Marx, 1999a, p. 152). La cita de los *Grundrisse* caracteriza además a la producción material realmente libre no solo como de índole científica, sino "a la vez" como "trabajo general". Surge entonces la cuestión del significado de esa expresión en el texto de 1857-1858. Al respecto, es interesante notar que en el tomo III de *El capital,* con el objeto de subrayar su especificidad frente al trabajo cooperativo, Marx sostiene que el trabajo científico es, por definición, trabajo general (Marx, 1998c, p. 128). Es decir, trabajo general y trabajo científico están identificados de manera inmediata, son tomados como sinónimos. Si bien no está discutido de modo explícito en *El capital*, esa identificación puede leerse como apuntando a que el trabajo científico es la expresión plena de las potencias del ser genérico humano. "General" en este contexto refiere entonces al trabajo humano que es de modo inmediato forma de existencia de la determinación del *género* (en la terminología idealista de Hegel, "acorde a su concepto"). En efecto, tal como plantea Marx en los *Manuscritos de economía y filosofía*, el carácter genérico del ser humano está dado por la forma consciente de su actividad vital. Luego, un trabajo eminentemente intelectual y realizado por una conciencia objetiva –y por ello científica– expresaría de manera plena su determinación genérica, esto es, "general". No es evidente, sin embargo, que Marx tuviera esa connotación del término en la cabeza en el pasaje de los *Grundrisse* en cuestión, sobre todo considerando que la expresión alemana utilizada (*allgemeine Arbeit*) aparece en otros contextos con un significado distinto. Por ejemplo, como significando *universalidad*, en el sentido que se destaca en este artículo, a saber: como una subjetividad productiva con la potencialidad material de particularizarse en cualquier forma concreta de apropiación de las fuerzas naturales. Así y todo, estos dos significados no serían inconsistentes, lo que avalaría la hipótesis de lectura propuesta aquí. Al contrario, como señala Marx en los *Manuscritos de economía y filosofía*, por su carácter de género, y a diferencia de las especies animales, el individuo humano es un ser vivo universal, "en tanto hace de la naturaleza toda su cuerpo inorgánico" (Marx, 1999a, p. 110).

la subjetividad productiva humana de manera tal de engendrar la necesidad de producir a esta última con los dos atributos generales mencionados por Marx? Más aún, ¿es la clase obrera el sujeto que los porta?

En este capítulo discutiremos el modo en que Marx, mediante la exposición dialéctica del movimiento contradictorio de la subsunción real, presentó la génesis del sujeto revolucionario. El argumento se despliega, ante todo, a través de una lectura minuciosa de la discusión de Marx acerca de las determinaciones de la gran industria en *El capital*, en cuanto esta última constituye la forma más desarrollada de la subsunción real. Tal como se desprende de dicha discusión, la esencia de esta transformación capitalista del proceso de producción de la vida humana consiste en el desarrollo de los atributos productivos del obrero colectivo según una tendencia determinada: los órganos individuales de este devienen sujetos productivos universales. Como veremos, esta es la determinación material inmanente que subyace a la subjetividad política revolucionaria del proletariado. Sin embargo, se argumentará que la exposición dialéctica de esas transformaciones que Marx hace en *El capital* se encuentra en cierto sentido trunca y no despliega la plenitud de las determinaciones materiales que subyacen a la existencia revolucionaria de la clase obrera. Esta última aparece presentada solo como una posibilidad abstracta. Por lo tanto, subsiste una brecha entre la "dialéctica del trabajo humano enajenado" desplegada en los capítulos referidos al plusvalor relativo en *El capital*, por un lado, y las conclusiones revolucionarias expuestas al final del tomo I, en el acápite "La tendencia histórica de la acumulación capitalista", por otro. En vistas de esto, se sugiere que el llamado "Fragmento sobre las máquinas" de los *Grundrisse* contiene una perspectiva diferente pero complementaria sobre la subjetividad productiva característica de la gran industria. Mediante una lectura cuidadosa de los pasajes relevantes de aquella versión de la crítica de la economía política, veremos que es posible emprender la tarea de completar el despliegue sistemático de las determinaciones materiales y sociales de la subjetividad revolucionaria.

La gran industria y la subjetividad productiva de los trabajadores en *El capital*

El hilo conductor que atraviesa la exposición marxiana de las formas concretas de producción de plusvalor relativo se halla en las revoluciones a las que el capital somete a la subjetividad productiva del obrero como medio para la multiplicación de su capacidad de autovalorizarse. Sin embargo, no es allí donde comienza la presentación de las determinaciones de la gran industria. La razón de esto deriva del punto de partida mismo de la producción de plusvalor relativo mediante el sistema de maquinaria, que caracteriza esta forma material del proceso de trabajo capitalista. Como resalta Marx, si en la manufactura el punto de partida de la transformación de las condiciones materiales del trabajo social era la subjetividad productiva como tal –estando la transformación del instrumento de trabajo, bajo la forma de su especialización, determinada como un resultado de la anterior–, en la gran industria, en cambio, el punto de partida lo constituye la transformación del instrumento de trabajo, mientras que la transformación del asalariado es el resultado (Marx, 1999c, p. 451).

Marx presenta la esencia de esta transformación del proceso de trabajo humano mediante el desarrollo de la materialidad específica de la maquinaria, en particular en relación con el proceso de trabajo en la manufactura. En realidad, la determinación más simple de esa diferencia ya había sido anticipada por Marx en la transición contenida en el capítulo sobre la división manufacturera del trabajo, donde se exponía la necesidad del desarrollo de la maquinaria. Nos referimos a la necesidad del capital de deshacerse de la base subjetiva de la manufactura mediante el desarrollo de un "marco objetivo" de la producción material, independiente de la pericia manual y del conocimiento práctico inmediato de los trabajadores. En concreto, la transformación en juego consiste en dar una forma objetiva a las potencias del trabajo social que brotan de la cooperación productiva directa (Marx, 1999c, pp. 448-449).

Los dos aspectos de la especificidad material de la maquinaria brotan, en consecuencia, de la objetivación tanto del conocimiento como de las habilidades manuales y la fuerza física del trabajador de la manufactura, más allá de cuán restringidos estos pudieran ser. Por un lado, el capital se esfuerza por reemplazar el movimiento de

la mano humana con las fuerzas de la naturaleza en tanto agente inmediato de la transformación del objeto de trabajo en un nuevo valor de uso. Por el otro, intenta desplazar la experiencia subjetiva inmediata del trabajador en tanto base de la regulación consciente del proceso de trabajo, es decir, como fuente del conocimiento de las determinaciones de este. Esto implica, en primer lugar, la necesidad de convertir la producción de dicho conocimiento en una actividad que, aunque manteniéndose como un momento interno a la organización del trabajo social, adquiera una existencia diferenciada de la inmediatez del proceso directo de producción. Junto con la necesidad de objetivarlo como una potencia productiva portada por el "trabajo muerto" representado en la máquina, ese conocimiento debe necesariamente tomar la forma general de la ciencia (Marx, 1999c, p. 469). Así, el capital avanza, por primera vez en la (pre)historia humana, en la generalización de la implementación de la ciencia como una potencia inmediata del proceso directo de producción (Marx, 1982a, p. 191). Nótese, sin embargo, que a esta altura de la exposición el conocimiento científico no aparece como una actividad productiva sino tan solo como ya objetivado bajo la forma de la máquina, y por lo tanto como algo que la existencia de esta última presupone.

Hasta aquí, estos son los aspectos fundamentales de la exposición de Marx acerca de la especificidad material del proceso de producción de capital basado en el sistema de maquinaria, es decir, de las transformaciones que atraviesa en su carácter de proceso de producción de valores de uso. Sin embargo, el proceso de producción de capital es tal por constituir la unidad del proceso de trabajo y el proceso de valorización. Por consiguiente, la presentación de Marx prosigue con el desarrollo del impacto específico del sistema de maquinaria sobre las condiciones para la autoexpansión del valor o, lo que es lo mismo, sobre las determinaciones formales del proceso de producción de capital (Marx, 1999c, pp. 470-480). Con esto, la presentación de Marx agota las determinaciones novedosas que el sistema de maquinaria trae consigo en el proceso de producción en cuanto pertenecen a su "factor objetivo". Lo que sigue, entonces, es la investigación del impacto de estas transformaciones sobre el "factor subjetivo" del proceso de trabajo, es decir, sobre el trabajador.

En el acápite 3 del capítulo sobre la gran industria, Marx presenta en el inicio algo a lo que se refiere como "algunas repercu-

siones generales" del sistema de maquinaria sobre el trabajador. Son estos los cambios que pueden ser discutidos sin desarrollar la forma específica en que "a este organismo objetivo se incorpora material humano" (Marx, 1999c, p. 480). En otras palabras, se trata de los efectos cuyo desarrollo no involucra determinaciones cualitativas nuevas en la subjetividad productiva de los trabajadores. Más bien, dichos efectos refieren a los cambios cuantitativos a los que da lugar la maquinaria en el proceso de valorización del capital como proceso de explotación del trabajo vivo. Estos incluyen: la extensión cuantitativa de la masa de fuerza de trabajo explotable mediante la incorporación del trabajo femenino e infantil, la tendencia a la prolongación de la jornada laboral y la tendencia al incremento de la magnitud intensiva de la explotación del trabajo humano.

En rigor, entonces, no es hasta el acápite 4 que Marx, a través de la presentación del funcionamiento del "conjunto de la fábrica", comienza a desplegar las determinaciones cualitativas de la subjetividad productiva propia de la gran industria (Marx, 1999c, pp. 511 y ss.). La discusión de un pasaje de Ure le sirve a Marx para identificar, de modo sucinto, las determinaciones más generales de la fábrica como aquella esfera de la sociedad capitalista en que tiene lugar la regulación consciente de un proceso de producción inmediatamente social. Una regulación consciente, sin embargo, que está determinada como forma concreta de la regulación social general invertida como atributo de la relación social materializada en su proceso de autoexpansión, esto es, del capital. En la fábrica –y este es el punto que la definición de Ure pasa por alto–, esta existencia social invertida alcanza un grado ulterior en su desarrollo al adquirir una "realidad técnicamente tangible" (Marx, 1999c, p. 516).

Así, la regulación consciente científica del trabajo social que caracteriza a la gran industria no es un atributo portado por los trabajadores que realizan el trabajo directo en el proceso de producción inmediato. Para ellos, esas potencias existen ya objetivadas en el sistema de maquinaria, a cuyo movimiento automático deben subordinar el ejercicio de su conciencia y voluntad productivas, al punto de convertirse en "sus apéndices vivientes" (Marx, 1999c, p. 515). La gran industria, en consecuencia, conlleva un desarrollo científico enorme de las "facultades intelectuales del proceso de

producción", solo mediante la exacerbación de su separación con respecto a los trabajadores directos. Bajo su modo de existencia como sistema de maquinaria, el producto del trabajo llega a dominar el trabajo en el proceso productivo directo no solo formal sino, incluso, materialmente. El capital, de este modo, aparece frente a esos trabajadores como el *sujeto material concreto* del proceso de producción mismo.

Con todos estos elementos, ahora podemos pasar a resumir la determinación específica de la subjetividad productiva del trabajador de la gran industria. Al deshacerse –de modo tendencial– de la necesidad de toda habilidad y conocimiento especializados de los trabajadores, la producción de plusvalor relativo mediante el sistema de maquinaria le da al desarrollo de la subjetividad productiva la forma concreta de una degradación absoluta. De este modo brutal, y en oposición al particularismo de la subjetividad del trabajador asalariado de la manufactura, la gran industria engendra así, como su producto genuino, un *trabajador universal*, esto es, un sujeto productivo capaz de participar en cualquier forma que asuma el proceso de trabajo humano. En palabras de Marx:

> Por eso, en lugar de la *jerarquía* de los obreros especializados, característica de esa división del trabajo, aparece en la fábrica automática la *tendencia a la equiparación o nivelación de los trabajos* que deben ejecutar los auxiliares de la maquinaria; en lugar de las diferencias, generadas artificialmente, entre los obreros parciales, vemos que predominan las distinciones naturales del sexo y la edad (Marx, 1999c, p. 512; énfasis agregado).

Con esta tendencia a la eliminación de toda pericia particular en los operarios de las máquinas, desaparece la necesidad material o técnica simple de fijar de por vida a los individuos a una función productiva singular (Marx, 1999c, p. 513). Sin embargo, en la medida en que las máquinas resultan especializadas en ciertas funciones productivas particulares, la existencia de la división del trabajo en la fábrica es aún técnicamente posible. De hecho, argumenta Marx, la relación de explotación entre capitalistas y trabajadores, que media en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales del trabajo social como un atributo enajenado en su producto, lleva a la reproducción de la "vieja división del trabajo" bajo una forma

todavía más repulsiva (Marx, 1999c, p. 515). La tendencia de la gran industria a producir un trabajador cada vez más universal se realiza, así, bajo la forma concreta de su negación, es decir, multiplicando los espacios para la explotación del trabajo vivo sobre la base de una exacerbación de las "particularidades petrificadas". De este modo, al capitalista individual no le importa la desaparición de la necesidad técnica de un desarrollo particularista de la subjetividad productiva del trabajador. Bajo la presión de la competencia, su única motivación individual es la producción de plusvalor extraordinario. Si puede obtenerlo mediante la fijación del trabajador a la "especialidad vitalicia de servir a una máquina parcial" (Marx, 1999c, p. 515), así lo hará. En efecto, la reproducción de la división del trabajo bajo las nuevas condiciones técnicas implica que puede pagarse un valor más bajo por la fuerza de trabajo, ya que se "reducen considerablemente los costos necesarios para la reproducción del obrero". Además, implica una mayor docilidad de parte del material humano explotable, puesto que "se consuma su desvalida dependencia respecto al conjunto fabril; respecto al capitalista, pues" (Marx, 1999c, p. 515).

Llegados a este punto, resulta crucial tener claridad respecto a este movimiento contradictorio entre universalidad y particularidad de las determinaciones de la subjetividad productiva propia de la gran industria. Parafraseando a Marx, aquí, como siempre, debemos distinguir entre la tendencia general de la acumulación del capital y las formas concretas en que se realiza la esencia del movimiento histórico. Así, la determinación esencial que, como veremos, expresa la razón de existir del modo de producción capitalista, consiste en la tendencia a universalizar los atributos de los asalariados. Este es el movimiento general de la producción de plusvalor relativo que subyace –y, por ende, da unidad– a las variadas formas que el proceso de trabajo presenta en el curso del desarrollo capitalista. Para fundamentar esto, avancemos en nuestra lectura de la investigación de Marx sobre la gran industria hasta el punto de *El capital* en que despliega el movimiento de la contradicción identificada, esto es, hasta la discusión de la legislación fabril, en el acápite 9 de este mismo capítulo.[6]

[6] En nuestra opinión, la presentación de Marx no es del todo clara y consistente en la distinción entre la determinación esencial –y, por lo tanto, la tendencia

El punto crítico para nuestro planteo es que el acápite 9 completa, en lo que concierne a *El capital*, el desarrollo de las determinaciones específicas de la subjetividad productiva de la gran industria. En efecto, la exposición de Marx en el acápite 4 había dejado a la presentación dialéctica con una contradicción irresuelta entre la tendencia general de la gran industria a la universalidad y la exacerbación del particularismo de la división del trabajo que, librada a la voluntad irrestricta de los capitalistas individuales, ella permitía. Así, veremos cómo esta discusión lleva a Marx, por primera vez en su exposición dialéctica, a develar las potencialidades históricas revolucionarias portadas por esta forma capitalista de la fuerza humana de trabajo.

---

general– y la forma concreta en que esta se realiza. Es probable que esta falta de claridad se deba a la "incómoda" coexistencia de los momentos sistemático e histórico en la exposición. De tal modo, primero presenta la determinación general de la subjetividad productiva de la gran industria –su universalidad– "en su pureza", sin implicar que esta se haya realizado de manera plena en sus formas históricas concretas. Sin embargo, en las ilustraciones empíricas que siguen, parece presentar la determinación general como si se tratara de una realidad inmediata. En consecuencia, plantea la persistencia del desarrollo particularista de la subjetividad productiva como reproducida "artificialmente" por la imposición de la división del trabajo cuando su necesidad técnica en realidad ya ha desaparecido. Véase Marx (1999c, pp. 514-515), donde resalta que la insignificancia de las habilidades adquiridas en el puesto que se requieren para el trabajo en la máquina ha eliminado la necesidad de formar un tipo especial de trabajador y que la fijación del trabajador a una única máquina especializada representa una "utilización abusiva" de esta última. Si este puede haber sido, en mayor o menor medida, el caso en las industrias particulares sobre las que discute, no era en modo alguno la situación general de la gran industria en su tiempo. La tendencia general hacia una subjetividad productiva universal se realiza solo de modo gradual en el curso histórico del desarrollo capitalista. En este sentido, la necesidad técnica de atributos particularistas de la fuerza de trabajo no es abolida de la noche a la mañana. Sin duda, el desarrollo histórico de la gran industria registra una tendencia a la degradación del conocimiento basado en la experiencia ("tácito") de las determinaciones del proceso de trabajo. Sin embargo, el progreso de la automatización capitalista ha involucrado, hasta el presente, la regeneración de la necesidad técnica de cierto –si bien cada vez más limitado– desarrollo particularista de la subjetividad productiva. Así, aun durante el ciclo de acumulación llamado "fordista", el dominio pleno de las máquinas requería un proceso relativamente largo de aprendizaje, consistente en "flanquear" a un operador calificado. Solo con la ola más reciente de automatización basada en la computación es que las habilidades particularistas o basadas en la experiencia han perdido de manera significativa su centralidad previa –sin, no obstante, desaparecer por completo–. Acerca de estas transformaciones recientes del proceso de trabajo, véase Balconi (2002).

El movimiento de "la contradicción entre la división manufacturera del trabajo y la esencia de la gran industria" (Marx, 1999c, p. 590) adquiere una primera expresión en el establecimiento de la educación elemental obligatoria para los trabajadores infantiles. Como señala Marx, la explotación desenfrenada de trabajo infantil por los capitales individuales condujo no solo al "deterioro físico de niños y adolescentes" (1999c, p. 484), sino también a una devastación intelectual producida de manera artificial, que transformaba a "personas que no han alcanzado la madurez en meras máquinas de fabricar plusvalor" (1999c, p. 487). Puesto que "debe distinguirse entre esto y el estado de ignorancia natural" (1999c, p. 487), estos excesos de la explotación capitalista de la fuerza de trabajo infantil repercutieron sobre la capacidad de valorización misma del capital social global, al poner en peligro la existencia de la futura generación de trabajadores adultos en las "condiciones materiales y morales" requeridas por la propia acumulación de capital. Esto es ilustrado por Marx mediante la discusión del caso de la industria de la imprenta de tipos, que, antes de la introducción de la máquina de imprimir, se organizaba a partir de un sistema de formación en el cual los trabajadores "recorrían un curso de aprendizaje hasta convertirse en impresores hechos y derechos" y de acuerdo con el cual "saber leer y escribir era para todos un requisito del oficio" (1999c, p. 590). Con la introducción de las máquinas de imprimir, sin embargo, los capitalistas pudieron contratar niños de 11 a 17 años de edad, quienes en gran parte "no sab[ían] leer" y "por regla general [eran] criaturas extremadamente salvajes y anormales" (1999c, p. 590). Estos jóvenes trabajadores se encontraban anexados a las más simples tareas por largas horas día tras día hasta ser despedidos de la imprenta por ser "demasiado veteranos para ese trabajo pueril" (1999c, p. 591). Aquellos trabajadores de, para entonces, 17 años, se encontraban en un estado de tal degradación intelectual y física que no eran aptos para brindar al capital los atributos productivos miserablemente restringidos con los que requería su fuente inmediata de plusvalor relativo, esto es, de fuerza humana de trabajo, aun en la misma fábrica.

Las cláusulas educacionales de la legislación fabril no solo permiten a Marx disipar toda duda acerca de la "vocación universal" del capital en su transformación de la subjetividad productiva humana. También sirven para subrayar, por primera vez en toda su

exposición, que solo el desarrollo de esa forma específica de la subjetividad productiva expresa el movimiento histórico del capital en la producción de las potencias materiales de su propia superación como relación social general que regula la vida humana.

> Del sistema fabril, como podemos ver en detalle en la obra de Robert Owen, brota el germen de la educación del futuro, que combinará para todos los niños, a partir de cierta edad, el trabajo productivo con la educación y la gimnasia, no solo como método de acrecentar la producción social, sino como único método para la producción de hombres desarrollados de manera omnifacética (Marx, 1999c, p. 589).

Nótese, sin embargo, que Marx deja en claro que las cláusulas educacionales representan el germen –y solo eso– de la "educación del futuro". Para ponerlo en otros términos, la discusión que da Marx apunta a mostrar tanto que las formas sociales del futuro se encuentran portadas como potencialidad por la subjetividad productiva de la gran industria que se está considerando, como que, dadas las determinaciones desplegadas hasta el momento, dicha potencialidad no es aún inmediata. Por el contrario, en su "mezquindad", las cláusulas educacionales revelan que estas determinaciones están lejos de constituir un "método para la producción de hombres desarrollados de manera omnifacética". Más bien, son formas de afirmar individuos cuya subjetividad productiva se encuentra todavía atrapada en las formas miserables que impone la reproducción de las condiciones de la valorización del capital. Se requiere aún de otras transformaciones materiales para mediar el desarrollo de esos elementos germinales hasta su plenitud.

La necesidad del capital social global de producir trabajadores universales no se agota en los obstáculos a su valorización planteados por la división del trabajo al interior del taller. Como destaca Marx, "lo que es válido para la división manufacturera del trabajo dentro del taller, también lo es para la división del trabajo en el marco de la sociedad" (1999c, p. 591). En efecto, en la medida en que la base técnica de la gran industria es revolucionaria, conlleva la transformación permanente de las condiciones materiales del trabajo social y, en consecuencia, de las formas del ejercicio de

la subjetividad productiva de los trabajadores individuales y de su articulación como un cuerpo productivo directamente colectivo (1999c, p. 593). Este cambio técnico continuo requiere, por tanto, individuos que puedan trabajar en las siempre renovadas formas materiales de la producción de plusvalor relativo. "La naturaleza de la gran industria, por ende", concluye Marx, "implica el cambio del trabajo, la fluidez de la función, la movilidad omnifacética del obrero" (1999c, p. 593). Sin embargo, también señala una vez más cómo la organización de la producción social mediante la valorización de fragmentos independientes del capital social global niega la realización inmediata de esta tendencia a un desarrollo omnifacético de los individuos.[7] La fragmentación privada del trabajo social y su consecuente mediación social cosificada a través de la forma-capital permite así la producción de "la vieja división del trabajo con sus particularidades petrificadas" (Marx, 1999c, p. 593). De este modo, la imposición del cambio de trabajo toma la forma de una "ley natural avasalladora y con el efecto ciegamente destructivo de una ley natural que por todas partes topa con obstáculos" (Marx, 1999c, p. 593). Aun así, la realización de la tendencia de la gran industria a producir trabajadores universales avanza, revelando también que es en el desarrollo pleno de esta determinación que esta forma social enajenada encuentra su propio límite absoluto (Marx, 1999c, p. 593). En otras palabras, avanza mostrando que es en el despliegue de la plenitud del carácter universal de la subjetividad productiva humana en donde yace la base material de una nueva sociedad:

> [L]a gran industria, precisamente por sus mismas catástrofes, convierte en cuestión de vida o muerte la necesidad de reconocer como ley social general de la producción el cambio de los trabajos y por tanto la mayor multilateralidad posible de los obreros, obligando, al mismo tiempo, a que las circunstancias se adapten a la aplicación normal de dicha ley […] [se debe] reemplazar al individuo parcial, al mero portador de una función social de detalle, por el individuo totalmente desarrollado, para el cual las diversas funciones sociales son modos alternativos de ponerse en actividad (Marx, 1999c, p. 594).

[7] A este respecto, véanse las sugerentes reflexiones de Bellofiore (1998).

Con esta discusión, entonces, Marx desarrolla el modo en que las necesidades generales de la reproducción del capital total social –en este caso, el hecho de que los trabajadores porten una subjetividad productiva universal– choca con su realización concreta a través de las acciones privadas de los capitales individuales que, dada su condición, actúan en pos de la perpetuación y la exacerbación del desarrollo particularista de la subjetividad productiva. Lo que es más, puede verse cómo esta contradicción se mueve a través de la determinación de la clase obrera como personificación de las necesidades mediatas de la valorización del capital; necesidades que, a su turno, dan las bases materiales y sociales del poder político de la clase obrera.[8] Así, los trabajadores tienen que "confederar sus cabezas" una vez más y, mediante su lucha como clase, forzar al Estado a establecer "la educación elemental como condición obligatoria del trabajo" (Marx, 1999c, p. 588).

[8] Con "necesidades mediatas" nos referimos a aquellas que son un momento de la producción de plusvalor relativo pero que resultan antitéticas con la necesidad más simple –y, por ende, inmediata– del valor que se valoriza de incrementar su magnitud por cualquier medio, personificada por los capitales individuales. La discusión más exhaustiva de este punto esencial excede los alcances del presente trabajo. Sin embargo, pensamos que esta discusión ilustra la manera en que Marx ve la conexión sistemática entre la acumulación de capital y la lucha de clases. En concreto, Marx presenta la lucha de clases como la relación social directa más general a través de la cual se afirman las relaciones indirectas de la producción capitalista mediante la valorización del valor. Sobre este punto, véanse Kicillof y Starosta (2007b), Caligaris (2012), Iñigo Carrera (2013a, pp. 14-15, 91 y ss.) y Starosta (2015, pp. 196 y ss.). Mientras esto significa, sin duda, que el antagonismo de clase es una realidad endémica de la producción capitalista, también significa que no es el contenido en automovimiento detrás del desarrollo de esta; como se plantea, por ejemplo, en Bonefeld (2007). Es más, su simple existencia como tal tampoco expresa de manera inmediata la emergencia de un principio antagónico de organización de la vida social distinto de la valorización del capital. Principio que sería, a su vez, encarnado por la clase obrera, como se plantea en el llamado "marxismo autonomista", por ejemplo, en Cleaver (1992) y De Angelis (1995). En cambio, el lugar sistemático de la lucha de clases como forma social muestra que la producción de plusvalor relativo es una potencialidad del movimiento enajenado del trabajo social en su unidad. En otras palabras, la exposición de Marx acerca de la lucha de clases evidencia que el sujeto concreto del proceso de valorización –y, por tanto, del movimiento de la reproducción social enajenada– es el capital social global. Esto no implica negar las potencias transformadoras de la práctica humana que los trabajadores personifican. Lo que implica es que toda potencia transformadora que la acción política de los trabajadores pueda tener –tanto su acción reproductiva como la superadora del capital– debe ser una determinación inmanente engendrada por el movimiento enajenado del capital como sujeto, y no una determinación externa a este.

Pero, ¿qué es la educación elemental si no un paso –muy básico, por cierto– en la formación de los futuros trabajadores universales, esto es, en el desarrollo de atributos productivos que permitan al trabajador participar, no en este o aquel aspecto particular del proceso de trabajo inmediatamente social del trabajador colectivo de la gran industria, sino en cualquier tarea que el capital requiera de él?[9]

La necesidad que el capital social global tiene por trabajadores universales provee, así, otra base material de la fuerza política de la clase obrera en su confrontación con la clase capitalista en torno a las condiciones de su reproducción social. En esta primera expresión de aquella relación entre la gran industria y el poder de los trabajadores representada por legislación fabril, la lucha de clases no trasciende su determinación más general como forma de la compraventa de la mercancía fuerza de trabajo por su valor, tal como Marx ya lo presentó en el capítulo VIII sobre "La jornada de trabajo".[10] Sin embargo, Marx presenta la afirmación de que, una vez desarrollada, dicha tendencia hacia una subjetividad productiva universal acabará por otorgar a la lucha de clases potencias transformadoras expandidas; en concreto, las potencias necesarias para la "supremacía política" de los trabajadores como clase (Marx, 1999c, p. 594).

Ahora bien, esto nos pone delante de la pregunta de cuáles son las determinaciones más concretas detrás de esta inevitabilidad de la conquista del poder político por la clase obrera. Marx, sin embargo, no da una respuesta en estas páginas. Y bien se podría argumentar que no podría haber dado respuesta alguna. En efecto, el desenvolvimiento de la "dictadura del proletariado" involucra más mediaciones y, en consecuencia, no se encuentra

[9] Desarrollos históricos recientes de la producción maquinizada han confirmado la tendencia general identificada por Marx: la degradación de los atributos productivos particulares desarrollados en el puesto, acompañada por la expansión de los requerimientos de educación formal para producir sus dimensiones más universales. Esta última es el prerrequisito necesario del conocimiento más general y abstracto que pone en movimiento el operador contemporáneo de tecnologías basadas en la computación para quien, en contraste con el maquinista "fordista", su trabajo pasa más bien por "controlar" que una tarea sea automáticamente realizada de manera correcta antes que "hacerla" como tal (Balconi, 2002).

[10] Véase capítulo 5. Véanse también Kicillof y Starosta (2007b), Caligaris (2012), Iñigo Carrera (2013a, pp. 93-96) y Starosta (2015, pp. 196 y ss.). Un enfoque similar puede encontrarse en Müller y Neusüss (1975).

portada por la forma social que enfrentamos. Esto es, no se encuentra como una potencialidad inmediata *de esta forma social* a ser realizada mediante la acción política de los trabajadores como clase.[11]

Así, a esta altura de la presentación dialéctica, tanto esta última afirmación como la discutida antes acerca del individuo plenamente desarrollado, como bases de la abolición del capital, no pueden ser sino observaciones inmediatas, externas a las determinaciones concretas de la subjetividad productiva de la gran industria que tenemos delante. Sin embargo, en cuanto esta última involucra cierto grado de universalidad como expresión limitada, aunque real, de la tendencia subyacente a la producción de su forma plenamente desarrollada, las reflexiones de Marx, si bien exteriores, resultan sin duda pertinentes. Desde el punto de vista metodológico, en consecuencia, se puede decir que era lícito introducir esas observaciones a modo de anticipación de la dirección que va a tomar el despliegue ulterior de esta contradicción históricamente específica del modo de producción capitalista, "el único camino histórico que lleva a la disolución y transformación de la misma" (Marx, 1999c, p. 594). Pero en tanto explicación completa, exhaustiva, de las determinaciones que subyacen a la conquista del poder político o, por sobre todo, a la producción revolucionaria de la asociación libre de los individuos, la presentación desarrollada hasta este punto es en efecto insuficiente.

Esto, por sí mismo, no debería resultar problemático. Desde la perspectiva de la investigación dialéctica como tal, este punto de nuestra lectura crítica de la búsqueda hecha por Marx acerca de las determinaciones de la subjetividad revolucionaria no constituye en absoluto un callejón sin salida. Solo implica que nuestro camino de lo abstracto a lo concreto necesita seguir avanzando, dado que el punto de llegada –la subjetividad revolucionaria– aún se encuentra más adelante. En este sentido, no nos enfrentamos con una anomalía. Sin embargo, la cuestión es distinta si se la mira

[11] Para que lo estuviera, se requeriría de la exposición de la tendencia a la concentración y centralización del capital como expresiones enajenadas de la socialización del trabajo en el modo de producción capitalista, cuyo límite absoluto se alcanza cuando el capital total de la sociedad asume existencia inmediata como un único capital (Marx, 2000a, p. 780).

desde el punto de vista de cuáles de los elementos necesarios para hacer una investigación de ese tipo ha llegado a presentar Marx en *El capital*. Al respecto, el problema que enfrenta en este punto el lector contemporáneo de esta obra es que, dicho de modo simple, algunos de estos elementos no están allí. Extendámonos sobre esta cuestión.

Hemos visto cómo Marx, al enfrentarse con la universalidad tendencial del trabajador de la gran industria y con la creciente regulación consciente del trabajo social que esta conlleva, reflexiona de manera exterior acerca de la forma material específica de la subjetividad productiva que se requiere para "crear una nueva sociedad" sobre una base realmente libre. Por otra parte, hemos subrayado la pertinencia metodológica de una reflexión tal, dado que –como establecía el pasaje de los *Grundrisse* sobre el "trabajo realmente libre" citado antes– el trabajador de la gran industria tiene entre sus determinaciones el ser portador de atributos productivos universales, esto es, el ser capaz de realizar una "producción material de carácter general". Y hasta aquí, de hecho, no hay ningún problema. Pero, como el lector recordará, el atributo de universalidad no agota las determinaciones de la forma de subjetividad productiva portadora de la potencialidad inmediata de "trabajar de manera realmente libre", la cual, como hemos argumentado, debería brindarle la base material a la subjetividad política revolucionaria. En primer lugar, dicha subjetividad también conlleva un proceso de producción material cuyo carácter social general está afirmado de manera inmediata. Esta condición también se encuentra presente –al menos como tendencia– en la subjetividad productiva propia de la gran industria, tal como esta se presenta en *El capital*.[12] Sin embargo, las po-

[12] En el capítulo "Maquinaria y gran industria", la tendencia a la expansión del alcance de la regulación consciente del carácter social del trabajo coexiste con una tendencia opuesta a la multiplicación del número de ramificaciones privadas de la división social del trabajo, que es también producto del movimiento de esta forma de la producción de plusvalor relativo (Marx, 1999c, p. 541). Pero no se invoca razón alguna para que prevalezca una u otra tendencia. Esto solo ocurre más adelante en la presentación de Marx, cuando despliega las determinaciones de la "Ley general de la acumulación capitalista". Allí, las tendencias a la concentración y la centralización del capital muestran cómo la primera de las tendencias antes mencionadas se impone sobre la segunda.

tencias productivas científicas necesarias para regular las fuerzas naturales, que están presupuestas por su existencia objetivada en un sistema de maquinaria, no constituyen un atributo que el capital ponga en manos –o, mejor dicho, en las cabezas– de los trabajadores directos. Puesto de manera sintética, en la figura de asalariado portador de una subjetividad productiva a la que –siguiendo a Iñigo Carrera (2013a)– llamamos absolutamente degradada, la conciencia científica y la universalidad no van de la mano, sino que se oponen la una a la otra. Dicho de otro modo, no es esta subjetividad productiva degradada la que, como tal, porta en su inmediatez las potencias revolucionarias históricas que Marx mismo consideraba necesarias para hacer que el capital "vuele por los aires". Lo que es más, la exposición de Marx tampoco ha demostrado que el movimiento mismo de la relación social general enajenada presente –la acumulación del capital– conduzca a la necesidad social de transformar, bajo la forma de una revolución, la subjetividad productiva de esos trabajadores en la dirección de su reapropiación de las potencias del conocimiento científico desarrollado bajo esta forma enajenada.

Sin embargo, pese a esta insuficiencia a la hora de dar cuenta de la génesis material del sujeto revolucionario, es aquí donde se detiene la exposición de Marx acerca de las determinaciones de la subjetividad productiva humana como atributo enajenado del producto del trabajo.[13] En el resto del tomo I –y en los dos tomos restantes– Marx no sigue avanzando de manera sistemática en el despliegue de las determinaciones materiales y sociales del sujeto revolucionario. A partir del punto de la presentación alcanzado, y tras haberse movido hacia la exterioridad de las determinaciones internas de la producción de plusvalor relativo y hacia su reproducción, la acumulación y la ley general que gobierna el movimiento de esta, se limita a dar un salto gigantesco hasta la conclusión contenida en el acápite referido a la "Tendencia histórica de la acumulación capitalista", donde ofrece el siguiente célebre

[13] Esta afirmación requiere de una salvedad, en la medida en que la creación de una sobrepoblación relativa a las necesidades del proceso de acumulación también constituye una transformación de la subjetividad productiva producida por el desarrollo de la gran industria. En concreto, constituye el caso extremo de la mutilación material de los atributos productivos de la clase obrera; esto es, ya no solo su degradación sino, lisa y llanamente, la ausencia de su reproducción.

recuento de las determinaciones que llevan a la abolición del modo de producción capitalista.

> Paralelamente a esta concentración, o a la expropiación de muchos capitalistas por pocos, se desarrollan en escala cada vez más amplia la forma cooperativa del proceso laboral, la aplicación tecnológica consciente de la ciencia, la explotación colectiva planificada de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo que solo son utilizables colectivamente, la economización de todos los medios de producción gracias a su uso como medios de producción colectivos del trabajo social, combinado. Con la disminución constante en el número de los magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de trastocamiento, se acrecienta la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación, pero se acrecienta también la rebeldía de la clase obrera, una clase cuyo número aumenta de manera constante y que es disciplinada, unida y organizada por el mecanismo mismo del proceso capitalista de producción. El monopolio ejercido por el capital se convierte en traba del modo de producción que ha florecido con él y bajo él. La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en que son incompatibles con su corteza capitalista. Se la hace saltar. Suena la hora postrera de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados (Marx, 2000a, p. 951).

Dejando de lado la cuestión de la engañosa confusión de dos "momentos" cualitativamente diferentes –y, por tanto, separables en su análisis– de la acción revolucionaria de la clase obrera contenida en este pasaje –esto es, la expropiación de la burguesía y la abolición del capital–, queda el problema de si las determinaciones desarrolladas por Marx en capítulos previos alcanzan para justificar la transición a esta explicación en extremo simplista y demasiado general del modo en que se hace "saltar" a la "corteza capitalista".[14] Sin duda, la tendencia a la centralización

[14] Cualesquiera sean las ambigüedades presentes en la formulación de Marx en el citado pasaje del acápite sobre la "Tendencia histórica de la acumulación capitalista", hasta la más superficial lectura de sus llamados "escritos políticos" eviden-

del capital discutida en el capítulo sobre la "Ley general de la acumulación capitalista" brinda una exposición de la necesidad que subyace a la progresiva socialización del trabajo como un atributo de la forma capitalista del trabajo privado. Pero este desarrollo se detiene de manera abrupta en la exterioridad de la determinación cuantitativa del alcance del trabajo social organizado en forma consciente, sin decir palabra alguna acerca de las transformaciones cualitativas de la subjetividad productiva del trabajador colectivo presupuestas por esa misma extensión cuantitativa. Visto desde esta perspectiva, pensamos que la transición a la subjetividad revolucionaria contenida en el pasaje en cuestión se encuentra insuficientemente mediada. En efecto, ¿cómo es que esos trabajadores, cuya subjetividad productiva ha sido vaciada de todo contenido, han de organizar la asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo la forma de una potencia colectiva autoconsciente, siendo esto de lo que se trata, en definitiva, la abolición del capital? La creciente "masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación" confronta por cierto a esos trabajadores con manifestaciones inmediatas extremas del modo enajenado de existencia de su ser social. En consecuencia, podría llevarlos a

---

cia que tenía muy en claro la "unidad en la diferencia" entre la expropiación de la burguesía y la abolición del capital. Para empezar, esto se encuentra sintetizado en el programa político de la clase obrera a ser implementado mediante la "conquista del poder político", contenido en *El manifiesto comunista*, cuyo contenido económico inmediato consiste en la centralización absoluta del capital bajo la forma de propiedad estatal –con la consiguiente abolición de la burguesía– y en la universalización de las condiciones de reproducción de la clase trabajadora, pero que no involucra, en cambio, la abolición del modo de producción capitalista (Marx y Engels, 2008, pp. 67-69). Como lo muestra en detalle Chattopadhyay (1992 y 2015), para Marx la conquista revolucionaria del poder político junto con la expropiación de la burguesía eran las formas necesarias de comenzar el proceso de transformación del modo de producción capitalista en la asociación libre de los individuos. Pero, a diferencia de la concepción que puede hallarse en Lenin y en el marxismo ortodoxo en general, Marx era muy claro con respecto a que el dominio político de la clase obrera "no implica en sí mismo la apropiación colectiva por parte de la sociedad" (Chattopadhyay, 1992, p. 93). La "dictadura del proletariado" era, para Marx, un período dentro del modo de producción capitalista –y por lo tanto no era una sociedad no capitalista de transición–, en la cual el capital debía ser revolucionado en cada rincón y cada grieta hasta haber preparado de manera completa a los trabajadores para su autoemancipación, es decir, para su autoabolición como clase obrera.

reforzar su resistencia colectiva a la explotación capitalista mediante el fortalecimiento de sus relaciones de solidaridad en la lucha en torno al valor de la fuerza de trabajo. Por sí mismas, sin embargo, esas expresiones de la enajenación capitalista no tienen manera de transformar a la lucha de clases de forma de la reproducción de esa enajenación en forma de la superación plenamente consciente de esta. Desde una perspectiva materialista, la cuestión no se puede reducir a la voluntad de transformar de manera radical el mundo. Al contrario, lo que debe develarse ante todo es la existencia objetiva de las potencias materiales para hacerlo. Como lo pone Marx en *La sagrada familia*, se trata de una "urgencia [*Not*] absolutamente imperiosa" determinada como la "expresión práctica de la necesidad [*Notwendigkeit*]" (Marx y Engels, 1978, p. 36; traducción modificada). La emergencia de la necesidad social subyacente a la constitución histórica de esas potencias transformadoras involucra, por tanto, la mediación de más revoluciones en la materialidad de la subjetividad productiva de los trabajadores.

En este sentido, acordamos en general con los planteos que sostienen que *El capital* de Marx está incompleto. Pero no en el sentido de que la dialéctica del capital necesita ser complementada con la de la lucha de clases (Shortall, 1994), o con la economía política del trabajo asalariado (Lebowitz, 2005), como si estos aspectos no fueran momentos internos de aquella misma primera dialéctica. Más bien, pensamos que es la propia "dialéctica del capital" y, en particular, el movimiento contradictorio de la producción de plusvalor relativo mediante el sistema de maquinaria, la que requiere ser completada. Sin este examen ulterior del desarrollo de la subjetividad productiva humana como atributo enajenado del capital social global, quedará sin cerrarse la brecha entre la "dialéctica del trabajo humano" desplegada en los capítulos de *El capital* relevantes a este punto, y las conclusiones revolucionarias presentadas sobre el final del tomo I.

En la sección siguiente examinaremos la presentación hecha por Marx de las determinaciones del sistema de maquinaria en los *Grundrisse*. Pese a que el despliegue sistemático completo de las determinaciones faltantes tampoco se encuentra allí, veremos que de este texto pueden extraerse los elementos principales para realizar dicho despliegue.

Los *Grundrisse* y el sistema de maquinaria: en busca del eslabón perdido en las determinaciones de la subjetividad revolucionaria

Como vía de entrada al abordaje del sistema de maquinaria hecho por Marx en los *Grundrisse*, volvamos un momento a nuestro examen de las determinaciones de la gran industria tal como estas son presentadas en *El capital*. En particular, volvamos a la relación entre la ciencia y el proceso de producción. Pese a que aquella forma de producción de plusvalor relativo implicaba la aplicación general de la ciencia como fuerza productiva, esta última no constituía un atributo portado por los trabajadores involucrados en el trabajo directo en el proceso de producción inmediato. Para ellos, dicho conocimiento científico tomaba la forma de un poder ajeno ya objetivado en la máquina. Marx hace notar esto también en los *Grundrisse* (Marx, 1997b, pp. 226-227).

Sin embargo, como lo expone Marx en los "Resultados del proceso inmediato de producción", esas potencias científicas son, en última instancia, productos del trabajo (Marx, 2000b, p. 97). Así, pese a que el sujeto formal de esas potencias –como sucede con todas las potencias que brotan de la organización directa de la cooperación humana– sigue siendo el capital, surge de inmediato la cuestión de quién es el sujeto material cuyo trabajo intelectual –enajenado– desarrolla las capacidades científicas de la especie humana y organiza su aplicación práctica en el proceso inmediato de producción. Habiendo descartado a los trabajadores manuales como tal sujeto productivo, parece que la única alternativa fuera volver la mirada hacia el único personaje restante en el proceso inmediato de producción: el capitalista. Pero, ¿es él quien personifica, mediante el desarrollo de su conciencia y su voluntad productivas, la necesidad que tiene el capital por controlar en forma científica las potencias del movimiento de las fuerzas naturales? La respuesta la da Marx en una nota al pie del capítulo "Maquinaria y gran industria" de *El capital*:

> La ciencia no le cuesta absolutamente "nada" al capitalista, lo que en modo alguno le impide explotarla. La ciencia "ajena" es incorporada al capital, al igual que el trabajo ajeno. Pero la apropiación "capitalista" y la apropiación "personal", ya sea de la ciencia, ya

> de la riqueza material, son cosas absolutamente distintas. El propio doctor Ure deploraba la crasa ignorancia de que adolecían, con respecto a la mecánica, sus queridos fabricantes explotadores de máquinas, y Liebig ha podido hablarnos de la horripilante incultura de los empresarios ingleses de la industria química en lo que a química se refiere (Marx, 1999c, p. 470).

Por tanto, no es el capitalista quien personifica las potencias intelectuales para desarrollar el conocimiento científico presupuesto por su existencia objetivada en un sistema de maquinaria. La ciencia incorporada en el proceso de producción inmediato es resultado de la apropiación del producto del trabajo intelectual de un "otro". Este "otro", cuya actividad productiva es portada por el proceso de producción directa de la gran industria como mediación necesaria, no está presente de manera explícita en la exposición de Marx en *El capital*. Podría haber dos razones para tal exclusión. En primer lugar, que en tiempos de Marx un sujeto social de ese tipo estaba solo comenzando a desarrollarse. En segundo lugar, y en consecuencia, porque la presentación de Marx en *El capital* se restringe a las transformaciones sufridas por la subjetividad productiva de los trabajadores del proceso inmediato de producción. Sin embargo, lo que toda su discusión sugiere es que entre las transformaciones que la gran industria provoca se encuentra la extensión de la unidad material que comprende el proceso de trabajo total hacia fuera de los límites de "los muros de la fábrica".[15] Por lo tanto, el proceso de producción directo se convierte en apenas un aspecto de un proceso de trabajo más amplio, que ahora implica dos momentos adicionales: el desarrollo de la potencia para regular de manera consciente, universal y objetiva los movimientos de las fuerzas naturales –en una palabra, la ciencia–, y la aplicación de esta capacidad en la organización práctica del sistema automático de maquinaria y lo que reste de trabajo directo, esto es, la aplicación tecnológica de la ciencia, incluida la conciencia de la unidad de la cooperación productiva. Por cierto, estos otros momentos están también presentes en *El capital* (Marx, 1999c, p. 516). Sin embargo, la presentación que Marx hace allí parece girar en torno

[15] En este análisis de las determinaciones ulteriores del proceso de producción de la gran industria seguimos el desarrollo de Iñigo Carrera (2013a, pp. 9-49).

al énfasis sobre su modo de existencia separado con respecto a la subjetividad de los trabajadores directos y que se presupone a la actividad de estos. En contraste, en los *Grundrisse* oscila entre ese ángulo sobre la cuestión (Marx, 1997b, pp. 218-220) y otro que pone en primer plano la unidad material subyacente de la actividad total del trabajo vivo, donde el desarrollo de la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas actúan como momentos constitutivos esenciales.[16] Con el sistema de maquinaria, "el proceso entero de producción, empero, no aparece como subsumido bajo la habilidad directa del obrero, sino como aplicación tecnológica de la ciencia. Darle a la producción un carácter científico es, por ende, la tendencia del capital, y se reduce el trabajo a mero momento de ese proceso" (Marx, 1997b, p. 221).

Las determinaciones presupuestas por la producción de plusvalor relativo suponen la especificación de los propietarios de mercancías en capitalistas y trabajadores asalariados. Habiendo descartado a los primeros como el sujeto material del trabajo científico, resulta evidente que solo aquellos determinados como individuos doblemente libres pueden personificar el desarrollo de este momento del proceso de producción propio de la gran industria. Así, pese a no haber sido referido de manera explícita por Marx, el beneficio de la perspectiva histórica nos permite reconocer de modo inmediato cómo es que el capital social global lidia con su necesidad constante de desarrollar las potencias productivas de la ciencia: lo hace engendrando un órgano parcial especial del obrero colectivo, cuya función es avanzar en el control consciente del movimiento de las fuerzas naturales y en su objetivación bajo la forma de sistemas de maquinaria automáticos cada vez más complejos. Mientras que el sistema de maquinaria conlleva la descalificación progresiva de los trabajadores que realizan lo que queda de trabajo

[16] Dunayevskaya hace notar la diferencia de presentación entre el abordaje del sistema de maquinaria en los *Grundrisse* –donde se consideran las potencialidades emancipadoras del sistema de maquinaria– y en *El capital* –donde se enfatiza su determinación como expresión materializada del dominio del trabajo muerto sobre el trabajo vivo (Dunayevskaya, 1989, pp. 80-86). Sin embargo, esta autora atribuye esto a un cambio en la visión de Marx al respecto, en vez de explicarlo por la consideración de potencialidades cualitativamente diferentes engendradas por el propio desarrollo del sistema de maquinaria y personificadas por los diferentes órganos parciales del trabajador colectivo.

directo –al punto de vaciar su trabajo de todo contenido distinto de la repetición mecánica de tareas en extremo simples–, también conlleva la expansión tendencial de la subjetividad productiva de los miembros del órgano intelectual del obrero colectivo. El capital requiere formas de trabajo cada vez más complejas de parte de estos trabajadores.[17] Estos también son "efectos inmediatos de la producción mecánica sobre el obrero", en igual medida que los discutidos en *El capital*. Huelga decir que, en la medida en que esta subjetividad productiva expandida no es más que una forma concreta de la producción de plusvalor relativo, el ejercicio de estas potencias productivas intelectuales también se encuentra invertido como un modo de existencia del capital en su movimiento de autovalorización.[18]

Bajo esta forma enajenada el capital produce una transformación material cuyo significado fundamental excede la producción de obreros que se caracterizan por portar diferentes atributos productivos. Lo que está en juego aquí es, ante todo, una transformación sustancial de la naturaleza misma del trabajo humano (Iñigo Carrera, 2013a, p. 20). Este deja de consistir en la aplicación directa de la fuerza de trabajo sobre el objeto de trabajo para transformarlo. Ahora, se convierte cada vez más en una actividad dirigida al control consciente de los movimientos de las fuerzas naturales,

[17] La llamada "tesis de la descalificación", formulada en la obra precursora de Braverman (1987), constituye una reducción unilateral a solo uno de los momentos de este movimiento doble de degradación/expansión de la subjetividad productiva del trabajador colectivo, requerido por el sistema de maquinaria. Véase al respecto Iñigo Carrera (2013a, p. 43). Una de las razones inmediatas de la unilateralidad de dicho abordaje reside, como señala Tony Smith, en su muy restringida definición de "calificación", referida en gran medida a las calificaciones propias de la manufactura (Smith, 2000, p. 39).

[18] Esto es, las potencias productivas de la ciencia toman una forma enajenada no solo frente a los trabajadores manuales, que las enfrentan ya objetivadas en el sistema de maquinaria. Los trabajadores intelectuales también confrontan el desarrollo de la ciencia que ellos mismos personifican como una potencia ajena portada por el producto de su trabajo social. Lo que es más, la naturaleza enajenada de este desarrollo del trabajo intelectual se expresa incluso en su forma científica general, esto es, en su método. En su determinación como forma de la reproducción del capital, el conocimiento científico está llamado a representar las formas naturales y sociales como entidades autosubsistentes o afirmaciones inmediatas, y sus relaciones como inevitablemente exteriores. Véanse Iñigo Carrera (1992; 2013a, pp. 235 y ss.; 2013b y 2014) y Starosta (2003).

de modo de hacer que estas actúen de manera automática sobre el objeto de trabajo y, así, realicen su transformación. De acuerdo con la exposición de Marx del sistema de maquinaria en los *Grundrisse*, es en el despliegue histórico contradictorio de esta transformación material específica de la subjetividad productiva humana que reside la clave del límite absoluto del capital:

> En la misma medida en que el tiempo de trabajo –el mero cuanto de trabajo– es puesto por el capital como único elemento determinante, desaparecen el trabajo inmediato y su cantidad como principio determinante de la producción –de la creación de valores de uso–; en la misma medida, el trabajo inmediato se ve reducido cuantitativamente a una proporción más exigua, y cualitativamente a un momento sin duda imprescindible, pero subalterno frente al trabajo científico general, a la aplicación tecnológica de las ciencias naturales por un lado, y por otro frente a la fuerza productiva general resultante de la estructuración social de la producción global, fuerza productiva que aparece como don natural del trabajo social (aunque [sea, en realidad, un] producto histórico). El capital trabaja, así, en favor de su propia disolución como forma dominante de la producción (Marx, 1997b, p. 222).

Para ponerlo en pocas palabras, el tema aquí es la vieja cuestión acerca de la relación entre el llamado trabajo intelectual y trabajo manual. En concreto, el punto fundamental a dilucidar es la forma específica capitalista en la cual se afirma el movimiento antitético de esos dos momentos del trabajo vivo en el desarrollo del sistema de maquinaria. El aspecto revolucionario de esta transformación histórica del trabajo vivo de la sociedad capitalista es que, tanto la escala y la complejidad de la escala del proceso de producción como, en particular, el carácter cada vez más científico de su organización, vuelven impotente a la subjetividad del capitalista –el no trabajador– para personificar el trabajo directamente social que se realiza bajo el dominio de su capital. Esto significa, en otras palabras, que el desarrollo de las potencias del trabajo intelectual y su ejercicio se convierte en un atributo de las "clases laboriosas".[19]

[19] Acerca del carácter superfluo del capitalista, véase en especial los concisos comentarios de Marx en las *Teorías de la plusvalía* (Marx, 1989a, p. 279). La comple-

La subjetividad productiva expandida científicamente del trabajo intelectual es, por su propio carácter, cada vez más universal. El ejercicio de esta forma de trabajo humano apunta a la expansión del control consciente sobre la totalidad de las fuerzas de la naturaleza. Lo que es más, esta subordinación de las últimas a las potencias del trabajo vivo supone la comprensión de sus determinaciones generales para, a partir de allí, desarrollar sus aplicaciones tecnológicas particulares como sistemas de maquinaria en permanente evolución.

Así, con la constitución y permanente revolución de este órgano del trabajador colectivo, el capital engendra otra tendencia a la producción de trabajadores portadores de una subjetividad productiva universal. Sin embargo, esta universalidad ya no es la universalidad vacía derivada de la absoluta falta de capacidades productivas individuales a la que se encuentran condenados los trabajadores directos. Desarrollada en su plenitud, se convierte en la rica universalidad concreta de los órganos de un sujeto colectivo que cada vez más se torna capaz de organizar en forma científica el proceso de producción de cualquier sistema automático de maquinaria y, en consecuencia, cualquier forma de cooperación social sobre la base de la gran industria. A medida que se expande la subjetividad productiva de los trabajadores, deja de tratarse de que la individualidad del trabajador se desvanece "como cosa accesoria e insignificante ante la ciencia, ante las descomunales fuerzas naturales y el trabajo masivo social que están corporificados en el sistema fundado en las máquinas" (Marx, 1999c, p. 516). En efecto, la

---

jidad y la escala de la cooperación del obrero colectivo de la gran industria hacen que las capacidades subjetivas del capitalista resulten impotentes para personificar, en nombre de su capital, inclusive el trabajo improductivo de dirección de los órganos productivos de este. Todas las funciones de supervisión, coerción y administración pasan a ser personificadas, en consecuencia, por un órgano parcial del trabajador colectivo (Marx, 1997d, pp. 494-495; 1999c, p. 517). El carácter parasitario del capitalista, aunque no aún del capital, se vuelve así cada vez más manifiesto. Y nótese que esto expresa una necesidad enajenada de la acumulación del capital social global mismo: el consumo del capitalista representa una deducción del plusvalor potencial que podría ser destinada a su autoexpansión. Dicho sea de paso, la confusión entre el carácter parasitario del capitalista y el de la forma-capital como tal, subyace a la visión de Negri de las formas "posfordistas" presentes de la cooperación humana, como si portaran en su inmediatez –esto es, sin la mediación de más transformaciones materiales– la potencialidad de hacer explotar la relación capital (Negri, 1992, pp. 65-68; 1999, pp. 156-60).

ciencia misma no es sino el producto directo de la objetivación de su subjetividad productiva:

> La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ferrocarriles, *electric telegraphs*, *selfacting mules*, etc. Son estos, productos de la industria humana: material natural, transformado en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza o de su actuación en la naturaleza. Son órganos del cerebro humano creados por la mano humana; fuerza objetivada del conocimiento. El desarrollo del capital *fixe* revela hasta qué punto el conocimiento o *knowledge social general* se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del *general intellect* y remodeladas conforme al mismo. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas no solo en la forma del conocimiento, sino como órganos inmediatos (Marx, 1997b, pp. 229-230).

Vimos cómo en *El capital*, Marx se focaliza en el "lado negativo" de los efectos que tiene la producción de plusvalor relativo mediante el sistema de maquinaria sobre las formas materiales de la subjetividad productiva de la clase obrera. La emergencia histórica de la necesidad social de la constitución de un "individuo social plenamente desarrollado" aparecía, así, como una posibilidad abstracta, cuya conexión con el desarrollo por parte del capital de una producción maquinizada parecía exterior. A la inversa, podemos apreciar ahora cómo, en los *Grundrisse*, Marx afirma la tendencia inexorable del capital a desarrollar "todos los poderes de la ciencia y de la naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales" (Marx, 1997b, p. 229), como engendrando la transformación histórica de esa misma subjetividad universal concreta.

Más aún, y aquí en consonancia con *El capital*, presenta a la subjetividad universal concreta como aquella cuya expansión ulterior, llegado un punto, choca con su forma social enajenada capitalista. En consecuencia, como la forma material de la subjetividad productiva que porta como potencialidad inmediata la necesidad de la "creación de una nueva sociedad". Así, Marx continúa:

> El plustrabajo de la masa ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el no-trabajo de unos pocos

> ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso de producción material inmediato se le quita la forma de la necesidad apremiante y el antagonismo (Marx, 1997b, pp. 228-229).

Podría parecer que Marx sustituye aquí al trabajador manual por el trabajador intelectual como sujeto revolucionario. Sin embargo, la clave no consiste en oponer abstractamente trabajo intelectual y trabajo manual directo de modo de privilegiar uno por sobre el otro, sino en asir las formas contradictorias en las que el capital desarrolla estos dos momentos del proceso de trabajo. Dado que la exposición de Marx en los *Grundrisse* solo se ocupa de la tendencia general y, en particular, de su resultado histórico –esto es, del movimiento de "la sociedad burguesa en su conjunto" (Marx, 1997b, p. 237)–, no presta mucha atención a las formas contradictorias en que la tendencia se afirma. Sin embargo, resulta claro que, en el despliegue histórico de la tendencia a la objetivación progresiva de toda aplicación directa de la fuerza de trabajo humana sobre el objeto de trabajo como un atributo de la máquina, el capital reproduce y exacerba en los hechos la separación entre trabajo intelectual y manual.[20]

[20] Una de las debilidades centrales de las teorías del "trabajo inmaterial" o el "capitalismo cognitivo" es su lectura "etapista" del "Fragmento sobre las máquinas", texto sobre el que buscan fundamentar las bases de su enfoque (Lazzarato, 1996; Virno, 2003; Vercellone, 2011b; por ejemplo). En otras palabras, esos autores usan los referidos pasajes de los *Grundrisse* para distinguir la existencia de lo que consideran una etapa específica del desarrollo capitalista que, según se argumenta, supera no solo la gran industria sino también la subsunción real: la etapa del "intelecto general". Lo que es aún peor, estas teorías aplican la tendencia esencial y la forma acabada descrita en los *Grundrisse* de manera no mediada –y, por lo tanto, en forma especulativa– a formas concretas contemporáneas de su realización que todavía representan su negación. El resultado es que pasan por alto o minimizan el movimiento contradictorio de expansión/degradación y universalización/particularización que conllevan las formas materiales presentes de la subsunción real. Como hemos visto, lo que el "Fragmento sobre las máquinas" despliega no es el abstracto opuesto de las determinaciones de la subjetividad productiva de la gran industria, sino su desarrollo más concreto. El significado de ese texto sin lugar a dudas esencial es, en consecuencia, sistemático. Y, dicho sea de paso, también lo es el de la distinción entre las tres formas diferentes de la subsunción real presentadas en *El capital* y aquella entre subsunción real y subsunción formal. Para una argumentación potente en contra de la lectura "etapista" de esos capítulos de *El capital*, véase Tomba (2007).

En efecto, en la medida en que la conversión de la pericia subjetiva del trabajador directo en una potencia objetiva de la máquina no es un evento instantáneo sino gradual, cada paso adelante en la abolición del trabajo manual efectuado mediante la revolución de las formas materiales del proceso de producción se realiza al mismo tiempo multiplicando los espacios para su explotación. De hecho, las propias formas tecnológicas nuevas pueden generar, como condición de su existencia, la proliferación de una multitud de procesos productivos todavía sujetos a la intervención manual del trabajador, ya sea como apéndice de la maquinaria, como órgano parcial en una división manufacturera del trabajo o, incluso, bajo la forma de "industria doméstica". Así, mientras las condiciones para la eliminación total del trabajo manual son producidas, el trabajo directo como apéndice de la maquinaria o de la división del trabajo propia de la manufactura tiende a ser reproducido bajo nuevas condiciones, con formas aun más degradadas de la subjetividad productiva y condiciones más duras de explotación.[21]

[21] Esto es ilustrado por Marx en el acápite 8 del capítulo sobre "Maquinaria y gran industria" en *El capital*. Allí muestra cómo la producción de plusvalor relativo mediante el sistema de maquinaria reproduce la manufactura moderna, el artesanado y la industria doméstica. De este modo, el capital no solo revoluciona las determinaciones de la existencia social de los trabajadores incorporados a la gran industria, sino también las de las porciones de la clase obrera que aún trabajan bajo la división manufacturera del trabajo o en la industria doméstica. Estas últimas formas del proceso de producción social persisten en su supervivencia solo mediante la imposición de las más brutales formas de explotación de los trabajadores. Sin embargo, Marx deja en claro que la subsistencia de la manufactura y la industria doméstica es siempre provisoria, aun cuando parezca persistir por largos períodos. La tendencia general del capital es al desarrollo total de la gran industria. Más aún, la discusión de Marx deja en claro que la clase obrera no debe "sentarse y esperar" hasta que se alcance el límite para la subsistencia de la manufactura; límite que está dado por la medida en que la sobreexplotación de la fuerza de trabajo compensa su productividad del trabajo relativamente baja en comparación con la de la gran industria. En la medida en que la lucha por el acortamiento de la jornada de trabajo logra imponer la implementación de este límite en aquellas ramas de la producción en que la manufactura persiste, acelera el desarrollo de la gran industria al no permitir la venta de la fuerza de trabajo por debajo de su valor y, en consecuencia, al reducir el límite capitalista a la introducción de maquinaria. Aquí tenemos un claro ejemplo de cómo la política progresiva media la política revolucionaria, al tratarse la primera de la forma concreta del desarrollo de las determinaciones materiales de la emergencia de la segunda.

Con todo, sucede que esta diferenciación interna del obrero colectivo sobre la base de las respectivas formas de subjetividad productiva es la forma concreta en que se realiza la abolición histórica de esta misma diferenciación. Así, es mediante la exacerbación de la separación entre el trabajo manual e intelectual que el capital tiende a abolir el peso cualitativo y cuantitativo del trabajo manual en el proceso de reproducción de la vida social, convirtiendo de este modo al momento esencial del trabajo vivo en un proceso intelectual. Bajo este curso, la transformación que hace el capital del proceso de trabajo llega a un punto en que esta separación no puede prevalecer como forma de organizarse el proceso de vida de la humanidad. El desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad solo puede afirmarse entonces mediante la personificación de las potencias intelectuales de la producción social por la subjetividad individual de cada órgano parcial de un cuerpo productivo, ya a esta altura, directamente social. Más aún, esta incorporación de las potencias del "intelecto general" por cada trabajador individual debe ahora tomar la forma de conocimiento social objetivo –esto es, la ciencia–, en vez de constituir el producto de la experiencia productiva subjetiva inmediata del trabajador, como era el caso en la producción artesanal independiente. Como veremos de inmediato, la forma necesaria en que se realiza esta transformación material es la acción política conscientemente organizada del conjunto de la clase obrera, más allá de sus diferencias en cuanto a la subjetividad productiva.[22]

[22] Por lo demás, huelga decir que, aunque los trabajadores que portan una subjetividad productiva expandida expresan el movimiento hacia el desarrollo de una individualidad universal, lo hacen por dentro de los límites del capital como forma social enajenada. En otras palabras, no es la realidad inmediata de las formas materiales de su subjetividad productiva la que constituye el tipo de "individualidad rica y polifacética" discutida por Marx (1997a, p. 267). En igual medida que los trabajadores con una subjetividad productiva degradada, aquellos deben no solo transformar "la sociedad", sino también atravesar un proceso de autotransformación en el curso del proceso revolucionario. En consecuencia, ambos órganos del trabajador colectivo deben "sacarse de encima toda la vieja basura" impuesta por la determinación de la subjetividad humana como forma concreta de la reproducción de plusvalor relativo. En concreto, esto conlleva la transformación del trabajo intelectual –esto es, del modo de conocimiento o forma del método científico– y su generalización. Véase *supra* nota 18.

En su movimiento de autovalorización formalmente ilimitado, por tanto, el capital no puede detenerse en la producción de sujetos productivos universales. Al mismo tiempo, esta revolución constante de las formas materiales de la subjetividad productiva humana solo puede tener lugar mediante la socialización progresiva del trabajo privado, estableciendo de ese modo la extensión del alcance de la regulación consciente del trabajo directamente social como una necesidad inmediata de la producción de plusvalor relativo. Así, mediante el desarrollo de la gran industria, el capital obra también en pos de la emergencia de la otra precondición del "trabajo realmente libre":

> [E]n el proceso de producción de la gran industria […] así como por un lado el sometimiento de las fuerzas naturales bajo el intelecto social está presupuesto en la fuerza productiva del medio de trabajo que se ha desarrollado hasta convertirse en proceso automático, por el otro, el trabajo del individuo en su existencia inmediata está puesto como trabajo individual superado, esto es, como trabajo social. De tal manera periclita la otra base de este modo de producción (Marx, 1997b, p. 233).

Sobre la doble base de la expansión de las potencias productivas científicas del "intelecto general" y de la determinación del trabajo humano como directamente social, el capital avanza hacia el punto en que alcanza su límite histórico absoluto como forma social. Este límite no se alcanza cuando la acumulación de capital deja de desarrollar las fuerzas productivas materiales de la sociedad como, siguiendo a Trotsky (2008, p. 65), supone el marxismo ortodoxo.

Por el contrario, el capital choca con su límite cuando la socialización y la universalización científica de las potencias del trabajo humano mediante la producción de plusvalor relativo engendran, como su propia necesidad inmanente, el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad bajo una forma material particular: la organización plenamente consciente del trabajo social como la relación social general que regula la reproducción de la vida humana y, en consecuencia, como un atributo portado por cada una de las subjetividades productivas singulares que conforman el trabajador colectivo. Bajo esas circunstancias, el salto

adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad –dictado por la necesidad más inmediata del capital mismo, esto es, la producción de plusvalor relativo– entra en conflicto con las relaciones capitalistas de producción. Traducido a nuestros modos de expresión, esta clásica formulación marxiana solo puede significar lo siguiente: surge la necesidad social enajenada de que el ser humano sea producido como un sujeto productivo que tiene conciencia plena y objetiva de las determinaciones sociales de sus potencias y actividad individuales. Así, el individuo humano ya no ve a la sociedad como una potencia ajena y hostil que lo domina. En cambio, experimenta de modo consciente y objetivo la materialidad de la vida social –esto es, la cooperación productiva– como la condición necesaria para el desarrollo de la plenitud de su individualidad y, por lo tanto, reconoce de manera consciente y objetiva la necesidad social por el gasto de su fuerza de trabajo en asociación con el resto de los productores. Pero, como es evidente, esta forma de la subjetividad humana choca necesariamente con una forma social capitalista que produce seres humanos como individuos privados e independientes quienes, en consecuencia, ven su interdependencia social general y su desarrollo histórico como una potencia ajena y hostil portada por el producto del trabajo social. La determinación de las formas materiales del proceso de trabajo como portadoras de relaciones sociales objetivadas ya no puede, por tanto, mediar la reproducción de la vida humana. Así, la acumulación de capital debe llegar a su fin y dar paso a la libre asociación de los individuos:

> Empero, con la abolición del carácter inmediato del trabajo vivo como trabajo meramente individual, o solo extrínsecamente general, con el poner de la actividad de los individuos como inmediatamente general o social, a los momentos objetivos de la producción se les suprime esa forma de la enajenación; con ello son puestos como propiedad, como el cuerpo social orgánico en el que los individuos se reproducen como individuos, pero como individuos sociales. Las condiciones para ser tales individuos sociales en la reproducción de su vida, en su proceso vital productivo, solo son puestas por el proceso económico histórico mismo; tanto las condiciones objetivas como las subjetivas, que no son

> más que dos formas diferentes de las mismas condiciones (Marx, 1997b, p. 395).

Así, lo que se realiza bajo la forma concreta de la revolución comunista es la necesidad histórica de la universalidad plenamente desarrollada y socializada de la subjetividad productiva de los trabajadores. Esto implica que la conciencia política revolucionaria de la clase obrera solo puede ser expresión concreta de su conciencia productiva.[23] Lo que la acción política del proletariado realiza, esto es, su contenido, es la transformación de la materialidad de las fuerzas productivas del individuo humano y, en consecuencia, de sus formas sociales de organización y desarrollo. Para ponerlo en otros términos, se trata de una mutación material del proceso de producción de la vida humana, que toma forma concreta mediante una transformación de sus formas sociales, la cual, a su vez, se realiza mediante una acción política consciente, esto es, mediante una revolución. Así, la cuestión aquí no es tratar de encontrar las "condiciones objetivas" externas que disparan o facilitan el desarrollo de una acción política autodeterminada. En cambio, lo que está en juego es el contenido y la forma de la necesidad de abolir la forma capital.

Para recapitular, ahora podemos apreciar la importancia del "Fragmento sobre las máquinas" de los *Grundrisse*. Aunque de manera poco sistemática –después de todo, se trata apenas de manuscritos de investigación–, aquella primera versión de la crítica de la economía política contiene los elementos para el despliegue

[23] También implica que la acción revolucionaria es expresión de una subjetividad enajenada. En otras palabras, la abolición del capital no es producto de una acción política autodeterminada o abstractamente libre, sino que es una acción que los trabajadores están *compelidos* a realizar como personificaciones de las leyes enajenadas del movimiento del capital mismo. Véase Iñigo Carrera (2013a). Lo que separa a la acción política superadora del capital de las formas de la lucha de clases que reproducen el capital es su determinación específica como acción colectiva que tiene conciencia plena de su carácter enajenado, esto es, de estar personificando una necesidad del capital. Sin embargo, al tomar conciencia de su determinación como modo de existencia del capital, los obreros revolucionarios también descubren la tarea histórica de la que, como individuos plenamente conscientes aunque enajenados, deben encargarse: la superación del capital mediante la producción de la organización comunista de la vida social. La subjetividad revolucionaria, en consecuencia, se organiza como una acción política enajenada que en el curso de su propio desarrollo se libera de su propia enajenación.

sistemático de la plenitud de las determinaciones que constituyen el contenido inmanente de la práctica transformadora superadora del capital, algo que en *El capital* solo se logra de manera parcial. Sin embargo, en realidad es este último texto el que despliega la necesidad de su forma, es decir, de la acción política consciente del conjunto de la clase obrera. Como hemos visto, mediante la discusión de las *Factory Acts*, Marx despliega la determinación de la acción política de la clase obrera como mediación necesaria, bajo la forma de una acción colectiva conscientemente organizada, para la imposición de la regulación consciente general del trabajo social en el modo de producción capitalista; esto es, como forma concreta de la organización invertida –y, por tanto, inconsciente– de la vida social a través de la forma capital. Pero, aun más, hemos visto también que la lucha de los obreros como clase también era la forma necesaria en que se afirmaba la necesidad del capital social global por trabajadores portadores de una subjetividad productiva cada vez más universal, resultado del movimiento de la subsunción real bajo la forma de la gran industria. Sin duda, de acuerdo a la exposición de Marx en el capítulo XIII de *El capital*, la lucha de clases no trasciende de su determinación como momento mediador de la reproducción del capital social global. Esto se debe a que no despliega su contenido material inmanente –la socialización y el desarrollo universal de la subjetividad productiva humana– hasta su límite absoluto. Ahora bien, esto es lo que, en cambio, hace en los *Grundrisse*: no despliega allí un contenido diferente, sino que desarrolla una figura más compleja de ese mismo contenido. *A fortiori*, el modo concreto de realización de dicho contenido no se modifica, sigue siendo la lucha de los asalariados como clase. Una lucha, sin embargo, que ya no está determinada como una forma de la reproducción del capital. Como expresión de la plenitud de su contenido, la acción política de los asalariados ahora está determinada como modo de existencia de la práctica humana que trasciende al capital. De allí la determinación general de la revolución comunista: el constituir la forma política asumida por la producción histórica de la subjetividad de la "rica individualidad, tan multilateral en su producción como en su consumo, y cuyo trabajo, por ende, tampoco se presenta ya como trabajo, sino como desarrollo pleno de la actividad misma" (Marx, 1997a, p. 267).

Conclusiones

En este capítulo hemos argumentado que, en su unidad, los *Grundrisse* y *El capital* proveen los elementos para la exposición científica de las determinaciones que llevan a la constitución social de la clase obrera como una clase revolucionaria. Esta exposición, en realidad, debe abarcar la reproducción mediante el pensamiento de la unidad concreta de todas las determinaciones de la existencia social involucradas en la necesidad de la abolición del capital, empezando por su forma más simple, es decir, la mercancía. Sin embargo, la discusión se centró en la forma específica del capital que porta la necesidad de su propia superación como una potencialidad inmediata. Esa forma, según hemos procurado argumentar, descansa sobre la forma más desarrollada que asume la subsunción real del trabajo con respecto al capital: el sistema de maquinaria.

Como hemos visto, el tratamiento que Marx da a la gran industria en *El capital* difiere de la exposición que había formulado en los manuscritos de investigación conocidos como *Grundrisse.* Esto ha llevado a muchos lectores a ver ambas perspectivas como si fueran en cierto modo incompatibles, incluso como un reflejo de un cambio de perspectiva de parte de Marx, desde una primera visión optimista de las potencialidades emancipatorias de las formas de la subsunción real hasta una visión más pesimista de estas, como una expresión más del dominio despótico del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. El presente capítulo ha ofrecido una lectura diferente de este aspecto del desarrollo intelectual de Marx. Por más que sin dudas la exposición del autor cambió entre los *Grundrisse* y *El capital*, esta diferencia no expresa a nuestro entender dos miradas excluyentes de las determinaciones de la subjetividad productiva propia de la gran industria. Más bien, cada texto se centra, en realidad, en la exposición del desarrollo de una de las dos contradicciones esenciales que caracterizan la forma más compleja de la subsunción real, cuyo desarrollo constituye la base inmanente de la subjetividad revolucionaria. En *El capital*, la exposición se centra en la "contradicción absoluta" (Marx, 1999c, p. 593) entre particularidad y universalidad del desarrollo de la subjetividad productiva, llevando a Marx a enfatizar la degradación material de la individualidad del asalariado de la gran industria.

En contraste, en los *Grundrisse*, Marx enfoca la atención en el desarrollo de la contradicción entre los momentos intelectual y manual del proceso de producción bajo el dominio del capital, lo que lo lleva a desplegar la tendencia a la expansión científica de la subjetividad del trabajador doblemente libre. Sin embargo, ambas contradicciones son dos lados de una misma moneda: la forma enajenada en la que los seres humanos producen la materialidad de su ser genérico a determinada altura de su desarrollo y sobre la base de presuposiciones históricas específicas.[24]

> Los individuos no pueden dominar sus propias relaciones sociales antes de haberlas creado. Pero es también absurdo concebir ese nexo puramente material como creado naturalmente, inseparable de la naturaleza de la individualidad e inmanente a ella. El nexo es un producto de los individuos. Es un producto histórico, pertenece a una determinada fase del desarrollo de la individualidad. La ajenidad y la autonomía con que ese nexo existe frente a los individuos, demuestra solamente que estos aún están en vías de crear las condiciones de su vida social en lugar de haberla iniciado a partir de dichas condiciones (Marx, 1997a, p. 89).

Como hemos visto, este desarrollo no solo involucra la inversión formal entre sujeto y producto del trabajo social, sino también la mutilación material de la individualidad productiva de los asalariados. Sin embargo, Marx también era claro respecto de la necesidad histórica relativa de esas formas, si bien solo como un momento transitorio en el proceso histórico mundial del desarrollo de la materialidad del "trabajo realmente libre" y, de ahí, en la producción de la necesidad de su propia superación (Marx, 1997a, pp. 89-90).

[24] Esas presuposiciones históricas implican un grado de desarrollo de la individualidad productiva del ser humano que alcanzan en la historia su "forma clásica adecuada" bajo la forma de la libertad y la independencia del trabajo individual, aislado del campesino y el artesano, es decir, sobre la base de la disolución de toda relación de dependencia personal (Marx, 1997a, p. 83; 2000a, p. 951). La especificidad material del capital, que alcanza formalmente de manera enajenada, consiste en la socialización del trabajo libre pero aislado (Marx, 2000a, p. 951).

Capítulo 7
Producción de plusvalor relativo y nueva división internacional del trabajo[1]

> El mercado mundial [es el lugar] en el cual la producción está puesta como totalidad al igual que cada uno de sus momentos, pero en la que al mismo tiempo todas las contradicciones se ven en proceso. El mercado mundial constituye a la vez el supuesto, el soporte del conjunto (Marx, 1997a, p. 163).

A pesar de su fuerte influencia durante la primera mitad de la década de 1980, la tesis de la nueva división internacional de trabajo (NDIT) propuesta por Fröbel, Heinrichs y Kreye (1980) cayó en desgracia hacia la década de 1990. Las reservas que generó por entonces este enfoque estuvieron en gran medida vinculadas a la emergencia de algunos desarrollos empíricos que parecían contradecir sus principales afirmaciones; entre ellos, el llamado "escalamiento industrial" de la primera generación de "tigres asiáticos", que luego incluiría sectores más o menos complejos o "capital intensivos", en lugar de sectores intensivos en trabajo no calificado, tal como se suponía que había sido previsto por Fröbel, Heinrichs y Kreye. Si bien muchas de estas objeciones descubrieron debilidades reales de la tesis de la NDIT, en este capítulo argumentaremos que las explicaciones alternativas ofrecidas por los críticos no estuvieron libres de defectos y que los debates sobre la industrialización tardía acabaron, por decirlo de algún modo, arrojando al bebé junto con el agua sucia de la bañera. En otras palabras, nuestro

[1] Este capítulo es una traducción y ampliación de Starosta (2016).

argumento principal es que muchas de esas críticas eran equivocadas, y que todavía hay mucho por recuperar en las ideas originales de la tesis de la NDIT para un análisis crítico sobre las dinámicas contemporáneas de la división internacional del trabajo.

El objetivo del presente capítulo es, por tanto, ofrecer una reformulación crítica de la tesis de la NDIT que conserve su "núcleo racional" al tiempo que abandone sus puntos problemáticos. En pocas palabras, buscaremos argumentar que dicho núcleo reside, por un lado, en su perspectiva global sobre la acumulación de capital y, por otro, en la centralidad que le atribuye a las transformaciones materiales recientes en el proceso de trabajo como clave para explicar las potencialidades de desarrollo en la llamada industrialización tardía. En contraposición, sostendremos que las principales debilidades de este enfoque refieren, en primer lugar, a la conceptualización que ofrece sobre la cambiante configuración material del proceso de producción en el capitalismo y, en segundo lugar, a su incapacidad para ofrecer una explicación de fundamentos sólidos de la persistencia de la división internacional del trabajo clásica (DITC) en algunas regiones del mundo, por ejemplo, en América Latina. Sobre esta base, en este capítulo sostendremos además que una tesis revisada de la NDIT puede arrojar nueva luz sobre las especificidades de la "industrialización impulsada por las exportaciones" en el Tercer Mundo, en particular en lo que respecta a los procesos de desarrollo del Este asiático (Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, entre otros).

El debate sobre la nueva división internacional del trabajo

Antes de examinar los debates que surgieron en torno al trabajo de Fröbel, Heinrichs y Kreye a partir de la década de 1970, vale la pena resumir el sentido general del argumento que se suele atribuir a su enfoque. La versión popularizada de la tesis de la NDIT sostiene que ante la pérdida de rentabilidad en los "países capitalistas avanzados", debida en lo fundamental al aumento de los salarios locales, las empresas transnacionales (ETN) comenzaron a relocalizar las manufacturas intensivas en trabajo en el llamado Tercer Mundo, siendo este proceso un factor clave en el declive industrial que prevaleció en aquellos países a fines de la década de 1970 y principios

de la de 1980. En particular, esta relocalización fue motivada por el hecho de que los países del Tercer Mundo proveían a estas ETN de una enorme reserva potencial de fuerza de trabajo barata y disciplinada. De este modo, la combinación de los avances tecnológicos en los medios de comunicación y transporte, la creciente fragmentación de los procesos de producción y la consecuente simplificación de las tareas semicalificadas y no calificadas, permitió el establecimiento en estos países de "fábricas globales" orientadas a la exportación. Por consiguiente, la DITC, que hasta entonces había girado en torno a la polarización de la economía mundial en un "centro" industrializado y una "periferia" dependiente confinada al rol de proveedora de materias primas, fue reemplazada por la NDIT, con un Tercer Mundo industrializado pero aún dependiente, y un Primer Mundo orientado hacia una economía basada en los servicios incapaz de absorber la resultante población desocupada.

Un primer punto señalado de manera recurrente por varios críticos de esta tesis de la NDIT ha sido que las estrategias competitivas de las ETN no se han basado nada más en la búsqueda de espacios de producción para el mercado mundial con disponibilidad de fuerza de trabajo barata y disciplinada. Este énfasis excesivo en la minimización de costos y la oferta de factores, según se critica, ignoraba que las empresas también consideran la maximización de los ingresos y la existencia de mercados de producto final a la hora de tomar decisiones sobre la ubicación geográfica de su producción (Schoenberger, 1989, p. 92). En este sentido, la tesis de la NDIT habría pasado por alto que en los últimos treinta o cuarenta años, en ciertas regiones del mundo "en desarrollo", la inversión extranjera directa (IED) ha sido orientada al aprovechamiento de mercados nacionales rentables, como en las industrias automotriz y química (Jenkins, 1984; Fagan y Webber, 1999, p. 38). Por otra parte, se argumenta que las ETN también continuaron invirtiendo en nuevas empresas de materias primas y agroindustriales.

A pesar del énfasis de los críticos en este punto, Fröbel, Heinrichs y Kreye eran conscientes de dichos fenómenos. De hecho, reconocieron que la aparición de la NDIT "no significa que el capital ya no explote los posibles beneficios de la producción en países cuyo mercado interno está protegido" (Fröbel, 1982, p. 511). También es claro que para estos autores el establecimiento de "fábricas globales" no implicaba que se acabaran las inversiones en la

producción de materias primas agrarias y mineras –incluidos sus derivados procesados, como la agroindustria–, que aprovechan las condiciones naturales diferenciales no reproducibles por el capital, como lo es la fertilidad excepcional de un tipo de tierra (Fröbel, 1982, p. 512). En este punto, se puede decir que su estrategia argumentativa era subrayar las tendencias novedosas de desarrollo de la acumulación global, con la conciencia de que "la concretización, modificación o trascendencia de estas direcciones y tendencias en circunstancias 'locales' particulares requerirá una investigación ulterior" (Fröbel, 1982, p. 508).

Con todo, es justo decir que Fröbel, Heinrichs y Kreye subestimaron la perseverancia de la DITC y de alguna manera tendieron a "sobregeneralizar" las potencialidades de estas nuevas tendencias de desarrollo en la geografía del capitalismo global. Por caso, su estudio empírico incluyó evidencias de Brasil como ejemplo del establecimiento incipiente de fábricas globales (Fröbel *et al.*, 1980, pp. 428 y ss.). Y, sin embargo, Brasil –junto con la Argentina– es uno de los casos más paradigmáticos de la tendencia opuesta: la persistencia de la DITC y su perdurable –aunque decreciente– potencialidad para sostener los procesos de industrialización orientada hacia mercados internos protegidos –o regionales, como el Mercosur– en los países "periféricos" (Iñigo Carrera, 2007b; Grinberg, 2008). Lo cierto es que la aparición y el desarrollo de la NDIT no implicó la superación de la DITC. En efecto, ambas modalidades coexisten en la configuración actual del mercado mundial, lo que conduce a una forma más compleja de establecerse la unidad formal y material del proceso de acumulación global.[2]

[2] Este hecho, sin embargo, plantea la pregunta de por qué una u otra forma de la división internacional del trabajo tiende a prevalecer en un país o una región en particular. Al respecto, pensamos que ni Fröbel, Heinrichs y Kreye ni sus críticos ofrecieron una respuesta convincente. Como se ha procurado argumentar en otro lugar, la existencia y la reproducción de esos mercados internos protegidos han requerido el flujo continuo de una masa extraordinaria de riqueza social que complementase el plusvalor extraído a la clase trabajadora local, hasta el punto de determinar la especificidad misma del proceso de acumulación en esos espacios nacionales. La disponibilidad en algunos países de una masa abundante de renta del suelo, derivada de la presencia de excepcionales condiciones naturales no reproducibles en la agricultura, la minería o la producción de energía, ha proporcionado esta fuente adicional de riqueza social (Iñigo Carrera, 2013a, pp. 144 y ss.; 2017; Grinberg y Starosta, 2009 y 2015; Caligaris, 2016b).

Asimismo, los críticos de Fröbel, Heinrichs y Kreye han argumentado que la tesis de la NDIT tampoco acertó en su pronóstico sobre el destino del proceso de acumulación de capital en el Primer Mundo. En efecto, las tajantes afirmaciones de este enfoque acerca de la tendencia a la desindustrialización de los antiguos "centros" del capitalismo dependían en gran medida de supuestos muy específicos sobre la evolución del proceso de producción, tales como la fragmentación de las tareas, la descalificación de los trabajadores y la estandarización de los productos (Sayer, 1986; Schoenberger, 1988). Sin embargo, junto con la relocalización de la producción, las ETN han recurrido a una reestructuración en sus propios espacios nacionales de origen, al utilizar la mayor automatización del proceso de trabajo como una estrategia alternativa (Schoenberger, 1988 y 1989). En otras palabras, la producción industrial podría ser asimismo "relocalizada hacia el norte" (Cho, 1985; Oberhauser, 1990; Nanda, 2000).

En la medida en que Fröbel, Heinrichs y Kreye hicieron hincapié de manera unilateral en las dinámicas de transformación en el "sur global" sin ahondar sobre el tipo de mutaciones experimentadas por los llamados "países capitalistas avanzados", esas críticas sin duda develaron una de las limitaciones fundamentales de la formulación original de la tesis de la NDIT. No obstante, los argumentos específicos presentados tampoco se basaban en fundamentos sólidos. Como lo demuestra el caso de la evolución de la industria del acero en Brasil y Corea del Sur, por ejemplo, la mayor "intensidad de capital" de los procesos de trabajo más automatizados no ha impedido su relocalización en los "países periféricos" (Grinberg, 2016b). En este sentido, se puede decir que la validez general de la tesis de la NDIT no descansa en ningún supuesto particular sobre la "intensidad de capital" del proceso de producción.[3] La cuestión, en cambio, pasa por la baratura relativa y disciplina de ciertos tipos de fuerza de trabajo, sea en tareas de ensamblaje manual o de operación de maquinaria en un proceso de trabajo más automatizado.[4] En otras palabras, lo

[3] Además, hay que señalar que la línea de razonamiento de la "relocalización hacia el norte" se basó en lo que, como ya ha sido demostrado, es una historia mítica sobre los efectos de las nuevas tecnologías flexibles sobre los atributos productivos de los trabajadores directos (Tomaney, 1994).

[4] En cierta medida, esto fue captado por Fröbel, Heinrichs y Kreye, aunque mencio-

que importa para las implicancias espaciales de las transformaciones del proceso de trabajo capitalista es si la producción de las diversas calidades de fuerza de trabajo requeridas por un proceso de trabajo cada vez más automatizado implica una menor cantidad de tiempo –y por lo tanto cuesta menos– que antes de la introducción de los cambios tecnológicos. Nótese, además, que este punto se aplica también al llamado trabajo intelectual. En cuanto este tipo de trabajo experimenta un proceso de simplificación relativa, la explotación de las formas resultantes menos complejas de la fuerza de trabajo intelectual también puede ser relocalizada en los países donde el capital encuentra ese tipo de trabajadores de forma más barata y con una subjetividad más dócil, tal como lo ilustra la literatura actual sobre la "deslocalización de la innovación" y el "trabajo creativo" (Ernest, 2005; Huws, 2006 y 2014). Por lo tanto, veremos que el escalamiento industrial y el incremento concomitante de los salarios reales en países como Corea del Sur, y de ahí el desarrollo subsiguiente de redes de producción regionales estructuradas de modo jerárquico (Bernard y Ravenhill, 1995; Hart-Landsberg y Burkett, 1998), es consistente con la tesis de la NDIT y no conduce a su refutación, como algunos críticos tendieron a asumir (por ejemplo, Henderson, 1989; Fagan y Webber, 1999).[5]

Por otro lado, la renovada ola de migración internacional de trabajadores y el desmantelamiento de las políticas estatales que sostenían la reproducción relativamente indiferenciada de los diferentes segmentos de la clase obrera –esto es, el llamado "Estado de bienestar"– han evidenciado que el capital no siempre requirió relocalizarse para beneficiarse de las ventajas de la NDIT. También

---

nado en general al pasar (véase, por ejemplo, Fröbel, 1982, p. 538). De hecho, en un estudio posterior sobre las zonas francas, estos autores consideraron de manera explícita los debates sobre los efectos de las nuevas tecnologías en la NDIT, y reconocieron que las "innovaciones en las tecnologías de los procesos no han llevado a las empresas a dar la espalda a los lugares de bajo costo en la organización mundial de su producción" ya que, en lo que respecta al trabajo más calificado que dichos procesos productivos requieren, la diferencia de salarios entre "norte y sur" podría ser incluso mayor que la existente entre los salarios de los trabajadores no calificados (Kreye *et al.*, 1987, p. 15).

[5] Como ha sido señalado en otro lugar, estas dinámicas de simplificación relativa y subsiguiente relocalización internacional del trabajo intelectual se encuentran también en la base del fenómeno del "Tigre Celta", con el desarrollo de *software* como uno de sus sectores emblemáticos (Friedenthal y Starosta, 2016).

pudo "recrear" el contenido general de la NDIT dentro de los territorios nacionales mediante la imposición de una mayor diferenciación en las condiciones de explotación y reproducción de fuerza de trabajo de complejidades heterogéneas, a través de la superposición de la mediación formal de la ciudadanía o a través de la reafirmación de las mediaciones formales de raza, etnia y género (véase también Charnock, Rribera-Fumaz y Purcell, 2016).[6]

Por último, otra objeción esgrimida por los críticos plantea que la tesis de la NDIT exageró el papel de las ETN en moldear los contornos del mercado mundial y no reconoció la "acción" de las empresas autóctonas de la "periferia" (Fagan y Webber, 1999, p. 39). Consideramos que esta objeción se basa tanto en una lectura errónea del argumento de Fröbel, Heinrichs y Kreye como, lo que es más importante, en una interpretación equivocada del verdadero determinante del surgimiento de la NDIT: el cambio en las condiciones materiales en el proceso de valorización del capital industrial a escala global. En efecto, con independencia de la "nacionalidad" de los capitales industriales, este proceso, directa o indirectamente, minimiza el costo total de reproducción de la clase obrera global y, por lo tanto, aumenta la tasa de valorización del capital global como un todo. La cuestión relevante aquí es la relocalización espacial del proceso de valorización del capital como tal, y no la de las empresas capitalistas individuales.[7] El surgimiento, la consolidación e incluso el liderazgo de mercado de "campeones nacionales" de la "periferia" –por ejemplo, el crecimiento y el "escalamiento industrial" de los chaebols coreanos– han sido una expresión genuina de la NDIT tanto como la IED orientada hacia el mercado mundial de las ETN. Como demuestra la discusión de Grinberg sobre la siderúrgica coreana Posco, la base objetiva de su competitividad global y su consecuente éxito ha sido la misma que atrajo la inversión internacional de las ETN en otras partes del Este de Asia –o en otros sectores de la propia Corea del Sur–: la brutal explota-

[6] La migración internacional, por tanto, forma parte constitutiva de la NDIT, y no conduce a su refutación como deduce, por ejemplo, Cohen (1987). Sassen (1993) ofrece, en cambio, una visión más equilibrada.

[7] En este sentido, los datos de IED no pueden saldar la cuestión acerca de la validez de la tesis de la NDIT, como algunos autores argumentan, por ejemplo, Kiely (1995, p. 94).

ción de la reserva doméstica de obreros relativamente más baratos y sumisos que, a su vez, se hizo posible por la transformación material previa en el proceso de trabajo de la fabricación de acero que degradó los atributos productivos necesarios del respectivo obrero colectivo (Grinberg, 2016b).

En suma, el proceso global de reestructuración industrial ha implicado tanto cambios tecnológicos basados en la automatización como la relocalización espacial. Pero tanto uno como otro no han sido estrategias competitivas de las ETN excluyentes o contingentemente relacionadas, sino diferentes formas tomadas por el mismo contenido global: la nueva cualidad de la producción de plusvalor relativo a escala mundial por parte del capital como un todo. En la siguiente sección desarrollaremos más en detalle este punto fundamental.

Una reevaluación marxiana de la tesis de la nueva división internacional del trabajo

El contenido material global de la NDIT: la producción de plusvalor relativo a escala planetaria con base en la gran industria capitalista

Una de las principales fortalezas del aporte de Fröbel, Heinrichs y Kreye derivaba de que, a diferencia de la mayoría de sus críticos, partían de un análisis que se enraizaba en la naturaleza global del proceso de valorización capitalista. En otras palabras, el mercado mundial no era considerado como la suma total de economías nacionales interconectadas a través del comercio exterior y los flujos de capital. Por el contrario, Fröbel, Heinrichs y Kreye consideraban a las economías nacionales como "parte integrante de un único sistema global, es decir, de una economía-mundo capitalista que constituye un único sistema capitalista" (Fröbel *et al.*, 1980, p. 12). Asimismo, y en continuidad con el punto anterior, su enfoque no concebía a las políticas de los estados-nación como fuerzas "autónomas" que determinaban la estructura específica de los mercados y los procesos nacionales de acumulación de capital. Al contrario, aquellas eran vistas como mediaciones políticas de la integración, a través de la división internacional del trabajo, del contenido económico global del proceso de desarrollo capita-

lista, cuya "fuerza decisiva […] es la valorización y acumulación de capital" (Fröbel *et al.*, 1980, p. 29). Por tanto, consideraban el surgimiento de la NDIT no como impulsado por las estrategias deliberadas de los estados o de las ETN, sino más bien como el resultado "inconsciente" de un cambio cualitativo en las condiciones de un proceso global de acumulación de capital autónomamente regulado. El siguiente pasaje de su libro es elocuente e inequívoco a este respecto:

> En otras palabras: nosotros interpretamos el desplazamiento mundial de la producción industrial que hoy se observa (tanto dentro de los países industrializados tradicionales como en los países en vías de desarrollo), y la creciente división a nivel mundial del proceso productivo en diferentes fabricaciones parciales, como el resultado de una modificación cualitativa de las condiciones de valorización y acumulación de capital, que hace forzosa una nueva división internacional del trabajo. Esta es, pues, una innovación institucional del propio capital y no, por ejemplo, el resultado de una modificación de las estrategias de desarrollo de los respectivos países, o de decisiones caprichosas de las llamadas compañías multinacionales. El que los distintos países y empresas se vean obligados hoy a adaptar su política o su estrategia, respectivamente, a las nuevas condiciones (léase: a las exigencias del mercado mundial de centros de producción), es consecuencia y no origen de estas nuevas condiciones (Fröbel *et al.*, 1980, p. 52).

Desafortunadamente, las determinaciones generales detrás de esta idea fundamental no fueron elaboradas por Fröbel, Heinrichs y Kreye, abriendo así el espacio para algunas de las erróneas críticas revisadas antes. Además, los argumentos teóricos sustantivos que sí alcanzaron a desplegar se basaban en una síntesis bastante ecléctica de terminología marxista y de la propia de los enfoques de "sistema-mundo" y "teoría de la dependencia" que, a nuestro juicio, no contribuyó al rigor y la claridad de su discusión.[8] En concreto, y sin perjuicio del carácter esclarecedor de su trabajo, lo

[8] Véanse Jacobson, Wickham y Wickham (1979), Walker (1989) y Liokadis (1990), para diversas críticas al sesgo hacia sistemas-mundo/teoría de la dependencia de Fröbel, Heinrichs y Kreye (1980).

que le faltaba era, por tanto, una investigación más rigurosa sobre la naturaleza general del capital como relación social fetichizada.

En efecto, uno de los descubrimientos científicos más potentes de la crítica marxiana de la economía política fue que el capital no es una cosa –por ejemplo, los instrumentos de producción–, una unidad productiva o entidad legal –por ejemplo, una empresa–, ni un grupo social de características e intereses comunes compartidos –por ejemplo, élites empresariales–. En realidad, en su determinación general como valor que se autovaloriza, el capital es una relación social materializada entre poseedores de mercancías diferenciados en clases sociales, la cual se constituye en el verdadero sujeto (enajenado) del proceso de reproducción social en su unidad (Marx, 2000a, p. 761). Así, el capital es el movimiento formalmente ilimitado de autoexpansión de la relación social general objetivada entre individuos privados e independientes que, en su propio proceso, produce y reproduce a estos últimos como miembros de clases sociales antagónicas (Marx, 1998b, p. 123; 1999b, pp. 183-190).[9]

Como expresión de su naturaleza autoexpansiva, esta relación social fetichizada es global en contenido o sustancia y nacional solo en forma (Marx, 1997a, p. 163; Iñigo Carrera, 2013a, pp. 144-145). Esto significa que es la "autovalorización del valor" a escala global, o la acumulación al nivel del "capital social global", lo que constituye el fin inmanente en el mercado mundial (Smith, 2006, p. 193). Por eso, la dimensión territorial o espacial del proceso de acumulación y las cambiantes formas de la división mundial del trabajo no pueden ser vistas como determinadas por las estrategias de localización de las ETN, frente a diferencias cualitativas nacionales y regionales dadas, vistas estas últimas a su vez como establecidas por políticas estatales supuestamente autónomas. Más bien, estos fenómenos deben ser reconocidos como expresiones de las dinámicas contradictorias de acumulación del capital social global; dinámicas que están mediadas, en lo económico, por las relaciones de competencia entre capitales individuales como las ETN y, en lo

[9] Para un desarrollo más profundo de la determinación del capital como el sujeto social enajenado del movimiento de la sociedad moderna y, por tanto, la existencia social invertida de los seres humanos como su personificación, véase Iñigo Carrera (2013a) y Starosta (2015).

político, por las políticas de los estados nacionales (Clarke, 2001). Como afirma Burnham (1994) contra las teorías marxistas tradicionales de la economía política de las relaciones internacionales, el contenido inmanente de esas dinámicas globales no está dado por el "imperialismo" o la "dependencia", esto es, por una relación política directa entre estados, sino por la producción de plusvalor (relativo) a escala mundial (véase también Howe, 1981). Dicho de otro modo, el fundamento de la diferenciación espacial desigual del capitalismo global debe buscarse en las modalidades cambiantes de la explotación de la clase obrera global por el capital social global, a través de la transformación de las formas materiales del proceso capitalista de producción. Este último es, en suma, el contenido económico general que es realizado bajo las formas políticas de las acciones estatales –domésticas y exteriores– y del conflicto de clases, si bien "a espaldas" de las acciones antagónicas de las personificaciones involucradas –las clases sociales y sus diversas organizaciones políticas, las "élites políticas" o los "funcionarios estatales"–. Estas dinámicas contradictorias y sujetas a crisis, que implican la revolución permanente en los modos de ejercicio de la fuerza de trabajo de los trabajadores individuales y de su articulación como un cuerpo productivo directamente colectivo (Marx, 1999c, pp. 592-593), se encuentran en el corazón de las formas contemporáneas de la división internacional del trabajo.

Y aquí encontramos una de las debilidades centrales en la formulación original de la tesis de la NDIT, pues, como lo hizo notar Grinberg (2011), la base de la emergencia de la NDIT no reside en la intensificación de la división manufacturera del trabajo, esto es, en la "descalificación" resultante del "desglose del proceso productivo de una mercancía en elementos separados" (Fröbel *et al.*, 1980, p. 44; véanse pp. 42 y ss.). En cambio, como Iñigo Carrera (2013a) muestra en su explicación alternativa de la NDIT, esta última se desarrolló como una expresión del impacto que el progreso de la automatización de la gran industria capitalista tuvo en la subjetividad productiva individual y colectiva de la clase obrera.[10] En concreto, la constitución de la NDIT ha sido el resultado de la transformación

[10] Este foco equivocado en la manufactura en lugar de la producción maquinizada fue captado con precisión por Jenkins (1984) en su crítica temprana de la tesis de la NDIT, aunque no exploró más a fondo las implicancias de esta confusión.

de los modos de existencia del trabajador colectivo global, derivados del salto hacia adelante en el proceso de computarización y robotización de los procesos productivos de la gran industria, en particular a partir de la "revolución microelectrónica". Examinemos estos cambios productivos más de cerca.

Como corresponde a la tendencia general de la gran industria, estas transformaciones han girado en torno a una triple diferenciación cualitativa en la evolución de la fuerza de trabajo de los miembros del obrero colectivo. En primer lugar, involucró la expansión de los atributos productivos de aquellos trabajadores asalariados a cargo de las fases más complejas del proceso de trabajo. Es decir, todas esas formas del trabajo intelectual y científico que se necesitan para avanzar en la automatización del sistema de la maquinaria, tanto a través de la computarización de su calibración y control como de la robotización del ensamblado y de la alimentación de la máquina, entre otros procesos. Esto no solo ha incluido la expansión de la subjetividad productiva de estos trabajadores responsables del desarrollo de la capacidad de regulación objetiva y cada vez más universal del movimiento de las fuerzas naturales, o sea, de la ciencia. También ha incluido la multiplicación de la capacidad humana para incorporar la ciencia en el proceso inmediato de producción, tanto a través de sus aplicaciones tecnológicas en los sistemas de maquinaria como a través de la organización práctica consciente de la unidad de cooperación productiva basada en la industria maquinizada. Como Marx ya había anticipado en *El capital*, este desarrollo de las potencias intelectuales de la humanidad ha asumido una existencia separada *vis-à-vis* los trabajadores directos en el proceso inmediato de producción. Esto se ha evidenciado tanto en la creciente importancia del trabajo de investigación y desarrollo, como en la expansión del trabajo de "cuello blanco" involucrado en la programación de máquinas herramienta y en la planificación de producciones industriales de gran escala; en el caso de estas últimas actividades, lo hizo en la medida en que fueron disociadas del espacio de la producción directa de las mercancías. Sin embargo, más tarde o temprano, muchas de estas dimensiones intelectuales del trabajo vivo también se han visto sometidas al desarrollo de la automatización o a la "codificación" del conocimiento, y por lo tanto han sido relativamente simplificadas; por ejemplo, el diseño asistido por computadora.

En segundo lugar, el desarrollo de estas transformaciones materiales involucró asimismo un paso adelante en la expulsión de la intervención de la mano humana y del conocimiento práctico basado en la experiencia en el proceso de trabajo, *vis-à-vis* las formas dominantes durante el ciclo histórico de acumulación anterior. De hecho, estos cambios productivos han acelerado la codificación del conocimiento tácito, antes corporizado en el obrero industrial manual y en gran medida adquirido a través del largo proceso de *learning-by-doing* en el lugar de trabajo. Una vez codificado, este conocimiento se ha objetivado como un atributo del sistema de maquinaria (Balconi, 2002; Huws, 2006 y 2014). En este sentido, la tendencia ha sido sin duda la de una "descalificación" o "degradación" del trabajo directo de producción, aunque no como resultado de la profundización de la división manufacturera del trabajo, como Fröbel, Heinrichs y Kreye planteaban, sino a través de la objetivación de tareas antes manuales como funciones automatizadas de máquinas. Ahora bien, esta implementación de la automatización basada en la computación también ha implicado, junto con la indudable redundancia de los viejos atributos productivos, la creación de otros nuevos, no solo en los casos de los trabajos de "laboratorio" y "oficina" mencionados antes, sino incluso en la esfera de la producción directa. Por lo tanto, el efecto de la creciente automatización sobre la subjetividad productiva de los trabajadores del proceso inmediato de producción no ha sido solo de descalificación, sino que ha sido mixto, lo que comprende también una cierta "recalificación". De todas maneras, el punto crucial aquí, a menudo olvidado en los debates sobre el impacto de las denominadas "tecnologías flexibles", es que estos atributos productivos emergentes han sido de un tipo diferente de los que se habían perdido. En efecto, mientras que el resultado general ha sido una tendencia a la degradación de los atributos productivos "particularistas", que solo pueden desarrollarse lentamente a través de la experiencia práctica en el proceso directo de producción, muchas de las nuevas habilidades creadas –desde la familiaridad con las computadoras a la flexibilidad o la iniciativa individual en la resolución de problemas o la toma de decisiones– han tendido a girar en torno a la dimensión "universalista" de la cualidad productiva de la fuerza de trabajo; esto es, las llamadas competencias "blandas" o "genéricas" (véase Ramioul, 2006), cuyo desarrollo

se alcanza en el proceso general de educación y socialización que precede a su aplicación efectiva en el proceso de producción.[11] Nótese, no obstante, que el hecho de que muchas de esas últimas habilidades puedan ser consideradas como "intelectuales", es decir, involucrando control, planificación y memoria conscientes (véase, Hirschhorn y Mokray, 1992), no significa que sean solo actividades de alta complejidad en el sentido de requerir un proceso prolongado de formación de la subjetividad productiva (Coriat, 1993, pp. 183-184).[12]

En tercer lugar, mientras las nuevas tecnologías no resultaron en una eliminación total del trabajo manual del proceso automatizado de producción (Alcorta, 1999, p. 164), recrearon las condiciones para la reproducción extendida de lo que Marx llamó la moderna división manufacturera del trabajo, es decir, esas tareas y procesos de trabajo no mecanizados que actúan como un "departamento exterior" de la gran industria propiamente dicha (Marx, 1999c, pp. 559 y ss.). Por lo tanto, el proceso de ensamblado en muchas industrias ha seguido dependiendo en gran medida de las habilidades manuales de los trabajadores. Por otra parte, otras industrias han sido bastante resistentes a la mecanización, dada la imposibilidad técnica actual para reemplazar la sutileza de los movimientos de la mano humana en el tratamiento de ciertos materiales; por ejemplo, en la industria de la confección (Walker, 1989). Además, las nuevas condiciones tecnológicas han generado en un pricinpio, como su propia condición de existencia, la

[11] Para este doble efecto de las nuevas tecnologías en las habilidades de los trabajadores directos, véase Balconi (2002). Este desarrollo general contradictorio de las dimensiones particulares y universales de la fuerza de trabajo subsumida en la gran industria ya había sido identificado por Marx como su forma característica de movimiento. Véase su discusión de las cláusulas educacionales de la legislación fabril en *El capital* (Marx, 1999c, pp. 585 y ss.) y también *supra* capítulo 6.

[12] En cuanto al denominado "trabajador polivalente", se ha demostrado que su desarrollo podría no involucrar una expansión "vertical" de los atributos productivos. Más bien, ha significado en la mayoría de los casos la incorporación "horizontal" de tareas adicionales bastante simples, es decir, la pura intensificación del trabajo (Elger, 1990). En lugar de ser un obstáculo, la clase obrera más débil y dócil de determinados países "periféricos" puede haber sido aun más apropiada para la mayor intensidad del trabajo que permiten esos métodos de producción "flexibles". Esto se ha observado también en Japón, y constituyó uno de los secretos "ocultos" detrás de su competitividad en relación con los capitales estadounidenses y de Europa occidental en la década de 1980 (Dohse, Jürgens y Malsch, 1985).

proliferación de una multitud de nuevos procesos de producción o tareas que no estaban mecanizadas, por lo menos en sus etapas de desarrollo tempranas; por ejemplo, el ensamblaje, la prueba y el embalaje de microcomponentes electrónicos necesarios para el desarrollo de sistemas robotizados y asistidos por computadora (Henderson, 1989).[13]

El resultado de todas estas transformaciones materiales en el proceso de trabajo capitalista ha sido un incremento en la polarización interna del obrero colectivo global, de acuerdo con el tipo de atributos productivos que encarnan sus diferentes miembros. Como expresión concreta de la naturaleza inmanente del proceso de acumulación de capital, estos procesos sociales han sido globales en contenido y nacionales solo en su forma. En concreto, esta diferenciación creciente de los atributos productivos del obrero colectivo de la gran industria ha estado en la base de los patrones emergentes de diferenciación de los espacios nacionales y regionales de acumulación en las últimas cuatro décadas. En efecto, sobre la base de estos cambios productivos y la revolución de los métodos de comunicación y transporte, el capital ha potenciado su capacidad para esparcir a nivel mundial las diferentes partes del proceso de trabajo de acuerdo con las combinaciones más rentables de costos relativos y atributos productivos de los distintos fragmentos nacionales del obrero colectivo mundial, dando así origen a la NDIT.

Génesis histórica y dinámica de transformación de la nueva división internacional de trabajo

La constitución de "cadenas globales de producción de plusvalor" geográficamente dispersas sin duda empezó con la relocalización de los procesos de trabajo simple manual –en especial, aquellos de la moderna manufactura en el sentido ya definido–, mientras sus fases cada vez más complejas se concentraban en los países capitalistas avanzados. Esta es la primera manifestación particular de la

[13] En rigor, la multiplicación de la superpoblación relativa a las necesidades del proceso de acumulación también ha constituido una transformación de la subjetividad productiva producida por la automatización de la industria a gran escala (véase Marx, 1999c, pp. 521-544).

NDIT que Fröbel, Heinrichs y Kreye captaron de manera correcta aunque unilateral a finales de los años setenta, sin poder descubrir su contenido general. De hecho, los orígenes mismos de la NDIT se remontan a un período aun más temprano, a lo que podríamos llamar su "fase cero". En esta etapa "primitiva", que abarca desde la década de 1950 hasta finales de la de 1960, la NDIT surgió sobre todo en las industrias relativamente maduras que no eran las portadoras materiales clave de la producción de plusvalor relativo –por ejemplo, prendas de vestir y calzado– o en aquellos sectores que en esta etapa eran solo los precursores de la revolución tecnológica "microelectrónica", que entraría en erupción y se desplegaría en las décadas siguientes –por ejemplo, la electrónica de consumo más simple, como la radio de transistores en Japón– (Iñigo Carrera, 2013a, p. 67). Esta fragmentación internacional de los procesos de producción ganó fuerza entre la segunda mitad de los años sesenta y la década siguiente, "cuando se aceleró su expansión hacia los que se convertirían en sectores tecnológicos clave, como la fabricación de dispositivos semiconductores más avanzados basados en circuitos integrados" (Henderson, 1989, pp. 50-55). Sin duda, se podría decir que estas manifestaciones tempranas de la NDIT constituyeron su determinación como un *presupuesto* histórico de la última revolución tecnológica microelectrónica, que caracteriza la fase actual de la gran industria como tal. Pero la plenitud de sus potencialidades solo podía emerger como *resultado* histórico del salto hacia adelante en la automatización a través de la computarización y robotización del proceso de trabajo. En estas formas más desarrolladas, la NDIT se expandiría a una gama mucho más amplia de sectores.

Así, el surgimiento de la NDIT ha sido guiado por la búsqueda del capital no solo de salarios relativamente bajos, sino también de clases obreras domésticas cuyos atributos productivos específicos incluyeran la adaptación al "trabajo intenso, colectivo y disciplinado" (Iñigo Carrera, 2013a, p. 66) bajo condiciones severas; de otra forma, podría argumentarse que la mayor parte de los países en el África subsahariana, por ejemplo, habrían sido integrados a la NDIT en lugar de ser convertidos en reservorios de población sobrante relativa consolidada. En cambio, el tipo de población obrera disciplinada ha sido en efecto el caso de las clases obreras domésticas cuya génesis tuvo lugar en sociedades de cultivo húmedo de arroz

como las del Este asiático (Grinberg, 2014, p. 9).[14] De hecho, antes de incorporarse al ejército industrial activo, esos fragmentos nacionales de la clase obrera mundial habían formado una superpoblación obrera latente compuesta por antiguos campesinos libres que se encontraban, sin embargo, subordinados a un sistema tributario de explotación central y estructurado de modo jerárquico (Iñigo Carrera, 2013a, p. 66). Por tanto, se sigue de esto que la disponibilidad interna de fuerza de trabajo barata y apropiada para las necesidades materiales emergentes de la acumulación de capital a escala global no fue solo un "factor" entre otros. En realidad, fue la especificidad "institucional" determinante subyacente al exitoso proceso de industrialización del Este asiático.

Sin duda, este proceso ha tomado forma a través de la consolidación de determinadas políticas del Estado nacional, descritas con exactitud y detalle por los investigadores denominados "estatistas" en los debates sobre la naturaleza y características del "desarrollo tardío" en el Este asiático (Amsden, 1989; Wade, 1990). Pero, como fue señalado antes, estas políticas no determinaron la forma ni las potencialidades del proceso de acumulación en esa región. En cambio, solo mediaron la creación y subsecuente reproducción de las condiciones necesarias para la acumulación bajo esta nueva modalidad específica. Así, del lado de las políticas comerciales aparecieron la promoción de exportaciones y la liberalización de importaciones de insumos utilizados en las actividades de exportación, mientras que del lado de las políticas industriales aparecieron la promoción de la concentración y la centralización del capital industrial privado requeridas para la producción para el mercado mundial –o, cuando fue necesario, para la concentración directa del capital industrial o bancario en manos del Estado– (Grinberg y Starosta, 2009, pp. 772-773). Esta necesidad de una acelerada concentración y centralización del capital en particular significó que esos procesos no pudieron ser dejados en manos de

[14] Como señala Grinberg, el cultivo húmedo de arroz tiene, entre otras, las siguientes dos características particulares (Grinberg, 2014, p. 2). En primer lugar, es muy intensivo en trabajo, sobre todo durante los períodos de implantación y cosecha. En segundo lugar, cualquiera sea su extensión y complejidad y, en consecuencia, el grado de centralización, todos los sistemas de riego han requerido la "cooperación a todo nivel entre los campesinos alrededor de una única unidad de control de agua" (Bray, 1986, p. 67).

la "libre voluntad" de los capitalistas individuales, sino que tuvo que ser "impuesta" a ellos por el Estado en la forma de la "planificación indicativa", la asignación preferencial de crédito atada a objetivos de exportación, la racionalización de la competencia, y así sucesivamente. Pero, por sobre todo, estos llamados "estados desarrollistas" tuvieron en todos los casos a la represión política de movimientos obreros independientes como contenido fundamental de sus políticas (Deyo, 1989).

Ahora bien, como Marx ya enfatizó en *El capital*, la base técnica de la gran industria es revolucionaria y "nunca considera ni trata como definitiva la forma existente de un proceso de producción" (Marx, 1999c, p. 592). Esta característica genérica de esta forma material de la producción de plusvalor ha sido potenciada por su automatización basada en la microelectrónica, y ha conducido a un período de cambio técnico acelerado. En consecuencia, el soporte tecnológico de la NDIT ha experimentado un proceso permanente de reconfiguración que, lejos de socavarla, ha renovado su base y, de este modo, ha hecho posible su expansión hacia más sectores de la producción social. En efecto, en la medida en que con cada paso adelante en el proceso de automatización o codificación del conocimiento se revolucionan las habilidades requeridas por el proceso de trabajo, cada uno de los órganos del obrero colectivo puede ser reubicado en diferentes países en función de la combinación "óptima" de costos relativos y atributos productivos de la fuerza de trabajo disponible en cada espacio nacional de valorización. En este sentido, si bien la NDIT en sus inicios se centró en la relocalización del proceso de valorización en industrias "intensivas en trabajo no calificado", tales como la indumentaria, el calzado y, sobre todo, el ensamblaje de microelectrónica, su dinámica inmanente ha conducido a su extensión hacia una gama cada vez más amplia de sectores industriales, incluidos los relativamente complejos, como acero, automotriz y producción microelectrónica (Grinberg, 2014, p. 10). A su vez, estos desarrollos tecnológicos a la larga hicieron posible la fragmentación internacional de la subjetividad productiva de los diferentes órganos intelectuales del obrero colectivo global, en tanto muchas de esas funciones productivas científicas y "creativas" también experimentaron un proceso de "descalificación" relativa (Huws, 2014). Pero esto, sin embargo, presupone asimismo una mayor expansión de la subjeti-

vidad productiva de, por un lado, los trabajadores responsables de la codificación de ese conocimiento y, por otro, de aquellos responsables de la gestión, cuando resulta necesaria, de la cooperación productiva directa de esos órganos parciales del obrero colectivo geográficamente dispersos. Y esta fuerza de trabajo con el mayor desarrollo científico de su subjetividad productiva ha tendido a mantenerse en los "países industriales avanzados", al menos hasta la fecha (Iñigo Carrera, 2013a, p. 79). La NDIT, por tanto, ha extendido su alcance al ámbito del desarrollo científico y tecnológico, esto es, al llamado trabajo intelectual.

Así, al agotarse la población sobrante campesina local en las economías más avanzadas del Este asiático, primero en Japón y luego en la primera generación de "tigres asiáticos", las clases obreras domésticas comenzaron a reproducirse bajo nuevas condiciones que, de manera progresiva, les han permitido llevar a cabo los procesos de trabajo cada vez más automatizados o complejos resultantes de la expansión de la NDIT hacia industrias o funciones productivas siempre renovadas (Grinberg, 2014, p. 10). Estas transformaciones en la subjetividad productiva han sido mediadas por las políticas educativas y de investigación y desarrollo de los respectivos estados-nación. No obstante, el éxito en el escalamiento industrial de esos países no fue simplemente determinado por la implementación de esas políticas. En primer lugar, su "éxito" ha tenido como presupuesto la transformación previa del contenido cualitativo de los respectivos procesos de acumulación a través de su subsunción activa bajo la NDIT como fuentes renovadas de fuerza de trabajo barata y disciplinada. En segundo lugar, también supuso el desarrollo previo de cambios tecnológicos "sustitutivos de habilidades" en ciertas ramas de la producción social o el aumento en el valor de la fuerza de trabajo en Japón.

Aunque esto implicó una suba de los salarios reales en estos países –pues solo así se puede reproducir una mayor complejidad de la fuerza de trabajo– y, en consecuencia, un movimiento obrero fortalecido y una lucha de clases más intensa –pues la suba de los salarios reales no puede resultar del puro "automatismo" del mercado, sino que está necesariamente mediada por la acción política organizada de los trabajadores–, las clases obreras del Este asiático continuaron siendo relativamente más baratas y sumisas para el capital, *vis-à-vis* las clases trabajadoras en los países capitalistas

más avanzados. Nótese, no obstante, que este "escalamiento industrial" de la primera generación de países de industrialización tardía del Este asiático fue posible después de la introducción de cambios tecnológicos que redujeron la complejidad relativa de la fuerza de trabajo necesaria para realizar las respectivas tareas productivas (Balconi, *et al.*, 2007, p. 842). Por otra parte, tan pronto como una determinada clase obrera nacional se encarece demasiado –lo que tiende a ocurrir en cuanto su subjetividad productiva pierde de forma progresiva todo rastro de su peculiar origen campesino y se convierte en un producto genuino de la gran industria–, el capital comienza a relocalizarse en otros países que ofrezcan nuevas fuentes de trabajadores baratos y dóciles. Así, la producción en industrias "intensivas en trabajo no calificado" se contrajo en esos países al tiempo que se expandió en otros, en los que todavía se encontraba disponible una extensa población sobrante de origen campesino y cuyos salarios reales eran incluso más bajos todavía; por ejemplo, Malasia, Tailandia, Indonesia, México y China (Grinberg, 2014, p. 10).[15]

El capital social global ha utilizado esta reconfiguración de la división internacional del trabajo para multiplicar la diferenciación de las condiciones de reproducción de los diferentes segmentos del obrero colectivo de la gran industria a escala mundial.

[15] Es esta diferencia de *timing* lo que en gran medida explica la divergencia en los patrones de desarrollo industrial –esto es, el alcance de su proceso de "profundización"– entre la primera generación de "tigres asiáticos" y sus "seguidores" en el sudeste asiático. Además, muchos de esos seguidores posteriores tenían una masa de renta de la tierra sustancial para que el capital recuperara a través de mercados domésticos protegidos antes de convertirse en fuentes de fuerza de trabajo barata y dócil para la producción para el mercado mundial. Así, ha sido en general después de la caída de los precios de las materias primas –y por tanto de la renta de la tierra– a principios de la década de 1980 que estos países cambiaron su modo de integración en la división internacional del trabajo –también se aplica al caso de México en América Latina–. Esto, por supuesto, no significa que el proceso de industrialización en el Este asiático solo responda a las dinámicas condensadas en la tesis del "vuelo de gansos" (cf. Kasahara, 2004). De hecho, la nueva división internacional ha tomado forma en una estructura jerárquica (Bernard y Ravenhill, 1995) que, debido a los requerimientos de diferentes tipos de fuerza de trabajo a escala global, se estrecha en la parte superior y se ensancha en la parte inferior. Además, la aparición de China, con su oferta "ilimitada" de fuerza de trabajo relativamente barata y disciplinada, ha restringido las posibilidades de "escalamiento" del resto de los "seguidores".

Además, como fue mencionado antes, la transformación general global en la acumulación de capital tomó forma concreta no solo a través de cambios en los patrones de diferenciación nacional, sino también dentro de los territorios nacionales y a través de la formación de espacios de valorización supranacionales o regionales más amplios, cuya constitución por lo tanto ha requerido la mediación del desarrollo de nuevas formas jurídicas y políticas internacionales –por ejemplo, la Unión Europea– (véase Charnock, Purcell y Ribera-Fumaz, 2016). De esta manera, la divergencia en las condiciones de reproducción del órgano expandido y degradado del obrero colectivo se estableció también dentro de los propios países llamados avanzados. Este proceso fue, sin embargo, más difícil y prolongado. Las formas materiales y sociales de la producción de plusvalor relativo que prevalecieron durante el ciclo histórico de acumulación anterior constituyeron una barrera que debió volar por los aires antes de que la multiplicación de la mencionada diferenciación interna del obrero colectivo pudiera tener lugar.

En efecto, la fase del desarrollo capitalista denominada "keynesiana" se basó en la relativa indiferenciación en la reproducción de los dos tipos generales de subjetividad productiva activa, esto es, de la expandida y la degradada. Dicha indiferenciación tenía una doble base material. Por un lado, los dos tipos de subjetividad involucraban un cierto grado de universalidad en la materialidad de sus atributos productivos. Esto es evidente en el caso de la subjetividad productiva expandida, en la medida en que su forma científica tiene por objeto la regulación consciente de la universalidad del movimiento de las fuerzas naturales. Pero ya hemos visto que incluso la subjetividad productiva degradada de la gran industria requiere el desarrollo de una fuerza de trabajo con ciertas capacidades universales antes de su ejercicio en el proceso directo de producción. Por otro lado, por muy degrada que fuera la subjetividad de los trabajadores directos durante esta fase de la acumulación de capital, aún conservaba una intervención productiva estratégica en el corazón de la producción de plusvalor relativo, es decir, en la producción de la propia maquinaria (Iñigo Carrera, 2013a, pp. 61 y ss.). En efecto, tanto la calibración de la maquinaria como el proceso de ensamblaje aún dependían de la experiencia subjetiva de los trabajadores directos. Esta intervención estratégica dio al órgano degradado del obrero colectivo una fuente particular de fuerza po-

lítica en la lucha por el valor de la fuerza de trabajo, lo cual permitió a esos trabajadores forzar al capital a moderar la diferenciación en sus condiciones de reproducción en relación con aquellos que realizaban formas más complejas de trabajo. Bajo esas circunstancias, era más barato para el capital social global socializar al menos parte de la reproducción de la clase obrera a través de la provisión pública de educación, salud, etc., a fin de producir obreros universales en masa. Este es el contenido esencial detrás del desarrollo del "Estado de bienestar". Además, no fue un proceso simplemente "económico" que se produjo a través del "automatismo" puro de las "fuerzas de mercado", sino que tomó forma concreta necesaria en la unidad política y en la fuerza creciente de la clase obrera frente a la clase capitalista en su lucha por las condiciones de su reproducción social (véase, por ejemplo, Clarke, 1988, cap. 10).

Con el fin de diseminar la diferenciación acentuada de las condiciones de reproducción y explotación de los diversos órganos del obrero colectivo dentro de los llamados países avanzados, el capital tuvo, entonces, que romper la unidad que la clase obrera había alcanzado como expresión de esas determinaciones del ciclo de acumulación histórico anterior. Las propias dinámicas del desarrollo de la NDIT, mediadas como estaban por la crisis general de sobreproducción de capital a escala mundial que estalló a mediados de la década de 1970, proporcionaron los medios a través de los cuales ese proceso de reestructuración podía llevarse adelante (Iñigo Carrera, 2013a, pp. 70-74). En primer lugar, al erosionar la necesidad de la intervención manual estratégica o el conocimiento práctico de los trabajadores directos en el proceso de producción de la maquinaria, la automatización del proceso de trabajo sustentada en la microelectrónica que se encontraba en la base del desarrollo de la NDIT, socavó la fuente material de poder político de ese segmento de la clase obrera. Esta situación fue agravada por la relocalización real o potencial del proceso de valorización que, como hemos visto, este cambio técnico hizo posible. En segundo lugar, la solidaridad de la clase obrera fue debilitada incluso más mediante los efectos disciplinarios del crecimiento de la población sobrante relativa en muchos de los llamados países avanzados, provocada por la manifestación abierta de la mencionada crisis mundial de sobreproducción –cuya resolución definitiva se ha aplazado desde entonces a través de sucesivos ciclos de expansión alimentados por

el crédito– (Iñigo Carrera, 2013a, cap. 6). En tercer lugar, la crisis concomitante del "desarrollismo nacional" en el "sur global" también engrosó las filas de la sobrepoblación relativa, lo que, a su vez, proporcionó la fuente para el aumento masivo de los flujos migratorios en los países capitalistas avanzados (Ceceña y Peña, 1995). Como ya fue mencionado, esta migración internacional políticamente regulada permitió al capital superponer la mediación formal de la ciudadanía nacional y la diferenciación de las condiciones de reproducción entre los dos tipos generales de subjetividad productiva dentro de las fronteras de los llamados países avanzados. Por último, como resulta obvio a esta altura de nuestro argumento, la integración económica o política de espacios nacionales de valorización en áreas de libre comercio más amplias –por ejemplo, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte– o comunidades políticas regionales –por ejemplo, la Unión Europea– ha sido otra forma concreta en la cual el capital logró la incrementada heterogeneidad en la reproducción de los diversos órganos del obrero colectivo global.

En suma, como resultado de sus propias tendencias inmanentes, la forma original más simple de la NDIT se ha convertido en una constelación más compleja, a través de la cual el capital busca las combinaciones más rentables de costo relativo y cualidades/disciplinas resultantes del impacto de las diversas historias previas de los diferentes fragmentos nacionales de la clase obrera, impactando sobre sus condiciones generales de reproducción, y condensadas en el llamado "componente histórico" del valor de la fuerza de trabajo. Por eso, cada país que es activamente subsumido bajo la NDIT tiende a concentrar cierto tipo de fuerza de trabajo de atributos productivos "materiales y morales" distintivos de determinada complejidad, los cuales se encuentran dispersos en el espacio, pero son explotados colectivamente por el capital en su conjunto de la manera más económica posible. De este modo, el capital ha fragmentado la reproducción de los diferentes órganos productivos del obrero colectivo a fin de pagar por cada tipo individual de fuerza de trabajo solo –en lo posible– lo que es necesario para la más inmediata reproducción de los atributos materiales y morales relevantes de la fuerza de trabajo. Para el propósito del argumento general desarrollado en este capítulo, esta diferente constelación del proceso de acumulación de capital global no implica la superación de

la NDIT, sino que representa una forma más compleja asumida por el mismo contenido general: la fragmentación internacional de la subjetividad productiva de la clase obrera mundial. Sus dinámicas de desarrollo general han sido clara y sucintamente captadas por Grinberg (2011, p. 35): las producciones en ciertas ramas industriales específicas se han expandido en algunos países, mientras se contrajeron en otros donde sectores nuevos y más avanzados se desarrollaron, siguiendo un ritmo determinado por la evolución de los dos factores principales discutidos antes, esto es, los cambios materiales en el proceso de trabajo capitalista y el costo y los atributos productivos relativos de las fuerzas de trabajo nacionales (Silver, 2005).[16]

Conclusiones

En este capítulo hemos procurado ofrecer una revisión de la tesis original de la NDIT que pueda dar cuenta de la mayor diversidad nacional y regional en la trayectoria reciente de la economía mundial y que, por lo tanto, pueda evitar los defectos de esta tesis para el estudio de las transformaciones globales de la acumulación. Para ello, hemos reformulado las ideas presentes en la contribución de Fröbel, Heinrichs y Kreye, sobre la base de un enfoque alternativo respecto de la relación entre el desarrollo global de la "ley del valor" de Marx y el llamado "desarrollo desigual". En concreto, hemos planteado que es la producción de plusvalor relativo a través del desarrollo de la gran industria lo que constituye el motor de la dinámica global del capitalismo.

Sobre esta base, hemos identificado las principales tendencias y transformaciones en el proceso global de acumulación de capital desde la década de 1960, argumentando que sus características novedosas sin duda han girado en torno de la constitución y subsiguiente desarrollo de las dinámicas inmanentes de la NDIT. Sin embargo, también hemos observado que, en contra de las sobrege-

[16] La teoría de los "gansos voladores" refleja solo el segundo de estos factores. Además, esta teoría no explica por qué la producción industrial para los mercados mundiales, utilizando una fuerza de trabajo no calificada relativamente barata y disciplinada, pudo desarrollarse en Japón en primera instancia.

neralizaciones de las primeras formulaciones de la tesis de la NDIT, esta modalidad en la articulación material del proceso de acumulación global no ha llevado a la simple desaparición de la llamada DITC. En efecto, como dejan claro varios casos de estudio estructurados con base en este enfoque general (Caligaris, 2016b y 2017; Fitzsimons y Guevara, 2016; Grinberg, 2016b; Purcell, 2016), ha sido la continuidad en la reproducción de este patrón de diferenciación en la economía mundial lo que explica el curso del proceso de acumulación de capital en la mayoría de los países latinoamericanos en el Cono Sur, tanto su estancamiento desde mediados de la década de 1970 hasta la década de 2000, como su reciente auge en la última década impulsado por el alza de los precios internacionales de los productos primarios (Grinberg y Starosta, 2009).

En contraste, el argumento aquí presentado mostró que tanto el surgimiento del proceso de industrialización del Este asiático como su escalamiento más reciente –el cual se ha utilizado a menudo como evidencia en contra de la formulación original de la tesis de la NDIT por Fröbel, Heinrichs y Kreye– han respondido a patrones de desarrollo firmemente arraigados en los procesos sociales clave asociados con ella, es decir, las potencialidades creadas por las formas contemporáneas de automatización basadas en la microelectrónica y la gran disponibilidad local de clases obreras relativamente baratas, disciplinadas y de fácil formación. Por más fundamentales que hayan sido para vehiculizar el desarrollo a largo plazo de los países del Este asiático, las políticas estatales no determinaron su éxito industrial. Estas solo actuaron como una mediación política nacional necesaria de procesos sociales fundados en las transformaciones más amplias de la producción mundial de plusvalor relativo por parte del capital social global.

En términos más generales, se puede decir que la implicancia central subyacente a la contribución de este capítulo es en esencia metodológica y se refiere a la conexión "interna" entre lo que aparece exteriormente como dos conjuntos de aspectos diferenciados de la producción capitalista: lo económico y lo político, por un lado, y lo global y lo nacional, por otro (Grinberg y Starosta, 2015). En pocas palabras, el enfoque desarrollado aquí toma la unidad inmanente del mercado mundial capitalista como el punto de partida de la investigación. Desde esta perspectiva, los cambios en los patrones de diferenciación nacional son vistos como expresión de

las determinaciones contradictorias de la unidad global del proceso de acumulación. A su vez, las formas políticas específicas que prevalecen en cada país –es decir, la lucha de clases y las políticas estatales– se comprenden como el modo necesario de existencia y movimiento del contenido económico de la acumulación de capital. Estas relaciones no se basan en los abstractos principios generales de una metodología "estructuralista". En contraste, consideramos que se derivan de la determinación más general de las relaciones sociales capitalistas descubiertas por Marx a través de la crítica de la economía política, en pocas palabras: la subsunción de las fuerzas productivas del obrero colectivo global al movimiento autonomizado del producto enajenado de su propio trabajo social. Tal es el contenido fundamental de la autoexpansión del capital a escala mundial.

Capítulo 8
Competencia capitalista y cadenas globales de valor[1]

> [L]a competencia […] no es otra cosa sino que los muchos capitales se imponen, entre sí y a sí mismos, las determinaciones inamnentes del capital (Marx, 1997b, pp. 168-169).

En las últimas décadas el enfoque de cadenas globales de valor (CGV) ha cobrado una influencia dominante en los estudios del proceso económico que subyace a lo que los académicos llaman la "globalización".[2] Este enfoque forma parte de un número creciente de diversas perspectivas que han convergido en lo que puede ser caratulado como "el paradigma del desarrollo guiado por las redes" (Sturgeon, 1998). Este último se caracteriza por abordar la problemática del desarrollo a través de la utilización de alguna variante de los conceptos de "cadenas" o "redes" (Henderson *et al.* 2002, p. 448).[3] Sin pretender subestimar las diferencias entre las variadas

[1] Este capítulo es una traducción y ampliación de Starosta (2010a).

[2] Para una descripción detallada de la evolución del enfoque de CGV, véase Bair (2005). Se puede encontrar una presentación más concisa acerca del estado del arte en Gibbon, Bair y Ponte (2008), mientras que la colección de ensayos de Bair (2009) ofrece una visión más amplia y profunda.

[3] Entre los distintos enfoques que convergen en este paradigma se destacan: el de redes internacionales de producción (Borrus *et al.*, 2000), el de redes globales de producción (RGP) (Henderson, *et al.*, 2002) y la perspectiva francesa sobre la *filière* (Raikes *et al.*, 2000). Pese a haber surgido en sus inicios en la sociología económica, el enfoque de CGV ha sido adoptado de manera más amplia dentro de la disciplina de la geografía económica (Hartwick, 1998; Leslie y Reimer, 1999; Hughes, 2000; Hughes y Reimer, 2004; Hughes, 2006; Birch, 2008). Sin embargo, dado el interés más

tradiciones intelectuales de este amplio grupo de perspectivas, se puede sostener que todas ellas comparten una serie de supuestos y preocupaciones. En primer lugar, todas ellas reconocen la novedad del fenómeno de la llamada globalización de la economía capitalista, que definen en términos de la aparición de un patrón de dispersión global con integración funcional de las actividades económicas (Dicken, 2003, p. 12). En segundo lugar, todas ellas ven a la configuración de las redes globales de producción de las empresas como el factor fundamental para explicar estas transformaciones económicas y, por lo tanto, como el marco para repensar la problemática del desarrollo (Yeung, 2007, p. 1). Más en concreto, la participación en estas cadenas o redes es considerada como un elemento determinante de los diferentes niveles de desarrollo de los países por el hecho de proveer oportunidades de "escalamiento industrial" a las empresas, que a su turno redundan en un efecto de derrame al resto de la economía nacional (Kaplinsky, 2000).[4]

En cierto modo, esta preocupación por la estructura y dinámica de la especificidad sectorial de las industrias globales, se hace eco del surgimiento más amplio del interés en la "vida" económica, cultural y espacial de determinadas mercancías entre los geógrafos (Castree, 2001; Bridge y Smith, 2003). En este sentido, Leslie y Reimer (1999) identifican el enfoque de CGV como a una de las

explícito en la espacialidad de las redes globalizadas de empresas, podría decirse que el enfoque de las RGP es el más influyente en la disciplina de la geografía. Para una discusión detallada de la comparación de las RGP y CGV, véanse las contribuciones de Bair y Hess al número especial de la revista *Economy and Society* dedicado a las CGV (Bair, 2008; Hess, 2008). En síntesis, se pueden identificar dos diferencias cruciales entre los enfoques de CGV y RGP (Coe, *et al.*, 2008, p. 272). Primero, el enfoque de RGP rechaza la concepción lineal de las relaciones entre empresas más asociada a la metáfora de la "cadena", e intentan incorporar en su lugar todo tipo de configuraciones de redes. En segundo lugar, las investigaciones en el marco del enfoque de RGP abarcan a toda una serie de actores y relaciones relevantes para el estudio de dicho fenómeno, mientras que en el enfoque de CGV se tiende a focalizar solo en la gobernanza de las transacciones entre empresas. Una evaluación exhaustiva del enfoque de RGP excede el alcance de este capítulo. Se puede decir, no obstante, que ambos enfoques comparten una concepción que agota el contenido del fenómeno a investigar en la inmediatez y particularidad de las relaciones sociales directas en las redes de producción. En este sentido, consideramos que la crítica realizada en el presente trabajo es extensible a la literatura de las RGP.

[4] Para una evaluación crítica del concepto de "escalamiento industrial", véase Bair (2005, pp. 167 y ss.).

tres grandes perspectivas que, en tiempos recientes, han vuelto a despertar el interés académico sobre las especificidades de los diferentes sectores. Las otras dos perspectivas son el enfoque de los sistemas de provisión, asociado a Fine y Leopold (1993), y el de circuitos mercantiles, que está presente, por ejemplo, en el trabajo de Cook y Crang sobre los "circuitos de la cultura culinaria" (Cook y Crang, 1996). Sin embargo, mientras estos últimos dos grupos tienden a concentrarse en la relación entre producción y consumo –y, en consecuencia, en la naturaleza de la conexión entre la "economía" y la "cultura" en el capitalismo–, el enfoque de CGV centra su investigación en las cuestiones de organización económica e industrial (Smith, *et al.*, 2002). En la medida en que este capítulo se focaliza en los aspectos organizacionales de las nuevas formas de la competencia global, limitaremos nuestra discusión crítica al enfoque de CGV.

Ahora bien, no cabe duda de que los estudios desarrollados por el enfoque de CGV han proporcionado ricas descripciones empíricas de la articulación funcional de determinadas ramas industriales dispersas por el mundo. En efecto, la investigación derivada de la tradición de CGV ofrece una semblanza detallada e informativa de las formas actuales de la competencia dentro del capitalismo en diferentes cadenas mercantiles. Estos estudios pueden ser tomados en efecto como un punto de partida empírico útil para la investigación de las determinaciones más generales que subyacen a las relaciones entre distintos capitales individuales a lo largo de cada cadena. Sin embargo, en cuanto a su contribución a la comprensión de las formas contemporáneas de la acumulación de capital a escala global, surgen más dudas que certezas. En este sentido, se debería llevar a cabo un análisis crítico del conjunto del enfoque de CGV para evaluar sus méritos como marco para el estudio del desarrollo económico internacional. No obstante, en el presente capítulo no pretendemos embarcarnos en una evaluación crítica de esa naturaleza.[5]

[5] Para una discusión crítica del enfoque de CGV como una herramienta para la investigación del desarrollo desde una perspectiva marxista, véanse Bernstein y Campling (2006a y 2006b) y Taylor (2007). Para un análisis no marxista, véase Dussel Peters (2008), quien proporciona una evaluación más comprensiva del enfoque de CGV para el estudio del desarrollo, sin dejar de ser crítica.

Nuestro objetivo es, en cambio, mucho más modesto, aunque se centra en un aspecto que ha permanecido sin explorar en la literatura crítica. En concreto, en este capítulo buscamos someter a un examen crítico el concepto mismo de las cadenas mercantiles desde el punto de vista de la "ley del valor" descubierta por la crítica marxiana de la economía política. Dado este alcance más limitado, este trabajo intenta examinar solo uno de los dos componentes constitutivos de la noción de CGV. Así, la discusión se centra en las determinaciones de la "forma de cadena" asumida por la actual competencia capitalista, dejando entre paréntesis su dimensión global.[6] Dicho en términos de Yeung, centramos el análisis de las CGV en su "solución organizacional" y no tanto en su "solución espacial" (2007, p. 4). Este último aspecto, desarrollado por Harvey (1990), hace alusión a la relocalización geográfica llevada a cabo por el capital con el fin de mantener su rentabilidad, mientras que el primero trata de captar la forma en que las empresas globales líderes reorganizan su red de proveedores con el fin de maximizar su valorización. Como el mismo Harvey lo remarca en *Los límites del capitasimo y la teoría marxista*, aun sin proporcionar una visión completa de los procesos sociales en juego, un análisis separado de los cambios organizacionales del capital puede, sin embargo, ofrecer ideas valiosas respecto a lo que en última instancia constituye una forma concreta distintiva adoptada por el proceso de acumulación (Harvey, 1990, p. 145).

A través de una evaluación crítica de los fundamentos generales del enfoque de CGV, el presente capítulo hace foco en dos puntos principales. En primer lugar, y de un modo más bién crítico, argumentaremos que, a pesar de su carácter informativo, el enfoque de CGV no proporciona una explicación sustantiva del fenómeno específico que se propone investigar. En cambio, se limita a ofrecer,

[6] En rigor, la discusión de dicha dimensión global excede el campo de estudio mismo de las CGV, en tanto solo puede ser abordada mediante el análisis de las transformaciones históricas de la división international del trabajo. Y esto último remite a determinaciones que hacen al contenido mundial mismo de la acumulación del capital social global y a las formas específicas que median el establecimiento de su unidad inmanente a nivel de los ámbitos nacionales. Puesto en otros términos, dicha dimensión global debe ser investigada al nivel de las formas concretas de la producción de plusvalor relativo y no a nivel de las formas de la competencia entre los capitales individuales. Véase, a este respecto, el capítulo 7 del presente libro.

a través de una metodología empírico-inductiva, una descripción tipológica de las manifestaciones más inmediatas y exteriores de las determinaciones en juego. Esta incapacidad para explicar la naturaleza de las CGV se expresa, por ejemplo, en la separación que hacen de las dinámicas internas particulares a cada industria y la dinámica general del "sistema como un todo". En segundo lugar, y de forma más constructiva, en este capítulo procuraremos una explicación alternativa, sobre la base de la crítica marxiana de la economía política, de las determinaciones sociales que subyacen a la génesis, estructura y evolución de la configuración de las CGV. De esta manera, intentaremos resignificar el fenómeno de las CGV sobre la base de incorporar fundamentos más sólidos para la comprensión de esta nueva forma de la competencia capitalista a escala mundial.

En este punto, buscaremos hacernos eco del llamado de Smith a un "retorno a la teoría" en la geografía económica radical (Smith, 1989). Como argumentó este autor a finales de la década de 1980, el renovado énfasis en la investigación empírica de las industrias por parte de gran parte de los geógrafos críticos surgió más bien como reacción a los modelos formales y abstractos de la teoría tradicional de la localización, que en todos los casos obviaban el detalle y la complejidad de los casos particulares. Aunque sin duda había mucho de valioso en esta preocupación por lo particular, según argumentaba Smith, este giro derivó en la renuncia a la teoría, recayendo en un nuevo empirismo incapaz de arrojar luz sobre el movimiento general involucrado en la cambiante geografía desigual del capitalismo (Smith, 1989, pp. 154-156). Por su parte, en años más recientes, Gough observó que este vacío teórico aún permanece vigente y llamó la atención sobre la necesidad de fundar las relaciones económicas escalares en los procesos esenciales de las economías capitalistas (Gough, 2003, p. 25). En particular, este autor argumentó que la diferencia y la particularidad deben ser explicadas a partir del desarrollo contradictorio del movimiento general –esto es, como diferenciación de una totalidad contradictoria–, en lugar de como una singularidad irreductible y autosuficiente que escapa a la determinación por el movimiento de las formas sociales fundamentales de la producción capitalista (Gough, 2003, p. 29). En efecto, como señaló más tarde Hudson en una evaluación del estado de la geografía radical progresiva, la "ley

del valor" marxiana continúa siendo vital para "dilucidar las relaciones sociales decisivas y específicas del capitalismo y del mundo contemporáneo" (2006, p. 379). Y se podría añadir, siguiendo las reflexiones de Harvey sobre el proceso de circulación del capital (1996, pp. 64-66), que este es el proceso social general fundamental que da unidad y contenido a los diferentes momentos particulares o diferenciaciones del movimiento de la vida social moderna. Sin duda, esto incluye un fenómeno tan concreto como la formación y la dinámica de las CGV, cuyo estudio actual sufre de todas las deficiencias propias del empirismo que Neil Smith denunciaba hace ya casi treinta años. Este trabajo se propone llenar este vacío en el estudio de las CGV.

El enfoque de las cadenas globales de valor

Con el concepto de CGV se busca captar el nuevo tipo de relaciones que articulan la integración funcional de actividades que están dispersas en el mundo y que caracterizan a la llamada globalización de la economía (Gereffi, 1994, p. 96). En tanto unidad de análisis, el concepto de CGV se refiere al "rango total de actividades, incluyendo su coordinación, que se requieren para llevar a un producto específico desde su concepción hasta su uso final e incluso más allá. Esto incluye actividades como diseño, producción, marketing, distribución, asistencia al consumidor final, y la gobernanza de todo el proceso" (Gibbon y Ponte, 2005, p. 77).

Como observan Bernstein y Campling, el principal foco de análisis de las cadenas mercantiles está puesto en el ámbito de las relaciones entre los capitales individuales (Bernstein y Campling, 2006b, p. 439). En concreto, la investigación dentro del marco de CGV ha tratado de esclarecer los diferentes tipos de redes internacionales que coordinan la división del trabajo que subyace a cada producto final y que no pueden ser captadas a través de la oposición binaria tradicional entre "mercado" y "jerarquía" (Palpacuer y Parisotto, 2003; Gereffi *et al.*, 2005). Como Gereffi, Humphrey y Sturgeon señalan en contra de las predicciones de los enfoques de los costos de transacción y basándose en los desarrollos de las teorías de la red: "la coordinación y control de los sistemas de producción a escala mundial, a pesar de su complejidad, pueden lograrse

sin la propiedad directa" (2005, p. 81). Estas diferentes formas de articular los complejos sistemas de producción mundial se reflejan en las variadas y cambiantes estructuras de gobernanza.

El concepto de gobernanza se concibió para representar a la diversidad de relaciones de poder y autoridad que dan curso a la coordinación general de la división del trabajo dentro de las cadenas mercantiles. En particular, la *estructura de gobernanza* fue concebida por Gereffi como la forma social que media la interdependencia material que caracteriza a la "estructura de entrada y salida" de cada una de las CGV –esto es, la secuencia de las actividades económicas que agregan valor–, en la medida en que determina "cómo los recursos financieros, materiales y humanos son asignados y fluyen dentro de la cadena" (Gereffi, 1994, p. 97). La necesidad de esta nueva concepción brotaba en particular del hecho de que la estructura de entrada y salida tenía un alcance globalmente disperso. Por otra parte, este concepto de gobernanza estuvo desde el comienzo muy relacionado con el concepto de conducción de las CGV o, lo que es lo mismo, con el papel de las empresas líderes como conductores de las cadenas. Estas empresas, según se argumentaba, son las que dominan de manera efectiva la coordinación general de la cadena mercantil en virtud de su capacidad para controlar los demás nodos de la red de empresas (Gereffi, 2001, p. 1622; Bair y Dussel Peters, 2006). En esta formulación inicial, el concepto de CGV se basaba en una noción "fuerte" de la conducción de la cadena, donde las empresas estratégicas líderes ejercen su poder de modo tal de configurar las CGV exclusivamente para el beneficio de su propia rentabilidad (Bernstein y Campling, 2006a). En este sentido, el análisis de las CGV era visto como una metodología que podía esclarecer la conexión intrínseca entre el poder y las ganancias. En palabras de Gereffi, "la rentabilidad es mayor en los segmentos relativamente concentrados de las cadenas globales de valor que se caracterizan por poseer una alta barrera a la entrada de nuevas empresas" (2001, p. 1620). Así, según se argumenta, mediante "el reparto de roles a actores clave" dentro de una red de empresas (Kaplinsky, 2000), las empresas líderes terminan por regular qué porción de las ganancias se acumulan en cada etapa de la cadena (Gereffi, 2001, p. 1620).

Ahora bien, ¿cuál es la fuente o base material del poder relativo de cada empresa y en particular de los conductores de la

cadena? La respuesta a esta pregunta nos lleva a lo que constituye el otro elemento clave del enfoque de CGV: los conceptos de rentas económicas y de barreras de entrada (Kaplinsky, 2000, p. 122). Según este enfoque, las empresas líderes obtienen su rentabilidad excepcional como resultado de su capacidad para generar diferentes tipos de rentas, definidas como "retornos por activos escasos" (Gereffi, 2001, p. 1620). Por su parte, los activos escasos, que pueden ser tangibles (maquinarias), intangibles (marcas) o intermedios (capacidad de *marketing*), proporcionan la base para el surgimiento de barreras a la entrada y, por lo tanto, dan lugar a diferentes tipos de rentas extraordinarias: tecnológicas, organizativas, de marca y relacionales, entre otras (Gereffi, 2001, p. 1621). Asimismo, estos activos proporcionan la base para la definición de las competencias básicas que las empresas líderes tienden a monopolizar; por ejemplo, investigación y desarrollo (I+D), diseño, fabricación y comercialización, entre otras.

Aunque *a priori* no existe un nodo preciso en la cadena donde una empresa líder tendería a estar situada –esto es, las firmas líderes no están necesariamente involucradas en la fabricación directa del producto final y pueden estar situadas más arriba o abajo en la cadena respecto de la producción manufacturera (véase Gereffi, 2001, p. 1622)–, en sus comienzos la investigación empírica del enfoque de CGV postulaba que había dos tipos principales de encadenamientos productivos: las cadenas mercantiles comandadas por el productor (CMCP) y las cadenas mercantiles comandadas por el comprador (CMCC). Según se argumentaba, las primeras tienden a predominar en las industrias intensivas en capital y en tecnología –automóviles, computadoras, aviones y maquinaria eléctrica–, y por lo general su existencia implica que existe una poderosa "terminal" en cada cadena que tiene un estrecho control sobre una red de proveedores de varias capas, organizada de modo vertical. Sus competencias básicas son por lo general el montaje final y la I+D (Bair, 2005, p. 159). Las CMCC, en cambio, tienden a predominar en las industrias livianas, mano de obra intensivas –vestimenta, juguetes, calzado, electrónica de consumo–, y su organización se da por lo general bajo el mando de "grandes compradores" –diseñadores, minoristas, las marcas de fábrica– que monopolizan las funciones de diseño, comercialización y distribución, y tienden a subcontratar toda la fase de fabricación a una red de empresas

pequeñas y medianas descentralizadas y organizadas de modo más horizontal (Bair, 2005, p. 159).

Más adelante, en parte como respuesta a las críticas al carácter simplista de la dicotomía CMCP/CMCC y en parte como resultado de la observación empírica de las configuraciones diferentes y cambiantes de las cadenas mercantiles, Gereffi, Humphrey y Sturgeon (2005) propusieron una tipología más compleja que incluye cinco tipos diferentes de gobernanza.[7] Esta nueva tipología también refleja la incorporación al enfoque de CGV de las ideas provenientes de la "nueva sociología económica", con su énfasis en nociones como el "enraizamiento" y las "redes".[8] En esta nueva caracterización de los tipos de CGV, las estructuras de gobernanza "se mueven a lo largo de un espectro que comienza por relaciones de mercado 'desenraizadas' y de competencia pura, continúa con cadenas de valor modulares, relacionales y captivas, y culmina con la 'jerarquía', que hace referencia a la integración vertical completa de la producción dentro de una empresa transnacional unitaria" (Taylor, 2007, p. 534).[9] La conformación de cada tipo particular de cadena mercantil es una función de tres factores determinantes: la complejidad de las operaciones, la posibilidad de codificar las transacciones y las capacidades de la base de proveedores (Gereffi *et al.*, 2005, p. 87). A su vez, cada uno de los cinco tipos de gobernanza a lo largo del espectro, desde el mercado hasta la jerarquía, implican grados crecientes de coordinación explícita y de asimetrías de poder (Gereffi *et al.*, 2005, p. 87). En consonancia con la "nueva sociología económica", esta nueva tipología hace hincapié en que el enraizamiento de las transacciones económicas en relaciones sociales más amplias no solo da lugar a la coordinación de las redes entre empresas a través de relaciones de poder desiguales, sino también a través de relaciones de "confianza" y la "cooperación mutua". Con todo, el énfasis radica en todos los casos en la for-

[7] Para un examen de la evolución de la industria electrónica que contradice la dicotomía CMCP/CMCC, véase Sturgeon (2002). Y para una evaluación general de los límites de los postulados originales de Gereffi, véase Raikes *et al.* (2000).

[8] Para una evaluación crítica exhaustiva de la nueva sociología económica, véase Peck (2005).

[9] Bair (2008) sostiene que este recurso a las teorías de las redes es más retórico que sustancial, ya que Gereffi, Humphrey y Sturgeon utilizan en realidad una noción más amplia de red que la derivada de la nueva sociología económica.

ma en la que estas redes de empresas están socialmente reguladas a través de cierto grado de lo que los teóricos de las CGV llaman "coordinación explícita", es decir, una coordinación que no es por completo evanescente o impersonal. En otras palabras, según este enfoque, los vínculos entre las empresas de las cadenas mercantiles están regulados a través de relaciones sociales directas –esto es, conscientes y voluntarias– y relativamente estables.

Ahora bien, no hay duda de que los estudios del enfoque de CGV han proporcionado ricas descripciones empíricas de las articulaciones funcionales de determinadas ramas industriales dispersas por el mundo. En efecto, dicho enfoque ofrece narrativas muy detalladas e informativas de las formas actuales de la competencia intracapitalista en las diferentes "cadenas mercantiles". Sin embargo, un examen más detenido de los fundamentos del enfoque de CGV sugiere que en realidad en ningún caso se proporciona una explicación satisfactoria de la constitución y la dinámica de las cadenas de valor. En la siguiente sección fundamentaremos este punto a través de un análisis más crítico del concepto de CGV, deteniéndonos en las contribuciones fundacionales de dicho enfoque, esto es, cuando el desarrollo teórico era todavía formulado dentro de la tradición de sistema-mundo. Como argumentaremos, las dificultades teóricas en conectar las características particulares de las CGV con la dinámica general del capital en su conjunto no se derivan solo de su ulterior transición a niveles de análisis micro, como detalla Bair (2005), realizada a través de la incorporación de las ideas de la nueva sociología económica y la literatura de la organización industrial y de *management*. Por el contrario, argumentaremos que esas debilidades se pueden remontar a las formulaciones originales del enfoque de CGV, es decir, cuando todavía la preocupación pasaba de forma explícita por el establecimiento de un vínculo firme entre la constitución social de las "redes de empresas dispersas por el mundo" y las "propiedades estructurales" de la economía mundial como un todo.[10]

[10] En dicho sesgo al análisis micro, la idea de una determinación económica general de la "creación y apropiación de valor" está por completo desechada. Se reemplaza, en realidad, por una noción explícitamente basada en la pura contingencia de las relaciones sociales directas inmediatas. Se podría argumentar que este tipo de análisis representa una capitulación de plano ante la necesidad de dar una base sólida a la formación de las CGV basada en la "macro" dinámica general de la economía capitalista.

Los límites del enfoque de las cadenas globales de valor

Aunque suele pasar desapercibido, vale la pena resaltar que uno de los trabajos fundacionales del paradigma de las CGV sitúa de manera explícita la aparición de este enfoque dentro del linaje intelectual de la teoría del capital monopolista, o mejor dicho, en lo que la tradición de sistema-mundo compartía con ella (Gereffi *et al.*, 1994).[11] En efecto, en la introducción a esta obra, y basados en la contribución de Hopkins y Wallerstein (1994), los editores destacan que "el monopolio y la competencia son la clave para comprender la distribución de riqueza entre los nodos de las cadenas mercantiles" (Gereffi *et al.*, 1994, p. 2). En esencia, el argumento consiste en que las presiones competitivas se distribuyen de forma desigual a lo largo de la cadena. Así, mientras que la innovación o, más en general, la posesión de ciertos "activos estratégicos", permite la formación de nodos "nucleares" que permanecen relativamente aislados de las fuerzas de la competencia capitalista, las empresas periféricas en cambio cargan sobre sus espaldas la transferencia de las presiones competitivas (Gereffi *et al.*, 1994, p. 3). Luego, se plantea que la rentabilidad se distribuye a lo largo de la cadena sobre la base de la intensidad relativa de la competencia dentro de los diferentes nodos (Gereffi *et al.*, 1994, p. 4). A su vez, la posesión de activos estratégicos les permite a las empresas líderes no solo una mayor rentabilidad –debido a un mayor "poder de mercado"– sino también el poder general para controlar los eslabonamientos hacia adelante y hacia atrás a lo largo de la cadena.[12]

[11] Para un desarrollo explícito de la conexión entre el enfoque de sistema-mundo y la teoría de capital monopolista, véase Hopkins (1977). Por su parte, Harvey señala que la idea fundamental de la teoría del capital monopolista, según la cual la creciente centralización del capital conduce a la moderación de la competencia y al debilitamiento de la tendencia a la formación de una tasa general de ganancia, es muy problemática (1990, pp. 147-151).

[12] En relación con la evidencia empírica cuantitativa de la rentabilidad diferencial en las CGV, deben mencionarse dos cuestiones. En primer lugar, como observan Raikes *et al.* (2000, p. 403), a pesar de las afirmaciones acerca de la jerarquía de la rentabilidad a lo largo de la cadena, los teóricos del enfoque de CGV rara vez demuestran con evidencia empírica rigurosa que los beneficios en algunas partes de la cadena sean más altos que en otras. En segundo lugar, el tipo de evidencia cuantitativa proporcionada se basa en la proporción del valor añadido en cada nodo de la cadena (Kaplinsky, 2000). Pero no es esta una medida adecuada para calcular la capacidad de valorización de cada capital individual, es decir, su rentabilidad. Se cae

Nuestro punto es que el enfoque de CGV carece de los fundamentos necesarios para explicar este fenómeno que es tan relevante para su propio objeto de estudio. En efecto, lo que ante todo puede señalarse de la anterior descripción de la formación y dinámica de las cadenas de valor es que presupone lo que debería explicarse. Así, se ve a las distintas capacidades de las empresas para apropiar ganancias dentro de la cadena como consecuencia de la potencialidad de algunos capitales para generar barreras de entrada, lo cual, a su turno, se explica porque tienen el monopolio relativo sobre algún "activo escaso" estratégico –esto es, por la capacidad de participar de manera activa en el desarrollo de las fuerzas productivas–. Sin embargo, la determinación de estos activos como "escasos" presupone que otras empresas dentro de la cadena son incapaces de tener sus propios activos estratégicos, es decir, que carecen de la magnitud de capital necesario para generar sus propias barreras de entrada. De lo contrario, todas las empresas a lo largo de la cadena tendrían su propio "activo estratégico" y con ello desaparecería la base material para generar la capacidad diferencial de comandar la cadena y, luego, de apropiarse de mayores ganancias. El análisis del enfoque de CGV, por tanto, se limita a asumir las diferencias de poder entre los capitales individuales y luego "explica" el surgimiento y la dinámica de las cadenas mer-

así, en definitiva, en una denominación incorrecta de la tasa de ganancia, algo que ya había llamado la atención de Hopkins y Wallerstein en su célebre contribución al enfoque de las CGV (1994, p. 18). Y tampoco se puede captar la tasa de ganancia a través de los llamados márgenes de beneficio, la medida preferida por Raikes *et al.* (2000, p. 403). En efecto, en los márgenes de beneficio está borrada la distinción entre el capital adelantado y el consumido. Por lo tanto, son incapaces de capturar la unidad orgánica de la rotación del capital y sus efectos sobre la rentabilidad; por ejemplo, márgenes estrechos pueden producir una alta tasa de beneficio si son compensados por una alta velocidad de rotación. La única expresión sintética significativa de la tasa de valorización de los capitales individuales –y por lo tanto de su respectivo poder de acumulación– es la tasa de ganancia anual, medida como la magnitud de plusvalor apropiado en relación con el capital global adelantado –que no es lo mismo que el capital total consumido en ese período–. A pesar de que sin duda supone un proceso laborioso y difícil –la accesibilidad a la información es la clave aquí– no es imposible estimarla empíricamente, como Raikes *et al.* sostienen (2000, p. 403). Véase a este respecto el modelo de Iñigo Carrera (1996) para estimar la tasa concreta de ganancia de capitales individuales con base en las determinaciones del ciclo de rotación del capital, donde también se desarrolla una crítica de los diferentes intentos más difundidos de medir la rentabilidad.

cantiles sobre esta misma base. Así, resulta ser la elección estratégica realizada por las empresas líderes lo que les permite imponer de modo arbitrario las condiciones particulares para la circulación total –y por lo tanto para la valorización– de los otros capitales individuales que componen la cadena. Aunque esto puede ser muy preciso en su descripción, simplemente presupone que el resto de los capitales no tienen la facultad de impugnar este liderazgo organizacional y, en consecuencia, no tienen más remedio que aceptar su propia valorización a una menor tasa de ganancia. Como se ve, esta incapacidad para proporcionar una explicación racional de su propio objeto de estudio ha acompañado al enfoque de CGV desde sus orígenes en el sistema-mundo, basado como estaba en la teoría del capital monopolista.

En lo que resta de este capítulo argumentaremos que la "ley del valor" descubierta por Marx puede proporcionar una base más sólida para la comprensión de la naturaleza y la dinámica de las CGV. Como señala Taylor (2007) en su intento de conceptualizar a las CGV desde el punto de vista de la crítica marxiana de la economía política, para avanzar en esta dirección es necesario, ante todo, replantear la relación precisa que existe entre aquellos procesos económicos que el enfoque de CGV describe tan vívidamente y la dinámica mundial de la acumulación de capital. Como subraya este autor, las relaciones sociales "enraizadas" no pueden ser entendidas como constelaciones autosubsistentes, sino como momentos del ciclo del capital que abarca la producción y la circulación (Taylor, 2007, p. 536). En concreto, el desafío pasa por develar la conexión entre la naturaleza *indirecta* de la relación social general que regula la producción capitalista y las distintas relaciones sociales *directas* a través de las cuales se encuentra mediada la unidad de este proceso social en ciertos nodos particulares de la división social del trabajo. En otras palabras, lo que se debe esclarecer es la conexión interna entre el proceso de autoexpansión del capital a través del despliegue de la "ley del valor" –el contenido– y las relaciones sociales directas relativamente duraderas entre capitales individuales dentro de una cadena –la forma–. El problema con el enfoque de CGV, en todas sus variantes, es que no termina de comprender las relaciones entre los capitales individuales más allá de sus apariencias inmediatas. Por lo tanto, es incapaz de descubrir el contenido del fenómeno que investiga por detrás de sus mani-

festaciones externas. Más aún, este enfoque termina por invertir el curso de la determinación convirtiendo a dichas manifestaciones en causas del fenómeno a explicar. Así, ve a las cadenas mercantiles como si estuviesen regidas en esencia por las relaciones sociales directas de autoridad –o cooperación–, y no al revés. Esta inversión, a su vez, conlleva la incapacidad para comprender la unidad subyacente al proceso de la competencia capitalista y a sus leyes internas. Conlleva, por ende, la incapacidad para conectar las dimensiones particulares de las CGV –incluyendo las relaciones sociales enraizadas o directas que median la interdependencia material entre sus participantes– con la dinámica general del "sistema en su conjunto". Es esta conexión, como argumentaremos más adelante, lo que la "ley del valor" descubierta por Marx puede dilucidar.

Las cadenas globales de valor como un momento interno al proceso de circulación del capital

Algunos de los primeros pasos para repensar a las CGV desde la crítica marxiana a la economía política ya han sido dados por los geógrafos económicos radicales. Por caso, Hudson señaló que "conceptualizar a la producción en términos de RGP no es más –y tampoco menos– que reconocer las prácticas reales de las economías capitalistas" que están "centradas en la producción de mercancías, la producción de cosas con la intención de venderlas en el mercado, y la expansión del valor a través de la producción y la realización de plusvalor" (Hudson, 2008, p. 425). Sin embargo, este reconocimiento está solo implícito en el enfoque de las CGV. Para hacerlo explícito, como señalan Smith y sus colegas, debe ampliarse este enfoque "más allá de 'la mercancía' como tal comprendiéndola como una forma particular asumida por el valor" (Smith *et al.*, 2000, p. 8). Las "biografías" de cada mercancía son, desde este punto de vista, el modo en la cual estas se mueven dentro y más alla de los circuitos de los capitales individuales (Hudson, 2001 y 2008).

Sin duda, desde el punto de vista de la crítica de la economía política, es correcto partir de reconocer el vínculo entre las CGV y el movimiento de autoexpansión del capital. Sin embargo, consi-

deramos que aún existe una brecha entre ambos polos que debe ser llenada mediante el despliegue de las mediaciones precisas que conectan esta determinación más abstracta del capital con el nivel sistemático más concreto en el que se localiza el fenómeno de las CGV, esto es, con las relaciones de competencia intersectorial entre los capitales individuales o empresas capitalistas. En particular, la cuestión que debe abordarse es por qué y cómo la unidad del proceso de circulación del capital se establece a través de estas relaciones características entre los capitales individuales que estructuran las cadenas mercantiles. Ampliemos y reformulemos esta cuestión mediante un examen más minucioso de la naturaleza general de capital.

Uno de los descubrimientos científicos más potentes de la crítica de la economía política desarrollada por Marx fue que el capital no es ni una cosa –por ejemplo, instrumentos de producción–, ni una unidad productiva o jurídica –por ejemplo, una empresa–, ni un grupo social que comparte características o intereses comunes –por ejemplo, las "élites empresarias" o "la burguesía"–. En su determinación más simple y general como valor que se valoriza, el capital es en realidad la relación social materializada a través de la cual los poseedores de mercancías –diferenciados en clases sociales– se vinculan para reproducir su vida. En su forma desarrollada como capital social global, esta relación social cosificada se constituye en el sujeto (enajenado) de la unidad del proceso de reproducción de la sociedad (Marx, 2000a, p. 761; Iñigo Carrera, 2013a, pp. 12 y ss.; Starosta, 2015, pp. 198 y ss.). Por lo tanto, el capital es en esencia el movimiento de autoexpansión de la relación social general objetivada que, en su propio proceso vital, produce y reproduce a los individuos como miembros de clases sociales antagónicas (Marx, 1998b, p. 123; 1999c, pp. 711-712). Todos los momentos del proceso de la vida social humana se invierten, de este modo, transformándose en los portadores materiales del ciclo vital del capital o, como lo expresa Harvey, se convierten en las formas asumidas por el fluir del valor en su proceso de circulación (Harvey, 1996, p. 63). Así, al quedar subsumido en el capital, el contenido enajenado de la vida social pasa a ser la producción de plusvalor, esto es, la progresión cuantitativa formalmente ilimitada de la forma reificada general de mediación social (Marx, 1999b, pp. 184 y ss.).

Aunque este contenido rige el movimiento del capital como un todo o como un poder colectivo enajenado, como valor en proceso no es sino el producto de la forma de privado e independiente con que se realiza el trabajo social. La unidad general del movimiento del capital social global, por tanto, no puede ser establecida de manera inmediata. Al contrario, solo puede establecerse de modo indirecto a través del intercambio de mercancías que resultan de las acciones aparentemente autónomas de capitales individuales, esto es, de acciones cuyo único fin es la maximización de la ganancia a través de la reproducción ampliada de sus ciclos de valorización formalmente independientes. En su forma más simple, estos ciclos se pueden representar a través de esta conocida fórmula general del capital:

$$D - M \left\langle \begin{matrix} FT \\ MP \end{matrix} \right. \ldots P \ldots M' - D'$$

donde: *D*: capital dinerario; *M*: capital mercancía; *P*: capital productivo; *FT*: fuerza de trabajo; *MP*: medios de producción; –: proceso de circulación; …: proceso de producción.

La forma concreta en la que los capitales individuales afirman su unidad de clase como "partes alícuotas" del capital social global es el proceso de formación de la tasa general de ganancia (Marx, 1998c, pp. 247-250 y 267-268). Este proceso es la determinación esencial o inmanente de la relación social general entre las empresas capitalistas. Sin embargo, la realización concreta de esta determinación puede estar mediada, en determinadas circunstancias, por el establecimiento de relaciones sociales directas relativamente estables entre ciertos capitales individuales; por ejemplo, las relaciones de jerarquía y de poder como las que estructuran a las CGV. Una investigación crítica de la constitución social de las CGV debe apuntar a dilucidar esas circunstancias determinadas. El desafío pasa entonces por comprender la diferenciación de las capacidades de valorización de los capitales individuales a lo largo de las cadenas como una expresión del despliegue global de la "ley del valor", es decir, de la formación general de la "tasa de ganancia del mercado mundial" (Bonefeld, 2006, p. 51). Por ello, en las siguientes dos secciones buscaremos mostrar cómo y por qué las relacio-

nes sociales directas que rigen las CGV son mediaciones concretas en el proceso de competencia a través del cual se afirma la unidad del movimiento del capital social global mediante la formación de la tasa general de ganancia.

La competencia capitalista y la diferenciación de los capitales individuales

En *El capital*, Marx desarrolla las leyes internas que regulan la competencia entre los capitales individuales de las diferentes ramas de la producción a través de su análisis de la "formación de la tasa general de ganancia" y de la consecuente "transformación de valores en precios de producción".[13] Como Marx argumenta en esas páginas, la formación de la tasa general de ganancia toma la forma concreta de una igualación tendencial de las respectivas tasas medias de ganancia de las diferentes ramas industriales (Marx, 1998c, pp. 225 y ss.). A primera vista, parecería que esto nos deja sin herramientas para dar cuenta de la característica central de las CGV, esto es, la configuración de cadenas productivas formadas por capitales con diferentes niveles de rentabilidad y bajo el comando de algunas empresas líderes que se apropian de manera sistemática de ganancias extraordinariamente altas.

Sin embargo, creemos que esto no lleva a la crítica de la economía política a un callejón sin salida a la hora de dilucidar las formas concretas de la "competencia" en las que se constituyen y se desarrollan las CGV. En efecto, en esta sección argumentaremos que lo que Marx ofrece en esas páginas es la forma más simple o más abstracta tomada por la formación de la tasa general de ganancia. Tomando como base el trabajo de Iñigo Carrera (2013a,

[13] Los precios de producción de las mercancías corresponden a los precios de costo –esto es, el costo de la fuerza de trabajo y los medios de producción– más la ganancia normal del capital –esto es, la ganancia que surge de la obtención de la tasa media de ganancia sobre el total de capital adelantado para su producción– (Marx, 1998c, pp. 198-199). Para una presentación sistemática del proceso de formación de la tasa general de ganancia y de la transformación de los valores en precios de producción, véase Iñigo Carrera (1995). La presentación original que realizó Marx de este problema ha sido muy discutida entre los marxistas. Para una versión actualizada de las distintas posiciones en debate, véase Moseley (2016).

pp. 133-177), veremos que la afirmación de la unidad del capital social global, a través de la determinación de sus fragmentos privados como "masas de valores que se valorizan en igual proporción", se realiza bajo la forma de su propia negación, es decir, mediante la diferenciación de sus capacidades de valorización (Iñigo Carrera, 2013a, p. 133). En este punto, es importante resaltar que este proceso de diferenciación no constituye, como sostienen las teorías del capital monopolista y el enfoque de CGV como parte de ellas, el opuesto absoluto de la formación de una tasa general de ganancia como la ley fundamental que regula las relaciones entre capitales individuales. Más bien, se trata de una concreción ulterior de esa misma ley.[14]

En su investigación Marx alcanzó a presentar la diferenciación en las capacidades de valorización de los capitales en el contexto de su discusión sobre las peculiaridades de la pequeña propiedad territorial campesina (Marx, 1997e, pp. 1023 y ss.). Allí Marx despliega la categoría de "pequeño capital" y muestra que su valorización no está regulada en la misma forma que la de los capitales normales. Más en general, lo que Marx ofrece en esas páginas son los elementos básicos para el desarrollo ulterior de las determinaciones de la diferenciación cualitativa entre capitales normales y pequeños que, como veremos a continuación, resultará fundamental para explicar las CGV sobre la base de la ley del valor. Ahora bien, mientras que Marx solo despliega esas determinaciones en el contexto específico del capital agrario –es decir, el capital industrial valorizado en la agricultura–, el trabajo de Iñigo Carrera (2013a, pp. 133-177) muestra de modo revelador que su aplicabilidad es más amplia y que en realidad puede generalizarse el capital industrial como un todo. Además, este autor despliega implicancias adicionales que se siguen de la reproducción de los pequeños capitales que, como veremos, también permiten arrojar nueva luz sobre la constitución de las cadenas mercantiles.

Como sostuvieron varios autores marxistas (Shaikh, 1980; 2006, pp. 100 y ss.; Weeks, 2001), la dinámica de la competencia capitalista que media la producción de plusvalor relativo por parte

[14] Podría verse este movimiento como una instancia más de la dialéctica de la igualación y la diferenciación que, como plantean Harvey (1990, pp. 443-444) y Smith (2008, pp. 132-174), caracteriza a la producción capitalista.

del capital social global no es el proceso social ordenado y juicioso que presenta la economía neoclásica. En realidad, se caracteriza por una guerra feroz que se traduce en el desarrollo desigual de las fuerzas productivas dentro y a lo ancho de las distintas ramas de producción (Smith, 1989). En este contexto, los capitales individuales que no pueden hacer frente a las demandas de la batalla competitiva, que en esencia giran en torno al aumento de la productividad del trabajo, tarde o temprano enfrentan la quiebra y su desplazamiento del mercado. Esta es la forma concreta que media el proceso de concentración y centralización del capital que resalta Marx como característico de la dinámica de la acumulación de capital a través de la producción de plusvalor relativo (Marx, 2000a, pp. 777-778). Sin embargo, como señala Iñigo Carrera (2013a, p. 136), este proceso no solo toma la forma simple descrita por Marx. En efecto, el resultado inmediato de la derrota en la lucha competitiva no tiene que ser necesariamente la liquidación de los capitales individuales que son incapaces de alcanzar la escala necesaria para poner en marcha los métodos de producción prevalecientes, es decir, para funcionar como capitales normales o medios. Además del recurso de encontrar nuevas fuentes temporales de competitividad como la extensión de la jornada de trabajo por encima de lo normal o la intensificación del trabajo (Clarke, 1999), todavía hay otras formas en las que pueden extender su agonía. La clave de esta prolongación de sus "vidas" radica en sus determinaciones de pequeños capitales ya mencionadas.

En efecto, hemos señalado que la valorización de los pequeños capitales agrícolas no está regulada por la tasa media de ganancia de los capitales normales. En cambio, está regulada por el valor de los medios de subsistencia necesarios para la reproducción material del campesino. "En su condición de pequeño capitalista", dice Marx, "no aparece para él, como límite absoluto, otra cosa que el salario que se abona a sí mismo, previa deducción de los costos propiamente dichos" (Marx, 1997e, p. 1025). Sin dudas, en el caso del resto de los capitales industriales, solo en circunstancias muy extremas la tasa de valorización podría caer hasta equivaler al salario que recibe el pequeño capitalista; por ejemplo, sería el caso de una empresa familiar cuyo titular esté al borde de la proletarización. Existe, sin embargo, un límite más inmediato y evidente para cualquier capital industrial: la tasa de interés sobre

el valor de liquidación de sus activos productivos (Iñigo Carrera, 2013a, p. 136). En otras palabras, la capacidad de valorización de un capital que quedó atrás en el proceso de concentración y centralización de su rama está determinada por la tasa de interés que podría recibir si cerrara su negocio y se convirtiera en un capital prestado a interés. Como es evidente, esta tasa de valorización variará con la magnitud concreta específica de cada pequeño capital, en la medida en que la tasa de interés cambia para cada monto de capital.[15] Los pequeños capitales en realidad constituyen una estratificación de capitales de diferentes magnitudes, algunos de los cuales pueden apenas distinguirse de los capitales normales, al punto de tratarse de una diferencia imperceptible (Iñigo Carrera, 2013a, p. 136). Esto significa que algunos pequeños capitales pueden parecer, a primera vista, verdaderamente "grandes". Pero por muy grandes que puedan parecer, si no alcanzan la magnitud específica necesaria para convertirse en capitales normales, esto es, si no alcanzan el "capital mínimo definitivo [que] se requiere en cada línea de negocio para producir las mercancías a su precio de producción" (Marx, 1997e, p. 903), son pequeños capitales.

El punto crucial para esta discusión es el siguiente. Si consideramos que la tasa de interés tiende a ser inferior a la tasa general de ganancia (Marx, 1997d, pp. 457-459), entonces los mayores costos que surgen de la menor escala o de la utilización de medios de producción obsoletos pueden ser compensados por esta menor tasa de ganancia. De esta forma, el límite para la supervivencia de los pequeños capitales queda dado en el punto en que el precio al que alcanzan a producir –determinado por sus precios de costo más la tasa de interés sobre el valor de liquidación de sus respectivos activos– no sobrepase el precio de producción que regula la valorización de los capitales normales.[16] Por lo tanto, este límite

[15] La tasa de interés varía con la magnitud del capital dinerario prestado por dos razones principales. En primer lugar, la tasa de interés está determinada por el equilibrio de fuerzas entre la oferta y la demanda del capital prestado a interés, esto es, por la competencia entre los prestamistas y los prestatarios (Marx, 1997d, pp. 455 y 462-465). En segundo lugar, los costos de la gestión del capital prestado a interés por los bancos disminuyen en proporción al aumento de la magnitud del capital.

[16] Esta es la razón general subyacente al éxito competitivo de las llamadas pymes. Para un estudio general de las pequeñas empresas en la teoría económica conven-

está sujeto a la evolución general de la productividad del trabajo en cada rama particular de la industria, que a su vez no es más que la expresión del ritmo cambiante y las formas de producción de plusvalor relativo por parte del capital social global. Por otra parte, dado que la tendencia a la concentración y centralización del capital no deja nunca de operar, el límite inferior para la subsistencia de los pequeños capitales se mueve continuamente hacia arriba. Con todo, siempre y cuando el ritmo del aumento de la productividad del trabajo no determine un precio de producción normal que caiga por debajo del precio que regula la valorización de los pequeños capitales, estos podrán seguir acumulándose a pesar de su incapacidad para seguirle el ritmo al desarrollo de las fuerzas productivas.

Más importante todavía, si de hecho el precio que regula la valorización de los pequeños capitales en determinadas ramas de la producción social resulta ser menor que el precio normal de producción que regula la valorización de los capitales normales o medios, ocurre entonces que estos últimos quedan excluidos de dichos sectores de la división social del trabajo. Lo que tenemos aquí es, de hecho, una "barrera de entrada" que bloquea el ingreso de capitales normales a dichas industrias. En efecto, bajo estas condiciones, a estos capitales se les tornaría imposible competir con los capitales más pequeños que ponen en movimiento una menor productividad del trabajo, pero que compensan sus mayores costos a través de valorizarse a una tasa de ganancia más baja. Esto tiene consecuencias fundamentales para el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social. En pocas palabras, por ser los pequeños capitales por naturaleza incapaces de estar a la vanguardia del desarrollo tecnológico, su reproducción y dominancia en ramas enteras de la producción actúan como una barrera reaccionaria para la transformación revolucionaria de las condiciones materiales del trabajo social que se realiza a través del proceso de automatización.

Pero la reproducción de los pequeños capitales tiene otra implicancia más que es crucial para la comprensión de la formación de cadenas de valor: la liberación de plusvalor que realizan cuando

---

cional –tanto *mainstream* como heterodoxa–, véase You (1995), cuyas explicaciones contrastan con las ofrecidas aquí.

producen a un precio menor al precio normal de producción (Iñigo Carrera, 2013a, pp. 138 y ss.). Si las circunstancias concretas son tales que los pequeños capitales logran vender sus mercancías a un precio que está por encima del que rige su valorización específica, pero por debajo del precio de producción de los capitales normales, entonces surge una ganancia extraordinaria potencial.[17] Sin embargo, aunque esta ganancia está portada en las mercancías producidas por los pequeños capitales, como toda ganancia de este tipo desaparece en virtud de la competencia por ella. Lo hace a través de la ampliación de la producción de las mercancías en cuestión que, a su turno, presiona los precios a la baja hasta llevarlos al nivel determinado por la tasa específica de valorización que rige la vida de estos capitales. ¿Esto quiere decir que la ganancia extraordinaria que pierden de apropiar los pequeños capitales se desvanece en el aire? No. Esta masa de riqueza puede tener varios destinos. Uno de ellos puede ser las manos de algunos de los capitales normales que se valorizan en ramas lindantes en la división del trabajo y con los que se vinculan los pequeños capitales a través de la circulación. Suponiendo que los pequeños capitales son los proveedores de insumos para esos capitales normales, estos últimos se beneficiarán de un flujo permanente de plusvalor extraordinario derivado de la adquisición de tales insumos a precios inferiores a los precios normales de producción. A su vez, esto significa que esos capitales normales que terminan acaparando la relación de mercado con los pequeños proveedores obtendrán sistemáticamente una tasa de ganancia superior a la normal.[18]

[17] Nótese que esta ganancia extraordinaria no surge a partir del desarrollo activo de las fuerzas productivas de la sociedad. Al contrario, es producto de su negación misma, constituida por la reproducción de pequeños capitales.

[18] Esto plantea la pregunta de por qué esta ganancia extraordinaria es "retenida" en aquellas ramas de producción bajo el control de los capitales normales. Es decir, por qué no se erosiona a través de la competencia por su apropiación entre los capitales normales, transfiriéndose de este modo, a su vez, a otras ramas "río abajo" en la división social del trabajo, hasta llegar al consumo individual en forma de medios de subsistencia más baratos. Ocurre, sin embargo, que la fuente peculiar de esta ganancia extraordinaria conlleva la imposibilidad de que los capitales normales compitan de manera directa por su apropiación (Iñigo Carrera, 2013a, pp. 139-141). Dado que esta ganancia extraordinaria no se deriva de un aumento en la productividad del trabajo sino de la compra de insumos abaratados, la expansión de la producción resultante del intento de los capitales normales de apropiarse dicha ganancia no se topa con ningún límite orgánico que restrinja la caída de los precios

Ahora bien, ¿cuáles son las implicancias de todas estas nuevas mediaciones en las formas concretas adoptadas por la competencia entre los capitales individuales, más allá de la simple igualación de las tasas medias de ganancia expuesta por Marx? En pocas palabras, ahora podemos ver que el despliegue de la competencia genera una diferenciación entre los capitales individuales. Podemos agrupar ahora a los capitales en tres tipos. En primer lugar, los *capitales normales o medios*, cuya tasa de ganancia se iguala de modo tendencial al nivel de la tasa general de ganancia. En segundo lugar, los *pequeños capitales* que, pese a ser los perdedores en la batalla competitiva por la tasa general de ganancia, logran extender su vida útil a través de la valorización sistemática a una tasa de ganancia que se encuentra por debajo de la general. En tercer lugar, encontramos algunos capitales normales que, por medio de la apropiación de la ganancia extraordinaria liberada por los pequeños capitales, se valorizan a una tasa concreta de ganancia superior a la general; llamaremos este último tipo de capital individual *capital normal potenciado*.[19]

En resumen, de la dinámica inmanente de la competencia surge una jerarquía entre los capitales individuales con potencia-

---

de mercado al nuevo nivel más bajo, correspondiente al precio de producción que garantice su ganancia normal, ya que la expansión de la producción no está regulada por los cambios en el trabajo socialmente necesario para la producción de esas mercancías. En consecuencia, esto implicaría una caída de la tasa de ganancia de los capitales normales por debajo del nivel general y, por tanto, la aniquilación de sí mismos como capitales normales. Esto torna inviable a la competencia inmediata por esta ganancia extraordinaria peculiar y, por consiguiente, bloquea su transferencia aguas abajo en la división del trabajo. Así, los capitales normales compiten por esa ganancia extraordinaria pero solo de manera indirecta. Esto es, a través de la competencia normal alrededor de las ganancias extraordinarias derivadas de las innovaciones, que en este caso incluye el control de la relación de mercado con los capitales pequeños como un "premio extra".

[19] Aquí nos estamos centrando en las determinaciones de la diferenciación de los capitales individuales que son en general aplicables a todo tipo de cadena mercantil. En este sentido, estamos dejando a un lado una diferenciación ulterior de los capitales industriales que brota del más reciente desacople entre la innovación y la fabricación en industrias como la electrónica, y que ha dado lugar a la constitución de la denominada red de producción "modular" o "llave en mano" (Lüthje, 2002; Sturgeon, 2002). Como se ha argumentado en otro trabajo, este fenómeno expresa un contenido distinto al de la diferenciación cualitativa de los capitales industriales que se deriva de la reproducción ampliada de los pequeños capitales (Starosta, 2010b).

lidades de valorización diferenciales que, a su vez, media en el establecimiento de la unidad del capital social global como el sujeto concreto de la explotación del obrero colectivo. Caben señalar dos puntos importantes en este sentido. Primero, esto no es un fenómeno de corto plazo, sino que puede reproducirse a sí mismo en períodos relativamente largos. Aun así, esta diferenciación no puede persistir de manera indefinida. Más tarde o más temprano, se imponen los ya mencionados límites objetivos de la reproducción de los pequeños capitales. Las formas y el momento de la dinámica interna a través de la cual se alcanzan dichos límites dependen, en última instancia, del ritmo del desarrollo contradictorio de las fuerzas productivas como un atributo del capital social global, es decir, de las formas concretas adoptadas por la producción de plusvalor relativo a escala mundial en el transcurso del desarrollo histórico del capitalismo.

Segundo, esta diferenciación jerárquica del capital no se deriva de la suspensión o superación absoluta de la ley general que regula el proceso de competencia. En otros términos, dicha diferenciación jerárquica del capital no es resultado de la abolición de la ley del valor, gracias a la supuesta aparición de un "sector monopólico" que estaría por encima y dominaría a otro "competitivo". Por el contrario, y como esperamos haber puesto de manifiesto, es la expresión concreta del despliegue de la formación de la tasa general de ganancia más allá de sus formas más simples. La ley del valor sigue, por tanto, funcionando con toda su fuerza en el conjunto de la economía. Por otra parte, la discusión anterior implica que el valor no se crea simplemente dentro de cada cadena o red de empresas y luego es capturado de forma contingente y en diferentes grados por cada participante, como se deduce de los análisis del enfoque de CGV. Por el contrario, el valor es creado por el trabajo vivo de los trabajadores en la economía en su conjunto y apropiado por cada capital individual a través del proceso objetivo de formación de la tasa general de ganancia.

Lo que se desprende de esto, en consecuencia, es que las relaciones de poder entre los capitales individuales no son, como afirman los teóricos de las CGV, la causa de su capacidad diferencial de valorización. Es al revés, porque la ley que regula el proceso de competencia –la formación de la tasa general de ganancia– toma forma concreta a través de la diferenciación de las capacidades de

valorización específicas de cada tipo de capital individual, luego, el nexo social indirecto entre estos últimos se expresa bajo la forma de relaciones de desigualdad o jerarquía. Esto significa que, aunque el establecimiento de la tasa concreta de ganancia de cada capital de la cadena se presenta mediado por su respectivo ejercicio de poder en la esfera de la circulación, este proceso está objetiva y estrictamente determinado por las leyes de movimiento del capital como un todo.

Repensando la naturaleza del poder en las cadenas globales de valor

La cuestión del vínculo entre las empresas nos lleva a un punto más general que ha llamado la atención de los geógrafos que investigan la dinámica de las CGV: la naturaleza del poder en las redes de empresas (Smith, 2003; Hess, 2008; Rutherford y Holmes, 2008). En parte, se puede decir que este debate ha sido motivado por la insatisfacción con lo que se considera una visión reificada del poder presente en los enfoques marxistas o estructuralistas. Según esta lectura, para estos enfoques el poder es entendido como una "cosa" que puede ser poseída y utilizada en pos de la consecución de ciertos intereses particulares, que existe a su vez en ámbitos sociales específicos y privilegiados; por ejemplo, en las casas matrices de las empresas transnacionales o en el Estado (Marques, 2007). Esta sería una concepción que, en términos posestructuralistas, implica una visión "centrada" del poder. Las limitaciones que conlleva este punto de vista para comprender la diversidad y la aparente contingencia de las relaciones de poder en las redes de producción ha conducido a muchos geógrafos a adoptar una visión del poder más "descentrada" o "difusa", donde se lo considera como un fenómeno inmanente a la singularidad del campo social específico en el que se ejerce o como un efecto relacional de la interacción social (Allen, 2003). Esta última visión, en particular, ha tenido una gran influencia entre los impulsores del enfoque de RGP, que se basan en la teoría del actor-red (TAR) (Coe *et al.*, 2008). Por último, algunos investigadores han tratado de encontrar un término medio entre los dos extremos de la "determinación estructural" y la "contingencia relacional" recurriendo o bien a una

versión "débil" de la TAR (Castree, 2002; Smith, 2003), o bien a ideas del realismo crítico (Sayer, 2004; Marques, 2007; Rutherford y Holmes, 2008).

Consideramos que el enfoque desarrollado en este trabajo ofrece una perspectiva sobre el poder en las cadenas mercantiles que, aunque se basa en la crítica marxiana de la economía política, difiere de lo que se suele representar como la posición marxista en el debate, esto es: que la dinámica de las CGV o RGP son controladas de manera directa por la abstracta libre voluntad de las empresas transnacionales sobre la base de su autoridad y poder económicos –ambos "estructuralmente determinados"–, o de manera indirecta a través de su influencia privilegiada sobre las políticas de un Estado relativamente autónomo (Rutherford y Holmes, 2008). De modo más general, planteamos que los términos mismos del debate sobre el poder en las cadenas mercantiles o las redes de producción necesitan ser replanteados. Desde nuestro punto de vista, la concepción dominante en este debate tiende a considerar al poder y la dominación, tal como observa Postone respecto del marxismo tradicional, "en términos de dominación concreta por grupos sociales o agencias institucionales del Estado y/o de la economía" (Postone, 2007, p. 40). Esto no solo se aplica a esos enfoques "estructurales" que se centran en la "idea de que estamos bajo el control de una autoridad política o económica" (Allen, 2004, p. 23). En la medida en que se centran en la inmediatez concreta de las relaciones sociales directas, también se aplica a los enfoques relacionales.

No es esta, sin embargo, la naturaleza inmanente o esencial del poder y la dominación en el capitalismo. Como advierte Postone, lo que es específico a la dominación capitalista es su carácter impersonal y abstracto (Postone, 2007, pp. 40-41). No se trata entonces simplemente de la dominación de un tipo de actor sobre otro, es decir, del dominio de las empresas líderes en la red de proveedores, tal como lo conciben los enfoques estructurales y realistas. Pero tampoco del efecto relacional indeterminado resultante de la movilización contingente de recursos por parte de los actores de una red, como postula el enfoque relacional. En realidad, lo que está en juego es el dominio abstracto de todos los "actores" por parte del movimiento autonomizado de la forma general objetivada de mediación social, es decir, del valor (Iñigo Carrera, 2013a, pp.

12 y ss.; Starosta, 2015, pp. 198 y ss.). Como lo pone Marx en el tomo II de *El capital*, "el movimiento del capital industrial es esta abstracción *in actu*" (1998b, p. 123). Esta no es una idea para adoptar solo en relación con las determinaciones más abstractas de la sociedad capitalista para luego ser dejada de lado, o acotada, cuando entran en juego fenómenos más concretos, tales como las relaciones de poder en las cadenas mercantiles.[20] El poder "concreto" que cada agente de la cadena mercantil despliega, tanto el "poder para" como el "poder sobre", es en realidad una expresión de la potencia "abstracta" que el capital ejerce sobre todos ellos.

Este tipo de enfoque sin duda tiene puntos de contacto con la visión foucaultiana del poder como omnipresente, inmanente y con la cualidad de ser un sujeto autoexpansivo. En este sentido, se puede decir que al poder nadie puede poseerlo o controlarlo "estructuralmente". Sin embargo, mientras que Foucault ignoró la cuestión de la constitución social de esta forma abstracta de poder, Marx descubrió su determinación formal como capital o valor que se autovaloriza, y a su contenido mismo como el modo de existencia enajenado del movimiento de la actividad productiva humana (Kerr, 1999, p. 182). Por lo tanto, por más que la dominación impersonal del capital no esté localizada en un "centro" o "lugar privilegiado", sí tiene unidad y forma determinada de movimiento, o bien, tiene "leyes" a través de las cuales se establece su reproducción. La "ley del valor", en toda su complejidad, expresa precisamente la determinación formal del movimiento de la práctica humana enajenada. En su forma más desarrollada, esta "abstrac-

[20] En nuestra opinión, esta es la tensión que atraviesa el intento de Castree (2002) de combinar una versión "débil" de la TAR y la crítica marxiana de la economía política. Si el movimiento del valor es el que da unidad formal y material a las redes mercantiles (Castree, 2002, p. 140), entonces no queda claro en qué sentido dichas redes pueden no regirse por la "abstracción *in actu*" que caracteriza a la forma de capital (Castree, 2002, p. 139). Castree pretende resolver esta tensión al postular una instancia de exterioridad a la relación del capital. Sin embargo, como se discutió en detalle en otro trabajo, esta salida no solo es inconsistente como enfoque sobre cualquier objeto real, sino que tiene implicancias políticas serias y problemáticas (Starosta, 2015, pp. 164 y ss.). Se podría argumentar que este recurso a un elemento de exterioridad residual ya estaba latente en las lecturas idiosincráticas que hizo Castree (1999) tanto de Postone como de los primeros trabajos de Harvey (Castree, 1995). En efecto, Castree interpreta que estos autores tienen un planteo mucho menos enfático respecto de la fuerza totalizadora del capital en comparación con lo que, a nuestro juico, en realidad sostienen.

ción *in actu*" alcanza unidad a través de la formación de la tasa general de ganancia. Por lo tanto, este no es un proceso abstractamente económico de determinación de los precios de equilibrio, sino la forma mediante la cual la inversión formal de las potencias de la actividad humana como potencias de la relación social objetivada adquiere plenitud en el movimiento de la reproducción social en su conjunto (Iñigo Carrera, 1995). Por ello, las diversas y cambiantes relaciones de poder "concretas" que caracterizan la gobernanza de las CGV deben entenderse como mediaciones particulares en ese proceso social general enajenado más abstracto, constituido por la circulación del capital social global, es decir, como manifestaciones externas de los mecanismos inmanentes de la dominación "abstracta" del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. Por lo tanto, estas relaciones de poder no deben ser concebidas como "factores" independientes o autosubsistentes, que "modifican" o "influencian" de manera exterior el funcionamiento de la ley del valor, tal como ocurre con todas las acepciones no dialécticas de la noción de "mediación". En cambio, dichas relaciones deben ser entendidas como formas necesarias del movimiento a través del cual se despliega la ley del valor, más allá de las formas estrictamente "económicas" que surgen de la naturaleza indirecta de las relaciones sociales de producción capitalista. En la siguiente sección mostraremos que la diferenciación de los capitales individuales, engendrada por el movimiento de la ley del valor, es la que constituye la determinación general que da unidad a la conformación y los cambios de las configuraciones de las CGV y sus respectivas formas de gobernanza. Veremos así que la supuesta "fluidez" y "diversidad" de las relaciones de poder enfatizadas por los enfoques relacionales no son, en realidad, nada más que la apariencia externa del movimiento de las contradicciones internas de la forma de capital, tal como se manifiesta en las relaciones de competencia entre los capitales individuales.

Génesis, estructura y dinámica de las cadenas globales de valor, a la luz de la crítica marxiana de la economía política

Después de lo que puede haber parecido un largo rodeo, esbocemos ahora la relevancia de las determinaciones desarrolladas en

los puntos anteriores para la explicación de la configuración y la dinámica de las CGV. Detrás de los diferentes motivos particulares que se suelen esgrimir para la formación de las CGV, como el aprovechamiento de la mano de obra extranjera barata o la búsqueda de "flexibilidad organizativa" (Gereffi *et al.*, 1994, p. 6), consideramos que existe un contenido inmanente general que subyace a este fenómeno social novedoso: las cadenas mercantiles son en esencia la forma social a través de la cual algunos capitales normales se apropian del plusvalor liberado por los pequeños capitales. En otros términos, la formación de cadenas mercantiles es la forma concreta adoptada por la competencia entre capitales medios o normales por este plusvalor extraordinario.

Así considerado, el propósito inmanente más profundo y "causa primera" de la subcontratación (*outsourcing*) de la producción es la multiplicación de las fuentes extraordinarias de plusvalor liberado por los pequeños capitales en la esfera de la circulación. Se trata de funciones particulares de la división social del trabajo que se realizaban "puertas adentro", participando por tanto de manera activa en la formación de la tasa general de ganancia, y que ahora pasan a llevarse a cabo por fuera del alcance inmediato de este último proceso social. De manera similar, "la subordinación contractual de proveedores vinculados previamente a través de transacciones de 'mercado abierto'" (Raikes *et al.*, 2000, p. 396) implica el intento de los capitales normales por asegurarse y proteger el control sobre los flujos de plusvalor liberado por ciertos pequeños capitales. Por lo tanto, si bien es cierto que uno de los motivos conscientes por el cual los capitales normales subcontratan la producción manufacturera es el beneficio que obtienen del empleo de "mano de obra barata" localizada en lugares con bajos salarios, esta línea de razonamiento simplemente asume que esos menores costos no serán traducidos –al menos en su totalidad– en una mayor ganancia para los contratistas, sino que serán apropiados por las "empresas líderes". Las determinaciones de la ley del valor desarrolladas en la sección anterior, en cambio, explican por qué sucede este fenómeno: pese a que los capitales normales no son los empleadores directos de los trabajadores con bajos salarios, terminan sin embargo apropiándose de una parte del plusvalor que corresponde a su explotación, en virtud del mecanismo de liberación de plusvalor al que se ven sometidos los pequeños capitales

que contratan a dichos trabajadores.[21] La imposición de estrictas condiciones de incorporación a estas cadenas –como la fijación de precios bajos para la producción de los proveedores– es la forma concreta que media en esta transferencia de plusvalor desde los pequeños capitales hacia los normales. Lo mismo puede decirse de la "flexibilidad organizativa" que, como resaltan algunos autores, tiende a operar de forma exclusiva en beneficio del actor clave en la cadena (Raikes *et al.*, 2000, p. 396). Desde la perspectiva de la unidad orgánica entre la producción y la circulación del capital, la "flexibilidad organizativa" implica, en realidad, la optimización de la estructura de rotación de los capitales normales a expensas de mayores costos de circulación para todos los otros capitales de la cadena, por ejemplo, a través de la acumulación de inventarios o de condiciones desfavorables de crédito comercial. De modo más general, la transferencia de plusvalor dentro de las cadenas siempre va a estar mediada por determinadas condiciones de la rotación de los capitales que participan dentro de ella. En efecto, es como producto de las condiciones de realización del ciclo de valorización como un todo –es decir, de la unidad de la producción y la circulación del capital– que resultan las respectivas tasas anuales concretas de ganancias.[22]

En resumen, las redes de empresas dispersas geográficamente que constituyen las CGV son una instancia concreta de la diferenciación entre los capitales que media en el establecimiento de la unidad de la producción social a través de la formación de la tasa general de ganancia. Sin embargo, dado que dicha diferenciación está mediada por las relaciones concretas establecidas en el proceso de intercambio de mercancías entre capitales de diferentes magnitudes y capacidades de valorización, las relaciones indirectas de competencia entre ramas terminan tomando la forma de su opuesto, esto es: relaciones directas de mando o bien de cooperación.

[21] Como señala Iñigo Carrera, pese a ser los beneficiarios últimos de la "sobreexplotación" de la fuerza de trabajo de los pequeños capitales, las "empresas líderes" pueden presentarse con hipocresía como las "campeonas" de la "responsabilidad social empresaria", tan de moda en estos días (Iñigo Carrera, 2013a, p. 77).

[22] Aunque no esté exento de limitaciones (véase al respecto Gough, 2004), los *Límites del capitalismo* de Harvey tiene el mérito de enfatizar la importancia de la discusión de Marx sobre la rotación del capital en un momento en el que muy pocos prestaban atención al tomo II de *El capital*.

La determinación general tanto de la composición como de la estructura de gobernanza de las CGV se desprende también de la diferenciación de los capitales industriales que hemos desarrollado. Por lo tanto, aunque varíen en sus especificidades de acuerdo con las particularidades de cada una de las CGV –que en definitiva solo pueden ser conocidas a través de una investigación empírica detallada–, se puede argumentar que todas las cadenas mercantiles poseen al menos tres tipos diferentes de capitales: capitales normales potenciados, capitales normales y pequeños capitales. Las peculiaridades de la estructura de gobernanza variarán de acuerdo con la composición de cada cadena. Mientras que las relaciones de mando o subordinación tienden a prevalecer en los nodos donde las relaciones de intercambio entre los capitales normales y los pequeños son predominantes –formas de gobernanza más cautivas–, las relaciones más horizontales o "cooperativas" lo hacen, en cambio, entre capitales normales y, probablemente también, entre capitales normales potenciados y capitales normales, o entre pequeños capitales –estructuras de gobernanza "relacionales" o "modulares"–. La razón de estas diferencias en el vínculo entre los capitales reside en el hecho de que las relaciones jerárquicas son más propensas a ser la forma de mediación concreta implicada en la apropiación de plusvalor liberado por los pequeños capitales. Sin dudas, la "empresa líder" o "conductora de la cadena" será un capital normal que, sobre la base de las circunstancias particulares concretas y la trayectoria industrial de cada cadena, se ha encontrado en una mejor situación para actuar como un agente coordinador clave.[23] Por lo tanto, desde esa posición será capaz de capturar las ganancias extraordinarias liberadas por los pequeños capitales dentro de esa cadena y convertirse en un capital normal potenciado, o en el más potente entre ellos si es que existen otros capitales normales que consiguen participar de la apropiación de dicha masa de riqueza.

[23] Esto significa que no hay otra determinación formal general que pueda dar cuenta de la particularidad de una empresa que actúa como "conductora de la cadena" que no sea la de ser un capital normal. El rol de la investigación empírica es, de hecho, el de especificar esa determinación general para cada cadena en particular, y es aquí donde el enfoque de CGV proporciona información valiosa.

Tomemos, por ejemplo, el caso de la industria del vestido de hasta mediados de la década de 1990, una de las CGV más investigadas y que suele ser tomada como un caso emblemático de CMCC (Gereffi, 1999; Gereffi y Memedovic, 2003; Bair y Dussel Peters, 2006). Simplificando el caso, se puede decir que existen tres actores principales en esta cadena en particular: a) los "grandes compradores", que son comercializadores de marca, comercios minoristas y fabricantes de marca; b) los fabricantes de ropa; c) los fabricantes textiles. Mientras que los fabricantes textiles en los Estados Unidos son grandes empresas que utilizan procesos de trabajo altamente automatizados, los fabricantes de ropa son pequeñas fábricas intensivas en mano de obra (Gereffi, 1994, pp. 102-103). Por su parte, los "grandes compradores" son capitales especializados en el diseño, el *marketing* y el desarrollo de la marca de las mercancías, y quienes tienen a su cargo el liderazgo general de la cadena. Estos capitales incluyen empresas orientadas a la moda, grandes tiendas, empresas de marca, tiendas de grandes superficies y cadenas de descuento (Gereffi, 1994, p. 112). Como señala Gereffi, los acontecimientos ocurridos desde la década de 1980 implicaron un "estrangulamiento" para los fabricantes de ropa desde ambos extremos de la cadena mercantil: por el lado de los fabricantes textiles y por el lado de los "grandes compradores" (Gereffi, 1994, p. 103). Las especificidades de esta dinámica parecen indicar que, si bien estos dos tipos de capitales eran capitales normales, los fabricantes de ropa eran pequeños capitales que liberaban parte de su plusvalor extraordinario para finalmente cedérselo, a través de la esfera de la circulación, a los "grandes compradores". El papel de los grandes revendedores minoristas como "conductores de la cadena" solo puede significar que ellos han estado capturando una gran cantidad de ese plusvalor extraordinario mediante el establecimiento de las condiciones generales de la circulación del capital dentro de la cadena, convirtiéndose así en el capital normal potenciado más fuerte. Sin embargo, el hecho de que los fabricantes textiles estuvieran poniendo una mayor presión sobre los fabricantes de ropa –a través de encargos de mayor volumen, precios altos de los insumos y cronogramas de pago favorables (Gereffi, 1994, p. 103)– sugiere que estos capitales también podrían haber estado participando en la apropiación de parte del plusvalor extraordinario liberado por estos pequeños capitales.

Sin embargo, con la aparición más reciente de los contratistas transnacionales gigantes en el Este de Asia, la situación ha cambiado en las CMCC. Como muestra Appelbaum (2008), aunque esta tendencia ha sido más marcada en industrias como la electrónica, se ha desarrollado también en los sectores del vestido y el calzado. Estos proveedores gigantes no solo se encargan de operar grandes fábricas modernas –en contraste con las emblemáticas fábricas o talleres de pequeños contratistas de las primeras fases de la CGV del vestido–, sino que también se han hecho cargo de muchas de las funciones de la pre y posproducción, las cuales estaban antes centralizadas en los "grandes compradores", incluyendo el diseño, el almacenamiento y el control de la logística (Appelbaum, 2008, p. 73). De acuerdo con Appelbaum, estas dinámicas parecen indicar que se produjeron cambios en el balance de fuerzas en la CGV del vestido, expresadas en la moderación en la asimetría entre los "grandes compradores" y los "contratistas" (Appelbaum, 2008, pp. 71 y 81). En efecto, la evidencia empírica indica que estos grandes contratistas cada vez están en una mejor posición para negociar los precios de venta con los grandes compradores (Appelbaum, 2008, p. 81). Es notable que para Appelbaum estos cambios en sentido contrario a las estructuras de gobernanza "cautivas" que comprenden una red altamente descentralizada de pequeños proveedores han constituido un desarrollo "inesperado" (Appelbaum, 2008, p. 71). Sin embargo, desde la perspectiva de la crítica marxiana de la economía política que hemos desarrollado aquí, estas transformaciones recientes en la CMCC están lejos de ser sorprendentes. Es más, pueden leerse como una expresión predecible de la forma en la que se alcanzan los límites objetivos de la reproducción de los pequeños capitales y, por lo tanto, de formas de red más cautivas. Por un lado, hemos visto que, en última instancia, la tendencia a la concentración y centralización del capital socava la competitividad de los pequeños capitales. Lo hace mediante el aumento de la productividad del trabajo de los capitales normales hasta el punto en que su precio de producción cae por debajo del precio que regula la valorización de los pequeños capitales. Por otra parte, teniendo en cuenta las características particulares de los grandes proveedores descriptas por Appelbaum, parece plausible considerar a los contratistas como capitales normales que, como consecuencia de esta misma determinación, con el tiempo han logrado entrar en –o

crecer dentro de– las ramas de la producción que antes estaban dominadas por los pequeños capitales.[24]

Como vemos, una reelaboración de las particularidades de cada CGV, a la luz del desarrollo de las determinaciones más generales de la diferenciación de los capitales, permite un conocimiento más consistente acerca de esta forma social concreta. Más aún, este enfoque permite dar respuesta a las objeciones empíricas a la formulación original de las características generales de las estructuras de gobernanza que se han presentado en la literatura especializada. Raikes *et al.*, por ejemplo, tras contemplar la posibilidad de una "conducción multipolar" o de distintos grados de "control" en diferentes puntos de la cadena, han cuestionado la idea de un único conductor de la cadena (2000, pp. 397-399). Por su parte, Ponte y Gibbon también han mostrado que la reciente tipología de cinco clases de gobernanza desarrollada por Gereffi *et al.* no refleja necesariamente el control general de una cadena, ya que pueden existir distintas modalidades de gobernanza en diferentes nodos de una misma cadena mercantil (Ponte y Gibbon, 2005, pp. 5-6). Estas objeciones pueden ser abordadas a partir de las determinaciones de la diferenciación de los capitales individuales y de la liberación de plusvalor por parte de los pequeños capitales. Desde esta perspectiva, la llamada "conducción multipolar" simplemente señalaría la presencia de más de un capital normal que potencia su acumulación a través de la apropiación de plusvalor extraordinario que escapa a los pequeños capitales. Del mismo modo, la existencia de una gama variada de "grados de control" o de diversas "modalidades de gobernanza" en los distintos eslabones de una cadena expresaría el hecho de que existen al menos tres tipos diferentes de capitales con capacidades de valorización estratificadas –esto es, capitales normales potenciadas, capitales normales y pequeños capitales –, y, sobre todo, que la categoría de pequeño capital incluye un amplio espectro de magnitudes concretas y de tasas de valorización. El tipo de relaciones de intercambio que median en

[24] Otra posibilidad es que todavía sean pequeños capitales, pero que la magnitud específica de dinero necesaria para convertirse en un pequeño capital haya aumentado, como una expresión del movimiento ascendente del límite para la reproducción del extremo inferior del espectro que constituye dicha categoría. De nuevo, solo la evidencia empírica cuantitativa de la rentabilidad puede ser decisiva para dirimir esta cuestión.

ese proceso de diferenciación en la esfera de la circulación variará en consecuencia con dicha estratificación. Por lo tanto, la mayor complejidad de las CGV "realmente existentes" y sus dinámicas transformativas pueden ser comprendidas sobre la base de criterios rigurosos y claros, que reflejen las determinaciones generales de los diferentes tipos de capitales que surgen de las leyes del movimiento de acumulación del capital en el sistema como un todo. Por el contrario, el enfoque de CGV solo puede adaptarse a estas variaciones mediante continuas redefiniciones *ad hoc* y el refinamiento de las tipologías previas basadas en generalizaciones inductivas de cadenas mercantiles particulares, es decir, a través de perseguir de manera permanente un objetivo móvil. Esta incapacidad para comprender la dinámica de transformación inmanente en las CGV se deriva de no poder vincular las determinaciones particulares de cada cadena con la unidad orgánica del movimiento contradictorio del capital en su conjunto a través del despliegue de la ley del valor. Como señala Harvey, las estructuras organizacionales del capitalismo no son más que la expresión del funcionamiento de la ley del valor y, como tales, son portadoras –más desarrolladas– de las contradicciones que conlleva esta ley (Harvey, 1990, p. 160). En este sentido, está en la propia naturaleza de las CGV estar sujetas a la inestabilidad crónica y al cambio, aunque siempre como la forma concreta en la que se afirma la tendencia general a la concentración y centralización del capital.

Conclusiones

En este trabajo hemos realizado un examen crítico del enfoque de CGV y la naturaleza de las CGV. Como esperamos haber demostrado, los estudios sobre las CGV ofrecen una investigación empírica muy útil sobre las tendencias actuales de las formas de la competencia global. Sin embargo, no logran dar cuenta de este fenómeno novedoso como expresión de las leyes generales del movimiento de capital en su conjunto. En consecuencia, hemos argumentado que el enfoque de CGV en realidad no puede proporcionar una explicación firme de la constitución y la dinámica de su propio objeto de estudio. Estas deficiencias no solo se encuentran en la investigación más reciente de las CGV, con su giro a las teorías de

la organización y gestión industrial, sino que se remonta incluso a sus orígenes dentro del enfoque del sistema-mundo.

Hemos visto que estas dificultades pueden superarse si se reconsideran las CGV a la luz de la crítica marxiana de la economía política. Así, en este capítulo hemos procurado mostrar que a partir de este enfoque es posible dilucidar cómo este fenómeno específico presente en determinadas industrias media el establecimiento de la unidad subyacente de la dinámica del capital social global a nivel del sistema en su conjunto. Parafraseando a Marx, se puede decir que a partir de la crítica de la economía política es posible comprender la manera en que esta nueva forma particular que toma la competencia global entre los capitales individuales "no es otra cosa sino que los muchos capitales" imponiéndose "entre sí y a sí mismos, las determinaciones imanentes del capital" (Marx, 1997b, pp. 168-169). De este modo, se puede colocar a las CGV sobre una base que permita develar el verdadero contenido subyacente detrás de su surgimiento y su configuración inicial: la diferenciación del capital industrial y la liberación de plusvalor por parte de los pequeños capitales. Se puede, asimismo, dar cuenta del principio dinámico que subyace a su posterior transformación y evolución, más allá de las "estructuras de gobernanzas cautivas", con el surgimiento de una base de suministro global constituida por contratistas gigantes. Como hemos visto, esto no es otra cosa que la forma concreta en que las tendencias a la concentración y centralización del capital socavan la base para la reproducción de los pequeños capitales.

En nuestra crítica nos hemos limitado al aspecto de "red" de las CGV, apenas señalando su carácter global y, por lo tanto, marginando el análisis de su dimensión territorial. En este sentido, se puede decir que nuestra evaluación crítica del enfoque de las CGV en su conjunto quedó incompleta. La dimensión global del fenómeno de las CGV, sin embargo, no puede ser ignorada. Ante todo, esta dimensión remite a la cuestión de las formas contemporáneas de la división internacional del trabajo. No obstante, las determinaciones que existen detrás de esta última no pueden ser captadas con solo mirar las relaciones de competencia entre los capitales individuales. En realidad, se requiere entrar más profundamente en la "oculta sede de la producción" para descubrir las formas que toma la extracción global de plusvalor relativo del capital global, a

través de la explotación de la clase obrera mundial.[25] Es solo sobre la base de la consideración de estos dos aspectos en su unidad que es posible avanzar en el develamiento de la dimensión global de las CGV. Sin duda, en estas observaciones finales no podemos explayarnos con más detalle al respecto.[26] Aun así, la discusión acerca de las "soluciones organizacionales" del capital que ofrecimos en este capítulo alcanza para extraer algunas implicancias para una reformulación del enfoque de las CGV en vistas al estudio de las industrias globales.

Ahora bien, ¿cómo se traduce nuestra crítica en el desarrollo de una investigación empírica sólida sobre las CGV? A nivel de la mera descripción cualitativa, no hay mucho para avanzar más allá de lo que los analistas de las CGV han hecho. Como ya señalamos, es precisamente en ese nivel descriptivo donde reside la fortaleza del enfoque de CGV.[27] Sin embargo, hay otras dimensiones que aún podrían fortalecerse. En primer lugar, hay una necesidad de replantear los términos para la elaboración de tipologías. Estas últimas no pueden basarse en generalizaciones inductivas a partir de las relaciones sociales directas particulares que intervienen en el intercambio de mercancías. En cambio, consideramos que el criterio relevante para la identificación de los agentes y de sus relaciones radica, en esencia, en la diferenciación cualitativa de los capitales individuales. Solo a través de esta diferenciación se puede dar cuenta del verdadero significado y la importancia de las diferentes "formas explícitas de coordinación" en los distintos nodos de las cadenas que median en la circulación del valor.

Y esto nos lleva al segundo punto: la cuestión de la evidencia cuantitativa de la rentabilidad. No existe otra forma de identificar de manera inequívoca si un capital individual es pequeño, normal o potenciado como no sea a través de una estimación rigurosa de la tasa anual concreta de ganancia. Esto, en realidad, refleja

[25] Para ahondar en las discusiones de la división internacional del trabajo y de las cadenas mercantiles desde perspectivas que ponen en juego el papel de la clase obrera, véanse Hale y Wills (2005) y Cumbers *et al.* (2008).
[26] Para una discusión más extensa, véanse Starosta (2010b) y, sobre todo, el capítulo 7 del presente libro.
[27] Véase, por ejemplo, el refinamiento de Gibbon de la descripción de las formas de gobernanzas, barreras a la entrada y mejoras en la dinámica de la cadena de la ropa (Gibbon, 2008).

la naturaleza misma del capital. En tanto masas cualitativamente indiferenciadas de valor en proceso de expansión, los capitales individuales no conocen otra diferencia más que sus diferencias cuantitativas; o, mejor dicho, solo pueden expresar sus diferencias cualitativas a través de sus diferencias cuantitativas. Por lo tanto, la única expresión sintética de la diferenciación de los capitales individuales radica en el grado de su capacidad de valorización, esto es, la tasa anual concreta de ganancia. A su vez, esta estimación solo puede hacerse sobre la base de una reconstrucción detallada de las formas concretas adoptadas por el circuito de rotación de cada capital a medida que el valor fluye a través de las diferentes fases de su proceso de autovalorización.

Por lo tanto, un análisis empírico reformulado de las CGV debería empezar por reconstruir las modalidades mediante las cuales los circuitos de rotación de los diferentes capitales que participan en la cadena se entrelazan, para descubrir de este modo los diversos mecanismos a través de los cuales algunos de ellos transfieren plusvalor a otros. En este sentido, debe notarse que esto no solo se refleja en los precios a los que se intercambian las mercancías –aunque sin duda es uno de los mecanismos más generales y visibles–, sino también en el establecimiento de todo tipo de condiciones que afectan a los tiempos y costos de circulación de cada capital y, como consecuencia, a sus respectivas tasas de ganancia concretas. Como hemos visto, la rentabilidad de los capitales individuales emerge del proceso de circulación en su conjunto. Por lo tanto, cualquier circunstancia que afecte a las formas en que cada capital pasa a través de sus diferentes fases de circulación se reflejará en su capacidad de acumulación y rentabilidad. Estas circunstancias pueden incluir, entre otras, las diferentes condiciones de acceso al crédito comercial y financiero, los costos de almacenamiento desfavorables, la transferencia de regalías por la tecnología, los créditos fiscales específicos o los sistemas de subvenciones estatales, e incluso gran parte de los requisitos de *performance* sobre los proveedores, tales como los criterios de control de calidad y el establecimiento de estándares generales, códigos de conducta, etc. En suma, todas estas circunstancias afectan de una forma u otra a los tiempos y los costos de la circulación de los capitales individuales y, en tanto sus efectos negativos sobre las estructuras de rotación no sean

compensados a través de precios más altos, conducen a una diferenciación de las tasas concretas de ganancia. En consecuencia, todas estas circunstancias resultan modalidades de transferencia de plusvalor entre los capitales individuales dentro de las cadenas mercantiles. En este sentido, las diferentes relaciones sociales "enraizadas" y los modos de gobernanza establecidos en cada nodo deben ser reconocidos como mediadores en la asignación desigual de las condiciones de circulación para los diferentes capitales que participan en la cadena mercantil. En otros términos, la importancia de las relaciones directas sociales reside en ser formas mediadoras del entrelazamiento de los circuitos de rotación de los capitales individuales diferenciados sobre las bases y en los modos que hemos discutido.

Un argumento similar puede sugerirse respecto de la necesidad de incorporar a otros actores en el análisis de las CGV, un punto señalado por muchos autores, tanto dentro de dicha tradición como desde perspectivas emparentadas como la de RGP (Henderson, *et al.*, 2002; Gibbon *et al.*, 2008). Si bien es correcto señalar la relevancia de otros actores, el punto crucial sigue siendo cómo dar cuenta del papel que juegan estos. Sin duda, en la medida en que las condiciones de rotación de los capitales individuales se ven afectadas por una gran variedad de circunstancias que no pueden reducirse simplemente a las acciones de los miembros directos de una CGV, se debe incluir en el análisis a todos los actores que de una forma u otra afectan con sus acciones dichos circuitos de rotación. En este sentido, cabe destacar el papel crucial del crédito en la diferenciación de las condiciones de rotación, tanto comercial como financiero. Y esto implica la necesidad de prestar más atención al papel de las instituciones financieras como actores en las CGV, los cuales, por cierto, están llamativamente ausentes en la mayoría de la literatura de CGV. Otro de estos actores centrales es, por supuesto, el Estado. Sin embargo, la importancia de las políticas públicas, al menos en lo que se refiere a la dimensión organizacional del análisis de las CGV, se encuentra entre las formas en las que median –pero, para decirlo una vez más, no determinan– el proceso de diferenciación del capital a través del cual se realiza la formación de la tasa general de ganancia. En otras palabras, las políticas estatales son relevantes por ser las formas concretas adoptadas por la cir-

culación de valor a lo largo de la cadena. El valor, en su forma de capital, no es una sustancia inerte que está ahí fuera esperando ser apropiada por los diferentes actores de una cadena, sobre la base de la posesión o ejercicio del poder, incluido el de "influenciar" o "moldear" las políticas de Estado. Por el contrario, el valor devenido capital es el propio sujeto que en su movimiento de circulación toma la forma de esas relaciones de poder y de las distintas políticas de Estado. Por tanto, si las políticas estatales tienen un impacto diferencial en las condiciones de circulación de cada tipo de capital, ello se debe a que la propia circulación global del capital social global toma la forma concreta en la diferenciación de las capacidades de valorización de los capitales individuales. Por ejemplo, las políticas estatales de promoción de redes de investigación que articulan universidad e industria en la industria automotriz canadiense, que favorecen a las terminales y a los grandes autopartistas por sobre las llamadas pymes, no son la causa o consecuencia exterior de las relaciones asimétricas de poder para "capturar valor" en la cadena (véase, Rutherford y Holmes, 2008). En realidad, esas políticas públicas son la forma concreta mediadora que da curso y reproduce el proceso de diferenciación de las capacidades de valorización que se derivan del despliegue de la "ley del valor". Lo que debería ser investigado, en todo caso, es la forma precisa en que estas políticas afectan los circuitos de rotación de esos capitales, para ver cómo ese impacto se refleja en sus respectivas tasas de ganancia.

Sin lugar a dudas, esta reformulación de la investigación de las CGV demandaría un gran esfuerzo. En particular, es evidente que las dificultades prácticas implicadas son considerables, entre ellas la disponibilidad y accesibilidad a la información relevante. Sin embargo, esta es la única forma de ir más allá de la mera descripción de las CGV y avanzar hacia una verdadera explicación que dé cuenta de este fenómeno. Notemos, por lo demás, que la necesidad de encontrar fundamentos más sólidos para la investigación empírica de las CGV no se deriva de un interés abstractamente "científico". En cambio, surge de lo que, en última instancia, debe guiar toda acción revolucionaria consciente, esto es, la transformación práctica del mundo en un sentido progresivo. Si el fenómeno de las CGV posee relevancia como objeto de investigación, se debe a que su constitución y dinámica puede afectar nuestra existencia como

sujetos sociales en el capitalismo. Más importante aún, su relevancia pasa por que podamos actuar como fuerzas activas, a través de nuestra intervención política consciente, en su transformación. Pero es solo a través de un desarrollo que no se detenga ante las apariencias inmediatas de las formas sociales que podemos descubrir la plenitud de las potencialidades transformadoras objetivas inmanentes a ellas.

Capítulo 9
Mercancías cognitivas y forma de valor[1]

> La forma real bajo la cual se presenta el producto no debe perturbar en absoluto la fundamentación de la teoría del valor mediante el tiempo de trabajo objetivado (Marx, 1997b, p. 14).

El enfoque del capitalismo cognitivo constituye el desarrollo teórico más reciente de la corriente "posoperaísta" asociada a la revista francesa *Multitudes*, que incluye, entre sus principales figuras, a Yann Moulier-Boutang, Carlo Vercellone, Antonella Corsani y Bernard Paulré.[2] Esta perspectiva emerge como un intento de sistematizar, en un programa de investigación coherente y unificado, la ya difundida tesis del "trabajo inmaterial" (Dieuaide *et al.*, 2006).[3] El eje central del argumento se mantiene, sin embargo, inalterado. Para estos autores, la esencia de las transformaciones recientes del capitalismo se encuentra en las nuevas formas de subjetividad productiva que son características de lo que llaman la era del "intelecto general" y, en particular, en el contenido emancipatorio que estas portan (Vercellone, 2009, p. 240).[4] La fase actual del desarro-

[1] Este capítulo es una traducción y ampliación de Starosta (2012a).

[2] Para una visión general de los principios fundamentales del enfoque del capitalismo cognitivo, véanse Corsani *et al.* (2001), Paulré (2004), Vercellone (2004 y 2011a) y Moulier-Boutang (2007a).

[3] La tesis del "trabajo inmaterial" ha alcanzado amplia difusión con los libros *Imperio* y *Multitud* de Hardt y Negri (2002 y 2004), autores principales de la corriente posoperaísta.

[4] Los teóricos del capitalismo cognitivo se esfuerzan por distanciarse de los enfoques apologéticos y deterministas tecnológicos de la llamada "nueva economía", basada en la centralidad de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Estos intentos llegan al punto –incluso sospechoso– de anteceder varias de

llo capitalista es vista, de este modo, como la realización plena de las determinaciones cualitativas de la subjetividad productiva que Marx describe en el célebre "Fragmento sobre las máquinas" de los *Grundrisse* (Vercellone, 2011b, pp. 68 y ss.; Marx, 1997b, pp. 216 y ss.). Por un lado, se sostiene que el "saber" o la dimensión cognitiva del trabajo vivo deviene la principal fuerza productiva (Vercellone, 2011b, pp. 62-72) y, con ello, la fuente de creación de valor y de acumulación que es cualitativamente dominante (Negri y Vercellone, 2008; Vercellone, 2008). Según se argumenta, esto representa una nueva etapa en el desarrollo antagónico de la división del trabajo capitalista que supera la lógica smithiana de separación entre el trabajo intelectual y manual que dominaba el llamado "capitalismo industrial" y la subsunción real del trabajo en el capital. Por otro lado, se sostiene que esta nueva figura del obrero colectivo –denominada "intelectualidad difusa"– encarna la capacidad material para organizar la cooperación productiva de los trabajadores de manera autónoma al capital y, por tanto, torna superfluo el rol del comando capitalista (Vercellone, 2009, p. 225). Por último, se argumenta que estos dos aspectos del capitalismo contemporáneo conllevan tanto la obsolescencia de la ley del valor como la posibilidad material inmediata de una transición directa al comunismo (Vercellone, 2009, p. 240).

Estas polémicas tesis ya fueron criticadas por numerosos autores de diversas tradiciones y perspectivas (Caffentzis, 2005; Camfield, 2007; Henninger, 2007; Smith, 2013), de modo que no es en ellas que centraremos nuestra discusión. En cambio, nos concentraremos en un segundo elemento constitutivo de este enfoque que, no obstante su relevancia, ha sido relativamente poco explorado por la

---

las contribuciones más importantes con una sección "aclaratoria" titulada "Lo que el capitalismo cognitivo no es" (Corsani, *et al.*, 2001, pp. 11 y ss.; Vercellone, 2004, pp. 5-8; Moulier-Boutang, 2007a, pp. 67-80). Las TIC son vistas por este enfoque como un modo de expresión de la dominación del capital sobre el trabajo –o la "multitud"–, que a su turno es presentado como un intento de resolución del ciclo anterior de luchas de la clase obrera. Pero en ningún caso se cuestionan las descripciones empíricas de esos enfoques apologéticos, sino que solo las reinterpretan a través de los lentes de una "sociología radical" de las transformaciones de la subjetividad productiva. Más importante aún, estos autores terminan compartiendo con aquellos a quienes critican, aunque por distintas razones, el punto de vista según el cual las transformaciones más amplias asociadas con la fase actual del capitalismo –las TIC, entre ellas– han vuelto obsoleta la ley del valor.

literatura especializada.[5] Nos referimos al énfasis que hacen estos autores en la naturaleza peculiar de los productos de esta supuesta nueva forma hegemónica del trabajo: las llamadas mercancías cognitivas. En particular, la existencia de estas mercancías aparece bajo esta perspectiva poniendo en tela de juicio la validez de la "ley del valor" marxiana, esto es, el papel de las determinaciones cualitativas y cuantitativas de la forma de valor en la organización de la unidad del trabajo social global. En efecto, según se argumenta, la "ontología" material específica de estos productos del trabajo que son intensivos en conocimiento o "inmateriales" –y que por lo tanto implican costos nulos de reproducibilidad, indivisibilidad, no rivalidad, no exclusión, etc.– choca con la determinación del valor como "tiempo de trabajo social objetivado" (Zukerfeld, 2006). La forma de valor es vista, de este modo, como una forma forzada de manera exterior sobre los valores de uso a través de la imposición "parasitaria" de una "escasez artificial" por medio de formas jurídicas como son los derechos de propiedad intelectual (Moulier-Boutang, 2007b).

En este capítulo buscamos someter a un examen crítico estas afirmaciones sobre el supuesto impacto de la creciente hegemonía de las mercancías cognitivas en las "leyes de movimiento" fundamentales de la sociedad capitalista. Argumentaremos que, a pesar de ser presentados como enunciados no problemáticos o como implicancias autoevidentes que se derivan de la naturaleza de las mercancías cognitivas, las referencias a la crisis de la "medida del valor en tiempo de trabajo social" descansan sobre una comprensión más bien vulgar de las determinaciones antitéticas de la forma de mercancía como unidad de valor de uso y valor. Sin dejar de reconocer la validez descriptiva de algunas de las características de la forma de producción y del producto asociadas con las llamadas mercancías cognitivas, procuraremos mostrar que un enfoque más riguroso desde la crítica de la economía política puede dar cuenta de las peculiaridades en cuestión guardando consistencia con el desarrollo de las determinaciones del valor que se presenta en *El capital*. En suma, en este capítulo se ofrecen argumentos en contra de la tesis de que vivimos en una época de crisis de la "ley del valor" en tanto principio dinámico que rige el movimiento contradictorio del capitalismo contemporáneo.

[5] Como casos excepcionales, véanse Husson (2003) y Carchedi (2005).

La "ontología" material específica de las mercancías cognitivas y las determinaciones más simples de la forma de valor

Un primer argumento planteado por los teóricos del capitalismo cognitivo es que las mercancías cognitivas difieren de las "físicas" debido a la peculiar estructura de costos que entraña su alta intensidad en conocimiento. Se afirma que este tipo de mercancías involucra costos muy altos en la producción de la primera unidad, mientras que los costos de reproducción son mínimos y se reducen a la reproducción de la materialidad del soporte en que se plasma el conocimiento previamente desplegado (Ordóñez, Correa y Ortega, 2008, p. 43). En consecuencia, esta reproducibilidad sin costo de las mercancías cognitivas hace que la "ley [del valor] basada en la medición de los tiempos de trabajo inmediatamente dedicados a la producción entre en crisis" (Vercellone, 2011b, p. 72). Esto suena bastante simple e intuitivo. Si la primacía del valor de cambio sobre la riqueza real se basa en la "escasez" –como sostiene el marginalismo– o en las "dificultades de producción" –como sostienen la economía política clásica y, en la interpretación del capitalismo cognitivo, también Marx–, entonces parece razonable concluir que las determinaciones inmanentes de la forma de valor no pueden regular la producción de mercancías para las cuales "el tiempo de trabajo directo empleado en su producción se vuelve insignificante" (Vercellone, 2011b, p. 76). Al parecer confiados en esta aparente simpleza y obviedad del argumento, los teóricos del capitalismo cognitivo apenas se esfuerzan por fundamentar y dar cuerpo a sus argumentos (Henninger, 2007, p. 172). En otras palabras, a la manera de los economistas vulgares, estos teóricos no hacen más que "apelar al sentido 'común'" (Marx, 2000b, p. 136) como si eso bastara como justificación de la supuesta imposibilidad de determinar el valor de las mercancías cognitivas a través de la "ley del valor-trabajo".[6] Sin embargo, a pesar de su aspecto de autoevi-

[6] Es en cierto sentido irónico que, a diferencia de los teóricos del capitalismo cognitivo, los auténticos economistas vulgares de la actualidad toman más en serio el desafío que suponen las mercancías cognitivas para los fundamentos teóricos de su propio legado intelectual. Así, la respuesta de Varian a la peculiar estructura de costos de los "bienes de información" –altos costos fijos y costos marginales cercanos a cero– pasa por relajar la lectura estricta del criterio de eficiencia de Pareto como

dente, el argumento se basa en una confusión fundamental de las determinaciones inmanentes de la forma de valor del producto del trabajo. En concreto, se puede decir que este tipo de razonamientos se detiene en la apariencia presentada por la determinación del valor cuando la mercancía es considerada abstractamente como la premisa de la producción capitalista y no como producto del capital (Marx, 2000b, pp. 114 y ss.).

En cuanto presupuesto del capital, la mercancía es la forma social que contiene como contenido inmanente las determinaciones más simples de la sociedad capitalista, y cuyo despliegue dialéctico dará lugar al descubrimiento de las formas sociales más complejas que constituyen al capital como "la potencia económica, que lo domina todo, de la sociedad burguesa" (Marx, 1997a, p. 28). En otras palabras, como premisa o elemento abstracto del capital, la mercancía es la "forma celular económica" del "organismo" de la sociedad burguesa (Marx, 1999b, p. 6). Como tal, su análisis debe "dejar a un lado todos los aspectos que no guardan la menor relación con el objeto" (Marx, 1982b, p. 49). De esta manera, la exposición dialéctica puede presentar "en su pureza" la determinación general de la mercancía como expresión materializada más simple de las relaciones sociales capitalistas. En este nivel más simple de abstracción, la mercancía aparece de hecho, y puede ser por tanto legítimamente así tratada, como un "artículo autónomo", "considerada en su autonomía", un producto único cuyo valor se determina "aisladamente" por la cantidad específica de trabajo socialmente necesario que está objetivado en ella (Marx, 2000b, pp. 114, 130-131).

Sin embargo, como Marx observa sobre Proudhon –quien, por cierto, también comete el error de agotar la determinación del va-

---

base para la determinación de los precios óptimos (Varian, 2001). Por lo tanto, en lugar de considerar que un precio constante debe ser igual al costo marginal, señala que los resultados eficientes requieren que solo la unidad marginal del bien sea vendida al costo marginal, pero no todas ellas. Su solución normativa –en lugar de una explicación propiamente dicha– consiste, pues, en la recomendación de precios diferenciales para los bienes de información. Una situación que, según este autor, "es bastante común en el mundo real". Bajo la forma típicamente vulgar de una ciencia que no va más allá de las apariencias inmediatas, es evidente que esto confunde la determinación objetiva de los precios de las mercancías con la forma concreta en la que estos se realizan a través de las estrategias subjetivas de fijación de precios que guían las acciones de los capitalistas individuales.

lor en el análisis de la mercancía individual–, la crítica práctica del capital no puede contentarse con estar "enteramente en lo cierto en lo que toca a la apariencia" (Marx, 2000b, p. 134). Y, de hecho, esta apariencia se desvanece tan pronto como consideramos a la mercancía como lo que en verdad es: no solo el elemento abstracto o "forma celular económica" de la producción capitalista, sino su resultado inmediato. En efecto, como veremos enseguida, las determinaciones del valor se revelan entonces como concernientes a la masa total de mercancías con respecto a la cual cada artículo singular está material y formalmente subsumido como una parte alícuota. De este modo, veremos que la noción del valor como un atributo abstractamente individual de la mercancía aislada, de la cual depende en última instancia la tesis de la incompatibilidad entre las mercancías cognitivas y la forma de valor, descansa sobre una base endeble.

La cuestión conduce, entonces, a la determinación precisa de la magnitud de la masa de mercancías que es relevante para la determinación del valor y, en consecuencia, a las determinaciones formales que dan unidad a esa relación orgánica entre el valor del artículo individual y el del producto total del que forma parte. En este sentido, existen dos escalas fundamentales para considerar. En primer lugar, está la relación orgánica "parcial" entre los artículos individuales que integran la masa de mercancías resultantes de cada proceso privado de producción. En segundo lugar, se encuentra la relación entre dicha masa de mercancías y el volumen total de mercancías de ese mismo tipo, que es llevada al mercado por los distintos productores privados. Esta última dimensión del problema remite al establecimiento de la estructuración cualitativa y cuantitativa de la producción dentro de una rama de la división social del trabajo. Situación que Marx considera solo al pasar en la presentación de la metamorfosis de la mercancía (Marx, 1999b, pp. 130-131), y que recién despliega de manera plena cuando considera la unidad total del movimiento del capital social global mediada por el establecimiento de un único "valor de mercado" a partir de los diversos "valores individuales" de cada productor (Marx, 1998c, pp. 228 y ss.).[7] A los

[7] Al examinar el proceso de circulación de las mercancías, Marx aborda de modo explícito la cuestión de la unidad real del movimiento del trabajo social en su con-

efectos de nuestra discusión, es el primer aspecto el que resulta más relevante para demostrar el carácter aparente de la supuesta contradicción entre la naturaleza material peculiar de las mercancías cognitivas y las determinaciones más simples de la forma de valor. Pero empecemos por el inicio del despliegue de las determinaciones de la mercancía.

Marx comienza su presentación dialéctica con la mercancía como forma elemental del "enorme cúmulo de mercancías" en el que aparece la riqueza social en el modo de producción capitalista (Marx, 1999b, p. 43). Luego, toma la mercancía individual "en la mano" y analiza "las determinaciones formales que contiene en cuanto mercancía, que le imprimen el sello de mercancía" (Marx, 2000b, p. 108). Este análisis muestra que lo que es específico en la mercancía es que, en tanto producto del trabajo, su valor de uso es portador de un atributo objetivo históricamente específico: la forma de intercambiabilidad general o forma de valor. El análisis subsecuente revela que la mercancía es el producto de "trabajos privados autónomos, recíprocamente independientes" (Marx, 1999b, p. 52), siendo esta la razón por la cual la organización de la división del trabajo debe estar necesariamente mediada por esta forma cosificada o, lo que es lo mismo, de por qué el trabajo del productor de mercancías es productor de valor (Marx, 1999b, p. 89).

En efecto, aunque los trabajos privados son sin duda interdependientes como "*membra disiecta* [miembros dispersos] del sistema de la división del trabajo" (Marx, 1999b, p. 131), su carácter irreductiblemente social no se manifiesta de inmediato cuando son estos trabajos se ejecutan en el proceso directo de producción. Por lo tanto, la necesaria articulación social de trabajos privados

---

junto por primera vez en su exposición. En este contexto, hace la siguiente observación cualificatoria: "Y, en realidad, el valor de cada vara individual de lienzo no es más que la concreción material de la misma cantidad, socialmente determinada, de trabajo humano homogéneo" (Marx, 1999b, p. 131). Sin embargo, Marx no va más allá en el análisis de la articulación de la división social del trabajo. Sucede que, en cuanto el objeto inmediato de su investigación es la mercancía individual, en esta etapa de la investigación puede "suponer que exist[e] la necesidad de esa mercancía determinada" (Marx, 1998c, p. 234), de modo de circunscribirse a explorar las determinaciones que surgen del cambio en la forma de las mercancías en su "estado puro" (Marx, 1999b, p. 132).

se realiza en forma indirecta, a través de la mediación del intercambio de los productos del trabajo como mercancías. Solo en ese momento se revela si la porción de la fuerza de trabajo total que está portada en el cuerpo individual de cada productor se gastó de manera socialmente útil y, en consecuencia, formó parte efectiva del trabajo social realizado para reproducir a la sociedad. Esta es la razón por la cual la objetivación del carácter abstracto de las actividades productivas individuales realizadas de manera privada se representa como un atributo cualitativo objetivo de los productos del trabajo con el que surgen del proceso de producción, es decir, como su valor (Marx, 1999b, p. 90). La magnitud de valor está de este modo determinada por el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de la mercancía (Marx, 1999b, p. 48). Esto significa que la objetivación del carácter abstracto del trabajo individual realizado de manera privada se representa socialmente en la forma de valor solo en la medida en que cumpla dos condiciones: primero, que corresponda a las condiciones técnicas normales de producción que prevalecen en la sociedad (Marx, 1999b, p. 48); segundo, que pueda satisfacer una necesidad social, es decir que sea un valor de uso para otro individuo distinto del propio productor (Marx, 1999b, p. 50), sin importar que dicha necesidad surja del "estómago o la fantasía" (Marx, 1999b, p. 43).

Ahora bien, al analizar la mercancía individual como tal, Marx considera a toda mercancía como "un ejemplar medio de su clase" (Marx, 1999b, p. 49). Esto implica que en este nivel de abstracción la diversidad de circunstancias individuales puede ser puesta entre paréntesis y que, en consecuencia, la relación orgánica entre la determinación del valor de cada mercancía singular y el de la masa de la que forma parte puede ser asimismo dejada de lado. Esto es, la "parte" individual puede ser considerada en este punto ignorando su relación con el "todo" y, por lo tanto, cada mercancía analizarse de manera "aislada" como un producto individual abstractamente autónomo. La relación del producto individual con la masa de la que forma parte existe pero, por así decir, solo de modo extrínseco, a través de la determinación de la mercancía individual como un "representante promedio". Esto también implica que la divergencia entre el trabajo gastado en una mercancía y cualquier otra es, en esta etapa de la investigación, completamente irrelevante. Y esto incluye, por supuesto, la

relación entre el "primer" artículo producido y la producción de artículos idénticos posteriores.[8]

Pero el caso es bien diferente cuando la mercancía ya no se considera como una forma abstracta del capital o como su premisa, sino como su resultado o producto inmediato. Este es el objeto inmediato de la investigación de Marx en los "Resultados del proceso inmediato de producción", donde demuestra que el examen de la mercancía como el producto de la producción capitalista arroja nueva luz sobre las determinaciones de valor. De hecho, es en particular en ese texto donde se puede encontrar la discusión más explícita y amplia que da Marx sobre la cuestión central que aquí nos ocupa para resolver el "enigma" de las mercancías cognitivas que desconcierta a los autores posoperaístas, esto es, la naturaleza interna de la mercancía individual como parte componente de un producto total, formalmente determinado, del proceso de producción capitalista (Murray, 2009, p. 165).[9]

[8] Sin embargo, en esta exposición de Marx hay elementos que anticipan, aunque sin ser desplegados, la determinación más orgánica del valor individual como parte de una masa. Esto está implícito cuando Marx analiza la evolución de la productividad del trabajo y su impacto sobre el valor individual de cada mercancía. Allí queda claro que el valor es, ya en esta etapa, la objetivación cosificada del trabajo total gastado para la producción de una masa de mercancías en todo un período de trabajo –más adelante especificado como una jornada normal de trabajo– y que cada mercancía representa una parte alícuota de la cantidad total de valor producido. El movimiento contradictorio entre la cantidad de riqueza material –valor de uso– y su forma social de exsitencia –valor– se basa de hecho en este punto (Marx, 1999b, pp. 56-57). Esta determinación cuantitativa simple del valor refuta la idea de que el valor de la "primera" mercancía producida representa todo el trabajo pasado y actual socialmente necesario requerido para su producción, mientras que el valor de los artículos posteriores se reduce a la cantidad de nuevo trabajo vivo que es necesario para la producción del soporte material, sumado a la mera reproducción o copia del contenido de conocimiento de la mercancía cognitiva "original". Aun así, Marx no extrae las implicancias de esto en relación con la apariencia de la mercancía como una materialización "autónoma" de una cantidad específica de tiempo de trabajo socialmente necesario. Su presentación dialéctica de la mercancía, por lo tanto, continúa como si la determinación del valor correspondiera a cada artículo individual en forma aislada, aunque considerado como una muestra promedio de su clase.

[9] Además de los comentarios mencionados en la nota anterior, el otro lugar en *El capital* donde Marx presenta este aspecto de la determinación de la forma de valor es el capítulo 10 del tomo I sobre el "Concepto de plusvalor relativo" (Marx, 1999c, pp. 438 y ss.). De hecho, en el tomo III de *El capital* se realiza una autorreferencia a esas páginas del tomo I, precisamente con el fin de contrastar esta determinación interna del valor con la forma invertida en la que aparece en la circulación –y por

Como lo presenta allí Marx, "la *mercancía*, tal como surge de la producción capitalista, está determinada de otro modo que la mercancía tal como partimos de ella en cuanto elemento, premisa de la producción capitalista" (Marx, 2000b, p. 114). En este contexto más concreto la mercancía cambia "formalmente" (Marx, 2000b, p. 131), se convierte en "portadora del capital que se ha valorizado" (Marx, 2000b, p. 127) y debe ser entonces considerada "como producto del capital total" (Marx, 2000b, p. 133), como representante de una parte del plusvalor total generado por este. En consecuencia, la determinación del valor de la mercancía individual no puede ser más considerada de manera aislada, sino que debe ser puesta en su relación orgánica con la masa de mercancías, cuya unidad encarna la valorización del capital adelantado. Como señala Murray (2009, p. 164), el cambio que realiza y enfatiza Marx del singular al plural en su primer contraste entre la mercancía como premisa y producto del capital está lejos de ser arbitrario: "La mercancía, como la forma elemental de la riqueza burguesa, era nuestro punto de partida, la premisa de la génesis del capital. En cambio, las mercancías se presentan ahora como el producto del capital" (Marx, 2000b, p. 109).

En efecto, "en cuanto forma modificada del capital que se ha valorizado a sí mismo" (Marx, 2000b, p. 115), la mercancía individual no aparece simplemente como una cosa autónoma que posee valor en cuanto es el resultado de una cantidad determinada de trabajo socialmente necesario llevado a cabo de manera privada (Marx, 2000b, p. 131). En contraste, se encuentra determinada como portadora material del valor del capital adelantado –la parte del capital constante que ha sido transferida, más el capital variable reproducido por el trabajo vivo del obrero– junto con el plusvalor resultante de la explotación del obrero colectivo. Sin embargo, cada mercancía contiene solo una porción del plusvalor total generado por el movimiento del capital. La valorización plena de este último implica, por tanto, que la mercancía esté presente y

---

tanto en la conciencia fetichista del capitalista individual–, esto es, que el precio se fija para la mercancía individual y luego el precio del producto total se computa con base en la multiplicación de la cantidad de mercancías producidas (Marx, 1998c, pp. 293-294). Pero, a diferencia de los "Resultados…", esta cuestión se discute allí de manera muy acotada y no constituye el foco de la presentación.

sea vendida "en el volumen y las dimensiones de la venta que tiene que operarse para que se realicen el viejo valor del capital y el de la plusvalía por él producida" (Marx, 2000b, p. 115). El resultado inmanente del proceso ya no consiste en "bienes individuales", sino en una determinada "masa de mercancías" que actúa como portadora del capital valorizado y que, en consecuencia, debe ser considerada como una única mercancía (compuesta), es decir, "una única mercancía […] cuyo valor de cambio, por consiguiente, aparece también en el precio total como expresión del valor total de este producto total" (Marx, 2000b, p. 116).

En este modo más concreto de existencia, el valor queda determinado por la unidad del producto total de un capital individual considerado como un todo, con el valor de cada uno de los artículos resuelto, "calculando su valor de uso como parte alícuota del producto total y su precio como parte alícuota correspondiente del valor total generado por el capital" (Marx, 2000b, p. 118). Así, la mercancía individual se transforma en curso del desarrollo de sus propias determinaciones, y de ser un representante promedio de su tipo pasa a existir como una porción alícuota del producto total del capital. Se torna, no solo material sino también formalmente determinada como un elemento singular de la masa total de mercancías producidas por cada capital individual. La relación entre "las partes y el todo" sufre, de este modo, una inversión frente a la apariencia abstracta con la que comenzó la exposición. El valor del producto agregado ya no representa la simple adición de sus elementos constitutivos. Ahora es al revés, el valor total se determina "primero" y es luego distribuido de manera equitativa entre cada mercancía individual, que ahora contiene así una fracción proporcional al valor total. En síntesis, como lo presenta Marx en otro de sus manuscritos:

> El valor total producido dividido entre el número de productos determina el valor de cada producto y solo como tal parte alícuota se convierte en mercancía. Ya no es el trabajo empleado en cada mercancía peculiar, que en la mayoría de los casos ya ni siquiera podría calcularse y que puede en una mercancía ser mayor que en otra, sino el trabajo total, una parte alícuota del cual, la media del valor total [dividido] entre el número de productos, determina el valor de cada uno de estos y lo constituye en mercancía (Marx, 1989a, p. 98).

Nótese que este no es un método "práctico" alternativo más conveniente para el cálculo y la medición de la magnitud del valor de las mercancías individuales, sino una determinación formal objetiva derivada de la subsunción de la materialidad del proceso de producción y su resultado a la valorización del capital. La producción capitalista no implica la producción de valores de uso mediada por la forma de valor. Su propio contenido consiste en la autoexpansión cuantitativa de esta relación social materializada en una escala siempre creciente, con la producción de valores de uso –y por tanto de la vida humana– como un mero portador de una finalidad enajenada, esto es, la producción de plusvalor (Marx, 1999b, pp. 183 y ss.). En consecuencia, no solo el proceso de producción sino también su producto, es decir, la mercancía, lleva la marca de la subsunción a la valorización del capital. Aquí no está en juego un agregado de mercancías individuales "autónomas" conectadas de modo extrínseco, sino una masa de valores de uso cuya unidad y consistencia formales se encuentran dadas como un único producto total que encarna el valor del capital original más el plusvalor a ser realizado. Como lo presenta Marx: "La mercancía concreta, el producto concreto, no aparece [ya] solamente de un modo real como producto, sino también como mercancía, como parte no solo real, sino también ideal [*ideeller*] de la producción total. Cada mercancía de por sí [aparece] como exponente de una determinada parte del capital y de la plusvalía creada por él" (Marx, 1889a, p. 98; traducción modificada).

En suma, podemos ahora reconocer que la determinación real del valor de las mercancías trasciende a la mercancía individual aislada como tal. Las implicancias que tiene este reconocimiento para el análisis de las mercancías cognitivas es evidente. Visto a la luz de esta determinación más concreta del valor, la desproporción entre el enorme "costo de producción" del primer producto original y la reproducción a costos insignificantes de las subsiguientes "copias" pierde el aura fantástica que cautiva a los teóricos del capitalismo cognitivo, y pierde con ello su condición de supuesta evidencia irrefutable de la proclamada obsolescencia de la "ley del valor trabajo". En otras palabras, en cuanto cada mercancía individual representa una fracción igual del valor del producto del capital como un todo, la comparación entre el muy alto costo de producción del primer artículo y el muy bajo costo de reproduc-

ción del resto pierde sentido en lo que concierne a las determinaciones de su valor. La supuesta contradicción entre este aspecto de la "ontología" material específica de las mercancías cognitivas y la forma de valor se revela, pues, como falsa. Este aspecto peculiar de la materialidad de las mercancías cognitivas deja, por tanto, intactas las determinaciones cualitativas y cuantitativas de la forma de valor.[10]

Contenido económico y forma jurídica de las mercancías cognitivas

¿Implica este argumento que el fenómeno de la "reproducibilidad sin costos" de las mercancías cognitivas es por completo irrelevante para la comprensión del capitalismo contemporáneo? Sin duda, no. Aunque esta característica no transforma las "leyes" que regulan la producción del valor de las mercancías, esta especificidad material sí incide, en cambio, sobre las condiciones de apropiación de su valor de uso y, por ello, sobre la realización de su valor. La prominencia contemporánea de las discusiones en torno a los derechos de propiedad intelectual se deriva en lo esencial de esta peculiaridad de las mercancías cognitivas.

En efecto, lo que es distintivo de las llamadas mercancías cognitivas es que, en virtud de su carácter de reproducibilidad a muy bajos costos, su valor de uso puede ser apropiado como un medio de producción de idénticos valores de uso adicionales casi sin costo alguno; por ejemplo, para las copias subsiguientes de un *software* original. A diferencia de las mercancías "físicas", no hay casi ningún trabajo vivo nuevo o medio de producción adicional relevante involucrados en la producción que sigue a la del primer ejemplar.

[10] Aquí es interesante observar que en los manuscritos citados Marx subraya de modo explícito que la naturaleza material específica de las mercancías es irrelevante para esta determinación más concreta de los valores individuales como productos del capital total. Aunque no se refiere en particular al caso de las "mercancías cognitivas" –de cuya existencia, por lo demás, Marx estaba al tanto (véase, 1994b, p. 228)– y solo distingue entre mercancías continuas o discretas, su argumento no deja dudas de que cualquiera sea la especificidad de la materialidad de las mercancías, la determinación del valor aplica a la unidad orgánica del producto total del capital adelantado, que debe ser tratado de este modo como una única mercancía.

Como hemos visto, esto no altera en nada las determinaciones de la producción del valor. Pero, en cambio, sin duda alguna afecta su plena realización y por lo tanto da un carácter específico a la forma jurídica que necesariamente la media. Esta forma jurídica no debe solo codificar, como ocurre con cualquier mercancía, la posesión de mercancías como propiedad legal, sino que además necesita regular las condiciones específicas de apropiación de su valor de uso; por ejemplo, a través de la prohibición de la copia doméstica o de compartir el *software* propietario y, más en general, de su reproducción, modificación, mejora o redistribución para fines comerciales, lo cual suele ser acompañado por barreras técnicas a la apropiación de sus propiedades materiales a través de códigos fuente no accesibles. Esto es necesario para prevenir la aparición de competidores que puedan producir mercancías idénticas sin la necesidad de incurrir en todos los costos involucrados en el desarrollo del primer ejemplar; por caso, el *software* mismo (Husson, 2005). De otro modo, esos otros productores podrían vender sus propias mercancías a un precio que se encuentre por debajo de su valor en virtud de prescindir de tener que gastar tiempo de trabajo en producir este primer ejemplar. Bajo presión de la competencia, el productor que sí gastó ese tiempo de trabajo se vería también forzado a vender sus mercancías a un precio que no reflejase la cantidad total de trabajo social requerido para su producción. En este punto, es importante enfatizar que una situación como esa no modificaría el valor de la mercancía en cuestión, en tanto el tiempo de trabajo gastado en su desarrollo no se habría vuelto superfluo como ocurriría, por ejemplo, en el caso de modificarse la productividad del trabajo de investigación y desarrollo (I+D) o en el del desarrollo de un valor de uso alternativo que convierta al antiguo producto en socialmente inútil. En otros términos, al prevenir potenciales situaciones como esta, los derechos de propiedad intelectual sobre mercancías cognitivas no imponen un valor de cambio para esta mercancía por encima de su insignificantemente pequeño –o inexistente– valor (véase, Rullani, 2004), sino que solo median su plena realización. Esta forma jurídica más simple asumida por la realización del valor de las mercancías cognitivas se encuentra ya presente en su modo más abstracto de existencia en cuanto mercancías consideradas como premisas del capital. Pero se encuentra más desarrollada en su determinación concreta como

mercancías productos del capital, en cuyo caso los derechos de propiedad intelectual se convierten en formas jurídicas tomadas por la realización del plusvalor.[11]

El punto crucial a subrayar es que la forma jurídica no "impone artificialmente" la forma de valor al producto. Dicho de otro modo, no es la relación jurídica la que determina la relación económica materializada; es al revés: los derechos de propiedad intelectual solo median la realización del contenido económico cuyo fundamento sigue residiendo en la forma social específica tomada por la organización del proceso de metabolismo humano en el capitalismo, esto es, en la forma privada e independiente asumida por el proceso de producción de valores de uso. La "ontología peculiar" de los valores de uso cognitivos no invalida esta determinación más simple de los derechos de propiedad desplegada por Marx al comienzo de su análisis del proceso de intercambio. Al igual que las mercancías "físicas", las cognitivas tampoco "pueden ir por sí solas al mercado ni intercambiarse ellas mismas" (Marx, 1999b, p. 103). En consecuencia, la relación indirecta entre productores privados mediada por "cosas intensivas en conocimiento" necesita a su vez estar mediada por una relación directa entre los poseedores de mercancías, donde se reconozcan entre sí como propietarios privados "cuya voluntad reside en dichos objetos" (Marx, 1999b, p. 103). La relación jurídica no es una relación directa entre individuos abstractamente libres, tal como de hecho se presenta ante los agentes de la producción y sus teóricos, sino una relación entre "personificaciones" de mercancías, y por tanto como individuos cuya conciencia y voluntad están enajenadas en ellas (Marx, 1999b, pp. 103-104). En otras palabras, la relación jurídica no solo media el "cambio de manos" de los valores de uso, sino que da curso a la realización misma de la forma de valor (Marx, 1999b, pp. 103-104). En este sentido, no existe una diferencia esencial entre las mercancías cognitivas y las "físicas" por fuera del menciona-

[11] Los derechos de propiedad intelectual pueden ser "técnicamente" difíciles o costosos de hacer cumplir, pero esas dificultades están lejos de expresar una contradicción absoluta del modo de producción capitalista, como los teóricos del capitalismo cognitivo tienden a plantearlo (por ejemplo, Moulier-Boutang, 2007a, pp. 153-182). Como señala Altvater, "el ingenio humano [vale decir, el capital] no reconoce límites en la superación del estado de no exclusividad 'ajeno a la economía de mercado' y en la asignación de derechos de propiedad exclusivos" (Altvater, 2004, p. 51).

do tecnicismo de extender la regulación legal, más allá del acto de intercambio propiamente dicho, hasta incluir las condiciones de uso. La forma jurídica que por tanto debe asumir el contrato es más compleja. Pero no hay nada en ello que indique que estamos asistiendo a intentos desesperados del capital para subsumir una producción de valores de uso cuya lógica inmanente escapa "ontológicamente" a las determinaciones formales de esta relación social de producción.

Sin embargo, esta no es la forma en la que los teóricos del capitalismo cognitivo conciben el vínculo entre el contenido económico y la forma jurídica de las mercancías cognitivas. Habiendo primero declarado que las mercancías cognitivas no tienen ningún "valor económico" inmanente como consecuencia de su reproducibilidad sin costos, añaden también que, de forma similar a los llamados bienes públicos, son "no rivales" y "no excluyentes" (Moulier-Boutang, 2007a, p. 163).[12] En uso explícito de estas nociones *mainstream* de la economía marginalista de los bienes de información (véase, Varian, 2001), estos autores concluyen que la creciente hegemonía de las mercancías cognitivas socava las dos bases sobre las que según ellos descansan respectivamente el valor

[12] Su "no rivalidad" implica que el valor de uso de las mercancías cognitivas puede ser compartido sin reducir su cantidad disponible. En otras palabras, implica que el consumo de una persona no disminuye la cantidad de valor de uso disponible para otras personas (Varian, 2001, p. 89). En rigor, esta no es sin embargo una característica de estas mercancías. La llamada "no rivalidad" se basa en el supuesto de que el valor de uso real y efectivo es el contenido de conocimiento, que es visto de este modo como una entidad etérea flotando en el aire, con el soporte material como una "mera" apariencia física. Pero el valor de uso de una mercancía está dado por todas sus propiedades materiales en su unidad indisoluble, incluyendo tanto el contenido de conocimiento como su "portador físico". El valor de uso del *software*, por caso, comprende la unidad del contenido digital y el soporte material. En este sentido, "mi" copia de Microsoft Office no puede ser compartida sin pérdida de valor de uso. Más importante aún, sin duda Microsoft perdería mucho si en lugar de entregar CD empaquetados a cambio de dinero ofreciera el archivo con el "prototipo" original. Como ya hemos señalado, la especificidad de las mercancías cognitivas reside en que pueda usarse una copia como un medio de producción de un nuevo producto con idéntico valor de uso sin la necesidad de incurrir en todos los costos originales de producción. Cada copia es materialmente diferente del resto y todas lo son respecto del "prototipo" original. El consumo de cada una de ellas está, por lo tanto, sujeto a "rivalidad". Lo que estos autores ven como "no rivalidad" no es en realidad más que otra expresión del atributo real de "replicabilidad sin costos" de las mercancías cognitivas.

de cambio –contenido económico– y la propiedad privada –forma jurídica–, a saber, la escasez y la rivalidad/excluibilidad (Moulier-Boutang, 2004a, pp. 117-118; Vercellone, 2011b, p. 76). Así, desde su perspectiva, estos bienes solo pueden ser "artificialmente" convertidos en mercancías y sujetos a la apropiación privada a través de la creación social de la escasez, por medio de relaciones de propiedad "anacrónicas".[13] De este modo, se argumenta que en la medida en que las determinaciones inmanentes del valor ya no operan en el caso de las mercancías cognitivas, la forma jurídica debe garantizar la imposición parasitaria de un contenido económico "ficticio" –valor de cambio–, reducido a una "envoltorio vacío" (Vercellone, 2009, p. 217).[14] El siguiente pasaje de Vercellone sintetiza estas ideas de manera elocuente:

> En la medida en que para los bienes intensivos en conocimiento el tiempo de trabajo directo empleado en su producción se vuelve insignificante, o para decirlo en el lenguaje de la teoría económica neoclásica, los costos marginales de reproducción son prácticamente nulos o extremadamente bajos, estos bienes deberían ser cedidos gratuitamente. En este contexto, la solución buscada por el capital es entonces la de elevar los derechos de propiedad intelectual con el objetivo de extraer rentas monopólicas. Esta táctica

[13] Como señala Marx, la adquisición de una "forma imaginaria del precio" por cosas que no son "en y para sí" mercancías, como la conciencia, el honor, etc., es una posibilidad inmanente en la forma de mercancía como relación social general (Marx, 1999b, p. 125). Estos casos sí involucran una contradicción cualitativa entre forma y contenido en la cual "el precio dej[a] de ser en general la expresión del valor". Los teóricos del capitalismo cognitivo parecen tratar a las mercancías cognitivas como si fueran equivalentes a esos casos de mercantilización formal de los atributos morales mencionados por Marx. El problema es que, a diferencia de estos últimos, las primeras sí poseen el contenido pleno de las determinaciones del valor.

[14] En lo que se supone que es una respuesta a críticos mordaces como Husson (2005), Vercellone se apresura a matizar sus afirmaciones y plantea que esto "no significa que el trabajo haya dejado de ser la sustancia y la fuente de la creación de valor y de plusvalor" (Vercellone, 2009, p. 217; para una extensa respuesta, véase Vercellone, 2004). Pero sin una explicación de por qué y cómo esto ocurre en el caso de las mercancías cognitivas –es decir, de la determinación inmanente que le imprime al trabajo humano objetivado la forma de valor y establece al tiempo de trabajo socialmente necesario como medida de la magnitud de valor–, la aclaración de Vercellone se convierte en un vacío gesto declamatorio, destinado a preservar las credenciales marxistas mientras se deshace de los elementos centrales de la crítica de la economía política.

> corresponde a una situación que contradice los principios mismos sobre los que los padres fundadores de la economía política habían justificado teóricamente la propiedad privada y la eficiencia de un orden basado en la competencia. En efecto, ya es la creación misma de la propiedad la que genera escasez. Se trata de lo que Marx (pero incluso también un economista como Ricardo) calificaría como una modalidad artificial para mantener la primacía del valor de cambio (que se basa sobre las dificultades de la producción) sobre la riqueza, que se basa al contrario sobre la abundancia y el valor de uso, y por ende sobre la gratuidad (Vercellone, 2011b, p. 76).

En otras palabras, la propia materialidad de las mercancías cognitivas las hace entrar en conflicto con los principios generales de un orden social regido por el mercado. De acuerdo con Moulier-Boutang, esta "recalcitrancia ontológica" de los bienes cognitivos en relación con la forma de mercancía hace muy difícil y cada vez más problemática la aplicación de los derechos de propiedad privada intelectual, situación que es presentada como una de las principales tensiones del capitalismo contemporáneo (Moulier-Boutang, 2007a, pp. 160 y ss.). Según se argumenta, esto explica los dedicados y concertados esfuerzos mundiales en torno a la imposición de los "nuevos cercamientos" sobre el "patrimonio intelectual" en los últimos treinta años de desarrollo capitalista (Moulier-Boutang, 2007b). A su vez, estos cercamientos sustentan la importancia actual de las luchas contra los derechos de propiedad intelectual, como son las del movimiento del *software* libre, que es visto por estos autores como encarnando una lógica poscapitalista de producción (Blondeau, 2004, pp. 45-48; Moulier-Boutang, 2007a, pp. 134-141). Tanto la forma jurídica como las luchas contra ella son, de este modo, ensalzadas como expresiones paradigmáticas de lo que se considera como contradicciones absolutas de la actual fase de desarrollo capitalista.[15]

[15] Algunos autores van tan lejos en esta línea de razonamiento que llegan a caracterizar a la producción de *software* libre como "el germen de una sociedad comunista", que queda "contenido" o "cooptado" por el capital, cuando los resultados de esos desarrollos del trabajo intelectual son incorporados en productos que sí toman la forma de mercancía, esto es, cuando entran en los circuitos de valorización de mercancías capitalistas (Ordóñez *et al.*, 2008, p. 53). En otros términos, estos autores ven esas formas de producción como ya "poscapitalistas", estando

El principal problema con esta línea de razonamiento es que, a pesar de su pretensión y retórica anticapitalista, se mantiene atrapada dentro del horizonte burgués de la teoría económica dominante. Porque, aun cuando su objetivo es proporcionar armas para la lucha contra la forma de mercancía, para la construcción de su enfoque toma prestadas de manera acrítica las bases conceptuales de la teoría neoclásica del mercado y los derechos de propiedad. En efecto, la validez de los argumentos neoclásicos respecto de la necesidad de la forma de valor –la "escasez"– y de la regulación legal de la apropiación privada de valores de uso –la "rivalidad y excluibilidad"– está implícitamente aceptada para las mercancías ordinarias y para la era del llamado "capitalismo industrial". Así, el problema no parece residir en los argumentos neoclásicos mismos, sino en su ámbito de aplicación cuando una parte relevante de la rique-

---

solo formalmente subsumidas por el capital. Parecen olvidar que los desarrolladores de *software* libre continúan dependiendo de la venta de su fuerza de trabajo para reproducir la materialidad de su subjetividad productiva. Se trata de trabajadores asalariados y, por tanto, el capital continúa siendo la relación social general de producción a través de la cual estos trabajadores producen su vida. Bajo la apariencia de la construcción de "espacios de libertad y democracia horizontal" por fuera de la organización despótica de la producción bajo el comando de los capitales individuales, estos individuos doblemente libres están, por un lado, expandiendo aun más su subjetividad productiva sin costo adicional para el capital que luego los explota, y, por otro lado, se encuentran mediando de forma inconsciente la competencia entre capitales cognitivos individuales o actuando como una fuerza activa en la imposición de las necesidades de la reproducción del capital total de la sociedad, cuando las acciones independientes de capitales individuales se vuelven una barrera a la producción de plusvalor relativo –por ejemplo, los intentos de Microsoft en prácticas monopólicas "excesivas" y la falta de fiabilidad técnica de sus sistemas operativos–. En efecto, los mismos autores señalan que, a partir de 2006, IBM ha invertido 100 millones de dólares o el equivalente al 20% del costo de desarrollo del sistema operativo Linux, con el objetivo de producir aplicaciones de *software* basadas en este sistema, pero sobre una base patentada (Ordóñez *et al.*, 2008, p. 52). Además, otros autores indican que entre los principales usuarios de Linux se encuentran instituciones estatales como la NASA (Blondeau, 2004, p. 39), esto es, órganos del representante político general del capital social global. En pocas palabras, como Marx observa en el capítulo sobre la reproducción simple, incluso cuando se encuentran "libremente" persiguiendo su propio interés más allá de los circuitos de los capitales individuales, estos trabajadores personifican mediante sus acciones enajenadas –sean individuales o colectivas– el movimiento del capital social global, es decir, reproducen la negación de su libertad plena (Marx, 1999c, pp. 706 y 711-712). Escribiendo desde el enfoque de la ciencia política dominante, Weber (2000) ofrece una evaluación útil y menos romántica de la economía política del código abierto.

za social se compone de mercancías intensivas en conocimiento, como sucede en la era del "capitalismo cognitivo" (Moulier-Boutang, 2004a, pp. 117-118). De este modo, mientras que la propiedad privada ordinaria es tácitamente aceptada como una necesidad absoluta para la etapa de la historia de la humanidad de la "lucha contra la escasez" en la que las mercancías "materiales" eran hegemónicas, la propiedad privada intelectual actual se la condena como una aberración histórica que bloquea un mayor desarrollo de las fuerzas productivas (Vercellone, 2009, pp. 226 y ss.).

Pero el punto es que las propiedades materiales específicas de las mercancías nunca constituyeron el fundamento de la forma de valor y de la propiedad privada. No lo hacen en la actualidad ni lo hicieron en lo que los teóricos del capitalismo cognitivo llaman la época del "capitalismo industrial". Los productos del trabajo nunca fueron mercantilizados por ser "naturalmente" escasos, ni su valor de cambio determinado por la "dificultad de la producción" –es decir, la superación humana de la escasez natural–. Y tampoco su apropiación privada estuvo fundada alguna vez en su "rivalidad y excluibilidad". Esta objetividad fetichizada –el valor– y su expresión jurídica –la propiedad privada– no se derivan de las características materiales del producto, sino de la forma social específica en que se organiza el proceso de producción (Nuss, 2005). Para decirlo una vez más, los productos del trabajo adquieren la forma de valor solo por ser producidos por trabajos privados y recíprocamente independientes (Marx, 1999b, pp. 52 y 89). La crítica de la forma de mercancía de los bienes cognitivos basada en la denuncia moral de la "escasez artificial" deja intacta la atribución de la forma de intercambiabilidad general de las mercancías "físicas" a la escasez "natural". Al fin y al cabo, esta crítica cae presa –de manera acrítica– del fetichismo de la forma de mercancía del producto del trabajo social.

Medios de producción cognitivos y la formación del valor

En nuestra discusión con la interpretación que hacen los teóricos del capitalismo cognitivo de la determinación del valor de las mercancías cognitivas hemos seguido la exposición que hace Marx sin considerar la distinción, que siempre se encontraba de manera

implícita, entre el trabajo pretérito y el trabajo presente objetivado en las mercancías. Aunque al hablar de la mercancía como un producto del capital nos referimos al pasar al capital constante, también seguimos la presentación de Marx asumiendo que el valor de esta parte del capital estaba "contenido por entero" y había sido "íntegramente absorbido […] en el producto del capital total" (Marx, 2000b, p. 117). En esta sección abandonaremos dicho supuesto y abordaremos el caso de los medios de producción cuyo valor es transferido solo en forma gradual al producto terminado. Esto nos permitirá ampliar nuestro análisis inicial del impacto de la "ontología material replicable" de las mercancías cognitivas en la determinación de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo socialmente necesario. Más en concreto, esto pondrá en evidencia elementos adicionales que nos mostrarán en un sentido más preciso por qué la mercancía debe ser considerada como parte de un producto total y, por lo tanto, por qué el contraste entre el valor del primer artículo y el de los productos idénticos subsiguientes que hacen los teóricos de capitalismo cognitivo carece de sentido. Nos enfocaremos ahora en el caso del *software* que, en vistas de la alta intensidad del contenido digital de su valor de uso y el peso insignificante del soporte material, es paradigmático de la supuesta "ontología material replicable" de las mercancías cognitivas.

Comencemos por el caso más simple del *software* de programación que es utilizado para el desarrollo de una nueva aplicación. Aquí parece no haber ninguna diferencia esencial con, digamos, una máquina. Desde el punto de vista de la producción de la nueva aplicación, el *software* en cuestión es el producto material de un trabajo pretérito que será consumido productivamente en el proceso de trabajo presente. Suponiendo que este *software* fue comprado a otro productor privado como una mercancía, será sin duda portador de valor. Sin embargo, su contribución a la producción de un nuevo valor de uso significa que la utilidad social del trabajo materializado en él necesita ser revalidada en la nueva forma material. Por tanto, su valor debe ser transferido al producto terminado como el resultado de la actividad del trabajo vivo en su carácter concreto. Así, el papel funcional del *software* de programación en el proceso de trabajo pasa a encerrar una determinación formal: tiene ahora la forma de capital constante. Y también, como ocurre con una máquina, las propiedades útiles del *software* en cuestión

en tanto medio de producción son realizadas a lo largo de más de un período de producción. Por tanto, su valor debe ser transferido al producto de forma fragmentaria, a un ritmo determinado por el promedio de la vida útil durante el cual actúe como un factor objetivo del proceso de trabajo. Parece, pues, que la "ingravidez" de este peculiar medio de producción cognitivo no conlleva ninguna modificación esencial al proceso de formación del valor.

Existe, no obstante, una diferencia bastante significativa. A diferencia del caso de la máquina, puede decirse que el *software* se aproxima a la condición de material no perecedero (Zukerfeld, 2006). Ciertamente, el soporte material de este medio de producción cognitivo podría desgastarse como consecuencia de la apropiación de sus propiedades materiales, pero no así el "contenido de conocimiento", que puede ser preservado de modo casi indefinido mientras se le dé un soporte físico alternativo con un costo mínimo. En este sentido, la característica más destacable del *software* como medio de producción es que el ritmo al que transferirá su valor al producto final está casi exclusivamente determinado por lo que Marx llamó el "desgaste moral" (Marx, 1999c, p. 492). Más allá de esta particularidad, el funcionamiento de este tipo de producto cognitivo como medio de producción se asemeja por completo al de cualquier máquina.

Reconsideremos sobre esta base el problema de la aparente contradicción entre el valor de la "primera unidad" de una mercancía cognitiva y la "carencia de valor" de las copias subsiguientes. En rigor, la "primera unidad" del *software* es el "prototipo", el archivo digital original que contiene la nueva aplicación que ha sido desarrollada y que será utilizada para generar las posteriores copias comercializables.[16] Este prototipo es el valor de uso, que es el resultado inmediato del trabajo cognitivo socialmente necesario de concepción, diseño, etc.; en pocas palabras, de I+D (investigación y desarrollo). Como ya lo advirtió tempranamente Mandel en la década de 1970, el trabajo de los obreros de I+D representa una parte inequívoca del trabajo productivo del obrero colectivo, tanto

[16] En términos más estrictos, la literatura especializada se refiere en general a la versión estable y comercializable del *software* como la "versión de oro", siendo el "prototipo" una versión anterior que todavía puede contener errores o problemas técnicos (Blondeau, 2004, p. 44).

en lo que respecta a los valores de uso como al valor producido (Mandel, 1989, p. 250). No obstante, el resultado directo de este trabajo no es el producto terminado que finalmente toma la forma de mercancía y es llevado a mercado. La producción de las copias comerciables –ya sea que se comercialicen por la grabación del contenido digital en CD en blanco o por la transmisión "virtual" de una copia del archivo a través de internet– resulta en la producción de un producto que es materialmente distinto del "prototipo", y es solo recién en esta forma objetivada final que el total de trabajo requerido para su producción va a manifestar que ha sido gastado en una forma socialmente necesaria o no. Desde el punto de vista de la producción de este producto final, el "prototipo" representa, por tanto, trabajo pretérito objetivado. Por ello, no debe ser tratado en ese contexto como parte del resultado efectivo del proceso de producción de *software*, sino de las condiciones para llevar a cabo este proceso mismo. En efecto, el trabajo de I+D socialmente necesario que resulta en el prototipo produce un medio de producción y, más en concreto, un instrumento de trabajo. Y es solo con este medio de producción –al que se suma la materia prima que constituyen, sea los CD en blanco sobre los cuales el archivo digital será grabado, o los pulsos eléctricos a los que se dará la forma material necesaria para su transmisión y recepción "virtual" a través de internet– que el proceso de producción de la mercancía se pone en marcha. Al igual que el caso de la producción de crisoles de cerámica por los fabricantes de vidrio que presenta Marx en *El capital*, la producción de los "medio[s] de producción queda aquí ligada a la manufactura del producto" (Marx, 1999c, p. 423). Se trata entonces de un producto parcial del proceso de trabajo de un órgano especial del obrero colectivo total. Pero es el producto final colectivo de este último, compuesto por la masa de copias comercializables, lo que adopta la forma mercancía (Marx, 1999c, p. 432). Esta determinación funcional de la "primera unidad" en el proceso de producción suele ser pasada por alto por los teóricos del capitalismo cognitivo.

En este sentido, podría parecer que el trabajo de I+D cuyo producto parcial es el prototipo debiera ser tratado como cualquier otra actividad parcial en cualquier proceso de trabajo. No obstante, desde la perspectiva de la formación del valor del producto, esta función parcial tiene ciertas peculiaridades que la hacen parecer-

se, aunque en realidad no coincida, al caso del *software* de programación que funciona como capital constante que hemos discutido antes. En efecto, dado que su potencial utilidad no se agota en la producción de una sola copia del *software* comercializable sino en una masa de ellas, el trabajo contenido en el prototipo debe ser considerado como socialmente necesario y, por tanto, como condición para la fabricación del producto total. Dicho de otro modo, su valor de uso es consumido de modo gradual, a medida que es apropiado en forma productiva por el trabajo vivo "finalmente añadido" en la forma de "copiado" a lo largo de varios procesos de producción. Sin embargo, la analogía con el caso del *software* de programación que fue comprado como capital constante se interrumpe aquí.

En primer lugar, el prototipo no toma la forma de valor hasta que experimenta su transformación final en la copia. La interdependencia material entre la actividad de I+D y la de copiado no está mediada por la forma de mercancía del prototipo, sino que está organizada de manera directa al interior del capital individual que comanda privadamente la porción respectiva del trabajo social. En consecuencia, cuando el prototipo está terminado, aún no existe valor a ser transferido hacia las copias (véase Marx, 1999c, pp. 431-432).[17] En segundo lugar, en el caso de la I+D interna para la producción de un prototipo, el capital no se adelanta solo en la forma de capital constante. También se adelanta, y podría decirse que con bastante intensidad, como capital variable, con el fin de pagar la fuerza de trabajo intelectual de alta complejidad de los desarrolladores de *software* (Ordóñez, Correa y Ortega, 2008).

Y aquí sí, cuando se las considera desde el punto de vista de la reproducción del capital variable adelantado, nos encontramos con una característica específica de las mercancías cognitivas que se deriva de su alta intensidad en I+D. Como corresponde a su determinación general, el capital variable es reproducido a través del consumo diario del valor de uso de la fuerza de trabajo durante un período de trabajo que normalmente comprende una sucesión de varias jornadas interrelacionadas. Esto es, la reproducción de esta parte del capital toma forma a través de la efectivización material

[17] Se trata de un punto pasado por alto por algunos comentaristas; por ejemplo, Sanders (2005).

de la capacidad para gastar trabajo abstracto socialmente necesario que se objetiva en el producto; en este caso, de un gasto productivo de cuerpo en gran medida compuesto por las energías vitales "mentales" de los trabajadores. Dada la extensión del período de trabajo de I+D y, por lo tanto, la naturaleza continua del proceso de trabajo mismo, la objetivación de la fuerza de trabajo que reproduce el capital variable solo se realiza en "capas" de trabajo que son "depositadas" en forma sucesiva en un producto, el cual no se termina sino hasta que adquiere su forma final del prototipo replicable.[18] Sin embargo, a diferencia del caso más simple, la reproducción del capital variable de I+D no alcanza su realización plena con su objetivación en el producto inmediato de dicho proceso de trabajo. En efecto, el capital variable vuelve a aparecer con posterioridad en el producto del proceso de trabajo de "copiado" con el que el proceso de producción de este "instrumento cognitivo de trabajo" está necesariamente unido. Más importante aún, el capital variable adelantado para la producción del prototipo se reproduce a lo largo de una serie de procesos de trabajo finales, que generan la masa total de copias comercializables del *software* que en última instancia tomarán la forma de mercancía. Como parte del proceso de valorización, el carácter abstracto del trabajo de I+D objetivado en el prototipo debe, entonces, ser tratado como si ingresara pieza por pieza en el proceso de formación del valor del producto final. Así, el valor del capital variable adelantado en esta forma específica reaparece en el valor de la mercancía terminada en un modo que es, típicamente, el del capital constante. Desde la perspectiva de la rotación del capital, las porciones que son adelantadas para comprar la fuerza de trabajo de I+D parecen, a primera vista, comenzar su ciclo de una manera que corresponde a las determinaciones de forma de su parte circulante (Marx, 1998b, pp. 198-199). Pero su naturaleza real se termina evidenciando cuando se la mira desde el punto de vista de la finalización de su ciclo de rotación, que determina a esta parte del capital como capital fijo (Iñigo Carrera, 1996, p. 44).[19]

[18] Marx discute la noción del período de trabajo y las peculiaridades de los procesos de trabajo continuo en el tomo II de *El capital* (Marx, 1998b, pp. 277 y ss.).
[19] Mandel mezcla las respectivas determinaciones formales de la producción y la circulación del capital cuando se refiere al capital invertido en investigación como

Estas determinaciones adicionales del proceso de formación del valor de las mercancías cognitivas nos permiten concretizar más la determinación cuantitativa del volumen de la masa de mercancías que debe ser considerado como la materialización del trabajo socialmente necesario para la producción de tales mercancías. Una vez que hacemos explícita la distinción entre trabajo pretérito y presente, esta masa de mercancías adquiere una dimensión diacrónica inmanente dada por el desgaste del *software* "prototipo". En efecto, el *software* "prototipo" mantiene su papel en la formación de valor solo en tanto siga siendo socialmente útil, es decir, si satisface indirectamente una necesidad social al actuar como medio de producción de las copias adicionales. Dado su carácter específico de "no perecedero", al igual que el caso simple del *software* de programación comprado como capital constante, la utilidad social del prototipo tiene la peculiaridad de no estar sujeta a casi ningún límite material derivado de su deterioro físico. Así, a diferencia del caso del *hardware*, el volumen relevante de mercancías está determinado de modo casi exclusivo por la vida útil "moral" del prototipo, cuyo desgaste definitivo se manifiesta en la desaparición de la necesidad social solvente para el producto terminado comercializable, esto es, para las "copias".[20] Con todo, el punto esencial es que el valor individual de cada copia se determina como una parte alícuota del valor total que representa la materialización del trabajo socialmente necesario total para la pro-

"integrado por componentes fíjos y variables" (Mandel, 1989, p. 250). Gough (2004), en cambio, señala de modo correcto que el capital invertido en I+D debe analizarse como una forma de capital fijo desde el punto de vista de su rotación. Sin embargo, no tiene en cuenta la peculiaridad derivada del hecho de que una importante parte suya es, en lo que concierne al proceso de valorización, capital variable.

[20] Esto no significa, como plantean algunos autores, que la "demanda" o las condiciones de circulación circunstanciales tengan entonces un papel en la determinación del valor (Sanders, 2005). Es al revés, la existencia de una determinada necesidad social solvente por la mercancía es un presupuesto de la producción de valor. El valor está determinado por las condiciones de producción de cosas socialmente útiles que, por haber sido producidas de manera privada, deben actuar como portadoras de este atributo social de las mercancías. Como Marx lo indica en el comienzo mismo de *El capital*, para producir mercancías el productor "no solo debe producir valor de uso, sino valores de uso para otros, valores de uso sociales" (Marx, 1999b, p. 50). Dicho en pocas palabras, si la sociedad se volviera vegetariana, la producción de carne vacuna carecería de valor incluso si se realizara con las condiciones técnicas socialmente normales de producción.

ducción de una masa de mercancías cognitivas especificada tanto sincrónica como diacrónicamente.[21]

Esta determinación adicional del valor de las mercancías individuales pone aún más en cuestión la validez de las afirmaciones sobre la supuesta obsolescencia de la ley del valor provocada por la naturaleza de las mercancías cognitivas. La diferenciación entre una primera "unidad" costosa y copias posteriores carentes de valor se hace todavía más espuria. De hecho, esta determinación orgánica de la mercancía individual como un elemento constitutivo de una masa más grande de mercancías ni siquiera se deriva de su forma más concreta de existencia como producto del capital tal como lo hemos discutido con anterioridad. Se deriva más bien de la especificidad material del *software* prototipo como un instrumento de producción y de su consecuente forma de participación en la formación del valor del producto. Por lo tanto, se trata en realidad de una determinación simple que, considerada en sí misma, concierne ante todo al valor de las mercancías en su condición de representación cosificada del trabajo socialmente necesario para su producción, esto es, al margen de su condición de depositarias de valor valorizado. En realidad, podemos reconocer ahora que cada artículo, ya en este más alto nivel de abstracción, actúa como una encarnación formalmente idéntica de la parte alícuota del trabajo abstracto global socialmente necesario para la producción de una masa determinada de mercancías.[22]

[21] A diferencia de los teóricos del capitalismo cognitivo, Fuchs (2009) reconoce la determinación sincrónica de la magnitud de la masa de mercancías en la que el trabajo socialmente necesario se materializa. Sin embargo, no logra captar la unidad dinámica de la rotación del capital invertido en la producción de mercancías intensivas en conocimiento. En consecuencia, asume en forma errónea que "el tiempo de producción del conocimiento necesario es mejor asignarlo al primer período de rotación del capital" y por tanto también termina derivando la conclusión errónea de que "la venta del conocimiento a precios por encima de su valor económico es el mecanismo central en el proceso de acumulación de capital con productos del conocimiento" (Fuchs, 2009, p. 398).

[22] Sin embargo, en este capítulo hemos seguido a Marx en su postergación de la presentación de esta determinación hasta alcanzar la exposición de la forma de capital. Aunque en rigor no existe una necesidad sistemática de no abordar los diferentes roles del trabajo pretérito y presente en el proceso de formación del valor al nivel de la forma de mercancía, hay razones formales que hacen que sea más sensato dejar el desarrollo de esta determinación para un momento posterior de la exposición. En este sentido, podría argumentarse que la distinción en cuestión adquiere pleno

Por último, la discusión previa sobre el trabajo de I+D nos permite enriquecer asimismo el contenido económico de los derechos de propiedad intelectual. Porque está claro que el vínculo cada vez más sistemático e intensivo entre conocimiento y producción social no tiene su propósito inmediato en el desarrollo de las potencias humanas como un fin en sí mismo, sino en la producción de una ganancia extraordinaria por la innovación para el capitalista individual (Mandel, 1972, p. 248). A su vez, esta última es la forma concreta necesaria en la que el plusvalor relativo es producido por el capital social global. Al proteger la valorización del capital de I+D del riesgo de la apropiación de sus productos como medios de producción por sus competidores, los derechos de propiedad intelectual, por lo tanto, median no solo la plena realización del valor y el plusvalor sino, más en concreto, la apropiación de un plusvalor extraordinario por los innovadores exitosos. Así, se reproducen las condiciones necesarias para la producción de plusvalor relativo realizada por el capital social global a través de las acciones de sus fragmentos individuales formalmente autónomos. De este modo, estos derechos permiten la apropiación de ganancias extraordinarias temporales cuya realización constituye la forma concreta en que se realiza la igualación misma de la tasa de ganancia de los capitales normales. En otras palabras, más allá de circunstancias particulares excepcionales, los derechos de propiedad intelectual son una forma jurídica mediadora en la formación de la tasa general de ganancia y no, como la mayor parte de la literatura asume,

---

significado recién en relación con la determinación de los diversos elementos del proceso de trabajo como modos de existencia de la producción de plusvalor. En efecto, el trabajo pretérito se convierte entonces en una forma necesaria que el capital debe asumir con el fin de absorber la única fuente directa de su valorización, que es el trabajo vivo, pero al mismo tiempo resulta una forma en la que la determinación genérica del capital como magnitud autoexpansiva se encuentra en su inmediatez negada. Se convierte así en capital constante, en oposición a la única parte que alcanza la autovalorización efectiva, es decir, al capital variable. Desde la perspectiva de la simple producción de mercancías, en cambio, la diferenciación explícita entre las modalidades en las que los diversos elementos funcionales del proceso de trabajo entran en la formación del valor del producto final es menos relevante. Lo que importa sobre todo para el simple productor de mercancías es que el valor de su mercancía sea realizado en su totalidad para luego ser capaz de comprar todos los otros valores de uso que necesita para la producción de su vida. La división del trabajo total socialmente necesario en trabajo pasado y trabajo vivo gastado, por tanto, no es esencial.

una barrera que de forma "artificial" crea las condiciones para la extracción de rentas de monopolio, sea porque se considere que de otro modo el precio de estas mercancías tendería a cero (Rullani, 2004) o, en enfoques más matizados, porque se considere que, "al igual que la propiedad inmueble, el monopolio de propiedad basado en patentes impide a todo capital adicional entrar en un sector cercado por el título de propiedad", de modo que "el plusvalor producido dentro de esta área "protegida" no puede entrar en la igualación [de la tasa general de ganancia]" (Zeller, 2008, p. 99).

No obstante, el hecho mismo que capta la atención de los teóricos del capitalismo cognitivo, esto es, la generalización de los derechos de propiedad intelectual y la expansión de su ámbito de aplicación, parece sugerir que estos derechos se están convirtiendo en la condición normal para la valorización del capital a medida que se incrementa el contenido "cognitivo" de las mercancías. Pero, a diferencia de la tierra, que es una condición natural no reproducible por medio del trabajo humano, el conocimiento objetivado es el producto del trabajo intelectual, de modo que nada impediría a otros capitales la generación de su propio "conocimiento patentable". Por tanto, aun siendo diferente en su singularidad al conocimiento del primer innovador, este conocimiento sería capaz de ser movilizado para producir valores de uso sustitutos en condiciones productivas equivalentes, lo cual tarde o temprano erosionaría la ganancia extraordinaria del innovador original.[23] Esto

[23] Según Rullani, en el capitalismo cognitivo el proceso de igualación de las tasas de ganancia no puede ya establecer la unidad de los capitales individuales como partes alícuotas del capital social global. La razón de ello sería que la acumulación de capital cognitivo se basa en la movilización de procesos de experimentación en contextos diferentes que escapan a cualquier homogeneización efectiva de las condiciones de valorización de las empresas individuales (Rullani, 2004, p. 104). Esta perspectiva confunde el sentido de la determinación de la formación de la tasa general de ganancia, que no pasa por la supresión efectiva o inmediata de las diferencias cualitativas entre los capitales individuales. Por el contrario, pasa por la afirmación de la identidad formal de los capitales como masas valorizadas de riqueza abstracta tendencialmente iguales, a través de la reproducción incesante de sus diferencias cualitativas en las condiciones de producción y circulación. Esto es obvio en el caso de la transformación de valores en precios de producción, pero opera también a través de la formación de un único valor de mercado a partir de los diversos valores individuales dentro de una rama de la división social del trabajo. Esta forma de establecerse la unidad del movimiento del capital no debería resultar llamativo para "un modo de producción en el cual la norma solo puede imponerse

sugiere entonces que los derechos de propiedad intelectual son, en realidad, la forma jurídica tomada por la igualación tendencial de la tasa de ganancia de los capitales normales, es decir, de aquellos que alcanzan la magnitud específica "[que] se requiere […] para cada ramo de la actividad, a fin de poder elaborar las mercancías a su precio de producción" (Marx, 1997e, p. 903), y que actualmente debe incluir una fuerte inversión en I+D.

Más importante aún, esta versión moderna de la vieja teoría del capital monopolista, reciclada para la era del capitalismo cognitivo, olvida que el sujeto concreto del proceso de acumulación es el capital social global y no los capitales individuales particulares (Iñigo Carrera, 2013a, pp. 163-166). Si los derechos de propiedad intelectual estuvieran permitiendo la apropiación sistemática de rentas de monopolio en sectores estratégicos al sostener de forma permanente los precios de mercado por encima de los precios de producción, la propia producción de plusvalor relativo se vería obstaculizada. El capital total de la sociedad, tarde o temprano, intervendría en forma directa –es decir, a través del Estado– para disciplinar a aquellos capitales individuales "rebeldes" y recordarles que sus acciones aparentemente autónomas no son más que las encarnaciones inmediatas de la necesidad del capital social global de reducir el valor de la fuerza de trabajo, con el fin de extender la parte de la jornada de trabajo que corresponde al plustrabajo.

La unidad del proceso de trabajo y el proceso de valorización en la producción de mercancías cognitivas

Los teóricos del capitalismo cognitivo destacan que otra peculiaridad de las mercancías cognitivas radica en que el conocimiento,

como ley promedial [que], en medio de la carencia de normas, actúa ciegamente" (Marx, 1999b, p. 125). Además, el hecho de que cada proceso de valorización involucre condiciones materiales singulares, no reproducibles, no significa que las situaciones cualitativamente no idénticas no pueden tener efectos cuantitativos equivalentes sobre la tasa de valorización de los capitales individuales. Desde el punto de vista del proceso de valorización, las diferencias cualitativas solo importan en la medida en que se expresan en forma cuantitativa en las condiciones de producción de plusvalor. Resulta claro que Rullani confunde la representación neoclásica del proceso de competencia con la de Marx.

en sus diferentes formas materiales, tiende a funcionar en todos los momentos del proceso de trabajo que produce estas mercancías: como materia prima, instrumento de trabajo y producto (Zukerfeld, 2006). Esta característica las distinguiría con claridad de las mercancías "físicas". En este sentido, no habría mucho que objetar a esta caracterización, aunque podría señalarse que es también aplicable a las máquinas. De hecho, es solo con la producción de máquinas por medio de máquinas que la gran industria –esto es, el capitalismo industrial– alcanza a "crear su base técnica adecuada y a moverse por sus propios medios" (Marx, 1999c, p. 462). Del mismo modo, Marx observa que los peces son a la vez producto y medios de producción en la industria pesquera (Marx, 1999b, p. 219, n. 7).

No obstante, no es este en realidad el único o el principal sentido en que estos autores intentan captar la supuesta novedad histórica del "capitalismo cognitivo". Además, jugando con la semántica ambigua de la palabra conocimiento –con frecuencia utilizada en la literatura dominante de modo indistinto para aludir tanto a una capacidad humana como a su forma objetivada en las maquinarias o los programas de computación–, y apelando a un pasaje desafortunado del "Fragmento sobre las máquinas" en el que Marx se refiere a la producción de la subjetividad productiva –es decir, de los atributos de la fuerza de trabajo– como a la producción de capital fijo (Marx, 1997b, p. 236), este enfoque sostiene que la línea que antes en la historia había separado a los medios de producción y la fuerza de trabajo se vuelve borrosa (Blondeau, 2004, p. 35). O, en otra formulación, argumenta que las "constelaciones conceptuales y esquemas lógicos" –esto es, la dimensión del *general intellect* irreducible a sus objetivaciones en el capital fijo– se vuelven "'máquinas' productivas, sin que deban adoptar un cuerpo mecánico ni tampoco un alma electrónica" (Virno, 2003, p. 112). En esta forma no objetivada, el *general intellect* se convierte en el medio de producción por excelencia (Zukerfeld, 2006, p. 222). El trabajador deviene un coposeedor –sino copropietario– de este espectro peculiar de herramientas, invirtiendo de este modo la lógica tradicional de la relación salarial. Como lo señala Blondeau:

> Una de las cuestiones fundamentales que plantea esta economía de lo inmaterial naciente es en efecto la de la naturaleza de los medios

> de producción. ¿Se trata de instrumentos y de infraestructuras materiales como los soportes informáticos, multimedia o las redes que están hoy al alcance de la mayoría? ¿O se trata de un conjunto de signos, de disposiciones y de competencias, resultado del trabajo y de la formación? El *general intellect* no es ya solo una potencia materializada en los sistemas automatizados, y por lo tanto en el capital fijo, sino de alguna forma una potencia capitalizada por las fuerzas productivas (Blondeau, 2004, p. 35).

En este contexto transformado, el "intento de distinguir las contribuciones productivas del capital y del trabajo respectivamente (lo que hacen los neoclásicos al separar las partes de los diferentes 'factores de producción' en el producto) pierde definitivamente cualquier fundamento" (Vercellone, 2011b, p. 72). Moulier-Boutang va aun más allá y sostiene, siguiendo a economistas *mainstream* como Nelson y Romer, que la distinción binaria "capital/trabajo" y aquella entre trabajo simple y complejo han sido superadas por la tríada "*hardware/software/wetware*" (Moulier-Boutang, 2007b). Estos representarían ahora los tres tipos de "insumos" para todos los bienes y servicios en el capitalismo contemporáneo (Moulier-Boutang, 2007a, p. 89).[24]

Tal vez consciente de la naturaleza controversial de estas afirmaciones, Moulier-Boutang ha intentado explicar con mayor detalle en qué consistiría esta supuesta nueva cualidad del proceso de trabajo. En una formulación algo diferente, este autor distingue ahora entre dos dimensiones del trabajo vivo que, según argumenta, no pueden ser captadas por medio de la distinción tradicional entre los momentos intelectual y manual de la actividad productiva, dado que ambas refieren a la actividad del cerebro (Moulier-Boutang, 2007a, pp. 144-145). Estas dimensiones son, por un lado, las actividades cerebrales que simplemente regulan el movimiento físico del cuerpo en el espacio y, por otro, las funciones cerebrales superiores que regulan las dimensiones cognitivas de la actividad

[24] Aquí vemos otra vez el problemático diálogo intelectual que estos autores establecen con la economía *mainstream*. ¿Ha tenido alguna vez la teoría de los factores de producción algún otro fundamento que las apariencias fetichistas de la "fórmula trinitaria" que Marx critica en la sección séptima del tomo III de *El capital*? ¿Acaso "capital y trabajo" han sido en algún momento los insumos materiales de los procesos de producción industrial?

humana (Moulier-Boutang, 2007a, p. 145). El término "fuerza de trabajo", entendido fundamentalmente como reservorio de "energías vitales musculares", alcanza entonces solo a la primera dimensión, mientras que el término "fuerza de invención", en cambio, capta al cuerpo humano como reservorio de aquellas funciones cerebrales superiores (Moulier-Boutang, 2007a, p. 145).[25] Según argumenta, durante la era del capitalismo industrial fue sobre todo la primera dimensión la que se ponía en movimiento a través de la actividad del trabajo vivo. Aquellas funciones cerebrales superiores existían, pero eran secundarias en relación con el potencial humano para el gasto de músculos. Y lo que es más importante, esa dimensión cognitiva reducida, o bien existía en la propia fuerza de trabajo como potencialidad, o bien se objetivaba en el producto con su actualización (Moulier-Boutang, 2007a, pp. 145-146). De este modo, la propia especificidad de la explotación capitalista descansaba en el intento –nunca completo– de reducir al trabajador a pura "fuerza de trabajo". Así, la producción de plusvalor consistía en la extracción de plustrabajo, que a su vez se fundaba en la plena incorporación al producto de la energía corporal consumida de la fuerza de trabajo (Moulier-Boutang, 2007a, p. 146).

En contraste, en la medida en que la producción de riqueza social en el capitalismo contemporáneo parece descansar en la explotación de la innovación, la creatividad y la socialización derivadas de la dimensión cognitiva del trabajo vivo en cuanto movilización de la "fuerza de invención", el capitalista tiene que evitar que esta última sea plenamente incorporada al producto bajo la forma de gasto de energía corporal (Moulier-Boutang, 2007a, p. 146). De acuerdo a este argumento, la otra "parte" de la actividad del trabajo vivo no pasa al objeto sino que es acumulada en el interior del propio trabajo vivo en forma de "competencias" y "disposiciones" lingüísticas, innovativas y comunicativas (Mou-

[25] "Fuerza de invención" es un término acuñado por el sociólogo francés Gabriel Tarde, en forma explícita en oposición a la noción marxiana de fuerza de trabajo y a sus consecuencias políticas. Lazzarato, quien fue el primero en acuñar la noción de "trabajo inmaterial", es el responsable de haber introducido a Tarde en el debate del capitalismo cognitivo. Para una discusión más amplia de la obra de Tarde, véase Lazzarato (2002). Agradecemos a Alberto Toscano por llamarnos la atención sobre este aspecto de la génesis intelectual de la noción de "fuerza de invención" utilizada por los teóricos del capitalismo cognitivo.

lier-Boutang, 2003, p. 308; Vercellone, 2011b). Esta dimensión cognitiva residual que se resiste a la objetivación es el "capital vivo" de la empresa (Moulier-Boutang 2007a, p. 147), lo cual corresponde con lo que los teóricos del crecimiento endógeno tratan de manera fetichista como capital intelectual (Moulier-Boutang, 2007a, p. 73). En este otro sentido, más estrecho, tenemos aquí una situación en la que el conocimiento es producido por medio del conocimiento o, todavía en términos más provocativos, el trabajo vivo es producido por medio del trabajo vivo en el proceso directo de producción (Moulier-Boutang, 2007a, p. 93). Por lo tanto, en el capitalismo cognitivo el conocimiento no solo deviene "medio, modo y producto simultáneamente" sino que, además, la propia distinción funcional entre los elementos del proceso laboral se vuelve "borrosa".

Por consiguiente, según esta argumentación es necesario redefinir el modo principal de explotación. Este no puede ser visto ya nada más como extracción de plustrabajo y apropiación de plusproducto y, por lo tanto, como derivado del consumo de trabajo vivo propiamente dicho. Así, en el capitalismo cognitivo la noción central de explotación es lo que Moulier-Boutang llama "explotación de segundo grado" (Moulier-Boutang, 2007a, pp. 148-149) y en esencia consiste en la captura de aquellas competencias y disposiciones que constituyen la "fuerza de invención" de los trabajadores, de manera de "encerrarlas" dentro de la firma. Esta noción de explotación como captura de competencias, antes que como extracción de plustrabajo, es vista como más adecuada en la medida en que la movilización de la "fuerza de invención" de hecho trasciende la actividad del trabajo vivo dentro de la empresa. En efecto, según se sostiene, dicha "fuerza de invención" involucra una red de cerebros cooperantes que va más allá de las fronteras de la firma y se sumerge en un "afuera" más amplio: el espacio y tiempo social más allá del trabajo, en el cual se desarrolla la producción de externalidades positivas (Moulier-Boutang, 2007a, pp. 92-93).

Este último punto subyace en la idea de que estamos viviendo en la época de la "revancha de las externalidades" (Moulier-Boutang, 2007a, p. 43). Esto es percibido como una consecuencia directa de la naturaleza del capitalismo cognitivo como producción de conocimiento por medio del conocimiento; un proceso que, como se observó antes, no solo tiene lugar en el interior de

la firma o en las instituciones formales de enseñanza e investigación, como las escuelas, universidades, etc. Lo que es más importante, y en la medida en que el conocimiento excede sus formas codificadas e incluye competencias informales y tácitas, las facultades genéricas de inventiva y contextualización, o la capacidad genérica de comprender y operar lenguajes formales, se ejercitan a través de redes espontáneas de cooperación de cerebros diseminadas en el conjunto de la sociedad y que delinean una esfera distintiva de producción de conocimiento, cultura y la vida misma (Moulier-Boutang, 2004b). Es esta inteligencia colectiva dispersa la que también produce y reproduce la "fuerza de invención", la cual es luego puesta en movimiento en el proceso de valorización de la empresa. En este sentido, la misma puede ser vista como una externalidad positiva con respecto al proceso de valorización. Según este enfoque, la captura de este "más allá" del tiempo de trabajo directo se ha convertido en el problema principal para la apropiación privada de ganancia en un contexto en el que su "fuente clásica" –¿el tiempo de plustrabajo?– ha tendido a extinguirse (Moulier-Boutang, 2004b, p. 8) y las externalidades positivas se han vuelto decisivas para la formación del valor (Moulier-Boutang, 2004b, p. 35). La firma deviene, de esto modo, una "máquina de captura" de una multitud de externalidades que son producidas en el entorno difuso donde opera, en un flujo continuo sin fronteras espaciales o temporales precisas (Rodríguez López, 2003).

Desde nuestra perspectiva, en cambio, este "ciclo de producción cognitiva" no inviste nuevas determinaciones en el proceso de producción de capital como unidad del proceso de trabajo y el proceso de valorización. Por un lado, las pretensiones de novedad se basan en una caracterización empíricamente falsa, tanto del proceso de trabajo "industrial" como de sus formas "cognitivas" contemporáneas. Como muchos comentaristas críticos han señalado, los teóricos del capitalismo cognitivo subestiman en exceso la "dimensión cognitiva" de los anteriores modos de existencia de la subjetividad productiva del obrero individual en el proceso directo de producción, mientras que exageran de forma ideológica la del trabajador directo contemporáneo (Fourquet, 2007; Smith, 2013). Por otro lado, si reformulamos la explicación idiosincrática de Moulier-Boutang, la supuesta novedad de capitalismo cognitivo se reduce al siguiente hecho: el desarrollo de la subjetividad pro-

ductiva de los trabajadores –esto es, de los atributos productivos de la fuerza de trabajo, tanto los técnicos como "morales", manuales e intelectuales, y tanto los correspondientes al carácter individual como al social de su actividad productiva– no solo tiene lugar antes y fuera del proceso de trabajo, sino que también ocurre en el propio curso de su ejercicio práctico en el proceso de producción, lo que convencionalmente se denomina como *learning by doing*. Sin embargo, en tanto esta expansión de la subjetividad productiva se lleva a cabo cuando el trabajo de los obreros ya pertenece al capital, la producción de estos atributos productivos se convierte en un modo particular de existencia del capital, que los apropia como un don gratuito (Marx, 1999c, p. 405).

Ahora bien, este desarrollo continuo de la subjetividad productiva en el proceso directo de producción no borra la distinción entre medios de producción, trabajo vivo y fuerza de trabajo, en lo que se refiere al proceso de producción de valores de uso. El hecho de que el proceso de producción de la fuerza de trabajo se superponga en parte en tiempo y espacio con el de producción de valores de uso no significa que la distinción analítica entre ambos procesos –y entre sus respectivos elementos– se desvanezca. En tanto elemento funcional del proceso de producción de mercancías cognitivas, el conocimiento es un atributo productivo de la fuerza de trabajo que es consumido productivamente a través de la exteriorización de esta última como trabajo vivo. En este proceso se actúa con la ayuda de trabajo cognitivo objetivado pretérito –es decir, "medios de producción cognitivos"– y se obtiene por resultado un objeto material útil –o efecto útil–, un producto, que es distinto de la propia persona viva (Marx, 1999b, pp. 222-223).

Asimismo, como subraya Smith en su comparación entre las perspectivas neoschumpeteriana y marxiana sobre tecnología e historia en el capitalismo, el desarrollo posterior de la fuerza de trabajo en el proceso directo de producción no representa ninguna novedad histórica (Smith, 2004, pp. 217-218). En este sentido, Smith refiere a los comentarios de Marx en *El capital* sobre la necesidad de perfeccionar la concepción teórica a través de la acumulación de experiencia práctica en gran escala a fin de aprovechar plenamente en el proceso de producción la incorporación de la ciencia objetivada en las máquinas (Marx, 1999c, pp. 463-464), lo que demuestra que el papel de este fenómeno en la trayec-

toria histórica del capitalismo es de larga data. El siguiente pasaje de los "Manuscritos económicos de 1861-1863" expresa de forma elocuente el reconocimiento de Marx de este fenómeno como una determinación general del modo de producción capitalista y, en consecuencia, como un fenómeno anterior al supuesto advenimiento del "capitalismo cognitivo":

> Aparte de la acumulación de trabajo objetivado, tal como aparece en la transformación del plusproducto en pluscapital, tiene lugar una acumulación constante de habilidades personales del trabajador, a través de la práctica, y a través de la transferencia de habilidades adquiridas a la nueva generación de trabajadores que está creciendo. Esta acumulación de habilidades no le cuesta nada al capital, aunque juega un papel de importancia decisiva en el proceso de reproducción (Marx, 1994a, p. 228).

Sin embargo, la apropiación capitalista de estas fuerzas productivas no ocurre, como sostiene Moulier-Boutang, porque se evite la objetivación completa del trabajo vivo en el resultado del proceso de trabajo, sino, únicamente, por su plena objetivación en el valor de uso que tomará la forma de mercancía. Sin esta objetivación, que solo puede ser el resultado del consumo efectivo de todos los atributos de la fuerza de trabajo en su unidad, no habría ningún plusvalor para apropiar. Sin importar cuán importante sea esta "acumulación de habilidades" para las fases actual o pasada del desarrollo capitalista, en ningún caso se convierte en fuente inmediata del plusvalor. Por sí mismas, dichas capacidades solo existen como un potencial para la producción de plusvalor que el capital puede actualizar solo dentro de cada ciclo de producción, haciendo que los obreros gasten su fuerza de trabajo más allá del trabajo necesario, tal como sucedió a lo largo de toda la historia del capitalismo. En pocas palabras, la "acumulación de habilidades" podría constituir un presupuesto cada vez más necesario del proceso efectivo de valorización –y por tanto de explotación–, pero no por ello se convierte en su contenido esencial. Hay muchas otras condiciones que son de "importancia decisiva" para el proceso de reproducción del capital, pero no se convierten sin embargo en fuentes inmediatas de plusvalor. La "importancia" no se traduce mágicamente en causalidad.

Un argumento similar puede esgrimirse sobre las llamadas externalidades, otra categoría que los teóricos del capitalismo cognitivo toman acríticamente prestada de la teoría económica dominante y que, según Moulier-Boutang, se ha vuelto tan central para la dinámica del capitalismo cognitivo que la "economía política" ya no puede tratarlas como "excepciones o curiosidades pintorescas" (Moulier-Boutang, 2007a, p. 57). Una vez más, y dejando de lado la discutible pretensión de novedad histórica, se podría acordar con que esta esfera social específica de "producción de conocimiento por medio del conocimiento" ha adquirido mayor importancia como presupuesto necesario para la valorización de los capitales individuales. Pero esto no convierte a la captura exitosa de las externalidades en la fuente directa de plusvalor, haciendo que la distinción entre trabajo y no trabajo (o reproducción) pierda todo fundamento, convirtiendo así todo el tiempo social en una parte del trabajo productivo (Vercellone, 2011b, pp. 72-73).

Por lo tanto, no hay ninguna mutación de significado "epocal" en esas transformaciones materiales particulares asociadas con la supuesta hegemonía de la dimensión cognitiva del trabajo vivo. Todos los elementos materiales del proceso de trabajo siguen siendo los mismos y pueden distinguirse con claridad. El trabajo vivo no se convierte en un medio de producción bajo ningún punto de vista. Y tampoco los atributos comunicativos, creativos e innovativos de la fuerza de trabajo se convierten en una "maquinaria productiva" y, con ello, en una forma de "capital fijo". Ni mucho menos su acumulación en la fuerza de trabajo se convierte en una fuente directa de plusvalor. Todos estos usos "figurados" de términos no hacen sino levantar un velo de confusión sobre las determinaciones reales del proceso de trabajo y el proceso de valorización. Su finalidad, por tanto, no puede pasar de ser el provocar un "efecto de novedad". En pocas palabras, el objetivo con el uso de estos términos parece ser más bien la generación de una apariencia de una ruptura histórica cualitativa radical con el pasado, cuando no la hay.

Conclusiones

En este capítulo hemos buscado ofrecer una crítica a las tesis centrales del enfoque del capitalismo cognitivo que constituyen la

base de sus objeciones a la vigencia de la ley del valor. Para ello nos hemos focalizado en ciertos aspectos que casi no han sido explorados por la literatura especializada. En primer lugar, examinamos el pretendido impacto de la naturaleza peculiar de las mercancías cognitivas sobre las determinaciones de la forma de valor. En segundo lugar, consideramos hasta qué punto la materialidad del ciclo de las mercancías cognitivas encierra alguna modificación radical en las diferencias funcionales del proceso de trabajo y la manera en que actúan como portadoras del proceso de valorización de capital. En particular, nos hemos detenido en la evaluación crítica de los argumentos que Moulier-Boutang ofrece en su síntesis teórica del enfoque del capitalismo cognitivo. Como hemos visto, ninguna de estas supuestas nuevas características del capitalismo contemporáneo compromete la vigencia de la ley del valor en tanto forma de organizarse el proceso de vida social. En la unidad de sus determinaciones cualitativas y cuantitativas, la forma de valor sigue siendo la forma social general enajenada en que la subjetividad productiva humana se reproduce y desarrolla en el modo de producción capitalista. Hemos procurado demostrar esto no solo señalando las falencias de los argumentos de los teóricos del capitalismo cognitivo, sino también desarrollando una explicación alternativa de los fenómenos que estos mismos autores presentan como evidencia de la obsolescencia de la explicación marxiana del valor. De nuestra exposición se deduce que no había misterio alguno que no fuera posible dilucidar a través del despliegue de las determinaciones más simples del valor, siguiendo el método de la crítica marxiana de la economía política.

Esto nos enfrenta a la pregunta de por qué estos autores, quienes por lo demás se ven a sí mismos como continuando el legado intelectual revolucionario de Marx, de forma tan liviana y simple declaran obsoleto todo el edificio de la crítica de la economía política –con la excepción, por supuesto, del "Fragmento sobre las máquinas"–, y se inspiran en una serie de nociones que toman prestadas de las más diversas expresiones del pensamiento teórico dominante. Como observa Husson, este enfoque y su eclecticismo resultante no son sino la expresión de una estrategia que consiste en intentar ser innovador y moderno a cualquier costo (Husson, 2003). Así, son desplegadas todas las herramientas teóricas que, de un modo u otro, prestan apoyo a esta pretensión de origina-

lidad, mientras que la utilización de categorías del pasado es rechazada de plano y tachada de dogmática o anacrónica. Luego, pertrechados con este arsenal teórico completamente ecléctico, construyen una novedosa "totalidad" espuria, sin más base que un listado de lugares comunes y mitos acerca de supuestas nuevas características de la realidad social contemporánea, también tomadas de modo acrítico de las corrientes dominantes en ciencias sociales (véase los 15 "indicadores" del capitalismo cognitivo en Moulier-Boutang, 2007a). En este contexto, la crítica marxiana de la economía política es retratada como una criatura de su tiempo –el capitalismo industrial– que casi por definición sería incapaz de arrojar luz sobre las transformaciones cualitativas que encierra la actual fase "cognitiva" del capitalismo.

Esta actitud refleja una tendencia más general en determinados espacios de la izquierda y está lejos de ser una cuestión abstractamente intelectual. Como ha señalado Bonefeld en su momento, esta postura intelectual es expresiva de una política específica, a la que oportunamente denominó la *política de la novedad*, que "lleva a la renuncia de la izquierda a la crítica negativa, en favor de nuevos y siempre más nuevos conceptos […] basados en la tradición teórica del positivismo" (Bonefeld, 1998, p. 153). La ciencia social crítica es reducida, de este modo, a una variante de la ortodoxia académica, a la que solo se le agrega en forma extrínseca una retórica revolucionaria orientada a promover una transformación social. Ahora bien, para ser capaz de transformarse en crítica práctica, la crítica científica del capital debe trascender las descripciones unilaterales y las categorías fetichizadas de la economía vulgar contemporánea. De otro modo, y por muy revolucionarias que puedan ser sus intenciones, no puede sino quedar atrapada dentro de las formas ideológicas que toman las modalidades de explotación contemporáneas; un riesgo que, como algunos comentaristas han advertido, se ha convertido en la realidad de gran parte de la reciente teorización "posautonomista" (Henninger, 2007; Bellofiore y Tomba, 2008).

No hay duda de que el capitalismo ha cambiado y que dichas transformaciones tienen su raíz en las mutaciones en la subjetividad productiva de la clase obrera. Por supuesto, esto no debería sorprender ya que "la industria moderna", como descubrió Marx, "revoluciona constantemente, con el fundamento técnico de la

producción, las funciones de los obreros y las combinaciones sociales del proceso laboral" (Marx, 1999c, pp. 594-593). Más aún, estas transformaciones encierran siempre una expansión del conocimiento como rasgo o dimensión de la subjetividad productiva del obrero colectivo en su conjunto –aunque se distribuya de manera desigual entre sus diferentes órganos parciales– que, a su vez, toma forma concreta a través del incremento en el contenido cognitivo de los valores de uso que actúan como portadores materiales de la forma de valor. En este sentido, se puede decir que existe un "núcleo racional" en el énfasis "posautonomista" sobre el rol creciente del conocimiento en el proceso de producción y sobre su condición de base necesaria para la superación revolucionaria del capitalismo. Pese a todos los defectos del enfoque del capitalismo cognitivo, estos teóricos "posautonomistas" tienen al menos el mérito de intentar conectar la subjetividad política de los trabajadores con las transformaciones materiales en su subjetividad productiva, esto es, con su capacidad para organizar conscientemente la producción de la materialidad de la vida humana (Iñigo Carrera, 2013a). Y también se puede decir, como vimos en el capítulo 6 de este libro, que aciertan en considerar los "Fragmentos sobre las máquinas" de los *Grundrisse* como un texto clave donde Marx alcanza a desarrollar de forma más explícita–aunque no de modo sistemático– la transformación de las potencias intelectuales del proceso de producción en atributos del obrero colectivo.

El problema radica, sin embargo, en la manera idiosincrática en que conceptualizan el rol del conocimiento en el capitalismo contemporáneo, que a su vez se basa en una lectura muy problemática de ese texto de Marx. Más en concreto, estos autores aplican sin mediaciones, y por lo tanto de forma especulativa, aquello que Marx discute como el contenido esencial y la forma definitiva del desarrollo de la subjetividad productiva de los trabajadores bajo el imperio de la forma de capital –esto es, el movimiento de "la sociedad burguesa en su conjunto […] como último resultado del proceso de producción social" (Marx, 1997b, p. 237)–, a formas concretas contemporáneas donde dicho contenido aparece negado. Ocurre, en efecto, que en el curso del desarrollo histórico del modo de producción capitalista, esa determinación esencial y tendencia general que está en la base del modo de existencia revolucionario de la subjetividad productiva obrera se desarrolla bajo

la forma de su propia negación: su requerida universalidad se realiza necesariamente a través de la reproducción de particularidades osificadas; y la expansión de sus atributos intelectuales y científicos se realiza en el modo necesario de la degradación de otros, tanto intelectuales como manuales. Más aún, este movimiento doblemente contradictorio de la subjetividad productiva del obrero colectivo se manifiesta –y por lo tanto se experimenta– de manera diferente en la individualidad de cada uno de sus diversos órganos, lo que tiende a reforzar la fragmentación política de su determinación objetiva general como clase.

En otras palabras, la forma de subjetividad productiva que es portadora de la superación del capitalismo se constituye en la historia como el resultado de un desarrollo que mantiene los atributos productivos de los obreros limitados de forma miserable a los que requieren las formas materiales de la producción de plusvalor relativo; limitación que existe aun cuando estos atributos se expanden, como en el caso de los trabajadores intelectuales que realizan las funciones productivas más complejas, incluso las de la investigación científica.[26] Pero incluso una mirada impresionista a la actual "composición técnica de la clase obrera" basta para darse cuenta de que la materialidad de su subjetividad productiva está lejos de expresar en su inmediatez al individuo universal plenamente desarrollado, para quien la actividad vital constituye "la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma gracias a su existencia como cuerpo social" (Marx, 1997b, p. 228). Por el contrario, desde la perspectiva de esta última forma de la subjetividad productiva humana, que como tal representa el resultado final del "sistema de la economía burguesa" y personifica su negación revolucionaria, podría decirse incluso que la llamada "economía del conocimiento" contemporánea se parece más bien a una economía de la ignorancia general.

[26] Más aun, la naturaleza alienada de este desarrollo del trabajo intelectual se expresa incluso en su forma científica general, esto es, su método. En su determinación en cuanto forma de la reproducción del capital, el conocimiento científico está constreñido a representar las formas naturales y sociales como entidades que existen por sí o como afirmaciones inmediatas, y sus relaciones como inevitablemente exteriores. Para un desarrollo de este punto, véanse Iñigo Carrera (2013a) y Starosta (2015).

Capítulo 10
Dos debates en torno a la renta de la tierra y sus implicancias para el análisis de la acumulación de capital en la Argentina[1]

> [E]l capital, no solo como productor de sí mismo […], sino al mismo tiempo como creador de valores, debe poner una forma de riqueza o un valor específicamente diferente del capital. Esa forma es la renta de la tierra. Constituye el único caso en el cual el capital crea un valor diferente del propio capital, de su propia producción (Marx, 1997a, p. 217).

En todo país cuyo papel en la unidad mundial de la acumulación de capital pasa por ser productor de materias primas, la renta de la tierra constituye una porción relevante del plusvalor total que se apropia en su interior. Como se ha argumentado en las últimas décadas, la historia de la acumulación de capital en la Argentina muestra que este país no es una excepción a esta determinación general (Iñigo Carrera, 1999a, 2002, 2007b y 2017; Fitzsimons, 2014 y 2016; Grinberg y Starosta, 2015; Caligaris, 2016b; Caligaris, 2017; Fitzsimons y Guevara, 2016). Desde el punto de vista de la crítica de la economía política, el esclarecimiento de la naturaleza de la renta de la tierra y de sus diversas formas de existencia constituye, de este modo, un paso ineludible, tanto en el análisis de las particularidades que presenta un ámbito nacional de este tipo, como de las características propias de su producción agraria.

[1] Este capítulo es una versión ampliada y modificada de Caligaris (2014).

Al igual que otras secciones de *El capital* de Marx, la referida a la renta de la tierra ha sido objeto de diversas interpretaciones a lo largo de la historia. En la actualidad, sin embargo, no pocas veces estas interpretaciones se presentan y se desarrollan de manera autónoma, como si no existiesen alternativas; o quizás peor, se omite la referencia a sus autores originales y a los debates que han suscitado, presentando como novedosos argumentos que llevan varias décadas de existencia y que ya han sido sometidos a fuertes críticas. Dejando a un lado las omisiones deliberadas, en general la razón de esta especie de autismo teórico suele obedecer más bien al desconocimiento de la historia del pensamiento marxista sobre esta cuestión.

En este contexto, en el presente capítulo nos proponemos realizar una reconstrucción crítica de dos controversias en torno a la explicación marxiana de la renta de la tierra, con el doble propósito de llamar la atención sobre la existencia de interpretaciones alternativas y críticas a la concepciones dominantes, y de sentar las bases para un debate más amplio sobre las formas que adopta la apropiación de riqueza social en la Argentina y sobre las que toma la inversión de capital en su producción agraria.

Controversias en torno al origen del plusvalor que constituye la renta de la tierra

La renta de la tierra se presenta como una masa de valor que va a parar a las manos de los terratenientes en virtud de su propiedad sobre la tierra. Son varios los mecanismos específicos a través de los cuales los terratenientes logran captar esta masa de valor, que da lugar a la identificación y clasificación de distintos tipos de renta de la tierra: la renta diferencial de tipo I, la renta diferencial de tipo II, la renta absoluta y la renta de monopolio.[2] Estos meca-

[2] Esta tipología no está exenta de debates. En especial, la diferencia entre la "renta absoluta" y la "renta de monopolio" es una diferenciación que surge recién a principios de la década de 1970 (Clarke y Ginsburg, 1976, p. 72; Harvey, 1977, pp. 189-191) y que juega un papel central en las respuestas marxistas ulteriores a las clásicas críticas a la explicación marxiana de la renta absoluta (Loria, 1895; Diehl, 1899; Bortkiewicz, 1979). En la próxima sección veremos que también la distinción entre renta diferencial de tipo I y II ha sido objeto de varias discusiones.

nismos, sin embargo, no dicen por sí mismos de dónde surge el plusvalor que constituye la renta de la tierra, esto es, no dicen nada respecto del origen del trabajo que constituye dicho plusvalor. Puesto en otros términos, estos mecanismos no indican quiénes son los trabajadores que producen el plusvalor que los terratenientes se apropian bajo la forma de la renta de la tierra. En este sentido, se puede decir que la explicación de la renta de la tierra no está completa hasta que no se alcance a dar cuenta de esta cuestión.

El problema también puede ser presentado de la siguiente manera. En su consideración de la formación de la tasa normal de ganancia Marx concluye que la producción y la apropiación de plusvalor en una rama de la producción no coinciden necesariamente, que hay ramas donde se produce más plusvalor del que se apropia en ella y viceversa. El problema a resolver aquí es en qué medida esta situación se ve afectada en las ramas de la producción sujetas a condiciones naturales particulares, esto es, en aquellas ramas de la producción donde, al lado de la ganancia normal, se forma una plusganancia que se apropia como renta de la tierra.

Esta cuestión ha sido objeto de numerosos debates dentro de la literatura especializada. A grandes rasgos, se pueden encontrar dos posiciones. Por un lado, están aquellos que sostienen que, con excepción de la renta de monopolio, todo el plusvalor apropiado bajo la forma de renta de la tierra en una determinada rama de la producción es producido por los trabajadores ocupados en ella. Por otro lado, están aquellos que sostienen que una parte sustancial del plusvalor que constituye la renta de la tierra, en particular el que se capta como renta diferencial, es producido fuera de la rama de la producción en cuestión por el conjunto de los trabajadores que consumen mercancías portadoras de esta parte de la renta de la tierra.

La primera posición ha sido desarrollada inicialmente por la tradición soviética. Su argumento básico es que, en la medida en que la renta surge debido a la mayor productividad del trabajo que produce en las mejores condiciones, la sustancia del plusvalor que constituye la renta debe ser ese mismo trabajo. Esto es, dejando a un lado la renta absoluta presente en las peores condiciones de producción, que por definición es el producto del trabajo realizado en tales condiciones, y dejando a un lado la renta de monopolio, que toda esta tradición la considera circunstancial, según

este punto de vista la renta diferencial de tipo I y de tipo II es el producto directo de los trabajadores que producen en las mejores condiciones, porque lo determinante es la mayor productividad del trabajo que corresponde a estas. Así, en un apartado dedicado a la discusión de este punto, Lapidus y Ostrovitianov concluyen: "la renta de la tierra, que constituye una plusganancia por encima de la ganancia normal, es creada por la más alta productividad de los trabajadores empleados en el mejor suelo" (Lapidus y Ostrovitianov, 1929, p. 279). En el mismo sentido, unos años más tarde el *Manual de economía política* del régimen soviético lo plantea en los siguientes términos: "[e]sta ganancia adicional, como toda la plusvalía obtenida en la agricultura, la crea el trabajo de los obreros agrícolas. La diferencia de fertilidad entre las tierras es, simplemente, la premisa para una productividad más alta del trabajo en las tierras mejores" (Academia de Ciencias de la URSS, 1956, p. 182). Por último, la misma posición se puede encontrar años más tarde en la interpretación de Vygodski: "De la teoría de la renta de la tierra de Marx se sigue que tanto la renta absoluta como también la diferencial resultan del trabajo del trabajador agrario. En el caso de la renta absoluta esto es obvio en cuanto la misma se origina en valor que excede el precio de producción del producto obtenido en la agricultura […] La renta diferencial, por su parte, resulta de la más alta productividad de los trabajadores agrarios en las áreas de tierra más fértiles" (Vygodski, 1974, p. 101). En suma, el argumento básico de esta posición es que el trabajo más productivo se representa en más valor que aquel de menor productividad. Así considerado, sin embargo, el argumento choca de plano con la explicación marxiana básica del valor, según la cual un aumento en la productividad del trabajo no redunda en un aumento del valor, sino en un aumento de la cantidad de valores de uso producidos, cada uno de los cuales porta una menor cantidad de valor (Marx, 1988, p. 334; 1997c, pp. 20-21; 1999b, pp. 49-50). No obstante, como veremos luego, este vínculo entre valor y productividad puede complejizarse más.

La segunda posición emergió alrededor de la década de 1970, sobre todo en relación con el análisis de las especificidades de las economías latinoamericanas. El primer autor en plantearla fue Laclau, en un texto que discute la influencia de la renta de la tierra sobre el conjunto de la economía argentina. Allí, decía este autor,

"la renta diferencial –surgida de los menores costos que benefician a su poseedor con elevadísimas ganancias– es plusvalía producida por el trabajador extranjero e introducida en el país en virtud de la amplitud de la demanda de materias primas proveniente del mercado mundial. De ahí que la Argentina, al absorberla, obtuviera un elevado ingreso per cápita que no guardaba relación con su esfuerzo productivo" (Laclau, 1969, p. 294). La posición, sin embargo, no era presentada por Laclau como original. En efecto, el argumento surge de un desarrollo que presenta Marx en la sección de la renta donde trata específicamente la cuestión del origen del plusvalor que constituye la renta de la tierra. Allí Marx sostiene:

> En general, al considerar la renta diferencial debe observarse que el valor de mercado se halla situado siempre por encima del precio global de producción de la masa de productos. […] por ejemplo […] 10 *quarters* de producto global se venden a 600 chelines, porque el precio de mercado está determinado por el precio de producción de A [determinado por el peor suelo], que asciende a 60 chelines por *quarter* […] El precio de producción real de los 10 *quarters* es de 240 chelines; se venden a 600, es decir un 250% más caros. […] Es esta la determinación mediante el valor de mercado, tal como el mismo se impone sobre la base del modo capitalista de producción, por medio de la competencia; esta engendra un valor social falso. Eso surge de la ley del valor de mercado, a la cual se someten los productos del suelo. […] Lo que la sociedad, considerada como consumidor, paga de más por los productos agrícolas, lo que constituye un déficit en la realización de su tiempo de trabajo en producción agraria, constituye ahora el superávit para una parte de la sociedad: los terratenientes (Marx, 1997e, pp. 848-849).

En otras palabras, dado que en las producciones sujetas a condicionamientos naturales particulares el precio de mercado está fijado por el trabajo que se realiza en las peores condiciones de producción, los trabajos más productivos existentes en dicha rama también se expresan en ese mismo precio de mercado; se expresan, en consecuencia, en un precio que no se corresponde de manera inmediata con ellos, es decir, se expresan en un "valor social falso". Luego, como los que compran este producto "falsamente" encarecido son miembros de la clase obrera, la masa de valor en

cuestión resta de la masa de plusvalor que estos obreros podrían ofrecerles a sus capitales de no tener que consumir mercancías encarecidas de este modo; en otras palabras, el falso encarecimiento de estas mercancías eleva el salario y, por tanto, disminuye el plusvalor disponible para los capitales que explotan a estos trabajadores. En este sentido, el plusvalor que constituye la renta de la tierra proviene del conjunto de las ramas de la producción social donde trabajan los obreros que consumen estas mercancías portadoras de ese "valor social falso". El argumento es retomado y desarrollado con mayor precisión unos años más tarde por Bartra (1979), y en especial por Margulis (1979), quienes presentan la cuestión en toda su complejidad al introducir las diferencias entre los valores y los precios de producción, dada la composición orgánica y los tiempos de rotación de los capitales en cuestión. Otros autores que comparten para esta misma época esta posición son Flichman (1977), Vergopoulos (1977), Gutelman (1978) y Klimovsky (1979). En tiempos más recientes, se puede ver retomada en el ámbito local por autores como Arceo (2003), Iñigo Carrera (2007b y 2017) y Anino y Mercatante (2009a); mientras que en el ámbito internacional lo han hecho autores como Economakis (2010) y Fornäs (2013), el primero de estos con la originalidad de presentar el argumento bajo una cuidada formalización matemática.

En las últimas décadas, sin embargo, la interpretación desarrollada por la tradición soviética ha remergido en el ámbito local en una serie de autores (Salvatore, 1997; Azcuy Ameghino, 2004, pp. 202-203; Astarita, 2010, pp. 221 y ss.). Dentro de estos, quizás la interpretación más elaborada sea la de Astarita (2009a y 2009b). Según este autor, el trabajo que se representa en la renta de la tierra es un trabajo que "actúa como trabajo potenciado, ya que genera más valor por unidad de tiempo que el trabajo promedio de la rama" (Astarita, 2009b, p. 3). Se trata, según especifica, del mismo caso que "cuando una empresa emplea una tecnología superior a la rama, [y] el valor 'individual' de la mercancía ha bajado, pero se producen más unidades de valores de uso por unidad de tiempo, de manera que la expresión dineraria del valor generado en la jornada de trabajo que utiliza mejor tecnología 'es más elevada que la del trabajo social medio de la misma índole'" (Astarita, 2009b, p. 3). Si lo examinamos con detenimiento, este argumento también choca con la explicación marxiana del valor. En primer lugar, si un

trabajo "genera" más valor sin ser más complejo o más intensivo, esto es, sin implicar un mayor gasto de trabajo, quiere decir que el mayor "valor" generado no representa, en sentido estricto, un trabajo real. El valor, en consecuencia, deja de ser la representación social del trabajo materializado en la mercancía, en tanto corresponde a las condiciones normales de producción prevalecientes en una rama determinada. En segundo lugar, el hecho de que una misma cantidad de trabajo modifique su "expresión dineraria" no significa que se haya modificado el "valor" en que dicho trabajo se representa. Solo significa que se ha modificado el "precio" en que se expresa el valor que, como se sabe, no tiene por qué guardar una congruencia cuantitativa inmediata con este. En favor de coherencia argumentativa del enfoque de Astarita, hay que decir, no obstante, que esta concepción del origen del plusvalor que constituye la renta de la tierra es consistente con su concepción del valor como un fenómeno propio de la circulación y no de la producción (Astarita, 2006, p. 53 y ss.).[3]

Establecer si la renta de la tierra está constituida por plusvalor producido dentro o fuera de la producción agraria puede parecer algo de menor importancia, una de esas "minucias y sutilezas" que a veces pueden encontrarse en varios de los desarrollos de la crítica de la economía política. No ocurre lo mismo, empero, cuando lo que está en juego es la explicación de la unidad mundial de la acumulación de capital y las características particulares que adoptan los distintos procesos nacionales en ella. Aquí, concluir una u otra cosa tiene implicancias decisivas. En efecto, si consideramos la parte de dicha unidad mundial que está dada por la división del trabajo entre los llamados países productores de materias primas

[3] La posición de Astarita ha sido objeto de un interesante debate (Astarita, 2009a y 2009b; Anino y Mercatante, 2009b; Iñigo Carrera, 2009). Para una crítica más desarrollada de su posición, véase en especial la intervención de Iñigo Carrera (2009 y 2017, pp. 152-154). En términos más generales, este debate dejó en evidencia que, así como la diferencia de opiniones respecto del origen del plusvalor que constituye la renta de la tierra remite a una divergencia de perspectivas respecto de las determinaciones del plusvalor extraordinario como tal, a su vez remite a las diferentes perspectivas sobre las determinaciones más simples de la "objetividad de valor". A grandes rasgos, y dejando de lado las viejas interpretaciones "ricardianas", la controversia gira en este punto en torno a si la objetividad de valor se constituye en la producción o en la circulación; véase una crítica a ambas posiciones en Kicillof y Starosta (2007a y 2007b).

y los países productores de mercancías industriales, sostener que la renta de la tierra es plusvalor producido afuera de la producción agraria implica sostener que hacia los primeros países fluye en forma continua una masa de plusvalor producida en primera instancia en los segundos. Esto es, así como dentro de la economía nacional la compra-venta de mercancías portadoras de renta de la tierra significa una transferencia unidireccional hacia la producción agraria de plusvalor producido por el conjunto de la clase obrera, dentro de una economía mundial la compra-venta de este mismo tipo de mercancías significa una transferencia análoga de plusvalor hacia donde estas se producen. Así, concluir que la renta de la tierra está constituida por plusvalor producido fuera de la producción agraria, implica sostener que países como la Argentina reciben, mediante el comercio mundial, una masa de plusvalor que no surge del plustrabajo extraído a su propia clase obrera.

Como se ve, no es casual la omisión recurrente a los debates sobre el origen del plusvalor que constituye la renta de la tierra, ni tampoco el rechazo que genera en este ámbito de discusión la posición que encuentra a dicho origen afuera de la producción agraria. En primer lugar, concluir que la renta de la tierra es producida por "el trabajador extranjero" contradice de plano todas las explicaciones sobre la especificidad de estas economías nacionales que plantean la existencia de un flujo de plusvalor en sentido inverso, esto es, la existencia de una masa de plusvalor producida por los trabajadores locales que fluye hacia los países (mal) denominados "desarrollados", "centrales" o "imperialistas" (Emmanuel, 1972; Marini, 1991). Pero, en segundo lugar, lo que debería esperarse de un país hacia donde afluye desde el exterior y en forma continua una masa de riqueza social no producida por sus propios trabajadores, es que tenga potenciado su proceso nacional de acumulación de capital. Y, a la inversa, lo que normalmente presentan estos países es una situación de crisis recurrentes, una permanente menor productividad del trabajo del capital industrial, bajos salarios, una masa de población superflua numerosa y creciente en el curso histórico, etcétera.

Desde nuestra perspectiva, adoptar la posición según la cual la renta de la tierra está constituida por plusvalor producido por los trabajadores agrarios implica renunciar a la explicación marxiana del valor. Por tanto, desde el punto de vista del despliegue ulterior

de la crítica de la economía política, el único camino posible pasa por dar cuenta de la unidad existente entre la determinación del origen del plusvalor que constituye la renta de la tierra y el papel de los países productores de materias primas en la unidad mundial de la acumulación de capital. Dicho de otro modo, en vez de abandonar la conclusión a la que conduce el desarrollo sistemático de las determinaciones del capital por encontrarla refutada por las manifestaciones inmediatas, el camino que se desprende del método de la crítica de la economía política es de hecho el contrario: continuar desarrollando dichas determinaciones hasta enfrentar a las manifestaciones inmediatas en cuestión (Iñigo Carrera, 2013a, pp. 235 y ss.; Starosta, 2015, pp. 76 y ss.). En este sentido, lo primero que hay que examinar es la potencialidad de que la cesión de plusvalor a los países productores de materias primas por parte del capital social global se desarrolle en su opuesto, es decir, en la recuperación de dicho plusvalor. Desde nuestro punto de vista, la única explicación que avanzó de modo consistente en este sentido es la que ha desarrollado Iñigo Carrera, precisamente a propósito de sus investigaciones sobre la especificidad de la acumulación de capital en la Argentina (Iñigo Carrera, 1999a, 2002, 2006 y 2007b) y que en tiempos recientes otros autores han presentado para otros países con características similares (Grinberg, 2008, 2011, 2013 y 2016a; Grinberg y Starosta, 2009 y 2015; Kornblihtt, 2015; Dachevsky y Kornblihtt, 2016). Teniendo en cuenta, por un lado, la amplia difusión que tienen los trabajos de este autor en nuestro medio y, por otro, que esta cuestión no es el objeto del presente capítulo, aquí nos limitamos a remitir a los trabajos citados para el lector que quiera avanzar sobre esta problemática.

Controversias en torno a la renta diferencial de tipo II

Hasta fines de la década de 1970 las interpretaciones sobre la presentación realizada por Marx de la renta diferencial de tipo II eran, tanto entre seguidores como entre sus detractores, coincidentes. Desde entonces, se ha desarrollado una interpretación alternativa que, aunque con distintas variantes, ha ido cobrando fuerza hasta instalarse como lo que podría llamarse la nueva ortodoxia de la interpretación de esta forma de renta.

La interpretación clásica

La interpretación clásica de la renta diferencial de tipo II es la que ofrecen desde épocas tempranas autores como Kautsky (2002, pp. 79 y ss.) y Lenin (1981, pp. 104 y ss.; 1983a, p. 290), seguidos luego en la tradición soviética por Lapidus y Ostrovitianov (1929, pp. 276 y ss.) y en la trotskista por Mandel (1972, pp. 254 y ss.), por tan solo nombrar a los autores más populares.[4] En esta interpretación, las plusganancias que constituyen la renta diferencial de tipo II surgen de las inversiones sucesivas de capital que se aplican sobre una misma parcela de tierra, cada una de las cuales porta una productividad del trabajo menor a la anterior, hasta el punto en que la última inversión conlleva la productividad del trabajo correspondiente a la que determina el precio de mercado, esto es, hasta el punto en que la última inversión alcanza a arrojar tan solo la tasa normal de ganancia. Un breve y simple ejemplo numérico puede servir para ilustrar la esencia de esta interpretación:

Costo de producción	*Cantidad de producto*	*Precio de producción individual*	*Precio de mercado*	*Renta diferencial*
100	10	10	50	400
100	5	20	50	150
100	2	50	50	0

Según esta interpretación, en vez de invertir un nuevo capital en una tierra de fertilidad o ubicación peor, la ampliación de la producción puede resolverse mediante la aplicación de una nueva cuota de capital de menor productividad del trabajo en una tierra ya en actividad. Así, siguiendo este ejemplo, se puede poner una segunda cuota de capital de 100 pesos cuya productividad del trabajo de 5/100 sea menor a la ya existente de 10/100, pero mayor a la que determina el precio de mercado de 2/100, dado por la

[4] También es destacable la influencia de algunos textos de divulgación que repetían a pie juntillas la aquí llamada interpretación clásica, como es el caso de la conocida *Edición popular de El capital* de Borchardt (1981, p. 365), de amplia difusión entre los marxistas de la Segunda Internacional (Sweezy, 1973, p. 177) y, a juzgar por sus traducciones a varios idiomas, de amplia difusión en todo el mundo.

producción en las peores condiciones. De este modo, esa segunda cuota o inversión de capital aún podrá arrojar una plusganancia de 150 pesos. Y aún se puede poner una tercera cuota de capital que iguale la productividad del trabajo que determina el precio de mercado, en cuyo caso solo se obtendrá la tasa normal de ganancia. En palabras de Kautsky:

> Finalmente, he aquí ahora [otro] tipo de renta del suelo; […] si se puede aumentar la producción […] poniendo en explotación no solamente una tierra aún no cultivada sino también […] por medio de una mayor inversión de capital. […] Si este capital adicional, invertido en un terreno mejor, obtiene un provecho mayor del que se logra cultivando en el terreno peor –que de cualquier manera debe ser explotado– este mayor provecho constituye un nuevo superbeneficio, una nueva renta de la tierra (Kautsky, 2002, p. 85).

Visto en retrospectiva, se trata de una interpretación bastante simple y rudimentaria, donde toda la riqueza de la exposición marxiana de este tipo de renta queda dejada de lado. En efecto, la explicación marxiana de este tipo de renta no se diferenciaba cualitativamente, hasta aquí, de la presentada por Ricardo (1985, p. 54). Y, en efecto, en todas las lecturas de la época se reconoce en mayor o menor medida la herencia ricardiana del desarrollo marxiano, incluso entre los propios ricardianos (por ejemplo, Diehl, 1899). Así, para la interpretación clásica, en este punto las diferencias con la explicación ricardiana se reducían tan solo a la mayor precisión con que Marx presentaba las relaciones cuantitativas en que se expresa la renta diferencia de tipo II. Murray ofrece un ejemplo paradigmático de esta interpretación al afirmar que, en su explicación de este tipo de renta, Marx "buscaba romper con la relación hermética que Ricardo había establecido entre el incremento del producto, la caída de la fertilidad y el crecimiento de la renta" (Murray, 1977, p. 104). En contraposición, durante todo el período en que domina la interpretación clásica, el foco de los debates en torno a la explicación marxiana de la renta, y en particular su diferencia esencial con la explicación ricardiana, está puesto en la consideración de la llamada por Marx "renta absoluta" (Kautsky, 2002; Emmanuel, 1972; Vergopoulos, 1977; Lenin, 1981).

La interpretación dominante actual

Hacia fines de la década de 1970 esta interpretación clásica de la renta diferencial de tipo II va a ser cuestionada por dos nuevas interpretaciones, una de las cuales se convertirá rápidamente en hegemónica. La primera es la realizada por Michael Ball (1985), según la cual la interpretación clásica falla por realizar un cálculo de la formación del precio de la mercancía agraria de corte "marginalista", siendo un cálculo "promedial" el que corresponde a la verdadera teoría marxiana del valor. La segunda interpretación que puso en tela de juicio a la clásica es la realizada de manera paralela e independiente por Guillermo Flichman (1977) y Ben Fine (1979). Dado que esta última interpretación se convirtió en la nueva ortodoxia sobre la renta diferencial de tipo II, dejaremos a un lado la interpretación desarrollada por Ball, para centrarnos en el análisis de la interpretación desarrollada por estos dos autores.[5]

La interpretación ofrecida por Flichman comienza por una reformulación general del concepto de renta diferencial donde, bajo una concepción manifiestamente neoclásica, el capital agrario de cuyo movimiento surge esta renta aparece dividido en múltiples partes, cada una de las cuales se pone en acción en forma sucesiva hasta el punto en que el rendimiento por unidad se iguala con aquel que determina el precio de mercado (Flichman, 1977, pp. 25-27). Así, lo que en los enfoques clásicos se considera como la renta diferencial de tipo II queda subsumido bajo esta nueva concepción que se ofrece de la renta diferencial de tipo I (Flichman, 1977, p. 54). A pesar de aceptar de modo explícito esta unificación, Flichman conserva aun así el concepto de renta diferencial de tipo II. Lo hace para aquellos casos donde persisten las diferencias en la distribución del capital y el acceso al crédito entre los capitalistas agrarios debido al "atraso relativo en el desarrollo del capitalismo en la agricultura". Según este autor, esta situación "permite que los capitalistas más avanzados obtengan ganancias extraordinarias […] que al vencer los contratos de arrendamientos […] pasan a convertirse en renta" (Flichman, 1977, p. 23). Sobre esta base, Flichman concluye entonces que "conviene considerar como renta

[5] Para un análisis extenso de la interpretación desarrollada por Ball, puede verse Caligaris y Pérez Trento (2017).

diferencial de tipo II, solamente a la proveniente del atraso del desarrollo del capitalismo en la agricultura, que permite que el precio de producción individual para algunos arrendatarios capitalistas sea inferior al correspondiente a la peor tierra, no por ser más fértiles los terrenos en los que invierten su capital, sino por disponer de más recursos y mejor tecnología" (Flichman, 1977, p. 27). En síntesis, para Flichman, este tipo de renta está constituida por la ganancia extraordinaria que surge de alcanzar un precio de producción individual que se sitúa por debajo del precio de mercado en virtud de la puesta en acción de una mayor productividad del trabajo resultante, a su vez, de la aplicación de un capital de mayor tamaño al de los imperantes en la producción agraria. Más en concreto, esta renta está constituida por la apropiación por parte de la clase terrateniente de la ganancia extraordinaria que surge de la innovación tecnológica.

Por su parte, la interpretación de la renta diferencial de tipo II ofrecida por Ben Fine es más ambiciosa en cuanto al estatus teórico y filiación marxiana del concepto y, a consecuencia de ello, más problemática. Fine comienza discutiendo la interpretación clásica de esta forma de renta por considerarla de índole neoclásica. "Lo que no puede aceptarse", sostiene este autor, "es que el análisis de Marx de este tipo de renta es una extrapolación del […] margen intensivo ricardiano […] ya que el argumento […] implica que el valor de cambio de las mercancías debería estar siempre determinado por el margen intensivo uniforme en lugar de por el valor de mercado (en general, el promedio de los valores individuales)" (Fine, 1979, p. 251). Sobre esta base, Fine desarrolla una interpretación que busca conciliar este "valor de mercado promedio" con las referencias textuales de Marx sobre las inversiones de capital sucesivas en la producción agraria. Su solución pasa por interpretar dicha sucesión de inversiones como distintos capitales individuales de diverso tamaño, los más grandes de los cuales pueden, en virtud de su mayor escala, producir una plusganancia que, a la postre, se transforma en renta de la tierra. En sus palabras: "El significado que Marx da a estos capitales desiguales es su distinto tamaño como fuente de incremento de la productividad y de plusganancias […] En última instancia, al igual que las plusganancias que forman la renta diferencial de tipo I, son acumuladas por el terrateniente bajo la forma de la renta diferencial de tipo II" (Fine, 1979, p. 251).

El argumento es claro, según Fine, si se considera a dicha forma de renta en su "forma pura" de inversiones desiguales de capital sobre "tierras iguales" e "ilimitadas", pues entonces la renta en cuestión se formaría necesariamente "a partir de inversiones de capital de un tamaño mayor al normal […] ya que de otra manera el capital sería dividido y usado en una nueva tierra que no diera renta" (1979, p. 252). Sin embargo, esta claridad se pierde cuando se considera la cuestión en la complejidad que implica tierras limitadas de diferente calidad. En efecto, bajo esta situación surge el problema de cómo determinar el tamaño normal del capital y de la peor tierra, pues, según su interpretación, "algunos capitales podrían ser normales para determinados tipos de tierra, y otros para otras" (1979, p. 254) y, al mismo tiempo, "algunas tierras podrían ser peores para determinados niveles de inversión, pero no para otros" (1979, p. 254). La solución que ofrece Fine pasa por considerar "la determinación simultánea de la tierra peor y el capital normal" (1979, p. 255), a partir de lo cual se concluye que "la estructura de acumulación del capital será influenciada por la estructura de rentas, en la misma medida que la formará" (1979, p. 257), dejando a la cuestión concreta del tamaño del capital normal y la peor tierra, en la abstracta –y por cierto muy neoclásica– determinación simultánea. [6]

[6] En contraposición, años más tarde, en su célebre *El capital de Marx*, publicado en los últimos años junto a Saad-Filho, reconocerá la imposibilidad teórica de resolver el problema: "El problema de la determinación conjunta del capital normal y la tierra peor (o, más exactamente, la tierra normal, ya que la tierra en uso físicamente peor podría no ser la que determine el valor) no puede ser resuelto abstractamente; por lo tanto, la RDI y la RDII no pueden ser determinadas de forma puramente teórica […] depende de condiciones históricamente contingentes, de cómo la agricultura se ha desarrollado en el pasado y cómo se relaciona con la acumulación del capital en términos del acceso a la tierra de los capitalistas […] Más aún, los cambios en los cultivos y las tecnologías de producción modifican la demanda de tierra, y las definiciones de la tierra mejor o peor. En síntesis, la teoría de la RD no conduce específicamente a un determinado análisis de la renta, pero revela los procesos por los cuales puede ser examinada históricamente" (Fine y Saad-Filho, 2013, p. 160). En la presentación de Harvey, este punto también es bastante oscuro: "Las complejas interacciones de la RD-1 […] y de la RD-2 […] hacen imposible distinguir qué es lo que debe obtener cada uno de ellos [capitalistas y terratenientes]; las relaciones reales se vuelven borrosas. […] Lo que al principio parecía un instrumento pulcro para racionalizar la coordinación de la inversión en la tierra, se convierte en una fuente de contradicción, confusión e irracionalidad" (Harvey, 1990, pp. 362-365).

Esta interpretación de la renta diferencial de tipo II, tanto en la versión de Flichman como en la de Fine, comporta varios problemas. En primer lugar, el hecho de ser una ganancia "temporaria" niega el concepto mismo de renta de la tierra (Ball, 1980, p. 310). En igual sentido lo hace el hecho de que se trate de una plusganancia que "genuinamente" le corresponde al capital normal y no al terrateniente. En ambos casos se pierde la raíz compartida con la renta diferencial de tipo I y, en consecuencia, el sentido de clasificarla como de tipo II. En segundo lugar, esta interpretación está sujeta a condiciones históricas muy específicas. Ante todo, esta interpretación depende de la separación de la personificación de la propiedad de la tierra y del capital en dos individuos, ya que de otro modo el plusvalor extra se mantendría en la forma de plusganancia. Por otra parte, la transformación de este tipo de plusganancia en renta de la tierra depende de que ella esté contenida en una innovación técnica que quede fijada a la tierra y que subsista allí luego de finalizado el contrato de arrendamiento. En el caso de Flichman, esta interpretación depende, además, de la existencia de diversos tipos de capitales agrarios, producto del "retraso del capitalismo" en dicha producción. En tercer lugar, como lo ha hecho notar recientemente un crítico de la interpretación de Flichman, esta concepción de la renta diferencial de tipo II implica que la tasa media de ganancia que determina los precios de las mercancías agrarias no se determina por las condiciones de producción de los capitales agrarios normales, sino por un promedio entre las tasas de ganancia de estos y las de los pequeños capitales agrarios, ya que de otro modo los primeros no podrían obtener una ganancia extraordinaria (Iñigo Carrera, 2017, p. 139-140). En cuarto lugar, lejos de salvar al "concepto de valor de mercado" de las contradicciones de la economía neoclásica, como pretende Fine, esta interpretación lo deja en un completo vacío de determinación, atrapado entre la determinación por la peor tierra y la determinación por el capital normal (Ball, 1980, p. 311). En quinto lugar, luego de concluir que este tipo de renta surge de la mayor escala con que se aplica el capital agrario, lo que se debería explicar es "cómo es posible que coexistan dos cánones de arriendo diferenciados para exactamente la misma tierra" (Iñigo Carrera, 2017, p. 149). En particular, se "debería explicar bajo qué formas concretas podría existir un canon de arriendo diferenciado que impusie-

ra un mayor pago a los capitales más concentrados y, como tales, de mayor poder económico frente a los terratenientes, mientras los capitales menores, económicamente más débiles, pagarían alegremente un canon menor" (Iñigo Carrera, 2017, p. 149). Por último, en el caso de Fine, la evidencia textual que presenta para sostener la filiación marxiana de su interpretación no pasa de unas pocas, escuetas y descontextualizadas citas. En el mejor de los casos, su interpretación, como señala Ball, "se acerca a uno de los catorce casos considerados por Marx" (Ball, 1980, p. 310). Y a la inversa, las numerosas referencias textuales que contradicen su interpretación no son discutidas. Consideremos este último punto más en detalle.

Ante todo, en sus tempranas y pormenorizadas lecturas de la teoría ricardiana de la renta de la tierra, Marx señala que Ricardo reconoce la existencia de una renta diferencial producto de la inversión de una "porción adicional de capital, con un producto menor, a la misma tierra" (Marx, 1998a, p. 35), estando el precio del producto determinado por aquel que involucra la "mayor cantidad de trabajo" (Marx, 1987c, p. 107); esto es, interpreta que Ricardo formula una explicación de la renta diferencial de tipo II tal como la presentará años más tarde la que aquí llamamos "interpretación clásica". Sobre esta base, lo llamativo es que de las numerosas críticas que Marx hace de la teoría ricardiana de la renta, ninguna apunta a la explicación que ofrece Ricardo de este tipo de renta diferencial (Marx, 1983a, p. 38; 1983b, pp. 120-122; 1983c, p. 123; 1983d, pp. 130-131; 1983f, pp. 255-259; 1987c, p. 109; 1987d, pp. 206-214, 262-270, 273-291; véase una síntesis en Gehrke, 2012).

En particular, en la interpretación de Fine la discusión de los pasajes de Marx que cuestionan su lectura es casi inexistente (véase, especialmente, Marx, 1997e, pp. 865 y 926). En cambio, este autor presenta dos citas de Marx como evidencia sumaria de su filiación a la explicación marxiana de este tipo de renta. Consideremoslas brevemente. En la primera de ellas, Marx señala que "la diferente magnitud de la renta de la tierra, partiendo de la misma inversión de capital, solo puede explicarse por la diferente fertilidad de las tierras. La diferente magnitud de la renta de la tierra, cuando la fertilidad es igual, no tiene más explicación que por la diferente magnitud de la inversión de capital" (Fine, 1979, p. 251; Marx, 1987d, p. 32, traducción modificada).

Ante todo, hay que notar que Marx está escribiendo en un contexto donde no está presentando ni discutiendo la renta diferencial. Por ese motivo, se trata de una expresión muy sintética, y en tal sentido solo analítica, de las dos formas de renta diferencial. Pero, más importante aún, hay que notar que, en esta síntesis, la interpretación clásica no se ve contradicha: inversiones sucesivas de capital, portadoras de una productividad del trabajo decreciente, se manifiestan como magnitudes diferentes del capital adelantado en cada proceso de producción, y es esa magnitud la que explica, *ceteris paribus* las diferencias de fertilidad entre las tierras, la magnitud de la renta.

La segunda cita a la que esta vez ambos autores hacen referencia, y que luego es repetida con insistencia por quienes suscriben a su interpretación, es la siguiente: "en la renta diferencial en la forma II se suman, a diferencia de la fertilidad, las diferencias en la distribución del capital (y de capacidad de crédito) entre los arrendatarios" (Flichman, 1977, p. 22; Fine, 1979, p. 252; Marx, 1997e, p. 869).

Aquí, una vez más, conviene empezar por precisar el contexto en que aparece este texto. Marx ya ha definido a la renta diferencial de tipo II (Marx, 1997e, p. 865) y, como acostumbra hacer en sus borradores, está realizando algunos comentarios adicionales. En el manuscrito original, de hecho, entre esta primera definición y la cita en cuestión, Marx escribe unos "agregados" que en la edición de Engels constituyen las páginas finales del capítulo anterior (Marx, 2015, pp. 826-831; en la edición castellana citada, pp. 857-863). Y es recién después de ellos que Marx comenta que "al considerar la renta diferencial II aún es necesario destacar los puntos siguientes" (Marx, 1997e, p. 867): el "primero" referido a que esta renta es, *pace* Fine, inseparable de la renta diferencial de tipo I, porque esta constituye "su base y punto de partida" (Marx, 1997e, p. 867); y el "segundo" es de hecho el comentario que recogen Flichman y Fine. Se trata, por consiguiente, de una nota marginal, vale decir, un comentario que no hace al desarrollo sistemático de la crítica marxiana. El contenido de esta referencia se aclara a poco que el lector avanza más allá del texto citado. Marx tan solo quiere llamar la atención respecto de que, cuando se va a analizar, en un país dado, la cuestión de las inversiones sucesivas de capital, es necesario recordar que "[e]l modo capitalista de producción

solo se apodera en forma lenta y despareja de la agricultura" (Marx, 1997e, p. 869), y que, por tanto, no se puede suponer que todos los capitales son iguales, luego de lo cual resulta relevante tener en cuenta estas diferencias para no confundirlas con las que derivan de la presencia de inversiones sucesivas de capital que dan lugar a la renta diferencial de tipo II.

En su detallada lectura de la sección sexta de *El capital*, Diehl (1899) ha sostenido en esencia esta misma interpretación del pasaje de Marx en cuestión; aunque, en su caso, con el objetivo de criticar a Marx por confundir niveles de análisis, "perdiéndose en gran parte la claridad teórica y nitidez de la teoría ricardiana" (Diehl, 1899, p. 465). En tiempos recientes, Iñigo Carrera también ha sugerido una lectura similar del texto marxiano en cuestión. En sus palabras:

> La renta diferencial II no brota de una diferencia en la magnitud absoluta del capital aplicado sobre la tierra sino de las diferencias en la productividad que resultan de la aplicación sucesiva de las porciones que integran técnicamente dicho capital. Pero es obvio que para poder alcanzar la intensidad de aplicación plena de la cual surge la plenitud de esta renta diferencial, el capitalista agrario debe disponer de la masa íntegra de capital correspondiente. Marx señala [en el pasaje discutido] esta circunstancia, ajena en sí misma a la determinación de la renta diferencial II, pero que media en la apropiación plena de la misma (Iñigo Carrera, 2017, pp. 137).

A pesar de las evidentes debilidades argumentativas de la interpretación ofrecida por estos autores, su difusión y aceptación fueron notablemente rápidas y masivas, al punto que se la puede considerar hoy como la nueva ortodoxia en la interpretación de este tipo de renta. En el ámbito internacional, su difusión encuentra cauce sobre todo a través de los trabajos de Fine (1979 y 1986), Harvey (1982 y 1990), Fine y Saad-Filho (2013).[7] En la actualidad, se la

[7] En esta difusión también es destacable el papel de los dos diccionarios marxistas más importantes de la actualidad: *A Dictionary of Marxist Thought*, editado por Tom Bottomore (1991), y el *Dictionnaire critique du marxisme*, editado por Gérard Bensussan y Georges Labica (1999). En ambos se presenta en forma acrítica a la interpretación moderna como si fuese la única interpretación existente. En el primer caso, el encargado es el propio Fine (1991, p. 302); en el segundo, Drach (1999, p. 620).

acepta casi sin excepciones como la única interpretación válida de este tipo de renta (por ejemplo, Campbell, 2002; Vlachou, 2002; Ramírez, 2009; Park, 2010 y 2014; Munro, 2012; Campling y Havice, 2014), y cada vez es más difícil encontrar trabajos que remitan a sus autores originales o que la presenten como una interpretación en disputa (por ejemplo, Halia, 1990; Jäger, 2003). Más aún, la interpretación moderna ha permeado hasta en los autores críticos de la teoría de la renta de Marx (por ejemplo, Bryan, 1990).

De manera similar, en el ámbito local esta interpretación es aceptada, en general en la versión flichmaniana, casi sin excepciones y con escasa discusión. Inicialmente, se la puede ver acogida con cierto entusiasmo (Margulis, 1979; Kamppeter, 1983), crítica (Klimovsky, 1985) o indiferencia (Mendoza, 1985). Pero pasado unos años, se la comienza a asumir como la única interpretación existente, en algunos casos remitiendo al trabajo de Flichman (Kabat, 1999; Arceo y Rodríguez, 2006) y en otros con completa omisión de este (Balsa, 2006; Farina, 2006; Sartelli, 2008; Anino y Mercatante, 2009b; Astarita, 2010). Por último, con el borrado ya absoluto de toda controversia y fuentes interpretativas, e instalada como un lugar común en las consideraciones teóricas sobre la renta de la tierra, se llega incluso al punto de invertirse por completo la historia de las interpretaciones, presentando a la interpretación clásica como si fuera moderna y a esta como si fuera clásica (Astarita, 2009b; Fernández, 2010; Mercatante, 2010). En autores que hacen este tipo de operaciones, la confusión en la que recaen es notable, ya que son precisamente quienes consideran al concepto de renta diferencial de tipo II de "importancia fundamental" para comprender la evolución actual de la producción agraria. Casos excepcionales a esta tendencia general son los trabajos de Plasencia (1995), Arceo (2003) e Iñigo Carrera (2007b y 2017).

La cuestión de la inversión intensiva del capital agrario ha sido un tema recurrente tanto en los análisis del proceso nacional de acumulación de capital como en los del sector agropecuario. Las explicaciones más comunes de los límites que encontraba la economía argentina durante la llamada segunda etapa de la sustitución de importaciones comienzan por apuntar las limitaciones que tenía por entonces la producción agraria como proveedora de divisas, situación que se asocia a la magra inversión intensiva de capital que caracterizaba a este sector de la producción (Vitelli, 1999).

Por su parte, la mayoría de los análisis específicos del sector coinciden en que el problema central de la producción agraria pasaba entonces por la baja inversión intensiva de capital (Cepal, 1959; CIDA, 1965), y ya hace tiempo que se ha hecho popular referirse a dicho momento histórico como el "período de estancamiento" de la producción agraria (Barsky y Gelman, 2001). En manifiesto contraste, a partir de la década de 1980 y en especial de 1990, los análisis contemporáneos sobre el sector agropecuario comenzaron a destacar una importante transformación en la dinámica de inversión del capital agrario, donde se destacaba la intensidad y el ritmo de innovación (Obschatko, *et al.*, 1984; Pucciarelli, 1997). Se pasó así de la imagen del "terrateniente ausentista y feudal" (Giberti, 1962; Ferrer, 1996) a la del "empresario innovador" (Bisang *et al.*, 2008). En sus versiones más apologéticas, incluso se llegó a presentar a esta transformación como la punta de lanza de la transformación misma de la estructura económica de la sociedad argentina (Bisang, 2003).

Desde el punto de vista del desarrollo de la crítica de la economía política, concebir de una u otra manera la renta diferencial de tipo II tiene implicancias decisivas para el análisis del curso de la inversión del capital agrario en el país. Así, según la concepción que se tenga de este tipo de renta, las explicaciones sobre la intensidad con que se aplica el capital agrario varían diametralmente. Según la interpretación moderna que hoy constituye la posición ortodoxa, una situación de baja intensidad en la inversión de capital se explica por el poder terrateniente sobre las potenciales plusganancias provocadas por una inversión intensiva de capital. A la inversa, una situación de alta intensidad en la aplicación de capital se explica por la posibilidad del capitalista de retener dicha plusganancia. En cambio, según la interpretación clásica, una situación de baja intensidad en la inversión de capital se explica por una caída en el precio de mercado, que impide la aplicación de la última inversión de capital a la tasa normal de ganancia. Y a la inversa, el caso de una situación de alta intensidad en la inversión de capital, se explica por una suba del precio de mercado.

Hemos visto que la interpretación moderna de la renta diferencial de tipo II contiene una larga serie de problemas. Al contrario, la interpretación clásica, aunque pueda juzgarse limitada a la luz de la complejidad con que fue desarrollada este tipo de renta por

Marx, es consistente con los fundamentos de la crítica de la economía política. Por lo tanto, desde el punto de vista de la continuación de dicha crítica, el único camino posible pasa por esclarecer la unidad entre la formación de este tipo de renta, tal como la concibe la interpretación clásica, y las fluctuaciones históricas en la intensidad con que se aplica el capital agrario en la Argentina. A nuestro entender, la única explicación consistente de esta unidad es la que ha presentado Iñigo Carrera, al vincular las fluctuaciones particulares que presenta el movimiento del capital agrario nacional con los efectos de la apropiación de la renta de la tierra por el capital social global sobre los precios de las mercancías agrarias (Iñigo Carrera, 1999b; 2007b, pp. 101 y ss.; 2017, pp. 325 y ss.). Como ya ha sido señalado antes, en la medida en que trasciende los límites de este capítulo, nos limitamos aquí a referir estos trabajos para el lector que quiera avanzar en esta problemática.

Conclusiones

El objetivo de este capítulo ha sido llamar la atención sobre la existencia de dos importantes debates en torno a la explicación de la renta de la tierra, discutir los principales argumentos esgrimidos en ellos y presentar las implicancias que tiene adoptar una u otra posición para el análisis de aspectos centrales de la acumulación de capital en la Argentina.

El primer debate refiere al origen del plusvalor que constituye la renta de la tierra. Por un lado, se encuentra la posición según la cual dicho plusvalor surge directamente del plustrabajo realizado por los trabajadores agrarios; por otro lado, se encuentra la posición que remite su origen al plustrabajo realizado por el conjunto de la clase obrera. Para el análisis de una economía como la argentina ambas conclusiones conducen a caminos diferentes. Si se acepta la primera posición, la particularidad de nuestro ámbito nacional hay que buscarla al margen de la existencia de una masa sustantiva de renta de la tierra; tal ha sido el camino adoptado por la mayoría de los análisis críticos. Si se acepta la segunda posición, en cambio, la particularidad de nuestro ámbito nacional hay que buscarla en la contradicción que significa la existencia conjunta de una masa de plusvalor producido en el exterior y una economía

a todas luces limitada; hemos visto que este último camino es el único coherente con los fundamentos de la crítica de la economía política.

El segundo debate refiere a la naturaleza de la renta diferencial de tipo II. Por un lado, se ha presentado la posición según la cual dicha renta está constituida por las plusganancias que surgen de la aplicación sucesiva de inversiones de capital portadoras de una productividad del trabajo decreciente; por otro lado, se ha presentado la posición según la cual la plusganancia que constituye el tipo de renta en cuestión surge del aumento de la productividad del trabajo de un capital individual frente a la productividad media, tal como ocurre en cualquier otra rama de la producción. Hemos visto que esta última posición comporta una serie de inconsistencias, mientras que la primera, al menos en su formulación general, no presenta tales limitaciones. A su vez, hemos visto que la explicación de la naturaleza de este tipo de renta constituye un paso ineludible para el análisis de las peculiaridades que caracterizan el movimiento de la intensidad con que se ha aplicado el capital agrario en nuestro país a lo largo de su historia.

Bibliografía

Academia de Ciencias de la URSS (1956) [1954], *Manual de economía política*, México, Grijalbo.

Adler, G. (1887), *Die Grundlagen der Karl Marxschen Kritik der bestehenden Volkswirtschaft*, Tübingen, H. Laupp.

Aglietta, M. (1991) [1976], *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*, Madrid, Siglo XXI.

Albritton, R. (2003), "Superseding Lukács: Towards a Contribution to the Theory of Subjectivity", en Albritton, R. y J. Simoulidis, *New Dialectics and Political Economy*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 60-77.

—— y J. Simoulidis (2003), *New Dialectics and Political Economy*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Alcorta, L. (1999), "Flexible Automation and Location of Production in Developing Countries", *The European Journal of Development Research*, vol. 11, Nº 1, pp. 147-175.

Allen, J. (2003), *Lost Geographies of Power*, Oxford, Blackwell.

—— (2004), "The Whereabouts of Power: Politics, Government and Space", *Geografiska Annaler*, vol. 86, Nº 1, pp. 19-32.

Althusser, L. (2011) [1970], *La filosofía como arma de la revolución*, México, Siglo XXI, "Ideología y aparatos ideológicos del Estado (notas para una investigación)", pp. 102-151.

Altvater, E. (1972), "Notas sobre algunos problemas del intervencionismo de Estado", en Sonntag, H. R. y H. Valecillos, *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, México, Siglo XXI, pp. 88-133.

—— (2004), "What Happens When Public Goods Are Privatised?", *Studies in Political Economy*, vol. 74, pp. 45-77.

Anino, P. y E. Mercatante (2009a), "Renta agraria y desarrollo capitalista en la Argentina", *Lucha de Clases. Revista Marxista de Teoría y Política*, pp. 69-110.

—— (2009b), *Renta diferencial y producción agraria en Argentina. Una respuesta a Rolando Astarita*, Instituto del Pensamiento Socialis-

ta. Consultado en junio de 2017: <http://www.ips.org.ar/wp-content/uploads/2011/04/Anino-y-Mercatante-Renta_diferencial_y_produccion_agraria_en_Argentina.pdf>.
Amsden, A. H. (1989), *Asia's Next Giant: South Korea and Late Industrialization*, Oxford, Oxford University Press.
Appelbaum, R. P. (2008), "Giant Transational Contractors in East Asia: Emergent Trends in Global Supply Chains", *Competition & Change*, vol. 12, Nº 1, pp. 69-87.
Arceo, E. (2003), *Argentina en la periferia próspera. Renta internacional, dominación oligárquica y modo de acumulación*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
Arceo, N. y J. Rodríguez (2006), "Renta agraria y ganancias extraordinarias en la Argentina", *Realidad Económica*, Nº 219, pp. 76-98.
Arthur, C. (1979), "Dialectic of the Value-Form", en Elson, D., *Value: The Representation of Labour in Capitalism*, Londres, CSE Books, pp. 67-81.
—— (1996), "Engels as interpreter of Marx's economics", en Arthur, C., *Engels today. A centenary appreciation*, Londres, Macmillan, pp. 173-209.
—— (1997), "Against the Logical-Historical Method: Dialectical Derivation versus Linear Logic", en Moseley, F. y M. Campbell, *New Investigations of Marx's Method*, Nueva Jersey, Humanities Press, pp. 9-37.
—— (2000), "From the Critique of Hegel to the Critique of Capital", en Burns, T. e I. Fraser, *The Hegel-Marx Connection*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 105-130.
—— (2001a), "Value, Labour and Negativity", *Capital & Class*, Nº 73, pp. 15-39.
—— (2001b), "The Spectral Ontology of Value", *Radical Philosophy*, Nº 107, pp. 32-42.
—— (2002), *The new dialectic and Marx's Capital*, Leiden, Brill.
—— (2004), "Money and the Form of Value", en Bellofiore, R. y N. Taylor, *The Constitution of Capital. Essays on Volume I of Marx's Capital*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 35-63.
—— (2006), "The Inner Totatity. *Historical Materialism*, vol. 14, Nº 3, pp. 85-111.
—— y G. Reuten (1998), *The Circulation of Capital: Essays on Volume II*, Basingstoke, Macmillan Press.
Astarita, R. (2006) [2004], *Valor, mercado mundial y globalización*, Buenos Aires, Tuprop.

—— (2009a), "Renta agraria, ganancia del capital y tipo de cambio", Instituto del Pensamiento Socialista. Consultado en junio de 2017: <http://www.ips.org.ar/wp-content/uploads/2011/04/Astarita-Rolando-Renta-ganancia-y-tipo-de-cambio-11.pdf>.

—— (2009b), *Respuesta al profesor Juan Iñigo Carrera*, Instituto del Pensamiento Socialista. Consultado en junio de 2017: <http://www.ips.org.ar/wp-content/uploads/2011/04/Rolando-Astarita-Respuesta_a_Inigo_Carrera.pdf>.

—— (2010), *Economía política de la dependencia y el subdesarrollo. Tipo de cambio y renta agraria en la Argentina*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, col. Textos y lecturas en ciencias sociales.

Azcuy Ameghino, E. (2004), *Trincheras en la historia. Historiografía, marxismo y debates*, Buenos Aires, Imago Mundi.

Backhaus, H. G. (1978) [1969], "La dialéctica de la forma de valor", *Dialéctica*, Nº 4, pp. 9-34.

—— (1997), *Dialektik der Wertform. Untersuchungen zur Marxschen Ökonomiekritik*, Freiburg, Ça Ira.

—— (2005), "Some Aspects of Marx's Concept of Critique in the Context of his Economic-Philosophical Theory", en Bonefeld, W. y K. Psychopedis, *Human Dignity: Social Autonomy and the Critique of Capitalism*, Adlershot, Ashgate, pp. 13-30.

—— (2007) [1992], "Entre la filosofía y la ciencia: la economía social marxiana como teoría crítica", en Bonefeld, W. *et al.*, *Marxismo abierto. Una visión europea y latinoamericana*, México, Universidad Autónoma de Puebla, pp. 77-120.

—— (2009), *Dialettica della forma di valore. Elementi critici per la ricostruzione della teoria marxiana del valore*, Roma, Ruiniti.

Bair, J. (2005), "Global Capitalism and Commodity Chains: Looking Back, Going Forward", *Competition & Change*, vol. 9, Nº 2, pp. 153-180.

—— (2008), "Analysing Global Economic Organization: Embedded Networks and Global Chains compared", *Economy and Society*, vol. 37, Nº 3, pp. 339-364.

—— (2009), *Frontiers of Commodity Chain Research*, Stanford, Stanford University Press.

—— y E. Dussel Peters (2006), "Global Commodity Chains and Endogeneous Growth: Export Dynamism and Development in Mexico and Honduras", *World Development*, vol. 34, Nº 2, pp. 203-221.

Balconi, M. (2002), "Tacitness, Codification of Technological Knowledge

and the Organisation of Industry", *Research Policy*, vol. 31, Nº 3, pp. 357-379.
——, A. Pozzali y R. Viale (2007), "The 'Codification Debate' Revisited: A Conceptual Framework to Analyze the Role of Tacit Knowledge in Economics", *Industrial and Corporate Change*, vol. 16, Nº 5, pp. 823-849.
Ball, M. (1980), "On Marx's theory of agricultural rent: A reply to Ben Fine", *Economy and Society*, vol. 9, Nº 3, pp. 304-326.
—— (1985) [1977], "La renta diferencial y el papel de la propiedad del suelo", en Martínez Pardo, M., *Estudios sobre la renta del suelo*, Madrid, Centro de Información y Documentación de la Consejería de Ordenación del Territorio, Medio Ambiene y Vivienda de la Comunidad de Madrid, pp. 217-254.
Balsa, J. (2006), *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense. 1937-1988*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, col. Convergencia. Entre memoria y sociedad.
Barsky, O. y J. Gelman (2001), *Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Mondadori.
Bartra, A. (1979) [1976], "La renta capitalista de la tierra", *Cuadernos Agrarios*, Nº 7-8, México, pp. 41-112.
—— (2006) [1979], *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*, México, Ítaca, "La explotación del campesino por el capital", pp. 193-280.
Bauer, O. (1906), "Qualifizierte Arbeit und Kapitalismus", *Die neue Zeit: Wochenschrift der Deutschen Sozialdemokratie*, vol. 24, pp. 644-657.
Baumol, W. J. (1983), "Marx and the Iron Law of Wages", *The American Economic Review*, vol. 73, Nº 2, pp. 303-308.
Bellofiore, R. (1998), "The Concept of Labor in Marx", *International Journal of Political Economy*, vol. 28, Nº 3, pp. 4-34.
—— (2004), "Marx and the Macro-monetary Foundation of Microeconomics", en Bellofiore, R. y N. Taylor, *The Constitution of Capital. Essays on Volume I of Marx's Capital*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 170-216.
—— (2014), "Lost in Translation: Once Again on the Marx-Hegel Connection", en Moseley, F. y T. Smith, *Marx's Capital and Hegel's Logic: a reexamination*, Leiden, Brill, pp. 164-188.
—— y R. Fineschi (2009), *Re-reading Marx. New Perspectives after the Critical Edition*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Bellofiore, R. y T. Redolfi Riva (2015), "The Neue Marx-Lektüre. Putting the critique of political economy back into the critique of society", *Radical Philosophy*, Nº 189, pp. 24-36.
Bellofiore, R., G. Starosta y P. D. Thomas (2013), *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*, Leiden, Brill.
Bellofiore, R. y N. Taylor (2004), *The Constitution of Capital: Essays on Volume I of Marx's Capital*, Basingstoke, Palgrave.
Bellofiore, R. y M. Tomba (2008), "Afterword to the italian translation of Steve Wright's Storming Heaven", *Fifth Historical Materialism Annual Conference "Many Marxisms"*, Londres, Historical Materialism.
Bensussan, G. y G. Labica (1999) [1982], *Dictionnaire critique du marxisme*, París, Quadrige/PUF.
Bernard, M. y J. Ravenhill (1995), "Beyond Product Cycles and Flying Geese: Regionalization, Hierarchy, and the Industrialization of East Asia", *World Politics*, vol. 47, Nº 2, pp. 171-209.
Bernstein, E. (1899), "Zur Theorie des Arbeitswerths", *Die neue Zeit: Revue des geistigen und öffentlichen Lebens*, XVIII, pp. 356-363.
—— (1901), *Theorie und Geschichte des Sozialismus*, 4ª ed., Berlín, s/d.
—— (1982a) [1899], *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, "La teoría del derrumbe y la politica colonial" [1898], pp. 66-76.
—— (1982b) [1899], *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, México, Siglo XXI.
Bernstein, H. y L. Campling (2006a), "Commodity Studies and Commodity Fetishism I: Trading Down", *Journal of Agrarian Change*, vol. 6, Nº 2, pp. 239-264.
—— (2006b), "Commodity Studies and Commodity Fetishism II: 'Profits with Principles'?", *Journal of Agrarian Change*, vol. 6, Nº 3, pp. 414-447.
Bidet, J. (2007) [1985], *Exploring Marx's Capital: philosophical, economic, and political dimensions*, Leiden, Brill.
Birch, K. (2008), "Alliance-Driven Governance: Applying a Global Commodity Chains Approach to the U.K. Biotechnology Industry", *Economic Geography*, vol. 84, Nº 1, pp. 83-103.
Bisang, R. (2003), "Apertura económica, innovación y estructura productiva: la aplicación de biotecnología en la producción agrícola pampeana argentina", *Desarrollo Económico*, vol. 43, Nº 171, pp. 413-442.
——, G. Anlló y M. Campi (2008), "Una revolución (no tan) silenciosa. Claves para repensar el agro en Argentina", *Desarrollo Económico*, vol. 48, Nºs 190-191, pp. 165-207.

Blanke, B., U. Jürgens y H. Kastendiek (1978) [1974], "On the Current Marxist Discussion on the Analysis of Form and Function of the Bourgeois State", en Holloway, J. y S. Picciotto, *State and Capital. A Marxist Debate*, Londres, Edward Arnold, pp. 108-147.

Block, M. (1884), "*Le capital*, de Karl Marx, a propos d'une anticritique", *Journal des Économistes*, vol. 28, pp. 130-136.

Blondeau, O. (2004) [1999], "Génesis y subversión del capitalismo informacional", en Blondeau, O. *et al.*, *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, pp. 31-48.

Böhm-Bawerk, E. v. (1890) [1884], *Capital and Interest. A critical history of economical theory*, Londres, Macmillan.

—— (1975) [1896], "Karl Marx y la coherencia de su sistema", en Böhm-Bawerk, E. v. y R. Hilferding, *Valor y precio de producción*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, pp. 1-133.

Bonefeld, W. (1998), "The Politics of Novelty", *Historical Materialism*, vol. 3, Nº 1, 145-155.

—— (2006), "Social Constitution and the Spectre of Globalization", en Bieler, A. *et al.*, *Global Restructuring, State, Capital and Labour. Contesting Neo-Gramscian Perspectives*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 45-67.

—— (2007) [1995], "El capital como sujeto y la existencia del trabajo", en Bonefeld, W. *et al.*, *Marxismo abierto. Una visión europea y latinoamericana*, vol. II, Buenos Aires, Herramienta, pp. 37-76.

—— (2010), "History and Human Emancipation: Struggle, Uncertainty and Openness", *Critique*, vol. 38, Nº 1, pp. 61-73.

—— (2012), "Negative Dialectics in Miserable Times: Notes on Adorno and Social", *Journal of Classical Sociology*, vol. 12, Nº 1, pp. 122-134.

——, R. Gunn y K. Psychopedis (1992), "Introduction", en Bonefeld, W., R. Gunn y K. Psychopedis, *Open Marxism. Volume I. Dialectics and History*, Londres, Pluto Press, pp. ix-xx.

Borchardt, J. (1981) [1919], *El capital de Marx. Versión abreviada*, México, Sánchez Mato.

Borges Neto, M. (2001), "Mais-valia extra, produção e transferência de valor", Anais do VI Encontro da Sociedade Brasileira de Economia Política.

Borrus, M., D. Ernst y S. Haggard (2000), *International Production Networks in Asia. Rivalry or riches?*, Londres, Routledge.

Bortkiewicz, L. (1952) [1907], "Value and Price in the Marxian System", *International Economic Papers*, Nº 2, pp. 5-60.

—— (1979) [1910-1911], "La teoría de la renta de la tierra de Rodbertus y la doctrina de Marx acerca de la renta de la tierra absoluta", *Cuadernos Agrarios*, Nº 4, pp. 169-235.
Bottomore, T. (1991) [1983], *A dictionary of marxist thought*, Oxford, Blackwell Publishers.
Boudin, L. B. (1920) [1907], *The Theoretical System of Karl Marx in the Light of Recent Criticism*, Chicago, Charles H. Kerr & Company.
Bowles, S. y H. Gintis (1977), "The Marxian Theory of Value and Heterogeneous Labour: a Critique and Reformulation", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 1, Nº 2, pp. 173-192.
—— (1978), "Professor Morishima on heterogeneous labour and Marxian", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 2, Nº 3, pp. 311-314.
—— (1981), "Labour Heterogeneity and the Labour Theory of Value: a Reply", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 5, Nº 3, pp. 285-288.
Braverman, H. (1987) [1974], *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*, México, Nuestro Tiempo.
Bray, F. (1986), *The Rice Economies: Technology and Development in Asian Societies*, Oxford, Basil Blackwell.
Bridge, G. y A. Smith (2003), "Intimate encounters: culture - economy - commodity", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 21, Nº 3, pp. 257-268.
Brody, A. (1970), *Proportions, Prices and Planning: a Mathematical Restatement of the Labor Theory of Value*, Budapest, Akadémiei Kiadó.
Bryan, D. (1990), "'Natural' and 'Improved' Land in Marx's Theory of Rent", *Land Economics*, vol. 66, Nº 2, pp. 176-181.
Buch, L. v. (1896), *Intensität der Arbeit, Wert und Preis der Waren*, Liepzig, Duncker & Humblot.
Bujarin, N. I. (1914), "Eine Ökonomie ohne Wert", *Die neue Zeit: Wochenschrift der deutschen Sozialdemokratie*, vol. 32, Nº 1, pp. 806-816.
Burnham, P. (1994), "Open Marxims and vulgar international political economy", *Review of International Political Economy*, vol. 1, Nº 2, pp. 221-231.
Burns, T. e I. Fraser (2000), "Introduction: An historical survey of the Hegel-Marx connection", en Burns, T. e I. Fraser, *The Hegel-Marx Connection*, Londres/Nueva York, Macmillam Press/St. Martin's Press, pp. 1-33.
Caffentzis, G. (2005), "Immeasurable Value?: An Essay on Marx's Legacy", *The Commoner*, Nº 10, pp. 87-114.

Caligaris, G. (2012), "Clases sociales, lucha de clases y Estado en el desarrollo de la crítica de la economía política", en Caligaris, G. y A. Fitzsimons, *Relaciones económicas y políticas. Aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, pp. 72-91.

—— (2014), "Dos debates en torno a la renta de la tierra y sus implicancias para el análisis de la acumulación de capital en la Argentina", *Razón y Revolución*, Nº 27, pp. 63-83.

—— (2015), "Economía y política en el debate marxista clásico sobre el 'derrumbe' del capitalismo. Una crítica a partir del reconocimiento del capital como el sujeto de la sociedad capitalista", *Coloquio internacional. Sujeto capital-sujeto revolucionario. Epistemología y análisis crítico del sistema capitalista y sus contradicciones*, México, UAM-Xochimilco.

—— (2016a), "La historia de la controversia marxista sobre la determinación del trabajo complejo en la producción de valor", *Crítica Marxista*, Nº 43, pp. 45-65.

—— (2016b), "The Global Accumulation of Capital and Ground-Rent in 'Resource Rich' Countries", en Charnock, G. y G. Starosta, *The New International Division of Labour. Global Transformations and Uneven National Development*, Londres, Palgrave Macmillan, pp. 55-77.

—— (2017), "Los países productores de materias primas en la unidad mundial de la acumulación de capital: un enfoque alternativo", *Cuadernos de Economía Crítica*, Nº 6, pp. 15-43.

—— y N. Pérez Trento (2017), "Capital y renta diferencial de tipo II: una revisión crítica de la historia de las interpretaciones marxistas", *Economía: Teoría y Práctica*, Nº 47, en prensa.

—— y G. Starosta (2014), "Which 'Rational Kernel'? Which 'Mystical Shell'? A Contribution to the Debate on the Connection between Hegel's Logic and Marx's Capital", en Moseley, F. y T. Smith, *Marx's Capital and Hegel's Logic. A Reexamination*, Leiden, Brill, pp. 89-112.

—— (2015), "La crítica marxiana de la dialéctica hegeliana. De la reproducción ideal de un proceso ideal a la reproducción ideal de un proceso real", *Praxis Filosófica*, Nº 41, pp. 81-112.

—— (2016), "Trabajo complejo y producción de valor en la crítica de la economía política", *Revista de Economía Crítica*, Nº 22, pp. 14-29.

—— (2017), "Determinación actual e historia en la génesis del dinero. Una aproximación metodológica a la controversia sobre el carácter

mercantil de la forma dineraria", en Escorcia Romo, R. y M. L. Robles Báez, *Dinero y capital. Hacia una reconstrucción de la teoría del dinero de Marx*, México, Ítaca/UAM, pp. 123-157.
Camfield, D. (2007), "The Multitude and the Kangaroo: A Critique of Hardt and Negri's Theory of Immaterial Labour", *Historical Materialism*, vol. 15, Nº 2.
Campbell, M. (1997), "Marx's Theory of Money: A Defense", en Moseley, F. y M. Campbell, *New Investigations of Marx's Method*, Nueva Jersey, Humanities Press, pp. 89-120.
—— (2002), "Rent and Landed Property", en Campbell, M. y G. Reuten, *The Culmination of Capital. Essays on Volume III of Marx's Capital*, Houndmills, Basingstoke, Palgrave, pp. 228-245.
—— (2004), "The Objectivity of Value versus the Idea of Habitual Action", en Bellofiore, R. y N. Taylor, *The Constitution of Capital. Essays on Volume I of Marx's Capital*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 63-87.
—— (2013), "The Transformation of Money into Capital", en Bellofiore, R., G. Starosta y P. D. Thomas, *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*, Leiden, Brill, pp. 149-175.
—— y G. Reuten (2002), *The Culmination of Capital: Essays on Volume III of Marx's Capital*, Basingstoke, Palgrave.
Campling, L. y E. Havice (2014), "The problem of property in industrial fisheries", *The Journal of Peasant Studies*, vol. 41, Nº 5, pp. 707-727.
Carcanholo, R. (2000), "Sobre o conceito de mais valia extra em Marx", V Encontro Nacional de Economia Política, Fortaleza.
Carchedi, G. (1991), *Frontiers of Political Economy*, Londres, Verso.
—— (2005), "On the Production of Knowledge", *Research in Political Economy*, vol. 22, pp. 267-304.
Carlson, G. (2007), *A commentary to Hegel's Science of logic*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
Castree, N. (1995), "On Theory's Subject and Subject's Theory: Harvey, Capital and the Limits to Classical Marxism", *Environment and Planning A*, vol. 27, Nº 2, pp. 269-297.
—— (1999), "Envisioning Capitalism: Geography and the Renewal of Marxian Political Economy", *Transactions of the Institute of British Geographers*, vol. 24, Nº 2, pp. 137-158.
—— (2001), "Commodity Fetishism, Geographical Imaginations and Imaginative Geographies", *Environment and Planning A*, vol. 33, Nº 9, pp. 1519-1525.

—— (2002), "False Antitheses? Marxism, Nature and Actor-Networs", *Antipode*, vol. 34, Nº 1, pp. 111-146.
Catephores, G. (1981), "On heterogeneous labour and the labour theory of value", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 5, Nº 3, pp. 273-280.
Cayatte, J.-L. (1984), "Travail simple et travail complexe chez Marx", *Revue économique*, vol. 35, Nº 2, pp. 221-246.
Ceceña, A. E. y A. A. Peña (1995), "En torno al estatuto de la fuerza de trabajo en la reproducción hegemónica del capital", en Ceceña, A. E. y A. Barreda Marín, *Producción estratégica y hegemonía mundial*, México, Siglo XXI, pp. 360-399.
Cepal (1959), *El desarrollo económico de la Argentina*, México, Naciones Unidas.
Charnock, G., T. F. Purcell y R. Ribera-Fumaz (2016), "The New International Division of Labour and the Differentiated Integration of Europe: The Case of Spain", en Charnock, G. y G. Starosta, *The New International Division of Labour: Global Transformation and Uneven Development*, Londres, Palgrave Macmillan, pp. 157-180.
Chattopadhyay, P. (1992), "The Economic Content of Socialism Marx vs. Lenin", *Review of Radical Political Economics*, vol. 24, Nº 3-4, pp. 90-110.
—— (2015) [2010], "El mito del socialismo del siglo XX y la permanente relevancia de Marx", en Musto, M., *De regreso a Marx. Nuevas lecturas y vigencia en el mundo actual*, Buenos Aires, Octubre, pp. 69-103.
Cho, S. K. (1985), "The Labor Process and Capital Mobility: The Limits of the New International Division of Labor", *Politics and Society*, vol. 14, Nº 1, pp. 185-222.
CIDA (1965), *Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola. Argentina*, Washington, Unión Panamericana.
Clarke, S. (1988), *Keynesianism, Monetarism and the State*, Aldershot, Edward Elgar.
—— (1991a), *Marx, Marginalism and Modern Sociology. From Adam Smith to Max Weber*, Basingstoke, Macmillan.
—— (1991b), *The State Debate*, Londres, Macmillan.
—— (1999), "Capitalist Competition and the Tendency to Overproduction: Comments on Brenner's 'Uneven Development and the Long Downturn'", *Historical Materialism*, vol. 4, Nº 1, pp. 57-72.
—— (2001), "Class Struggle and Global Overaccumulation", en Albritton,

R. *et al.*, *Phases of Capitalist Development: Booms, Crises and Globalization*, Londres, Macmillan, pp. 76-92.

—— y N. Ginsburg (1976), "The Political Economy of Housing", *Kapitalistate*, Nos 4-5, pp. 66-99.

Cleaver, H. (1985) [1979], *Una lectura política de "El capital"*, México, Fondo de Cultura Económica.

—— (1992), "The Inversion of Class Perspective in Marxian Theory: From Valorization to Self-Valorization", en Bonefeld, W., R. Gunn y K. Psychopedis, *Open Marxism. Volume 2: Theory and Practice*, Londres, Pluto Press, pp. 106-144.

Coe, N. M., P. Dicken y M. Hess (2008), "Global Production Networks: Realizing the Potential", *Journal of Economic Geography*, vol. 8, Nº 3, pp. 271-295.

Cohen, R. (1987), "The 'New' International Division of Labour: A Conceptual, Historical and Empirical Critique", *Migration*, vol. 1, Nº 1, pp. 22-40.

Colletti, L. (1977) [1969], *La dialéctica de la materia en Hegel y el materialismo dialéctico*, México, Grijalbo.

Cook, I. y P. Crang (1996), "The World on a Plate: Culinary Culture, Displacement and Geographical Knowledges", *Journal of Material Culture*, vol. 1, Nº 2, pp. 131-153.

Coriat, B. (1993) [1990], *El taller y el robot. Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era de la electrónica*, México, Siglo XXI.

Corsani, A. *et al.* (2001), "Le capitalisme cognitif comme sortie de la crise du capitalisme industriel: Un programme de recherche", *Forum de la Régulation*, París, Association Recherche & Régulation.

Cumbers, A., C. Nativel y P. Routledge (2008), "Labour Agency and Union Positionalities in Global Production Networks", *Journal of Economic Geography*, vol. 8, Nº 3, pp. 369-387.

Dachevsky, F. y J. Kornblihtt (2016), "Reproduction and crisis of capitalism in Venezuela during Chavism", *Latin American Perspectives*.

De Angelis, M. (1995), "Beyond the Technological and the Social Paradigms: A Political Reading of Abstract Labour as the Substance of Value", *Capital & Class*, vol. 19, Nº 3, pp. 107-134.

—— (1996), "Social Relations, Commodity-Fetishism and Marx's Critique of Political", *Review of Radical Political Economics*, vol. 28, Nº 1, pp. 1-29.

De Brunhoff, S. (2005), "Marx's Contribution to the Search for a Theory of Money", en Moseley, F., *Marx's Theory of Money. Modern Appraisals*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 209-221.

Deutsch, H. (1904), *Qualifizierte Arbeit und Kapitalismus: Werttheorie und Entwicklungstendenzen*, Wien, Stern.
Devine, J. (1989), "What is 'simple labour'? A re-examination of the value-creating capacity of skilled labour", *Capital & Class*, Nº 13, pp. 113-131.
Deyo, F. C. (1989), *Beneath the Miracle: Labor Subordination in the New Asian Industrialisation*, Berkeley, University of California Press.
Dicken, P. (2003), *Global Shift. Reshaping the Global Economic Map in the 21st Century*, Londres, Sage Publications.
Diehl, K. (1899), "Die Grundrententheorie im okonomischen System von Karl Marx", *Jahrbiicher fur Nationalokonomie und Statistik, Bd. XVII, Dritte Folge*, pp. 433-480.
Dieuaide, P., B. Paulré y C. Vercellone (2006) [2003], "Introducción al capitalismo cognoscitivo", *Economía Informa*, Nº 338, pp. 15-22.
Dietzel, H. (1895), *Theoretische Sozialökonomik*. Liepzig, Winter'sche Verlagshandlung.
Dinerstein, A. (2002), "Regaining Materiality: Unemployment and the Invisible Subjectivity", en Dinerstein, A. y M. Neary, *The Labour Debate: An Investigation into the Theory and Reality of Capitalist Work*, Aldershot, Ashgate, pp. 203-225.
Dobb, M. (1986) [1927], *Salarios*, México, Fondo de Cultura Económica.
Dodd, N. (2005), "Reinventing monies in Europe", *Economy and Society*, vol. 34, Nº 4, pp. 558-583.
Dohse, K., U. Jürgens y T. Malsch (1985), "From 'Fordism' to 'Toyotism'? The Social Organization of the Labor Process in the Japanese Automobile Industry", *Politics & Society*, vol. 14, Nº 2, pp. 115-146.
Drach, M. (1999) [1982], "Investissement", en Bensussan, G. y G. Labica, *Dictionnaire critique du marxisme*, París, Quadrige/PUF, pp. 619-621.
Dühring, E. K. (1875), *Kritische Geschichte der Nationalökonomie und des Sozialismus*, Leipzig, Verlag von Theobald Grieben.
Dunayevskaya, R. (1989) [1973], *Filosofía y revolución: de Hegel a Sartre y de Marx a Mao*, México, Siglo XXI.
—— (2012), *Una trilogía de Revolución*, México, Prometeo Liberado, "Marxismo y libertad: desde 1776 hasta nuestros días" [1958], pp. 23-402.
Dussel Peters, E. (2008), "GCCs and Development: A Conceptual and Empirical Review", *Competition & Change*, vol. 12, Nº 1, pp. 11-27.
Economakis, G. (2010), "Differential rent, market values and 'false' social value: some implications", *Critique*, vol. 38, Nº 2, pp. 253-266.

Ekeland, A. (2007), "Marx's Four Solutions to the Problem of Heterogeneous Labour", *The 9th Annual Conference of the Association for Heterodox Economics*, Bristol.

Elbe, I. (2008), *Marx im Westen. Die neue Marx-Lektüre in der Bundesrepublik seit 1965*, Berlín, Akademie Verlag.

Elger, T. (1990), "Technical Innovation and Work Reorganisation in British Manufacturing in the 1980s: Continuity, Intensifi cation or Transformation?", *Work, Employment & Society*, vol. 4, Nº 5, pp. 67-101.

Ellis, H. S. (1934), *German Monetary Theory, 1905-1933*, Cambridge, Harvard University Press.

Elson, D. (1979), "The Value Theory of Labour", en Elson, D., *The Representation of Labour in Capitalism*, Londres, CSE Books, pp. 115-180.

Emmanuel, A. (1972) [1969], *El intercambio desigual. Ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales*, México, Siglo XXI.

Engels, F. (1977) [1878], *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring. "Anti-Dühring"*, Barcelona, Crítica/Grijalbo.

—— (1979) [1883], *Dialéctica de la naturaleza.* Barcelona, Crítica/Grijalbo.

—— (1992) [1884], *El origen de la famila, la propiedad privada y el Estado*, Buenos Aires, Planeta.

—— (1997a) [1895], "Apéndice y notas complementarias al tomo III de *El capital*", en Marx, K., *El capital. Crítica de la economía política*, t. III, vol. 8, México, Siglo XXI, pp. 1125-1157.

—— (1997b) [1859], "La 'Contribución a la crítica de la economía política' de Karl Marx", en Marx, K., *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, pp. 333-343.

—— (1998) [1894], *El capital. Crítica de la economía política*, t. III, vol. 6, México, Siglo XXI, "Prólogo", pp. 3-26.

Ernest, D. (2005), "Complexity and Internationalisation of Innovation: Why is Chip Design Moving to Asia?", *International Journal of Innovation Management*, vol. 9, Nº 1, pp. 47-73.

Escorcia Romo, R. (2013), "Fundamentación lógica del dinero y del proceso de financiamiento desde el concepto capital", tesis doctoral, México, Universidad Autónoma Metropolitana.

Euchner, W. y A. Schmidt (1968), *Kritik der politischen Ökonomie heute: 100 Jahre "Kapital"*, Frankfurt, Europäische Verlagsanstalt.

Fagan, R. H. y M. J. Webber (1999), *Global Restructuring: The Australian Experience*, Oxford, Oxford University Press.

Farina, J. (2006), "El concepto de Renta: un análisis de su versión clásica y marxista", VIII Reunión de Economía Mundial, Alicante, Sociedad de Economía Mundial, pp. 1-30.
Fernández, D. (2010), "Reflexiones sobre el crecimiento agrícola pampeano a la luz del concepto de la renta diferencial de segundo tipo", *Documentos del CIEA*, Nº 6, pp. 5-29.
Ferrer, A. (1996) [1963], *La economía argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
Feuerbach, L. (1974) [1939], "Aportes para la crítica de Hegel", en Feuerbach, L., *Aportes para la crítica de Hegel*, Buenos Aires, La Pléyade, pp. 15-64.
—— (1999a) [1843], "Principios de la filosofía del futuro", en Feuerbach, L., *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía / Principios de la filosfía del futuro*, Barcelona, Folio, pp. 45-125.
—— (1999b) [1842], "Tesis provisionales para la reforma de la filosofía", en Feuerbach, L., *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía / Principios de la filosfía del futuro*, Barcelona, Folio, pp. 19-43.
Fine, B. (1979), "On Marx's theory of agricultural rent", *Economy and Society*, vol. 8, Nº 3, pp. 241-278.
—— (1986), *The Value Dimension: Marx versus Ricardo and Sraffa*, Londres, Routledge.
—— (1991) [1983], "Landed property and rent", en Bottomore, T., *A Dictionary of Marxist Thought*, Oxford, Blackwell Publishers, pp. 302-303.
—— (1998), *Labour Market Theory: A Constructive Reassessment*, Londres, Routledge.
—— (2002), *The World of Consumption: The Material and Cultural Revisited*, Londres, Routledge.
—— y C. Lapavitsas (2000), "Markets and money in social theory: what role for economics?", *Economy and Society*, vol. 29, Nº 3, pp. 357-382.
—— y E. Leopold (1993), *The World of Consumption*, Londres, Routledge.
—— y A. Saad-Filho (2013) [2004], *El capital de Marx*, México, Fondo de Cultura Económica.
Fineschi, R. (2009a), "'Capital in General' and 'Competition' in the Making of Capital: The German Debate", *Science & Society*, vol. 73, Nº 1, pp. 54-76.
—— (2009b), "Dialectic of the Commodity and Its Exposition: the German debate in the 1970s - a personal survey", en Bellofiore, R. y R. Fi-

neschi, *Re-reading Marx: new perspectives after the critical edition*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 50-70.
—— (2014), "On Hegel's Methodological Legacy in Marx", en Moseley, F. y T. Smith, *Marx's Capital and Hegel's Logic. A Reexamination*, Leiden, Brill, pp. 140-163.
Fitzsimons, A. (2014), "Estado y acumulación de capital en Argentina: la expansión de las empresas extranjeras entre 1958 y 1963 en Argentina", tesis doctoral, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
—— (2016), "Proceso de trabajo e internacionalización del capital: determinantes globales del 'atraso' tecnológico de la industria automotriz argentina en las décadas de 1950 y 1960", *Trabajo y Sociedad. Sociología del Trabajo, Estudios Culturales, Narrativas Sociológicas y Literarias*, vol. 26, pp. 225-240.
—— y S. Guevara (2016), "Transnational Corporations and the 'Restructuring' of the Argentine Automotive Industry: Change or Continuity?", en Charnock, G. y G. Starosta, *The New International Division of Labour. Global Transformation and Uneven Development*, Londres, Palgrave Macmillan, pp. 183-213.
Flichman, G. (1977), *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Flint, R. (1906) [1894], *Socialism*, Londres, Isaac Pitman and Sons.
Foley, D. (2005), "Marx's Theory of Money in Historical Perspective", en Moseley, F., *Marx's Theory of Money. Modern Appraisals*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 36-49.
Fornäs, J. (2013), *Capitalism: A Companion to Marx's Economy Critique*, Nueva York, Routledge.
Fourquet, F. (2007), "Critique de la raison cognitive", en Moulier-Boutang, Y., *Le capitalisme cognitif: La nouvelle grande transformation*, París, Éditions Amsterdam, pp. 265-276.
Friedenthal, T. (2012), "El dinero: naturaleza, génesis y funciones. Un estudio de los fundamentos para su conocimiento presentes en *El capital* de Marx", tesis doctoral, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires.
—— y G. Starosta (2016), "The New International Division of Labour in 'High-Tech Production': The Genesis of Ireland's Boom in the 1990s", en Charnock, G. y G. Starosta, *The New International Division of Labour: Global Transformation and Uneven Development*, Londres, Palgrave Macmillan, pp. 127-156.

Fröbel, F. (1982), "The Current Development of the World-Economy: Reproduction of Labor and Accumulation of Capital on a World Scale", *Review (Fernand Braudel Center)*, vol. 5, Nº 4, pp. 507-555.

——, J. Heinrichs y O. Kreye (1980) [1977], *La nueva división internacional del trabajo. Paro estructural en los apíses industrializados e industrialización de los países en desarrollo*, Madrid, Siglo XXI.

Fuchs, C. (2009), "A Contribution to the Critique of the Political Economy of Transnational Informational Capitalism", *Rethinking Marxism*, vol. 21, Nº 3, pp. 387-402.

Gehrke, C. (2012), "Marx's critique of Ricardo's theory of rent: a re-assessment", en Salvadori, N. *et al.* (eds.), *Classical political economy and modern theory: Essays in honour of Heinz Kurz*, Londres, Routledge, pp. 51-85.

Gereffi, G. (1994), "The Organization of Buyer-Driven Commodity Chains", en Gereffi, G. y M. Korzeniewicz, *Commodity Chains and Global Capitalism*, Wesport, Praeger Publishers, pp. 95-122.

—— (1999), "International Trade and Industrial Upgrading in the Apparel Commodity Chain", *Journal of International Economics*, vol. 48, pp. 37-70.

—— (2001), "Shifting Governance Structures in Global Commodity Chains, With Special Reference to the Internet", *American Behavioral Scientist*, vol. 44, Nº 10, pp. 1616-1637.

—— y O. Memedovic (2003), *The Global Apparel Value Chain: What Prospects for Upgrading by Developing Countries*, Viena, United Nations Industrial Development Organization.

——, J. Humphrey y T. Sturgeon (2005), "The Governance of Global Value Chains", *Review of International Political Economy*, vol. 12, Nº 1, pp. 78-104.

Gereffi, G., M. Korzeniewicz y R. P. Korzeniewicz (1994), "Introduction: Global Commodity Chains", en Gereffi, G. y M. Korzeniewicz (eds.), *Commodity Chains and Global Capitalism*, Westport, Praeger Publishers, pp. 1-14.

Germer, C. M. (1997), "Credit Money and the functions of Money in Capitalism", *International Journal of Political Economy*, vol. 27, Nº 1, pp. 43-72.

Gibbon, P. (2008), "Governance, Entry Barriers, Upgrading: A Re-Interpretation of Some GVC Concepts from the Experience of African Clothing Exports", *Competition & Change*, vol. 12, Nº 1, pp. 29-48.

——, J. Bair y S. Ponte (2008), "Governing Global Value Chains: An Introduction", *Economy and Society*, vol. 37, Nº 3, pp. 315-338.
—— y S. Ponte (2005), *Trading Down: Africa, Value Chains, and the Global Economy*, Philadelphia, Temple University Press.
Giberti, H. (1962), "El desarrollo agropecuario", *Desarrollo Económico*, vol. 2, Nº 1, pp. 65-126.
Gough, J. (2003), *Work, Locality and the Rhythms of Capital. The Labour Process Reconsidered*, Londres, Continuum.
—— (2004), "The Relevance of the Limits to Capital to Contemporary Spatial Economics: For an Anti-Capitalist Geography", *Antipode*, vol. 36, Nº 3, pp. 512-526.
Grabski, S. (1895), "Böhm-Bawerk als Kritik der Karl Marxens", *Deutsche Worte*, vol. XV, pp. 149-169.
Gramsci, A. (2004) [1910-1937], *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Grierson, P. (1978), "The origins of money", *Research in Economic Anthropology*, vol. 1, pp. 1-35.
Grinberg, N. (2008), "From the 'Miracle' to the 'Lost Decade': intersectoral transfers and external credit in the Brazilian economy", *Brazilian Journal of Political Economy*, vol. 28, Nº 2, pp. 291-311.
—— (2011), "Transformations in the Korean and Brazilian Processes of Capitalist Development between the mid-1950s and the mid-2000s: The Political Economy of Late Industrialisation", tesis doctoral, Londres, The London School of Economics and Political Science.
—— (2013), "Capital accumulation and ground-rent in Brazil: 1953-2008", *International Review of Applied Economics*, vol. 27, Nº 4, pp. 449-471.
—— (2014), "From the Miracle to Crisis and Back: The Political Economy of Korean Long-term Development", *Journal of Contemporary Asia*, vol. 44, Nº 4, pp. 711-734.
—— (2016a), "From Populist Developmentalism to Liberal Neodevelopmentalism: The Specificity and Historical Development of Brazilian Capital Accumulation", *Critical Historical Studies*, vol. 3, Nº 1, pp. 65-104.
—— (2016b), "Patterns of 'State-Led Development' in Brazil and South Korea: The Steel Manufacturing Industries", en Charnock, G. y G. Starosta, *The New International Division of Labour. Global Transformation and Uneven Development*, Londres, Palgrave Macmillan, pp. 215-244.
—— y G. Starosta (2009), "The Limits of Studies in Comparative Development of East Asia and Latin America: the case of land reform and agrarian policies", *Third World Quarterly*, vol. 30, Nº 4, pp. 761-777.

—— (2015), "From global capital accumulation to varieties of centre-leftism in South America", en Spronk, S. y J. R. Webber, *Crisis and Contradiction: Marxist Perspectives on Latin American in the Global Economy*, Leiden, Brill, pp. 236-272.

Grossmann, H. (1979) [1929], *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI.

Gunn, R. (2005) [1992], "En contra del materialismo histórico: el marxismo como un discurso de primer orden", en Bonnet, A., J. Holloway y S. Tischler, *Marxismo abierto: una visión europea y latinoamericana*, Buenos Aires, Herramienta/Universidad Autónoma de Puebla, vol. I, pp. 99-146.

Gutelman, M. (1978), *Estructuras y reformas agrarias*, Barcelona, Fontamara.

Hale, A. y J. Wills (2005), *Threads of Labour: Garment Industry Supply Chains from the Workers' Perspective*, Oxford, Blackwell.

Halia, A. (1990), "The theory of land rent at the crossroads", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 8, pp. 275-296.

Hardt, M. y A. Negri (2002) [2000], *Imperio*, Barcelona, Paidós.

—— (2004), *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Barcelona, Debate.

Hart-Landsberg, M. y P. Burkett (1998), "Contradictions of Capitalist Industrialization in East Asia: A Critique of 'Flying Geese' Theories of Development", *Economic Geography*, vol. 74, Nº 2, pp. 87-110.

Hartwick, E. (1998), "Geographies of Consumption: a commodity chain approach", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 16, Nº 4, pp. 423-437.

Harvey, D. (1977) [1973], *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, Siglo XXI.

—— (1982), "Land Rent and the Transition to the Capitalist Mode of Production", *Antipode*, vol. 14, Nº 3, pp. 17-25.

—— (1990) [1982], *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, México, Fondo de Cultura Económica.

—— (1996), *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Oxford, Blackwell.

—— (2014) [2010], *Guía de El capital de Marx*, Libro Primero, Madrid, Akal.

Harvey, P. (1985), "The Value-Creating Capacity of Skilled Labor in Marxian Economics", *Review of Radical Political Economics*, vol. 17, Nº 1-2, pp. 83-102.

Hegel, G. W. (1993a) [1812-1816], *Ciencia de la lógica. Primera parte*, Buenos Aires, Ediciones Solar.
—— (1993b) [1812-1816], *Ciencia de la lógica. Segunda parte*, Buenos Aires, Ediciones Solar.
—— (2000) [1817], *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio*, Madrid, Alianza.
—— (2005) [1833], *Lecciones sobre la Historia de la Filosofía III*, México, Fondo de Cultura Económica.
Heinrich, M. (2008) [2004], *Crítica de la economía política: una introducción a El Capital de Marx*, Madrid, Escolar y Mayo Editores.
—— (2011) [2009], *¿Cómo leer El Capital de Marx? Indicaciones de lectura y comentario del comienzo de El Capital*, Madrid, Escolar y Mayo Editores.
Henderson, J. (1989), *Globalisation of High Technology Production: Society, Space, and Semiconductors in the Restructuring of the Modern World*, Londres, Routledge.
—— *et al.* (2002), "Global production networks and the analysis of economic development", *Review of International Political Economy*, vol. 9, Nº 3, pp. 436-464.
Henninger, M. (2007), "Doing the Math: Reflections on the Alleged Obsolescence of the Law of Value under Post-Fordism", *Ephemera*, vol. 7, Nº 1, pp. 158-177.
Henrich, D. (1990) [1971], *Hegel en su contexto*, Caracas, Monte Ávila Editores.
Hess, M. (2008), "Governance, Value Chains and Networks: An Afterword", *Economy and Society*, vol. 37, Nº 3, pp. 452-459.
Hilferding, R. (1975) [1904], "La crítica de Böhm-Bawerk a Marx", en Böhm-Bawerk, E. v. y R. Hilferding, *Valor y precio de producción*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, pp. 135-216.
Himmelweit, S. (1984), "Value Relations and Divisions within the Working Class", *Science & Society*, vol. 48, Nº 3, pp. 323-343.
—— y S. Mohun (1977), "Domestic labour and capital", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 1, Nº 1, pp. 15-31.
Hirsch, J. (1979) [1973], "Elementos para una teoría materialista del Estado", *Críticas de la Economía Política*, edición latinoamericana, Nº 12-13, pp. 3-75.
Hirschhorn, L. y J. Mokray (1992), "Automation and Competency Requirements in Manufacturing: A Case Study", en Adler, P. S., *Technology and the Future of Work*, Oxford, Oxford University Press, pp. 15-45.

Hollander, S. (1984), "Marx and Malthusianism: Marx's Secular Path of Wages", *The American Economic Review*, vol. 74, Nº 1, pp. 139-151.
Holloway, J. y S. Picciotto (1978), *State and Capital. A Marxist Debate*, Londres, Edward Arnold Publishers.
Hopkins, T. K. (1977), "Notes on Class Analysis and the World-System", *Review (Fernand Braudel Center)*, vol. 1, Nº 1, pp. 67-72.
—— e I. Wallerstein (1994), "Commodity Chains: Construct and Research", en Gereffi, G. y M. Korzeniewicz, *Commodity Chains and Global Capitalism*, Westport, Praeger Publishers, pp. 17-20.
Houlgate, S. (2005), *The opening of Hegel's logic: from being to infinity*, West Lafayette, Purdue University Press.
Howe, G. N. (1981), "Dependency Theory, Imperialism, and the Production of Surplus Value On a World Scale", *Latin American Perspectives*, vol. 8, Nº 3-4, pp. 82-102.
Hudson, R. (2001), "Regional Development, Flows of Value and Governance Processes in an Enlarged Europe", *Annual Meeting of the Association of American Geographers.*
—— (2006), "On What's Right and Keeping Left: Or Why Geography Still Needs Marxian Political Economy", *Antipode*, vol. 38, Nº 2, pp. 374-395.
—— (2008), "Cultural Political Economy Meets Global Production Networks: A Productive Meeting?", *Journal of Economic Geography*, vol. 8, Nº 3, pp. 421-440.
Hughes, A. (2000), "Retailers, Knowkedges and Changing Commodity Networks: the case of the cut flower trade", *Geoforum*, vol. 31, Nº 2, pp. 175-190.
—— (2006), "Geographies of Exchange and Circulation: Transnational Trade and Governance", *Progress in Human Geography*, vol. 30, Nº 5, pp. 635-643.
—— y S. Reimer (2004), *Geographies of Commodity Chains*, Londres, Routledge.
Husson, M. (2003), "¿Hemos entrado en el 'capitalismo cognitivo'?", *Panorama Internacional*, s/d.
—— (2005), "¿Por qué una teoría del valor?", V Coloquio Latinoamericano de Economistas Políticos, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
Huws, U. (2006), *The Transformation of Work in a Global Knowledge Economy: Toward a Conceptual Framework*, Leuven, Katholieke Universiteit.

—— (2014), *Labor in the Global Digital Economy: The Cybertariat Comes of Age*, Nueva York, Monthly Review Press.
Ingham, G. (2001), "Fundamentals of a theory of money: untangling Fine, Lapavitsas and Zelizer", *Economy and Society*, vol. 30, Nº 3, pp. 304-323.
—— (2006), "Further reflections on the ontology of money: responses to Lapavitsas and Dodd", *Economy and Society*, vol. 35, Nº 2, pp. 259-278.
Iñigo Carrera, J. (1992), *El conocimiento dialéctico. La regulación de la acción en su forma de reproducción de la propia necesidad por el pensamiento*, Buenos Aires, CICP.
—— (1995), *De la simple mercancía a la mercancía-capital. La transformación de los valores en precios de producción*, Buenos Aires, CICP.
—— (1996), *A Model to Measure the Profitability of Specific Industrial Capitals by Computing their Turnover Circuits*, Buenos Aires, CICP.
—— (1999a), *La acumulación de capital en la Argentina*, Buenos Aires, CICP.
—— (1999b), "La apropiación de la renta de la tierra pampeana y su efecto sobre la acumulación del capital agrario", Primeras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, pp. 1-14.
—— (2002), "Estancamiento, crisis y deuda externa: evidencias de la especificidad de la acumulación de capital en la Argentina", *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, 12, Nº 23, pp. 3-38.
—— (2006), "Argentina: The reproduction of capital accumulation through political crisis", *Historical Materialism*, vol. 14, Nº 1, pp. 185-219.
—— (2007a), *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El capital. Volumen I: La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada*, Buenos Aires, Imago Mundi.
—— (2007b), *La formación económica de la sociedad argentina. Volumen I, Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa. 1882-2004*, Buenos Aires, Imago Mundi.
—— (2009), *Renta agraria, ganancia del capital y tipo de cambio: respuesta a Rolando Astarita*, Instituto del Pensamiento Socialista. Consultado en junio de 2017: <http://www.ips.org.ar/wp-content/uploads/2011/04/Juan_Inigo_Carrera_Respuesta_a_Astarita_sobre_renta.pdf>.

—— (2012), "El capital: determinación económica y subjetividad política", *Crítica Jurídica. Revista Latinoamericana de Política, Filosofía y Derecho*, Nº 34, pp. 51-69.
—— (2013a) [2003], *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Buenos Aires, Imago Mundi.
—— (2013b), "The method, from the Grundrisse to Capital", en Starosta, G. y P. D. Thomas (eds.), *In Marx's Laboratory: Critical Interpretations of the "Grundrisse"*, Leiden, Brill, pp. 43-70.
—— (2014), "Dialectics on Its Feet, or the Form of the Consciousness of the Working Class as Historical Subject", en Moseley, F. y T. Smith, *Marx's Capital and Hegel's Logic*, Leiden, Brill, pp. 64-88.
—— (2017), La renta de la tierra. Formas, fuentes y apropiación, Buenos Aires, Imago Mundi.
Itoh, M. (1987), "Skilled Labour in Value Theory", *Capital & Class*, vol. 11, Nº 1, pp. 39-58.
Jacobson, D., A. Wickham y J. Wickham (1979), "Review of 'Die Neue Internationale Arbeitsteilung'", *Capital & Class*, vol. 3, Nº 1, pp. 125-130.
Jäger, J. (2003), "Urban Land Rent Theory: A Regulationist perspective", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 27, Nº 2, pp. 233-249.
Jenkins, R. (1984), "Divisions over the International Division of Labour", *Capital & Class*, vol. 8, Nº 1, pp. 28-57.
Jorland, G. (1995), *Les Paradoxes du Capital*, París, Odile Jacob.
Kabat, M. (1999), "La renta diferencial y el desarrollo del sector chacarero", *Razón y Revolución*, Nº 5, pp. 1-11.
Kamppeter, W. (1983), "La renta del suelo", en Lefevre, H. *et al.*, *La renta de la tierra. 5 Ensayos*, México, Tlaiualli, pp. 113-128.
Kaplinsky, R. (2000), "Globalisation and Unequalisation: What Can Be Learned from Value Chain Analysis?", *The Journal of Development Studies*, vol. 37, Nº 2, pp. 117-146.
Kasahara, S. (2004), "The Flying Geese Paradigm: A Critical Study of its Application to East Asian Regional Development", *Discussion Papers* Nº 169, *United Nations Conference on Trade and Development*, São Paulo, UNCTAD.
Kautsky, K. (1966) [1899], *La doctrina socialista. Réplica al libro de Eduardo Bernstein, Socialismo teórico y socialismo práctico*, Buenos Aires, Claridad.
—— (1978) [1909], *La revolución social / El camino del poder*, México, Pasado y Presente, "El camino del poder", pp. 151-265.

—— (2002) [1899], *La cuestión agraria*, México, Siglo XXI.
Kay, G. (1976), "A note on abstract labour", *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, vol. 1, Nº 13, pp. 82-86.
—— y J. Mott (1982), *Political Order and the Law of Labour*, Basingstoke, Macmillan.
Kerr, D. (1999), "Beheading the King and Enthroning the Market: A Critique of Foucauldian Governmentality", *Science and Society*, vol. 63, Nº 2, pp. 173-202.
Kicillof, A. y G. Starosta (2007a), "On Materiality and Social Form: A Political Critique of Rubin's Value-Form Theory", *Historical Materialism*, vol. 15, Nº 3, pp. 9-43.
—— (2007b), "Value form and class struggle: A critique of the autonomist theory of value", *Capital & Class*, vol. 31, Nº 2, pp. 13-40.
—— (2011), "On Value and Abstract Labour: A Reply to Werner Bonefeld", *Capital & Class*, vol. 2, Nº 35, pp. 295-305.
Kiely, R. (1995), *The Sociology of Development: The Impasse and Beyond*, Londres, University College London Press.
Kincaid, J. (2009), "The New Dialectic", en Bidet, J. *et al.* (eds.), *Critical Companion to Contemporary Marxism*, Leiden, Brill, pp. 385-412.
Klimovsky, E. (1979), "Renta, tasa de ganancia y valor de cambio", *Cuadernos Agrarios*, Nº 7-8.
—— (1985), *Renta y ganancia en la economía política clásica*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
Kornblihtt, J. (2015), "Oil rent appropriation, capital accumulation and class struggle in Venezuela (1970-2010)", *World Review of Political Economy*, vol. 6, Nº 1, pp. 58-85.
Korsch, K. (1971) [1923], *Marxismo y filosofía*, México, Era.
—— (1978a) [1933], "Fundamentos de una teoría revolucionaria de las crisis", en Pannekoek, A., K. Korsch y P. Mattick, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, México, Pasado y Presente, pp. 107-123.
—— (1978b) [1933], "Algunos supuestos básicos para una discusión materialista de la teoría de las crisis", en Pannekoek, A., K. Korsch y P. Mattick, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, México, Pasado y Presente, pp. 124-131.
Krätke, M. (1997), "Einfache/komplizierte Arbeit", en Haug, W., *Historisch-kritisches Wörterbuch des Marxismus, Band 3*, Hamburg, Argument, pp. 94-118.
Krause, U. (1981), "Heterogeneous Labour and the Fundamental Mar-

xian Theorem", *The Review of Economic Studies*, vol. 48, Nº 1, pp. 173-178.

Kreye, O., J. Heinrichs y F. Fröbel (1987), "Export processing zones in developing countries: results of a new survey. Multinational Enterprises", *Working Paper* Nº 43, Ginebra, International Labour Organisation.

Laclau, E. (1969), "Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno", *Revista Latinoamericana de Sociología*, pp. 276-316.

Lafargue, P. (1884), "Le Capital de Karl Marx et la critique de M. Block", *Journal des Économistes*, vol. 28, pp. 278-287.

Lapavitsas, C. (2005), "The social relations of money as universal equivalent: a response to Ingham", *Economy and Society*, vol. 34, Nº 3, pp. 389-403.

Lapides, K. (1998), *Marx's wage theory in historical perspective*, Nueva York, Praeger Publishers.

Lapidus, I. y K. Ostrovitianov (1929), *An outline of political economy: political economy and soviet economics*, Londres, Martin Lawrence.

Lazzarato, M. (1996), "Inmaterial Labour", en Virno, P. y M. Hardt, *Radical Thought in Italy: A Potential Politics*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 133-155.

—— (2002), *Puissances de l'Invention: la Psychologie Economique de Gabriel Tarde Contre l'Economie Politique*, París, Seuil.

Lebowitz, M. A. (2005) [1992], *Más allá de* El capital*. La economía política de la clase obrera en Marx*, Madrid, Akal.

Lee, C. (1990), "On the Three Problems of Abstraction, Reduction and Transformation in Marx's Labour Theory of Value", tesis doctoral, Londres, University of London.

Lenin, V. I. (1976) [1902], *Obras completas*, t. V, Madrid, Akal, "¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento", pp. 351-536.

—— (1981) [1901], *Obras completas*, vol. 5, Moscú, Progreso, "El problema agrario y los 'críticos de Marx'", pp. 99-283.

—— (1983a) [1908], *Obras completas*, vol. 16, Moscú, Progreso, "El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907", pp. 221-440.

—— (1983b) [1909], *Obras completas*, vol. 18, Moscú, Progreso, "Materialismo y empiriocriticismo".

—— (1986) [1933], *Obras completas*, vol. 29, Moscú, Progreso, 1986, "Cuadernos filosóficos".

Leslie, D. y S. Reimer (1999), "Spatializing Commodity Chains", *Progress in Human Geography*, vol. 23, Nº 3, pp. 401-420.
Liebknecht, W. (1902), *Zur geschichte der werttheorie in England*, Jena, Gustav Fischer.
Liokadis, G. (1990), "International Division of Labor and Uneven Development: A Review of the Theory and Evidence", *Review of Radical Political Economics*, vol. 22, Nº 2-3, pp. 189-213.
Loria, A. (1895), "L'Opera posthuma di Carlo Marx", *Nuova Antologia*, pp. 460-496.
Lukács, G. (2002) [1923], *Historia y conciencia de clase*, Madrid, Editora Nacional.
Lüthje, B. (2002), "Electronics Contract Manufacturing: Global Production and the International Division of Labor in the Age of the Internet", *Industry and Innovation*, vol. 9, Nº 3, pp. 227-247.
Luxemburgo, R. (1968) [1913], *La acumulación de capital*, Buenos Aires, s/e.
—— (1972) [1909-1917], *Introducción a la economía política*, Córdoba, Pasado y Presente.
—— (2010) [1899], *¿Reforma o revolución?* Buenos Aires, Ediciones Luxemburg.
Mandel, E. (1972) [1962], *Tratado de economía marxista*, t. I, México, Era.
—— (1989) [1972], *El capitalismo tardío*, México, Era.
—— (1998) [1981], *Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*, México, Siglo XXI.
Marcuse, H. (1997) [1941], *Razón y revolución*, Barcelona, Altaya.
Margulis, M. (1979), *Contradicciones en la estructura agraria y transferencias de valor*, México, El Colegio de México.
Marini, R. M. (1979), "Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital", *Cuadernos Políticos*, Nº 20, pp. 19-39.
—— (1991) [1973], *Dialéctica de la dependencia*, México, Era.
Marques, P. (2007), "Conceptualizing Power in Regional Innovation Systems", *Regional Studies Association International Conference*, Lisboa.
Marramao, G. (1982), *Lo político y las transformaciones. Crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años 20 y 30*, México, Pasado y Presente, "Teoría de la crisis y el problema del Estado. Al margen de la Konstitutionsproblematik" [1975], pp. 118-153.
Martínez Marzoa, F. (1983), *La filosofía de "El Capital" de Marx*, Madrid, Taurus.

Marx, K. (1872-1875), *Le Capital*, París, Maurice Lachatre et Cie.
—— (1982a) [1861-1863], *Progreso técnico y desarrollo capitalista*, México, Pasado y Presente.
—— (1982b) [1882], *Notas marginales al "Tratado de economía política" de Adolph Wagner*, México, Pasado y Presente.
—— (1983a) [1851], "Carta a Engels del 7 de enero de 1851", en Marx, K. y F. Engels, *Cartas sobre "El capital"*, La Habana, Editora Política, pp. 38-42.
—— (1983b) [1862], "Carta a Lasalle del 16 de junio de 1862", en Marx, K. y F. Engels, *Cartas sobre "El capital"*, La Habana, Editora Política, pp. 120-122.
—— (1983c) [1862], "Carta a Engelsdel 18 de junio de 1862", en Marx, K. y F. Engels, *Cartas sobre "El capital"*, La Habana, Editora Política, pp. 122-123.
—— (1983d) [1862], "Carta a Engels del 9 de agosto de 1862", en Marx, K. y F. Engels, *Cartas sobre "El capital"*, La Habana, Editora Política, pp. 130-131.
—— (1983e) [1866], "Carta a Engels del 10 de febrero de 1866", en Marx, K. y F. Engels, *Cartas sobre "El capital"*, La Habana, Editora Política, p. 153.
—— (1983f) [1869], "Carta a Engels del 26 de noviembre de 1869", en Marx, K. y F. Engels, *Cartas sobre "El capital"*, La Habana, Editora Política, pp. 255-259.
—— (1987a) [1871], "Carta a Bolte del 23 de noviembre de 1871", en Marx, K. y F. Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, pp. 260-263.
—— (1987b) [1858], "Carta de Marx a Engels del 14 de enero de 1858", en Marx, K. y F. Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, p. 91.
—— (1987c) [1847], *Miseria de la filosofía. Respuesta a la Filosofía de la Miseria de P. J. Proudhon*, México, Siglo XXI.
—— (1987d) [1861-1863], *Teorías sobre la plusvalía II. Tomo IV de El capital*, México, Fondo de Cultura Económica.
—— (1987e) [1848], "Trabajo asalariado y capital", en Marx, K. y F. Engels, *Escritos económicos menores*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 8-31.
—— (1987f) [1865], "Salario, precio y ganancia", en Marx, K. y F. Engels, *Escritos económicos menores*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 467-510.
—— (1988) [1861-1863], "Economic Manuscript of 1861-63", en Marx, K.

y F. Engels, *Karl Marx and Friedrich Engels Collected Works*, vol. 30, Londres, Lawrence and Wishart.
—— (1989a) [1861-1863], *Teorías sobre la plusvalía III. Tomo IV de El capital*, México, Fondo de Cultura Económica.
—— (1989b) [1861-1863], "Economic Manuscript of 1861-63", en Marx, K. y F. Engels, *Karl Marx and Friedrich Engels Collected Works,* vol. 33, Londres, Lawrence and Wishart.
—— (1994a) [1861-1863], "Economic Manuscript of 1861-63", en Marx, K. y F. Engels, *Karl Marx and Friedrich Engels Collected Works*, vol. 34, Londres, Lawrence & Wishart.
—— (1994b) [1861-1863], "Economic Manuscript of 1861-63", en Marx, K. y F. Engels, *Karl Marx and Friedrich Engels Collected Works*, vol. 34, Londres, Lawrence & Wishart.
—— (1997a) [1857-1858], *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse), 1857-1858*, vol. 1, México, Siglo XXI.
—— (1997b) [1857-1858], *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse), 1857-1858*, vol. 2, México, Siglo XXI.
—— (1997c) [1859], *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI.
—— (1997d) [1894], *El capital. Crítica de la economía política*, t. III, vol. 7, México, México, Siglo XXI.
—— (1997e) [1894], *El capital. Crítica de la economía política*, t. III, vol. 8, México, Siglo XXI.
—— (1998a) [1851], *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 3, México, Siglo XXI, "Notas y extractos sobre el sistema de Ricardo. Marzo-abril de 1851", pp. 23-88.
—— (1998b) [1885], *El capital. Crítica de la economía política*, t. II, vol. 4, México, Siglo XXI.
—— (1998c) [1894], *El capital. Crítica de la economía política*, t. III, vol. 6, México, Siglo XXI.
—— (1999a) [1844], *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza.
—— (1999b) [1867], *El capital. Crítica de la economía política*, t. I, vol. 1, México, Siglo XXI.
—— (1999c) [1867], *El capital. Crítica de la economía política*, t. I, vol. 2, México, Siglo XXI.

—— (2000a) [1867], *El capital. Crítica de la economía política*, t. I, vol. 3, México, Siglo XXI.
—— (2000b) [1864-1865], *El capital*, libro I, cap. VI (inédito), México, Siglo XXI, "Resultados del proceso inmediato de producción".
—— (2000c) [1867], *El capital. Crítica de la economía política*, t. I, vol. 3, México, Siglo XXI, "La mercancía", pp. 971-1016.
—— (2015) [1864-1865], *Marx's Economic Manuscript of 1864-1865*, Leiden, Brill.
—— y F. Engels (1978) [1845], "La sagrada familia o crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y compañía", en Marx, K. y F. Engels, *La sagrada familia. La situación de la clase obrera en Inglaterra. OME 6*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, pp. 1-248.
—— (2008) [1848], *Manifiesto Comunista*, Madrid, Alianza.
Masaryk, T. G. (1899), *Die philosophischen und sociologischen Grundlagen des Marxismus.* Wien, Verlag von Carl Konegen.
Mattick, P. (1934), "The Permanent Crisis. Henryk Grossman's Interpretation of Marx's Theory Of Capitalist Accumulation", *International Council Correspondence*, vol. 1, Nº 2, pp. 1-20.
—— (1978a) [1933], "La crisis mortal del capitalismo", en Pannekoek, A., K. Korsch y P. Mattick, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, México, Pasado y Presente, pp. 132-147.
—— (1978b) [1934], "Sobre la teoría marxiana de la acumulación y del derrumbe", en Pannekoek, A., K. Korsch y P. Mattick, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, México, Pasado y Presente, pp. 86-106.
Mavroudeas, S. (2001), "The Monetary Equivalent of Labour and Certain Issues Regarding Money and the Value of Labour-Power", *Economie Appliquée*, vol. LIV, Nº 1, pp. 37-54.
—— (2003), "The French regulation approach and its theory of consumption", *Storia del Pensiero Economico*, Nº 43, pp. 233-255.
McKenna, E. (1981), "A Comment on Bowles and Gintis' Marxian Theory of Value", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 3, Nº 5, pp. 281-284.
Meek, R. L. (1956), *Studies in the labour theory of value*, Londres, Lawrence & Wishart.
Mendoza, C. (1985), *Teoría de la renta capitalista de la tierra*, Buenos Aires, Ateneo.
Mercatante, E. (2010), "La naturaleza de la renta agraria en Argentina. Los efectos de su apropiación parcial vía retenciones (2002-2008)", Instituto del Pensamiento Socialista. Consultado en junio de 2017: <http://

www.ips.org.ar/wp-content/uploads/2011/04/Mercatante_Esteban_La_naturaleza_de_la_renta_agraria_en_la_Argentina._Los_efectos_de_su_apropiación_parcial_mediante_retenciones_2002-2008.pdf>.
Miliband, R. (1978) [1977], *Marxismo y política*, México, Siglo XXI.
—— (1981) [1969], *El Estado en la sociedad capitalista*, México, Siglo XXI.
Mises, L. v. (1990) [1920], *Economic Calculation in the Socialist Commonwealth*, Auburn, Ludwig von Mises Institute.
Mohun, S. (1994), "A Re(in)statement of the Labour Theory of Value", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 18, Nº 4, pp. 391-412.
Morishima, M. (1973), *Marx's economics: A dual theory of value and growth*, Cambridge, Cambridge University Press.
—— (1978), "S. Bowles and H. Gintis on the Marxian theory of value and heterogeneous labour", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 2, Nº 3, pp. 305-309.
Morris, J. (1985), "Value Relations and Divisions within the Working Class: A Comment", *Science & Society*, vol. 49, Nº 2, pp. 214-220.
—— y H. Lewis (1973-1974), "The Skilled Labor Reduction Problem", *Science & Society*, vol. 37, Nº 4, pp. 454-472.
Moseley, F. (1993), *Marx's method in Capital: a reexamination*, Atlantic Highlands, Humanities Press.
—— (2005), *Capital in General and Competition in Volume 3 of Capital: The Quantitative Dimension*, South Hadley, Mount Holyoke College.
—— (2016), *Money and Totality: A Macro-Monetary Interpretation of Marx's Logic in 'Capital' and the End of the 'Transformation Problem'*, Leiden, Brill.
—— y M. Campbell (1997), *New investigations of Marx's method*, Atlantic Highlands, Humanities Press.
—— y T. Smith (2014), *Marx's Capital and Hegel's Logic. A reexamination*, Leiden, Brill.
Moulier-Boutang, Y. (2003), "Capitalisme cognitif et nouvelles formes de codification du rapport salarial", en Vercellone, C., *Sommes-nous sortis du capitalisme industriel*, París, La Dispute, pp. 305-328.
—— (2004a) [2001], "Riqueza, propiedad, libertad y renta en el capitalismo cognitivo", en Blondeau, O. *et al.*, *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, pp. 107-128.
—— (2004b), "La problématique des externalités et la productivité sociale du travail", *Transformations du travail et crise de l'économie politique*, París, MATISSE-ISYS.

—— (2007a), *Le capitalisme cognitif. La Nouvelle Grande Transformation*, París, Éditions Amsterdam.
—— (2007b) [2002], "Los nuevos cercamientos: nuevas tecnologías de la información y la comunicación, o la revolución rampante de los derechos", en Rivera Ríos, M. Á. y A. Dabat, *Cambio histórico mundial, conocimiento y desarrollo: una aproximación a la experiencia de México*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 181-214.
Müller, W. y C. Neusüss (1975) [1970], "The Illusion of State Socialism and the Contradiction between Wage Labor and Capital", *Telos*, Nº 25, pp. 13-90.
Munro, D. (2012), "Land and Capital", *Journal of Australian Political Economy*, Nº 70, pp. 214-232.
Murray, R. (1977), "Value and Theory of Rent", *Capital & Class*, vol. 1, Nº 3, pp. 100-122.
—— (1988), *Marx's theory of scientific knowledge*, Atlantic Highlands, Humanities Press International.
—— (2002), "Reply to Geert Reuten", *Historical Materialism*, vol. 10, Nº 1, pp. 155-176.
—— (2009), "The Place of the 'Results of the Immediate Production Process' in Capital", en Bellofiore, R. y R. Fineschi, *Re-reading Marx: New Perspectives after the Critical Edition*, Basingstoke, Palgrave, pp. 167-177.
—— (2013), "Unavoidable Crises: Reflections on Backhaus and the Development of Marx's Value-Form Theory in the Grundrisse'", en Bellofiore, R., G. Starosta y P. D. Thomas, *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*, Leiden, Brill, pp. 121-148.
Nanda, M. (2000), "Post-Fordist Technology and the Changing Geography of Production: Challenges for Third World Women", *Gender Technology and Development*, vol. 4, Nº 1, pp. 25-60.
Negri, A. (2001) [1979], *Marx más allá de Marx*, Madrid, Akal.
—— (1992) [1989], *Fin de siglo*, Barcelona, Paidós.
—— (1999) [1990], "De la transición al poder constituyente", en Negri, A. y F. Guattari, *Las verdades nómadas & General Intellect, poder constituyente, comunismo*, Madrid, Akal, pp. 152-165.
—— y C. Vercellone (2008), "Le rapport capital/travail dans le capitalisme cognitif", *Multitudes*, Nº 1, pp. 39-50.
Nuss, S. (2005), "Digital Goods and the Concept of the Commons", *Left Forum*, Nueva York, City University of New York.

Oberhauser, A. M. (1990), "Social and Spatial Patterns under Fordism and Flexible Accumulation", *Antipode*, vol. 22, Nº 3, pp. 211-232.

Obschatko, E. S. *et al.* (1984), *Transformaciones en la agricultura pampeana: algunas hipótesis alternativas*, Buenos Aires, CISEA.

Okisio, N. (1963), "A Mathematical Note on Marxian Theorems", *Weltwirtschaftliches Archiv*, vol. 91, Nº 2, pp. 287-299.

Oppenheimer, F. (1916), *Wert und Kapitalprofit. Neubegründung der objektiven Wertlehre*, Jena, Gustav Fischer.

Ordóñez, S., M. Correa y R. Ortega (2008), "Capitalismo del conocimiento: alternativas de desarrollo nacional en el software libre y de fuente abierta", *Economía Informa*, Nº 352, pp. 41-64.

Palpacuer, F. y A. Parisotto (2003), "Global Production and Local Jobs: Can Global Enterprise Networks Be Used as Levers for Local Development?", *Global Networks*, vol. 3, Nº 2, pp. 97-120.

Pannekoek, A. (1978) [1934], "La teoría del derrumbe del capitalismo", en Pannekoek, A., K. Korsch y P. Mattick, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, México, Pasado y Presente, pp. 62-84.

Pareto, V. (1998) [1893], "Introduction à K. Marx, Le Capital. Extrait fait par M.P. Lafargue", en Marchionatti, R., *Karl Marx: Critical Responses*, Londres, Routledge, pp. 291-326.

Park, J. (2010), "Revisiting Marxian ground-rent theory for urban context", *First International Conference in Political Economy*, Creta, International Initiative for Promoting Political Economy, pp. 1-30.

—— (2014), "Land Rent Theory Revisited", *Science & Society*, vol. 78, Nº 1, pp. 88-109.

Paulré, B. (2004), "Introduction au capitalisme cognitif", *Le Journée d'Étude*, París, GRES et MATISSE-ISYS CNRS, Université Paris 1.

Peck, J. (2005), "Economic Sociologies in Space", *Economic Geography*, vol. 81, Nº 2, pp. 129-175.

Plasencia, M. A. (1995), *Renta agraria y acumulación*, Buenos Aires, Programa de Investigaciones Económicas sobre Tecnología, Trabajo y Empleo, Conicet.

Plejanov, G. (1964a) [1895], *Obras escogidas*, t. I, Buenos Aires, Quetzal, "La concepción monista de la historia", pp. 7-276.

—— (1964b) [1901], *Obras escogidas*, t. II, Buenos Aires, Quetzal, "Crítica de nuesros críticos", pp. 105-222.

Ponte, S. y P. Gibbon (2005), "Quality Standards, Conventions and the Governance of Global Value Chains", *Economy and Society*, vol. 34, Nº 1, pp. 1-31.

Postone, M. (2006) [1993], *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, Madrid, Marcial Pons.
—— (2007) [2000], *Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, "Repensar la teoría crítica del capitalismo", pp. 35-45.
Poulantzas, N. (1978) [1968], *Poder político y clases sociales en el Estado captialista*, México, Siglo XXI.
—— (1984) [1978], *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI.
Psychopedis, K. (2005), "Social Critique and the Logic of Revolution: From Kant to Marx and from Marx to Us", en Bonefeld, W. y K. Psychopedis, *Human Dignity: Social Autonomy and the Critique of Capitalism*, Aldershot, Ashgate, pp. 69-92.
Pucciarelli, A. (1997), "Las grandes estancias de la pampa bonaerense", en Barsky, O., *El agro pampeano. El fin de un período*, Buenos Aires, Flacso/Universidad de Buenos Aires, pp. 291-357.
Purcell, T. F. (2016), "'Post-neoliberalism' in the International Division of Labour: The Divergent Cases of Ecuador and Venezuela", en Charnock, G. y G. Starosta, *The New International Division of Labour. Global Transformation and Uneven Development*, Londres, Palgrave Macmillan, pp. 107-126.
Radical Chains Collective (1993), "The Leopard in the 20th Century", *Radical Chains*, Nº 4, pp. 18-27.
Raikes, P., M. Friis Jensen y S. Ponte (2000), "Global commodity chain analysis and the French filière approach: comparison and critique", *Economy and Society*, vol. 29, Nº 3, pp. 390-417.
Ramioul, M. (2006), "Organisational Change and the Demand of Skills", en Huws, U., *The Transformation of Work in a Global Knowledge Economy: Towards a Conceptual Framework*, Leuven, HIVA-K.U, pp. 99-120.
Ramírez, M. D. (2009), "Marx's theory of ground rent: a critical assessment", *Contributions to Political Economy*, vol. 28, Nº 1, pp. 71-91.
Reichelt, H. (1970), *Zur logischen Struktur des Kapitalbegriffs bei Karl Marx*, Freiburg, Caira.
—— (1973), *La struttura logica del concetto di capitale in Marx*, Bari, De Donato.
—— (1995), "Why Did Marx Conceal His Dialectical Method?", en Bonefeld, W. *et al.*, *Open Marxism. Emancipating Marx*, vol. III, Londres, Pluto Press, pp. 40-79.

—— (2005), "Social Reality as Appearance: Some Notes on Marx's Conception of Reality", en Bonefeld, W. y K. Psychopedis, *Human Dignity: Social Autonomy and the Critique of Capitalism*, Aldershot, Ashgate, pp. 31-68.
—— (2007), "Marx's Critique of Economic Categories. Reflections on the Problem of Validity in the Dialectical Method of Presentation in Capital", *Historical Materialism*, vol. 15, Nº 4, pp. 3-52.
—— (2013) [1970], *Sobre a estrutura lógica do conceito de capital em Karl Marx*, Campinas, Unicamp.
Reuten, G. (2000), "The Interconnection of Systematic Dialectics and Historical Materialism", *Historical Materialism*, vol. 7, Nº 1, pp. 137-165.
—— (2014), "An Outline of the Systematic-Dialectical Method: Scientific and Political Significance", en Moseley, F. y T. Smith, *Marx's Capital and Hegel's Logic*, Leiden, Brill, pp. 243-268.
—— y M. Williams (1989), *Value-form, and the state. The tendencies of accumulation and the determination of economic poilicy in capitalist society*, Londres/Nueva York, Routledge.
Ricardo, D. (1985) [1817], *Principios de economía política y tributación*, México, Fondo de Cultura Económica.
Robles Báez, M. (1999), "La influencia del método 'lógico-histórico' de Engels en las interpretaciones sobre el objeto de la sección primera del tomo 1 de *El capital* de Marx: crítica y propuesta", *Economía: Teoría y Práctica*, Nº 11, pp. 99-123.
—— (2005a), *Dialéctica y capital. Elementos para una reconstrucción de la crítica de la economía política*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
—— (2005b), "La dialéctica de la forma del valor o la génensis lógica del dinero", en Robles Báez, M., *Dialéctica y capital. Elementos para una reconstrucción de la crítica de la economía política*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 171-218.
Rodríguez López, E. (2003), *El gobierno imposible. Trabajo y fronteras en las metrópolis de la abundancia*, Madrid, Traficantes de Sueños.
Roncaglia, A. (1974), "The Reduction of Complex Labour to Simple Labour", *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, vol. 9, pp. 1-12.
Rosdolsky, R. (1989) [1968], *Génesis y estructura de* El capital *de Marx*, México, Siglo XXI.
Rowthorn, B. (1974), "Skilled labour in the Marxist system", *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, pp. 25-45.

Rubin, I. I. (1977) [1928], *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*, México, Pasado y Presente.

Rullani, E. (2004) [2000], "El capitalismo cognitivo: ¿Un déjà vu?", en Blondeau, O. *et al.*, *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, pp. 99-106.

Rutherford, T. y J. Holmes (2008), "'The flea on the tail of the dog': power in global production networks and the restructuring of Canadian automotive clusters", *Journal of Economic Geography*, vol. 8, pp. 519-544.

Saad-Filho, A. (1997), "Concrete and Abstract Labour in Marx's Theory of Value", *Review of Political Economy*, vol. 9, Nº 4, pp. 457-477.

—— (2002), *The Value of Marx: Political Economy for Contemporary Capitalism*, Londres, Routledge.

Salama, P. (1979), "El Estado como abstracción real", *Críticas de la economía política*, pp. 77-116.

Salvatore, S. (1997), *La renta diferencial internacional: una teoría inconsistente*, Buenos Aires, PIEA/IIHES.

Samuelson, P. (1971), "Understanding the Marxian Notion of Exploitation: A Summary of the So-Called Transformation Problem Between Marxian Values and Competitive Prices", *Journal of Economic Literature, American Economic Association*, vol. 9, Nº 2, pp. 399-431.

Sanders (2005), "On the Value of Software". Disponible en <http://internationalist-perspective.org/IP/ip-discussions/software1.html>.

Sartelli, E. (2008), *Patrones en la ruta*, Buenos Aires, Razón y Revolución.

Sassen, S. (1993) [1988], *La movilidad del trabajo y del capital: Un estudio sobre la corriente internacional de la inversión y del trabajo*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Sayer, A. (1986), "Industrial Location on a World Scale: The Case of the Semiconductor Industry", en Scott, A. J. y M. Storper, *Production, Work, Territory: The Geographical Anatomy of Industrial Capitalism*, Boston, Allen and Unwin, pp. 107-124.

—— (2004), "Seeking the Geographies of Power", *Economy and Society*, vol. 33, Nº 2, pp. 255-270.

Schlesinger, R. (1950), *Marx His Times and Ours*, Londres, Routledge.

Schmidt, A. (1973) [1971], *Historia y estructura. Crítica del estructuralismo marxista*, Madrid, Alberto Corazón Editor.

Schoenberger, E. (1988), "From Fordism to Flexible Accumulation: Technology, Competitive Strategies, and International Location", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 6, Nº 3, pp. 245-262.

—— (1989), "Multinational Corporations and the New International Division of Labour: A Critical Appraisal", en Wood, S., *The Transformation of Work? Skill,Flexibility and the Labour Process*, Londres, Unwin Hyman, pp. 91-101.
Schumpeter, J. A. (1968) [1942], *Capitalismo, socialismo y democracia*, t. I, Buenos Aires, Aguilar.
Sekine, T. (1997), *An Outline of the Dialectic of Capital*, vol. 2, Nueva York, Palgrave Macmillan.
Shaikh, A. (1980), "Marxian competition versus perfect competition: further comments on the so-called choice of technique", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 4, Nº 1, pp. 75-83.
—— (2006) [1991], *Valor, acumulación y crisis*, Buenos Aires, Razón y Revolución.
Shortall, F. C. (1994), *The incomplete Marx*, Aldershot, Avebury.
Silver, B. J. (2005) [2003], *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, Madrid, Akal.
Smith, A. (1999) [1776], *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, Fondo de Cultura Económica.
Smith, A. (2003), "Power Relations, Industrial Clusters, and Regional Transformations: Pan-European Integration and Outward Processing in the Slovak Clothing Industry", *Economic Geography*, vol. 79, Nº 1, pp. 17-40.
—— *et al.* (2000), "Where the jobs will be in the United States of Europe: Networks of value, commodities and regions in Europe after 1989", Regional Economic Performance, Governance and Cohesion in an Enlarged Europe. Project sponsored by the Economic and Social Research Council's "One Europe or Several" programme, Sussex, University of Sussex, pp. 1-39.
—— (2002), "Networks of Value, Commodities and Regions: Reworking Divisions of Labour in Macro-Regional Economies", *Progress in Human Geography*, vol. 26, Nº 1, pp. 41-63.
Smith, N. (1989), "Uneven Development and Location Theory: Towards a Synthesis", en Peet, R. y N. Thrift, *New Models in Geography. The political-economy perspective*, vol. 1, Londres, Routledge, pp. 152-175.
—— (2008) [1984], *Uneven Development. Nature, Capital and the Production of Space*, Atenas, The University of Georgia Press.
Smith, P. (1978), "Domestic labour and Marx's theory of value", en Kuhn, A. y A. Wolpe, *Feminism and materialism: women and modes of production*, Londres, Routledge & Kegan Paul, pp. 199-219.

Smith, T. (1990), *The Logic of Marx's Capital. Replies to hegelian criticisms*, Albany, SUNY Press.
—— (2000), *Technology and capital in the age of lean production: a Marxian critique of the "New Economy"*, Albany, SUNY Press.
—— (2004), "Technology and History in Capitalism: Marxian and Neo-Schumpeterian Perspectives", en Bellofiore, R. y N. Taylor, *The Constitution of Capital. Essays on Volume I of Marx's Capital*, Hampshire, Palgrave Macmillan, pp. 217-242.
—— (2006), *Globalisation: A Systematic Marxian Account*, Leiden, Brill.
—— (2013), "The 'General Intellect' in the Grundrisse and Beyond", en Bellofiore, R., G. Starosta y P. D. Thomas, *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*, Leiden, Brill, pp. 213-232.
Solís González, J. (2016) [2015], "El Estado como categoría de la crítica marxista de la economía política: el debate sobre la 'derivación'", en Artous, A. *et al.*, *Naturaleza y forma del Estado capitalista*, Buenos Aires, Herramienta, pp. 99-130.
Sorel, G. (1897), "Sur la Theorie Marxiste de la Valeur", *Journal des Économistes*, pp. 222-231.
Starosta, G. (2003), "Scientific Knowledge and Political Action: On the Antinomies of Lukács' Thought in 'History and Class Consciousness'", *Science and Society*, vol. 67, Nº 1, pp. 39-67.
—— (2004), "Rethinking Marx's Mature Social Theory", *Historical Materialism*, vol. 12, Nº 3, pp. 43-52.
—— (2008), "The Commodity-Form and the Dialectical Method: On the Structure of Marx's Exposition in Chapter 1 of Capital", *Science & Society*, vol. 72, Nº 3, pp. 295-318.
—— (2010a), "Global commodity chains and the Marxian law of value", *Antipode*, vol. 42, Nº 2, pp. 433-465.
—— (2010b), "The Outsourcing of Manufacturing and the Rise of Giant Global Contractors: A Marxian Approach to Some Recent Transformations of Global Value Chains", *New Political Economy*, vol. 15, Nº 4, pp. 543-563.
—— (2011), "Machinery, productive subjectivity and the limits to capitalism in Capital and the Grundrisse", *Science & society*, vol. 75, Nº 1, pp. 42-58.
—— (2012a), "Cognitive commodities and the value-form", *Science & society*, vol. 76, Nº 3, pp. 365-392.
—— (2012b), "El sistema de maquinaria y las determinaciones de la subjetividad revolucionaria en los *Grundrisse* y *El Capital*", en Caligaris,

G. y A. Fitzsimons, *Relaciones económicas y políticas. Aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, pp. 92-136.

—— (2013), "The System of Machinery and Determinations of Revolutionary Subjectivity in the Grundrisse and Capital", en Bellofiore, R., G. Starosta y P. D. Thomas, *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*, Leiden, Brill, pp. 233-264.

—— (2015), *Marx's Capital, Method and Revolutionary Subjectivity*, Leiden, Brill.

—— (2016), "Revisiting the New International Division of Labour Thesis", en Charnock, G. y G. Starosta, *The New International Division of Labour. Global Transformations and Uneven National Development*, Londres, Palgrave Macmillan, pp. 79-103.

—— (2017), "The Role and Place of 'Commodity Fetishism' in Marx's Systematic-dialectical Exposition in Capital", *Historical Materialism*, en prensa.

—— y G. Caligaris (2016), "The Commodity Nature of Labor-Power", *Science & Society*, vol. 80, Nº 3, pp. 319-345.

Sturgeon, T. J. (1998), "Network-Led Development and the Rise of Turnkey Production Networks: Technological Change and the Outsourcing of Electronics Manufacturing", *IPC Working Paper Series*, Cambridge, Industrial Performance Centre, Massachusetts Institute of Technology.

—— (2002), "Modular Production Networks: a New American Model of Industrial Organization", *Industrial and Corporate Change*, vol. 11, Nº 3, pp. 451-496.

Sweezy, P. (1973) [1942], *Teoría del desarrollo capitalista*, México, Fondo de Cultura Económica.

Taylor, C. (2010) [1975], *Hegel*, México, Anthropos.

Taylor, M. (2007), "Rethinking the Global Production of Uneven Development", *Globalizations*, vol. 4, Nº 4, pp. 529-542.

Theunissen, M. (1978), *Sein und Schein: Die kritische Funktion der Hegelschen Logik*, Frankfurt, Suhrkamp.

Tomaney, J. (1994), "A New Paradigm of Work Organization and Technology?", en Amin, A., *Post-Fordism: A Reader*, Oxford, Blackwell, pp. 157-194.

Tomba, M. (2007), "Differentials of Surplus-value in the Contemporary Forms of Exploitation", *The Commoner*, Nº 12, pp. 23-37.

Tortajada, R. (1977), "A note on the reduction of complex labour to simple labour", *Capital & Class*, vol. 1, Nº 1, pp. 106-116.

Trotsky, L. (2008) [1938], *El programa de transición y la fundación de la IV Internacional*, Buenos Aires, IPS-CEIP, "El programa de transición, la agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional", pp. 65-112.

Tugan-Baranowsky, M. (1913), *Soziale Theorie der Verteilung*, Berlín, Verlag von Julius Springer.

Uno, K. (1977) [1964], *Principles of Political Economy. Theory of a Purely Capitalist Society*, Sussex, Harvester.

Varian, H. R. (2001) [1996], "Markets for information goods", en Okina, K. y T. Inoue, *Monetary Policy in a World of Knowledge-Based Growth, Quality Change and Uncertain Measurement*, Londres, Palgrave, pp. 85-99.

Vercellone, C. (2004), "Sens et enjeux de la transition vers le capitalisme cognitif: une mise en perspective historique", *Transformations du Travail et Crise de l'Économie Politique*, París.

—— (2008), "La these du capitalisme cognitif: une mise en perspective historique et theoretique", en Colletis, G. y B. Paulré, *Les nouveaux horizons du capitalisme. Pouvoir, valeur, temps*, París, Economica, pp. 71-95.

—— (2009), *Capitalismo cognitivo. Renta, saber y valor en la época posfordista*, Buenos Aires, Prometeo, "Crisis de la ley del valor y devenir renta de la ganancia. Apuntes sobre la crisis sistémica del captialismo cognitivo", pp. 211-242.

—— (2011a), *Capitalismo cognitivo. Renta, saber y valor en la época posfordista*, Buenos Aires, Prometeo.

—— (2011b) [2006], *Capitalismo cognitivo. Renta, saber y valor en la época posfordista*, Buenos Aires, Prometeo, "Elementos para una lectura marxiana de la hipótesis del capitalismo cognitivo", pp. 57-81.

Vergopoulos, K. (1977) [1974], "El capitalistmo disforme", en Amin, S. y K. Vergopoulos, *La cuestión campesina y el capitalismo*, México, Nuestro Tiempo, p. 237.

Vincent, J.-M. (1975), *L'état contemporain et le marxisme*, París, Maspero.

Virno, P. (2003) [2002], *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Madrid, Traficantes de Sueños.

Vitelli, G. (1999), *Los dos siglos de la Argentina. Historia económica comparada*, Buenos Aires, Prendergast.

Vlachou, A. (2002), "Nature and Value Theory", *Science & Society*, vol. 66, Nº 2, pp. 169-201.

Vygodski, V. S. (1974), *The Story of a Great Discovery: How Karl Marx wrote Capital*, Tunbridge Wells, Abacus Press.

Wade, R. (1990), "Industrial policy in East Asia: Does it lead or follow the market?", en Gereffi, G. y D. L. Wyman, *Manufacturing Miracles: Paths of Industrialization in Latin America and East Asia*, Princeton, Princeton University Press, pp. 231-266.

Walker, R. A. (1989), "Machinery, Labour and Location", en Wood, S., *The Transformation of Work? Skill, Flexibility and the Labour Process*, Londres, Unwin Hyman, pp. 59-90.

Weber, S. (2000), "The Political Economy of Open Source Software", *Berkeley Roundtable on the International Economy*, *Working Papers Series*, Nº 140.

Weeks, J. (2001), "The Expansion of Capital and Uneven Development on a World Scale", *Capital & Class*, vol. 25, Nº 2, pp. 9-30.

Yeung, H. W.-C. (2007), "From Followers to Market Leaders: Asian Electronics Firms in the Global Economy", *Asia Pacific Viewpoint*, vol. 48, Nº 1, pp. 1-25.

You, J.-I. (1995), "Small Firms in Economic Theory", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 19, Nº 3, pp. 441-462.

Zelizer, V. (2000), "Fine tuning the Zelizer view", *Economy and Society*, vol. 29, Nº 3, pp. 383-389.

Zeller, C. (2008), "From the gene to the globe: Extracting rents based on intellectual property monopolies", *Review of International Political Economy*, vol. 15, Nº 1, pp. 86-115.

Zukerfeld, M. (2006), "Bienes informacionales y capitalismo", en Solano, M. A., *Pensar a contracorriente*, vol. II, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, pp. 215-244.

Esta edición de 500 ejemplares se terminó de imprimir
en el mes de julio de 2017, en los talleres gráficos Altuna Impresores SRL,
Doblas 1968, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.